

STEPHEN L. CARTER

# LA DAMA NEGRA

«Maravillosamente escrita y con un argumento impecable»

John Grisham



Lectulandia

Julia Carlyle descubre que, antes de ser asesinado, su ex novio Zeller Zant, un brillante profesor de economía negro, estaba investigando el misterioso asesinato de una niña, ocurrido 25 años atrás, y en el que podrían estar implicados: el actual presidente de los Estados Unidos, el principal candidato de la oposición y el marido de la propia Julia, actual director de la universidad donde Zant era profesor.

Un *thriller* de impacto que revela tensiones raciales y la influencia política soterrada de algunos sectores afroamericanos.

**Lectulandia**

Stephen L. Carter

# **La dama negra**

ePub r1.0

sleepwithghosts 31.05.15

Título original: *New England White*  
Stephen L. Carter, 2007  
Traducción: Toni Hill Gumbao

Editor digital: sleepwithghosts  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Annette Windom*

¿Por qué todo el mundo se mete con los economistas?  
¡Han predicho correctamente trece de las últimas cinco recesiones!

*Broma común en el campus*

# PRÓLOGO

## El Landing en verano

Los rumores se ceban en los muertos como moscas y nosotros los seguimos con un mohín de disgusto. No somos cotillas, pero a todos nos encanta escuchar a quien lo es. Así pues, si por casualidad pasaras por el pueblo de Tyler's Landing en las primeras semanas posteriores a las investigaciones, cuando ya no quedaban periodistas, y te pararas en la confitería Cookie's de la calle Main a comprar pasas bañadas en chocolate, la especialidad de la casa, tendrías la oportunidad de escuchar a la regordeta Vera Brightwood diciendo de quién era la culpa y de quién no, y de quién no habría podido ser nunca.

En opinión de Vera, el verdadero problema no empezó con la muerte de aquel profesor de color el pasado noviembre, sino en una noche inesperadamente cruda de invierno, nueve meses atrás —pongamos febrero—, cuando la bonita Vanessa Carlyle, de solo dieciséis años pero, a juzgar por los rumores, resabiada como una mujer de cincuenta, prendió fuego al Mercedes azul marino de su padre en el Town Green. Sí, así es, dice ella, ese Carlyle, el mismo: aquel cuyas cartas, según cuenta Joe Vaux, de la oficina de correos, llegan dirigidas a «El Honorable». Hay que ver los aires que se da esa gente boy día. Sonríes y escuchas, mientras disfrutas del resplandor del verano de Nueva Inglaterra a través del escaparate de la tienda. Al escuchar a Vera la palabra que te viene a la cabeza es «provinciano». Para Vera una queja lleva fácilmente a otra, y al poco rato te asegura que ella no tiene nada en contra de los Carlyle, pese a que lleva seis años diciéndole a todo el mundo, y ahora te lo dice a ti, que la ciudad nunca debería haberles permitido edificar aquella casa gigantesca en la finca de Patterson. Lo que la lleva de nuevo al incendio del coche. Bien, pero lo cierto es que se equivoca en algunos detalles. Por ejemplo, Vanessa nunca llegó a hablar con el profesor aquella noche: eso ha quedado probado de forma concluyente, a pesar de que ambos, como recuerda Vera, sean de color. Pero ella es así. Para Vera las historias son como los dulces: o te tomas la molestia de embellecerlos más que la competencia o pierdes a los clientes. Su técnica, depurada con el tiempo, consiste en enfatizar un detalle menor aquí, incluir un rumor más sabroso allá, y... *voilà!*: el resultado es una golosina digna de todo elogio. Tal vez no siempre acierte, pero nunca será insulsa. En fin, tampoco hay nada malo en escuchar, ¿no? La confitería Cookie's es la versión Landing del Café de la Régence de París, y lo que se decía del segundo a menudo puede aplicarse a la primera: más pronto o más tarde todo el mundo que es alguien pasa por allí. No solo los tres mil habitantes que conforman el censo local, sino prácticamente la mitad de la población del estado ha oído hablar de Cookies. Corre el rumor de que tiempo atrás Woody Allen filmó una

escena en el interior de la tienda, pero dado que Vera no lo comenta lo más probable es que no sea verdad. Aunque debería serlo. Los mostradores son de pulido mármol blanco vetado en verde. El brillante rótulo de Coca-Cola tiene medio siglo. El espacio, de una sola pieza, parece extenderse hasta el infinito aunque en realidad no mide más de veinte por treinta: el resto es un mero truco de espejos. Los caramelos están dispuestos en tarros y cajas de cristal: barritas de menta de distintos colores, piruletas con largas cintas rojas, un centenar de variedades de chucherías, trufas, botones, guirlache, cañas; dispensadores de bolitas de menta con forma de buzón, estatua de la Libertad y coches modelo Ford T; regaliz enrollada y en palo, caramelos duros con formas de animales, helados de ocho sabores y todo el chocolate que un adicto pueda pedir, incluyendo una sofisticada mezcla baja en calorías, invención de Vera, llamada chocolate de arándanos.

En el horno siempre se cuece algo nuevo. Los fragantes aromas casi te hacen perder la cabeza, tal y como se espera de ellos. Aunque no seas un gran aficionado al dulce, no puedes evitar que la boca te salive ante el anhelo de ese placer pecaminoso, y sin darte cuenta empiezas a pedir todo lo que hay en la tienda. Vera, rubicunda, con las mejillas sonrosadas y regordetas, y el cabello canoso recogido pulcramente en dos moños gemelos, pesa con buen ojo una libra de pasas bañadas en chocolate sin parar de hablar, explicándote con su voz de fumadora empedernida el problema con la casa de los Carlyle. Y tú, que quieres las pasas, te tragas la historia.

Vera habla de la casa. Tiene buenas y sólidas razones para defender que nunca deberían haber dejado que los Carlyle la construyeran. Por ejemplo, que parte del terreno podría haber servido como campo de softball para los niños. O que ese caserón estropea la vista del valle desde la carretera. Y que, en fin, es demasiado grande y ostentosa, con todas esas aristas afiladas y paredes de vidrio que atrapan el sol, hasta tal punto que, cuando te acercas, la casa parece que te guiña el ojo, sobre todo si te paras a mirarla, algo que Vera, que ha vivido al otro lado del embalse el suficiente tiempo como para combatir la construcción de cualquier casa en kilómetros a la redonda, hace más a menudo de lo que le gusta admitir. Oh, Vera está muy nerviosa, y bajo aquella delicada piel de porcelana late una furia contenida.

Convencido de que la mujer está loca te diriges hacia la puerta, con las pasas de chocolate en la mano, pero Vera te detiene con algún comentario.

¿Qué hay del coche?, pregunta, y recuerdas lo que dijo de la chica... ¿cómo se llamaba...?, Vanessa. ¿Quiere saber lo del coche?, pregunta Vera.

Claro, dices tú.

Vera estará encantada de contártelo, pero antes, ¿no querrías un poco de dulce de leche para acompañar? Otra especialidad de Cookie's es el dulce de leche con ron, con o sin nueces. Mientras ata el brillante estuche verde con la cinta verde a juego — en la tienda de Vera no se usa el celo; ¡no, señor!—, ella dice oh, por cierto, quizá ha olvidado mencionar que, mientras ardía el coche, la preciosa Vanessa intentó abrirse las venas con una navaja.



Y tal vez el relato de Vera no te baste para formarte una opinión clara, pero no puedes evitar sentir una enorme compasión por la pobre Vanessa, y desde luego por sus padres, su hermana y sus dos hermanos. Vera habla tanto que te deja mareado, pero al final ves la escena como si hubieras estado allí, porque Vera Brightwood tiene ese don, siempre lo ha tenido, de poder dar vida a una historia: un atardecer otoñal; el flamante Mercedes azul, estrenado tres meses antes y con solo tres mil kilómetros convertido en una pira humeante en la calzada de hormigón que pasa ante el ayuntamiento de ladrillo rojo, mientras a un lado esta niña negra, alta y esbelta, con las trenzas cubriéndole la mitad de su preciosa carita, se sienta en una valla y lucha con el cuchillo, empeñada en desgarrar esa piel que se resiste a abrirse.

Pobre cría, termina Vera, y una lágrima asoma a ese buen ojo que le ha dado Dios. Te sientes inclinado a asentir.

Y usted ya sabe, añade Vera en voz más baja mientras intenta convencerte para que te lleves unas chucherías para acompañar las pasas, que a pesar de que toda esa gente de la universidad ha estado comprando terrenos porque ha decidido que reconvertir las granjas puede ser un buen negocio, solo hay cinco familias de color en toda la ciudad.

Sorprendido, preguntas si la ciudad lleva la cuenta de esta clase de cosas.

Ella pregunta a qué cosas te refieres.

Expones la objeción con cuidado. El número de familias afroamericanas que viven aquí, explicas. ¿De verdad llevan la cuenta?

Algunos lo hacemos, te dice Vera.

¿Por qué?

Vera se inclina y su voz se convierte en un susurro, su aliento empalaga como si hubiera fermentado en su interior y su mirada enfermiza se posa en la puerta: solo faltaría que en ese momento entrara por casualidad uno de esos progresistas... Por dinero, dice ella. Llevamos la cuenta debido al dinero. No tengo nada en contra de la gente de color, de verdad, pero los precios de las viviendas se han mantenido bastante estables por aquí en los últimos tiempos, y todavía no he oído hablar nunca de un lugar donde los vecinos de color hayan conseguido revalorizar las propiedades. Cíteme uno y le aseguro que cambiaré de criterio. Ah, por cierto: después del asunto del coche, deberían haber enviado a Vanessa a la cárcel. Vera está harta de lo mucho que se consiente a los de color.

Atónito, intentas replicar, pero Vera se niega a sentirse culpable. Dice que lo has entendido todo mal, que no tiene nada en contra de la gente de color; que nunca lo ha tenido, ni siquiera en la época en que quemaban todo lo que estaba a la vista hasta que LBJ, Dios lo tenga en su gloria, llamó a la Guardia Nacional para detenerlos: es esta casa lo que le disgusta. Cabezas huecas, murmura ella, pero no está muy claro a quién se refiere.

Decides que ya no puedes más.

Dejas a Vera en la tienda y, cegado por el brillante sol de verano, con la cabeza

aún embotada por el relato, lo único que quieres es marcharte del Landing cuanto antes. Encuentras el coche, parpadeas para ver con claridad y sales a todo gas de la ciudad sin importarte el límite de velocidad. Esa mujer está loca. Podría haber una patrulla apostada detrás de alguna valla publicitaria, pero decides arriesgarte porque la historia de Vera te ha dejado inquieto y turbado. Y, como la policía local no está tan alerta como meses atrás, quizá incluso te salgas con la tuya. La ciudad pasa ahora por un período de calma, un interregno helado parecido al del pasado mes de noviembre, cuando el incendio provocado por Vanessa pertenecía al pasado y los asesinatos al futuro, cuando el tiempo cambió de curso y la historia avanzó por el Landing clamando venganza; la segunda semana de noviembre, cuando todos los residentes de la blanca y alegre comunidad de Tyler's Landing se sentían a salvo.

Tardarían bastante en volver a sentirse así.

# PRIMERA PARTE

## Maximizar la utilidad

**FUNCIÓN DE UTILIDAD:** En economía, una medida de las preferencias del consumidor expresadas por la cantidad de satisfacción que él o ella obtienen del consumo de un conjunto de bienes o servicios deseados. La teoría económica propone que la gente realiza esfuerzos racionales para maximizar esa utilidad. En ocasiones dicha utilidad es dependiente de la que otros le confieren.

## El atajo

### I

El viernes desapareció el gato, llamaron de la Casa Blanca y la fiebre de Jeannie — según el parte de la canguro cuando Julia la llamó desde el resonante vestíbulo de mármol de Lombard Hall, donde ella y su marido agasajaban a un grupo de turbios ex alumnos, algunos pendientes de juicio, cuya única virtud era tener dinero a espuestas — alcanzó los treinta y nueve grados. A partir de ahí las cosas solo podían ponerse más negras, como solía decir su abuela, aunque las locuciones de Harlem de la abuela Vee, compuestas al ritmo de una época en que la raza se reía con brío de sí misma, no habrían encajado bien en el Landing y hacía ya tiempo que Julia Carlyle había aprendido a evitarlas. El gato era el menor de los problemas, aunque al final resultó ser todo un augurio. Coalición Arcoiris, el maloliente felino de los niños, ya había desaparecido con anterioridad y siempre volvía, aunque en alguna ocasión se esfumaba de verdad y era reemplazado por otra lastimosa criatura del mismo nombre. La Casa Blanca era otra cosa. El antiguo compañero de universidad de Lemaster, ahora ocupante del Despacho Oval, llamaba al menos una vez al mes, normalmente para charlar, algo que Julia nunca hubiera considerado habitual en un presidente de Estados Unidos. En cuanto a Jeannie, bueno, la niña llevaba ocho años de infancia febril, era la pequeña de cuatro hermanos, y su madre ya sabía que no hacía falta volver corriendo a casa con cada subida del termómetro. El Tylenol y las compresas frías habían bastado hasta el momento para derrotar a cualquier virus que se atreviera a atacar a su hija y también se ocuparían de este. Julia dio las órdenes pertinentes a la canguro y volvió a la interminable cena a tiempo para oír las bromas finales de Lemaster. Faltaban once minutos para las diez del segundo viernes de noviembre del año 2003 de Nuestro Señor. En el exterior de Lombard Hall la nieve había llegado temprano: había ya una capa de tres centímetros en el suelo y no paraba. Según la reconstrucción que la policía realizaría de los acontecimientos de aquella noche, a esa hora el profesor Kellen Zant ya estaba muerto y su cadáver viajaba de camino a la ciudad a bordo de su propio coche.

### II

Más tarde. Seguían cayendo grandes y algodonosos copos de nieve. Julia y Lemaster circulaban por la Four Mile Road a bordo de su Cadillac Escalade, provisto de todos los extras, y del reglamentario color negro tal y como correspondía a su estatus de pareja más célebre del solitario puesto afroamericano de Harbor County. Así, al menos, lo veía Julia, después de que la familia se mudara seis años atrás al lugar que, en palabras del inteligente Lemaster, era «el corazón de la blancura». Durante la mayor parte de su matrimonio habían vivido en Elm Harbor, la ciudad más grande del condado y hogar de la universidad que ahora dirigía su marido. En estos momentos deberían haber regresado allí, pero la desvencijada y vieja mansión que la escuela había dispuesto para su presidente estaba en proceso de reformas, una condición innegociable que Lemaster había impuesto para su aceptación del cargo. Los socios se habían preocupado por la imagen que daría invertir tanto dinero en una residencia en un momento en que resultaba difícil recaudar los fondos necesarios para arreglar las aulas, pero Lemaster, como siempre, había esgrimido una serie de argumentos firmes y razonables que acabaron conquistando a la audiencia.

—La gente te valora más —había explicado a su esposa— si conseguírte les cuesta más de lo que esperaban.

—O te odian por ello —había objetado Julia, pero Lemaster se mantuvo en sus trece: en temas familiares, era un típico varón de las Antillas, y por tanto simplemente inflexible.

Siguieron adelante. Enormes copos chocaban contra el parabrisas; copos de una variedad suave y maciza que, para cualquier habitante de Nueva Inglaterra, indicaban que la tormenta avanzaba despacio y que lo peor estaba aún por llegar. Julia, hundida en el oscuro asiento de piel, estaba de mal humor: la avergonzaba haber confundido los nombres de dos de los alumnos y haberse pasado la mitad de la noche dirigiéndose a una esposa llamada Carlotta con el nombre de Charlotte, quien después la animó, con aquella generosidad típicamente yanqui, a no darle mayor importancia, tranquila, querida, es un error común. Lemaster, que no había olvidado un solo nombre en toda su vida, consiguió arrancar la sonrisa de todo el mundo, pero como sabe cualquiera que haya intentado sacar dinero a los ricos la más leve ofensa puede reducir una donación potencial a la mitad, o incluso más, y en ese círculo, cuando se hablaba de la mitad, nos referíamos a números de ocho cifras.

—Vanessa ya no prende fuegos —dijo Julia.

Vanessa, estudiante de último curso del instituto, era la segunda de sus cuatro hijos. El primero y el tercero, ambos varones, estudiaban fuera.

—Gracias por esta noche —dijo su marido.

—¿Has oído lo que acabo de decirte?

—Sí, amor. —Sus palabras, rápidas y escépticas, rezumaban un tono burlón, no del todo británico—. ¿Has oído lo que acabo de decirte? —Realizó un giro leve, pero veloz, para esquivar a un animal furtivo—. Sé que odias estas cosas. Prometí cargarte

con las menos posibles.

—Oh, vamos, Lemmie. He estado fatal. Habrías recaudado más dinero si me hubieras dejado en casa.

—Incorrecto, Jules. Cameron Knowland me dijo que había disfrutado tanto de tu compañía que pensaba aumentar su donación en otros cinco millones.

Cuando Julia estaba de mal humor la condescendencia le resultaba insoportable. El fuerte viento azotaba la nieve formando círculos concéntricos de blancura ante los faros, creando la ilusión de que el gran coche estaba siendo succionado por un embudo. La Four Mile Road no era la vía más rápida para llegar a casa desde la ciudad, pero los Carlyle tenían previsto pararse en el centro comercial para recoger a su segunda hija, que salía con su novio por primera vez después de un tiempo. «El tal Casey», como le llamaba Lemaster. La pantalla del GPS del salpicadero los mostraba fuera de la carretera, lo que significaba que el ordenador no había oído hablar de la Four Mile Road, ya que oficialmente no existía. Pero Lemaster nunca se perdonaría no tomar un atajo, ni siquiera bajo una tormenta, y los caminos vecinales que no aparecían en los mapas constituían una de sus debilidades.

—Cameron Knowland —dijo Julia en tono rotundo— es un cerdo. —Su marido la dejó seguir—. Me alegro de que la gente del SEC esté tras él. Ojalá acabe en la cárcel.

—No se trata de Cameron, Jules, sino de su empresa. —Lemaster adoptó su tono favorito a la hora de corregir, un tono entre ligero y pedante, que mucho tiempo atrás ella había hallado irresistible—. Lo máximo que le impondrán será una multa.

—Lo único que sé es que no paró de desnudarme con la mirada.

—Deberías haberle dado una bofetada. —Ella se giró, sorprendida, sintiendo algo que se parecía vagamente a la gratitud. Lemaster se rió—. Cameron habría retirado la donación, pero Carlotta la habría doblado.

Se produjo un breve silencio conyugal durante el cual una apesadumbrada Julia se flageló pensando que aquella noche había olvidado del todo la simpatía elegante y con un punto de coquetería que la convirtiera, hacía un cuarto de siglo, en la chica más popular del instituto de New Hampshire. Al igual que la de su marido, su altura estaba un poco por debajo de la media. Su piel era varios tonos más clara que la de Lemaster, ya que su desconocido padre, como aquel insistía en llamarle, era caucásico. Sus ojos grises eran de un tamaño inusual para una mujer de su diminuta estatura. Su mandíbula, algo cuadrada, quedaba suavizada por un hoyuelo encantador. Tenía unos labios muy seductores: cuando sonreía, el lado izquierdo de su ancha boca se elevaba un poco más que el derecho, en señal, como su marido se complacía en decir, de su visión política progresista. Tenía fama de ser una mujer que caía bien. Pero había días en que todo le parecía falso y forzado. Rondar por la universidad le provocaba ese efecto. Había sido delegada de la decana de la facultad de teología durante casi tres años antes de que Lemaster volviera de Washington para encargarse de presidir la universidad y el ascenso de su marido había conseguido aumentar en

ella la sensación de no pertenecer al lugar. Julia y los niños se habían quedado en el Landing durante el año y medio en que Lemaster desempeñó las funciones de consejero en la Casa Blanca. Lemaster había pasado en casa tantos fines de semana como le fue posible. La gente inventó rumores deliciosos para explicar su ausencia, pero como solía decirle abuela Vee, la verdad tiene la importancia que uno quiera darle.

—Eres tan bobo —dijo ella, aunque en realidad, y para su desgracia, su marido no tenía ni un pelo de tonto. Ella miró por la ventanilla, hacia la sucesión de árboles blancos, coníferas en su mayor parte. La nieve llegaba pronto. Aún no era invierno; en realidad, aún no era nada. Estaban en esa larga estación de frío de Nueva Inglaterra previo a Acción de Gracias que los comercios han bautizado como período prenavideño, pero que, por lo que se refería a la gente en general, era solo eso: una época de frío. Julia había pasado gran parte de su infancia en Hanover, New Hampshire, donde su madre enseñaba en Dartmouth, y estaba acostumbrada a las nevadas tempranas, pero esto era ridículo. Se dirigió a su marido—: ¿Podemos hablar de Vanessa?

—¿Qué le pasa?

—Los fuegos. Se han acabado, Lemmie.

Se hizo una pausa. Lemaster jugueteó con la emisora de radio. Sin molestarse en preguntar, cambió las melodías de Broadway que ella adoraba —la abuela Vee las adoraba, así que ella también— a su propia pasión secreta: el extremo más rebelde, más radical y menos comercial del espectro del hip-hop. Las relucientes letras verdes de la pantalla la informaron de que el bombardeo de furia sexual que agredía sus tímpanos desde nueve altavoces era algo llamado Goodie Mobb.

—¿Cómo sabes que se han acabado? —preguntó él.

—Bueno, por un lado, lleva un año sin hacerlo. Por otro, eso dice el doctor Brady.

—Nueve meses —dijo Lemaster con precisión—. Y no hablamos de la hija de Vincent Brady —añadió, mientras sus finos dedos agarraban con más fuerza el volante, pero por cautela, no por enfado, ya que el tiempo había pasado de horrible a atroz.

Ella miró al frente y bajó un poco el volumen de la atronadora música por si, para variar, su marido estuviera de humor para hablar, pero él estaba inclinado hacia delante para ver mejor, ya que los limpiaparabrisas no daban abasto ante el alud de copos de nieve. Él llevaba gafas de montura metálica. La perilla y el bigote estaban tan finamente delineados que podrían haberse confundido con su suave piel de ébano de no haber sido por las mil vetas de gris que resaltaban al seguir el movimiento de su mandíbula cada vez que hablaba.

—Menudo error —dijo Lemaster, pero Julia tardó un segundo en discernir que se refería al psiquiatra y no a uno de los muchos enemigos que se había granjeado, por sorprendente que pareciera y sin el menor esfuerzo, durante sus seis meses como presidente de la universidad.

Julia había escuchado atónita la sentencia del juez que permitía elegir entre una terapia intensiva o una condena en prisión. Vanessa se ofreció alegremente a cumplir esta última —«No puede decirse que no me la haya ganado»—, pero Julia, que solía trabajar como voluntaria en el centro penitenciario para jóvenes de la ciudad, sabía cómo era aquello. No podía imaginar a su difusa, cerebral y artística hija sobreviviendo ni dos días entre aquella masa de adolescentes encallecidos procedentes de los suburbios de la ciudad que estaban encerrados allí. Como su abuela solía decir, está nuestra gente negra y está esa otra gente negra; y era algo que Julia había creído en secreto durante toda su vida. De manera que Lemaster había elegido a Brady, profesor de la facultad de medicina que pasaba por ser uno de los mejores psiquiatras para adolescentes del país, y Julia, que, como Vanessa, habría preferido a una mujer, o al menos a un miembro de la nación más oscura, no protestó. Veinte años atrás nunca habría imaginado que se convertiría en la clase de esposa que no protesta.

Eran muchas las cosas que nunca se habría imaginado.

—Cameron me contó algo interesante —dijo Lemaster cuando decidió que ella ya había meditado durante bastante tiempo. Pasaron junto a dos caballos grises encerrados en un cercado, provistos de mantas para combatir un frío por el que no parecían preocuparse: observaban el escaso tráfico nocturno con ojos brillantes—. Hace un par de semanas recibió una llamada de lo más extraño. —Aquella carcajada confiada, segura, una mano levantada del volante para dar énfasis, una mirada reluciente dirigida a Julia. A Lemaster le encantaba destacar sobre cualquiera que tuviera cerca, y su esposa no era una excepción—. De un viejo amigo tuyo, de hecho. Al parecer...

—Lemmie, ¡cuidado! ¡Cuidado!

Demasiado tarde.

### III

Todo habitante de Nueva Inglaterra sabe que por la noche los bosques nevados están llenos de infinitos ruidos. Zumbidos y pasos de animales furtivos, el silbido juguetón del viento, ramas que crujen y se rompen: suele haber muchas cosas que oír, excepto cuando tu Escalade está en una zanja, el motor zumba y falla, zumba y falla, y Goodie Mobb sigue voceando desde nueve altavoces. Julia se zafó del airbag. Su marido le tendió la mano, dispuesto a ayudarla. Temblando, ella recorrió con la mirada la marca de la nieve que indicaba el trazado de la Four Mile Road. Lemaster le tocó la cara con las manos. Aturdida, ella las apartó de un manotazo. Con aire paciente él le giró la barbilla y sus miradas se cruzaron. Ella comprendió que le preguntaba si se encontraba bien. La frente y la boca de su marido estaban llenas de



sangre, mucha sangre. Fue ella entonces quien se lo preguntó y él le aseguró que estaba sano y salvo.

Los móviles no tenían cobertura allí: ambos lo intentaron.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Julia, estremecida por un buen número de motivos.

Intentaba decidir si debía estar enfadada con él por haber apartado los ojos de la carretera justo antes de doblar una pronunciada curva que no se había movido en los seis años que llevaban viviendo allí.

—Esperaremos a que pase un coche.

—Nadie pasa por aquí excepto tú.

Lemaster salió de la zanja y subió a la carretera.

—En diez minutos han pasado dos coches. El siguiente no puede tardar. —Él se paró y, en un arranque de exasperación, ella temió que estuviera calculando el momento preciso en que esperaba la llegada del próximo vehículo—. Dejaremos las luces encendidas. El próximo coche nos verá y frenará.

Hablaba con voz tranquila, el mismo tono que usó el día en que el presidente le pidió que fuera con él a Washington y cual faro de integridad, se ocupara de aclarar el último escándalo de la Casa Blanca; el mismo tono de aquella noche, hace dos décadas, cuando Julia le dijo que estaba embarazada y él respondió, sin el menor atisbo de reproche o nerviosismo, que debían casarse. Lemaster solía decir que la vida moral requería más razón que pasión. Quizá sí, pero un exceso de razón podía volverte loco.

—Deberías esperar dentro del coche —prosiguió él—. Hace frío aquí fuera.

—¿Y Vanessa? Debe de estar esperándonos.

—Esperará.

Julia hizo lo que sugería su marido sin demasiado convencimiento. Él era ocho años mayor, una diferencia que en algún momento de su vida le había resultado tranquilizadora, pero que en los últimos años le hacía sentir que su marido la trataba como si fuera una niña. La abuela Vee solía decir que si te casabas con un hombre con la idea de que cuidara de ti corrías el riesgo de que acabara haciéndolo. Justo cuando iba a refugiarse en la calidez del coche la luz de la luna iluminó un bulto que yacía en la zanja a solo unos metros. Dio medio paso hacia él, y un par de criaturas salvajes de ojos brillantes levantaron sus peludas cabezas de su cena y se escabulleron hacia los árboles. Debe de tratarse de un ciervo, se dijo ella, un animal cubierto por la nieve: un ciervo atropellado por un coche y luego arrojado a una zanja, convertido en alimento para esas alimañas que se negaban a hibernar. Se abrochó el abrigo, temblorosa, y se giró hacia el Escalade. Lo último que le hacía falta ahora era ver a un animal ensangrentado al que le faltaban los órganos más suculentos. Justo cuando tenía la mano en la manecilla de la puerta, se detuvo.

Los ciervos, se recordó a sí misma, no llevan zapatos.

Consiguió deshacer el nudo que se le formaba en la garganta.

—Lemmie.

Pero su decidido esposo seguía en lo alto de la carretera, dispuesto a parar al siguiente coche aunque tuviera que aguardar hasta la primavera.

—¡Lemmie!

Lo tuvo a su lado al instante. Era una de sus habilidades. Según su amiga Tessa Kenner, Lemaster estaba locamente enamorado de su propia fiabilidad. Me ha obligado a enamorarme de él, le había explicado Julia a su dubitativa madre, que habría preferido a un miembro de alguna familia conocida en lugar de a un inmigrante de las islas. No he tenido opción.

—¿Qué pasa, Jules?

—Creía que era un ciervo, pero... bueno, allí hay un cadáver.

Señaló el lugar. Él siguió la dirección del dedo con la mirada y avanzó por la zanja para echar un vistazo.

—¡No toques nada! —gritó ella cuando lo vio arrodillado, limpiando de nieve la cara del cadáver, lo que con toda probabilidad arruinaría la escena del crimen. O al menos eso decían en *CSI*, la serie de televisión a la que era adicta. Ella esperó sentada en el coche, con la portezuela abierta, sin poder apagar la radio porque el airbag le impedía acceder a los mandos.

Lemaster volvió con el rostro contraído.

—No es ningún ciervo —dijo él en un tono casi reconfortante, apoyando una mano pequeña y fuerte en su hombro—. Es un hombre. Y los animales han estado... bueno, ya te lo imaginas.

Julia esperó: en su cara leía que eso no era lo que su marido quería decirle. Por fin, él balbuceó:

—Jules, lo conocemos.

## Los terriers

### I

Los inspectores eran pulcros, blancos y muy educados, ya fuera porque les venía de carácter o por deferencia a Lemaster, el presidente de la universidad: un cargo que, según la opinión general, solo significaba un paso más en su ascendente carrera, aunque eso era algo que él solo se atrevía a reconocer en la intimidad del dormitorio conyugal. Llegaron a la casa situada en la cumbre de Hunter's Meadow Road poco antes de las diez del sábado, escoltados por un nervioso agente del exiguo cuerpo policial de Tyler's Landing, un hombre de aspecto seboso llamado Nilsson, cuyo también seboso hijo había estado en la clase básica de ciencias que impartía Julia hacía cuatro años —el mismo año en que fue despedida, o dimitió, según como se mire—; eran dos ansiosos terriers de la policía estatal, cuyas tranquilas voces y pelos cortados a cepillo resultaban tan idénticos que bien podrían haber pasado por gemelos. La profesionalidad severa y educada de que hacían gala recordaba a Julia a la de los oficiales de la Marina que se presentaron en su casa de la calle North Balch, en Hanover, New Hampshire, en un mes de octubre de la era Reagan, para informar a su madre y a su último y pasajero padrastro de que su hermano gemelo, Jay, un marine, había muerto en Grenada. Se dio la dolorosa coincidencia de que Julia, que acababa de casarse y de ser madre, se hallaba en casa, ya que Mona Veazie había celebrado su cincuenta y tres cumpleaños el día anterior y lo había pasado haciendo saltar sobre sus rodillas a su nieto, Preston, llamado así en honor del padre de Mona, el arquitecto. De manera que la hija tuvo la oportunidad de sentarse en el salón y observar cómo su madre también moría un poco.

Cuando los inspectores llamaron al timbre de la casa llamada Hunter's Heights —todas las moradas tenían nombre por estos pagos— la imprevista nevada había amainado, y el señor Huebner había despejado la larga y serpenteante calzada no una vez sino dos. El brillante sol matutino restallaba sobre la abrumadora blancura de tal manera que dolía a la vista. O quizá el dolor se debiera a algo más profundo: aunque Julia había dejado de llorar hacía un rato, la pequeña Jeannie, aún resfriada, había pillado a mamá en pleno ataque de furia contra su imagen reflejada en el espejo del cuarto de baño, donde antes un yo más feliz solía sonreírle con cierta tristeza. Julia se dijo a sí misma que esto no podía estar pasando. Pero pasaba. Los inspectores eran un recordatorio vestido de gris de la dura verdad: la muerte acecha toda vida. Así pues, cuando Lemaster la llamó, ella se lavó la cara, se recompuso el maquillaje y bajó a

ver qué querían. En el puñado de horas transcurridas desde el descubrimiento del cadáver habían hecho los deberes. Solo un par de detalles, dijeron. Un par de preguntas, muchachos, lamentamos molestaros tan temprano pero se trata de una investigación de asesinato. Ya lo entendéis.

Los Carlyle lo entendieron.

Se sentaron juntos en el salón, donde Lemaster había encendido un buen fuego en la chimenea que había bajo la mediocre acuarela que mostraba a un grupo de gente solemne en una playa de Barbados, a orillas del Atlántico. No, gracias, los inspectores no deseaban tomar nada. Julia, que se moría por una copa de vino pese a lo temprano de la hora, siguió el sobrio ejemplo de su marido y se conformó con agua. El ayudante especial de Lemaster, Flew, siempre al lado de su jefe en momentos de crisis, había servido una copiosa bandeja con todo lo que pudo encontrar —galletas saladas, embutidos, queso brie—, pero nadie excepto Julia probó bocado. Se sintió como una glotona, torturada y puesta en evidencia por la frugalidad de su marido. Jeannie, en teoría dormida, debía de estar escuchando desde el descansillo del piso de arriba. El pulcro y competente Flew también debía de estar al acecho, en la despensa probablemente, a menos que le hubiera dado por barrer la cocina, ya que si había algo que odiaba era el desorden en general, y en particular el que rodeaba la vida de su jefe: cada vez que Flew entraba en la casa de Hunter's Meadow y miraba a su alrededor, Julia se sentía inútil y juzgada. Vanessa se había encerrado en su cuarto; tal vez durmiera, aunque también podía estar sentada frente al ordenador: había hallado sus propios métodos para enterrar el dolor y la confusión inherentes a la experiencia de la muerte. Al igual que el imperturbable Lemaster. La Biblia familiar estaba apoyada en la chimenea: cuarenta centímetros de alto de un feo color cremoso. El *Book of Common Prayer*, versión de 1928, se hallaba a su lado. Lemaster Carlyle era el cabeza de familia de un hogar anglicano tradicional y se enorgullecía, con cierta perversión, en hacérselo saber a todo el mundo.

Los terriers gemelos dijeron que eran conscientes de lo duro que resultaba todo esto, pero sus ojos les contradecían al unísono. Tomaron asiento uno al lado de otro en el sofá de piel envejecida, importado de Italia, que Lemaster detestaba por su ostentación, ya que tendía a cultivar la imagen del inmigrante sencillo. El sebo Nilsson estaba apoyado en una butaca de madera de intrincado diseño y respaldo escalonado, una de las escasas piezas de mobiliario que Julia había conservado de la casa de Mona en New Hampshire. Como el escritorio Luis XV del vestíbulo principal, la silla antigua procedía originalmente de la famosa mansión que su abuela poseía en Harlem. En palabras de Mona, hubo una época en que cualquiera que fuera alguien en la nación negra pasaba por el salón de Amaretta Veazie: con ello se refería a cualquiera que aspirara a una posición en lo que llamaban el Clan, por cuyos límites fortificados patrullaban con diligencia la abuela Vee y sus colegas para evitar que se colara algún negro de clase equivocada.

Cuando intentaba explicar lo del Clan a sus amigos blancos, estos nunca acababan

de comprenderlo. Pero eso no era una sorpresa para Julia. Siempre que mencionaba que en su familia los arquitectos se remontaban a siete generaciones, incluso la mayoría de los negros la miraba con compasión: como si exagerara el relato de unos antepasados que construían sus propias cabañas. Mientras que en realidad Veazie & Elden había sido, ya en el siglo diecinueve, uno de los principales despachos de arquitectura de Manhattan.

Los terriers no parecían de la clase de personas que se interesan por la historia social de la comunidad. Sus elaboradas preguntas salían con una lentitud exasperante. Pasaron un buen rato hojeando sus cuadernos. Julia sintió ganas de estrangularlos e incluso el plácido Lemaster parecía tenso tras su máscara de educación: un aire casi palpable de tragedia inminente flota sobre los encuentros entre los americanos negros y la policía blanca, y ni siquiera la mejor disposición por ambos lados consigue disiparlo. No es que Julia estuviera segura de albergar la mejor disposición, ya que en ese momento su mente estaba en doscientos sitios distintos. Insistieron. Preguntaron una y otra vez por qué los Carlyle habían escogido aquel camino para llegar a casa, pareciendo poner en duda la historia de la hija que los esperaba a la puerta del cine. El más delgado de los terriers señaló que Vanessa había vuelto a casa en el coche de su novio. Julia explicó que la decisión de la joven fue un desafío a las órdenes paternas. Lemaster había perdonado la desobediencia porque comprendió la preocupación de Vanessa ante la tardanza de sus padres. La historia sonaba enrevesada incluso para Julia, y los inspectores parecían convenir con ella en este punto, ya que la interrumpieron para remarcar que la Four Mile era un viejo camino de carga que atravesaba por terrenos de acceso prohibido que eran propiedad de la compañía de agua.

—Todo el mundo toma la Four Mile —dijo Julia con cierta inseguridad antes de que Lemaster pudiera detenerla.

—No todo el mundo encontró el cadáver —dijo el más delgado.

No, pero alguien tenía que hacerlo, a punto estuvo de espetar ella, sintiéndose como la estudiante de teología de antaño en plena discusión sobre la falacia del sincronismo.

—Y por eso estamos aquí —sonrió Lemaster con brío.

Se produjo una pausa: entró Flew, cabizbajo y pecoso, con una bandeja llena de tazas de chocolate caliente, de las que Julia cogió una por pura educación. Los inspectores se abstuvieron. Ella lo siguió con la mirada mientras salía de la sala.

Preguntaron por los coches que los precedieron y los que los siguieron, preguntaron si les funcionaban los teléfonos móviles, preguntaron por huellas y marcas de neumáticos, preguntaron si los Carlyle habían visto a alguien más, preguntaron por qué Lemaster había apartado la vista de la carretera, preguntaron por qué había tocado el cuerpo: habiendo sido fiscal, tenía que saber...

Lemaster ofreció respuestas tranquilas y confiadas a todas sus preguntas.

Sentada en aquella sobrecargada estancia, rodeada de la clase de ostentación que

había hecho famoso al Clan en otra época, con un pasado que se agolpaba en su mente sin orden ni concierto, Julia se sintió más que aliviada de que su marido tomara la iniciativa. Sus pensamientos no eran de fiar en ese momento. Se perdía retazos de conversación. Aunque estaba sentada, notaba como si los pies no pudieran sostenerla. Apenas había dormido. Había llamado a los dos chicos —a Aaron en Phillips Exeter, y a Preston en el MIT— y en lo que llevaba de mañana habría atendido unas dos docenas de llamadas. Pasó a los periodistas a Flew, que había llegado al amanecer y era un hacha en estos cometidos. Del resto, la mayoría pertenecían a miembros de su club, las Perlas Negras, quienes con ese estilo de revoloteo agitado que las caracterizaba se sentían atraídas por las desgracias: todas las Perlas Hermanas, como si leyeran un guión, anunciaban que «sentían mucho despertarla», pero que «habían oído» la noticia y «querían saber cómo iba todo», cuando en realidad lo que buscaban era información privilegiada para contrastarla con cualquier rumor que estuviera circulando ya entre la limitada comunidad de afroamericanos de clase media alta. Por eso sus miembros se autodenominaban Perlas Hermanas, ya que el nombre enfatizaba tanto su intimidad como su distinción. Había que ser alguien para entrar, decían los miembros más antiguos con una nota de nostalgia, ya que hoy día una mujer negra podía acceder a ese selecto grupo en una sola generación. Eran otros tiempos.

Mucho después, cuando el invierno se volvió duro y terrorífico, fue este el momento que recordaría Julia: sentada en el salón, contemplando la nieve, mientras los inspectores formulaban preguntas y su mente se dispersaba en múltiples direcciones: las Perlas Negras, la abuela Vee, las historias que había oído durante toda su vida sobre los tiempos de Harlem, cuando el Clan aún significaba algo, incluso para los negros que no formaban parte de él. Fue casi como si, en la terrible mañana que siguió al hallazgo del cadáver de Kellen Zant, Julia Carlyle supiera ya que la respuesta al misterio que no tardaría en enredarse en torno a su herida familia hundía sus raíces en el sombrío pasado de la nación negra.

## II

Los terriers pasaron a Kellen Zant mientras las llamas parpadeaban en la chimenea. Los Carlyle le conocían, por supuesto, y lo admitieron sin más: le conocían no solo del campus, sino del modo casual en que se conocían los miembros del Clan, ya que estos se cruzaban a todas horas con las mismas personas, piel oscura con piel oscura, en la interminable espiral de cenas, eventos benéficos, bailes y tertulias literarias, aunque, para ser sinceros, Kellen Zant era un caso distinto: un chico pobre del sur de origen incierto, que no había nacido en el seno del Clan y había necesitado años para ingresar en él.

¿Lo veían a menudo?, preguntó uno de los terriers.

No muy a menudo, respondió Lemaster antes de que Julia tuviera tiempo para pensar.

Pero ¿lo veían en eventos sociales?

Lemaster respondió de nuevo, con uno de sus juegos: Eso depende del sentido que le dé a la palabra «ver».

Volvieron a sus cuadernos, impertérritos. Un hombre importante, dijeron, no en tono de pregunta. Era un simple economista, dijo Lemaster, antiguo licenciado en la humillación implícita de la vida universitaria, implicando no que la economía no fuera una disciplina seria, sino que Kellen no lo era, ya que a pesar de su notoriedad en ese campo había dedicado muy poco tiempo a la investigación en los últimos tiempos; en su lugar había preferido ganar dinero desempeñando funciones de consultor para grandes empresas. ¿Era bueno en su trabajo?, preguntaron los terriers gemelos, y Lemaster, con su sonrisa más encantadora, repuso:

—Ocupaba la cátedra de economía Tyson. Uno de nuestros puestos fijos más prestigiosos. No los concedemos por buena conducta.

Malinterpretando la ironía, o quizá de forma deliberada, los inspectores preguntaron si el profesor Zant era culpable de mala conducta.

Lemaster tenía una forma de enarcar sus pobladas cejas que destinaba a recordarte que él era el más listo. Lo hizo en ese momento. Julia no supo decir si el gesto provocaba reacción alguna en los inspectores.

—La comunidad universitaria en pleno echará de menos sus conocimientos y su ingenio —dijo él como quien compone un sermón fúnebre o una declaración para la prensa, ya que el director de comunicación del campus había llamado cuatro veces desde la noche pasada.

Los inspectores tomaron nota —tal vez de los conocimientos de Kellen, tal vez de su ingenio— y siguieron presionando. Preguntaron por enemigos. Ninguno conocido. Preguntaron por escándalos y corrupción. Nada conocido, pero Julia tuvo que esconder un estremecimiento secreto. Preguntaron por peleas recientes, discusiones y ofensas, por cómo se llevaba con colegas, alumnos, vecinos y amigos. Oh, y ya que tocamos el tema, ¿no es cierto que el presidente Carlyle y el profesor Zant habían mantenido un desacuerdo reciente en público?

Julia se incorporó en su asiento, al igual que ambos inspectores, aunque el agente Nilsson tuvo la deferencia de poner cara de avergonzado. La mano de Lemaster apretó la de su esposa, que no se había percatado de que él la sostenía, pero su frío tono de voz indicó a Julia que era a ella a quien estaba tranquilizando.

—No. Eso fue una mentira de los medios: siempre buscan cuentos que dejen malparados a los afroamericanos.

¿Le importaría contarles lo que se filtró a la prensa?

—La pasada primavera mantuve una serie de reuniones privadas con los miembros más destacados de la facultad, después de haber aceptado el puesto pero

antes de tomar las riendas. Durante mi charla con Kellen le comenté que un economista de su talla podría hacer mucho por cambiar el mundo si invirtiera menos energía en sus clientes privados y más en la vida académica. —Una sonrisa confiada. Los inteligentes ojos de Lemaster se posaron en el flamante piano de cola en lugar de en las atentas caras de los terriers—. Kellen dijo que se lo pensaría. Eso fue todo.

El inspector más delgado, un individuo llamado Chrebet, se mostró interesado.

—Encontré unos informes que afirmaban que ustedes dos nunca se llevaron bien. Motivos personales.

—Tonterías.

—Leí en un periódico que el profesor Zant estaba tan indignado que se planteaba la posibilidad de dejar la universidad.

Un viejo lema de Lemaster:

—Antepongo los hechos a las noticias.

Nadie sonrió.

—¿Fue una reunión privada?

—Solo nosotros dos.

—Entonces, ¿cómo se enteró la prensa?

Pero Lemaster optó por considerar la cuestión como una pregunta retórica. Miró el reloj, asegurándose de haber captado antes su atención.

Solo un par de preguntas más, prometieron. El profesor Zant ingresaba mucho dinero, ¿no? ¿De esos clientes privados que tenía? Por alguna razón esta pregunta iba dirigida a Julia, que bajó los ojos para observar los intrincados aunque vulgares motivos de la alfombra, que no era una auténtica alfombra persa. Se encogió de hombros. Volvieron a Lemaster. Zant inventó una fórmula o algo así, ¿no? Un modo mejor para estimar los precios de stocks pasados ajustado a acontecimientos hipotéticos, dijo Lemaster, mostrando de nuevo su tono intelectual más juguetón. Eso fue en la escuela de posgraduados. Esperaron. Lemaster llenó el hueco. Según dijo, la ecuación Zant-Feldman constituyó uno de los mayores avances en teoría financiera a lo largo del siglo pasado. Pero los terriers quizá estuvieran al tanto de otros de mayor alcance, ya que, sin aparentar la menor emoción, repasaron sus cuadernos y siguieron con sus preguntas. ¿No estaba casado? ¿No tenía novia, que ellos supieran? ¿Novio, pues? ¿No? ¿Alguna idea de quién podía querer verlo muerto? Los Carlyle manifestaron su más absoluta perplejidad.

—¿Se han enterado de que hemos encontrado el coche? —dijo Chrebet.

—Lo he visto en las noticias —dijo Lemaster.

—En un parque industrial de la carretera Cuarenta y ocho. Por lo que sabemos, le dispararon en el interior del coche, dos balas en la cabeza, y lo arrojaron a la cuneta. Luego el asesino llevó el vehículo hasta el parque industrial y lo dejó allí.

—¿No hay ningún sospechoso?

—Aún no.

Julia estaba impresionada por cómo su marido se había hecho cargo de la



conversación; aunque era algo que hacía siempre. Unas semanas después de que se instalaran en el Landing, él había entrado en una atestada reunión de la junta de zona, había ocupado un asiento en la última fila del local, como representante único de lo que su comunidad conocía con el nombre de la nación oscura, y, en menos de una hora, ya estaba dando órdenes.

—¿Se llevaron algo? —preguntó él ahora.

—La cartera. Llaves. Quizá alguna cosa más.

—¿Un atraco?

—Pudo ser un atraco. También puede ser que el asesino quisiera simular un atraco.

Julia sintió la comezón de los nervios. Por lo que había visto en televisión, suponía que este era el momento en que los inspectores preguntaban dónde se hallaba cada uno de ellos entre las ocho y las diez de la noche anterior. En cambio, estos sacaron las fotos. Chrebet extrajo dos de una carpeta. Tendió la primera hacia Lemaster, quien le echó un vistazo rápido y la pasó a su mujer, a la espera de la siguiente. Julia miró, y apartó la cabeza. El Audi TT dorado del que tanto se enorgullecía Kellen, ya que solía decir que tenía todo el lujo que pedían los tontos que compraban deportivos caros pero costaba menos, gastaba menos y era más seguro. Los asientos eran de piel color crema, pero en la foto el asiento del conductor aparecía negro de sangre.

—Le dispararon en algún lugar y luego lo llevaron a la Four Mile —dijo Chrebet, pasando una página—. Sangró durante un rato.

Dos balas, pensaba Julia. Seguramente habría bastado con una.

Lemaster dedicó más tiempo a observar la segunda foto, mientras los inspectores aprovechaban para preguntar si tenían alguna idea, por vaga que fuera, sobre quién podía haber cometido un crimen tan terrible.

Entonces Julia vio la segunda foto y comprendió aún menos el motivo por el que se las mostraban, a no ser que intentaran impresionarlos. Una instantánea de la cara de Kellen, presumiblemente sacada en el depósito. Sí, era él, a juzgar por lo poco que quedaba de sus rasgos. Los ojos de Kellen, siempre risueños y de color castaño oscuro, estaban cerrados. Si no la engañaban sus recuerdos de cuando estudiaba biología, ese acto reflejo no existía. Cuando se producía una muerte lenta sí, los ojos se iban cerrando, como si te durmieras. Pero en el caso de un traumatismo súbito y violento deberían haber permanecido abiertos. Frunció el ceño. ¿Los forenses cerraban los ojos de los cadáveres? Quizá había sido un gesto de amabilidad por parte del asesino. O quizá fuera ella la que se equivocaba.

No, decía Lemaster, y Julia se percató de que las fotos habían vuelto a la carpeta. Ni mi esposa ni yo tenemos la menor idea de quién podría hacer algo parecido, dijo él, imitando el tono policial con aire casi de broma.

Julia esperó de nuevo a que preguntaran dónde estaban los Carlyle la noche anterior a la hora en que ocurrió el crimen.

En su lugar preguntaron por los temas en que había estado trabajando el economista. Lemaster dijo que, si se referían a la tesis, debían dirigirse a sus colegas de departamento. Los inspectores esperaron. Dijo que él no tenía ni idea y miró a su mujer, que se hizo eco de sus palabras. Preguntaron en qué podía haber estado trabajando el profesor Zant aparte de la tesis; de nuevo los Carlyle no pudieron ofrecer ayuda alguna: eso afirmó Lemaster en nombre de los dos.

Ambos inspectores intercambiaron una señal. Ah, sí, se nos olvidaba, hay una cosa más. Señora Carlyle, ¿sería tan amable de definirnos la clase de relación que la unía al fallecido?

¿Relación?

¿No habían mantenido una relación íntima y personal en el pasado?

Un momento de silencio en el que los inspectores fueron los únicos capaces de establecer contacto visual con cualquiera de los presentes. Toda su historia se acumuló a su espalda, densa y fuerte. Ella recordó una cara de alegría contagiosa, seductora, una chispa de deseo concentrada solo en ella.

Sí, salimos juntos, durante muy poco tiempo. Pero eso fue antes de que me casara.

¿Puede decirnos cuándo habló con él por última vez?

Eso era lo mismo que decir que no la creían.

Tenemos un día muy ocupado, señores, dijo Lemaster, y el aprecio que ella sentía por su marido se revitalizó y pareció amor.

Ellos se deshicieron en disculpas y agradecimientos mientras se dirigían a la puerta.

## Kepler

## I

—La ciudad es una olla a presión —dijo Boris Gibbs con satisfacción—. Está lista para estallar en cualquier momento.

Julia, que aquella mañana no había percibido rastros de manifestantes o de cargas policiales en su camino hacia la facultad de teología, optó por esbozar un educado gesto de asentimiento y no decir nada. Cuando hablaba de la ciudad él se refería a Elm Harbor, donde se ubicaba la universidad, y donde ella y Boris estaban almorzando en ese momento; no al Landing, situado a media hora de distancia. El Landing, donde ambos vivían, era desde luego mayoritariamente blanco; y la ciudad... no.

—He estado escuchando a ese locutor de radio, ese Kwame comosellame. Sí, es un poco fanático, pero tiene una legión de seguidores, Julia. Una legión de seguidores. Se creen lo que dice a pies juntillas, y, créeme, está soliviantando los ánimos.

Parecía ansioso de que sucediera algo. Muchos progresistas se comportaban así esos días: anhelaban que los afroamericanos despertaran y sacaran a la izquierda de su letargo. Pero Boris Gibbs no era un progresista. No poseía convicciones políticas discernibles y albergaba escasas emociones, aparte de una tumultuosa autocomplacencia. Vivía para despedazar acontecimientos, o ideas, o egos. Si se le presionaba, reconocía el pecado que subyacía a ese deseo de despellejar al prójimo. Según él, era su punto débil. Y parecía encantado de tenerlo.

—Te creo, Boris.

—Aquel profesor negro al que la policía del campus apaleó hace un par de años. ¿Te acuerdas? El chico desarmado que recibió un tiro en una persecución. Además de toda la mierda habitual de la vida cotidiana. Este asunto de Kellen es la gota que ha colmado el vaso, fíjate en lo que te digo. El racismo que vuestro pueblo tiene que soportar hoy día es deprimente.

«Vuestro pueblo». A ella le gustaba aquella expresión, casi tanto como llamar al asesinato «este asunto de Kellen».

—Leo los periódicos, Boris —dijo ella en tono tranquilo—. Fue un robo a mano armada, no un crimen racial.

Boris respondió a su ingenuidad con un gesto de negación y dio un bocado grande y feo a su hamburguesa grande y fea. Él mismo reconocía que era un hombre grande

y feo, de rostro rosáceo y abotargado, y rasgos desiguales y desafortunados que indicaban una vida triste; sin embargo, era una de las personas más felices que ella conocía: siempre decía lo que le pasaba por la cabeza y eso le evitaba el estrés que conlleva la represión. Ambos eran delegados de la decana del Cuadrángulo Kepler, el nombre que se le daba popularmente a la facultad de teología, aunque Boris, que presumía de conocer la historia del campus, solía comentar que Kepler era el nombre del edificio, no de la facultad. Cuando no estaba ocupado criticando, Boris daba alguna clase, aunque su tarea principal consistía en administrar el presupuesto del centro, algo en lo que era un genio. La decana, sin embargo, en una muestra de sabiduría, lo mantenía alejado del ojo público.

—Al menos eso dice la policía —sonrió él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que ya no eres una niña, Julia. Tienes que decidir por ti misma lo que crees.

Julia se tragó la afilada respuesta que tenía en la punta de la lengua. Esos últimos años había tenido que tragarse muchas cosas. Era martes, y Julia ya estaba harta de las especulaciones en torno a Kellen Zant. Pero en el campus no se hablaba de otra cosa. No hay muchas universidades en las que se mate a tiros a un profesor, y en cualquier caso no a uno tan popular como Kellen. La pequeña Iris Feynman, la tercera delegada del decanato de aquel mal pagado triunvirato administrativo —dirigía «asuntos exteriores», lo que implicaba relaciones con la universidad, con los escasos alumnos que disponían de dinero para donaciones y con cualquier periodista que irrumpiera accidentalmente por allí confundiendo el edificio con la facultad de empresariales, por ejemplo—, había pasado a primera hora por el despacho de Julia para informarla del rumor de que el crimen había sido cometido por un alumno contrariado. Pero las mayores apuestas —según el viejo Clay Maxwell, el especialista en Nuevo Testamento, con quien Julia se había encontrado cuando fue a la desvencijada sala de profesores a llenar su taza de café con aquel aguachirle que era lo máximo que podían permitirse en Kepler—, las mayores apuestas apuntaban a un marido celoso.

—¿Podemos volver al presupuesto? —dijo Julia.

Al fin y al cabo, ese era el motivo de su almuerzo con Boris en una de las numerosas y vulgares cafeterías que quedaban cerca de la facultad de teología. Claire Alvarez, la decana, siguiendo órdenes del rector, había pedido propuestas que implicaran un recorte del cinco por ciento, y, como Scrooge, quería el informe antes de Navidad. Todo el personal de Kepler sabía que se avecinaban tiempos difíciles. Un puñado de estudiantes estaba sentado en una mesa cercana, observándolos de reojo, preocupados por cuál de sus programas favoritos caería bajo el peso del hacha. Estos días se invertía más energía en echar culpas que en arreglar problemas, y estaba claro quién sería el cabeza de turco. Julia desempeñaba el puesto de decana de los alumnos y responsable de admisiones —el presupuesto no daba para dos cargos distintos— y

ganaba la mitad de un sueldo único por ejercer dos trabajos de jornada completa. Sin la menor alegría había preparado tres propuestas para reducir su parte del presupuesto: una que pondría en su contra a los estudiantes extranjeros, otra que ofendería a las mujeres, y una tercera que convencería a las minorías de que ella era una galleta Oreo —negra por fuera y blanca por dentro—, confirmando el apodo que solían darle en la facultad.

—¿El presupuesto? —Boris se rió—. Lo están recortando otra vez. —Gesticulaba con una mano mientras con la otra sostenía la hamburguesa.

En el exterior el cielo había adquirido el color de la pizarra lustrosa. Julia era lo bastante yanqui para interpretar las señales: se aproximaba otra nevada. Además, el pronóstico meteorológico así lo afirmaba. Observó cómo Boris movía la hamburguesa, que, rellena de todos los condimentos posibles, chorreaba por los lados. Había manchas de salsa por todas partes. Otros comensales de la cafetería apartaron la mirada. La camarera se acercó a la mesa para limpiar la peor parte del desaguisado y traerle otra Dr. Pepper. Él no prestó la menor atención, como siempre, pero era famoso por sus buenas propinas. Se lamió la mostaza de los dedos. Dos esposas se habían divorciado de Boris Gibbs, y no resultaba difícil adivinar el porqué.

—Siempre nos recortan el presupuesto. No somos ni científicos ni capitalistas, Julia. No combinamos genes ni creamos software. No amasamos grandes fortunas. Nos dedicamos a Dios, así que no somos importantes.

—Soy una científica —dijo ella, forzando una mueca, y era verdad: su título de licenciatura era en biología y se había pasado años enseñando ciencias en una escuela secundaria.

Boris enarcó unas cejas oscuras como alas de demonio. Se le saltaban los ojos, pero eso no era ninguna novedad. Con la ayuda de una servilleta sucia se limpió la boca, un gesto simple que él consiguió transformar en algo ruidoso y desagradable. A veces Julia sospechaba que esa imagen de feo y asqueroso no era más que una actuación, diseñada menos para mantener al mundo alejado que para despertar intriga en lo que en otro caso sería puro aburrimiento. A diferencia de Julia, Boris también impartía una asignatura por semestre y siempre estaba entre los preferidos de los alumnos, aunque dicha asignatura fuera teología sistemática, un hueso, un rito de trámite que dejaba temblando a los futuros pastores. Julia y Boris no eran amigos, pero su obstinada rudeza ejercía en ella una inagotable fascinación, parecida a la que había sentido en su época de estudiante por una especie de escarabajo que devoraba a sus hermanos.

—Vale, bien. Si eres una mujer de ciencias, añade esto. Si fue un lobo, ¿por qué dejaron el coche? Ese Audi debe de valer algo, ¿no? ¿No? —En clase, martilleaba a los alumnos del mismo modo: «¿Habláis de cristología o soteriología? ¿Eh? ¿Acaso conocéis la diferencia?»—. ¿Y por qué lo llevaron hasta los suburbios? ¿Eh? ¿Por qué no dejarlo en la ciudad? No es como si su desaparición pudiera pasar desapercibida. —Boris, muy contento con su argumento, se apoltronó en la silla, e

inmediatamente arruinó el efecto derramando la bebida.

—No lo sé, Boris —dijo Julia, como si ella no se hubiera pasado horas aturdida ante las mismas preguntas—. No lo he pensado. —Una mentira más en una semana llena de ellas—. Fue una experiencia muy desagradable y preferiría olvidarme de ella en lugar de tener que comentarla a todas horas. —Inspiró hondo—. Ahora, ¿te importa echar un vistazo a estas cifras? Creo que he encontrado un modo de mantener a mis dos ayudantes.

Boris quería que despidiera a su ayudante a jornada completa y mantuviera a la de media jornada: lo último que pretendía hacer Julia, dado que su ayudante a tiempo completo era la única secretaria negra de Kepler.

—Te diré algo más. Se dice que tu amigo Kellen mantenía un lío de lo más tórrido con una mujer casada. —En sus ojos brillaba un destello codicioso—. Me pregunto quién podía ser.

—Kellen no paraba de tener aventuras. —Sus mejillas enrojecieron—. Le gustaban los cambios. Solo le excitaba el futuro y sus... posibilidades. Solía decir que no le gustaba hacer nada dos veces. —Julia se estremeció y se obligó a parar. ¿Cómo había permitido que su colega la llevara por ese camino? Kellen hablaba de sexo cuando hizo ese comentario, hacía una eternidad; hablaba de sexo, con ella—. Por favor, Boris, si revisas mis propuestas...

—Ya las he mirado. Son una mierda. Te estás esforzando demasiado por ser amable. Enfrentate a los hechos, Julia. Alguien terminará odiándote, ¿no? Bien. Pues el único modo en que puedes ejercer cierta autonomía es en la elección de ese alguien. —La camarera, que conocía las tendencias de Boris, había traído una tercera Dr. Pepper sin preguntar. Él engulló la mitad de un trago voraz—. En fin, volviendo al tema de la mujer casada: he oído que es alguien muy importante de la ciudad. O al menos lo es su marido.

—¿Qué intentas decir, Boris?

Él pasó por alto su indignación. Secándose los dedos con los extremos de la servilleta se inclinó hacia delante, aumentando la probabilidad de acabar escupiendo sobre ella.

—Bueno... ¿Piensas ir a Nueva Orleans o donde sea que se celebre el funeral?

—Arkadelphia. Sí. —Se preguntó por qué se sonrojaba.

—¿Y nuestro apreciado presidente? ¿Hará ondear la bandera, pronunciará un emotivo sermón y derramará lágrimas de cocodrilo?

—Lemaster tiene demasiado trabajo.

—Qué pena. —Una sonrisa aviesa—. ¿Quieres que te acompañe?

—Ya tengo quien lo haga, gracias. —La prisa por huir de él aumentaba.

—Bueno, como quieras. Diviértete, si es que eso es posible en un funeral. ¿Cómo se lo han tomado los niños?

—Están bien —dijo ella, sin saber por qué mentía. ¿Debería hablar del primogénito, Preston, que estudiaba fuera y que nunca llamaba a casa si podía

evitarlo? ¿De Vanessa, cuyos problemas podrían llenar un libro? ¿O de Aaron, el estudiante de secundaria que había escapado a Exeter para huir de la tensión que reinaba en la casa desde el arresto de su hermana mayor? ¿Y qué decir de Jeannie, empeñada más que nunca en demostrar que era la princesita perfecta de la casa? Sentía que los cuatro se alejaban de ella, y el dolor de esa pérdida desviaba sus pensamientos en direcciones más tristes, sobre todo en las crudas noches de invierno—. La verdad es que apenas lo conocían —dijo, en tono desmayado—. Al menos no muy bien.

Él ya había cambiado a otro tema.

—Ah, por cierto, te diré otra cosa que he oído sobre tu amigo Kellen. Alguna gente del Landing estaba bastante enfadada con él.

Boris vivía a menos de dos kilómetros de Hunter's Heights y disfrutaba propagando cotilleos, algunos bastante ciertos. Julia se sintió intrigada a su pesar.

—¿Enfadados con Kellen? ¿Gente del Landing? ¿Qué tenía que ver Kellen con el Landing?

—Ni idea, pero fuera lo que fuera, seguro que había tocado las narices a más de uno.

—Bueno, no quiero dudar de tu información, pero no veo cómo Kellen podría haber hecho algo en el Landing sin que yo me enterara. Me lo habría dicho... —Julia se paró, confundida por sus propias palabras. La mirada traviesa de su colega le indicó que se había percatado del error, pero que reservaba la broma para un momento mejor—. Quiero decir que me habría enterado. Todos nos habríamos enterado.

—A menos que no quisiera que lo supieras —dijo su colega de decanato, dando otro enorme mordisco a la hamburguesa.

## II

El domingo por la tarde, dos días antes del almuerzo con Boris, los cotilleos habían empezado a zumbar como moscas por todos los rincones del campus. No había mosquitera ni insecticida capaz de mantenerlos a raya. Dejabas de contestar al teléfono y llegaban en forma de boletines de televisión. Apagabas el aparato y surgían como titulares en internet. Desconectabas el ordenador y sonaba el teléfono: en este caso la empalagosa Tonya Montez, directora de las Perlas Negras de Harbor County, que te comunicaba, sin aliento, que hacía un rato, cuando volvía a casa del sermón matutino en la iglesia baptista, había escuchado una de las tertulias de la emisora de radio local —«Sí, de paso, ¡soy más devota que tú!»—, y había oído al locutor, Kwame Kennerly, proclamar que el asesinato de Kellen Zant había probado de una vez por todas que se había abierto la veda para los hombres de la diáspora

africana. Ella no solía mostrarse de acuerdo con Kwame, dijo Tonya, algo que era mentira, pero en este caso le daba la razón. Julia intentó meter baza, pero nada puede parar el discurso de una Perla Negra en acción. Espera y verás, dijo Tonya. Habrá más.

¿Más qué?, preguntó Julia, sin acabar de entender a qué se refería.

La siguiente fue Donna Newman, a quien Julia se encontró yendo de compras con Jeannie a última hora del domingo, en el mostrador de una tienda Stop & Shop de la carretera 48. Donna, que dirigía la mitad de los clubes sociales del Landing —el Círculo de Loros Caucásicos, los llamaba Lemaster—, había oído que «el Tal Zant había sido visto en la ciudad la noche de su muerte».

—Claro que sí —dijo Julia.

—Me refiero a antes de que lo encontrarais. —Paseó la mirada por el pasillo—. Dicen que estaba con una mujer —dijo Donna en tono trascendente, aunque Julia sabía que eso no era ninguna novedad.

Luego, el lunes, sonó de nuevo el teléfono. Era Tessa Kenner, que había sido compañera de habitación de Julia cuando estudiaban en Dartmouth, y de la que apenas había tenido noticias desde entonces, y a la que solo había visto en la pantalla de la televisión, donde Tessa leía las noticias durante dos horas cinco noches por semana en uno de los canales por cable, no porque hubiera sido una Phi Beta Kappa en Dartmouth ni una estrella de la facultad de derecho, sino porque poseía la cualidad más apreciada por los productores: una melena rubia. Pero Tessa le había salvado la vida un par de veces en aquellos días malos, y Julia nunca había sido capaz de tenerle en cuenta que, según Lemaster, era una desesperante muestra de talento desperdiciado.

Por lo que se refiere a Tessa se dedicó más a formular preguntas que a airear cotilleos, y Julia, a pesar del cálido espacio que su antigua compañera ocupaba en su corazón, eludió las respuestas. Acordaron que Julia la llamaría la próxima vez que fuera a Washington, y que Tessa haría lo propio si alguna vez pasaba por Elm Harbor, aunque eso no solía sucederle a nadie. Tessa, justo antes de colgar, hizo la peor pregunta de todas.

—¿Y vosotros dos ya habíais terminado del todo? Quiero decir, ¿terminado de verdad?

—Por supuesto.

—¿No quedaba...? Bueno, ya sabes, ¿algo en el aire? —Tessa emitió un cloqueo profesional, como si la risa fuera una materia que hubiera estudiado a fondo—. ¿No hay ningún rumor jugoso?

—¿Por eso has llamado, Tessa? ¿Para preguntar por mí y Kellen?

—No es que esté trabajando en un reportaje —repuso en tono acalorado, negando una acusación que Julia no había formulado—. Solo estoy preocupada por ti, eso es todo.

—Estoy bien —mintió Julia, preguntándose qué cuentos difundiría Tessa a través



de los escalones más altos del periodismo televisivo; y si su pasado volvería para morderla después de todo.

Aquella noche, más tarde, mientras la nieve danzaba cual monje derviche por todas las ventanas, Mona llamó desde Francia —¡Mona, que nunca hablaba por teléfono porque sabía que el suyo estaba pinchado!— para asegurarse de que su hija lo llevaba tan mal como esperaba, y también para preguntar si había oído la historia de que Kellen era una especie de fascista, un espía encubierto que trabajaba para los dictadores criminales con respaldo estadounidense distribuidos por todo el mundo.

No, respondió Julia a su desequilibrada madre. Ese rumor le había pasado inadvertido. Pero Kellen era economista, dijo, poniendo en duda la historia. Y, por cierto, ¿tú cómo estás?

—Bueno, lo único que puedo decir es que me alegro mucho de que no te casaras con él. —Como si él se lo hubiera pedido alguna vez. Mona nunca había aprobado a Kellen, al igual que tampoco había aprobado a Lemaster, ninguno de los dos es como «nosotros», querida uno demasiado pobre y el otro demasiado oscuro—, al igual que no había aprobado la decisión de su hija de criar a sus hijos en un barrio residencial (donde sus amigos serían blancos) y de aceptar el trabajo en la facultad de teología (porque Dios estaba muerto). Si se la presionaba, es probable que Julia no consiguiera encontrar un aspecto de su vida que complaciera a su madre; pero, como suele pasar, el desacuerdo era mutuo: ambas estaban encerradas en la prisión de una animosidad que se forjó durante la adolescencia de Julia, cuando Mona dijo que sus hijos no tenían ningún derecho a saber cuál de sus diversos novios blancos era su verdadero padre, ni con cuál se casaba, ni cuántas veces pensaba hacerlo.

—Gracias por llamar, Mona. Es un placer oír tu voz.

—Me echarás de menos cuando no esté, Julia Anne. —Así la llamaba Mona cuando se sentía contrariada.

—Ven por Navidad.

Pero la invitación solo desembocó en un sermón sobre los males de celebrar fiestas tan hegemónicas y culturalmente exclusivas. También Acción de Gracias, que era la semana próxima, se llevó su ración. Mona recordó severamente a su hija que los Estados Unidos de América eran la fuente de mucha de la miseria del mundo, y agradecer las bendiciones de una nación construida sobre el asesinato en masa no era un acto de piedad sino de hipocresía. Decía más o menos lo mismo en la serie constante de enardecidas cartas que seguían siendo publicadas por los diversos periódicos y revistas cuyos editores aún recordaban quién era Mona Veazie, o quién había sido.

—Ah, vale. Se me había olvidado.

—Puedes usar ese tono conmigo cuanto quieras, Julia Anne. Pero no puedes cambiar los hechos. Tu Kellen era un mal bicho. Un fraude. Lo único que le importaba era el dinero. —Una pausa, pero la objeción que esperaba no llegó—. Es así, querida. Ya lo verás.

—No era mi Kellen —dijo Julia, aunque, en un momento de su vida, lo fue.

### III

Después del almuerzo con Boris, ella no se dirigió a su despacho sino al aparcamiento, porque tenía hora con el dentista. Sintió un momentáneo ataque de pánico cuando no logró encontrar el Escalade, antes de recordar que lo habían dejado en el taller para que le cambiaran el salpicadero, los airbags y el parachoques. Había ido a trabajar en el fiable Volvo, de color cobre y medio oxidado, fabricado en la época en que las puertas se cerraban con llaves y los airbags eran un lujo exótico. Desde el día en que se sacó el carnet de conducir hasta el día en que incendió el Mercedes, este había sido el coche de Vanessa. Ahora no se le permitía ponerse al volante. Julia vaciló antes de entrar.

El aparcamiento estaba repleto: la escuela de teología lo compartía con la Torre Hilliman de Ciencias Sociales, la espantosa monstruosidad de paredes de vidrio que se alzaba al otro lado de la calle Hudson, cuyo trazado era como un río que separaba ambos modos de explicar el mundo. Invitado hacía un par de años a dar una conferencia en Kepler sobre la separación de Iglesia y Estado, Lemaster había defendido que la facultad de teología debería ser «una isla de claridad trascendente en un mar de confusión secular». Ella había cometido el error de repetir esa frase ante Kellen, que se había reído. «Todas las disciplinas creen que son pequeñas islas de inteligencia con acceso exclusivo a la verdad, Julia —la había regañado él—. Lo único que diferencia a la facultad de teología es que ni siquiera vuestros propios licenciados se ponen de acuerdo».

Habían pasado más de veinte años desde que Kellen se esfumó de repente. Veinte años de matrimonio, veinte años de maternidad, catorce aquí en la ciudad y los últimos seis en el Landing. Habían construido su ostentosa casa gracias a los ingresos como consejero de Lemaster y a una buena parte del dinero que Julia había heredado de la abuela Vee. Ahora que Lemaster llevaba ya seis meses ocupando la presidencia de la universidad, se preparaban para mudarse a la antigua mansión que podía verse, más allá del andamiaje, en la colina a lo lejos.

En ese momento se le ocurrió que esa mansión también se hallaba a la sombra de la Torre Hilliman.

Julia miró hacia el parpadeante cristal verde. Kellen disfrutaba de un espacioso despacho en la sexta planta de Hilliman, donde se asentaban los autores y los agitadores, mirando desde las alturas a todo el mundo, ya que la calle Hudson circulaba colina abajo hasta llegar a los edificios góticos del campus propiamente dicho. Nunca le había mencionado a nadie que desde su despacho de la primera planta podía ver la ventana del de Kellen, pero sospechaba que él estaba al tanto de

ello. Se había obligado a no mirar demasiado a menudo. Pero ahora lo hizo, preguntándose qué habría estado haciendo el economista para levantar resquemor en la gente del Landing, y por qué se lo habría ocultado cuando, habitualmente, aprovechaba la menor excusa para llamarla.

—Disculpe, señorita. ¿Sale? Estoy un poco atascado aquí.

Ella se giró. A su espalda, un hombre de unos cuarenta y tantos años esperaba con aire impaciente, con la puerta del BMW abierta.

Lo reconoció: era un antropólogo famoso, siempre en la FBS, además de activista político de cierta importancia. De su tono se deducía que no tenía ni la menor idea de quién era ella, o de por qué ocupaba un espacio del aparcamiento solo para miembros de la facultad con su viejo Volvo. Si los hombres de raza negra casi pasaban desapercibidos en las facultades de la Ivy League, incluso para sus colegas más liberales, las mujeres negras eran invisibles. La loca madre de Julia, Mona, se habría tomado su tiempo para lanzar una buena diatriba contra el profesor, para luego, con toda probabilidad, llevárselo a la cama, ya que sentía debilidad por los blancos en general y por los intelectuales en particular. Pero en ese momento Julia no sentía debilidad por nadie.

—Lo siento —dijo ella, y se montó en el coche.

## Mary

## I

Para llegar a Arkadelphia, Arkansas, hay que volar hasta Little Rock, alquilar un coche y conducir durante una eternidad; compartes la autopista con camiones de carga, camiones de Wal-Mart, camiones de la construcción, camiones de productos agrícolas, y esos anónimos gigantes sin rostro que surgen detrás de uno, con exigencias súbitas, ordenándote acelerar o dejar el carril libre, o preferiblemente ambas cosas, para luego, haciendo gala de una ira mayestática, adelantarte sobre sus dieciocho, veinte, a veces parece que cincuenta ruedas, mientras una ráfaga de aire sacude tu pequeño coche de alquiler con la fuerza de un tornado. Los adhesivos de las ventanillas proclaman que el derecho a llevar armas durará para siempre. Los predicadores radiofónicos gritan más de lo que recuerdas de la última vez que los sintonizaste. No existe un límite de velocidad obvio. Pasas ante carteles que anuncian iglesias, estatuas que anuncian iglesias, y cruces resplandecientes que anuncian iglesias, y la mayoría de esos carteles incluyen lotos de la bandera americana, y en su mayor parte resultan indistinguibles de los múltiples rótulos que brindan su apoyo al partido republicano. Por fin te percatas de que ya no estás, ni por asomo, en las proximidades de Nueva Inglaterra.

En condiciones habituales, Julia Carlyle, embargada por una extraña sensación de libertad, habría contemplado todo esto con fascinado asombro, porque su bagaje estudiantil como científica la predisponía a la observación. Pero en estos momentos estaba distraída, absorta en discernir sus emociones sobre la súbita muerte de un hombre por el que, en un momento de su vida, había sentido un apasionado deseo, una rabia asesina, y todo el cúmulo de emociones que queda en medio. Había conocido a Kellen cuando apenas tenía la edad de Vanessa: era una estudiante de primer curso en Dartmouth. Kellen Zant, más joven, menos distinguido y pecaminosamente atractivo, entonces estudiante de último curso, hacía prácticas de profesor adjunto en Econ 101. Una tarde, Julia pasó por el departamento para que alguien le explicara cómo se trazaba la curva de indiferencia y, como solía decir la abuela Vee, tardaron poco en pasar del dicho al hecho.

—¿Estás ahí, mamá? —preguntó Vanessa, quien compartía con ella el asiento delantero del Sable alquilado.

Su encantador rostro moreno, provisto de una larga y expresiva estructura ósea, mostraba una expresión de extraña placidez a pesar del tintineo de las trenzas, hechas

con un sinfín de cuentas.

—¿Eh?

—No creo que debas soñar despierta mientras conduces.

Julia sabía que su hija hablaba medio en broma, medio quejándose porque no conducía un coche desde febrero, al menos que sus padres supieran. Concederle el deseo de viajar al funeral había sido una brillante idea de Vincent Brady, pensada con el fin de acercar a madre e hija. Su padre se había opuesto al viaje, pero los tres se habían encargado de convencerle. Al final, no solo habían agotado a Lemaster sino que le habían dado lo que más necesitaba: alguien a quien echar la culpa si las cosas se torcían. En cuanto a perderse un par de días de clase, Vanessa era lo bastante lista para que su ausencia no importara mucho, y al mismo tiempo lo bastante marginal para que dicha ausencia ni siquiera fuera percibida.

La perfecta Jeannie dormía en casa de una amiga, un lujo que en estos días no se hallaba al alcance de lo que Vanessa daba en llamar su lista de permisos.

—No estoy soñando despierta —dijo Julia, cambiándose al carril derecho para dejar pasar a un tráiler de doble eje. Unas nubes turbias empañaban el débil azul del cielo. El calor era un regalo inesperado—. Solo estoy pensando.

—¿En Kellen?

—Creo que te refieres al «profesor Zant», cielo.

—Como quieras.

Julia casi se paró en mitad de la autopista.

—No. No es que yo lo quiera. Es un tema de...

—Respeto hacia mis mayores, ya lo sé. —Vanessa tenía el brazo apoyado en la ventanilla. Vestía un traje azul marino con un collar de perlas, pero convencerla había sido una ardua tarea: de habersele permitido, la adolescente habría ido en tejanos y zuecos. Vanessa se regodeaba en su propia excentricidad. El pasado otoño, hasta que la pillaron, se las había arreglado en dos ocasiones para ir al colegio con la ropa puesta al revés y lo de delante atrás, una idea que sacó de alguna canción, en señal de protesta contra el conformismo—. ¿Mamá? ¿Tú le respetabas?

—¿Respetarle? ¿A Kellen? —Era una pregunta nueva.

Pero su hija interrumpió su posibilidad de pensarlo con una carcajada.

—Creo que te refieres al «profesor Zant», mamá —dijo Vanessa—. En fin, no creo que fuera tan respetable.

—Venga, cielo, apenas le conocías.

—Tal vez no, pero os he oído hablar de él a papá y a ti.

A Lemaster, se dijo Julia mientras tomaba la salida de la autopista. No a mí. A Lemaster. Yo nunca hablaría de Kellen delante de los niños. Pero otra parte de ella sabía que en los últimos veinte años apenas había transcurrido un solo día sin que el inquieto, encantador, seductor, caprichoso y amoral Kellen Zant no se hiciera un hueco entre sus pensamientos más íntimos.

## II

Al igual que la autopista, la pequeña ciudad de Arkadelphia está formada mayoritariamente por iglesias. No en un sentido literal, tal vez, pero a un viajero que la visite por primera vez debería perdonársele esa impresión ya que parece haber una en cada esquina, y si bien la mayoría acogen congregaciones evangélicas, las religiones mayoritarias también tienen su representación.

Guiada por el sistema de GPS del coche de alquiler, Julia avanzó ante majestuosos ranchos Victorianos provistos de vallas diseñadas con primor, y ante moradas tan pequeñas que bien podían ser calificadas de chozas. En los pórticos de esas chozas aparecían los pobres de la ciudad, poco sonrientes, deprimidos y obesos, tanto blancos como negros. La pobreza caucásica era una América que ella conocía más bien poco.

Para llegar a la iglesia tuvo que pasar ante un almacén, avanzar por una callejuela lateral y girar bruscamente al ver la escuela elemental de ladrillo rojo. El edificio era pequeño, pulcro, de madera y paredes encaladas; el cortejo fúnebre bullicioso y sollozante. El ataúd estaba cerrado. La escasa familia ocupaba las primeras filas, y el puesto de honor había sido otorgado a Seth Zant, el tío incansable, héroe de cualquier historia que Kel narraba de su infancia. Que Kellen no hubiera conocido a su padre les proporcionó un dolor común sobre el que él y Julia solían hablar, ya que él carecía de la inmensa fe de Lemaster en la virtud de reservarse los sufrimientos más profundos para uno mismo. La adolescente madre de Kellen murió de sobredosis y Seth entró en su vida. El mecánico analfabeto y su última esposa, Sylvia, habían criado a aquel chico notable que pasó por la escuela primaria con matrículas de honor. El parentesco era lejano. Kellen era lánguido y desmadejado, con esa gracia natural que algunos poseen como don y que otros envidian durante toda su vida. Seth era robusto y anchote, no muy alto, como si estar cerca del suelo aumentara sus posibilidades de sobrevivir en un mundo cruel. Su brillante traje de los domingos era de edad incierta, pero lo llevaba con orgullo. Tías y primos adornaban el resto del banco. Nadia, la ex mujer de Kellen, estaba sentada una fila por detrás: destacando por su cabello rubio ceniza, era una especie de genio informático de Silicon Valley, y cogía de la mano a un niño de expresión huraña de unos diez años que tenía que ser aquel hijo del que Kellen a menudo hablaba, pero al que Julia no había visto nunca. Nadia y Kellen se habían casado en Stanford, donde él había dado clases durante cinco años. El matrimonio había durado poco, el tiempo que tardó Kellen en encontrar un trabajo en el este, ya que sentar la cabeza nunca fue su estilo. Con un currículum como el suyo, que incluía el establecimiento de la ecuación Zant-Feldman, recibió ofertas de todos los departamentos de económicas de Nueva Inglaterra. Decidió irse a Elm Harbor y Julia decidió no preguntarse por qué.

—Mamá —dijo Vanessa casi rozándole la oreja con la boca.

Estaban en un banco de la parte trasera, queriendo pasar desapercibidas, aunque Julia se dio cuenta de que Seth la había visto. Los asistentes no llegaban a ocupar la mitad del pequeño templo, pero el ruido sacudía las vigas. Dado que llevaba una década asistiendo a la austera y tradicional iglesia anglicana, Julia no estaba preparada para la duración y entusiasmo del servicio. El pastor, un hombre cojo y de pecho ancho, parecía llevar horas hablando, y arrastraba la pierna mala mientras galopaba de un lado a otro de la parte delantera de la iglesia —no había altar, o al menos no como los que identificaba Julia— y los fieles le alentaban con fuertes aleluyas y amenes. Había piano, canciones y aplausos. Un par de mujeres sostenían panderetas en las manos, que tocaban sin pausa y sin el menor atisbo de talento. Un par de parientes se desmayaron. No era exactamente lo mismo que el Clan hacía en la iglesia, pero Vanessa se metió de lleno en ello: de pie, aplaudió, cantó y se movió sin saberse ninguna letra. Julia había olvidado lo alegre que puede ser la fe; o quizá nunca lo había sabido, ya que la facultad de teología donde antes estudió y ahora trabajaba pasaba sus días en una niebla de ideología y metodología histórico-crítica, inconsciente de la existencia de esa emoción frente a Dios, cuya única manifestación era, según el pensamiento imperante en el campus, sinónimo de adhesión irracional a la política del partido republicano.

—¡Mamá! —dijo Vanessa, esta vez en voz más alta.

—Baja la voz, cielo. ¿Qué pasa?

—Mira.

—¿Que mire adónde?

Vanessa estiró un esbelto brazo para señalarle a su madre a la única asistente blanca que no guardaba relación con Nadia: una mujer de aspecto iracundo, provista de una densa mata de pelo negro y un pañuelo caro anudado de forma tan torpe que Julia dedujo que se lo había puesto en un coche en marcha y que había llegado al funeral con el tiempo justo, aunque lo cierto es que ya estaba allí cuando entraron ellas.

—¿Qué pasa con ella? —dijo Julia en voz baja, intentando no mirar demasiado en aras de la buena educación.

La mujer parecía terriblemente enojada, como si hubiera tenido un día terrible, pero atarse el pañuelo violeta de seda Hermès en un coche tiende a dar esa impresión.

—No le apreciaba mucho.

—¿Qué? —Dos bancos por delante, una robusta matrona negra tocada con un elaborado sombrero de domingo se giró con expresión ceñuda. Julia se sintió avergonzada—. Y baja la voz.

—Le odiaba. Odiaba a Kellen.

Lo mismo les pasaba a todas las mujeres que habían salido con él o lo habían intentado.

—El profesor Zant o el señor Zant. ¿Cómo puedes saberlo?

—Mírale la cara, mamá —murmuró Vanessa, que poseía la intuición de su madre

para leer en rostros ajenos más la seguridad de su padre de que uno tenía que ser totalmente idiota para no mostrarse de acuerdo con las conclusiones de un cerebro tan brillante—. Eso no es echar de menos a alguien. Es asegurarse de que está muerto para no tener que volver a matarlo.

—Cielo, vamos. ¿Por qué iba a estar aquí si odiara a Kel... al profesor Zant?

Vanessa siguió mirando, sin hacer el menor caso a las órdenes maternas de que parara. En dos ocasiones pareció a punto de explicarse. Pero, nueve meses después del incendio, aún quedaban momentos en los que, a pesar de su encanto y sus ganas de hablar, Vanessa se perdía en el torbellino de su peculiar cerebro y no conseguía encontrar las palabras. Bajó la afilada barbilla, se reclinó contra el banco de madera barnizada y cerró los ojos, sumida en la confusión, aunque la impresión general era de que estaba rezando.

### III

En el exterior, al sol, mientras deambulaba de un grupo de parientes a otro, sin identificarse más allá de su nombre y presentándose como una antigua amiga, Julia perdió a su hija de vista. Desaparecer era una de las especialidades de Vanessa. Vincent Brady describía el hábito como algo natural, nacido de la necesidad de control e independencia, pero Lemaster afirmaba que era un signo de protesta. Julia se negó a dejarse dominar por el pánico: al fin y al cabo la chica no podía alejarse mucho en una ciudad que no conocía. Así pues se dirigió a dar el pésame a Nadia. La ex esposa tenía unos ojos duros y dorados. Cualquiera que fuera su política en su entorno habitual, se veía a la legua que estaba harta de tanta negritud exuberante. Julia tuvo la certeza de que la viuda no necesitaba otro abrazo, así que se limitó a estrecharle la mano. Al oír su nombre, Nadia adoptó una actitud fría y despectiva. Kellen y Nadia ni siquiera se conocían cuando él tuvo su historia con Julia, y sin embargo la mujer parecía lista para la lucha.

Julia se preguntó qué le habría contado Kellen a su esposa y cuándo. Una parte de su encanto sobre las mujeres consistía en que siempre creías lo que te decía; parte del terror que inspiraba era que siempre sabías que no debías hacerlo.

Julia intercambió un par de palabras con un adusto Seth, quien le pidió que se pasara por su casa más tarde.

—Tengo algo que Kellen habría querido que tú conservaras. —Le dedicó un guiño feroz que prometía que la visita valdría la pena. Ahora sabía de dónde lo había sacado Kellen—. Vestido informal.

Al girarse, Julia vio a Vanessa cerca de la iglesia, riéndose a sus anchas rodeada de un puñado de críos de su edad y más jóvenes, entre los que estaba el hosco hijo de Nadia. El chico sonreía ante las palabras de Vanessa. Julia también sonrió. La gente



siempre adoraba a su hija la primera vez que la veía, e incluso la segunda, pero en la tercera las cosas empezaban a torcerse. Su sonrisa se desvaneció al recordar a aquella niña precoz, entusiasta del piano, el ballet y la escuela dominical, que devoraba libros en lugar de caramelos y cuya sonrisa más especial estaba dedicada solo a su madre. Luego, aunque intentó evitarlo, su mente avanzó hasta aquella noche terrible del último mes de febrero en que Vanessa prendió fuego al Mercedes.

Lemaster estaba fuera de la ciudad, para variar, y Julia tuvo que enfrentarse sin él a las primeras horas. El primer agente que acudió a la escena, un individuo de treinta años con cara de bebé que nunca había presenciado nada parecido, ya que en el Landing no se cometían delitos propiamente dichos, preguntó a Vanessa qué había hecho y por qué, sin seguir el protocolo que prescribe el juzgado, por lo que es probable que sus respuestas no fueran admitidas. Aunque daba igual: el caso nunca iría a juicio. La antigua estudiante de matrículas de honor, ahora instalada en el aprobado justo, encogió sus delgados hombros sin mirarlo a la cara, y dijo, con la voz teñida de desesperanza: «¿Por qué no?». Después, contemplando el fuego, con las muñecas empapadas en sangre y un amago de sonrisa bailándole en los labios, añadió: «¿No cree que es fascinante?». En el hospital la mantuvieron atada durante un par de días, mientras probaban un sedante tras otro hasta que dieron con la dosis correcta. Julia se sentó en el pasillo a aguardar el regreso de su marido, en compañía de alguna Perla Hermana, escuchando los ruegos de Vanessa para que alguien, cualquiera, por favor, entrara a matarla.

—¿Julia? —dijo una voz suave—. ¿Señora Carlyle?

Aliviada por la distracción, se dio la vuelta y se encontró cara a cara con la mujer de pelo alborotado que había ocupado un asiento cercano a los suyos en el banco. La ira se había esfumado, pero los restos de rubor de sus hundidas mejillas indicaban que esa emoción estaba de guardia las veinticuatro horas del día. El pañuelo de Hermès estaba, si cabe, más arrugado que antes. Parecía tener la edad de Julia y su apariencia indicaba que había visto muchas cosas en esta vida.

—¿Nos conocemos? —dijo Julia, con una altivez heredada de su madre, ya que los extraños no tenían derecho a usar su nombre de pila—. Usted es...

—Mallard —dijo la mujer, y su rostro adoptó una expresión parecida a la de un pájaro: la boca se contrajo como si fuera a graznar en cualquier momento, la mano de satén rozó la de Julia como si fuera una pluma—. Mary Mallard.

—¿De qué conocía a Kellen?

—Lo que quiere saber es qué hago aquí siendo blanca, ¿no? —Julia se sonrojó, y la expresión de pato en consonancia con el apellido de Mary dio paso a una inesperada sonrisa—. No soy una de sus conquistas, si es eso lo que piensa. No; estábamos trabajando en un proyecto juntos. No lo terminamos. Una lástima. —La larga barbilla se alzó, despectiva—. Se ha perdido el velatorio.

—Hemos llegado esta mañana —explicó Julia, adoptando un tono inesperadamente sumiso. Cualquiera que fuera la profesión de Mary Mallard, se le

daba bien desconcertar a la gente.

—Lo sé. La esperaba anoche.

—¿Me esperaba?

En la calzada, los asistentes se montaban en sus respectivos coches para formar el cortejo fúnebre hasta el cementerio. Mary Mallard jugueteó con el pañuelo.

—Solo tuve tiempo de recoger una de las piezas. Me faltan las otras tres.

—¿Piezas de qué?

—Los excedentes.

Julia se sintió como una tonta en una conversación de genios, pero tal vez fuera por culpa del sol.

—Disculpe. ¿Los excedentes de qué?

—Soy escritora, señora Carlyle. Me sorprende un poco que no haya oído hablar de mí. —Viniendo de otra persona, habría sonado a queja patética, pero Mary se limitaba a dejar constancia de un hecho. Se pasó los dedos por los revueltos cabellos, sin resultado alguno. La forma de la boca le confería un aspecto cómico que, Julia estaba segura, debía de ser toda una decepción para ella. Mary Mallard era una mujer muy seria, y sus ojos claros y escépticos sabían que le mentías antes de que lo hicieras—. Me dedico a los reportajes de investigación.

El cansado cerebro de Julia por fin asoció el nombre y la cara a cientos de horas de insomnio dedicadas a ver tertulias televisivas.

—Escribe esos libros escandalosos. Quién mató a JFK. La trama contra Martin Luther King. Cosas así. Teorías de la conspiración.

—Me gusta enfocar más de cerca esas cosas que el resto de los medios prefieren enterrar, sí.

—Me temo que no he leído ninguno. No son precisamente mi lec...

—Por favor, no adopte ese aire de superioridad conmigo. —Mantenía un tono sereno, como si hablara del tiempo. Vanessa, que seguía junto a la iglesia, no paraba de lanzar miradas en dirección a su madre, sin disimular lo más mínimo lo mucho que le gustaría escuchar esa conversación—. Kellen tenía en mí una absoluta confianza. Usted debería hacer lo mismo.

—¿Y sobre qué se supone que debería confiar en usted?

—Vamos, Julia. El excedente. Capturar el excedente. Así lo llamaba Kellen.

—No la sigo.

—Decía que las funciones de utilidad del comprador eran interdependientes, y que eso le ayudaría a capturar el excedente. Compartió parte de ese excedente conmigo. Dijo que usted tenía el resto.

Julia hizo un gesto de negación.

—Todo esto es nuevo para mí. Y ni siquiera lo entiendo.

—Kellen tenía una cicatriz en la cara. Aquí. —Unos dedos delicados tocaron la mejilla de Julia por debajo de la oreja derecha. Ella se estremeció, no por el roce, sino por el recuerdo. Sabía exactamente dónde estaba la cicatriz y de dónde procedía: de

sus uñas. Había intentado, con toda la razón del mundo, arrancarle los ojos. Hacía un par de años, en un programa de televisión, mintiendo sobre su infancia, él había dicho que se trataba de un recuerdo de una guerra de bandas—. Un diminuto círculo blanco. Casi imperceptible si no sabías que estaba allí. Pero Kellen me lo mostró.

—Ya.

—Te lo cuento para que confíes en mí. Estaba muy cerca de Kellen, de verdad, Julia... ¿Puedo tutearte, Julia? Te juro que trabajábamos juntos.

—Si tú lo dices.

—Lo que pasa es que solo me dio la foto. —Cambiano el peso de pie, sacó un paquete de cigarrillos del bolso, miró a su alrededor, y se lo pensó mejor—. Bueno, la foto no basta. No prueba nada. Kellen lo sabía. Dijo que era solo una broma. De que él durmió en el sofá. ¿Y qué?

Julia se preguntó si estaba más obtusa de lo que creía, después de haberse levantado tan temprano y haber conducido tantas horas, o si lo que decía la periodista era tan ininteligible como parecía.

—Lo siento, señora Mallard. Mary. No entiendo de qué me estás hablando.

La boca de pato se torció hacia abajo.

—¿De verdad? Vaya, es una pena.

—¿Qué es una pena?

—Creía que tenías las otras tres piezas. Estoy segura de que Kellen así lo dijo.

—Si me dices a qué tres piezas te refieres...

Mary negó con la cabeza.

—Una cosa es que me mientas. Si no es así... —Se encogió de hombros—. En fin, ha sido un placer conocerte.

—Pero...

La periodista ya había dado media vuelta, pero se giró de nuevo.

—Me saltaré lo del cementerio, Julia. Creo que ya he tenido más Kellen del que puedo soportar. —Las pobladas cejas se unieron—. Solo hay un problema. Si las otras tres piezas del excedente no están en tu poder, ¿quién las tiene? —Su rostro adquirió una expresión de perplejidad—. Él parecía estar muy seguro.

## La fugitiva

### I

Del cementerio, Julia y Vanessa se dirigieron a una encantadora pensión situada en la calle Diez Norte, para ducharse y cambiarse en una habitación de proporciones versallescas, amueblada de un modo tan escaso pero con tan buen gusto que era como estar en el exterior. Vanessa contempló extasiada el borde dorado del espejo biselado del cuarto de baño, y el experto ojo de Julia lo situó en el siglo diecinueve, estilo Luis XVI, con toda probabilidad hecho a mano en Nueva Orleans y, sin duda, valorado en bastante dinero. Por un instante acarició la posibilidad de ofrecerse a comprarlo, ya que las antigüedades eran su quinta o sexta afición y reconocía la calidad en cuanto la veía. El dorado se había aplicado directamente sobre el cristal, mediante un proceso bastante infrecuente conocido como *églomisé*, y el espejo incluía un panel transparente en la parte superior con otro diseño en oro pintado dentro. A veces vivir con Lemaster también parecía un dorado sobre cristal; el resto del Clan envidiaba su matrimonio perfecto, pero Julia era consciente de su rápida y reluciente fragilidad. Lo observó más de cerca. Le encantaban los espejos. La abuela Vee los compraba por todas partes y la colección que poseía en la mansión de la avenida Edgcombe había sido el orgullo de Harlem, pero la mayoría fueron a parar a Francia con la madre de Julia, quien los fue vendiendo uno por uno, junto con cualquier otro objeto valioso que estuviera en sus manos, con la intención de emitir cheques para organizaciones que pedían el fin de la guerra, la ignorancia, la opresión y el odio, a poder ser para el mes próximo.

Julia palpó la filigrana dorada, preguntándose, sin demasiado sentido, si el intrincado grabado podía ocultar un micrófono. No tenía ni idea de a qué venía esta idea; Mary Mallard la había alterado de verdad. Al recordar su propósito, preguntó a Vanessa de qué había hablado con los demás jóvenes.

—Oh, ya sabes —dijo ella, mientras sus dedos, que de vez en cuando vivían vidas propias, se debatían con el corchete del sujetador Mikimoto hasta que Julia fue a ayudarla. Para desesperación de Lemaster, Julia se negaba a llevar imitaciones, una regla que se extendía también a sus hijas, porque, según ella, el Clan lo advertiría—. Viejas historias.

—¿Historias sobre el profesor Zant?

Seguía mirando el espejo, estudiando el encantador *églomisé*. El «Egamés», lo había llamado Vanessa cuando era pequeña después de haber oído a su madre

hablando por teléfono con un marchante, quejándose de que un *églomisé* en concreto era demasiado chillón, y durante un tiempo había supuesto que se trataba de un gruión reptil nocturno que vivía en el espejo de su cuarto. «¡Mamá, papá, tengo miedo! ¡El Egamés me está mirando!».

—Sobre las universidades de por aquí y cosas así. Historia. Tienen tradiciones que molan mucho: fantasmas, un tornado asesino, batallas famosas. Cosas así. ¿Sabías que evacuaron a toda la ciudad durante la guerra civil?

—Supongo que solo a la población blanca —objetó su madre, en un arranque de resentimiento típico de los afroamericanos.

—Sí. —Digna representante de su generación, el tema no podía haberle importado menos—. Tienen un parque famoso. Oh, mamá, escucha. —Los ojos grises de Vanessa brillaban de emoción. Como le sucedía cuando su extraño cerebro se aceleraba demasiado, hablaba a toda velocidad—. Deberían llamarlo «A Hailed Park», un parque aclamado.

—¿Por qué?

—Es un anagrama de «Arkadelphia». —Se le daban muy bien los anagramas, y estos constituían una de sus mayores aficiones.

—¿Acabas de inventártelo? ¿Ahora mismo?

Vanessa, ofendida, no entendió la pregunta.

—Bueno, ha sido lo mejor que se me ha ocurrido en este momento. —Su irritación se desvaneció y sus hombros se hundieron de nuevo. A Vanessa le encantaban los juegos de palabras. Lemaster creía que malgastaba el cerebro en esos juegos, pero el doctor Brady los fomentaba. Julia consideraba que los anagramas eran una especie de espejos fantasmagóricos de palabras y frases, algunos con reborde dorado—. En fin, me preguntaron si conocía alguna historia de donde yo vivo y les dije que allí lo único que tenemos es nieve.

La siguiente pregunta de Julia salió en tono nervioso, porque el Clan marcaba que la presentación de la familia al mundo tenía que ser perfecta. Airear los trapos sucios era un delito imperdonable.

—¿No les hablaste de... de Gina?

Vanessa arrugó la nariz e hizo una mueca despectiva.

—Oh, vamos, mamá. Ya sabes que Gina odia que hable de ella.

—Sí. Claro. Eso has dicho siempre.

Ambas volvieron al vestidor: la hija con actitud serena, la madre más intranquila. Julia no se atrevió a añadir nada más. Ella y Vanessa discutían a todas horas, como suelen hacer las hijas adolescentes y sus madres, y anhelaba esos escasos momentos de paz.

Según una teoría, Gina Joule era la causa de la peculiar manía de Vanessa. El otro punto de vista sostenía que la obsesión de Vanessa con Gina era solo un símbolo, una especie de manifestación junguiana de un trauma más profundo. Gina tenía diecisiete años, como Vanessa, residía en el Landing, también como Vanessa... y su padre,

como el de Vanessa, daba clases en la universidad. De hecho, Merrill Barnes Joule había sido un apreciado decano de la facultad de teología: otro punto de contacto. Merrill Joule había sido uno de los principales candidatos a la presidencia de la universidad, pero los acontecimientos le habían sobrepasado. Gina había sido una niña tímida y creativa, al igual que Vanessa, y su única experiencia real con el sexo opuesto había empezado durante el otoño de su undécimo curso: es decir, más o menos cuando Vanessa tuvo su primera cita. Era de la misma estatura que Vanessa, compartía con ella una sonrisa cauta y una gracia levemente callejera, a juzgar por la foto de periódico ampliada de Gina que Vanessa tuvo sobre su cómoda hasta que, cediendo a la presión del doctor Brady, a las súplicas de Julia y a las firmes órdenes de Lemaster, se decidió a quitarla.

Siempre que Vanessa desaparecía de improviso durante una o dos horas, su única explicación era que Gina la necesitaba. Nada más. Ciertamente, Gina era blanca, y Julia nunca había olvidado los dictados de su madre sobre la conveniencia de buscar amigos negros para los hijos.

Sin embargo, el color de Gina distaba mucho de ser el mayor problema para la amistad entre las dos chicas. Ni tampoco el hecho de que Vanessa, ante la sorpresa general, incluida la de su profesora, hubiera anunciado un año antes, y en el último momento, que había cambiado de tema de su proyecto de fin de curso para la asignatura de historia de Estados Unidos: había decidido escribir sobre Gina. No, el mayor problema era que Merrill Joule llevaba más de un cuarto de siglo bajo tierra, y que su hija Gina se había ahogado en la playa del pueblo en la época en que los sellos costaban ocho centavos, las Coca-Colas diez, y Leónidas Brezhnev dirigía la Unión Soviética.

## II

Fue el trabajo de fin de curso lo que había desencadenado todos los problemas de Vanessa: demasiadas exigencias para una estudiante de undécimo curso, que fue cuando Vanessa redactó el trabajo y quemó el coche. El último curso de historia de Estados Unidos pedía lo irrazonable. Eso creía Julia, al menos, y, menos agnóstica en el tema de su hija que en el tema del Dios al que oraba todos los domingos en la inexorable y desafiante iglesia de San Matías, se aferró a su opinión en contra de los argumentos opuestos de médicos, profesores, su augusto marido e incluso de la propia Vanessa, que un año después seguía insistiendo en su deseo de terminar el proyecto. El trabajo había logrado un vergonzoso aprobado alto porque, aunque el texto estaba escrito en una prosa elegante, su uso de las fuentes, según la señora Klein, flaqueaba. Y Julia, que lo había leído, coincidía con ella.

Un año antes Vanessa había sido una estudiante brillante con ambiciones no muy

distintas a las de su hermano mayor, que dejó el instituto a los dieciséis años para matricularse en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Los meses intermedios habían supuesto un doloroso revés para su currículum. Las notas de los exámenes seguían siendo altas, pero entre su conducta, el arresto y unas calificaciones que no paraban de descender, los consejeros escolares ya no sabían qué aconsejar. Vanessa había dicho en más de una ocasión que no le importaría estudiar en la universidad estatal, o incluso realizar estudios superiores de dos años, pero Lemaster, el inmigrante, mostraba en materia de educación un considerable esnobismo, al igual que Julia y el resto del Clan.

En el instituto regional, donde los afroamericanos suponían menos del dos por ciento del cuerpo estudiantil, los compañeros de Preston se habían inclinado mayoritariamente por las matemáticas y la informática, pero Vanessa contaba entre sus amistades con personajes más marginales, como solía denominarlos Lemaster con su ingenio habitual. Sus actividades eran enormemente eclécticas. El Club de Historia, una coalición en defensa de los derechos de los animales, el grupo de Trivial. Fue una niña extraña y conflictiva. Adoraba el hip-hop, pero cantaba en el coro medieval. Resolvía crucigramas y anagramas con la facilidad de un genio, pero sufría de insospechados errores ortográficos siempre que escribía algo. Ejercía como vicepresidenta tanto del grupo de Jóvenes Republicanos como de la CGH, la Coalición de Gays y Heterosexuales. Era una pacifista agresiva y declarada, pero le gustaba leer sobre la guerra. Los estantes de su dormitorio estaban llenos de libros sobre batallas famosas, además de maquetas de plástico de aviones de guerra, barcos, y una colección de amarillentos juegos de mesa de Avalon Hill, adquirida en antiguas propiedades y en eBay: Gettysburg, Waterloo, Iwo Jima. Algunas tardes caminaba por la casa con un tomo sobre alguna antigua batalla en la mano, mientras cantaba como un monje de la Edad Media. Lemaster se negaba a soportarlo, pero Julia, cuando estaba sola, no parecía capaz de pararla. «Me hace feliz, mamá», insistía la adolescente, que sabía cómo doblegar a su madre. Julia solo deseaba que los cánticos de Vanessa no evocaran tanto a una marcha fúnebre.

Al principio todo había ido bien: en octubre del año anterior, Vanessa había decidido que su trabajo de fin de curso versaría sobre la reacción del Landing a la decisión del Tribunal Supremo sobre segregación racial en los años cincuenta, y en consecuencia empezó a pasar horas en la biblioteca pública, en los archivos de la junta de educación y, finalmente en la Sociedad Histórica de Harbor County. Después Vanessa anunció un cambio de tema. La historia de los años cincuenta ya no le interesaba. En cambio, se había quedado fascinada por la muerte de Gina, un alma solitaria, como ella. Julia, cuyo instinto de maestra de adolescentes seguía indemne, protestó enseguida: ¿qué tesis podía redactar sobre Gina? La historia de Gina era conocida por todos. Había desaparecido una noche tras ser vista en compañía de un adolescente negro de la ciudad que, aunque jamás fue formalmente acusado del crimen, murió a manos de la policía días más tarde, después de robar un coche: una

coincidencia que provocó la única revuelta racial de la historia reciente del condado. El cuerpo de Gina apareció unos días después. La policía afirmó que la habían agredido sexualmente y que había opuesto resistencia.

Vanessa contestó que no le importaba la tesis: le importaba la pobre Gina. No diría más. Los Carlyle se inquietaron. A lo largo de los años otros estudiantes se habían sentido atraídos por la historia de Gina, pero nadie —tal y como Lynn Klein advirtió a Julia— había redactado un buen trabajo sobre el tema. Incluso Preston le había echado un vistazo antes de abandonarlo por otro con más posibilidades. Julia se consoló, a sí misma y a su marido, con el hecho de que el trabajo no debía presentarse hasta marzo, y con que, si su hija parecía algo perdida en el mar, al menos parecía estar iniciando los pasos para volver a tierra firme. Fue entonces cuando Vanessa empezó a esquivar a sus amigos, sus notas empeoraron y Lemaster, para cuya sensibilidad inmigrante el informe escolar lo significaba todo, se mostró dispuesto, como dijo él mismo, a tomar cartas en el asunto.

Pero Vanessa se le adelantó, incendiando el coche y arrastrando a la familia a la espiral en que vivían inmersos desde entonces.

«Lo he hecho por Gina» fue la única explicación que dio: tanto al equipo de psiquiatras del hospital universitario como a su terapeuta, Vin Brady, así como a sus padres y sus ansiosos compañeros de clase, entre los que se hallaba «ese tal Casey», cuyo interés por ella nunca había ido más allá de un par de citas informales hasta que se produjo el fuego.

Vanessa concluyó el trabajo, aunque en el mes de abril: el producto final fue tan descorazonador como habían temido sus padres y su profesora, ya que se limitó a presentar un puñado de recortes de periódico y relatos que narraban el asesinato, «nunca resuelto», de Gina. «Necesitas una tesis más consistente —escribió la señora Klein—, y una mayor diversidad de fuentes».

Vanessa pidió rehacer el trabajo. La señora Klein accedió, aunque sin prometer ningún cambio en la nota. Siete meses después Vanessa seguía trabajando en ello. Julia guardaba una copia en el armario de su estudio, en lo que en privado llamaba el Expediente Vanessa, junto con la foto de Gina Joule que solía adornar la cómoda de su hija. Lo que Lynn Klein ignoraba —de hecho solo lo sabían la familia y el doctor Brady— era que de vez en cuando Vanessa y Gina mantenían breves charlas.

### III

Era una casa de dos pisos, amazotada y con tejas azules, que se alzaba en una calle soleada. Los setos aparecían cuidadosamente recortados, pero los maceteros desvaídos del primer escalón estaban vacíos. Media docena de coches se alineaban junto al bordillo, dominados por un camión abollado, desahuciado, aparcado en la



calzada. El enorme perro negro que dormitaba sobre el hormigón rajado del paseo parecía demasiado viejo para proteger nada. En las ventanas colgaban bonitas cortinas, y Julia intuyó que las habían cosido en casa. Seth Zant estaba sentado en el escalón superior, con una Dr. Pepper en la mano, y observó cómo Julia conseguía meter el coche en el único espacio libre. Ella se preguntó en qué consistiría aquel regalo.

—Habéis venido —dijo Seth—. Me alegro.

—Claro que sí.

Dirigió una larga mirada a Vanessa.

—Apuesto a que tienes que quitarte a los chicos de encima a bastonazos.

La adolescente se sonrojó, bajó la cabeza y no consiguió articular una sílaba. Julia apretó la mano helada de su hija y respondió por ella.

—Intentamos ser amables con ellos. Solo recurrimos al bastón cuando no nos queda más remedio.

No fue una respuesta muy graciosa, pero Seth se rió de todos modos, para indicarles que había captado la idea.

Se trataba de esa clase de reuniones que Lemaster dominaba a la perfección, Julia a duras penas y Vanessa en absoluto: la joven optó por quedarse en una esquina, junto al cuenco del ponche, hasta que uno de los interminables trenes de parientes la arrastró hasta la cocina y la puso a aclarar las bandejas de pescado frito, pollo rebozado y costillas asadas que se amontonaban en la mesa del comedor. Seth Zant tampoco se quedó corto. En lugar de proceder a entregarle lo que fuera que tuviera preparado para Julia, se empeñó en presentarla a varios invitados como «el gran amor de la vida de Kellen» o «la fugitiva», hasta que, incapaz de soportarlo más, ella le suplicó que parara. De manera que la instaló en el sofá como invitada de honor y dejó que los demás se sentaran a su lado por turnos y fueran diciendo, más o menos, lo mismo que Seth. Una cantinela que empezaba siempre con: «Julia, me han dicho que fuiste...». Todos tenían una historia de Kellen que compartir.

Una fornida beata llamada Ellie, que creció con Kellen y, por lo que se veía, había sentido una fuerte atracción por él, describió a un chaval inquisitivo e impaciente, tendente a meterse en peleas, incluso con chicos mucho mayores que él, porque, Julia, tenía tan buen corazón, siempre iba por el mundo intentando proteger al débil. Hacía el trabajo del Señor, Julia, no importa en qué líos se metiera cuando se fue al norte. Julia asintió con gesto conciliador. Un anciano llamado Tim le contó que, en su época de estudiante de instituto, Kellen llegó a enfrentarse a un individuo armado con una navaja que había estado molestando a una chica durante una fiesta.

—Acababa de empezar noveno curso, Kellen. No era más que un mozalbete delgaducho, pero aquella noche estuvo a punto de matar a un hombre, sin perder un minuto de sueño por ello.

Cuéntale el resto, dijo Ellie.

Ah, y encima se ligó a la chica. Así era Kellen, explicó el viejo Tim, mientras

varios parientes, con la ayuda de Vanessa, despejaban la mesa para hacer sitio al pastel de merengue de limón y al helado casero, que los ángeles de Julia le aconsejaron rechazar.

—Por eso los hombres cometen los actos más estúpidos —dijo el viejo Tim con un guiño. Apartó el plato vacío y se palmeó su enorme barriga—. Por impresionar a una chica.

—Creo que fue un acto de valor —dijo Ellie, y Julia se preguntó si aquella chica había sido ella. Pero tampoco podía olvidar otras peleas en las que se había metido Kellen durante el año y medio que pasaron juntos en Manhattan, normalmente contra hombres más grandes: recordaba los bares de los que lo habían echado, los clubes que le habían prohibido la entrada. Recordaba que una refriega en concreto terminó con ella aterrada junto a la camilla en la sala de urgencias del hospital Saint Luke's-Roosevelt, en el centro de Manhattan, mientras un doctor tartamudo de origen indio usaba unas tenazas para extraer fragmentos de cristal del hombro de Kellen. Tu novio, le dijo el médico, es un hombre muy agresivo. Una de las razones por las que Julia recordaba aquel episodio era que fue ella quien le había atizado con la botella—. Un acto de mucho valor —confirmó Ellie, resplandeciente.

El viejo Tim no parecía impresionado.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre ser valiente y ser idiota? Un valiente lucha cuando tiene que hacerlo; el idiota lucha porque quiere. Ese era el problema de Kellen. Le encantaba luchar.

Seth apareció a su lado.

—¿Puedes acompañarme un momento, querida?

Ella miró automáticamente en dirección a la cocina: desde el sofá podía ver a Vanessa fregando cacharros bajo la mirada vigilante de las matronas. La adolescente parecía contenta, sosegada por el repetitivo movimiento.

—Estará bien —dijo Seth, siguiendo su mirada—. No tardaremos mucho.

Un Seth que se había cambiado el traje por un atuendo más informal, compuesto de pantalón caqui y una camisa manchada, la condujo por la estrecha escalera hasta la habitación que quedaba sobre el garaje. Ella supo de inmediato que se trataba del cuarto de Kellen, no tanto por el pulcro conjunto que formaban los pósters, la cama y los libros, ni por los tomos de economía y matemáticas que llenaban las paredes. No, lo supo por el delicado espejo de mano de plata que había sobre la cómoda.

—Es mío —exclamó ella, aunque no le había puesto los ojos encima desde la ruptura final con Kellen. Cruzó rápidamente la habitación y lo cogió—. ¡Es mi espejo!

—Lleva años aquí arriba —dijo Seth sin dejar de observarla.

—¿Años?

—Supuse que era un espejo de mujer, no de hombre. Pero a Kellen le gustaba tenerlo cerca.

—¿Sí? —dijo Julia, notando de repente que le ardían las mejillas.

Le dio la vuelta. Era de plata y concha, con intrincadas filigranas en el mango y en la parte de atrás; era una pieza de finales del siglo diecinueve, obra del famoso artesano William Comyns, cuyo emblema aparecía grabado en el mango, escondido entre el dibujo. La abuela Vee se lo había regalado meses antes de su muerte. Julia lo adoraba, pero se lo había dejado en el apartamento de Kellen cuando Tessa, en contra de la voluntad de Julia, la había sacado físicamente de Manhattan para salvarla de más malos tratos. Durante un tiempo tuvo miedo de pedirselo, la preocupaba que volver a hablar con Kellen significara acabar en su cama; y luego, cuando conoció a Lemaster y se hizo más fuerte, el miedo se convirtió en vergüenza. El espejo tenía poco valor en el mercado de antigüedades —doscientos o trescientos dólares a lo sumo— y hasta hoy Julia había supuesto que Kellen lo habría tirado, vendido, o regalado a otra mujer.

—Nunca supe qué había sido de él —dijo sinceramente.

—Él quería que lo tuvieras. Me lo dijo muchas veces. Al principio yo no sabía que fuera tuyo.

—No sé qué decir.

La fuerza de voluntad de Julia había conseguido reprimir las lágrimas durante el vuelo, el viaje en coche, el servicio religioso e incluso el entierro, pero ahora estas hallaron las fisuras y empezaron a salir. Seth Zant, que era lo bastante listo como para no decir nada, le dio su pañuelo. Ella se secó los ojos. La pequeña ventana daba a la calzada, alumbrada por la luz vespertina, donde la gente iba guardando sobras en sus respectivos coches. Risas, abrazos, despedidas. Se sonó la nariz. Usó el espejo para atusarse el cabello. Le dio la vuelta y rascó la superficie con la uña, comprobando el acabado. Kellen no se había preocupado por la plata y había dejado que se oscureciera. Miró la marca. Rayada en varios puntos, apenas reconocible. En su mente redujo el valor de doscientos o trescientos dólares a entre veinticinco y cincuenta.

Espera.

—¿Seth?

—¿Sí?

—¿Te dejó Kellen... algo más para mí?

Sabía que sonaba avaricioso, pero necesitaba saberlo. Mary Mallard le había metido la idea en la cabeza. Quedarse con el excedente. Fuera lo que fuera.

—¿Algo como qué?

—¡Vaya, mamá! —exclamó Vanessa a su espalda—. Mírate. ¡Estabas guapísima en esa época!

Julia se dio la vuelta. Su hija estaba en la puerta, sonriendo mientras observaba una foto con un marco de plástico que había sobre la cómoda. Julia la había visto al entrar, pero no se había fijado demasiado. Se acercó y, por supuesto, allí estaba ella, del brazo de Kellen, paseando por Broadway, un lugar que Kellen, como la mayoría de los hombres negros, despreciaba por cuestión de principios. Pero iba de vez en

cuando, por ella, como Lemaster hacía ahora. Julia llevaba un top ajustado, zapatos de plataforma y unos shorts pequeños y absurdos. ¿De verdad había ido vestida así? Levantó el espejo de William Comyns y se miró a sí misma a los cuarenta y tres años, e intentó recordar cómo habían sido los veintitrés.

—Ya, no te ofendas, ahora también estás preciosa, pero... ¡vaya! —Vanessa había entrado ya del todo en la habitación y estaba inclinada, estudiando la foto—. Esto mola de verdad. Me encanta el modelito. Quiero cinco iguales que ese. —Se rió al hacer la siguiente pregunta—. Bueno... entonces, ¿salisteis juntos o algo así?

—Vanessa, cielo, no me siento muy cómoda hablando de...

—Tu madre fue el gran amor de la vida de mi sobrino —confirmó Seth, terminando de complicar las cosas—. Siempre la llamaba la fugitiva.

—Eso suena muy romántico —dijo Vanessa, ahora frente a los estantes, revisando los libros como si el dormitorio fuera una biblioteca en lugar de un cuidado sepulcro. En el exterior, una brisa agitó los árboles oscuros. El invierno tal vez fuera menos riguroso aquí, pero se acercaba de todos modos—. Mola un montón.

—Fue... hace mucho tiempo.

—Puedes quedarte con la foto si quieres —dijo Seth.

—¿Lo sabe papá? —preguntó Vanessa.

—Claro que tu padre lo sabe —dijo Julia, sintiéndose más hundida por momentos. ¿De quién había sido la idea de traerse a Vanessa? ¿Quién había inventado a los niños, en general?

—Supongo que siempre te atraieron los tíos mayores, ¿no?

Vanessa hojeaba ahora un texto de cálculo como si esperara que de entre sus páginas cayera dinero.

—Vanessa, ese... Ese no ha sido un comentario muy apropiado.

—No es que Kellen no estuviera bueno. Lo entiendo perfectamente.

—¡Vanessa!

Su hija no la escuchaba. Había empezado a pasar las páginas a mayor velocidad, arrugándolas; se miraba las manos como si se negaran a parar, como le sucedía a veces, según el doctor Brady, cuando luchaba por sofocar el trauma. Julia, despierta ya la madre que había en ella, se olvidó de lo embarazoso de la situación y, siguiendo las instrucciones del psiquiatra, tocó a Vanessa suavemente en el hombro y le dijo con tranquilidad que devolviera el libro al estante.

—Déjala —dijo Seth Zant—. No hay nada valioso aquí arriba.

Julia intentó explicarse, pero él siguió hablando.

—Me refiero a que lo único que dejaron fueron los libros, las fotos y el espejo.

—¿Lo único que dejaron?

Seth apoyó la mano en el escritorio.

—Kellen solía venir aquí a trabajar, a veces durante un par de semanas. Para alejarse de todo. Tenía el ordenador, la impresora, libretas, no sé qué más. En fin, se lo llevaron todo.

—¿Quién?

—Nos entraron a robar mientras viajaba al norte para recoger el cadáver. Muy curioso. Abajo tenemos un televisor enorme, las joyas de Sylvia, y algunas cosas más. Pero supongo que el perro debió de ahuyentarlos o algo así, porque solo entraron en esta habitación y lo único que se llevaron fueron las cosas de trabajo de Kellen.

## El riesgo del inventario

### I

En el aeropuerto las esperaba el pequeño Jeremy Flew, porque Lemaster, que tenía previsto ir a buscarlas, estaba en Nueva York, asistiendo a una reunión de los Empíreos, un club social menor para negros del que era un miembro devoto. Había llamado a Julia para decirle que lo más probable era que después de la reunión tomara el tren hacia Washington en lugar de volver a casa, porque un amigo que era socio de los Redskins le había invitado al partido del día siguiente. Julia apenas se molestó en disimular su furia y, aún enfadada, ordenó a Flew que se ocupara de las maletas, algo que él hizo sin protestar. Charló durante todo el camino hasta el aparcamiento, sobre todo del tiempo, pero también sobre el maldito Kwame Kennedy, que desde la radio había estado criticando a la universidad, a su nuevo presidente y al hecho de que dicho presidente viviera en Tyler's Landing. Haciendo caso omiso de esta información, Julia sacó el móvil para llamar a Wendy Tollefson, en cuya casa había dispuesto Lemaster que durmiera Jeannie. Wendy, que adoraba a la niña, era amiga de Julia desde su época de profesora. No tenía hijos, y solía quedarse en Hunter's Heights a vigilar a los niños siempre que los Carlyle tenían que irse de la ciudad.

Jeannie preguntó si podía quedarse a dormir allí de todos modos, estaban jugando al Monopoly.

Flew había traído un Land Rover propiedad de la universidad, ya que su mayor tracción era útil en días de nieve, y Julia, que seguía enojada, se montó con Vanessa en el asiento trasero, quizá para recordarle que en realidad no era más que un chófer con pretensiones. No estaba enfadada con el señor Flew, sino con Lemaster, pero este no estaba cerca para recibir su ira, así que se contentó con descargarla sobre su ayudante. Odiaba esta faceta de su personalidad, deseaba ser tan cálida y amable en su vida cotidiana como la consideraba la mayoría de la gente, pero una parte de ella, heredada de Mona, se manifestaba en una necesidad ocasional de demostrar su pertenencia al Clan: sobre todo cuando se hallaba cerca de miembros a los que la hermandad de Lemaster, los Empíreos, denominaban miembros de la nación pálida.

—¿Tiene hambre? —dijo Flew desde el asiento delantero mientras el coche avanzaba a través de la nieve.

—No —dijo Julia.

—Le tengo preparado algo en casa, o podríamos pararnos de camino si lo prefiere. En algún restaurante de comida rápida. Está también ese sitio fantástico de

pescado...

—Llevo viviendo en este condado desde principios de los ochenta —lo interrumpió Julia. Desde el momento en que Kellen estuvo a punto de matarla—. Sé dónde están los restaurantes.

El temple del hombrecillo era inquebrantable. Sus amistosos ojos azules se cruzaron con los de ella en el espejo retrovisor.

—¿No le parece increíble, señora Carlyle, que, por mucho que sepamos de algo, siempre podamos aprender algo nuevo?

Julia enrojeció; y luego enrojeció un poco más, consciente del divertido escrutinio al que la sometía Vanessa con sus ojos, aunque fingiera dormir. Incapaz de elaborar una respuesta adecuada, Julia se disculpó por su malhumor y aseguró al señor Flew que él no tenía la culpa, al mismo tiempo que él le aseguraba que no se había ofendido. Ella se dedicó a observar el paisaje, sintiéndose sola y abandonada, como le sucedía a menudo dentro del caparazón de ese matrimonio marcado por el deber. Lemaster no cejaba de predicar la primacía de la obligación sobre la devoción en una vida moral, y Julia se preguntaba a menudo, aunque nunca se atrevió a hacerlo en voz alta, si al decirlo se refería a la relación que mantenía con su mujer. ¿Acaso preferiría estar haciendo otra cosa? ¿Con alguien distinto? No creía que la hubiera engañado durante los veinte años de matrimonio, pero una nunca podía estar segura. Su compañera de cuarto en la universidad, Tessa Kenner, había estado casada durante un breve período de tiempo con un hombre negro, un historiador de relativa fama, que la había tratado bastante mal. Tessa, que en aquel entonces era profesora de derecho en lugar de locutora televisiva, se había mostrado dispuesta a perdonarle, casi con alegría, lo que se llamaba «sus pecadillos», y le explicó a Julia mientras tomaban un café que se trataba de la necesidad inherente a todos los hombres de color, nacida de siglos de opresión racial, de liberarse de la represiva rigidez de las costumbres sexuales burguesas.

«Estoy segura de que tienes el mismo problema con Lemaster», había murmurado Tessa con la rápida y poco sistemática opinión típica del intelectual blanco, mientras sostenía la taza con ambas manos, de un modo que solo se veía en los anuncios de café.

«Desde luego que no».

Tessa había asentido con la cabeza: sus ojos azules estaban llenos de compasión ante el engaño romántico en que vivían inmersas tantas mujeres que, si se molestaran en ver el mundo tal y como era, sin adornos, auténtico, derribarían los cimientos de la tradición y la falsa moral y construirían algo emocionante y nuevo.

—A veces puedes ser tan zorra —dijo Julia, quizá a Tessa, quizá a sí misma, quizá incluso a Mona, porque había estado soñando y ahora se despertó de repente, cuando el Land Rover pisó la grava de la larga calzada que subía hasta Hunter's Heights.

Parpadeó y miró a su alrededor. Vanessa estaba dormida, esta vez de verdad.

—Gracias —dijo Julia al señor Flew—. Ha sido un viaje muy rápido. Y muy cómodo.

Jeremy Flew no la escuchaba. Había frenado en plena carretera, a unos cientos de metros de la casa: los faros apuntaban hacia la nieve y la densa arboleda quedaba a oscuras, silenciosa en la oscuridad.

—¿Ha ocurrido aquí algún accidente, señora Carlyle?

—¿Un accidente?

Había parado el coche. El haz de luz procedente de los faros enfocaba dos de las farolas negras que bordeaban el camino hacia la casa de los Carlyle, ambas rotas por la base y tendidas en la nieve.

—Ah, eso. Fue durante la tormenta de la semana pasada. La noche... la noche en que murió el profesor Zant. Creo que el señor Huebner las arrolló con el arado. Ya le he dejado dos mensajes, pero no me ha devuelto la llamada. —Julia se preguntó si estaría dando demasiada información, porque Jeremy, desde el espejo, la miraba con una expresión extraña—. Creo que no le conoces —prosiguió, deseosa de cambiar de tema—, pero Mitch Huebner es una especie de leyenda en el Landing: vive solo en el bosque, con sus rifles y sus perros, y sin hablar una palabra con nadie. No creo que use mucho el teléfono. Quizá debería enviarle una nota.

El silencio era profundo y electrizante. Julia esperó a ver qué parte de esta tontería se tragaba el ayudante de Lemaster.

—¿Está segura? —dijo por fin el señor Flew—. ¿De que fue Mitch Huebner?

—¿Quién si no?

—Los periódicos afirman que el parachoques frontal izquierdo del coche del profesor Zant presentaba un fuerte golpe. La policía ha pedido a cualquiera que haya tenido un accidente el viernes pasado que se ponga en contacto con ellos, etcétera, etcétera.

Julia se frotó los ojos. Miró por la ventana. La zona donde se hallaban las farolas caídas formaba un pequeño valle, desde el que no se veían ni la casa ni la carretera, lo que implicaba que nadie podía verte desde la casa ni desde la carretera. La calzada era una pendiente azotada por el viento y la nieve, un camino resbaladizo que desafiaba a la muerte. Todos los inviernos el señor Huebner pasaba con el arado, apilando la grava en la cima de la montaña, y todas las primaveras le pagaban para que volviera a esparcirla colina abajo.

—Sigo sin entender a qué te refieres —mintió ella. En el espejo lateral danzaban macabros demonios, pero era solo un truco de la luz amarilla sobre la nieve.

—Las farolas rotas se hallan en el lado izquierdo del paseo.

—Cuando al señor Huebner le da por beber...

—Quizá debería llamar a la policía, señora Carlyle.

Pánico. ¿Los inspectores se habrían percatado de las farolas la semana pasada? No habían formulado pregunta alguna al respecto. Ni tampoco Lemaster, ni ninguno de los bienintencionados visitantes.



—Jeremy, escúcheme, por favor. Kellen Zant no estuvo en esta casa el viernes por la noche. Por favor, ni lo sugiera siquiera.

—¿Es posible que estuviera aquí sin que ustedes lo supieran? Usted y el señor Carlyle estuvieron en Lombard Hall durante la mayor parte de la noche.

—Por eso mismo. —A Julia le costaba mantener la calma—. No había ninguna razón para que viniera. A lo largo de la carretera había una especie de arcén, una superficie llana donde los conductores podían cambiar de sentido si se equivocaban. Era allí donde se hallaban las farolas caídas, en el arcén. —Julia se incorporó—. Lemaster y yo estábamos en la cena de ex alumnos. Vanessa había salido. Jeannie debía ir a pasar la noche a casa de una amiga, pero se puso enferma. En fin, Kellen habría creído que la casa estaba vacía. ¿Para qué subir hasta Hunter's Meadow en plena tormenta si no había nadie en casa?

—Eso me estaba preguntando —dijo el señor Flew.

Puso primera y reemprendió el ascenso hacia la oscura casa, en contra del fuerte vendaval. Julia se giró y observó la calzada hasta que las sombras se adueñaron de ella.

## II

Más tarde. Julia se encontraba en su lugar favorito, junto a la ventana del salón, mirando hacia la carretera que serpenteaba colina abajo, preguntándose si Kellen había estado en ese camino la noche de su muerte; y preguntándose también por qué no había compartido esa posibilidad con la policía, o siquiera con su marido. Llevaba un pijama de lana y su batín favorito, de hilo, hasta los tobillos, azul y voluminoso, comprado durante su luna de miel y que ella creía depositario de la suerte de la familia. Se había puesto las gafas para que los ojos descansaran de las lentillas. Había abierto el correo electrónico y lo había cerrado sin más. Había intentado enviar algún mensaje instantáneo a alguna amiga, pero no había ningún conocido conectado, ni siquiera Tessa, que, como ella, era ave nocturna. Navegando por la red había encontrado menos menciones de Kellen de las que esperaba, pero sí mucha información sobre Mary Mallard, incluyendo páginas web dedicadas a promover sus teorías y otras dedicadas a refutarlas. Una caja de trufas de capuccino de Vera había acabado en la basura, ya vacía, junto con una bolsa de palomitas para microondas, sin mantequilla, porque estaba vigilando su peso.

Pensaba en su último encuentro con Kellen, en el centro comercial de Norport, tres días antes de que lo mataran.

«Estoy metido en un lío», le había dicho él, ya sentados en la zona de restaurantes, sin dejar de mirar a su alrededor, mientras Julia se preguntaba si ese encuentro era fortuito. Varias bolsas de regalos de Navidad le rodeaban los pies; a

Julia le gustaba ir de compras cuanto antes. «Necesito que me ayudes», había añadido Kellen. Era lo que decía siempre.

Julia le invitó a que se explicara.

«No puedo mantener el inventario. Debo esparcir el riesgo».

¿Qué riesgo?

«El riesgo del inventario. —La cogió de la mano. Ella hizo lo mismo—. Corren tiempos oscuros —dijo Kellen, quien normalmente evitaba las metáforas ya que para él oscuridad era sinónimo de maldad—. Tiempos oscuros, materia oscura. Eres la única que puede ayudarme».

Julia se había lanzado al discurso de que tenía que dejar de seguirla, de que esto no podía continuar, tenía que dejarla tranquila: el discurso que siempre le endosaba, y Kellen había empezado a explicar, como hacía siempre, que esta vez iba en serio, que no era coqueteo, que de verdad necesitaba su ayuda; en ese momento ella había visto a Regina Thackery y a Bitsy Farnsworth, destacadas miembros de las Perlas Negras, bajando por las escaleras de Lord & Taylor, había recogido las bolsas y se había despedido de Kellen, porque lo último que le hacía falta era que las Perlas Negras difundieran historias sobre la cita clandestina de Julia con ya sabes quién.

«Tengo que esparcir el riesgo. El riesgo del inventario».

Otro término perteneciente al mundo de la economía. Como «capturar el excedente». Kellen adoraba esta jerga, seguro, y la forzaba en conversaciones normales tanto como podía, generalmente con el fin de ensombrecer sus propósitos, como ya hacía en la época en que vivieron en Manhattan, cuando, harta ya Julia de gritarle, él describía sus aventuras con otras mujeres como ejercicios racionales sobre el aprovechamiento máximo de la utilidad. Sin embargo, en esta ocasión tal vez hubiera intentado decirle algo. Algo que Mary Mallard creía que ya sabía.

De pie en el salón contempló la nieve, preguntándose si Kellen habría desafiado a la terrible tormenta para subir aquella carretera la noche de su muerte, esperando que la casa estuviera vacía, y si, al ver el coche de la canguro, habría dado un giro brusco, chocando contra las farolas. No comprendía por qué iba a querer ir a su casa cuando no había nadie, como tampoco comprendía a qué se había referido en el centro comercial cuando le dijo que quería que compartiera el riesgo del inventario; o qué era la materia oscura.

Pero quizá fuera mejor no preocuparse.

Kellen Zant era su pasado, y no tenía ningún derecho a arrastrarla de nuevo a su vida, ni siquiera con aquella muerte que dejaba un enigma detrás: la había herido, casi la había matado, y no tenía derecho alguno a reclamarle nada.

Ahora, de pie junto a la ventana del salón, mientras la noche de Nueva Inglaterra iba cobrando vida a su alrededor, Julia abrazó a Coalición Arcoiris porque los niños ya eran demasiado grandes. En su vida había deseado y había sido deseada, y la compleja realidad que produjeron ambas cosas ya había quedado atrás. Lemaster era su cordura. Su puerto. Nada más debía pasar.

Pero algo había pasado. Primero Vanessa y el incendio del coche. Y ahora... todo esto.

Julia cogió el vaso de vino vacío que había dejado en la mesita y se giró hacia el largo salón, empapelado en un clásico tono verde, donde los amplios ventanales se extendían desde los techos de casi cuatro metros hasta casi rozar el suelo. Un majestuoso piano, un antiguo Steinway de palo de rosa, llenaba el fondo, rescatado de la casa de Amaretta Veazie, donde, en los buenos tiempos, Duke Ellington acarició alguna vez sus teclas de marfil. Preston y Aaron tocaban bastante mal, y la pequeña, Jeannie, no tocaba en absoluto. Vanessa, en cambio, era una virtuosa. Cuando toda la familia se reunió para celebrar el día de Acción de Gracias, Julia y su hija habían ofrecido los frutos de seis semanas de ensayos con un profesor experto: tocaron el «Capricho español» de Rimski-Korsakov, uno de los duetos más difíciles del repertorio clásico, y, a pesar de un par de errores, su interpretación hizo brotar las lágrimas en todos los asistentes, incluido Lemaster.

—Odio esto —dijo Julia, refiriéndose al trabajo de su marido e, implícitamente, también al suyo propio. Es probable que estuviera hablando con su difunto hermano, Jay, su gemelo—. Lo odio de todo corazón.

Se sentía sola y desamparada. La dedicación de Lemaster a su reducida hermandad volvió a enojarla. Los Empíreos agonizaban; todo el mundo lo decía. Él podía haberse unido a un club más grande y más prestigioso, pero había rechazado sus invitaciones. Precisamente esta noche, irse a Nueva York y luego a Washington...

Se obligó a parar. Él la había salvado. Era tan simple como eso. Solo había amado a dos hombres en toda su vida: uno la había destruido, el otro la había recompuesto. Y sin embargo se preguntó cuándo la vida dejaría de imponerle su curso y sería ella quien se impusiera al devenir de los acontecimientos.

El riesgo del inventario. ¿Tal vez había querido decir...?

No. No. No seguiría por allí. Mantendría la cordura, y eso significaba alejarse de los pensamientos de Kellen. Se quedó junto a la ventana mientras el viento convertía los copos de nieve en líneas puras, preguntándose qué había sido de toda la rica y bulliciosa energía que le ponía a la vida. Era la muerte de su hermano, una y otra vez. Solo tres marines murieron en la operación de Grenada, pero Jay Veazie había sido uno de ellos. Recibió una Cruz de la Marina a título póstumo por su «extraordinario heroísmo», que Mona había arrojado al estanque que había cerca de su casa de la calle North Balch. A partir de ahí, sus ideas políticas pasaron de radicales a atroces.

En cuanto a Kellen, bien, por lo que se refería a Julia, lo que se suponía que debía haber era un ajuste de cuentas, no este inmenso y triste muro gris: la terrorífica contundencia del final de una vida irrumpiendo en plena existencia. Si no se trataba de un cáncer ni de un infarto inesperado, el organismo físico al que llamamos humano no debía traicionar la confianza que en él depositaba su propietario, o al menos no durante bastantes años. Recordó su última discusión con Kellen en el centro comercial de Norport, y cómo no le había dejado terminar lo que le estaba

contando sobre el «riesgo del inventario» y la «materia oscura». Cuando percibió, sobresaltada, la presencia de Bitsy y Regina, Kellen la cogió del brazo y le preguntó si podían quedar para seguir hablando. Segura de que, como siempre, sus motivos escondían una razón ulterior, Julia se había encabritado y le había dicho que no era buena idea, y que, por cierto, ¿le importaría apartar la puta mano de su brazo?, porque ella era una persona distinta cuando lo tenía cerca, y gran parte de esa diferencia se manifestaba en su lenguaje. Él le dijo que de verdad necesitaba hablar, tan pronto como fuera posible, y que podían quedar en algún lugar discreto si eso la hacía sentirse mejor. Julia, víctima tal vez de un exceso de suspicacia, se tomó esas palabras como una invitación al flirteo y le espetó que la dejara tranquila. Lo último que necesitaba en su vida eran tonterías como esta, le dijo, y la ira de su última mirada, su decisión de dar media vuelta y alejarse antes de que Kellen tuviera ocasión de responder, era ahora un doloroso peso en el estómago: ni siquiera le había dicho adiós.

## Tony el Tramposo

### I

Entre los alumnos favoritos de Julia se hallaba un joven tranquilo llamado Poynting, un confuso y brillante activista gay que se sentía atraído por el rigor y la erudición de la cristiandad ortodoxa, y esperaba encontrar espacio entre sus márgenes para una estrecha excepción a la tradición aprendida: una tradición que, en otros campos, él abrazaba sin ambages, desde eso que ortodoxos y católicos llamaban «fidelidad a la tradición apostólica» y los extraños «no dejar que las mujeres sean curas». En la fría y clara mañana que siguió al funeral, Poynting entró en el despacho de Julia para solicitarle información sobre posibles becas que subvencionaran un viaje a Bolonia durante el verano con el fin de investigar las hermandades establecidas en el siglo trece que reforzaron las costumbres sexuales de la Iglesia. Lo más probable es que lo que buscara Joe Poynting fuera un viaje gratis a Italia, pero la mayoría de sus colegas no dudarían en aceptar uno. De manera que a Julia, que disponía de apenas unos minutos antes de reunirse con su jefe, no le importó lo más mínimo buscar entre sus ordenadísimos archivos alguna fundación que pudiera subvencionárselo. De hecho encontraron tres o cuatro, que eran tres o cuatro más de las que encontraba para la mayoría de estudiantes que buscaban ayuda financiera para hacer algo interesante, porque la religión en general, y la facultad de teología en particular, eran consideradas poco atractivas. Encontrar la manera de convertir los proyectos de los alumnos en débiles reflejos de lo que esas organizaciones querían subvencionar era una de las áreas predilectas de su trabajo: al fin y al cabo, siempre le habían gustado los espejos.

Cuando Poynting ya se iba con una sonrisa en los labios, Julia le detuvo.

—¿Joe? ¿No estudiaste económicas en Vanderbilt?

—Hace años.

—Pero ¿te acuerdas de la terminología? —Ella seguía ordenando la mesa, guardando las hojas de inscripción en sus correspondientes carpetas y estas en sus correspondientes cajones—. Como «capturar el excedente». ¿Qué significa eso?

Ya junto a la puerta, el alumno se llevó los dedos a la boca.

—Ah, sí. Digamos que el excedente del consumidor es la diferencia entre el valor que algo tiene para ti y el precio que pagas por ello. La teoría dice que solo lo comprarás si consideras que su precio es menor del valor que le das. El tema está en que el vendedor pretende que esa diferencia sea lo más pequeña posible. Es decir, el

vendedor quiere capturar parte de tu excedente, si es que puede. Lo hace intentando que pagues un precio lo más cercano posible al valor que das al objeto. —Poynting se rió—. O algo parecido.

Julia lo pensó durante un momento. ¿Era algo tan simple?

—Una pregunta más.

—Dispare.

—¿Por qué podría pensar alguien que la mejor forma de capturar el excedente es una subasta?

—¿Esto tiene algo que ver con el profesor que mataron? ¿El que era amigo suyo?

—Expresado en términos de lo más diplomáticos—. ¿Por eso me lo pregunta?

Julia vaciló. Sabía que Joe Poynting, como muchos otros estudiantes negros de la universidad, albergaba un incómodo respeto hacia Kellen Zant, a quien veía por un lado como el consumado hombre de raza, siempre en televisión proclamando la discriminación en la América corporativa; y, por otro, como una especie de empresario racial que había construido un imperio a base de consultorías y conferencias sobre los cimientos de las conciencias culpables de los hombres de negocios blancos. Algunos estudiantes creían que Kellen era un vendido. Julia no estaba segura de en qué zona del espectro se situaba el joven Poynting, así que, como no quería ofenderle, decidió obviar la pregunta.

—Limítate a ayudarme, ¿vale?

—Por usted haría cualquier cosa. —Se sonrieron—. La respuesta es lo que se ha dado en llamar la «maldición del ganador». Suponga que está pujando por un bien para luego revenderlo, pero no está segura de cuál es el valor de reventa. Debe adivinarlo para pujar. El problema surge cuando puja alguien más: a menudo se ve obligada a pagar un precio mayor a su valor de reventa para conseguir ese bien. Es decir, que no puede reaccionar de forma inmediata y ponerlo a la venta por el dinero que ha pagado por él. En otras palabras, si su motivación es la reventa, es posible que en una subasta el vendedor capture todo su excedente.

—¿Eso sucede siempre?

—Por supuesto que no. El valor de mercado podría no ser lo más importante. Es decir, usted podría desear ese bien por razones distintas a la reventa. Y hay formas de montar subastas que intentan eludir la maldición del ganador y algunas otras paradojas famosas. Pero la teoría de la subasta no es lo mío. —Se sonrojó—. Me parece recordar que el profesor Zant publicó un artículo sobre subastas hace un par de años.

Apostaría a que lo hizo.

—¿Y si alguien se refiriera a algo como su excedente propio?

—Si sabía de lo que hablaba, es decir, si fuera economista, es probable que se refiriera a algo que había conseguido retener en un intercambio, algo que habría estado dispuesto a entregar pero que al final logró conservar para sí. —Se produjo una pausa. El joven parecía penetrar en su alma con sus ojos inquisitivos—. Algo que

tenía valor para él.

—¿Y el riesgo del inventario? ¿Qué significa eso?

—Ah, sí, eso es muy básico. Imagine que es un negociante. Hace inventario para vender. El problema está en que este puede declinar en valor. Se queda con ordenadores que nadie quiere. O con vestidos que están pasados de moda. Entonces intenta reducir el riesgo de su inventario. Una buena forma de hacerlo es lograr que alguien se quede con su inventario, y así se libera de él. De ese modo, pide algo cuando lo necesita, y el riesgo del inventario se carga sobre otro.

—¿Y tiempos oscuros? ¿Materia oscura?

Ahora sí que le había desconcertado.

—Eso es nuevo para mí —dijo él.

En cuanto estuvo a solas, intentó concentrarse en las solicitudes de inscripción de nuevos alumnos, pero no pudo quitarse de la cabeza su conversación con Joe Poynting y en cómo encajaba con lo que le había contado Mary Mallard. No podía creer que hubiera interrogado al pobre Poynting sobre todo esto solo unos días después de haberse prometido que se mantendría al margen del pequeño misterio de Kellen. Pero Kellen siempre le había causado ese efecto. Daba igual que a menudo renunciara a él, siempre volvía a caer. Incluso después de su matrimonio, Kellen la perseguía, haciendo gala de un sexto sentido que adivinaba cuando Lemaster estaba fuera. Kellen, con esa voz lenta, sureña, somnolienta y pegajosa que usaba para engatusarla y halagarla, para fundir cualquier barrera que intentara erigir, y a menudo fue solo pura suerte lo que había evitado que ella cediera a sus proposiciones.

Comprobó la hora. Debía reunirse con la decana. Mientras caminaba por los pasillos meditó sobre lo poco que sabía hasta ahora. No era mucho: Kellen vendía algo. Ese era el gran misterio. O bien ya lo había vendido o estaba a punto de hacerlo; pero, cualquiera que fuera la secuencia, planeaba quedarse con la mejor parte para sí mismo. El problema era que había querido esparcir el riesgo. Había querido que Julia lo corriera por él, fuera cual fuera. Le había dicho a Mary que Julia lo tendría si a él le pasaba algo. Lo mataron menos de una semana después de que él se lo pidiera y de que ella se hubiera negado.

Lo que ella ignoraba era si había encontrado a alguien con quien compartirlo antes de que le dispararan.

## II

—¿Cómo está la familia? —dijo Claire Alvarez con vigor—. Tantos hijos. Es maravilloso. Simplemente maravilloso. Te envidio.

—Todos están bien —dijo Julia.

—¿Vanessa ya sabe a qué universidad quiere ir?

—Ah, aún no.

—Bueno, estoy segura de que destacará dondequiera que vaya. Es increíble.

La decana de la facultad de teología asintió. Era una mujer etérea y mofletuda que llevaba quince años impartiendo ética cristiana a estudiantes que dudaban cada vez más de su existencia. Su dulzura te envolvía como si fuera una manta. El viejo Clay Maxwell, ya entrado en años cuando era profesor de Julia dos décadas atrás, solía decir que Claire podía hacerte sentir tal calidez y aturdimiento que ni te enterabas mientras te estaba despidiendo.

—Gracias —dijo Julia, aunque hablar de Vanessa y la universidad la asustaba.

—¿Le gustó Francia? Porque estuvo en Francia ¿verdad?

—Le encantó —dijo Julia, omitiendo mencionar que el viaje había sido hacía un año, como regalo para el decimosexto cumpleaños de Vanessa, una visita privada a Granny Mo, antes de que todo empezase a torcerse.

—Sabes que la adoro —dijo Claire, como si estuvieran hablando de un músico o un pintor en lugar de una adolescente problemática. Pero Claire sentía aprecio por la mayoría de las mujeres. Era la primera experta de la nación, posiblemente la única, en la teología sagrada de la gran evangelista metodista Phoebe Palmer, quien, por lo que Julia había podido deducir de las frecuentes y entusiastas conferencias dadas por Claire, se había distinguido durante los años previos a la guerra civil, cuando otros clérigos protestantes debatían sobre el lugar de la esclavitud en una nación que se confesaba devota de las Escrituras, por eludir primero el tema y luego la ciudad, optando por pasar los años de la guerra en Inglaterra—. Por cierto, ¿tienes algún problema?

—¿Problema? —dijo Julia, muy sorprendida—. Vaya, espero que no.

—Lamento que suene tan melodramático —dijo Claire, mientras en su amable rostro se dibujaba aquella media sonrisa que constituía su única expresión conocida—. Sé que deberíamos estar hablando de admisiones y ayudas financieras, y llegaremos a eso. Pero acabo de recibir una visita de lo más extraña de un abogado que resulta ser uno de nuestros principales benefactores. El caso es que solo quería hablar sobre ti. Raro, ¿no crees? —Apoyó las manos sobre la reluciente y plateada caja de puros: una improbable pieza fija de su despacho—. Se llama Tice. Anthony Tice. Se dedica a esos publisreportajes que dan por televisión a altas horas de la noche.

Se paró; parecía esperar una confesión.

—Los he visto —dijo Julia con cautela, apretando con fuerza la carpeta donde guardaba el proyecto que debían presentar al rector—. Pero no le conozco.

—No te pierdes nada. No es que sea un hombre muy agradable. Muy listo, guapo, y él lo sabe. Nos ha donado cien mil dólares cada uno de los dos últimos años. No estoy segura de por qué el señor Tice nos cree merecedores de su beneficencia. —Miró hacia los retratos de antiguos decanos, como si allí pudiera encontrar la respuesta—. Pero no puede decirse que las escuelas de teología de la nación naden en



la abundancia en estos días.

—¿Qué preguntó sobre mí, Claire?

—Dos cosas. Tu relación con el malogrado Kellen Zant y...

—No teníamos ninguna —objetó Julia, con demasiada rapidez.

—Y, en segundo lugar, qué clase de persona eres. ¿Eres íntegra? ¿Tienes convicciones firmes? ¿Estás dispuesta a correr riesgos por una causa mayor? —Se puso de pie y se movió despacio por el largo y lóbrego despacho, animado solo en parte por el sol de noviembre—. Era como si se estuviera preparando para ofrecerte algún empleo. Al menos eso fue lo que me pareció al principio. —La decana llegó hasta la ventana. Se pasó una mano por el pelo y contempló la vista, aunque lo único que se veía era la monotonía invernal de la calle Hudson, y, desde el ángulo de la sala, la rica y fea prepotencia de la Torre Hilliman de Ciencias Sociales, que se cernía con aire condescendiente sobre la chusma supersticiosa de Kepler: uno, un santuario donde la verdad era medible pero no eterna; otro donde la verdad era eterna pero no medible—. Canté tus alabanzas, por supuesto. Le dije lo orgullosa que había estado siempre la facultad de contarte entre nuestros licenciados, y lo encantados que estuvimos cuando escogiste venir a trabajar con nosotros hace tres años y medio.

—Gracias —dijo Julia, que, de hecho, nunca había acabado su licenciatura.

—Y preguntó cómo soportabas la presión. Se refería a haber encontrado el cadáver de Kellen. Le dije que debía de haber sido un golpe terrible, naturalmente, pero que siempre has manejado la presión de manera soberbia. —Se giró hacia el interior del despacho con los brazos cruzados—. Y es así, ya lo sabes. Es una de tus fantásticas cualidades, Julia. Las cosas no te afectan. Disfrutas de la misma forma con la obra de Dios, te pase lo que te pase en tu vida privada.

Julia bajó la cabeza. El tono de la conversación empezaba a cargarse, incluso para Claire. La estocada no tardaría en llegar. Nerviosa, empezó a morderse el labio inferior, un hábito que Mona había intentado quitarle sin éxito pintándole el labio con tintura de yodo.

—Llevas más de tres años aquí. Los alumnos te adoran. La facultad te respeta. Pareces agrandar a todo el mundo. Sospecho que incluso podrías llevarte bien con el señor Tice, por desagradable que este pueda ser. Quiere conocerte, Julia. —Claire hizo que sonara como si fuera una cita a ciegas—. Sí, es un hombre egocéntrico y probablemente avaricioso, y habla a toda velocidad. Pero, Julia, si puedes llevarte bien con Boris Gibbs, puedes llevarte bien con cualquiera. Es una broma.

—¿De qué quiere hablar Tice?

—Creo que sobre Kellen Zant. Dice que se conocían. Trabajaron en un proyecto juntos. No tuvieron oportunidad de terminar su investigación. Me dio la impresión de que el señor Tice podría querer reclutarte para ocupar el lugar de Kellen.

—Oh, Claire, no. Ni hablar.

Una mano amable se alzó.

—No es mi intención presionarte, Julia. Pero piensa en ello. Al fin y al cabo, el

señor Tice es uno de los mayores benefactores de la facultad, y tú eres... una vicedecana. Al menos podrías hablar con él. O no. Depende totalmente de ti — concluyó dando a entender que no era así.

—Lo pensaré —prometió Julia.

Se lo debía a Claire y ambas lo sabían, ya que la decana había ido a buscarla en los meses miserables después de haber perdido su trabajo en las escuelas privadas. Julia nunca había sabido el porqué, aunque Claire adoraba pronunciar discursos proclamando que Kepler era un ejemplo de diversidad.

—Lo único raro se produjo al final de nuestra conversación. Me preguntó si se te daba bien dirigir tu despacho. Naturalmente le dije que eras maravillosa. Bueno, lo eres. Tu despacho es el más ordenado y eficaz del edificio, Julia. Lo sabes. Y se lo dije, claro. Entonces me preguntó si podía echarle un vistazo. A tu despacho. En ese momento tuve que decirle que, por agradecidos que estemos por su apoyo, hay ciertos límites que...

Pero Julia se perdió el resto, porque salió corriendo por el pasillo.

### III

—¿Estás segura de que no faltaba nada? —dijo Lemaster temblando de furia.

—Nada que saltara a la vista.

—No puedo creerlo. No puedo creerlo.

—Apenas puedo creerlo yo.

Estaban en el estudio de Lemaster, un espacio de dos pisos separado de la casa principal por un seto. A excepción de unas cuantas fotos familiares y de los ventanales que daban al sur, el resto de las paredes estaban cubiertas de libros. Cuando aún ejercía el derecho, Lemaster le había dicho que su sueño sería vivir en una biblioteca. Ahora casi lo había cumplido.

—Conozco a ese Tice. He formado parte de un par de comités legales donde él también estaba. La mitad de sus clientes son basura. Mafiosos, acusados de terrorismo, asesinos en serie. No te miento. Está claro que todo el mundo merece ser defendido, pero me preocupa cuando un individuo cree que tiene que defenderlos a todos. Tony el Tramposo. Así le llaman. —Agitó el dedo índice—. Y la verdad es que no es mal abogado. Es bastante bueno, en realidad. Pero carece de toda moralidad. Ni un ápice. Tampoco tiene un solo pensamiento independiente: no cruzaría ni la calle si el cliente no le pagara por ello. Así que, si quería ver el interior de tu despacho, era por cuenta de algún cliente.

Julia dio un sorbo al vino. Degustaban un caldo blanco del valle de Napa, bastante pretencioso.

—¿Qué clase de cliente?

—Ni idea. Pero, Jules, ¡hace falta tener valor! Plantarse en mi campus, intentar que una de mis decanas le abra la puerta del despacho de mi mujer... —Lemaster se había puesto de pie y cruzaba la habitación a grandes zancadas—. Muy bien. Muy bien. Lo creas o no, la realidad es que no violó el canon de la ética ni de la ley. Los abogados tienen mucha libertad para... No importa. No se saldrá con la suya.

Mi campus, pensó ella. Mis decanas. Mi mujer.

—Acabas de decir que no ha infringido la ley ni tampoco la ética.

—Eso no importa.

—¿No?

Él se paró de golpe. Cuando Lemaster tomaba esta actitud cercana al pataleo, Julia tenía que disimular una sonrisa, ya que, dada su baja estatura, parecía un niño en plena rabieta.

—Las reglas establecidas no son siempre el mejor rasero para medir lo que está bien y lo que está mal.

—¿Qué vas a hacer?

—Asegurarme de que no vuelva a pasar. Confía en mí. —Había recobrado el tono displicente, el que usaba cuando quería volver al trabajo. Ella a menudo se sentía como una mendiga en un palacio. A menudo lo era—. Espera, Jules, espera. Una cosa más.

—¿Sí?

—¿Tienes alguna idea de por qué ese Tice quería ver tu despacho? ¿Qué andaba buscando?

—No.

—¿El Expediente Vanessa?

Se refería a la colección de recortes e informes sobre los problemas de su hija, que ella guardaba en Kepler siguiendo la arbitraria convicción de que estaba más seguro allí que en casa.

—No lo sé. No creo que Claire esté al tanto de su existencia.

—Quizá Tony sí. —Se rascó la perilla canosa—. Bueno, da igual. No importa. Lamento que hayas tenido que pasar por esto, Jules. Me ocuparé de ello.

Julia vaciló. Durante dos décadas de matrimonio Lemaster siempre había prometido ocuparse de cualquier problema que pudiera surgir, y en general había cumplido su promesa. Se preguntó cuándo había rebasado ella la línea que separa la confianza de la dependencia.

—Gracias, cariño —dijo ella. Él, ya sentado frente al portátil, se limitó a sonreír.

Julia cruzó el sendero que separaba el estudio de la casa. Tal vez Tice hubiera andado detrás del Expediente Vanessa. Tal vez formaba parte de algún plan dispuesto a denunciarlos por algún delito que la adolescente hubiera cometido y que aún no había salido a la luz. Pero Julia tenía otra explicación, a pesar de que no estaba lista para compartirla con su marido.

Mary Mallard asumió, erróneamente, que Kellen había confiado a Julia su

excedente antes de morir. No había ninguna razón para creer que Mary fuera la única que pensara así.

## La calle Main

### I

La tarde siguiente, dos días antes de Acción de Gracias, Julia salía de Cookies con el aire furtivo de un ladrón, cargada de dulces para diversos amigos y colegas. En el fondo de la bolsa había una caja de trufas de capuccino, sin azúcar, para ella. Cuando estaba en la tienda de Vera a menudo clasificaba a sus amistades en función de sus gustos: Tonya Montez, de las Perlas Negras, era cacahuets con miel; Iris Feynman, del despacho de enfrente de Kepler, era dulce de vainilla; y el tacaño de Boris Gibbs, que se gastaba el dinero en dulces mucho más baratos en el CVS pero que jamás rechazaría un regalo... Boris era esas pringosas y dulces cerezas bañadas en chocolate.

Hacía un día claro, pero las nubes no parecían estar muy lejos. Los carámbanos adornaban las tiendas, árboles y parquímetros de la calle Main. Julia reconoció a un par de transeúntes, pero la verdad es que no estaba por la labor. Estaba pensando. Jeannie caminaba feliz al lado de su madre, con la cara prácticamente oculta por el forro peludo de su cara parka mientras, con gesto delicado, iba comiendo gominolas una por una. Jeannie estaba contenta, por supuesto. Siempre lo estaba. A diferencia de sus hermanos, Jeannie parecía ver las debilidades de su hermana mayor como una oportunidad para exhibir sus propias fortalezas. El manto de princesa del Clan, antaño dispuesto sobre los hombros de Julia —al igual que, en los cincuenta, había estado en torno a los de Mona—, había empezado a resbalar de los de Vanessa incluso antes del tema del incendio. Jeannie parecía considerar que el manto le pertenecía.

En sus momentos de debilidad, Julia contemplaba desconcertada a sus cuatro hijos y sentía el fracaso materno cerniéndose sobre ella.

—Date prisa, cielo.

—¿Por qué? —Otra gominola.

—Porque son casi las cinco.

—¿Y qué?

—Y... tenemos que ir a la tienda del señor Carrington antes de que cierre.

—¿Por qué?

Típico de Jeannie. A su estilo pausado, nunca se mostraba del todo desobediente, pero siempre pedía explicaciones. Sin embargo, Julia no estaba dispuesta a explicar a su hija menor que a Vera Brightwood, en mitad de uno de sus emponzoñados

monólogos, se le había escapado que había visto al ex novio de mamá, tres días antes de su muerte, entrando en Old Landing, la tienda de antigüedades que había en la acera de enfrente.

Y que había permanecido en ella durante una hora.

## II

En opinión de Julia, Frank Carrington era el típico habitante del Landing: blanco, enérgico y residente de por vida. En su día había desempeñado todo tipo de trabajos, desde ayudante del sheriff y conductor del autocar escolar hasta camarero, antes de descubrir que tenía ojo para las antigüedades, o cuando menos talento para persuadir a los turistas, y abrió Old Landing. El pueblo estaba a unos veinte kilómetros de Elm Harbor. Gracias a la inteligencia —o a la obstinación— del consistorio, el Landing, a diferencia de las otras poblaciones costeras del condado, todavía no había sido totalmente colonizado por profesionales que viajaban a diario a la ciudad. Estaba llena de tipos como Frank Carrington, que hervían de resentimiento contra los universitarios que se instalaban allí: hacían subir los precios y elegían a los demócratas para dirigir el ayuntamiento, pero, al mismo tiempo, anhelaban el efectivo que les dejaban en la caja.

—¿Qué pasa con él? —dijo Frank, una vez que Julia le hubo expuesto su pregunta.

—¿Estuvo aquí?

—Soy un hombre de negocios —explicó el marchante con la entonación plana de un yanqui. Tenía la piel pálida y era larguirucho al estilo de Nueva Inglaterra, y llevaba el cabello leonado cortado al estilo de un hombre más joven. Su establecimiento era largo y oscuro, atestado de antigüedades, la mitad de las cuales quedaban ocultas en la penumbra—. Hago negocios con cualquiera que cruce esa puerta. Ya sé que algunos de los marchantes de por aquí no aprecian a las minorías, pero no es mi caso. Sabe que me alegro de que personas como ustedes estén aquí.

Sí, lo sabía, porque se lo contaba cada vez que entraba a comprar alguna bagatela, o, de vez en cuando, algo importante.

—Necesitamos a las minorías —anunció él, en el mismo tono que podría haber usado para sugerir que Pleasant Road necesitaba un semáforo—. De toda clase —añadió en tono piadoso.

Julia, que examinaba un candelabro, no contestó.

—¿Cómo está Pres? —inquirió Frank, todavía sorprendido, ya que el Landing seguía maravillado con el primogénito de los Carlyle. Cuatro años después de su graduación prematura, el instituto regional aún no se había recobrado del impacto de descubrir que su genio residente era negro. Ni tampoco Lemaster: la relación entre

ambos se había malogrado para siempre, por ambos lados, al descubrirse que el hijo era el más listo de los dos—. ¡Apuesto a que sigue llenando de orgullo el Landing! —dijo Frank esbozando una ligera sonrisa.

—Preston está bien.

—Es el chico negro más brillante que nadie recuerda por aquí —dijo él en tono de cumplido—. Hábleme del resto de la familia.

Julia se negó a cambiar de tema.

—¿Qué quería, Frank? —Observó de reojo a Jeannie, que estaba entretenida junto al escaparate admirando el pueblecito navideño de porcelana. Un cartel advertía a los visitantes de que no tocaran, pero su madre sabía que en cualquier momento Jeannie cogería una de las piezas y, con toda probabilidad, la rompería—. Kellen Zant. ¿Qué quería?

—Lo mismo que todo el mundo. Comprar algo.

—¿Compró algo aquí? ¿Kellen?

—¿Hay alguna razón que lo impida?

—¿Qué adquirió?

Hubo un momento de vacilación, como si estuviera pensando en cuánto cobrarle por la información. Frank era un hombre alto, pero encorvado, como si su altura fuera mayor que su ambición. Su mirada se desplazó hacia Jeannie, que se había arrodillado junto al escaparate.

—¿Recuerda el espejo de mano del siglo diecinueve que estuvo mirando el mes pasado?

—Por supuesto.

También recordaba que Frank Carrington pedía mil ochocientos dólares por él, lo que era una pura demencia.

—Pues lo compró.

—¿Kellen compró el cheval? ¿Por qué diablos iba a comprarlo? Kellen no entendía ni jota de antigüedades.

—Bueno, pues compró esta. —Se hinchó de orgullo—. Y la pagó a tocateja.

—Pero eso no tiene ningún sentido. ¿Qué iba a hacer Kellen con un espejo antiguo?

Los ojos de Frank volvieron a posarse en Jeannie, que, siguiendo su costumbre, había sacado la estación de ferrocarril de la base. La sostenía cerca de la cara y observaba el interior. Las reglas se aplicaban a aquellos menos perfectos que ella.

—Dijo que era un regalo.

—¿Un regalo? —Un instante de celos irracionales—. ¿Para quién?

—Para usted.

Julia miró hacia su hija, sin querer que oyera nada de esto. De hecho apoyó una mano en el brazo del viejo y lo condujo hacia el fondo de la oscura tienda.

—Esto no tiene gracia —dijo ella.

—No es ninguna broma, Julia. Me preguntó qué le gustaba y se lo dije.

—Pero...

Se calló, insegura de cómo proseguir. Sí, claro, ella y Kellen habían intercambiado regalitos y pequeñas invitaciones en más de una ocasión: un helado de cumpleaños, por ejemplo. Pero Julia no podía entender que se hubiera gastado mil ochocientos dólares en un espejo para ella. ¡Era una mujer casada! ¿Cómo se suponía que debía explicárselo a su marido? Ella nunca lo habría aceptado, y Kellen lo sabía. Además...

—Pero no me lo dio.

—Bueno, no —admitió Frank Carrington, frotándose sus fantasmagóricas manos como quien se las lava de toda responsabilidad—. Lo siento. Me dijo que me llamaría y me daría instrucciones para la entrega. Solo que no lo hizo.

—¿Quiere decir...?

—El espejo sigue aquí. ¿Le apetece verlo?

### III

Y así, Julia, con la esperanza de que todo resultara ser un sueño, tuvo la oportunidad de examinar el segundo espejo que le había dejado Kellen.

—Ahora bien, Julia, entiéndalo —dijo Frank, apartando la tela que lo envolvía—, no puedo dárselo. Me dio la impresión de que quería regalárselo, pero no lo sé con seguridad. El espejo seguiría siendo de su propiedad. Supongo que formará parte de la herencia.

—Lo comprendo —dijo Julia, recorriendo con el dedo el alto espejo oval, percibiendo los arañazos y grietas de manera automática.

Estaba en malas condiciones, pero algo en su interior la impelía a adorarlo precisamente por su edad. Ya desde la infancia Julia había albergado una teoría secreta acerca de qué diferenciaba a los espejos antiguos del resto de las antigüedades: si lo contemplabas durante suficiente tiempo, empezabas a distinguir las vagas siluetas de todas las mujeres que se habían sentado a arreglarse ante ellos. Allá en Hanover, y aún más en la casa que la abuela Vee tenía en Harlem, la joven Julia solía pasarse horas mirando el cristal argentado, a la espera de que la historia surgiera del fondo. A pesar de tantos años de observación, la suerte no la había acompañado, pero de vez en cuando imaginaba a Mona a su espalda, advirtiéndola con aquella voz aguda, autocompasiva y satisfecha, de que debía dejar de buscar con tanto empeño aquellas sombras que imaginaba al otro lado: «Si miras esas cosas durante demasiado tiempo —decía su madre, seguramente citando a la abuela Vee— te convertirás en una de ellas».

—Hermoso, ¿verdad? —murmuró Frank, como si estuviera a punto de vendérselo. Su voz se había vuelto más aguda, igual que siempre que se ponía



nervioso. Ella advirtió que las manos volvían a temblarle y se preguntó por qué. Tal vez tuviera la intención de quedarse con el espejo y revenderlo.

—Una preciosidad —mintió ella. En realidad estaba mal conservado. Rozó el espejo y notó que se movía. Habían pulido el cristal, pero su reflejo aparecía alargado sobre la superficie desigual, como si fuera una imagen de feria. Cuanto más lo examinaba, más le recordaba a algo, pero no se le ocurría de qué se trataba—. Uno de los adornos del mango está roto —dijo ella.

—Desportillado.

—Es un buen golpe. —Frank abrió los brazos, quizá para señalar que la rotura no era culpa suya. Julia estudió las junturas y los pivotes, rascando un pegote de pegamento—. ¿Y Kellen pagó el precio completo?

—Ajá.

—¿Después de que usted le dijera que yo lo había estado mirando?

—Ajá.

Julia negó con la cabeza, totalmente perpleja. No veía por qué Kellen iba a comprarle un espejo antiguo, feo y caro, que se hallaba en tales condiciones. Pero, contando con el Comyns que Seth le había entregado en Arkadelphia, eran ya dos espejos de Kellen en una semana. Incluso un hombre tan impulsivo como Kellen Zant tendría una razón para tan extraño par de regalos. ¿Era esto lo que había oído Boris Gibbs? ¿Que Kellen iba por el Landing comprándole regalos caros? ¿Por qué iba alguien a enfadarse por eso? ¿Podía tratarse del excedente del que le había hablado Mary Mallard, el que Kellen le había dicho que entregaría a Julia? Tocó de nuevo la parte rota del mango. Si conocía a Kellen —y así era—, sus intenciones no presagiaban nada bueno. Pero la relación entre la compra de aquel espejo y sus aviesas intenciones se le escapaba.

Se reconvino a sí misma: lo que Kellen se hubiera traído entre manos no era asunto suyo. Él había intentado una y otra vez acercarla hacia él mientras estuvo vivo. No permitiría que se saliera con la suya ahora que había muerto. Por primera vez desde la muerte de Kellen, la ira que Julia sentía hacia él empezó a sofocar el dolor.

—¿Y eso es todo cuanto dijo? ¿Que era un regalo para mí?

—Bueno, no del todo. —Frank se había adentrado tanto en la penumbra del local que su voz parecía flotar en el aire—. Dijo que le gustaría porque usted ama la historia.

Pero la historia la aburría. Debía de haberle dicho a Kellen un millar de veces que a ella le interesaba el futuro, no el pasado: un pecado que le había valido frecuentes reprimendas por parte de Mona. Estaba a punto de decirlo, tal vez sin necesidad, cuando de la parte delantera de la tienda llegó el inconfundible sonido de algo que se rompía.

Jeannie se había incorporado; los miraba con ojos de inocencia y las manos cruzadas a la espalda, a varios pasitos de distancia de la estación de porcelana hecha

añicos.

—No he sido yo —dijo la niña.

## Tensión superficial

### I

La prima segunda de Lemaster, Astrid, estuvo en la ciudad por Acción de Gracias, trayendo consigo a sus hijos, un par de adolescentes taciturnos, distantes y larguiruchos, y, como de costumbre, con ella la casa de Hunter's Meadow se llenó de una energía desquiciada, severa y cargada de humo. Astrid Venable era oscura, menuda y bella como el propio Lemaster, y tan altiva y brillante como él. Ambos habían emigrado siendo adolescentes y habían sido educados —junto con el hermano menor de Astrid, Harrison, ahora estrella de las finanzas— en Chicago por una estricta tía, que los envió a una escuela católica, intentando con ello matar dos pájaros de un tiro. Astrid, cual láser, enfocaba con fuerza cualquier cosa que le llamara la atención, sobre todo en su trabajo en Capitol Hill y en su vertiente social, ya que el club de la nación oscura era su segundo hogar y a veces el primero: había desempeñado funciones de vicepresidenta nacional de las Perlas Negras y en la actualidad era secretaria nacional de una de las hermandades negras más exclusivas: nunca se perdía una convención, ni la oportunidad de decirte por qué debías haber asistido. Astrid solo pensaba en sí misma. Se irritaba si Lemaster no respondía a sus correos electrónicos inmediatamente, y a menudo llamaba a Hunter's Heights a altas horas de la noche, sabiendo que Julia siempre estaba despierta, para decirle que se apresurara a poner la televisión porque en la cadena pública echaban un documental sobre algún oscuro escultor negro de quien Julia nunca había oído hablar y de quien nunca volvería a tener noticias. Si Julia decía que estaba ocupada, Astrid se ponía a la defensiva, se enfadaba.

En cuanto a los hijos de Astrid, cabe decir que eran tan arrogantes como desordenados: iban dejando ropa, botas, juegos electrónicos, botellas de Coca-Cola y migas de galletas por todo Hunter's Heights, de un modo que hacía pensar en un sentido de propiedad o al menos en la existencia de servicio, como si se hubieran criado entre sirvientes. Antes de mudarse a Washington, Astrid había sido socia de un bufete de abogados de Wall Street, y tenía ahorrado más dinero del que su primo, que se ganaba bien la vida, ganaría en cinco años. Lemaster había tomado la decisión de no discutir nunca de política, pero, aparte de sus clubes, Astrid no tenía otro tema de conversación, y detestaba cualquier palabra que saliera de boca ajena y que no fuera el eco de las suyas propias. Hubo varios maridos en el pasado de Astrid, no todos suyos, y quizá los habría también en el futuro. Lemaster consideraba a su prima una

bocazas irreflexiva y pesada, además de una madre que consentía a sus hijos en exceso. Le dijo a su mujer que apenas se reconocían rasgos de las Antillas en esos niños: él poseía la herencia del orgullo combativo del inmigrante, existiera esta o no.

Julia la temía en secreto.

Astrid y los suyos llegaron el miércoles, cargados de besos, abrazos y bolsas llenas de regalos de Navidad, y Julia preparó un guiso a base de tofu como complemento del pavo de Acción de Gracias, porque nadie de la familia de Astrid comía carne, ni roja ni blanca, o al menos no en presencia de su madre. Astrid dijo que los chicos habían traído deberes, aunque, por lo que Julia pudo ver, sus tareas consistían en jugar a videojuegos y en conectar los portátiles al router inalámbrico de la casa para enviar mensajes instantáneos a sus amigos.

La cena de Acción de Gracias resultó ser bulliciosa y decepcionante a la vez: bulliciosa debido a los constantes ladridos de Astrid, y porque la mesa estaba llena de comensales, entre ellos Wendy Tollefson, compañera de Julia de su época de maestra, además de varios amigos de la universidad que no tenían a nadie con quien cenar; decepcionante porque no asistió ningún hijo varón de los Carlyle. Aaron había recibido permiso para pasar el día de Acción de Gracias en Texas, con la familia de su adinerado compañero de cuarto; Preston, haciendo gala de su típica y misteriosa rudeza, se había limitado a anunciar, vía correo electrónico, que no pensaba acudir. A insistencia de Julia, Lemaster pidió a Suzanne de Broglie, una profesora de la facultad de teología, que bendijera los alimentos. Suzanne rezó a «Dios, nuestra Madre» mientras el presidente miraba de reojo a su mujer. Después del postre, y siguiendo la tradición familiar, todos los allí reunidos dieron gracias por algo. Jeannie dio gracias a Dios por unos padres maravillosos, unos hermanos maravillosos, una hermana maravillosa, y pidió por todos los que estaban vivos y también por aquellos que habían muerto. La oración de Vanessa resultó inaudible. Cuando le llegó el turno a Astrid, esta dio gracias por la derrota del último intento de destruir la escuela pública a través de la entrega de vales a los niños pobres, y añadió su ferviente esperanza de que Dios no tardaría en revelar a esos Correctos Religiosos como Incorrectos Irreligiosos.

El padre de Suzanne, profesor de teología como ella, había sido un estricto tradicionalista y era uno de los grandes héroes de Lemaster. Después de la cena resultó obvio que Lemaster se sentía tentado a preguntarle qué habría pensado Eduard de Broglie de la plegaria de bendición de su hija. Hace unos años probablemente lo habría hecho. Pero ahora era presidente de la universidad, así que se conformó con airear sus opiniones más tarde, cuando se quedó a solas con su mujer. El problema, le dijo a Julia cuando se disponían a acostarse, era que la gente quería a un Dios lo bastante pequeño como para guardarlo en el bolsillo del pantalón y recurrir a él solo cuando necesitaran obtener un beneficio secular. Dijo que nadie quería a un Dios que nos diga lo que debemos hacer: queremos a un Dios que dé las órdenes que nosotros le ordenemos, y que permita lo que nosotros permitimos. Queremos a un Dios que

sea más pequeño que nosotros, que nunca se rebele, que no se salga de la línea. No es de extrañar que ya nadie vaya a la iglesia. ¿Por qué adorar a un ser tan insignificante? Como el resto de su familia, Julia había oído ese discurso cientos de veces. Se mostró de acuerdo con él, porque eso era lo que quería Lemaster. Tumbada a su lado, intentó imaginar lo que sería tener un marido con sentido del humor.

El viernes por la noche Julia pretendía arrastrar a su prima política, como la llamaban los chicos, a la reunión mensual de las Perlas Negras, ya que Astrid, a pesar de que ahora vivía en Washington, seguía siendo miembro de la legendaria sección de Westchester County, ante la que todas las demás se inclinaban en profunda reverencia, tanto por servilismo como por pura envidia. La de Westchester acogía a una gran parte de las fortunas negras del gran Nueva York, y entre sus miembros se contaba la presidenta de una de las empresas aparecidas en la clasificación de la revista *Fortune*, que citaba a las quinientas más importantes; las esposas de dos presidentes que, según la misma clasificación, dirigían empresas comprendidas entre las cien más importantes del país; dos personalidades influyentes del mundo de la televisión; cuatro esposas de estrellas deportivas de Nueva York que ganaban millones, etcétera, etcétera, hasta llegar a aquellas que, como Astrid, disfrutaban simplemente de una posición (en palabras de la abuela Vee) decentemente desahogada.

Para sorpresa de Julia, Astrid se declaró demasiado cansada, de manera que se quedaron en casa a jugar con Vanessa al pinacle de tres jugadores, que en los grandes días de Harlem había sido el juego oficial del Clan. Comieron palomitas y vieron una película antigua, y básicamente esperaron a Lemaster, que había tenido que asistir a la cena de jubilación del abogado negro más antiguo de la ciudad. Julia albergaba la secreta intuición de que era el deseo de ver a su primo, y no un vicio tan mortal como el cansancio, lo que había convencido a Astrid de quedarse en casa.

—¿La prensa te está dando mucho la lata, querida? —le preguntó a Julia de repente, sobresaltándola hasta tal punto que jugó la carta equivocada.

—¿Quieres decir... por lo de Kellen? —Una risa nerviosa—. Con lo rápido que caducan las noticias ahora, eso ya es agua pasada.

—Me pregunto si es verdad.

—¿El qué?

—Si es agua pasada. —Se la veía preocupada, ansiosa por fumarse un cigarrillo, y Julia supo que no tardaría en disculparse para salir a dar un paseo por el patio. Astrid notó el escrutinio—. Solo espero a que la tortilla dé la vuelta. Así me gano la vida.

Julia, pensando en el espejo de la tienda de antigüedades, no dijo nada, pero Vanessa, que anotaba los puntos, dirigió una mirada de preocupación a tía Astrid, ya que advirtió en sus palabras un matiz que a su madre le había pasado desapercibido.

—¿El senador está preocupado por el asunto en que estaba trabajando Kellen? —preguntó la adolescente.

El senador era el jefe de Astrid.

—No, no, cariño, no seas tonta. No. ¿Por qué dices algo así?

Y se disculpó para salir a dar una vuelta sin esperar a que Vanessa le contestara. También Julia se preguntó a qué venía esa pregunta, pero antes de que pudiera averiguarlo, Vanessa salió disparada hacia el teléfono móvil porque el Tal Casey la estaba llamando. Más tarde, Julia estuvo charlando con su prima política en la habitación para invitados situada en la planta baja, decorada con carteles de Broadway que mostraban fotos de artistas negros, y Astrid dijo lo que decía siempre: que no comprendía por qué Julia no escuchaba la música auténtica de la comunidad, refiriéndose a las letras groseramente misóginas que constituían la pasión secreta de Lemaster. Vanessa irrumpió en el cuarto, deseosa de mostrar a la tía Astrid la fotografía que Seth Zant les había dado en Arkadelphia. Julia se moría de vergüenza. Creía que la tenía bien escondida, pero intentar ocultarle algo a Vanessa era una tarea inútil: algo que habían aprendido cuando la niña, que hacía poco que andaba, descubrió el montón de regalos navideños que Lemaster había enterrado en el fondo del armario cerrado de su estudio.

—Tuvieron una historia muy fuerte —dijo Vanessa con aire triunfal.

Astrid abrió mucho los ojos.

—Ah, ¿sí?

Julia vio su futuro: el jugoso rumor extendiéndose por la cadena de cotilleo, de una sección de Perlas Negras a otra. Astrid le sonrió.

—Lemaster nunca me lo ha comentado.

—Bueno... Se le da bien guardar secretos —dijo Julia, sintiéndose embargada por la peculiar necesidad de disculparse.

—Eso parece —dijo Astrid con tono desdeñoso, como si guardar secretos fuera un vicio más.

## II

A pesar de la estación, no se trataba de una visita de índole social. Era un viaje de negocios, y el único negocio de Astrid en estos días era la política. Trabajaba de jefa de personal a las órdenes del senador Malcolm Whisted, otro viejo amigo de Lemaster.

La amistad se remontaba a la época universitaria, cuando, en los dos últimos años de carrera, formaron parte del cuarteto que compartía la suite Hilliman, reservada desde hacía décadas para el primogénito del clan Hilliman que asistiera a la universidad y para tres de sus amigos. La suite ocupaba la mayor parte de la planta superior de Hilliman Hall, unos aposentos que no deben confundirse con la torre de ciencias sociales y media docena de otros edificios del campus, ya que la familia

Hilliman estaba considerada como una de las mayores benefactoras de la universidad. El resto de la planta consistía en dos cuartos más pequeños, muy codiciados en esos días por su proximidad a la Suite Hilliman, aunque en el pasado habían sido simplemente las habitaciones del servicio.

Jock Hilliman, que llegaría a hacerse aún más rico como tiburón financiero corporativo, disfrutaba de la suite en la época de Lemaster, y escandalizó a su familia invitando a un negro a instalarse en ella: era la primera vez, murmuraron los parientes, que un negro que no formara parte del servicio cruzaba el umbral de la Suite Hilliman. Añadió al grupo otros dos colegas, conocidos entonces como Scrunchy y Mal, que con el tiempo llegaron a ser, respectivamente, el presidente de Estados Unidos y el senador ya maduro que planeaba disputar las primarias del partido demócrata que empezaban dentro de tres meses con los comicios de Iowa, y, si las cosas salían bien, enfrentarse a Scrunchy por la presidencia al otoño siguiente. La prensa ya estaba fascinada por la posibilidad de que dos ex compañeros de habitación universitaria se enfrentaran en unas elecciones. Pero la relación era menos íntima de lo que parecía. Jock, Scrunchy y Mal habían perdido prácticamente todo contacto con el paso de los años, pero Lemaster, con esa fiel y extraña noción de la amistad que le caracterizaba, se había mantenido cerca de los tres. Cuando Jock murió, tres años atrás —en brazos de su joven amante, aunque las esquelas dijeron que se trató de un infarto mientras visitaba a un amigo—, Lemaster había pronunciado un sermón fúnebre tan emotivo que incluso Scrunchy y Mal, políticos de piel curtida, habían conseguido derramar unas cuantas lágrimas ante las cámaras.

Fue Lemaster quien ayudó a Astrid a conseguir su empleo.

### III

Astrid se pasó la mayor parte de la tarde del sábado encerrada en el estudio con su primo, y sus voces fueron perfectamente audibles para cualquiera que, como Julia, cruzara el sendero, se parara en la antesala y acercara el oído a la pesada puerta. Julia no pudo distinguir las palabras, pero la noche anterior, a partir de los datos aportados por miradas y posturas, había deducido que por una vez Astrid era la que pedía y Lemaster quien tenía todos los triunfos. Julia no pudo quedarse mucho rato, y no solo porque podían pillarla: tenía que recoger a los niños en las multisalas donde, en diversas combinaciones, sus hijas y los de Astrid estaban viendo películas. Mientras conducía el Escalade, ya reparado del todo, intentó imaginar cuál debía de ser el tema de la discusión.

En el interior del complejo se encontró a Jeannie tranquilamente sentada en un banco con Odessa, la hija de trece años de Astrid: habían visto la última película de Disney, y, caminando de un lado a otro con una lata de bebida en la mano y el

teléfono en la otra, estaba el hermano de Odessa, Cedric, de quince años e inusualmente alto para ser un Carlyle, quien, habiendo obtenido el permiso distraído de su madre, se había metido a ver una película clasificada para adultos que trataba de vampiros y de la conquista del mundo, cuya trama consistía en una sucesión de escenas sangrientas. Todos esperaban a Vanessa, que había quedado con el Tal Casey para ver una comedia romántica, y Julia se obligó a no pensar en qué estarían haciendo en la oscuridad de la sala. La suya era la película más corta, pero Casey había llegado tarde, como siempre, y la pareja había tenido que entrar a la siguiente sesión.

Sin pararse a pensar en nadie más.

La regocijada Jeannie se lo había pasado de fábula viendo la peli de Disney, la sofisticada Odessa fingía que ya era demasiado mayor para eso, y el alto Cedric estaba demasiado ocupado con el teléfono para molestarse en saludar a tía Julia. Esta miró el horario y descubrió que la comedia romántica todavía duraría una hora y diez minutos más, así que propuso que fueran a un restaurante chino que había frente a los cines y luego volvieran a buscar a Vanessa. Mientras todos mostraban bulliciosamente su acuerdo, Julia vio al Tal Casey en el vestíbulo, muy cariñoso con la clase de chica a la que Vanessa solía llamar «rubia trivial», quien a pesar del rigor del invierno mostraba la suficiente cantidad de carne por la que, cuando Julia era joven, se hubiera arriesgado a ser arrestada. Furiosa en nombre de Vanessa, olvidando por un momento todas las reglas paternas de la no intervención, Julia cruzó el vestíbulo, dio una palmada en el hombro del aspirante a poeta y casi se quedó sin respiración, como de costumbre, ante la prístina inocencia que traslucían los húmedos y sensibles ojos verdes de Casey Wyatt.

—¡Señora Carlyle! Eh, ¿cómo lo lleva? Tuvo que ser terrible, ¿verdad? Vanessa dice que fue terrible. —Dio un codazo a la rubia trivial mientras proseguía con su búsqueda de información confidencial—. Ella es la madre de Vanessa. Encontró el cadáver de ese tipo negro.

La rubia murmuró algo que podía pasar por un saludo.

—Dígame, ¿se encuentra bien? —dijo Casey, aunque en su voz había menos compasión que deseo de presumir de su propio estatus en la que era, sin duda, la familia de moda en el Landing en esos días. Los rizos castaños le caían sobre la frente confiriéndole un aire infantil. Su cabello le daba un aspecto byroniano, y era esa faceta poética la que atraía a Vanessa; eso, además del hecho de que él era el único admirador que tenía en el instituto regional, donde debía de haber unos veinte alumnos negros entre un total de mil cuatrocientos—. Vanessa dice que tenía un aspecto horrible, con un tiro en la cabeza y todo eso.

—¿Y dónde está ahora Vanessa, Casey? ¿Qué estás haciendo aquí —mirando de reojo a la rubia— si la película aún no ha terminado?

—No es culpa mía, señora Carlyle. Vanessa cambió de opinión. No quiso entrar. Tenía algo que hacer. De manera que me encontré con Melanie, del colegio, y me



imaginé...

—¿Qué tenía que hacer?

—¿Qué?

—¿Qué tenía que hacer Vanessa, Casey? ¿Dónde está mi hija?

Casey señaló hacia el aparcamiento sin mucha convicción. Jeannine se había acercado y, como siempre que preveía la posibilidad de que Vanessa se metiera en un lío, abrió mucho aquellos ojos enormes y brillantes. Cogió a su madre de la mano. Odessa estaba ahora enfrascada en una conversación telefónica, demasiado absorta, como su hermano, para prestar la menor atención al mundo que la rodeaba.

—Dijo que tenía que ocuparse de algo. —El chico empezó a mostrarse preocupado—. Se puso muy rara. Intenté detenerla, señora Carlyle. Se lo prometo.

—¿Ocuparse de qué? ¿Adónde iba?

Casey lanzó una mirada hacia la rubia trivial, que había dado un paso atrás y se mordisqueaba con fruición una uña.

—Siempre hace lo mismo. Siempre que estamos juntos. —Su voz era ahora un susurro y tenía la vista clavada en el suelo; aun en contra de su voluntad, Julia percibió el dolor del muchacho: tal vez realmente quisiera a Vanessa—. Vamos a cenar, vamos al cine, vamos a donde sea, todo va bien, y entonces, de repente, se pone en pie de un salto y sale disparada. Y siempre es por lo mismo. —Alzó su mirada torturada, y, por un instante, compartieron el sentimiento de culpabilidad de quien es incapaz de controlar, o ni tan siquiera entender, a la persona amada—. Siempre es porque Gina la necesita.

## IV

En la gama de emociones de Julia el pánico nunca había tenido cabida. Las mujeres de la familia Veazie eran previsoras y resolutivas, organizadas y enérgicas, e incluso imprudentes en temas menores, ya que preferían arriesgarse al error que ceder a la inactividad. Mona decía a menudo que solo gracias a la decisión y perseverancia de las mujeres la nación negra había sobrevivido a las debilidades de sus hombres. Cuando Julia descubrió que estaba embarazada, solo unas semanas después de irse a vivir con Lemaster, no vaciló ni lloró, sino que se fue directamente a darle la noticia a su novio, dando por sentado que el futuro de la relación dependía de la primera reacción de Lemaster. Si le hubiera planteado un aborto, ella le habría abofeteado; si le hubiera dicho que el problema era de ella y que se apañara como pudiera, antes de salir por la puerta le habría arañado los ojos con la esperanza de dejarlo al menos ciego de uno de ellos; cuando, en su lugar, él le propuso que se casaran, Julia le rechazó basándose en la idea arbitraria de que no quería forzar una decisión apresurada. Lemaster le aseguró que la decisión no era prematura. Llevaba tiempo

dándole vueltas a la idea de pedírselo, pero la timidez se lo había impedido. Julia estuvo a punto de abofetearlo también entonces, ya que Lemaster no conocía la timidez ni de oídas. Con las manos en las caderas, ella le había invitado, ceñuda, a que lo demostrara. Él sonrió y dijo: «Si es niña, incluso estoy dispuesto a llamarla Amaretta». Pero el bebé fue niño, y lo llamaron Preston en honor al marido de la abuela Vee, el único abuelo que Julia había conocido.

Ahora, sin dejar de plantear y pensar en todas las posibilidades, no llamó ni a la policía ni a su marido. En su lugar, marcó el número del móvil de Vanessa.

Buzón de voz.

Piensa. Planea. Actúa.

Gina. Fuera lo que fuese lo que Vanessa anduviera buscando, lo hacía por Gina.

Ordenó subir a los chicos al Escalade, obligó a los reticentes primos a colgar sus respectivos teléfonos, y se dispuso a recorrer la carretera 48, sin dejar de mirar hacia los centros comerciales medio vacíos, los polígonos industriales desiertos y los innumerables concesionarios de vehículos que en esos días parecían rodear todos los complejos de multicines. Unos minutos después, todos se habían apuntado a la diversión, pero justo cuando Cedric empezaba a especular sobre las desgracias que podían haberle sucedido a Vanessa, la chica devolvió la llamada.

—Estoy en la Sociedad Histórica. Habría llamado antes, pero no se puede usar el teléfono en la sala de lectura.

—¿Dónde has dicho que estás?

—Haciendo unas investigaciones. He tenido una idea.

Olvida la idea.

—¿Cómo diablos has llegado ahí? ¡Está a siete, casi ocho kilómetros de aquí!

—Llamé a un taxi.

—Vanessa...

—Ya lo sé, mamá, ya lo sé. Debería haberte pedido permiso. —Su tono de voz era el de un paciente irritable, el de un adulto que sufre dolor crónico—. Pero me habrías dicho que no.

—¡Exactamente!

—Bueno, por eso no te lo pregunté. No quería que me dijeras que no. Puedes castigarme si quieres, mamá. —Con esa muestra de condescendencia parecía demostrar que los padres castigan a sus hijos por el bien de los propios padres, lo que, muy a menudo, responde bastante a la verdad—. He encontrado lo que venía a buscar.

—¿Y de qué se trataba?

—Luego te lo cuento. Están a punto de cerrar. ¿Vienes a buscarme o qué?

De manera que Julia reordenó la secuencia. Recogió primero a Vanessa, dejando lo que había pensado hacer para otra ocasión. Tenía previsto llevar a Vanessa al centro comercial, a comprar un vestido para el Gran Cotillón Naranja y Blanco que se celebraba justo después de Navidad, el gran evento social del año para la sección de

Nueva Inglaterra del Clan, pero Vanessa no quería ir. Tal vez esa fuera la verdadera razón de su escapada: evitar ir a comprarse un vestido con su madre.

## V

De nuevo en casa. Vanessa tenía deberes, Jeannie se entretenía escribiendo un poema sobre un gato que se fue a la luna, y los hijos de Astrid se esfumaron en dirección al sótano para dedicarse a quién sabe qué. La propia Astrid echaba humo en la sala de invitados de la planta baja. Lemaster había salido: tenía una cena en el campus, y después debía pasarse por una pequeña fiesta que el alcalde de Elm Harbor daba en honor de unos pocos amigos. En realidad Lemaster no soportaba al alcalde, un hombre perfectamente corrupto llamado Shea, pero las obligaciones de su trabajo eran ineludibles. Más tarde, Julia se llevó a Vanessa al supermercado y aprovechó el trayecto para endosarle el consabido y largo sermón. La adolescente la escuchó sumida en un silencio terco, mientras miraba por la ventana, y, cuando Julia ya estaba agotada, pronunció su respuesta habitual: «Tú no lo entiendes».

No fue hasta aquella noche, mientras estaban en la cama mirando un partido de baloncesto de la Costa Oeste, con Lemaster aún enojado por la discusión con Astrid, cuando ambos tuvieron la oportunidad de pasar un rato juntos.

—¿Sabes cuál es el mayor problema de Astrid? —preguntó Lemaster a su esposa, que dormitaba sobre su fuerte hombro.

—Mmm...

—Es una de esas personas que creen que no hay nada más importante que unas elecciones.

—Tal vez en esta ocasión lleve razón.

—No. No la lleva. —Le dio un beso distraídamente en la frente, sin admitir la menor posibilidad de error; aunque mucho más encantador que Astrid, Lemaster no era menos arrogante. Citó su frase favorita—: Ganar no es una virtud.

Julia esperó, pero enseguida se dio cuenta de que el tema que su marido acababa de abrir ya estaba cerrado. Se ofendió un poco, como le pasaba siempre que se sentía excluida. Luego, tras un par de pausas comerciales y un infructuoso esfuerzo para incitarlo al sexo, acabó contándole la aventura de Vanessa, minimizando la falta de respeto de la adolescente y falseando el papel del Tal Casey para proporcionar a su marido un cabeza de turco. Lemaster la escuchó; luego se dedicó a ir cambiando de canal, hasta dar con *Book TV*, donde un famoso novelista explicaba por qué un hombre nunca debería escribir usando una voz femenina. Julia lo conocía lo suficiente como para no interrumpirlo mientras pensaba. Lemaster habría sido la clase de general que no daría la orden de atacar hasta estar seguro de arrasar al enemigo sin remisión.

—Brady es un imbécil —dijo por fin—. Un completo idiota. ¿Cómo iba yo a saberlo? Es el jefe del servicio de psiquiatría juvenil de la facultad de medicina. —Lemaster respondía a una objeción que ella no recordaba haber planteado—. La gente le alaba a todas horas. Y... ¿qué hace? Se sienta y nos dice que respetemos la voz de Vanessa, que le permitamos... ¿cómo lo llama?

—Ejercitar su capacidad de acción. —Julia se estremeció en la cálida habitación (a Lemaster, agresivamente tropical, sobre todo en Nueva Inglaterra, le encantaba subir la calefacción al máximo sin preguntarlo antes) al recordar los tremendos meses que siguieron a la detención de Vanessa. Abogados, psiquiatras, asistentes sociales, jueces, más psiquiatras, entrevistas, informes y tribunales, sin tregua, que aturdieron a Julia hasta tal punto que al final no sabía cuál de las dos, la madre o la hija, había descendido al abismo. Y hubo momentos, ¡aunque ella nunca lo admitiría!, en que se sintió aliviada de tener tres hijos más, básicamente normales, a pesar de que en la actualidad la prioridad de las necesidades de Vanessa implicaba privar al resto del tiempo materno. Lemaster se concentró en la televisión, ajeno a todas luces al creciente malestar que afectaba a su esposa. Esta prosiguió—: Dice que necesita disponer de espacio para ser un agente independiente.

—Exacto. Nuestra hija intenta matarse y a Brady solo se le ocurre que necesita más espacio. Menudo gilipollas. —Aunque él nunca alzaba la voz, Julia percibió el autorreproche. Cometía pocos errores, su Lemmie, y se odiaba a sí mismo por ellos—. Deberían quitarle la licencia —masculló Lemaster, y ella se preguntó si, dado que su marido conocía a todo el mundo, estaría acariciando seriamente la posibilidad de llevarlo a cabo.

—Y bien: ¿qué quieres hacer? ¿Buscar a alguien nuevo?

—No lo sé. Tal vez. —Molesto por su propia indecisión, volvió a cambiar de canal, pasando de las noticias en busca de una verdad mejor—. Apuesto a que a Vanessa ya le gusta. Si nos dice que le demos manga ancha... Hoy ha hecho lo que le ha dado la gana, ¿no?

Julia admiraba a su marido, pero en ocasiones se sentía tentada a darle un sopapo. ¿De verdad comprendía tan poco la mayor crisis que había vivido su familia?

—Oh, Lemmie, ella no lo soporta. Quiere que la trate una mujer.

Pero a los hombres de Barbados no se les da bien rectificar, incluso en las ocasiones en que, para salirse con la suya, se ven obligados a disentir consigo mismos.

—Tal vez sea la prueba de que está haciendo un buen trabajo: el hecho de que no le caiga bien. Hay demasiadas cosas en este mundo gobernadas por lo que le gusta a la gente. Por cómo se siente. —Como de costumbre, su marido hablaba como si estuviera pronunciando un discurso en una estancia llena de gente—. No quiero que a Vanessa le caiga bien su terapeuta. Por mí puede odiarlo a muerte siempre que la ayude. Y eso es lo que no sé, Jules. Lo que no sabemos. Si la está ayudando o no. —Emitió un sonido que podía ser un gruñido enojado—. Y ya estamos otra vez con

Gina. Siempre Gina. Cada vez que se escapa, es por la misma razón. Gina quería que lo hiciera. Solo Dios sabe qué debe de contarles a sus amigos. —Se refería a qué debían de referir esos amigos a sus respectivos padres—. O qué escribe en su blog.

—Nunca escribe sobre Gina en el blog.

—Cierto. Porque Gina no quiere que lo haga. —Lemaster suspiró, y entonces, aliviada, Julia notó que el cuerpo de su marido se relajaba entre sus brazos—. Supongo que nadie puede ser idiota en todo. Brady dijo que no debíamos permitir que el tema de Gina siguiera adelante. Antes no estaba seguro, pero ahora creo que tenía razón. —Esto pilló a Julia por sorpresa. Él había obviado por completo las preguntas más jugosas referentes a la breve desaparición de Vanessa y a la complicidad del Tal Casey, yendo a parar de cabeza a donde ella no quería—. Ya está. No puede pasar más tiempo preocupándose de lo que le pasó a Gina. Simplemente no es posible. Brady puede seguir trabajando para llegar hasta la fuente de su obsesión, pero mientras tanto quiere que impidamos que Vanessa siga manifestándola. Se ha mostrado muy claro a ese respecto. Así que dejémosle claro a Vanessa que estamos de acuerdo con él. —No dio a su mujer la oportunidad de expresar una opinión—. ¿Sabes una cosa? Vanessa ha mejorado. Ha mejorado mucho. O al menos así era hasta... bueno, hasta estos últimos acontecimientos.

¿Se refería al asesinato de Kellen? ¿A la visita de Astrid? ¿O querría decir, podía querer decir, que culpaba a Julia por meter ideas de Gina en la cabeza de su hija?

—Sigue mejorando —dijo Julia.

—Ya veremos.

—¿Qué veremos? —preguntó ella, aferrándose a una última tabla de salvación, mientras se preguntaba, ¡Dios, cómo odiaba esos momentos!, si su marido aún la quería, o si en realidad veía su matrimonio, como le sucedía con la mayoría de los aspectos de su vida, a través de la opresiva lente del deber.

—Veremos —prosiguió él despacio— si puede volver a librarse de esa obsesión.

—Lo dices como si ella pudiera elegir.

—Creo que puede. A menos que los acontecimientos la tienten a seguir un camino erróneo.

Julia se dijo que era solo una tensión superficial, ya que en su interior aún existía la bióloga que daba clases a estudiantes de enseñanza media y que se pasaba la vida buscando analogías que sirvieran de ejemplo. Su ira oculta era como el aire de una burbuja: presionaba, presionaba contra esa fina capa de piel del autocontrol capaz de contener los gases, hasta que llegara el momento de la explosión. Entonces todo saldría de golpe. Acorralada y dispuesta al ataque, Julia se recostó, rígida, sobre el menudo cuerpo de Lemaster.

—Oh, bueno —dijo él, percatándose de que había ido demasiado lejos—. No importa. Ya está. Vanessa está bien. Eso es lo importante. Bueno, sí, se salió un poco de madre. Supongo que eso es lo que hacen los purasangres, ¿no? —Parecía estar alejándose a propósito de sus peores instintos—. Tal vez Brady no haya sido un

completo desastre al fin y al cabo. Y en cuanto al Tal Casey... bueno, tampoco hay que cargarle el muerto. Es como es. Un chaval caucásico consentido.

—Al menos ahora Vanessa tiene más amigos —se aventuró a decir Julia, inútilmente, ahora que Lemaster se había lanzado a la tarea de juzgar a todo el mundo.

—Sí. —Frío como el acero—. Sin duda.

Volvió a cambiar de canal: una película de aventuras y acción en la que solo el héroe sabe la verdad y se ve obligado, sin demasiados problemas de conciencia, a terminar con cualquiera que se interponga en su camino. Le vieron recargar el arma y seguir disparando. Julia, siempre empirista, se preguntaba cómo conseguía arreglárselas con el peso de la munición.

—¿Lemmie?

—¿Sí?

—Esta noche, mientras te esperábamos... —Vaciló, ya que no quería volver a sacar el nombre de su hija ahora que ya se había calmado la tormenta—. Me preguntaba si lo que quiere Astrid...

—Astrid quiere basura. —Su voz seguía siendo gélida—. El presidente y yo fuimos compañeros de habitación, hemos sido amigos desde entonces, y ella supone que yo conozco todos sus trapos sucios. Le dije que Mal también compartió cuarto con él, todos compartíamos la Suite Hilliman, así que ¿por qué no le pregunta a él? Dice que el senador es un hombre demasiado honorable, etcétera, etcétera, pero lo que yo creo es que Mal no sabe nada. —Hizo una pausa—. Y, claro, Jock está muerto, y Astrid, siendo como es, presupone que eso prueba que hay algo turbio. Jock murió de un infarto en la cama de su amante, así que Astrid dice que la amante estaba metida en el ajo.

Pasó un momento antes de que Julia se diera cuenta de que ya había terminado.

—¿Hay algo turbio que encontrar?

—No puedo hablar de eso, Jules.

—Ya lo sé. Ya lo sé. Solo quería decir que... bueno, aunque no puedas decirme de qué se trata, solo me preguntaba si tiene algo que ver con Kellen.

Otro tiempo muerto, mientras su marido consultaba al pequeño y extraño árbitro que tenía en la cabeza.

—La misma Astrid de siempre. Hace lo que quiere y la culpa se la lleva el diablo. —Lemaster bostezó—. Cuando se lanza a una de sus cruzadas no atiende a razones. Bueno, no te preocupes. Hablaré con Mal. Tendrá que darle un toque.

¿No te preocupes?

—¿Lo hará? ¿Solo porque tú se lo pides?

—Por supuesto.

Otro problema resuelto: por arte de magia, como era habitual en él. Le dio un beso fugaz, apagó la televisión, se dio media vuelta y cerró los ojos. No había llegado a contestarle la pregunta sobre Kellen.

## Un paseo por la playa

### I

Por la mañana Lemaster se llevó a Vanessa y a Jeannie a la misa de once que se celebraba en una iglesia, bautizada con el contundente nombre de San Matías, que años atrás se había escindido de la iglesia episcopal en un alarde de virtud teológica tradicional. Los hijos de Astrid se quedaron durmiendo. Julia y Astrid fueron a almorzar al Landing Club, el paraíso privado y carísimo de las familias bien de la ciudad al que los Carlyle habían sido invitados cuando Lemmie empezó a trabajar en la Casa Blanca. Kellen había bromeado diciendo que la ciudad estaba convencida de que la familia seguiría a Lemaster a Washington, de modo que nunca llegarían a ejercer su derecho de asistencia al club. Quizá tuviera razón.

—Tienes que hacerle ver a Lemaster —dijo Astrid— que su visión del mundo es demasiado estrecha. No se puede vivir detrás de la barrera. No se puede evitar la responsabilidad de tomar partido. Los temas a los que nos enfrentamos son demasiado importantes. La gente de su calibre, y del tuyo, no deberíais permanecer al margen.

—¿Permanecer al margen de qué?

Astrid jugueteó con los cereales y la leche de soja. Unas rodajitas de melón completaban su comida. Julia apenas se atrevía a tocar las salchichas y los huevos fritos por miedo a que Astrid pudiera ver cómo iba ganando kilos.

—El presidente de Estados Unidos fue en una época el mejor amigo de tu marido. En la universidad se metió en toda clase de líos. Hubo un momento en que tal vez se dijo que el expediente universitario de un servidor público no era de interés para los votantes. Esos días ya han pasado, Julia. Nos jugamos demasiado. —Era su mantra, y, en cierto sentido, su ideología—. Scrunchy... por cierto, menudo apodo. Me gustaría saber cómo se lo ganó. Scrunchy explicó a algunos amigos de después de la universidad que había hecho cosas terribles en esos años. Bueno, tal vez se refería a que se emborrachaba demasiado y a que de vez en cuando se despertaba en la cama de alguna desconocida. Pero tal vez se refería a algo más. Nos gustaría descubrirlo. —Ese «nos», en argot de Astrid, se refería a las fuerzas de la virtud y la verdad. Pero confirmaba el relato de Lemaster—. Si Scrunchy confió en alguien, tuvo que ser en Lemaster. Nos gustaría saber qué le contó. El hecho de que tu marido se empeñe tanto en mantener la boca cerrada viene a confirmar que hay secretos que merecen salir a la luz.

—O merecen ser guardados —murmuró Julia pensando de nuevo en Kellen, pero Astrid fingió no oírla. Astrid quería los secretos de Lemmie. Mary Mallard quería los de Julia. De repente todos parecían creer que los Carlyle poseían información privilegiada. Apartó de su mente las imágenes de los dos espejos de Kellen: ni siquiera muerto conseguiría absorberla hacia su mundo.

El camarero preguntó si deseaban algo más.

—Han sido unos años terribles para nuestro país, Julia, unos años terribles. La Edad Oscura ha vuelto, si me perdonas la metáfora. Lemaster habla de honor, de lealtad y de mantener la palabra dada. Pero no se puede ganar la batalla contra el mal con una mano atada a la espalda.

—Creo que el presidente estaría de acuerdo contigo.

Astrid hizo un mohín remilgado y la miró de hito en hito, tal y como hacen los auténticos creyentes cuando alguien se burla de su fe.

—No es un tema para tomarse a broma.

—Lo siento.

—Estoy muy preocupada por ti, Julia. Antes te interesaba mucho más la política.

—Creo que me confundes con mi madre.

Un par de conocidas de Julia se acercaron a saludar. Esta hizo las presentaciones pertinentes, pero quedó claro que ninguna tenía la menor intención de recordar los nombres de las demás. Intercambiaron unos cuantos besos, tintinearón las pulseras y las mujeres se despidieron. Astrid las siguió con la mirada.

—Temen que me instale aquí.

—¿Por qué iba a molestarles?

—Si muchos de nosotros nos mudamos aquí, ellas tendrán que irse.

Julia enrojeció; para su sorpresa, se lanzó a defender el Landing.

—Aquí la gente no es así.

—Los blancos son iguales en todas partes.

Astrid quiso pagar el almuerzo, con toda probabilidad para alardear de su tarjeta American Express Platinum, pero Julia le explicó que todas las facturas se descontaban directamente de la cuenta del socio. Entonces Astrid intentó pagar su parte en efectivo, a lo que Julia se negó con amabilidad: no quería deberle nada a Astrid, al igual que esta tampoco quería estar en deuda con ella.

Se quedaron paradas en el escalón superior, lo que obligaba a los miembros de la nación pálida que llegaban allí a tener que disculparse para poder pasar, un juego que a Lemaster, en sus momentos de perversión, también le complacía. A su derecha estaba el mejor campo de golf del condado, ahora convertido en una sucesión de suaves pendientes blancas. El vuelo de Astrid, una avioneta que despegaba del aeropuerto de Elm Harbor, salía a las cuatro.

—En las Perlas Negras tenemos el mismo problema —dijo Astrid, como si retomara una conversación anterior. Y de eso se trataba—. En la convención de Dallas, a la que por cierto no asististe, ¿verdad?, varias de nosotras propusimos una



resolución crítica a esta administración y sus logros. Sin tomar partido en las elecciones, ya que eso sería ilegal en una organización benéfica, pero rozando la raya tanto como sea posible. Decir la verdad sobre lo que ha estado pasando en este país, y dejar que las Hermanas decidan a quién va su voto. ¿Sabes qué pasó? Ni siquiera se sometió a votación. Dejaron que la propuesta agonizara en un subcomité. Laurel Saint Jacques pronunció un discurso donde enfatizaba que, por tradición, la organización se mantenía al margen de la vida política. Como si la tradición fuera un argumento. Las mujeres más entradas en años, aquellas que llevan en ella desde siempre, asintieron, aplaudieron y jalearon a la ponente. Todas excepto Aurelia Treene, la escritora. Conoces a Aurie, ¿verdad? ¿No? Bueno, Aurie es una joya. Debe de tener setenta y nueve... unos ochenta años. Y lleva al menos cincuenta en las Perlas Negras. Vivió en Harlem en los viejos tiempos. Ha estado en alguno de estos clubes desde su fundación.

Julia intentó decir que sabía quién era Aurie Treene, que en su casa tenía ejemplares dedicados de sus libros, que la había conocido en persona a través de la abuela Vee cuando aún era una niña. Pero Astrid escuchaba solo lo que salía de su propia boca.

—Aurie conocía a tu abuela. Decía que esto ha sido desde hace tiempo la maldición de nuestros elegidos y, por tanto, la maldición de nuestros clubes. Las fraternidades, las hermandades, los clubes sociales, todos en conjunto. Nuestra mejor gente alcanza un cierto nivel de éxito y a partir de ese momento decide que la política ya no les interesa. Una de las razones que explican su extrema devoción a los clubes, según Aurelia, es porque les permiten expresar solidaridad con la comunidad sin tener que mojarse de verdad. Pueden felicitarse mutuamente por sus logros y dejar la lucha por la justicia para aquellos que se han quedado atrás. —Durante el monólogo habían bajado las escaleras. Cruzaban la calle, porque el club era en su totalidad un espacio para no fumadores, incluso en el exterior, a excepción del campo de golf. Los canalillos estaban llenos de colillas—. Y Aurie decía algo más, Julia. Nos dijo que el peor de todos, el club que antaño solía contar entre sus miembros con los hombres de más éxito, pero al mismo tiempo más reticentes a emprender el menor acto que pusiera en peligro su estatus, era el de los Empíreos. El club de Lemaster —añadió innecesariamente, con una carcajada que sonó como un ladrido airado—. Tal vez los Empíreos hayan perdido su importancia, pero creo que se mantienen fieles a una de sus tradiciones, ¿eh? La de no involucrarse.

—No son más que clubes, Astrid.

—Nada es tan simple —le espetó, como una profesora de teología explicando a Heidegger.

—Lo que quiero decir es que nadie espera que los boy scouts se metan en política. Ni el club de ajedrez. Ni la... asociación de submarinistas. La gente necesita espacio para relajarse.

—Pues nadie debería relajarse. Es un lujo en unos tiempos como estos.

Julia se obligó a callar. Discutir con Astrid era como discutir con Lemmie: ambos almacenaban argumentos a espuestas.

—Eres una buena mujer —le aseguró Astrid mientras caminaban hacia la playa. Una capa de nieve recién caída brillaba al sol del mediodía. Una bandada de gaviotas se habían instalado aquí a pasar el invierno y se alimentaba en el paseo—. Lemaster podría aprender mucho de ti.

—Yo he aprendido mucho de él.

—Eres su esposa, Julia. Eres la persona que está más cerca de él. Tienes que hacer que recobre el sentido común. —Se produjo una pausa, mientras una idea terrible hacía mella en ella—. ¿O quiere que ese hombre sea reelegido? Su trabajo en la Casa Blanca... fue simplemente un servicio a su país de adopción, ¿no? No un servicio al presidente. —Parecía haber ensayado a fondo este argumento, probablemente con amigos de Washington cuya opinión había tenido que evitar—. No creo que Lemaster apoye al presidente...

Julia optó por no entrar al trapo.

—Es tu primo, Astrid. Pregúntaselo.

—Él se proclama neutral. —Una especie de silbido—. Como si la neutralidad fuera una opción posible. —Se acarició la cara con un gesto de agotamiento. No estaba acostumbrada a la oposición—. Bien, pues si no lo apoya, podría demostrarlo. Podría colaborar.

—Quizá no le guste el juego sucio —dijo Julia, subiéndose con firmeza la cremallera de la parka para protegerse del aire helado.

—No es juego sucio. Se trata de hacer lo que hay que hacer.

—Astrid...

—También podríamos dejarle al margen. —Astrid tomó a Julia del brazo y acercó la boca a su oreja. Habían llegado al motivo del paseo—. Me refiero a que esos secretos podrían ver la luz sin necesidad de que Lemaster los desenterrara. Ni siquiera tendría que enterarse de que salían a la luz. —Emitió un chasquido de fumador ronco con la boca mientras con la otra mano movía el cigarrillo—. Y desde luego nunca sabría cómo salieron.

—No conozco los secretos del presidente, Astrid —afirmó Julia con rotundidad.

—Tenemos que derrotar a ese hombre. Por el bien del país.

Y si gana el senador Whisted, es probable que llegues a ser jefa de personal de la Casa Blanca, ¿no? En voz alta, dijo:

—Incluso en ese caso, ignoro esos secretos. Ni siquiera sabía que los hubiera hasta ayer.

—Bueno, pues los hay. Estamos seguros de ello. —Nosotros: el bando de los buenos—. Scrunchy se lo contaba todo a Lemaster. Y Lemaster te lo cuenta todo a ti.

Le llegó el turno de reírse a Julia. Dio un puntapié a un montículo de nieve con la bota derecha.

—Si eso es lo que crees, Astrid, es que no conoces a tu primo tan bien como

piensas.

—Te lo habría explicado. Es algo demasiado jugoso para guardárselo para él solo.

Existen solo contadas ocasiones en que puedes negarte a una propuesta con sinceridad antes de que empieces a dudar de tu propia historia.

—Lemaster no cuenta secretos, Astrid. Punto. Por eso sabe tantos. Cree que no hay nada más importante que el honor. —Negó con la cabeza: se sentía extrañamente patética. Decidió no decirle a Astrid que el martes los esperaban a cenar en la Casa Blanca, aunque ya debía de saberlo—. Lemmie siempre dice que cuando le explicas un secreto a alguien siempre tienes que contar con que ese alguien se lo explicará a tantas personas como hiciste tú.

—¿Honor? —repitió Astrid, con voz teñida del escepticismo que reservamos para el descubrimiento de un vicio terrible e insospechado.

—Lealtad. Mantener la palabra a toda costa. Esa clase de cosas. Lemmie se llevará sus secretos a la tumba. —Julia buscaba una forma de validar su punto de vista, algo que Astrid fuera capaz de apreciar. A su cabeza volvió la imagen de Kellen y de los espejos, y volvió a desterrarlos—. Mira, tal vez también conozca los secretos de Mal. Los ha tratado a ambos desde hace treinta años. ¿No has pensado en ello? Lemaster guarda los secretos de Scrunchy, y también los de Mal. Eso suena justo.

Pero Astrid no se iba a dejar vencer sin presentar batalla.

—No es lo mismo. Un hombre quiere salvar al país. El otro lo está destruyendo. La justicia no tiene nada que ver con eso. Solo existe una opción moral: proteger a uno e intentar detener al otro.

## II

El paseo las había llevado hasta el aparcamiento de la playa municipal, tan pequeña y blanca como el mismo Landing y, según la opinión generalizada, la más pintoresca y hermosa de Harbor County. Julia, que como su famosa madre vivía en eterno conflicto entre una competitiva tendencia a la exclusividad procedente del Clan y el ideal de justicia para el Pueblo, siempre había sentido un escalofrío secreto y casi obscuro, un estremecimiento delicioso, al pensar que el hecho de residir en el Landing concedía a la familia acceso a una playa de la que los demás solo disfrutaban en sueños. Bañistas de ciudades vecinas siempre intentaban colarse en ella. Kwame Kennerly, el locutor local más popular de lo que se conocía como la radio comercial urbana, no paraba de lanzar diatribas en contra de la segregación que se producía en esa playa. Antes de que Vanessa hiciera lo que hizo, la familia solía caminar hasta allí todos los domingos al salir de la iglesia, incluso en pleno invierno, cuando la arena era dura y el agua adquiría un desafiante tono gris que emocionaba y aterraba a Julia en secreto por su promesa implícita de eternidad.

Treinta años atrás, Gina Joule se había ahogado en esas aguas.

Las dos mujeres cruzaron el aparcamiento cubierto de nieve bajo el cielo encapotado de nubes gris pizarra: Astrid seguía murmurando razones para convencer a Julia de que debía persuadir a su marido de la necesidad de compartir cualquier secreto indecoroso que supiera de Scrunchy. El guardia que vigilaba ese día, un joven con la cara llena de acné, las observó sin el menor atisbo de curiosidad. Julia le saludó con la mano, porque siempre era posible que se ofendiera si ella no le reconocía. El chico se disponía a abrir una caja de dulces envuelta con la clásica cinta verde de la tienda de Vera Brightwood, y a menos que tomara la decisión de comer menos, los granos iban a seguir ahí durante mucho tiempo. Pagar a un chaval para que vigilara la playa en invierno le pareció un derroche de dinero, pero alguien estaba ahí veinticuatro horas al día, una tradición que se remontaba a los tiempos de la guerra —que para los más antiguos del lugar significaba la segunda guerra mundial—, cuando los trabajadores de los astilleros entonces ubicados a un par de ciudades de distancia solían ir al Landing a almorzar a la orilla del mar. Una demanda que denunciaba la política municipal se hallaba actualmente pendiente de sentencia; los demandantes, con Kwame Kennerly a la cabeza, estaban representados por varios profesores de la facultad de derecho. Julia, debatiéndose entre sus pretensiones igualitarias y su esnobismo innato, no estaba segura de cómo se sentía ante la perspectiva de que aquella hermosa playa, espléndida en su aislamiento, se viera de repente invadida de humanidad.

Astrid, habiendo agotado ya los temas del aborto y la guerra, abordaba la política energética y las energías alternativas cuando el chico del acné salió de la caseta.

—Solo para residentes —les dijo, con una mano alzada.

Julia se dio media vuelta: tenía las manos en las caderas y la cabeza inclinada hacia atrás, ya que nunca se sentía tan del Clan como cuando estaba con Astrid.

—¿Disculpa?

—La playa está cerrada al público. Está reservada solo a los residentes y sus huéspedes. —Tocó el brillante cartel, rojo, blanco y azul, por si ella estuviera sorda. Por lo general los guardias se dedicaban solo a dormir—. Ordenanza municipal.

—Soy residente. Llevo seis años viniendo a esta playa.

—Residentes y huéspedes exclusivamente —repitió él, como si ella no le hubiera entendido.

—¿Has oído lo que acabo de decirte?

—La playa está cerrada. —Parecía haber rebobinado el discurso—. Ordenanza municipal.

A Julia le ardía la cara. No podía creer que estuviera sufriendo esta humillación delante de Astrid, cuya media sonrisa indicaba que el contratiempo venía a probar su argumento. Hacía solo un momento, ante los ojos de ambas mujeres, un adolescente con dos perros había pasado sin problemas ante la caseta del guardia. Un adolescente blanco.

—Escúchame, jovencito...

—Solo para residentes y sus huéspedes. La playa está cerrada.

Su prima política le apoyó una mano en el hombro.

—Por esto debemos sacar a ese hombre de la Casa Blanca. Para que esta clase de mierdas no vuelvan a suceder.

—Espera. —Julia miró más allá de la caseta, hacia el aparcamiento vacío, hacia la fría y suave pendiente de arena y las heladas y acogedoras aguas más allá. Sintió el frío en su imaginación. Era una Veazie, y no se rendía fácilmente; al mirar al chico a los ojos se percató de que no tenía por qué hacerlo—. Te conozco —dijo en voz baja.

—Ordenanza municipal. Residentes y...

—Eres Petey Wysocki, ¿verdad?

Esto le hizo callar. La mandíbula salpicada de acné se abrió.

—Eh...

—Soy Julia Carlyle. ¿Me recuerdas? Te di clase de ciencias naturales en octavo curso.

—Oh. Uh. Oh. —Como un hombre cargado con un peso muerto—. Sí. ¡Sí! ¿Cómo está usted, señora Carlyle?

—Bien, Petey. Estoy bien. —El recuerdo la hizo sonreír porque, a pesar de que había sido un alumno revoltoso, Petey siempre le había caído bien. Preguntó, con la sonrisa en los labios—: ¿Cómo está tu familia? Supe que tu hermana se había casado.

Él se sonrojó, complacido de que ella se acordara.

—Sí, y está esperando su segundo hijo. ¿Puede creerlo?

—Qué bien. Dale recuerdos a... —buscó en su ilimitado registro mental mientras Astrid la miraba, impresionada—, dale recuerdos a Doreen. Y también a tu hermano Mikey. Saluda a Mikey de mi parte.

—Lo haré.

—Y a tus padres también.

—Lo haré, señora Carlyle, lo haré. Muchas gracias.

—Gracias, Petey —dijo ella, dando un paso hacia la arena perfecta. A pesar de la estación, tal vez incluso se quitaría los zapatos y calcetines, se arremangaría los pantalones y se sumergiría hasta los tobillos en las gélidas aguas.

—Espere, señora Carlyle.

Julia se giró.

—¿Sí, Petey?

—Lo siento, señora Carlyle. No puedo dejar que entre en la playa.

—¿Disculpa?

—Aunque la conozca... Sigue siendo una playa reservada a los residentes y sus huéspedes. —Volvió a tocar el cartel—. Ordenanza municipal.

## Cena íntima

### I

—Me pregunto qué va a pedirte —dijo Julia, sonriéndole a su marido a través del espejo mientras le colocaba bien el cuello de la camisa, aunque, en verdad, ya estaba perfecto. Pero una de las cosas en las que había sido educado era esperar de una esposa que revisara su aspecto. Aunque como intelectual y presidente de la universidad Lemaster abogaba sin ambages por la igualdad de la mujer, en su hogar, y según propia y orgullosa admisión, seguía siendo un hombre tradicional; cualesquiera que fueran las implicaciones de esa palabra, en principio significaba que todas las mañanas Julia le ajustaba el nudo de la corbata y le arreglaba el cuello de la camisa.

—No sabemos que vaya a pedirme nada. Acabo de emprender un trabajo nuevo. De manera que lo más probable es que todo se reduzca a un evento social. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos reunimos. —Pero la feroz ambición de sus brillantes ojos castaños transmitía un mensaje distinto.

—Casi un año.

—Más o menos. —Se alisó la pechera del traje, y se giró a un lado y a otro sin dejar de observarse en el espejo. Sobre el brazo llevaba doblado un oscuro abrigo de vestir. Tras seis meses de presidente de la universidad, Lemaster estaba listo para dar un paso más. Tras veinte años de matrimonio, siempre estaba listo para dar un paso más—. Creo que ya estamos preparados —dijo él, y ella tardó un momento en percatarse de que se refería solo a esta noche.

Julia, que nunca se gustaba vestida de noche, no compartía en absoluto su opinión, pero se contuvo. Toda la ropa del armario de Lemaster parecía sentarle de perlas. En cambio, si no eliminaba las cerezas de vainilla y las trufas de capuccino, ninguna prenda del suyo volvería a sentarle bien. Se prometió mantenerse alejada de Cookies: era el primer martes de diciembre y aún quedaba tiempo para mantener la firme resolución que ella había tomado el pasado mes de enero. Se sentó en la cama para calzarse y miró por la ventana. Estaban en el Hay-Adams, un hotel que a ella le gustaba porque en sus habitaciones revestidas de madera parecía flotar el aliento de la historia, aunque en esta ocasión la elección se debía a su proximidad a la Casa Blanca. Aunque la Oficina Social le había ofrecido una codiciada plaza de aparcamiento, en esos días de frenéticas medidas de seguridad habrían tenido que esperar una eternidad hasta que se cumplimentara el registro del vehículo. La única forma fiable de llegar hasta allí era ir a pie.

—Dame un minuto para que llame a casa.

—¿Por qué?

Durante un segundo, Julia se quedó sin palabras. ¿Acaso no era obvio?

—Para ver si las niñas están bien. Si necesitan algo.

Lemaster señaló el flamante bolso de Isabella Fiore. Julia tenía en su haber varios modelos buenos, de fabricantes conocidos, porque le habían enseñado que un bolso de noche especial supone la marca de una auténtica dama, y a pesar de sus esfuerzos no podía dejar de intentar ser una de ellas.

—Llevas el móvil. —Se tocó el bolsillo—. Yo llevo el mío. Wendy no es tonta. Llamará si pasa algo.

—Ya, pero me quedo más tranquila...

Él levantó ambas manos en un gesto que declaraba victoria, no rendición.

—No, Jules, por favor, no te confundas. No intento decirte lo que debes hacer. Si necesitas llamar, adelante. Tenemos tiempo. —Una sonrisa—. Estoy a tu lado para lo que necesites.

Necesitar. Tuvo ganas de abofetearlo, así que le dio un beso en la mejilla.

En el ascensor charlaron sobre sus respectivas tardes. Julia había almorzado con Tessa Kenner, una mina inagotable de cotilleos de Washington, y se había quedado atónita ante lo muy rubia que se había puesto. Lemaster se había reunido con alumnos y patrocinadores, pero la mayor parte de su trabajo se había hecho por teléfono. Mientras cruzaban Lafayette Park en la desapacible noche de Washington, con Julia trotando sobre sus altos tacones y aferrándose a su brazo más por mantener el equilibrio que por otra razón, él añadió:

—Por cierto, se me olvidó mencionar que ayer el inspector se pasó por Lombard a verme. Chrebet.

—¿Qué quería? —Que no fueran las farolas. Por favor. Ni los espejos. Pero otra parte de ella sabía que Lemaster nunca había olvidado nada en toda su vida.

—Se preguntaba, y te va a sonar raro, quién podía saber que tomaríamos la Four Mile Road aquella noche.

—¿Por qué?

Lemaster se encogió de hombros.

—Chrebet parece tener la idea de que el asesino de Kellen dejó su cadáver allí a propósito. —La sal de la acera hizo crujir sus pies—. Para que nosotros lo encontráramos.

—¿Qué?

—Le comenté que quienquiera que fuera tenía que haber estado absolutamente seguro de que nos pararíamos. ¿Cómo podía nadie adivinar que sufriríamos un accidente? —Una risa invernal—. Chrebet dijo que tenía que explorar cualquier posibilidad, por improbable que pareciera. Después citó, incorrectamente por cierto, a Conan Doyle. Ella se abrazó a él con más fuerza.

—Pero ¿por qué...? Quiero decir, ¿quién...?

—No tengo ni idea del porqué. No tengo ni idea de quién. Julia percibió un ligero atisbo de énfasis en los pronombres y notó que se desataba su furia. Se detuvo cabizbaja durante un momento. Ya casi habían llegado a la puerta noroeste y el puesto de guardia.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que no tengo ni idea de quién ni de por qué.

—No. Estás sugiriendo que yo sí podría saber por qué.

—Por supuesto que no. Le dije que ninguno de los dos tenía la menor idea. Bueno, al final no llegamos tarde. —Señaló un taxi que se detenía a una manzana, en la esquina de la calle Diecisiete, y del que se apeaban el líder de la mayoría de la Cámara y su esposa.

En el parque, unos manifestantes tocaban tambores, aunque Julia no recordaba por qué.

—Lemmie, espera. Espera. —Tiró del brazo de su marido para detenerlo, porque si no él avanzaría y ella ya no conseguiría retenerlo.

—¿Qué pasa, Jules?

—Quiero que me digas la verdad.

—No tengo costumbre de decirte otra cosa. Soy tu marido.

Ah, bueno, eso lo explicaba todo.

—Por favor, Lemmie. Solo dímelo. Dime que no crees que yo pueda tener alguna idea de quién lo hizo.

Sus cejas dibujaron aquella V invertida que ella detestaba. El frío nocturno otorgó un cierto brillo a las mejillas de su marido. Cuando hacía frío, su afilado rostro siempre parecía atractivo, inexpugnable.

—No, Jules. No creo que tengas la menor idea. ¿De acuerdo?

—No lo sé. —Se sintió hosca, insegura, a punto de gritar. Lemmie le provocaba esa reacción, ya fuera de manera intencionada o sin querer: tomaba la razonable indignación de ella y la convertía en una vergüenza completamente irracional—. Supongo que sí. —Negó con la cabeza—. No sé. Menudo lío. Lo odio.

—Todo saldrá bien, Jules.

—¡Ni siquiera sabes de qué estoy hablando!

—Interesante.

—¿El qué?

—Que te pongas como una fiera siempre que sale a colación el nombre de Kellen.

—Eso ha sido un comentario de mierda.

Aquellos ojos, tan bellos, expresivos y sabios. Reproche. Juicio. Dolor. Lemaster desaprobaba la vulgaridad, y la amabilidad de su voz se aseguró de transmitir esa idea a su esposa.

—Cálmate, Jules. Mira. Lo siento. Tal vez no fue una frase muy oportuna. Te quiero. Nunca te haría daño, ni dejaría que nadie te lo hiciera. Lo sabes. Así que cuéntame, Jules. Por favor. Cuéntame por qué estás tan nerviosa.



Porque da la impresión de que me pongo como una fiera siempre que sale a colación el nombre de Kellen. Porque él se cargó las farolas de nuestra calzada. Porque me legó dos espejos. Porque desaproveché la oportunidad de despedirme. Porque a veces nuestra hija se queda paralizada mientras se toma los cereales del desayuno. Porque amarte es una obligación, no una elección. Porque me quedé embarazada y me casé con el hombre que me daba tranquilidad en lugar de conceder una última oportunidad al hombre que...

—No es nada. —Ella le brindó una mueca sonriente y, una vez más, le colocó bien la corbata. Se recordó a sí misma que él era un buen hombre. Sólido y firme—. Lo siento, cariño. Vayamos a ver al presidente y averigüemos qué trabajo piensa ofrecerte.

Pero, una vez dentro de la Casa Blanca, ella se percató de que aquella reunión no guardaba ninguna relación con la carrera de Lemaster, ni tampoco con el propio Lemaster. La cena se sirvió en la Sala Oval Amarilla, en la primera planta de la mansión, cuyas vistas al sur entre las columnas del Balcón Truman permitían ver el Monumento a Washington y más allá. El presidente y la primera dama, Lemaster y Julia, y otras tres parejas: un conocido novelista que se había opuesto públicamente a la elección del presidente, el nuevo director de la segunda empresa de tendencias ideológicas de la ciudad, y el congresista al que habían visto fuera. El líder de la mayoría y el tipo de la empresa de tendencias venían acompañados de sus respectivas esposas; el novelista había traído a una amiga. No era el ambiente propicio para una oferta de trabajo, sino la típica reunión social con invitados diversos que, según se decía, gustaba al presidente. Pero, por un momento, lo único que Julia pudo ver fue a la amiga del novelista, cuya obra, según la risueña presentación que él hizo de ella, giraba en la misma órbita que la del escritor.

—Julia y yo ya nos conocemos.

—Ah, ¿sí?

—Oh, sí. Y es un gran placer volver a verte —dijo Mary Mallard.

## II

Las dos mujeres salieron al balcón, al amparo de una de las enormes columnas, con las luces deliberadamente bajas por razones de seguridad. En el interior, la fiesta había alcanzado el estadio de «¿Te acuerdas de aquella vez que...?». El Jardín Sur estaba iluminado y, desde esta perspectiva, parecía un campo de fútbol antes de un partido importante.

—A estas alturas esperaba que ya me habrías llamado —dijo Mary Mallard.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Para decirme que habías encontrado el excedente de Kellen. —La escritora

apagó el cigarrillo, la excusa dada para salir, acompañada por Julia, que ya no fumaba pero que, a diferencia de gran parte de su despiadada generación, soportaba a quienes lo hacían. El semblante de ánade de Mary parecía más suavizado de lo que recordaba Julia del funeral, los ojos de obsidiana habían perdido su brillo fanático. Al cuello llevaba otro pañuelo Hermès, este de un coqueto tono ciruela—. Julia, la verdad es que creo que deberíamos trabajar juntas. Creo que compartimos un objetivo común.

—¿Qué objetivo es ese, Mary?

—La verdad. Cada una de nosotras, a nuestro modo, estamos comprometidas con la verdad.

—Ya —dijo Julia, apoyándose en la baranda.

—Tú no lo crees. Pero tú eres la persona a la que despidieron por dejar que una alumna de doce años explicara en la clase de ciencias por qué creía que la historia del Génesis era cierta y Dios creó el mundo en seis días.

Julia estaba atónita: no se le había ocurrido que Mary llegara a investigarla.

—No me despidieron.

—Los padres se quejaron, iba a producirse una vista, el sindicato se abstuvo de opinar y tú dimitiste. —La escritora era precisa—. Te ofrecieron varias conferencias, que tampoco aceptaste. Por cierto, ¿cómo está tu hija? Vincent Brady goza de una magnífica reputación. ¿Dirías que es justificada? ¿O quizá es demasiado pronto para afirmarlo?

Julia estaba preparada para enfrentarse con ella.

—Ya has dejado clara tu postura, Mary. Ahora, ¿piensas decirme lo que estoy haciendo aquí o todavía quieres pavonearte un poco más?

El tono de voz de la mujer blanca se mantuvo plácido. Encendió otro cigarrillo y aspiró con fuerza, con los ojos cerrados, y Julia recordó el delicioso y cálido cosquilleo que producía fumar en el exterior en una noche fría; y no solo tabaco. Nuevos copos de nieve, diminutos y delicados como recién nacidos, les mojaron la cara.

—Estás aquí porque el presidente y la primera dama te han invitado a cenar —dijo Mary—. No lo conviertas en lo que no es, por favor.

—Estoy aquí porque querías hablar conmigo.

—No soy más que una escritora de tres al cuarto, Julia. La Oficina Social de Casa Blanca no baila precisamente a mi son. Si quisiera hablar contigo, me dejaría caer por la sala 118 del edificio principal del Cuadrángulo Kepler, o por la gasolinera Exxon de la carretera 48, en Langford, donde paras a repostar dos veces por semana de camino a casa, o por la Taberna de Greta de la calle Main, donde vas a tomar café al salir del trabajo, o por la cafetería que hay en la esquina de King y Hudson donde solías desayunar de vez en cuando con Kellen Zant.

A pesar de su ira, Julia estaba aturdida ante esta exposición informal de la cantidad de información que esa mujer había recogido sobre su vida cotidiana. Sin embargo, mantuvo el envite porque las mujeres de la familia Veazie nunca se daban

por vencidas.

—A menos que quisieras verme donde no hubiera ninguna posibilidad de que nuestra conversación fuera escuchada por alguien más.

—Aunque lo niegan, siempre he sospechado que el servicio secreto tiene micrófonos colocados por toda la Casa Blanca.

—Probablemente, no en el balcón.

Mary sonrió. Sus labios, pintados de un vivo color rojo, habrían resultado de otro modo casi invisibles a pesar de su protuberante boca.

—Sí. Probablemente no en el balcón.

Apagó el segundo cigarrillo. Abajo, los guardias uniformados que patrullaban levantaron la vista sospechando algo raro. La escritora los saludó; Julia la imitó, no fuera que el saludo les ayudara a decidir contra quién no debían disparar.

—Y sí, tienes razón. Cuando me enteré de que venías tuve que arreglármelas para convencer al señor Pulitzer de que me trajera como acompañante suya en lugar de a otra. —Miró hacia la puerta—. Hizo falta una gran cantidad de persuasión.

—¿Debería sentirme halagada?

—No. Deberías dejar de atacarme y limitarte a escuchar por un momento. Estoy bromeando. Bueno, la verdad es que no. En serio, Julia, por favor. Concédeme solo un minuto. Kellen vino a mí, no al revés. Eso es lo que quiero que entiendas. Iba detrás de algo importante. Una vieja historia respecto a la que todos estaban equivocados. Eso dijo. Una historia con implicaciones... demoledoras.

—Siempre fue un hacha a la hora de venderse a sí mismo.

—Quizá sí. —Sacó un tercer cigarrillo, se planteó si encenderlo o no, y al final cedió a la tentación—. Pero estaba asustado, Julia, y yo nunca le había visto asustado antes. Me ofreció un acertijo. Así lo llamó, un acertijo. Dijo que cuando tuviera la historia clara me entregaría el resto. No antes. —Hizo una pausa—. Dijo que alguien le ayudaba a revisar el inventario. Dijo que la Dama Negra le había ayudado. Así la llamó, Julia. La Dama Negra. Podías escuchar las mayúsculas. Naturalmente deduje que eras tú. Dama Negra, Perla Negra... aprecias la conexión, ¿verdad? Me refiero a que en el club sois todas negras, ¿no?

—En realidad ese es un tema peliagudo. Aunque se da por supuesto, las bases no especifican en ningún momento el color de la piel y algunas secciones han intentado admitir a caucásicas para aumentar el presupuesto, ya que ser miembro no es barato y no consiguen encontrar... —Julia se obligó a parar—. ¿Y por eso me abordaste en el funeral? ¿Porque creías que yo era la Dama Negra de Kellen?

—En parte, sí. Pero Kellen también dijo que, si le sucedía algo, había dispuesto que el excedente le fuera transferido a su novia la fugitiva. Creo que esa eres tú.

—Podría tratarse de una docena de mujeres. Tuvo un montón.

—No lo creo, Julia. Ni tú tampoco. —Lanzó el cigarrillo por encima de la baranda y la lumbre roja rasgó la noche helada; fue un gesto que Julia encontró vulgar además de grosero, pero también encantadoramente desafiante; un gesto que le

recordó un poco a Vanessa—. Venga, Julia. Él quería que continuaras su trabajo. De acuerdo, nadie puede obligarte. Si prefieres no intentarlo estás en tu derecho. Lo entiendo.

—Me alegro —dijo Julia, irritada ante aquel tono condescendiente.

—Ya sé que parece una tontería. Pero Kellen dijo que en su haber comprendía a una gran figura política. —Señaló las puertas de cristal—. Tal vez se refería a ese hombre de ahí dentro. Tal vez a otro. No lo sé, y él no quiso decirlo.

Tal vez se refería a ese hombre de ahí dentro. No. No. No pienses en ello. No dejes que Kellen vuelva a entrar en tu vida.

—Esa no es mi lucha, Mary. —Se giró para contemplar el Monumento, con sus rojos parpadeando para facilitar el tráfico aéreo, aunque dicho tráfico ya no estaba permitido.

—No. Supongo que no.

Julia percibió algo en la voz de la escritora, o al menos creyó hacerlo. Se dio media vuelta.

—Hay más. Hay algo que no me estás contando.

—Deberíamos volver adentro. —A pesar del brillo furioso de sus ojos, la voz seguía tan tranquila como una tarde de otoño—. Deben de estar echándonos de menos.

—¿Qué estás ocultando, Mary? ¿Qué más te dijo Kellen?

Se produjo un silencio mientras la mujer blanca decidía cuánto contar. Del interior llegaba la risa del novelista, ronca de alcohol.

—Dijo que lo montaría todo para que su novia fugitiva dispusiera de una... de una única opción de maximizar su bienestar.

—¿Una opción de qué?

—De... seguir sus pasos. Buscar su excedente. Hacer inventario. Kellen parecía creer que podía... bueno, obligarte a ayudar. —Mientras Julia procesaba esta perturbadora idea, Mary garabateaba en una tarjeta de visita, que luego le entregó—. El número de mi casa y de mi despacho están en el reverso. También te he anotado el número de mi móvil. Llámame, salgo en el próximo avión.

—Dudo que te llame.

—Porque no te interesa lo que Kellen se traía entre manos. Eso me dijiste. —Mary fue a coger otro cigarrillo, pero luego cambió de opinión y los guardó en el bolso—. O tal vez estés actuando. Dicen que te encanta el teatro.

La escritora rebuscó en el bolso y de él extrajo un trozo de papel, que ofreció a Julia. Esta, aún atónita, lo desdobló, lo miró y luego volvió a mirarlo. Se estremeció. Los copos de nieve bailaban a través de la luz. Tenía en las manos la fotocopia de una carta enviada por un electricista recomendado por Norm Wyatt, el arquitecto que había diseñado la casa y, además, el padre del Tal Casey. La carta, dirigida a Julia, incluía un presupuesto para reemplazar las farolas rotas de la calzada de los Carlyle.

Julia oyó la voz de Mary Mallard como a lo lejos.

—Creo que mucha gente estaría interesada en saber qué pasó exactamente con esas farolas, Julia.

Julia se agarró a la barandilla, mientras todos sus yos contradictorios —presente y pasado, madre e hija, dócil y agresiva, a la defensiva y paciente, pecadora y penitente, capaz de amar y de odiar— se agitaban en su interior. No tenía ni idea de cuál quedaría en pie cuando se apagara la música.

—Eres una mala puta —dijo por fin—. ¿Lo sabías?

Mary esperó.

—¿De qué... va todo esto? ¿Estás acusándome de...?

Pero, en ese momento, el presidente en persona abrió las grandes puertas acristaladas y salió a ver qué hacían, invitándolas a entrar de nuevo para jugar a las charadas. Buena elección.

### III

Cuando se percató de que la cena no era más que una velada social, Lemaster se puso de mal humor y rezongó durante todo el camino de vuelta al hotel. Julia, que dudaba sobre si hablarle o no de Mary, decidió no hacerlo.

Aún no.

De manera que le dejó hablar hasta que se diera cuenta por sí mismo de lo parecido que era su monólogo a una queja. Y, como ella ya sabía, esto le paró en seco. Los Carlyle nunca se quejaban. Los Carlyle se hacían cargo de la situación, le daban la vuelta, agarraban al toro por los cuernos, retomaban el timón: él, su prima Astrid y el hermano de esta, Harrison, los tres obscuramente triunfadores en sus respectivas carreras, disponían de tantas formas distintas de describir su filosofía común de vida que acababan sonando como entrenadores mutuos, y quizá lo fueran.

De manera que esa noche, como de costumbre, Lemaster se transformó, convirtiéndose una vez más en el hombre alegre y seguro de sí mismo que ella conocía desde la facultad de teología hacía más de veinte años. Sentados a la mesa de la suite del hotel, mientras compartían algo para picar, tomaban una copa y miraban el partido de baloncesto, él le contó cómo el presidente, para envidia de todos, le había llevado a un pequeño estudio para mantener con él una conversación privada.

—¿Qué quería?

—Bueno, estuvo dando bastantes rodeos, pero, para no extenderme demasiado, quería que le prometiera que no apoyaría a Mal Whisted. Al parecer se ha propagado el rumor, quizá por la visita de Astrid.

Ella esperó, pero Lemaster la obligó a preguntar:

—¿Y se lo prometiste?

—Le dije lo mismo que a Astrid. No me meto en política. Le dije que soy

agresivamente neutral. —Esbozó aquella sonrisa triunfal, que esa noche aparecía teñida de tristeza—. Le dije que ambos partidos se habían alejado tanto de los intereses de los afroamericanos que ya no me importa mucho quién gane. —La sonrisa se desvaneció—. Y es verdad, Julia. No me importa.

—Ya lo sé —dijo ella, porque él se lo decía a menudo, aunque, en este momento, la frase parecía adquirir un significado más profundo, convertirse en un axioma fundamental de su fe.

—¿Sabes cuál es el problema? Los caucásicos ya no nos tienen miedo. —Dispuesta a responder, optó en cambio por dejar que siguiera hablando—. Además —añadió, radiante—, tampoco es que mi apoyo signifique algo.

—Oh, Lemmie, sabes que sí —le aseguró ella, y, durante un rato, hablaron de deportes.

El único momento incómodo se produjo cuando ya estaban en la cama, un poco después, tras un breve y obligado intercambio conyugal, y Lemaster preguntó a la somnolienta Julia de qué había estado hablando tanto rato con «esa mujer».

—Cosas de mujeres —apuntó Julia, apelando a su vanidad.

—¿De qué clase?

—No querrás saberlo —dijo ella, adivinando, sin equivocarse, cuál sería su respuesta.

Lemaster irguió su hermosa cabeza.

—Por favor, Jules, dime que no salisteis a fumar. Creía que lo habías dejado.

—Ya te sabes el chiste: sé que puedo dejarlo porque lo he hecho muchas veces.

Entonces ella le atrajo para darle un beso, ya que, en ese aspecto, conocía a su marido mejor de lo que él se conocía a sí mismo. Creyendo que la había pillado en falta, él nunca pensaría en buscar la mentira. Y, tal y como preveía, al amparo de la oscuridad Lemaster comenzó a explicarle, como si cualquier adulto pudiera albergar alguna duda, todos los riesgos para la salud que conllevaba el tabaco. Y Julia le abrazó y le acarició la espalda, asintió y prometió que no volvería a hacerlo, porque a él le encantaban las promesas de arrepentimiento. Tal y como ella le había dicho en una ocasión a Tessa, no es que Lemmie creyera que era mejor que los demás: simplemente disfrutaba sermoneando al resto del mundo.

## Un día casi normal

### I

Los Jóvenes Socialistas Cristianos pedían la dimisión del presidente de Estados Unidos, la profesora Helen Bohr buscaba a un ayudante para un proyecto de investigación que tuviera nociones de ugarítico, la asociación de gays y lesbianas organizaba un encuentro para nuevos miembros, y el coro de Vesperados necesitaba dos tenores más: en resumen, el tablón de anuncios que había a la puerta del despacho de Julia se parecía mucho al de cualquier otro jueves por la tarde, al igual que el resto del sombrío pasillo gótico, con la excepción del hombre delgado y austero, vestido con un traje marrón y una gorra blanda, que la esperaba pacientemente en el desteñido banco de madera.

Al principio Julia apenas lo vio, demasiado frustrada por la reunión que había mantenido a la hora de comer con los administradores de Lombard Hall, que intentaban obligar a la escuela de teología a ser más selectiva en la admisión de estudiantes: en otro caso, dijeron, una vez rebatidos sus números, el tamaño de la clase debía reducirse, lo que significaba menos dinero para tutorías y toda una ronda de despidos. La noche anterior Julia se había quejado a Lemaster diciéndole que su gente parecía imaginar un mundo repleto de genios de veintidós años que se morían de ganas de pasar dos o tres años preparándose para el ministerio, pero él le había contestado que no podía interferir, que Kepler tendría que arreglar sus propios problemas. Volvía a Kepler frustrada, avergonzada y seguramente enfadada con su marido por sus múltiples y escrupulosas conversaciones, como si, en la historia del universo, nadie hubiera nunca parpadeado ante nada. Seguía echando humo cuando abrió la puerta de su despacho. Antes de que Lemaster realizara su retorno triunfal desde Washington la primavera anterior para hacerse cargo de la universidad que ella amaba, Julia nunca había tenido que pedirle permiso para nada. Ahora toda la facultad de teología, que antaño fuera su santuario, parecía valorar a Julia sobre todo como una vía de acceso a su marido.

Había también otra razón para su enfado. Hacía dos días, en Washington, Tessa la había presionado en busca de información sobre la relación entre el presidente y el senador Whisted en su época de estudiantes. Julia, nerviosa, había afirmado que ni siquiera sabía que ambos hombres hubieran sido amigos y que no se sentía cómoda hablando de ello. La noche anterior, en su programa, Tessa había contado al mundo que una fuente cercana a ambos candidatos le había informado de que los dos

hombres ni siquiera habían sido amigos durante sus años universitarios. Añadió, con cierto veneno, que su fuente se sentía incómoda con solo hablar del tema. Julia había llamado a Tessa esa mañana, pero su antigua compañera de habitación no había tenido la delicadeza de devolverle la...

—¿Señora Carlyle?

Ella se giró, sorprendida, porque nadie la llamaba así en el campus. Era la «decana Carlyle» para los estudiantes jóvenes, «Julia» para los miembros de la facultad, y, por insistencia propia, también para el personal y los estudiantes de cursos superiores.

El hombre se quitó la gorra, revelando un familiar corte a cepillo y una cara inexpresiva y pálida; aunque no sonreía, el visitante la miró con unos ojos claros cuya expresión no alcanzaba a comprender del todo.

—¿Desea algo? —preguntó Julia, en un tono quizá demasiado formal, dándose cuenta de quién era antes de que él respondiera.

—Me llamo Richard Chrebet, señora Carlyle. Soy teniente de la brigada de homicidios de la policía del estado. —Le mostró sus credenciales—. Tal vez recuerde haber hablado conmigo hace dos sábados. Me pregunto si tendría un momento libre.

Los espejos, pensó ella aturdida. Seth Zant les había hablado del Comyns. Frank Carrington les había ido con el cuento del cheval.

—Usted fue a ver a mi marido el otro día.

—Sí. Y ahora vengo a verla a usted. —Como si fuera un juego de niños.

—¿Puedo preguntarle por qué razón?

—Su hija. Pánico materno.

—¿Mi hija? ¿Cuál? ¿Qué ha pasado? Él alzó ambas manos, aún sin sonreír.

—No ha pasado nada. Sus hijas están bien. No obstante, tenemos que hablar de Vanessa.

## II

En el interior de su pulcro despacho, Julia le ofreció una silla y luego cerró la puerta, algo que solo hacía cuando mantenía una tutoría con un alumno, tanto porque Kepler se enorgullecía de proyectar una imagen informal como porque ella presumía de proyectar una imagen afable. Chrebet se sentó muy erguido, como un pretendiente dispuesto a pedir la mano de su amada: un símil que, ahora que lo pensaba, había llevado a un grupo de estudiantes a boicotear el curso del viejo Clay Maxwell sobre san Pablo durante unos días del año anterior porque lo había usado como ejemplo en clase. Los chicos adujeron que era sexista y heterosexista. Julia se entretuvo regando las plantas, quitándose las botas y poniéndose las zapatillas, ordenando papeles en su mesa, ya ordenada; en definitiva intentó hacer todo lo posible para posponer la charla



con el teniente Chrebet. Había llegado a una hora en que sus dos ayudantes estaban fuera: una se había ido a almorzar y la otra, a cumplir con unos encargos. Tal vez no fuera casual. A pesar de su rigidez, no parecía tener prisa; se comportaba como un hombre acostumbrado a tratar con expertos.

Finalmente ella se quedó sin ideas y se sentó.

—¿Qué pasa con Vanessa?

—Señora Carlyle, deje que empiece explicándole que yo también tengo hijos...

—Julia. Por favor.

—Entonces llámeme Rick. —Pero el investigador siguió sin sonreír—. Yo también tengo hijos, así que comprendo hasta qué punto puede llegar un padre para protegerlos. He pedido a mis superiores un permiso para interrogar a su hija Vanessa. Antes de acercarme a ella debía hablar con usted, ya que se trata de una menor. También tengo otra razón. Usted es su madre. Podría explicar cosas que se me escapen. O ayudarme a formular las preguntas correctas.

Una debilidad momentánea, que pasó enseguida.

—Rick, dígame qué quiere. No me venga con miramientos. Dígamelo.

—No quiero que se forme una idea equivocada. No pretendo sugerir en modo alguno que Vanessa esté implicada en lo que le sucedió al profesor Zant. Creo que podría ayudarnos a arrojar una pequeña luz sobre algo que ha resultado más difícil de averiguar de lo que creíamos: el proyecto en el que trabajaba el profesor Zant cuando murió.

—¿Por qué iba Vanessa a saber algo de eso?

—Tal vez no lo sepa. Por eso queremos hacerle unas preguntas.

—Hágamelas a mí.

—Está en tratamiento psiquiátrico, ¿verdad? Su hija. Problemas de conducta. —Asintió, como si quisiera decir que todos los adolescentes los sufren—. ¿Cómo le va?

Pero Julia se negó a seguirle el juego. El día anterior, Vincent Brady, el terapeuta de Vanessa, se había cuestionado ante Julia si la adolescente sufría un desorden de estrés postraumático —cuyos principales síntomas serían esa tendencia a la parálisis y la disociación—, además de la ansiedad y los trastornos obsesivo-compulsivos que había diagnosticado en fases previas. Le explicó que, si en realidad el estrés era parte de su problema, el trauma inicial había precedido tanto a la muerte de Kellen Zant como al incendio del coche de su padre: según Vin, eso era deducible de lo que él llamaba la trayectoria conductual de Vanessa. En los últimos meses también había barajado la posibilidad de que los síntomas de Vanessa se debieran al abuso de drogas o alcohol, o tal vez al hecho de dejar de consumirlos, pero los análisis de sangre habían desmentido por completo esa hipótesis. Lemaster rezongó que Brady iba repasando el manual como lo haría un residente de psiquiatría de primer curso.

—¿Por qué cree que Vanessa sabe en qué trabajaba Kellen? —preguntó ella, pasando por alto la pregunta del inspector—. Deme razones.

Él levantó un dedo, dispuesto a enunciar un hecho. Una risa ronca, a la puerta del

despacho, indicó a Julia que sus ayudantes habían vuelto.

—Primero. El verano pasado Vanessa trabajó como voluntaria varias horas a la semana en el comedor de beneficencia de la iglesia metodista que hay cerca del campus. El profesor Zant a veces colaboraba desinteresadamente en el mismo comedor.

—No pillo la conexión. Apuesto a que al menos cincuenta personas ofrecen sus servicios allí.

—Siete adultos, cuatro adolescentes. Esos eran los habituales, los que asistían al menos dos horas por semana.

Ella negó con la cabeza.

—Aun así, no veo qué tiene que ver esto con...

—Segundo. —Otro dedo alzado—. En octubre, el día en que cumplió diecisiete años, su hija recibió un paquete de dulces de arce enviados por un misterioso admirador.

La descarga de fuego rápido, tan distinta del ritmo que había impreso a la conversación en Hunter's Heights delante de Lemaster, hizo mella en la mujer: Julia sospechaba que esa era su intención, la necesidad de que ella se sacara respuestas inmediatas de la manga.

—Ella supuso que era de su novio...

—En la tarjeta no decía «amor». Decía «gracias». ¿Me equivoco? —Atónita ante el hecho de que conociera un detalle tan íntimo, Julia solo pudo asentir—. ¿Le comentó su hija por casualidad si el dulce estaba rancio?

La luz se debilitaba. Tal vez el sol se hubiera ocultado detrás de una nube. Tal vez se quedara allí.

—¿Rancio? ¿Por qué iba a estar rancio?

—¿Lo comentó, Julia?

—No que yo recuerde. No.

Alguien llamó a la puerta antes de abrirla. Era Latisha, su fornida ayudante a jornada completa, la que Boris Gibbs quería que despidiera.

—¿Julia? Me han llamado los de IT. Sobre lo que le pasa a tu ordenador.

La verdad era que había empezado a fallar de forma regular. En este momento, el ordenador ni siquiera estaba en el despacho, sino en algún otro lugar del campus, sometido a exámenes, cuarentena y tratamiento.

—Ahora no. Por favor.

—Pero han dicho que es importante...

—Por favor, dejémoslo para luego, ¿de acuerdo?

Latisha miró a Julia, miró al detective, y luego, con los ojos muy abiertos, salió del despacho deshaciéndose en desesperadas excusas.

Como todo el mundo en Kepler, Latisha estaba al tanto de la inminencia de los despidos y temía ser una de las agraciadas, ya que no llevaba en el campus el tiempo suficiente para haberse ganado un estatus privilegiado en la lista de personal

imprescindible.

Cuando se cerró la puerta, Rick Chrebet prosiguió sin pestañear.

—Tres semanas antes de que su hija recibiera el paquete, usted envió a Kellen Zant una caja de dulces para su cumpleaños, que adquirió en la confitería Cookies de la calle Main, en Tyler's Landing.

—Sí.

—Era dulce de arce, ¿no?

Julia se sintió ultrajada. No le importaba que un juez hubiera firmado una docena de permisos. Estrangularía a Vera Brightwood.

—Creo que la caja que recibió su hija procedía del profesor Zant. Era la misma que usted le envió. Por eso podía estar rancio.

En el silencio que siguió se habría oído la caída de un alfiler. La estancia se estremeció. Julia sabía que, si se giraba, las figuras de las vidrieras que decoraban las ventanas temblarían de desaprobación.

No dijo nada.

—Tercero. Y más importante: nos gustaría saber por qué el número del móvil de su hija aparecía en la agenda del teléfono de Kellen Zant.

—No hablará en serio.

—Me temo que sí, señora Carlyle. Julia. No solo aparecía su número en dicha agenda sino que, en las dos semanas anteriores a su muerte, el profesor Zant realizó al menos cinco llamadas a ese número y ella le hizo al menos tres.

Hacía solo unas semanas Julia había sollozado frente al espejo del cuarto de baño, lamentando la terrible verdad de que Kellen hubiera muerto sin que ella tuviera oportunidad de despedirse de él. Ahora, durante un momento de locura, Julia deseó que Kellen siguiera con vida, solo para disfrutar del placer de matarlo con sus propias manos. De forma lenta. Dolorosa. Pero se aferró a su cordura, con fuerza, y, cuando respondió, la sorprendió comprobar la serenidad que emanaba de su voz.

—¿Por qué me cuenta esto, Rick? Habría creído que preferiría soltárnoslo a todos, incluida Vanessa, a bocajarro, en lugar de advertirme. Usted sabe que se lo preguntaré.

Chrebet cruzó las huesudas piernas, doblando los dedos sobre la rodilla. Se le ocurrió pensar que el teniente no estaba tomando notas.

—Espero que se lo pregunte, señora Carlyle. Me temo que tal vez yo no tenga oportunidad de hacerlo.

—No le entiendo.

—Es posible que no reciba la autorización necesaria para interrogarla.

—¿Por qué no?

El inspector la observó brevemente con sus ojos claros, como si se preguntara si merecía la pena tomarse la molestia. Ira, comprendió ella por fin: eso era lo que había percibido tras aquel rostro pálido e inexpresivo. La furia del atleta que tropieza en la última vuelta.

—¿Acaso no lee los periódicos, Julia? El caso está a punto de cerrarse. Fue un robo.

Solo cuando el inspector se hubo marchado se le ocurrió a Julia plantearse por qué no había formulado esas preguntas cuando fue a ver a Lemaster.

### III

A solas en su pequeño despacho, Julia inició el proceso de no pensar. Ordenó estantes que no hacía falta tocar. Enderezó los extremos de los tres montones de carpetas de solicitudes de admisión que tenía sobre la mesa, disponiéndolos en una línea recta. Como ya había regado las plantas, les echó varios abonos mágicos; luego se apostó junto a la ventana y observó a través del intrincado dibujo de las vidrieras cómo Rick Chrebet cruzaba el aparcamiento, desafiando al viento vespertino que venía del norte. Respetaba el amargo fuego que había visto en sus ojos claros al final de la entrevista: el dolor feroz de la incapacidad de luchar por aquello por lo que el alma te dice que debes luchar. Solía verlo en el espejo todas las mañanas en las últimas semanas de su relación con Kellen.

Julia se puso la parka y se calzó las botas. La mayoría de los días salía de Kepler tan pronto como podía para llegar a casa antes que las niñas. Los autocares dejaban a Jeannie y a Vanessa poco después de las tres. Ahora faltaban unos minutos para las dos. Tenía veinticinco minutos de trayecto. En la antesala del despacho, Latisha le entregó un informe que habían enviado los de IT, donde resumían sus hallazgos, mientras que Foxon, su compañera a tiempo parcial, blanca, que nunca parecía tener nada que hacer y mostraba a las claras que preferiría no tener una jefa negra, susurraba con aire importante por teléfono; Foxon, que, si Latisha se iba, sería ascendida.

—Déjalo en mi mesa —dijo Julia.

—Insistieron en que te lo diera cuanto antes. —Reproche. Confusión. Miedo—. Al menos deberías echarle un vistazo.

—Tengo que irme. Ya lo miraré mañana.

Pero Latisha, ante la sorpresa de Julia, se mantuvo en sus trece.

—Dijeron que hoy.

—Por favor... Déjalo en... No, da igual. —Cogió el informe y, después de doblarlo, se lo guardó en el bolsillo.

Cuando intentaba escabullirse del edificio, Julia se topó con Boris Gibbs e Iris Feynman, sus compañeros de decanato. Boris la saludó con su sempiterna barrita de caramelo, brindándole una débil sonrisa. Ella recordó que él le había prometido averiguar en qué andaba metido Kellen en el Landing. Aquel almuerzo parecía haber tenido lugar hacía una eternidad.

Según Boris, Iris estaba creando problemas de nuevo.

—Yo afirmo que Kepler está demasiado centrado en el cristianismo. Ella dice que así es como debe ser, ya que se trata de una facultad de teología. ¡Y es judía! ¡Debería encabezar la protesta!

En el mundo de Boris Gibbs, esto pasaba por ser una muestra de humor.

—No me meto en esta clase de discusiones —dijo Julia, con la vista puesta en la salida.

—Julia no es una mujer de Dios —explicó Boris, como si Iris no lo supiera—. Asiste a la iglesia, pero no es una mujer de Dios. Julia está anticuada. Va a la iglesia porque su marido la lleva. Lemaster es un anglicano radical, lo que supone un modo educado de decir que prefiere ese libro de oraciones reaccionario que el mundo civilizado ha dejado de lado hace ya tiempo. —Dio un mordisco al caramelo y señaló a Julia con él—. Tengo información para ti.

Iris, con una sonrisa de alivio, dijo que los dejaba solos para que hablaran.

—Boris, lo siento. Ahora no tengo tiempo.

—Estaba construyendo una casa.

Esto frenó su paso, como quizá pretendía él.

—¿Qué?

—Tu Kellen se estaba construyendo una casa en el Landing. —Dio un buen mordisco—. Buscó un buen sitio con playa privada, habló con un constructor, todo.

Tras la entrevista con Chrebet, le costaba digerir esto.

—¿Estás diciéndome que Kellen Zant pensaba instalarse en Tyler's Landing?

—Al menos construirse una casa —contestó él, muy satisfecho consigo mismo—. Vaya, parece que tampoco te lo contó. —Le dio una palmada en el hombro, y ella se preguntó si la habría manchado de caramelo—. Hay más cosas, pero, como tienes prisa, ya te contaré el resto otro día.

Boris se alejó por el pasillo, riéndose. Sería mucho más tarde cuando Julia caería en la cuenta de que su discusión con Iris era la mayor pista.

## IV

«No es una mujer de Dios», dijo ella en voz alta, enojada ante la cruel burla de Boris. Mientras se dirigía a la entrada principal e intentaba decidir cómo formularle a Vanessa las preguntas de rigor, Julia cambió de dirección y se metió en la capilla Kepler, el espacio de plegaria de la facultad de teología, que aunque no era tan grande como la capilla de la universidad, cumplía sus funciones a la perfección. Paseó la mirada por la vasta sala de agradable temperatura, sintiendo que los frescos, las desvaídas hojas doradas y las cornisas de yeso mellado eran todos para ella. Anduvo despacio por el pasillo central. Había un altar alto, de un siglo de antigüedad, tallado

con palabras casi borradas sacadas del octavo capítulo del *Evangelio de san Juan*, y un altar bajo de madera más joven y brillante, donde no rezaba inscripción alguna. En las paredes y en varios receptáculos había almacenadas suficientes sillas, crucifijos, paños de altar, cálices, incensarios y fuentes para lograr que todas las confesiones, a excepción de las más austeras, pudieran arreglar el espacio al gusto de sus miembros. En una esquina en penumbra se alzaba un anaquel tambaleante de velas de ofrenda en fundas de cobre, todas apagadas. En lo alto, el frío sol de la tarde centelleaba a través de las ventanas del triforio.

Fue aquí donde ella y Lemaster se habían casado veinte años atrás, con unas desconcertadas familias que soportaban el enlace con un furioso estoicismo compartido, cada bando convencido de forma inexorable de que Julia le había cazado, ya que en el día de su boda ella estaba en su quinto mes y el bebé que crecía en su interior era difícil de ocultar. Había sentido la muda humillación de su madre quemándole en la espalda y, más tarde, había insistido en que lo único que recordaba de la ceremonia era el momento en que había cogido a Lemaster de la mano y había huido para salvar su vida. Era mentira. En realidad, recordaba todos y cada uno de los dolorosos minutos, incluso la parte en que maldijo a Dios en silencio en mitad de los votos por abocarla a esta situación; ya que Julia, como buena americana protestante, no podía asumir la idea que sus problemas fueran culpa suya.

Desde que regresara a la facultad de teología, tres años y medio atrás, Julia había adoptado la costumbre de acercarse a este lugar cuando necesitaba pensar, porque la sala apenas se usaba durante la semana y en ella podía disfrutar de una relativa paz. Es decir, podía sentarse en paz excepto en las ocasiones en que Kellen abandonaba su despacho del enorme edificio de ciencias sociales situado al otro lado de la calle Hudson y se deslizaba en el banco junto a ella para relatarle sus últimas hazañas. O bien se lo encontraba al volver a su despacho, apostado en el pasillo con aire deprimido: siempre se trataba de alguna crisis que no podía discutir con nadie más, porque nadie le había entendido nunca. Cuando Julia le decía que la dejara en paz, él se esfumaba con ese aire contrito y afectado que ciertos hombres rudos pueden aparentar sin el menor esfuerzo, solo para reaparecer una semana más tarde, por correo electrónico, mensaje instantáneo o teléfono, proponiéndole una comida, un café, o cualquier otra cosa para la que ella dispusiera de tiempo. La agotaba. Y quedaban, y Kellen le hablaba de la mujer que le estaba dando problemas, o del colega que se había burlado de él por no haber realizado más investigaciones académicas en los últimos tiempos, o de un cliente potencial que había contratado a otro economista menos cualificado que él.

—Tienes que aguantarte —decía ella, citando a la abuela Vee—. Es lo que hacen los adultos. Se aguantan.

—Se me ocurren otras cosas que a este adulto le gustaría aguantar —replicaba él, burlándose de ella con ojos de cordero degollado.

—No puedes llevar una vida ordenada si lo más importante para ti es el deseo. —

Suponía que esta era una cita de Lemaster.

—¿Y quién quiere llevar una vida ordenada?

Kellen era brillante, había triunfado y recibido el reconocimiento general. También era un bebé grande, y quería que Julia jugara a representar el papel de mamá, que le ofreciera un hombro sobre el que llorar, como solía hacer antes, con la salvedad de que cuando apoyaba la cabeza lo último que quería era llorar. Lo que Kellen Zant le había dicho a Julia de mil pequeñas formas distintas era lo mismo que Seth Zant le repitió el día del funeral: ella era la fugitiva.

En la mayoría de las ocasiones había conseguido mantener las distancias.

En el centro comercial de Norport, Kellen había dicho que debía esparcir el riesgo del inventario porque estaba metido en un lío, que se enfrentaban a momentos muy delicados, algo sobre la materia oscura. Ella lo había desdeñado como otro flirteo más, ya que a lo largo de su vida Kellen había estado metido en tantos líos que resultaba difícil imaginar que uno de ellos pudiera ser el peor.

Ahora ya no estaba tan segura.

No era un flirteo. Era un mensaje.

Boris tenía razón, desde luego. Julia no creía en Dios, no de verdad. Veinte años atrás, ella y Lemaster se habían ido a vivir juntos y habían abandonado la facultad de teología: Lemaster, porque lo que aprendía le hacía temer que todo fuera falso; Julia, porque esas enseñanzas le hacían temer que todo fuera cierto. Con el tiempo ambos habían superado sus miedos y habían vuelto al redil. El padre Freed de San Matías a menudo hablaba del Paraíso. Lemaster le escuchaba con atención. Julia le dejaba hablar. Pero cuando, con el corazón en la mano, miraba hacia el futuro, a dos, tres, quizá cuatro décadas a partir de este momento, se veía en un hospital frío, rodeada de máquinas desalmadas, con un hijo o dos para darle la mano, con un marido que llevaba ya tiempo muerto y ella misma esperando a que bajara el último telón, al otro lado del cual solo había vacío.

Era hora de irse. Cuando buscaba en el bolsillo las llaves del coche, encontró el informe de IT. Desdobló la única página y la leyó una vez, deprisa, y luego una segunda vez con más atención, asumiendo la importancia de ciertas frases: «... lleno de virus espías... más sofisticados que los productos comerciales habituales... en absoluto un producto de aficionados... rehuido el software antivirus... engañaba al administrador de tareas... seguía cada tecleo... cada página web y cada correo electrónico... de una calidad que solo usa el gobierno federal, normalmente con una orden judicial...».

Kellen había dicho que en su haber tenía a una figura política importante. Y que le había dejado las pruebas a ella.

Julia Carlyle era, como siempre había sido, una devota agnóstica. Sin embargo, sentada sola en la vacía y agonizante capilla, inclinó la cabeza y rezó.

## Madre, hija y amiga

### I

—¿Puedo hablar contigo, cariño? —dijo Julia, al tiempo que entraba en la habitación de la mayor de sus hijas.

Vanessa, que estaba encorvada frente al ordenador en compañía de su amiga Smith, se encogió de hombros, pero con un clic rápido borró todos los mensajes instantáneos que inundaban la pantalla siempre que estaba conectada. Su madre sabía que era natural que una adolescente, atrapada en esa artificiosa etapa que media entre la libertad infantil y la responsabilidad de la edad adulta, quisiera proteger su intimidad. Sin embargo, le preocupaban esas amistades que surgían en la red y los secretos que compartía o descubría en ella. Coalición Arcoiris, aovillado en el regazo de Vanessa, contempló a Julia como si fuera una intrusa. Smith, de piel pálida y fantasmal que contrastaba con su atuendo negro, y llena de piercings, ni siquiera levantó la vista. A través de la ventana se distinguía un cielo despejado, hermoso, aunque el pronóstico del tiempo auguraba más nieve para la mañana siguiente.

—¿Vanessa?

—Ajá...

Lacónica, rozando la grosería, como siempre que Smith estaba cerca. Hasta hacía un par de años Smith había sido como un ratoncillo blanco llamado Janine Goldsmith. Ahora mecía la cabeza casi rapada mientras observaba un objeto que tenía en el regazo. Julia se preguntó si estaba colocada.

—Te estoy hablando, Vanessa.

—Ya te oigo.

Julia se acercó; su vestido rozaba el suelo porque nada más entrar en casa se había despojado de los zapatos de tacón. Era viernes, y ella y Lemaster venían de otra cena de gala, en esta ocasión ofrecida por una fundación que recaudaba dinero para los estudiantes pertenecientes a minorías. Julia se había pasado la mayor parte de la noche bailando mientras Lemaster se dedicaba a la labor social.

—Vanessa —repitió Julia—. Vanessa, ¿te importaría darte la vuelta? ¿Y bajar un poco la música?

Porque, aunque aquellos sonidos incomprensibles no se oían desde el pasillo, en la habitación formaban un estruendo mayúsculo.

—Ni hablar.

Vanessa se giró en la silla, mirando a su madre con una sonrisa, mientras Smith



seguía jugando con algo: una especie de artilugio electrónico que debía de haberse inventado hacía menos de un mes y que causaría furor dentro de otro, ya que sus indulgentes progenitores, que habían pasado por un complicado divorcio, creían que esa era la forma de comprar y recuperar el cariño de su hija. Vanessa parpadeó. Llevaba gafas en lugar de lentillas, como solía hacer por las noches. Una bata cubría su amplio pijama. Calzaba unas zapatillas con conejitos, tan viejas y gastadas que Julia se admiraba de que pudiera andar sin tropezar. Esa misma tarde les había pedido operarse de la vista. Era viernes, y Smith se quedaba a dormir, pero a pesar de la hora no mostraba la menor intención de acostarse.

—Hola, Janine —dijo Julia—. ¿Cómo estás?

Smith ni se inmutó. Los jóvenes de hoy.

—Me gustaría hablar contigo —dijo Julia, dirigiéndose a su hija.

—Vale.

—Esta noche estás parca en palabras.

—Sí.

Era la personalidad yanqui de Nueva Inglaterra de Vanessa, una de las diversas identidades que le servían para proteger una profunda vulnerabilidad. Vincent Brady les había advertido que no se dejaran confundir por lo que su hija mostrara en la superficie.

—¿Todo va bien, cariño?

—Ajá. —Acariciaba indolente el cuello peludo de Coalición Arcoiris.

—¿Podemos hablar en privado?

Quería formular la pregunta de Rick Chrebet sin tener al inspector delante, pero al mismo tiempo la enfurecía la idea de tener que pedirle permiso a su hija para hacerlo. Sin embargo, no tenía una forma clara de relacionarse con su hija. Todavía no se habían puesto de acuerdo sobre si Vanessa asistiría o no al Cotillón de Blanco y Naranja que se celebraría después de Navidad, y Julia se mostraba reticente a ordenarle que fuera. Tampoco estaba ya segura de que sus órdenes fueran obedecidas.

Oh, Dios, ¿qué le pasaba a su hija?

—Smith es una amiga íntima —dijo Vanessa. Le temblaba la mano, pero era capaz de controlarlo—. Se lo cuento todo.

Smith emitió un breve gruñido que podría haber sido una muestra de pena o de alegría, de desacuerdo o de emoción, o incluso un ronquido. El aparato que tenía en el regazo iba provisto de una pantalla pequeña. ¿Era un reproductor de DVD?

—¿Puedes salir un momento, cariño, por favor? —insistió Julia.

Vanessa asintió, desganada, como si quisiera demostrar que lo hacía por obligación, pero Smith levantó la cabeza: por un instante su rostro tatuado expresó enojo y desaprobación, como si las buenas maneras estuvieran pasadas de moda.

Cuando estuvieron en la galería, el amplio balcón que separaba la habitación de Vanessa del pasillo que conducía al dormitorio principal, Julia se acercó a su hija y le preguntó:

—¿Le pasa algo? ¿A Janine?

—Ha hecho voto de silencio. Hasta que termine la violencia.

Ah, bueno, eso lo explicaba todo.

—Escucha, cariño. No tardaré mucho. Hace tiempo que quiero preguntarte...

—Cuatro.

—¿Qué?

—El número de veces que me vi con Kellen Zant. —Sonrió—. Esperaba que me lo preguntaras.

## II

Julia se balanceó sobre sus doloridos pies. Se había concedido un día entero para calmarse antes de sacar el tema, porque sabía que de haberse encarado con Vanessa en las horas inmediatamente posteriores a la conversación con Chrebet, no habría podido controlar su furia y las relaciones con su hija mayor ya eran lo bastante complejas sin necesidad de añadir nuevos enfados. Lemaster estaba abajo, hablando con Flew, que los esperaba a su llegada en cumplimiento de un encargo que no había sido revelado.

—Disculpa un segundo —le dijo a Vanessa, ya que había advertido que la puerta del cuarto de Jeannie, decorada con sus perfectos poemas breves, estaba entornada. Julia cruzó el amplio descansillo y llamó. La única respuesta fue el rumor de unas pisadas rápidas—. A la cama, Jeannie.

Julia aguardó a oír el murmullo sofocado de aquiescencia y luego se volvió hacia Vanessa. Se dejó caer en el sofá porque los pies le dolían demasiado para estar de pie.

—¿Quieres decirme qué pasó con Kellen Zant?

—Me muero por contártelo.

Con un esfuerzo Julia contuvo una respuesta irónica, negándose a imitar, como hacía a menudo, a su propia madre, siempre impulsiva y malhumorada.

—Para ya, Vanessa, por favor. Dime.

—Como quieras. —Se frotó los ojos y lanzó una mirada hacia la puerta de su habitación que casi expresaba una nostalgia apasionada. Julia se preguntó si su hija estaba pensando en Janine (no, en Smith) o en el ordenador. Se le ocurrió que Vanessa debía de estar mortalmente cansada y que lo mejor sería que se metiera en la cama. Pero ella y Smith se quedarían despiertas hasta el amanecer, entretenidas con cualquier cosa—. La primera vez que me encontré con él fue en la biblioteca de la facultad de teología. Creo que era noviembre. Hace un año, más o menos.

Julia, que no tenía constancia de que su hija sufriera problemas de memoria, intentó procesar la información.

—¿Te encontraste con Kellen... en Kepler?

—Ajá. Cuando estaba investigando para el proyecto. Yo salía de los archivos y él estaba en la sala de lectura...

—Espera, cariño, espera. ¿Estás segura?

—No, mamá. Si te parece, me lo estoy inventando. —Chasqueó la lengua. ¿Era fastidio? ¿Ira?—. Claro que estoy segura. De hecho me sorprendió bastante, porque bueno, ya sabes, él era el gran economista y papá siempre decía que se había olvidado de la parte teórica, así que ¿qué buscaba en la biblioteca? ¿Y en la biblioteca de la facultad de teología, nada menos? Pero ahí estaba. La siguiente vez, hum... creo que fue en enero. Y otra vez en verano. Y después en otoño. Septiembre o algo así. Una vez más en la facultad de teología y otra en la Sociedad Histórica...

—¿La Sociedad Histórica de Harbor County?

—Sí. Ah, y un día lo vi a la salida del colegio.

—¿Fue al instituto?

—Bueno, pasaba con el coche cuando yo salía. Me preguntó si me apetecía tomar un café...

—Cabrón —dijo Julia antes de poder contenerse, deseando disponer de la oportunidad de matarlo por segunda vez—. Cielo... ¿de qué...? ¿De qué hablasteis?

—Imagínatelo. El colegio. El tiempo. Lo bien que me quedaba el peinado.

—¿Te habló de tu pelo? —preguntó Julia, súbitamente abatida.

—Ajá. Ah, y de que yo era la viva imagen de mi madre. Pero Kellen dijo «vivida». —Una sonrisa tímida le bailó en los labios antes de desaparecer—. Me dijo que vestía muy bien. Que era muy lista. Me propuso juegos de palabras. Le gustaban los acertijos. No paraba de incordiar me, mamá. —Se estremeció—. Me enviaba correos electrónicos y mensajes por el Messenger. No paraba de llamarme. Al final llegó a darme miedo. Era demasiado viejo para llamarme.

—Oh, cariño, él no... Quiero decir, vosotros dos no... Por favor...

—¡No me acosté con él, si te refieres a eso! ¿Cómo puedes decir algo así? —Vanessa bajó la cabeza y se tapó los ojos. Luego se frotó las sienes. Tenía que estar harta de contestar preguntas a todas horas, y ahí estaba su madre, empeorando la situación. Julia ya casi se arrepentía de haberlo intentado.

Pero tenía que proteger a su hija de... lo que fuera.

—Lamento que tuvieras que pasar por eso, cariño.

—Yo también. Fue como una especie de acoso. Ya te lo he dicho. Daba miedo.

—Ojalá nos lo hubieras dicho, a mí o a tu padre. Nos habríamos encargado de eso.

—Bueno, alguien lo hizo, ¿no? —dijo la adolescente con descaro.

Se produjo una pausa mientras ambas digerían la idea. La cara de Vanessa se ensombreció al percatarse de las implicaciones de su propio comentario y Julia notó un vuelco en el estómago, mientras el eco de una vocecilla malvada le susurraba que Kellen se había ganado su final a pulso. Luego Julia formuló la pregunta que había estado rondándole por la cabeza desde que se produjo la visita de Rick Chrebet.

—Cariño, ¿te preguntó por tu proyecto?

—¿Mi proyecto?

—El trabajo sobre Gina Joule.

Vanessa entrecerró los ojos y se rió con dureza.

—Oh, vamos, mamá. Le importaba un rábano mi trabajo de fin de curso. Lo único que le importaba era meterme mano.

—Cariño...

—Cerdo perverso. Tenía al menos cuarenta y nueve años y coqueteaba con una adolescente. Quería que tomara un «café» con él.

Sin embargo, Julia luchó por mantener la mente abierta: para no confundir el grano con la paja, ni el bosque con los árboles... o como diablos dijera el refrán.

—¿Así que nunca... nunca te preguntó lo que de verdad le sucedió a Gina aquella noche?

Vanessa sacudió la cabeza; las trenzas oscilaron.

—A Gina no le pasó nada, mamá. ¿Acaso no leíste el trabajo? Fue DeShaun Moton quien la mató. ¿Te acuerdas? —Pero se dispuso a explicar de nuevo la historia, una costumbre que había heredado de su padre—. Gina se peleó con su madre, salió dando un portazo de su casa y se fue a dar una vuelta. DeShaun había robado el BMW, vio a una chica mona blanca cerca del parque que hay a la salida de la ciudad; se paró, flirteó con ella un rato, y Gina, tonta como era, se subió al coche. Supongo que estaba furiosa con su madre. Las chicas suelen hacer esas tonterías cuando sus madres las sacan de quicio. Y no me refiero a ninguna en concreto, sino a las jóvenes en general. En fin, DeShaun la llevó hasta la playa, intentó hacer lo que hacen todos los tíos, se pelearon, ella se ahogó. Y DeShaun... bueno, salió pitando de Dodge. Solo que él también era imbécil. Unos cinco o seis días después vuelve, roba otro coche, los polis lo persiguen y... bang, está muerto. Vale, sí, ya lo sé, no deberían haberlo hecho, pero era culpable sin ningún tipo de duda, mamá. Vamos, por favor. Las pruebas eran irrefutables. Sí, la gente no quería que DeShaun fuera culpable porque era negro y Gina blanca, y ya se sabe, linchar a negros por haber matado a chicas blancas es un cliché tan viejo como... —Vanessa no pareció ser capaz de decidirse por una comparación adecuada, y, por un instante, su boca se abrió sin pronunciar palabra. En esta ocasión Julia tuvo la sensatez de dejar que su hija lograra salir de la situación—. Vuelve a leerte el trabajo, mamá. He visto los archivos del caso. No dejaban lugar a dudas. Fue un caso claro. Tenían huellas. Tenían testigos. Tenían sus antecedentes criminales. Lo tenían todo. Sí, se produjo una revuelta, pero los alborotadores se equivocaban. Yo quería que hubieran tenido razón. Por eso me decidí a hacer ese trabajo, para demostrar que DeShaun era inocente. Pero no lo era.

Vanessa dio una patada contra el suelo y sacudió los brazos, como si quisiera alejar de su mente lo que había sucedido después. Sonrió como si el resto nunca hubiera ocurrido y habló con calma.

—De todos modos, no debería haberme agobiado. Me refiero a Kellen. Era asqueroso.

—Lo sé. Y lo siento, cariño.

—Y la verdad es que no sé en qué andaba metido Kellen, mamá. No me lo dijo. Pero si por casualidad estaba investigando el caso de Gina... Bueno, si decidió que no fue DeShaun y empezó a propagarlo a los cuatro vientos, estaba mintiendo, mamá.

—¿Estás segura?

—Eh, ¿recuerdas lo que me dijo papá, antes de que empezara a redactar el trabajo? Dijo que un estudiante que se decide a hacer un proyecto de investigación debe convertirse en uno de los mayores expertos mundiales sobre ese tema. Su tema. Bueno, pues aquí estoy: soy la mayor experta sobre Gina Joule. Y, sí, mamá, no me cabe la menor duda de la culpabilidad de DeShaun Moton. Supongo que su familia también lo estaba, ya que retiró los cargos contra el Landing. Ni siquiera hubo una vista.

—¿Se lo dijiste a Kellen?

—Por supuesto que no —respondió Vanessa con los ojos muy abiertos y la incredulidad dibujada en ellos—. Ya te lo he dicho: nunca hablamos de Gina. A Kellen no le importaba quién mató a Gina. Lo que quería era mirarme las piernas. Daba asco.

—Y las llamadas...

—Estaba empeñado en que nos viéramos. Era un enfermo. —De nuevo llegó la calma, como quien acciona un interruptor—. No le digas nada a papá, ¿vale? Le daría un ataque. Al fin y al cabo el pobre tipo está muerto. Dejémosle descansar en paz.

Los pensamientos de Julia habían seguido ese mismo razonamiento.

—¿Y eso fue todo? ¿Toda la relación que tuvisteis?

Vanessa levantó la cabeza de nuevo y Julia comprendió que se había equivocado al elegir las palabras.

—¡No tuvimos ninguna relación! ¡Te lo acabo de decir! Mamá, por favor... ¡No te pases!

Janine asomó la cabeza por la puerta, como si quisiera comprobar que su amiga no necesitaba ayuda. Julia la observó, con todos sus piercings, hasta que la chica volvió a esfumarse. Mientras tanto Vanessa no había parado de hablar.

—Ni siquiera éramos amigos, mamá. No éramos nada. Yo estaba metida en mis cosas y él apareció y empezó a molestarme, ¿vale? Los tíos lo hacen a veces, incluso los tíos de cierta edad. Estoy segura de que también te ha pasado a ti.

—No quería decir eso, cariño. De verdad.

Los hijos, pero sobre todo las hijas adolescentes, disponen de una gran variedad de miradas desdeñosas: Vanessa brindó a su madre una de las mejores de su repertorio.

—Claro, mamá.

—Cariño...

—A ver, ahora que sé que vosotros tuvisteis un lío todo cobra sentido. Me molestaba porque así pretendía fastidiarte a ti.

Julia se quedó asombrada ante la perspicacia que demostraba la idea, y ante su absoluta plausibilidad.

—Lamento que tuvieras que pasar por eso, cariño. De verdad. Cielo... —Le ofreció un abrazo, pero Vanessa, rígida como una estatua, ni lo aceptó ni lo rechazó—. Era un hombre terrible. Lo era. —Se preguntó a quién intentaba convencer—. No tenía ningún derecho a hacerte eso. Estoy tan orgullosa de ti, del modo en que lo llevaste...

La queda respuesta de Vanessa la sobresaltó.

—Mamá, no tienes ni la menor idea de cómo lo manejé.

En la mente de Julia empezó a formarse una idea peligrosa, una idea contra la que había estado luchando sin cesar desde la conversación que mantuvo con el Tal Casey en los multicines. Volvió a alejarla.

—Bueno, estoy orgullosa de ti, cariño. Y te quiero.

—¿Algo más? —dijo Vanessa, haciendo gala de la misma altivez que Lemaster—. Porque te prometo que estoy bien, en serio.

Y la verdad es que me gustaría seguir con lo que estaba haciendo.

—Ah, no, nada más —dijo Julia, ocultando su exasperación, culpándose por ser tan malvada como para arrastrar a sus hijos a conversaciones serias—. Por cierto, querida, ¿qué hacías exactamente?

—Ahorraros un montón de dinero con el MP3. Pero no te preocupes. Básicamente grabo cedés que me ha prestado Casey y uso una página de intercambios de la que nadie ha oído hablar, una página coreana que es la leche. No me mires así. No pasa nada. El sistema de protección de seguimiento está conectado. La sociedad de autores no me descubrirá nunca.

—¿Y cómo describirías lo que estás haciendo si tu lengua materna fuera el inglés?

—Bajarme música.

—Ah. —Se produjo una pausa incómoda, mientras Julia intentaba determinar en qué momento había perdido todo ascendiente sobre su hija. Se le ocurrió, y no por primera vez, que los únicos amigos de raza negra que tenían sus hijos eran aquellos a quienes habían conocido a través de la relación entre los padres: exactamente lo que le había advertido Mona cuando se mudaron fuera de la ciudad—. ¿Y es legal?

—No.

—Pues entonces no lo hagas, ¿de acuerdo?

—Claro, mamá.

—¿Vanessa?

—Sí, mamá.

Con la mano en el pomo de la puerta, Vanessa ya no hacía el menor esfuerzo por esconder su impaciencia. Julia estaba convencida de que su hija le mentía, pero no

lograba averiguar en qué.

—¿Qué es eso con lo que está jugando Janine? ¿Ese cachivache electrónico?

—Ahora se llama Smith, mamá. Es un acto de protesta, ¿lo recuerdas?

—Contéstame.

Vanessa podía ser puntillosa hasta para describir una travesura.

—Capta las redes móviles para ESN y MIN. Se supone que funciona incluso bajo AMPS y NAPS. Lo estamos probando.

—En cristiano, por favor. ¿Para qué sirve?

—Clona los números de móvil. Ya sabes, para hacer llamadas gratis. —Vanessa vio cómo el rostro de su madre se ensombrecía—. No te preocupes. No lo usa en provecho propio. Encontró las instrucciones en la red y solo quería comprobar si sabría activarlo.

Julia recordó con un sobresalto que Janine Goldsmith había ganado varios primeros premios de forma consecutiva en el concurso científico de la escuela. Y que Vanessa no la habría ayudado a hacer... lo que estaba haciendo. Otra cosa que recordó fue que Lemaster se había opuesto a que se quedara a dormir. Julia le había convencido aduciendo que ello animaría a Vanessa.

—Dile que lo deje, ¿vale? Me parece un poco ilegal. Y moralmente cuestionable —añadió Julia, aunque dejar el aspecto ético del asunto en segundo término lo había despojado de cualquier peso moral.

—De acuerdo, mamá. —La misma y dulce sonrisa de antes, como la de quien te da la bienvenida a un nuevo culto religioso.

### III

Mantuvo la promesa hecha a Vanessa: no le contó a Lemaster las perversas intenciones que Kellen había albergado hacia la hija de ambos. Se convenció de que no tenía sentido hacerlo, mientras, tendida junto a su esposo, intentaba conciliar el sueño. Kellen estaba muerto. La frágil recuperación de Vanessa había constituido una batalla demasiado dura. El inminente final de su interés oficial por Kellen Zant era la mejor noticia que había llegado a sus oídos... desde su muerte.

—¿Lemmie? —dijo ella.

—¿Hummm?

—Ese inspector vino ayer a verme. Chrebet. —La oscuridad era la misma que Julia recordaba de las tiendas de campaña, las colonias donde Mona solía enviar a sus hijos cuando eran pequeños con la esperanza de evitar que se convirtieran en unos gamberros—. Dijo que se están preparando para cerrar el caso.

—Eso he oído. —Soñoliento—. Un robo, o algo así.

—Eso me dijo.

—Me parece de lo más conveniente. —Incorporó la cabeza durante un instante, pero luego volvió a apoyarla en la almohada—. Supongo que no es asunto nuestro.

Bostezó. Era su forma de correr un tupido velo sobre lo que no podía cambiarse. Julia podía ver el fuego de campamento, su resplandor rojo y amarillo refulgiendo en la noche.

—Ah, por cierto —prosiguió—. He hablado con Mal Whisted. —Hizo una pausa—. Sobre Astrid.

Justo después de que fueras a la Casa Blanca y pasaras unos minutos a solas con el presidente, se dijo Julia, pero ahogó la idea antes de darle tiempo a que creciera.

—Bien.

—Me ha dicho que le daría un toque. No cree en esa clase de...

—Bien.

—Astrid es como es. —Lemaster la atrajo hacia sí—. Supongo que no se puede escoger a la familia. —Un beso—. Por suerte, se puede escoger esposa.

Un interludio encantador en penumbra, caricias, roces.

Después:

—¿Lemmie? ¿Qué crees que sucedió realmente? Hablo de Kellen. —En parte quería que el notable cerebro de su marido abordara el problema porque estaba harta de especular sola. Otra parte quería ponerlo a prueba.

La tuvo tanto rato esperando que Julia temió que se hubiera dormido. Una vez más, los pensamientos que no se atrevía a tener se negaban a desaparecer, y, con dificultad, los sofocó.

—Supongo que quienquiera que lo hizo debía de tener una buena razón.

—Pero ¿quién le odiaba tanto?

—No tuvo por qué ser odio, Jules.

—¿Qué otra razón podía haber?

Al escuchar su respuesta, imaginó un saco de dormir, las ascuas agonizantes, estrellas que refulgían como diamantes sobre un velo de terciopelo oscuro.

—Sé cómo lo habría llamado Kellen —dijo él por fin—. Maximización racional del interés propio.



## Un invitado sorpresa

### I

El domingo por la noche Julia cenó en la ciudad con un par de Perlas Hermanas. Regina Thackery, ginecóloga del hospital de la facultad de medicina, y Kimmer Madison, socia de uno de los mayores bufetes de abogados de la ciudad. Técnicamente hablando eran un subcomité de un subcomité, que había asumido la misión de esbozar una descripción del objetivo de un baile benéfico que debía celebrarse en el mes de mayo, ya que el grupo quería encontrar una forma de fomentar los servicios sanitarios para las adolescentes embarazadas sin adoptar una postura concreta sobre el tema del aborto. Regina se había ofrecido voluntaria y apuntó también a Kimmer, su amiga del alma, que nunca asistía a las reuniones aunque de vez en cuando llevaba a su hijo a Perlitas, el centro infantil, creado hacía décadas con el fin de que las mujeres de color de mediana edad pudieran encontrar compañeros de juegos para sus hijos e hijas, demasiado valiosos para arriesgarlos al contacto con las masas negras y demasiado negros para arriesgarlos al contacto con los blancos. Julia no recordaba cómo había acabado formando parte del subcomité. Hasta el momento el trío se había reunido en dos ocasiones sin llegar a ninguna resolución práctica, y esta reunión, en el Cadaver's, un caro y sofisticado restaurante del centro, iba por el mismo camino: buena comida, buen vino y buena conversación, alejada por completo del tema de rigor.

Julia solía disfrutar de esos encuentros. Pero esa noche estaba distraída, y ambas lo advirtieron.

—¿Te encuentras bien, querida?

—¿Hay algún problema en casa?

No pudieron arrastrarla a hablar sobre política. No pudieron arrastrarla ni a los cotilleos, ni siquiera cuando Kimmer soltó el jugoso comentario de que, dada la escasez de hombres negros de cierta edad y calidad, había decidido salir con su ex marido. Ni siquiera pudieron arrastrarla a una charla sobre relaciones de pareja, durante las cuales generalmente solía disimular, ya que tenía claro que el resto del Clan estaba convencido de que el suyo era un matrimonio perfecto; pero, dado que al lado de Mona había aprendido que los trapos sucios no deben airearse en público, no compartía con nadie la gélida verdad de que vivir con Lemaster era como escalar el Everest todos los días.

Sin oxígeno.

—Lo siento —dijo Julia, al ver que la charla no lograba animarla. Bebió un sorbo de vino y contempló su plato de tilapia, casi intacto, como quien acaba de identificar a un nuevo enemigo—. Estas últimas semanas no han sido fáciles.

Lo comprendían, con miradas que pedían más.

—Tal vez nunca debimos trasladarnos fuera de la ciudad —prosiguió, sorprendiéndose a sí misma. Y quizá incluso expresaba parte de la verdad, aunque no sus peores temores—. Ha sido así desde que llegamos al Landing...

—Eh, mirad quién está ahí —dijo Kimmer con una súbita falta de entusiasmo: una mueca de disgusto contrajo su oscuro rostro mientras miraba hacia la otra punta del restaurante. Al igual que Lemaster, Kimberly Madison parecía conocer a toda la ciudad.

Julia y Regina se giraron al mismo tiempo que un hombre alto y apuesto, miembro de la nación pálida, se acercaba alegremente a su mesa: sus amables ojos azules resplandecían y ni uno solo de sus cabellos estaba fuera de su lugar. Daba la sensación de que la vida le sonreía.

—No se levanten, no se levanten —dijo moviendo sus grandes manos, aunque ninguna de ellas había dado muestras de hacerlo—. Kimberly, querida, preséntame a tus amigas.

—Regina. Julia. Este es Anthony Tice.

## II

Lo reconoció de los anuncios de televisión, pero en persona su presencia era, si cabe, más arrolladora. Hacía gala de su apostura: lucía una de esas sonrisas de vendedor, fruto de muchas horas de ensayo ante el espejo, y las espaldas de alguien que se pasaba muchas horas en el gimnasio. Ella había oído que Tice se entendía de modo increíble con los jurados, y al verlo en persona lo creyó.

—¡Vaya! —exclamó él, con el rostro iluminado por una alegría cálida que resultaba casi nauseabunda—. Julia Carlyle. Por fin nos conocemos. Es un placer. De verdad.

—Lárguese —dijo Julia, y las dos Perlas Hermanas la miraron, sorprendidas.

En lugar de hacerle caso, él tomó asiento.

—Tenemos muchas cosas de que hablar —le aseguró.

—¿Lo conoces? —preguntó Regina.

Aquel Adonis del mundo legal creía que su encanto personal podía abrirle todas las puertas. Julia le dedicó una mirada prolongada y desaprobadora, porque hacía semanas que necesitaba un chivo expiatorio y porque la absurda visita de ese hombre a la decana había contribuido en gran medida a su estado de agobio. Tony Tice soportó su vehemencia sin el menor atisbo de sorpresa ni de remordimiento, más bien

con estoicismo. Al levantarse, sintió sobre ella el peso de las miradas de las Perlas Hermanas y las de los ocupantes de las mesas vecinas.

—Solo le robaré un par de minutos. —El traje le sentaba a la perfección. Los zapatos relucían. Tenía los pies muy grandes, al igual que las manos—. Si devolviera mis llamadas, no tendría que molestarla.

—No le he devuelto las llamadas porque no quiero hablar con usted.

—¿Lo has oído? No quiere hablar contigo —intervino Kimmer, cambiando de bando.

Su sonrisa a prueba de bombas no desfallecía.

—No tardaré nada, Kimberly Podréis reanudar la cena en un segundo. ¿Habló con la decana sobre mí? —preguntó Tice, dirigiéndose a Julia.

—Claro. Me informó de que podría no concedernos su aportación anual si no accedía a hablar con usted. —Le sonó el teléfono móvil, pero no hizo caso—. Bueno, ahora ya hemos hablado, así que ya puede pagar.

Kimmer intentó interrumpir de nuevo.

—El caso es que actúo en representación de un cliente. —Él se inclinó hacia delante, en un intento de que ella hiciera lo mismo para así poder bajar el tono de voz, pero ella se negó a entrar en el juego—. Mi cliente mantenía negocios con el profesor Zant, y me temo que algunos asuntos quedaron pendientes. Mi misión consiste en reunir las piezas...

Julia levantó las manos, ya que no quería que Kimmer y Regina se enteraran de nada de eso.

—De acuerdo, de acuerdo. Hablaré con usted. Un minuto. No más.

Se pusieron en pie y se encaminaron hacia el vestíbulo, donde aguardaban los que esperaban mesa. Ella distinguió a un par de conocidos. En la calle una lluvia furiosa y fría había reemplazado a la nieve habitual, de manera que se quedaron en el vestíbulo.

Furiosa por la blancura arrogante de su interlocutor y embargada por un sentimiento de pertenencia al Clan, Julia se lanzó al ataque enseguida.

—¿Cómo se atreve a presentarse aquí e interrumpir nuestra cena?

—Soy abogado. Me gano la vida siendo grosero.

—Bueno, pues venda lo que venda, no me interesa.

—Compro, no vendo.

—No tengo nada que vender, señor Tice. Aunque piense lo contrario, no soy la Dama Negra de Kellen.

Ella esperaba desarmarle, pero fue él quien la desarmó.

—Veo que ha estado hablando con Mary Mallard —dijo él—. Yo que usted no confiaría en ella. El profesor Zant estaba en tratos conmigo, no con la señora Mallard. Iba a venderle algo a mi cliente. La señora Mallard es una intrusa. No debería dejar que se le acercara.

—Después de esta noche es a usted a quien mantendré a distancia.

La sonrisa nunca abandonaba sus facciones, y ella tuvo que admitir que el efecto era bastante encantador.

—Vayamos al grano y así no le robaré mucho tiempo. El profesor Zant estaba en posesión de un artículo que mi cliente deseaba comprar. Habían llegado a un acuerdo. Zant dio a mi cliente lo que, en sus propias palabras, era un acertijo. Prometió entregar el artículo en un par de semanas de plazo, pero alguien le mató.

—¿Ha terminado?

—Shari Byrd —dijo él de repente.

—¿Qué?

—Es un nombre. Shari Byrd. —Lo deletreó—. Una profesora suplente. El profesor Zant dijo que ella tendría el material que vendía y que usted sabría cómo encontrarla. Julia negó con la cabeza.

—No conozco a nadie con ese nombre. Conocí a un abogado llamado Aird cuando trabajaba en Nueva York, pero es lo que más se le parece. Ya está, pues. Hemos terminado. Y ahora, ¿hará el favor de marcharse? —Al ver que Tice seguía sonriendo, ella volvió al ataque—: ¿Quién es su cliente?

—Información confidencial. Lo siento. —No parecía sentirlo en absoluto.

—Le diré lo mismo que le dije a Mary. No tengo la menor idea de en qué andaba metido Kellen cuando murió. No me dijo nada. No me dejó nada. No teníamos esa clase de... eh... relación. —Una súbita oleada de calor en las mejillas hizo que perdiera el hilo durante un segundo—. Y no me gusta que nadie insinúe lo contrario. Así que váyase a ver a sus misteriosos clientes y dígalos que se ha confundido. Dígalos que se ha equivocado de chica.

El no se rendía.

—No tiene ni idea de lo importante que es esto: su ayuda podría reportarle una sustanciosa recompensa. Podemos llegar a un acuerdo. —Desestimó con un gesto la objeción que ella se disponía a plantear—. Solo le pido que lo piense. Nada más.

—Está usted loco.

El teléfono móvil de Julia volvió a sonar. Irritada, Julia echó un vistazo a la pantalla. Claire Alvarez. Quisiera lo que quisiera, podía esperar.

—De acuerdo, señor Tice. ¿Quiere que lleguemos a un acuerdo? Pues hagámoslo. Estas son mis condiciones, y son innegociables. —El dedo índice acuchillando el aire—. Si vuelve a acercarse a mí con cualquier excusa, haré que le detengan. Punto.

—Seguiremos en contacto —dijo él, imperturbable, y deslizó su tarjeta en la recia mano de la mujer.

Julia estaba furiosa. No solía dar rienda suelta a su ira, no desde que se casó con Lemaster. Era como estar colocada, pero sin sustancias. Tras cerciorarse de que el abogado la estaba mirando, partió la tarjeta por la mitad y arrojó los pedazos a la calle, sobre un sucio montículo de nieve. Entró de nuevo en el salón, intentando avanzar con paso firme. Lemaster estaba recaudando fondos en Florida, pero cuando volviera le contaría el acoso de Tice y dejaría que fuera él quien se ocupara de ese

hombre. Mientras tanto, saboreó las mieles del triunfo. Había despachado a Tony el Tramposo. Después de veinte años recurriendo a su marido para resolver sus problemas, de este se había encargado ella. Cuando se sentó, Regina y Kimmer destacaron su cambio de humor e incluso bromearon sobre el contenido de esa conversación clandestina.

Julia, todavía eufórica por su triunfo, les siguió el juego.

El teléfono móvil volvió a sonar. Tanta insistencia no era propia de la decana. Salió al vestíbulo para contestar a la llamada. Claire, con la voz alterada, le pidió si podía ir a su casa enseguida. Sorprendida, Julia miró la hora. Eran casi las nueve, así que preguntó si no podía esperar al día siguiente.

Claire le explicó la razón.

Hacía dos horas, mientras Boris Gibbs cruzaba el atestado aparcamiento del centro comercial después de realizar sus compras de Navidad, un utilitario deportivo derrapó sobre la nieve, arrolló al hombre y se dio a la fuga.

Y, a pesar de que nadie los creyó —la gente tiende a ver cosas raras en situaciones extraordinarias—, un par de horrorizados testigos insistieron más tarde en que el coche había dado marcha atrás para volver a atropellarlo.

### III

De madrugada. Julia hacía zapping en el salón, mientras los últimos coletazos de la tormenta azotaban los aleros pidiendo paso. No había nieve, pero sí una lluvia helada y torrencial, una densa cortina de gotas airadas, fuertes como balas, que impedía ver el patio a pesar de las luces. CNN. Clic. Fox News. Clic. MSNBC. Clic. Nada.

A diferencia de Kellen, el pobre Boris no salió en las noticias.

Al fin y al cabo no había sido más que un accidente de tráfico; y Boris era blanco, y su fama no había trascendido más allá de las puertas de Kepler, a excepción de entre unos cuantos eruditos de su propio campo, y para ser sinceros ni siquiera entre todos ellos.

Irritada, apagó la televisión y se fue a la mesa de la cocina para probar con los noticiarios de internet. No podía apartar de su cabeza la imagen que se había formado del accidente. El coche te embiste. Caes al suelo, nunca has sentido un dolor igual, pero estás vivo: una oleada de alivio invade lo que queda de tu cuerpo. Luego el coche vuelve. Y vuelve...

La policía había desestimado los testimonios, pero Julia sabía que seguirían vivos en sus pesadillas.

Se preguntó qué fue lo que Boris oyó al final. El ruido de un motor. Gritos, desde luego, empezando tal vez por los suyos. Después el clic final, del resplandor al vacío. ¿Y qué habría oído Kellen? ¿Su cerebro tuvo tiempo para reconocer el disparo?

Suponía que no. Solo un instante de dolor. O de sorpresa.

Seguido de... lo que fuera.

La línea entre la vida y la muerte, entre el todo y la nada, era tan fácil de cruzar. Dejabas el coche en el extremo equivocado del aparcamiento y el milagro inexplicable cesaba: el corazón dejaba de latir, los pulmones dejaban de respirar, el cerebro dejaba de pensar. Algunos días Julia creía devotamente en Dios, en la resurrección de los muertos, en la vida eterna y en todas las demás afirmaciones del Credo que recitaba todos los domingos por la mañana en San Matías. Otros días solo creía en la evidencia de la biología: todos los organismos se convertían en polvo, y, al morir la entropía, el universo entero acabaría haciendo lo mismo. Y sin embargo no es que no estuviera familiarizada con la muerte, y no solo por haber perdido a Jay, su hermano gemelo, veinte años atrás. En la universidad, cuando Kellen la abandonó, Julia había intentado suicidarse. Era algo que solo Tessa sabía: Julia entró en su apartamento después de cenar; redactó una breve nota, probablemente dirigida a Kellen, aunque cabía la posibilidad de que fuera para Mona; luego se maquilló a conciencia y se puso su mejor vestido, se tragó un frasco de Valium y se recostó en el sofá, regodeándose con la escena en que su compañera de cuarto encontraba su bello cadáver. Solo que Tessa no fue a dormir aquella noche y Julia se despertó a la mañana siguiente, aturdida, dolorida y llena de agujetas debido a la ridícula postura que había mantenido toda la noche; sin saber cómo, había vomitado la mayoría de las pastillas mientras dormía, con tanta fuerza que había evitado ahogarse con los restos. Yacía sobre su propia suciedad. Todo era de lo más dantesco. Y bastante desafortunado: en las películas las pastillas siempre funcionan. Se sintió deliciosamente incompetente. Incorporarse fue lo más difícil que había hecho nunca. Con la luz la cabeza le daba vueltas. Solo veía destellos. En el exterior una capa de nieve recién caída cubría el campus. Tiró la botella, tiró el vestido y se pasó una eternidad bajo la ducha; después se fue hacia el desierto departamento de económicas —era sábado—, entró por una ventana y usó las llaves para rayar todo lo que pudo la puerta del despacho de Kellen. Solo como precaución, también rompió la ventanita, pero los cristales no llegaron a caerse. Después, abriéndose paso en la nieve, se dirigió a la casa de la calle North Balch, donde apenas la habían visto en los dos años de universidad, para decirle a Mona que quería dejar los estudios durante un tiempo para viajar un poco: Sri Lanka sonaba lo bastante lejano, aunque también barajaba la posibilidad de unirse a la revolución de moda entre los intelectuales del momento, Azania.

Mona, que en ese momento estaba escribiendo en su acogedor estudio al calor de un pequeño fuego, contempló el rostro macilento y deprimido de su hija, su extrema delgadez, el temblor de los dedos y la brutal indefensión que asomaba a sus ojos. O quizá solo se hizo eco de los rumores que habían llegado a sus oídos. En cualquier caso, como experta psicóloga que era, no se equivocó en el diagnóstico.

—¿Y por qué no se te ha ocurrido matar a ese tío? —preguntó—. Porque cualquiera que le haga esto a mi Joya no merece vivir.

Y reanudó su trabajo.

Pero Julia había vuelto con Kellen una y otra vez. Y no solo en Dartmouth. Cuando, después de licenciarse, se trasladó a Manhattan para trabajar en una agencia de publicidad —uno de los muchos contactos de Mona, ya que en aquellos días, antes de que se iniciara su período radical, aconsejaba a los fabricantes de jabón, cerveza y automóviles sobre las mejores estrategias para atraer a los consumidores negros—, Kellen también se trasladó, a Columbia. Las condiciones laborales y el sueldo eran fantásticos; él ansiaba sumergirse en el estilo de vida de Nueva York, que le ofrecía una gran cantidad de posibilidades para aumentar sus ingresos como consultor. Pero cuando volvió a presentarse ante Julia como un perrillo arrepentido, le aseguró que ella era la razón principal de su traslado, y Julia, a pesar de haberse jurado que nunca volvería a dirigirle la palabra, se dejó convencer.

Una vez más.

Durante los dos años que Julia pasó en Nueva York, Kellen había sido como aquel coche: daba marcha atrás y la pisoteaba, daba marcha atrás y la pisoteaba. Julia se quedaba inerte, permitiendo que sucediera una y otra vez, embargada por un dolor tan intenso que parecía imposible. Las drogas la ayudaban a superar los días y las noches, hasta que un fin de semana, Tessa, entonces en segundo curso de derecho, fue a la ciudad a comer y a ver un espectáculo de Broadway, miró de arriba abajo a su antigua compañera de cuarto y tomó la decisión por ella. Tessa obligó a Julia a hacer las maletas, la metió en el coche y la llevó hasta Elm Harbor, donde se pasó tres días sin perder de vista a su amiga negra, ni siquiera para ir al cuarto de baño. Cuando Julia hubo agotado todo su repertorio de obscenidades, su amiga le ordenó que se matriculara en un departamento: cualquiera, a Tessa le daba igual siempre que no volviera a...

Sonó el teléfono. Era casi medianoche y sonaba el teléfono.

Por un instante Julia experimentó una alucinación. Era Boris. ¿Quién si no? Boris se había enterado por fin de lo que estaba ocurriendo en el Landing, había esquivado el coche, todavía estaba vivo.

Con mano temblorosa, descolgó el receptor. Ah, claro, tenía que ser Lemaster, se dijo. Lemaster, que llamaba desde East Podunk, o dondequiera que estuviera alojado esa noche, estrechando manos y recaudando fondos. O algún amigo de Vanessa que suponía que, debido a la tormenta prevista en el avance meteorológico para el día siguiente, lo más probable era que no hubiera colegio. O uno de los chicos que quería comunicarle sus planes para las fiestas navideñas.

Se equivocaba.

—Julia, soy Bruce Vallely. Tal vez no te acuerdes de mí, pero mi mujer, Grace, fue miembro de las Perlas Negras.

—No seas tonto, claro que te recuerdo —dijo Julia, sorprendida al escuchar su voz tranquila y confiada. Bruce era el director de seguridad del campus, y debía de querer hablar con Lemaster. Suponiendo que una llamada a altas horas de la noche

significaba otra mala noticia, se agarró la parte delantera de su gastada bata, en un gesto inconsciente de protección, e hizo un repaso mental de los lugares donde se hallaban todos sus seres queridos—. Grace era una mujer encantadora. Yo la adoraba. Lo lamento mucho.

Pero ya habían pasado por eso en su momento: un año atrás, en el entierro, y ninguno de los dos quería revivirlo. Era de suponer que la llamada guardaba relación con Boris Gibbs.

—Bruce —dijo Julia—, si buscas a Lemaster, está de viaje en Miami, en...

—No, Julia. En realidad es contigo con quien quería hablar. —Bruce era un buen representante de la antigua generación de hombres de la nación oscura, cauto y lento de palabras. Cada frase que le salía por la boca parecía haber necesitado meses de gestación. Ella sospechaba que eso transmitía la idea de que no era un hombre muy brillante, porque la cultura norteamericana tiende a premiar la rapidez, como se demuestra en los tests estandarizados, que Julia detestaba. También sospechaba que Bruce Vallely era más listo de lo que creía la mayoría de la gente—. Deja que te diga que no pasa nada. No hay ninguna urgencia. Pero me pregunto si mañana tendrás un momento para dedicarme. Ya iría yo a verte.

—¿Quieres decir aquí? ¿En el Landing?

—Sí.

—Porque estoy en la facultad de teología...

—Sé dónde trabajas, Julia. Pero creo que sería mejor que mantuviéramos esta conversación a salvo de miradas indiscretas.

¿Miradas indiscretas?

—Llego a casa sobre las tres y media.

—Si te parece bien, creo que sería mejor que no fuera a la casa. Podríamos quedar en cualquier sitio.

Julia parpadeó. Pero Bruce era un hombre serio, quizá en exceso. Sus frases no tenían doble sentido.

—Bruce, ¿a qué viene esto? ¿Qué está pasando?

—Se trata de Kellen Zant, Julia. Es importante y... guarda relación contigo.

—¿Qué tengo yo que ver?

Otra pausa.

—Será mejor que te lo explique mañana. No quiero influirte.

Quiere averiguar algo sobre las farolas rotas. Sobre los espejos. Sobre el excedente y el riesgo del inventario.

Bruce propuso una taberna que conocía en la carretera 48, justo a las afueras de la ciudad, y Julia, aturdida, accedió a quedar con él allí a las tres menos cuarto.

Más tarde, en su habitación, mientras la lluvia de diciembre azotaba las ventanas, Julia se esforzó para encontrar una postura que le permitiera conciliar el sueño, pero era una incomodidad espiritual y no física la que la mantenía despierta. Sola y preocupada, le daba vueltas a la conversación concentrándose en sus últimas



palabras. ¿Influirla en qué? Bruce era de esa clase de hombres que siempre actuaba movido por una buena razón, así que supuso que esta no debía de ser una excepción. Sin embargo, persistía una inquietante verdad: a pesar de que había sido el marido de Grace, y de que Grace era un absoluto encanto, Julia no conocía muy bien a Bruce y en realidad no simpatizaba demasiado con él. Quizá porque algo en ese hombre la asustaba. Antes de ocupar su puesto en el campus había sido inspector de homicidios. Un día, él y su compañero fueron enviados a detener a un pederasta reincidente. Se produjo un contratiempo, nunca explicado del todo, y Bruce acabó entrando solo en la casa. El sospechoso apareció muerto por resistencia a la autoridad, a pesar de que iba desarmado. Bruce Vallely le había partido el cuello. Ese acto de heroísmo le valió una medalla. En enero del siguiente año, durante el discurso del Estado de la Unión, fue invitado a sentarse en el palco del presidente.

## El secretario

### I

Si había una parte de su trabajo que Bruce Vallely detestaba con toda su alma era ser citado, y eso era algo que sucedía con bastante frecuencia si uno era el encargado de seguridad del campus. Lo citaba el rector. El decano. El inspector de policía, con la intención de establecer una mejor relación de trabajo con su antiguo compañero Bruce, aunque, para no faltar a la verdad, el inspector le había odiado cuando trabajaban en el mismo edificio. Lo citaban también los incontables comités del campus, a los que informaba de manera extraoficial. Además estaban también los días terribles de verdad, cuando Bruce, por su cargo, debía informar a padres, cónyuges, hermanos... «Ojalá las noticias que les traigo fueran mejores, pero anoche su hija estuvo en una fiesta, y, al parecer...». Se veía obligado a oír los gritos, las lágrimas, las recriminaciones, y se preguntaba por qué cuando dejó el cuerpo no se había retirado al sur, como le decía siempre Grace.

Todos esos días eran malos. Pero el peor de todos fue el martes que siguió al asesinato del profesor Kellen Zant, dos semanas y seis días antes de que Bruce iniciara su misteriosa aproximación a Julia Carlyle. Porque ese martes Bruce fue citado por el secretario de la universidad, un erudito viejo, menudo y quisquilloso, de calva sonrosada que brillaba bajo la pálida luz de la araña, y que parecía hablar en un constante susurro, sobre todo cuando estaba a una considerable distancia, y que además era el jefe titular del encargado de seguridad del campus según el organigrama, aunque lo habitual era que Bruce rindiera cuentas a la vicepresidenta de asuntos del campus y a través de ella al nuevo presidente, Lemaster Carlyle, a quien había visto media docena de veces y que le inspiraba un absoluto desprecio.

Pero ese día era el día del secretario, y la reunión se celebraba en su terreno: la zona de administración, según aparecía en los mapas, un lugar que Bruce no soportaba ni en las celebraciones, así que aún menos en un momento como este. La administración de la universidad comprendía tres edificios sepulcrales de tejados de teja y fachadas de mármol, situados en el extremo sur del campus, además de poseer innumerables despachos diseminados por todo el centro de la ciudad. Los espacios del centro se hallaban en dos de las varias torres que la ciudad tenía casi sin usar: las arrendaban a buen precio, de manera que la universidad podía atribuirse con orgullo la realización de otra inversión en la comunidad, y, al mismo tiempo, ahorrarse dinero. El mayor prestigio era poseer un despacho en uno de los mausoleos, que era

exactamente lo que parecían con aquellas columnas, escaleras y cornisas de mármol, ventanas abovedadas a los lados y puertas dobles de hierro forjado que daban la impresión de pesar tres toneladas cada una, y que no debían de estar muy lejos de ese peso. El mayor de los tres mausoleos, en el punto más meridional de la brújula, era el Marshall Lombard Hall, donde tenían sus despachos el presidente, el rector y el secretario, técnicamente los tres funcionarios más importantes de la universidad. Como en tantos otros edificios públicos de la época, los escalones de mármol tenían una altura algo excesiva para ser recorridos con prisa. Mientras subía despacio, Bruce se dijo que la reunión tenía que estar relacionada con el asesinato de Kellen Zant. Según sus antiguos compañeros, la universidad estaba ejerciendo una enorme presión sobre las autoridades para que estas resolvieran la muerte de uno de los suyos. Y en la ciudad de Elm Harbor y alrededores, la cantidad de presión que la universidad podía ejercer era considerable.

Bruce acertaba en el contenido, pero no en el enfoque.

## II

La secretaría de la universidad ocupaba la parte trasera de la segunda planta de Lombard Hall. Sus ocho grandes ventanales ofrecían una magnífica vista de Harbor Park y, según el diseño original del arquitecto, también del lago, aunque ahora solo se veían los centros comerciales que desde la autopista conformaban la silueta de la ciudad. Bruce suponía que esto debía de esconder algún mensaje, pero no era hombre dado a las metáforas. Le gustaban las palabras con significado, las preguntas con respuesta, y las personas que tenían el suficiente sentido común para no exponerle cinco razones distintas encaminadas a convencerle de que el bien y el mal eran solo una cuestión de punto de vista.

—Me temo que nos hallamos inmersos en una crisis —murmuró el secretario, desde el extremo de la pulida mesa, un vestigio de otros tiempos: demasiado grande para trabajar en serio, pero del tamaño justo para que los subordinados asumieran su papel como tales.

Las paredes estaban forradas de una tela de un tono verde pálido, el color de la universidad. Unos candelabros encendidos iluminaban los ceñudos retratos de los grandes hombres blancos, todos los secretarios habían sido de sexo masculino, que durante años habían ocupado el despacho.

—Estoy a su disposición —dijo Bruce, ya que Grace le había advertido antes de morir que intentara ser más educado, sobre todo con aquellos que controlaban su presupuesto y su sueldo.

«Recuerda que ya no me tendrás aquí para deshacer tus líos, Lee». Ya solo ella le llamaba así, solo cuando se hallaban a solas: un juego de palabras con su apellido,

además de un homenaje a las películas de kung fu que tanto le habían fascinado durante los primeros años de su matrimonio perfecto.

—¿De verdad?

—Por supuesto, señor.

—La comunidad está alterada. Los sospechosos habituales predicán sobre el racismo, achacando todos los males a la universidad, y no sé cuántas cosas más. La gente dice que el hecho de que el profesor Zant fuera negro solo sirve para acrecentar el malestar.

—Solo tiene que decirme qué necesita —afirmó Bruce con la esperanza de que su tono de voz transmitiera sinceridad, porque quería mantener el puesto. No era ningún tonto. Sabía qué papel representaba en todo esto el color de su piel. Su contratación se había anunciado con gran revuelo después de que el anterior jefe hubiera dimitido bajo presión tras una serie de incidentes raciales en los que se vio involucrada la policía del campus. El más conocido, probablemente, o al menos al que más jugo le había sacado la prensa, había sucedido dos años antes, cuando un profesor negro fue atacado en mitad del campus y los agentes que se presentaron en el lugar dejaron escapar a los ladrones blancos mientras apuntaban sus armas contra el profesor. Eso supuso el final de su predecesor, y Bruce Vallely obtuvo el puesto. Grace, entonces aún la viva imagen de la salud, se mostró encantada. Ganaría casi el doble de lo que había cobrado trabajando en las fuerzas del orden municipal y los beneficios adicionales eran asombrosos. Si para mantener todo aquello tenía que hacerle la rosca al secretario de vez en cuando, estaba dispuesto a ello—. Ya sabe que puede contar conmigo.

El secretario enarcó sus pobladas y grises cejas: un gesto leve, pero que sirvió para transmitir a su invitado que aún no estaba del todo convencido. El hombrecillo se llamaba Trevor Land, y su primo hermano era una especie de personalidad de la facultad de derecho, un antiguo decano, pero por lo que sabía Bruce, la verdadera influencia de Land se hallaba entre un grupo determinado de alumnos: los blancos de buena familia. Él era su adalid, su representación en los comités, su abogado en las guerras de corrección política y, en los momentos de crisis, su espía. Se rumoreaba que poseía derecho de veto en decisiones tan variopintas como la elección de un nuevo presidente de la universidad o la ubicación del nuevo gimnasio. A lo largo de los años había desempeñado multitud de cargos en el campus, aunque siempre de orden administrativo, no académico. Debía de rondar los sesenta y muchos. Con sus ojos pequeños y las gafas sin montura, sus trajes con chaleco y relojes de oro, su piel delicada y sus manos blandas e ineptas, parecía el actor perfecto para representar al sirviente fiel. Su costumbre de emitir exclamaciones vacuas —«Ya», «Claro», «Oh, sin duda» constituían la mitad de su vocabulario— solo servía para confirmar dicha impresión. Pero Bruce, que ya llevaba dieciocho meses en el puesto, era consciente de que Trevor Land no era un nombre fácil de torear.

En una ocasión, una o dos semanas después de ocupar su cargo, Bruce había

recibido una citación parecida a la de ese día: Trevor Land le había pedido que invalidara la detención, por conducción bajo los efectos del alcohol, de la hija de un ex alumno prominente. En ese momento Bruce aún no había asumido la naturaleza de su trabajo: creía ser aún un policía sin percatarse de que se había convertido en un político. Así que señaló que el arresto había sido realizado por las fuerzas del orden, no por la policía del campus, y que por tanto escapaba a su jurisdicción. Al instante aquellos ojos de reptil, normalmente entornados, se abrieron de par en par y Bruce advirtió con sorpresa el instinto primitivo que emanaba de ellos. Y el poder. Luego volvió a caer el telón de servilismo. «Bueno, claro, ya lo entiendo, si cree que no hay nada que hacer, bien, supongo que podría volver e informar del hecho. —Un tono titubeante, indicando que compartía su dilema, de un hombre de mundo a otro—. ¿Sabe lo que sucede? Están acostumbrados a pedir pequeños favores. Hablo de los ex alumnos, claro. Los ex alumnos son iguales en todas partes. ¿Cómo decía el refrán? El cambio es el enemigo de la memoria. Sí, a los ex alumnos les gusta que las cosas sigan como siempre, jefe Vallely. —Una risa sofocada, como si estuviera bromeando—. Claro, ¿qué podemos hacer? Al fin y al cabo dependemos de sus contribuciones para nuestra salud financiera. No somos socialistas, ¿no es verdad, jefe Vallely? La educación privada requiere donaciones privadas. Y ese es el tema. Y sí, me temo que no les sienta nada bien que se les lleve la contraria, jefe Vallely. No sé si me entiende. Los ex alumnos. Estas pequeñas cosas, sus hijos, su familia, son muy importantes para ellos, ¿sabe? —Una pausa breve, acompañada de un gesto difuso que venía a indicar que Trevor Land comprendía a la perfección que todas las razas tienen familias—. ¿Quién de nosotros no ama a su familia, al fin y al cabo? Y el alcohol, bueno... los licores... Todos hemos tenido un mal día, ¿no? No es como si habláramos de un asesinato o algo parecido...».

Bruce, que no era tonto, había captado el mensaje. Había sonreído, asentido y expresado que vería lo que podía hacer; luego había vuelto echando humo a su despacho, situado en el extremo del campus, y había recurrido a la lectura de un par de versículos de la Epístola de Pablo a los Colosenses para calmarse. Después había llamado a algunos amigos de la policía, les había pedido el favor y había zanjado el asunto. Todo ello le hizo sentirse mal; se planteó la posibilidad de dimitir por una cuestión de principios, pero Grace, todavía ajena a lo que le crecía en el páncreas, estaba mirando unas casas de nueva construcción en la hermosa zona de Norport y solía comentar alegremente que necesitaban una casa que encajara con su nueva posición, sin saber, porque él nunca se habría atrevido a cargarla con ese hecho, que su posición en el campus era paralela a la de las empleadas de la limpieza que fregaban los servicios, con la excepción de que ellas podían recurrir al sindicato y él no.

Baste esto para decir que, aunque Bruce Vallely no tenía ni la más remota idea de lo que Trevor Land maquinaba aquel día, sabía con absoluta certeza moral que sería algo que él despreciaría.

Y no se equivocaba.

### III

—Es solo un pequeño inconveniente —murmuró Trevor Land, con su mirada soñolienta y desenfocada—. No se trata de una auténtica crisis, a menos que dejemos que otros lo conviertan en eso. Ya sabe cómo van estas cosas.

—Sí, lo sé —repitió Bruce, alterado sin que se notara.

—Estos chicos no hacían más que divertirse. No estaban implicados en nada más. Es un asunto terrible, pero hay que seguir adelante, ¿no? Y velar por los intereses de la institución.

—Sí, señor. —A Trevor Land le encantaba que sus subordinados le mostraran respeto—. Por otro lado, el hecho de ver el coche del profesor Zant aquella noche, cerca de la pista de hockey, los convierte en testigos.

—Testigos. Parece algo tan formal... No tengo muy claro que me guste. —Alzó ambas manos, en gesto de inocencia—. Al fin y al cabo, tenemos que preservar nuestro buen nombre, ¿no?

—Sí, señor —repitió Bruce—, pero la policía está llevando a cabo una investigación por asesinato, y el presidente Carlyle me ha ordenado que colabore con ellos en la medida de lo posible.

—Claro que estamos plenamente dispuestos a colaborar, no lo dude. Es ahí adonde voy, jefe Vallely. —Bruce controló sus músculos faciales. Grace le había enseñado a no demostrar su enojo. El apelativo «jefe», que no le correspondía, y que, en boca del secretario, siempre sonaba condescendiente: una rebaja en su estatus, el recuerdo de su exacta posición—. A eso voy —repitió el hombrecillo—. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Son buenos chicos, jefe Vallely. Buenos chicos. Conozco a la mayoría de sus padres.

—Aquella misma noche estuvieron bebiendo en un bar, señor secretario. Por lo que dice, al menos dos de ellos son menores. —Vaciló, pero tenía que decirlo—. Uno o dos de los nombres me resultan familiares. Son chicos problemáticos, señor, lo siento.

—Bueno, sí, supongo que podría expresarse así. Alguna incursión en bibliotecas y cosas por el estilo. —Las manos inocentes volvieron a subir, blandas y flexibles, demostrando lo poco que apreciaba los términos absolutos—. Pero el viernes por la noche solo estaban tomando unas copas, jefe Vallely. Nada más.

Bruce intuía que al final tendría que darse por vencido, pero no estaba dispuesto a rendirse sin presentar batalla.

—Va contra la ley, señor. Y además es peligroso.

—Bueno, sí, jefe Vallely, por supuesto: en nuestra voluntad está que se cumpla la

ley, que se proteja a los estudiantes, etcétera, etcétera. Pero, al mismo tiempo, uno debe mostrarse comprensivo, jefe Vallely —dijo el secretario, convertido de repente en adalid de la tolerancia—. En estos tiempos no hay muchos lugares donde los chicos puedan dar rienda suelta a sus actividades, jefe. Las hermandades agonizan, por no decir que han muerto. He oído que una de ellas acaba de someter a votación la posibilidad de aceptar a mujeres, ¿se lo imagina? Ahora se llama «club social». —Su mandíbula parecía estar masticando algo, aunque en la prístina estancia nada indicaba que alguien hubiera comido, ni que estuviera autorizado a hacerlo. Trevor Land levantó el dedo índice, cual estatua romana, y después lo bajó hasta señalarse a sí mismo—. No es que uno tenga nada en contra de las mujeres. Mi opinión es que deben entrar donde les apetezca. Nada más lejos de mi intención que abogar por el sexismo. Por otro lado, creo que de vez en cuando los chicos deben tener la posibilidad de reunirse con otros chicos y relajarse un poco. Sin hacer daño a nadie, jefe. Sin hacer daño a nadie.

El secretario se calló por un momento: ambos esperaron al movimiento del otro, como jugadores de póquer que no están seguros de qué cartas tiene el contrario. Cuando resultó evidente que Bruce estaba dispuesto a permanecer allí sentado todo el día, Trevor Land prosiguió con el sermón.

—Mi opinión es que ser joven no es fácil. No, si eres una persona de cierta categoría. Incluso el mejor caballo del mundo necesita poner a prueba las riendas, jefe Vallely. Es algo perfectamente natural, siempre y cuando nadie salga herido o algo así. Yo lo hice. Usted lo hizo. Me atrevería a decir que los chicos siempre lo harán.

—Sí, estoy de acuerdo con usted, señor. Sin embargo...

La frase «Estoy de acuerdo» era todo lo que el secretario quería oír. El dedo se levantó de nuevo, esta vez en dirección a la barbilla de Bruce.

—Entonces ya ve cómo son las cosas, jefe Vallely. Chicos jóvenes con mucha energía, nada más. Pero, jefe, ¿se imagina lo que sucedería si la noticia llega a los periódicos, dada la tragedia que aconteció aquí el pasado fin de semana? —Se refería al asesinato—. No es difícil imaginar que el tema se acabaría exagerando. Y en perjuicio mutuo, añadiría. Un polvorín. —Cruzó las manos, como habría hecho cuando era un travieso y contrito estudiante, y concluyó el sermón en tono lapidario—. Como secretario de la universidad, jefe Vallely, sobre mis hombros recae la enorme responsabilidad de proteger la reputación de nuestras instituciones. Usted está aquí para ayudar en dicha tarea, jefe. Por eso lo contratamos.

Bruce apoyó la espalda en el respaldo de la silla, retrasando la decisión durante un momento, y la hermosa y envejecida piel verde emitió un crujido satisfactorio. Vio el problema que, con toda seguridad, había provocado en Trevor Land una noche de insomnio. Nadie decía, aún, que Kellen Zant hubiera sido asesinado en terreno universitario; y quizá nadie lo diría jamás, porque no había razón alguna para creer que eso fuera verdad. Por otro lado, la policía dudaba de que el crimen hubiera sido

cometido en el lugar donde se encontró el cadáver. Había sido, casi con toda seguridad, un robo extraño. Hasta el momento, la universidad estaba limpia. Por otra parte, esos estudiantes habían visto el Audi en el campus, o al menos eso decían. Le pareció raro que Trevor Land ya lo supiera, y ridículo que considerara importante esconder el dato a la policía, pero, según admisión propia, el secretario anteponía los intereses de la universidad. Bruce dedujo cómo habían ido las cosas. Los chicos, muertos de miedo, habían recurrido a algún ex alumno poderoso —probablemente el padre de alguno de ellos—, que se había apresurado a llamar a alguien que, a su vez, había despertado al secretario para pedirle que arreglara el asunto. Tal y como la contaba Trevor Land, la historia era vaga y poco plausible, y por tanto tenía muchas posibilidades de ser cierta.

¿Qué les había llamado la atención del coche? Trevor Land no se sentía cualificado para dar una opinión. ¿Habían visto algo en el interior del vehículo? Trevor Land, de nuevo, no poseía base alguna para opinar. ¿Habían reconocido a alguna persona o personas acercándose al coche? Trevor Land se mostraba incapaz de decir tal cosa. ¿Por qué no habían acudido a la policía? En eso, al menos, el secretario pudo ayudarle, aunque a su estilo difuso y señorial: un par de esos chicos se habían metido en líos antes, y bueno, ya sabe cómo son las cosas, jefe: cuando los jóvenes empiezan a preocuparse menos de la justicia que de defenderse de falsas acusaciones...

—Deberíamos comunicárselo a la policía —dijo Bruce con firmeza—. Es el único modo de actuación correcto.

—Oh, sin duda, sin duda. Ya lo entiendo.

—Hablo en serio, señor Land. Los chicos son testigos. Al menos en potencia.

—Sí, claro, tal vez. Aunque no vieron nada.

—Eso no lo sabemos, señor. Usted no lo sabe. No han sido entrevistados. —A punto estuvo de decir «interrogados».

—¿Cree que están mintiendo? ¿Que se protegen unos a otros?

Cuidado, cuidado.

—Lo que creo, señor Land, es que cuando un profesional se toma el tiempo necesario para entrevistarse con un testigo que está seguro de no haber visto nada, ese testigo puede acabar revelando un retazo insignificante de información que a veces puede llevar a la resolución de un caso.

Trevor Land se masajeó su carnosa barbilla. Sus ojillos parecían más pequeños que nunca.

—Ya comprendo. Muy bien. Una opinión muy acertada, jefe, muy acertada. Tal vez ignoran lo que saben. Pero seguimos teniendo un interés en esto. Nosotros, la universidad. No podemos soportar otro escándalo, ya ha habido demasiados en los últimos años. Ni tampoco ofender a las familias. No a estas. Por otro lado, lo último que deseamos es entorpecer una investigación. Bien, si usted pudiera ayudarnos, si se le ocurriera algo que conciliara ambos intereses, bien, jefe, eso significaría mucho



para nosotros. En primer lugar, gratitud: la mía, la de la universidad, la de las familias... Uno nunca sabe cuándo necesitará un favor, jefe. Siempre viene bien que ciertas personas estén en deuda con uno, no sé si me entiende.

—¿Y qué clase de ayuda tiene en mente...?

—Tal vez podría tantear el terreno, jefe Vallely. Hablar con los chicos, ver qué puede sonsacarles.

El trato se cerró enseguida. Sin duda Trevor Land ya había urdido el plan en cuanto recibió la primera llamada telefónica de quienquiera que fuera capaz de poner en marcha a un hombre como él. Bruce era el encargado de seguridad del campus y un policía retirado. Estaba, según el secretario, más allá de toda duda. Se ocuparía de entrevistar a los chicos —sin grabaciones, sin testigos— e informaría de sus hallazgos a Trevor Land, quien, entonces, valoraría los hechos. Si los chicos poseían información que debía ser comunicada a la policía... bueno, en ese caso, Bruce la transmitiría y los chicos tendrían que aguantarse. Pero, si, como sospechaba Trevor Land, aquello no era más que una bravata de adolescentes, un espejismo producto del alcohol... bien, en ese caso no habría necesidad de hacerse el listillo, ¿no creía eso el jefe Vallely?

Ninguna necesidad, convino Bruce.

Y entonces Trevor Land hizo algo que resultaba insospechado en alguien como él, sobre todo dirigido a una persona de tan poca importancia como el encargado de seguridad del campus. Rodeó la enorme y pulida mesa de madera, apoyó un brazo sobre los hombros de Bruce y lo acompañó hasta la puerta entre asentimientos, guiños y promesas de grandes cosas que estaban por llegar, siempre que zanjara el asunto de «una manera lógica y satisfactoria».

Montado en el carro de golf y de camino al despacho, Bruce pensó en la casa de Carolina del Sur que Grace, en su lecho de muerte, le había pedido que comprara para su jubilación. Supuso que no habría nada malo en volver a echarle un vistazo. Después se acordó de su hija, aún en la universidad, y de lo mucho que él disfrutaba de sus jornadas en el club de campo de Norport, que ahora podía pagar, donde su Mustang descapotable rehabilitado era, de lejos, el vehículo más llamativo de todos. Pero su conciencia se negaba a esconderse detrás del dinero, y su mente se negaba a concentrarse en nada más que la advertencia del apóstol Pablo acerca de que la auténtica batalla de la vida se libraba contra autoridades y poderes fácticos.

## El estudiante ocasional

### I

Bruce Vallely no era un hombre dado a la introspección. Era un pensador meticulado, pero solo se preocupaba de los rompecabezas que le deparaba la vida, no de sus propias motivaciones. De manera que cuando, a la mañana siguiente, llevó a cabo la primera de las entrevistas con uno de los estudiantes, no se tomó la molestia de plantearse si se mostraba innecesariamente duro o escéptico debido a los amargos recuerdos que guardaba de su propia infancia en Elm Harbor, cuando jovenzuelos no muy distintos al ocupante del descuidado apartamento que visitaba ahora —en dos palabras, blancos y privilegiados— miraban por encima del hombro a su padre porque se dedicaba a cortar el césped, podar los setos y regar los parterres del jardín de la universidad; o a su madre, porque vaciaba las papeleras de las aulas, limpiaba las pizarras o enceraba los suelos.

Bruce creció rodeado de detalles amargos. Por ejemplo, cómo los estudiantes que se las daban de progresistas saludaban en voz baja a sus padres cuando se los cruzaban por el pasillo, casi sin mirarlos. Ninguno se molestaba en aprenderse sus nombres, al menos no sus apellidos. Estudiantes que tenían la mitad de años que su madre la llamaban «Danielle» a la cara porque lo leían en la etiqueta que llevaba prendida al uniforme; y a su padre, diácono de la iglesia y un hombre severo y orgulloso, lo llamaban «Joe». Y para colmo creían estar haciendo la buena obra del día por saludar a los sirvientes. «No pueden evitarlo —solía decir su madre—. El Señor les ha dado tanto que se olvidan de cómo ser humanos». Pero, ya de niño, Bruce estaba convencido de que su madre se equivocaba. Podían evitarlo perfectamente. Lo que sucedía era que no les daba la gana hacerlo.

Bruce Vallely había disfrutado muchos aspectos del año y medio que llevaba de empleado en la universidad: sobre todo el sueldo, los beneficios adicionales y el estatus que el puesto confería; pero, en el fondo de su corazón, sentía de todo menos amor hacia las personas con quienes se veía obligado a tratar en su trabajo. En los momentos de mayor estrés, cuando su tendencia innata a recurrir a la hostilidad, la ira o la amenaza se volvía más acuciante, se recordaba a sí mismo la última promesa que hizo a Grace: evitar los líos que ella ya no estaría aquí para resolver. Al día siguiente de la reunión con Trevor Land, y cuando faltaban aún más de dos semanas para que realizara aquella llamada a Julia Carlyle, Bruce Vallely tuvo que hacer acopio de toda la fuerza de voluntad que poseía para mantener su palabra, porque el encuentro con el

primero de los estudiantes a los que el secretario le había pedido que entrevistara iba... por mal camino.

—No tengo por qué contestar a esa pregunta —dijo el joven, por tercera o trigésima vez.

Era un chico blanco y avispado, alto y delgado, de cabellos castaños demasiado largos y vestido con una camiseta que animaba al observador casual a realizar el acto sexual con el capitalismo. Bruce no tenía muy claro cómo se hacía eso.

—Te interesa cooperar conmigo —dijo Bruce en tono conciliador.

—¿Por qué? ¿Porque usted lo dice?

—Porque no soy un agente de policía. Porque no estoy de servicio. Porque lo que me digas quedará entre nosotros —dijo Bruce, consciente de que no era precisamente cierto. Ni siquiera remotamente.

El chico se incorporó un poco.

—Bueno, solo vimos el coche. No vimos al tipo.

—¿Cómo supisteis que se trataba del mismo coche?

—No me acuerdo.

—¿Quién de vosotros lo vio primero?

—Tampoco me acuerdo.

Bruce frunció el ceño: sabía que una expresión de desagrado en su rostro tenía la virtud de inspirar terror en la mayoría de los blancos que se cruzaban en su camino. Y lo cierto es que logró un efecto notable en el flacucho Nathaniel Knowland, que se encogió físicamente, hundiéndose más en el mullido sofá del salón de su apartamento. Bruce ocupaba una silla de madera, de respaldo recto, sacada del comedor. El piso de Nate Knowland se hallaba en la duodécima planta de las Torres Rogoff, lo más cercano a un edificio de alto standing que poseía la ciudad. Una hilera de ventanas ofrecía una vista panorámica de Elm Harbor: se alcanzaba a ver la universidad al otro lado del parque, los compactos edificios de oficinas del centro e incluso el mar, donde a pesar del inclemente tiempo flotaban unos cuantos barcos de vela. Pocos alumnos podían permitirse ese nivel de vida, pero el padre de Nate — como bien había señalado Trevor Land en su conversación con Bruce— estaba entre los más ricos de la universidad. De hecho, Cameron Knowland era lo que la institución docente designaba como «socio sénior»: en realidad, era el director de la universidad.

Para Bruce eso ya era un punto en contra de Nathaniel Knowland. Su altivez condescendiente era el segundo. Y tercero: la verdad es que Bruce tenía un mal día y no estaba dispuesto a quedarse sentado, contemplándolo y soportando tanta tontería. Nate Knowland tenía veintitrés años, y había vuelto para concluir sus estudios después de haberse tomado un tiempo para trabajar en la empresa de papá.

—No te acuerdas —repitió Bruce con voz que revelaba una absoluta incredulidad.

—Exacto.

—Eres un chico listo. Tienes que acordarte de lo que sucedió hace solo unas noches.

Nate sonrió. En el campus de la universidad, los alumnos eran la realeza y los profesores la divinidad. Bruce Vallely, que no pertenecía a ninguno de los dos grupos, no era nadie. Para Nathaniel Knowland era solo un subordinado: como el hombre que corta el césped o la mujer que limpia las pizarras. Bruce se preguntaba qué actitud adoptaría el joven si se cruzara con el actual presidente de la universidad, aunque, dada la identidad del padre de Nate, lo más probable era que ya se conocieran.

—No me acuerdo —insistió Nate Knowland.

—El viernes por la noche. La noche en que mataron al profesor Zant. Fue una gran noche por estos lares, Nate. ¿Cómo esperas que crea que no te acuerdas?

—Si le digo que no me acuerdo, es que no me acuerdo.

Y Bruce decidió que no aguantaba más.

## II

Bruce Vallely estaba bien remunerado por su trabajo. Tenía obligaciones hacia su familia, y hacia la universidad. Había hecho una promesa a Trevor Land. Pero seguía siendo, por instinto, un policía. De manera que se levantó de repente; el gesto sobresaltó a Nathaniel Knowland, a quien tal vez se le había olvidado que el hombre con quien estaba a solas en su apartamento no solo era negro, sino que medía metro noventa y pesaba más de cien kilos. Y que en una ocasión había matado a un hombre con sus propias manos.

En una ocasión, que la gente supiera.

Después de recorrer con rapidez la distancia que los separaba, Bruce se inclinó sobre el sofá, situándose lo bastante cerca del semblante pálido y asustado del joven como para oler su aliento insalubre.

—Me estás mintiendo, señor Knowland. No, no me lo discutas. Mientes. Tú lo sabes y yo lo sé. La única cuestión que queda por resolver es sobre qué estás mintiendo exactamente. Puedes decírmelo ahora, puedes decírmelo dentro de cinco minutos o dentro de una hora, pero no me cabe duda de que me lo dirás.

Nate Knowland se hundió aún más en el asiento, como si el contacto físico con aquel hombre pudiera contagiarle algo, y volvió la cabeza, lo que permitió a Bruce ver el piercing que llevaba en la oreja: un diamante auténtico. El joven mascullo algo.

—¿Qué dices? No te he oído, Nate.

—He dicho que quiero un abogado.

—Y una mierda.

El chico lo miró de frente, con los ojos muy abiertos.

—¡Conozco mis derechos!

—¡No sabes nada de nada! —Se inclinó más, permitiendo que la furia le inundara la cara y que el calor que irradiaba acogotara a Nate Knowland. Bruce llevaba veinticuatro horas controlándose, desde que se celebró la reunión con Trevor Land, y necesitaba dar rienda suelta a su ira. Lo siento, Grace—. ¿Y tú te llamas a ti mismo «estudiante»? ¿Sabes de dónde viene esa palabra? Del latín. Significa alguien que se toma molestias. En otras palabras, alguien que es cuidadoso y trabaja duro.

Era una frase que usaba con casi todos los estudiantes a los que interrogaba. A veces funcionaba y otras no. Pero Nathaniel Knowland no parecía un tipo duro. En lugar de vivir en la residencia con sus compañeros, estaba aquí, en un piso de tres habitaciones. El porqué un alumno que vivía solo necesitaba tanto espacio cuando otros tenían tan poco era un misterio que Bruce intentaría resolver otro día; probablemente el mismo día que averiguara por qué cuatro Carlyle necesitaban setecientos metros cuadrados de terreno. De lo que estaba seguro era de que, en el caso de Nathaniel, era papá quien corría con los gastos. Y de que un chico como Nate querría hasta el último centavo que su padre pudiera invertir en él, pero al mismo tiempo lamentaría la dependencia que eso implicaba. Bruce había sido testigo de ese resentimiento otras veces en muchos estudiantes e incluso en algunos de sus compañeros de la universidad estatal. La experiencia le indicaba que el resentimiento, si se le daba la vuelta, podía servir para quebrar la resistencia del joven. De manera que dijo, con cuidado, y tomándose su tiempo:

—Mira, Nate, quizá algún día llegues a ser un estudiante, pero ahora mismo, y si juzgamos a partir de tu conducta, no eres más que un niño rico y consentido a quien papá paga un lacayo para que le entregue un paracaídas cada vez que le da por saltar de un avión sin mirar. Pues tengo noticias para ti, Nate: papá no está aquí ahora. Estamos solos: tú y yo. Me has dicho que quieres un abogado. Si yo fuera aún agente de policía, eso podría significar algo: tendría que dejar de interrogarte hasta que algún individuo vestido con un traje que cuesta mi salario de un año te explicara el modo más eficaz de mentir. Bien, pues ya no pertenezco al cuerpo de policía, Nate. Soy un poli universitario. Eso significa que trabajo en el ámbito privado, y que tus derechos constitucionales, como tú los llamas, tienen tanto peso como el ratoncito Pérez. ¿Está claro?

Nathaniel Knowland era un chico consentido, pero no tonto. Su voz subió un par de agudos, pero dijo lo que quería:

—Entonces me amparan las leyes que rigen la universidad. Existe todo un procedimiento que seguir.

Bruce asintió.

—Eso es verdad, Nate, y puedes insistir en tus derechos si es lo que quieres. Puedes empeñarte en seguir un procedimiento judicial. Pero ¿sabes una cosa? Eso implicará una declaración formal. No habrá modo de impedir que se entere la policía. Tendríamos la obligación de prestar declaración. —En realidad, eso era mentira. Lo último que quería Bruce era a Nathaniel Knowland ante un tribunal, cuyas vistas y

transcripciones eran secretas—. Escúchame, Nate. Estás asustado. Lo comprendo. Y crees que no quieres hablar conmigo. Eso también lo entiendo. Pero, créeme, Nate, lo que es seguro es que no querrás hablar con la policía. Esta ciudad está a punto de explotar con el tema de Kellen Zant, y a la policía le encantaría echarle el guante a un niño blanco, rico y mimado que ha ocultado información sobre el crimen. Lo filtrarán a los periódicos, Nate, y estos te comerán vivo.

—¡No puede hablarme así!

—Solo te digo lo que creo que puede pasar.

—Me está amenazando. —Era casi un gemido, pero al que subyacía cierto desafío. Quizá fuera más duro de lo que parecía.

—Es solo una predicción, Nate. —Bruce hablaba en un tono suave—. Nada más.

—¡No puede hablarme así! ¡Tiene que haber una ley o algo! No tiene derecho a amenazarme, o a... coaccionarme.

—Escúchame, Nate. Tienes que entender cómo funcionan las cosas ahora. En el campus, soy la ley. Tú, el sospechoso.

—¡Sospechoso!

—A menos que empieces a soltar la lengua, sí.

El joven miraba en todas direcciones, como si buscara ayuda.

—Pero... yo... ¡Fue un robo! ¡Lo he leído en los periódicos! ¿Por qué iba yo a robar a un negro? ¡Mire este sitio!

Bruce Vallely estuvo a punto de abofetearlo. Le faltó poco. La mano subió, grande, oscura y dispuesta a golpear. «A un negro»: esa fue la frase que la había disparado. Pero casi pudo sentir los cariñosos dedos de Grace en su muñeca, que la devolvía con ternura a su sitio. Y en la cara de Nathaniel Knowland distinguió ahora una nueva expresión de alerta: ya no era miedo, sino pánico puro y duro. Porque nadie, y menos aún un crío blanco, rico y delgado, quiere enfrentarse solo a un hombre negro y enfadado.

—¡Mi padre le quitará el trabajo! —anunció Nate, pero los ojos, aún muy abiertos, y la voz, ahora un chillido, le delataban.

—Sí, seguro. Por eso te envió a su alma máter, para que constara tu implicación en un asesinato.

—¡No estoy implicado!

—Lo estás, o sabes quién lo está. —Bruce rodeó el delgado cuello de Nathaniel Knowland con la mano: sentía unas enormes ganas de apretar. El cabello largo estaba grasiento. Le temblaban los hombros. Bruce optó por un tono conciliador—. Escucha, Nate. Tú y tus colegas estáis metidos en un buen lío. Visteis algo que no me cuentas. E hicisteis algo que no me cuentas. Aún peor, no se lo has contado a la policía. Suelen mosquearse por esta clase de cosas. ¿Sabes qué pena se impone en este estado por obstrucción a la justicia? Te lo diré gratis, Nate: no es tan grave como la que se impone por ser cómplice de asesinato, que es a lo que te enfrentas ahora. No importa que seas cómplice antes del crimen, o después... —Mentira, pero no importaba: una

llevaba a la otra—. Si sabes algo y no lo compartes con las autoridades, sigues metido en un lío.

Nathaniel Knowland bajó la mirada y murmuró algo para sus adentros. Bruce se dijo que era mejor que no hubiera oído lo que acababa de decir porque sospechaba que cualquier imprecación salida de la boca del chico solo habría servido para enojarle aún más. Quizá demasiado.

—Vamos, Nate —dijo en voz baja—, no tendrás una ocasión mejor para hablar. Y si se trata solo de algo vergonzoso, y no ilegal, saldrás mejor parado si me lo cuentas ahora que si tienes que explicárselo a la poli después.

—No involucraré a nadie más —dijo el chico, sorprendiendo a Bruce con esta condición—. Le diré lo que vi. Lo que hice yo. Nada más.

—Me parece un buen comienzo.

—No es solo un comienzo. Es el final. Quiero dejarlo claro. No pienso hablar de mis amigos.

Cuando era inspector de policía, Bruce solía oír este cuento una y otra vez en los cuartitos apestosos a sudor y oscuros que usaban para los interrogatorios. A veces optaba por presionarlos un poco: «¿Por qué no habla de ellos? Ellos están al otro lado del pasillo, hablando de ti». A veces el truco funcionaba, otras no, pero esa clase de mentiras siempre le dejaba mal sabor de boca. Ahora la mentira ni siquiera servía para nada. Así que dijo:

—Mira, Nate, puedes poner los límites que quieras a tus declaraciones. —Casi había dicho a tu «confesión»—. No me asiste el poder de imponerte que me digas lo que pasó. Solo creo que te interesa hacerlo.

Y entonces el chico empezó a hablar.

### III

Según Nate Knowland, lo único que querían era divertirse un poco. Eran estudiantes, eran jóvenes, era viernes por la noche, y pronto estarían ejerciendo trabajos serios lejos de aquí. Llevaban todo el día estudiando, a excepción de un rato por la tarde en que habían jugado un partido de squash, o al menos eso había hecho Nate, y en esos momentos estaban buscando alguna distracción. Uno o dos tenían novia, pero esa noche tocaba juerga solo para chicos. Eran cinco en total: un par de niños ricos, y otro par de esos que se juntan con niños ricos. Tomaron unas cervezas en Nelson's...

—¿Nelson's? ¿En la calle Henley?

Él asintió.

—Fuera del campus —añadió, en un intento de alejarse de la autoridad que representaba Bruce—. En fin, la mayoría somos mayores de edad; no debería ir contra la ley animarse un poco siempre que no hagas daño a nadie...

Si a Bruce se le ocurrió la posibilidad de que también hubieran consumido alguna sustancia ilegal para acompañar las cervezas, no dijo nada. O al menos no hasta que dicha mención pudiera reportarle alguna ventaja.

—En fin, después nos fuimos al partido de hockey. Pero Dartmouth nos estaba dando una buena paliza, así que perdimos el interés. Uno de los chicos había quedado con su novia a las nueve, así que debíamos de estar en la calle Town sobre las ocho y cuarto, ocho y media, más o menos. Estábamos en la calle, decidiendo qué hacer después. Fue entonces cuando vimos el coche.

Cuando Bruce, bien adiestrado, no mostró reacción alguna, Nate insistió.

—El Audi dorado, donde mataron a Zant, aparcado allí, en la calle.

—¿Quién ha dicho que lo mataron en su coche?

Nathaniel parpadeó, más por perplejidad que por miedo.

—Salió en las noticias.

—¿Cómo sabías que era su coche?

Habían vuelto al principio. Solo que esta vez Nate respondió.

—Porque también lo vimos a él.

Esto era nuevo. Y se alejaba del relato hecho, o mal hecho, por Trevor Land. Bruce se preguntó si el secretario no lo sabía, o si bien lo sabía y había preferido no decirlo. En cualquier caso, un interrogador nunca debía mostrar sorpresa, a menos que fuera fingida. De manera que Bruce, sin ni siquiera alzar la voz, dijo:

—Disculpa, ¿a quién te refieres?

Nathaniel Knowland estaba impaciente.

—A Zant. Pasó por nuestro lado. Uno de los chicos estudia económicas y tenía una asignatura con él.

—¿Cómo se llama el amigo que lo reconoció?

Nate negó con la cabeza, desafiante como un crío.

—Ya se lo he dicho. No pienso meter en líos a mis amigos. —Levantó el dedo índice y apuntó al cielo, en un gesto que recordaba vagamente a los de Trevor Land—. Tengo mis principios.

—Lo comprendo. —Le dio una palmada en la espalda, se enderezó y caminó por el espacioso salón. A veces Bruce tenía que ser el poli bueno y el malo a la vez. Su voz mantuvo un tono afable—. De acuerdo. De manera que visteis al profesor Zant. ¿Qué hacía?

—Ya se lo he dicho. Pasó por delante de nosotros y se metió en el coche.

—¿De dónde venía?

—No sé. Vinieron por detrás... como si llegaran del campus. No vimos muy bien de dónde salieron.

Esta vez no pudo ocultar la sorpresa de su voz.

—¿No iba solo?

—No. Si deja de interrumpirme, se lo explicaré todo. —El estudiante tomó aire, sorprendido por su propio atrevimiento—. Iba con una mujer. Al menos creemos que



era una mujer. Supongo que también podría haber sido un hombre bajito. Y no, no creo que ninguno de nosotros la reconociera si volviera a verla. Mientras bajaban la calle, ella iba en la parte de dentro, de manera que las farolas solo le enfocaban a él. Era como si la mujer no quisiera que nadie le viera la cara. Puedo decirle que era negra. No me cabe duda. Y llevaba un canguro blanco con capucha, así que su cara quedaba casi oculta.

—¿Llevaba solo un canguro en plena nevada? ¿No una parka? ¿Estás seguro?

Asintió con fuerza.

—Era un canguro. Y era blanco. Se confundía con la nieve. —Infló las mejillas de aire y se rodeó el cuerpo con los brazos, como quien se esfuerza por mantener el calor, y prosiguió—: En fin, subieron al coche: él entró primero, en el lado del copiloto, y ella en el del conductor... Entraron, ella arrancó y se fueron. Eso es todo.

Bruce se imaginó la escena y la halló del todo incorrecta, sin saber por qué.

Nate Knowland seguía hablando.

—Nos figuramos, ya sabe... Él tiene toda una reputación. O tenía. Así que nos figuramos que él y esa mujer... Bueno, no es que intercambiaran la menor muestra de afecto, pero...

—Aclaremos bien las cosas. El coche estaba aparcado en la calle Town, al otro lado del estadio.

—Ajá.

El estadio daba a la entrada posterior de la Torre Hilliman, donde Zant tenía su despacho. Hasta ahí, al menos, la historia era plausible.

—¿Y estás seguro de que el profesor Zant entró primero? ¿Y de que la mujer negra del canguro blanco iba conduciendo?

—Así es. —Nate Knowland descendía desde las maravillosas cimas del terror. Sus elegantes rasgos se habían relajado, y los ojos eran ahora inexpresivos—. No sé. Solo le cuento lo que vimos.

—Claro que estabais bastante borrachos.

—Habíamos tomado unas copas. No estábamos borrachos. Y todos vimos lo mismo.

—La misma mujer del canguro.

—Sí.

Bruce anotó algo en su cuaderno, un símbolo diminuto que solo él sabría decodificar. La historia de Nate era tan simple e insulsa que, a excepción de ese par de detalles, sonaba cierta.

—¿Recuerdas algo más?

Asintió.

—Ella tenía acento británico.

—¿Oíste su conversación?

—Solo un par de frases. Pero hablaban del presidente Carlyle.

Otra anotación. Esto también sobrepasaba la información, extrañamente escasa,

que le había proporcionado Trevor Land.

—¿Qué decían de él?

Nate negó con la cabeza.

—Ya le he dicho que no oímos mucho. Pero parecía que ella intentaba decir al profesor Zant que era un pez demasiado gordo para ellos.

—¿Puedes repetirme las palabras exactas?

—Creo que fueron esas: «Un pez demasiado gordo para nosotros». —Se encogió de hombros, nervioso—. Fue lo único que oímos.

Tal vez, pensó Bruce. Tal vez no.

—¿Y estás seguro de que se referían a Lemaster Carlyle?

—Ajá.

Algo volvía a chirriar, pero Bruce no alcanzaba a pillarlo. De manera que hizo un par de preguntas sobre los detalles, para mantener el ritmo.

—Pero estás seguro de que fue el profesor Zant quien entró primero en el coche.

—Ya se lo he dicho. —Con fastidio—. Primero entró él, luego ella.

—¿Y ella llevaba un canguro blanco?

El estudiante se retractó.

—Bueno, no. Del todo seguro no estoy. Iba de blanco, ¿vale? Con la nieve, y la luz, no estoy muy seguro de qué era. Un abrigo. Una chaqueta. Pero era blanco y reluciente.

—Blanco y reluciente.

—Sí. Pero ella era tan delgada, y se movía de forma tan... ligera... el canguro era tan blanco y reluciente que se diría... era casi como si flotara. No sé. Fue raro. Y el modo en que ella desaparecía en las sombras mientras andaban. Se lo juro, señor Vallely, era como si pudieras... atravesarla con la mirada.

## La deuda

—No es suficiente, jefe, creo yo —dijo Trevor Land en tono lastimero—. Un cuento bobo de un estudiante borracho. No merece la pena molestar a la policía con esto.

—Señor Land, vieron a la víctima la noche de su muerte. Lo vieron en el campus, donde la policía ni siquiera está buscando. Y no solo eso. Lo vieron acompañado alrededor de una hora y media antes de que se descubriera el cadáver. ¿Cómo puede decir que no merece la pena informar de ello a la policía?

Se produjo una larga pausa al otro lado del hilo telefónico. Bruce se preguntó si el secretario estaba al tanto de que había omitido un detalle: el revelador comentario sobre Lemaster Carlyle. Cuando Trevor Land volvió a tomar la palabra, lo hizo con el mismo tono de tristeza.

—Jefe Vallely, no soy de esa clase de hombres que tienden a decirle a un hombre cómo debe realizar su trabajo, sobre todo a un hombre de su valía. Si usted cree que debe acudir a la policía, bien... supongo que tendrá que llamar usted, no yo. Delegar la autoridad: he aquí mi filosofía de liderazgo. Solo le pido que tenga en cuenta el buen nombre de la universidad. No podemos permitirnos un nuevo escándalo.

—Sí, señor, pero...

—Solo le pido que me conceda un momento, jefe Vallely, si no le importa. Me gustaría aclarar un pequeño detalle. Hasta el momento ha escuchado el relato de ese joven. Pero nada más. Párese a pensarlo. —Mentalmente, Bruce vio aquel dedo levantado, señalando el techo, como si fuera una estatua—. Quizá estuviera borracho y no se acuerde bien de lo que vio, o quizá su recuerdo sea preciso. Todavía no podemos decantarnos por ninguna posibilidad.

—Descubrir si dice o no la verdad es tarea de la policía, no nuestra.

—Seguro. Seguro. Pero, jefe Vallely, descontándole a usted, por supuesto, no puede decirse que la policía de esta ciudad sea célebre por su discreción. No en lo que atañe a la universidad. Según mi experiencia, jefe, en muchos casos informar de algo a la policía es sinónimo de publicarlo en los periódicos. No son más capaces de guardar secretos que Ulises de resistirse a las sirenas, y no tenemos a nadie que los ate al mástil, ¿me entiende? —De hecho, Bruce no lo entendía, pero no estaba dispuesto a admitirlo—. Mire, el profesor Zant era un miembro muy apreciado en esta comunidad, y haremos todo lo que esté en nuestras manos para que su asesino sea apresado. Y por eso somos tan afortunados de contar con un hombre de su calibre, jefe Vallely. Ahora bien, lo que decida hacer es asunto suyo, por supuesto, pero ¿podría ofrecerle un pequeño consejo? ¿Sobre la base, francamente, de las décadas que llevo de abnegado servicio a la universidad?

Era una orden, claro.

—Desde luego, señor.

—Bien, jefe, si fuera yo quien me enfrentara a este dilema, tal vez preferiría cuadrar un poco el caso antes de arriesgarme a poner la reputación del centro en manos de los periodistas locales. Puede llamarlo nadar y guardar la ropa, si usted quiere, pero tal vez sería preferible esperar. Solo hasta disponer de un poco más de información.

Bruce se mantuvo en silencio, pero resultaba obvio que Trevor Land aguardaba su intervención.

—Señor secretario —dijo, con voz firme y decidida—, ¿está usted proponiéndome que emprenda una investigación más... completa?

La voz de Trevor Land conservaba aquel deje somnoliento.

—Bueno, jefe Vallely, preferiría que no se tomara mi consejo tan a pecho. En realidad, le sugeriría que siguiera el plan que acordamos. Creo que debería encargarse de atar los cabos sueltos. La idea es no emitir juicios apresurados. Siga en ello hasta, pongamos... Acción de Gracias. Paciencia. Diligencia. Sí. Así pues, jefe, ¿quiere mi opinión? Asegúrese de que tiene los cabos sueltos bien atados, de que todo está en orden, por así decirlo, y entonces podrá llevar sus conclusiones a la autoridad competente con mi total beneplácito.

El responsable de seguridad del campus contempló la foto de boda que descansaba sobre la estantería: Grace, joven y hermosa, aunque su belleza fue aumentando con los años. Si solo pudiera disponer de unos minutos para consultarlo con ella, para apelar a su sabiduría y a su buen humor. Pero llevaba ya un año muerta, había fallecido con apenas cincuenta años, y él se enfrentaba al cinismo del secretario sin otras armas que la integridad. Y, a diferencia de cierto presidente de universidad que le venía a la cabeza, él no fingía ser alguien excepcional en ese aspecto.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Naturalmente, jefe. Por favor.

—Supongamos que accedo a lo que usted... sugiere. Y supongamos que llega un momento, no muy lejano, en el que creo que tengo los cabos bien atados y usted no.

—Discúlpeme, jefe Vallely, pero no he entendido la pregunta.

Bruce prefería las discusiones cara a cara, incluso con sus superiores, en las que podía usar su tamaño para amedrentar a su oponente, pero, con la ayuda de la sabia mirada de Grace que velaba por él desde el retrato, se sintió con arrestos para manejar el tema por teléfono. Había sobrevivido a la guerra mortífera y destructiva del departamento de policía y, mucho tiempo atrás, a la guerra real en la selva de América Central; debía ser capaz de intercambiar falsas amenazas verbales con tipos de la calaña de Trevor Land sin inmutarse.

De manera que se metió de cabeza en la boca del lobo.

—Bueno, señor Land, como usted sabe, mi departamento opera bajo la premisa de que cualquier prueba que tengamos de que se ha cometido un delito debe ser

comunicada a la policía, o a las autoridades pertinentes. —Aguardó un segundo para que la idea penetrara en el cerebro de su interlocutor—. Tal vez pueda retrasarlo unos días, pero, más tarde o más temprano, habré atado todos los cabos. Supongamos que, llegados a este punto, usted y yo disentimos sobre cuál tiene que ser el siguiente paso. ¿Qué punto de vista prevalece entonces?

Aunque con toda seguridad había sido preparada de antemano, la respuesta tardó mucho en llegar, como si el secretario quisiera transmitir la idea de que entonces sopesaba todas las opciones por primera vez.

—Ah, ya entiendo su preocupación. Sí. Pero, jefe Vallely, recuerde que es usted quien decide sus actos. Mis pequeñas propuestas no son más que eso... sugerencias. La verdad es que me parece muy improbable que lleguemos a dicho desacuerdo, pero, en ese caso... bueno, ¿por qué no nos reservamos la opinión? Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él; no hace falta derribarlo antes de tiempo... No sé si me entiende.

—Creo que sí.

—Excelente, jefe Vallely, excelente. Y usted sabe, jefe, que cuando todo esto haya terminado, cuando pase el escándalo, se haga justicia y nuestra reputación esté a salvo... cuando todo esto haya acabado, recuerde, jefe Vallely, que tendrá usted en mí a un amigo y aliado para siempre. Soy un hombre que no carece de influencias sobre ciertos temas. Y me ocuparé personalmente de usted. Eso puedo asegurárselo.

Bruce decidió que ya tenía bastante.

—¿Qué quiere decir con eso?

El secretario, perro viejo, no se equivocó al juzgar el humor de su subordinado.

—No pretendía ofenderle, jefe Vallely. Nunca le propondría nada impropio.

—¿Puedo preguntarle qué estaba sugiriendo?

—Solo que es usted de la familia, jefe. Y que descubrirá que soy una persona agradecida con quienes me siento en deuda. —Se rió, porque ambos sabían que había ido demasiado lejos, que en ese momento podía granjearse un enemigo en aquel subordinado.

Bruce pidió al secretario que aguardara un momento.

Apoyó el teléfono sobre la mesa, se giró hacia la ventana, hacia el horrendo paisaje de autobuses vacíos, y recordó una extraña conversación con su antiguo compañero, Rick Chrebet. Los dos hombres habían salido el lunes por la noche a tomar una copa, y Bruce iba preparado para tener que defenderse de pullas varias, ya que los policías municipales y estatales estaban convencidos de que sus homólogos del campus llevaban una vida regalada. En cambio, un amargado Rick Chrebet le había dicho que los capitostes del departamento habían decidido que el asesinato de Zant era un atraco, un simple robo de fatales consecuencias, y presionaban a los inspectores para que secundaran la misma teoría. Rick creía que podría resistir durante una semana, dos a lo sumo, pero estaba seguro de que al final se vería obligado a claudicar. Bruce expresó su sorpresa —¡el hombre había muerto solo tres

días antes!—, y Rick había sonreído, había engullido otra cerveza y le había informado de que la decisión provenía desde las alturas, no desde los mandos policiales. No comentó nada más.

Ahora, al volver a coger el teléfono, Bruce se dijo que podía alcanzar el éxito donde su antiguo equipo había fracasado, y al mismo tiempo poner en deuda con él a la universidad que tanto había torturado a sus padres. Podía decir no a Trevor Land y mantenerse en su puesto hasta la jubilación. Podía decir sí, por la razón equivocada: ambición personal, sin ir más lejos. O por la correcta: situarse en la posición de cobrar lo que se le debía.

—Estaré encantado de ayudarle —dijo al secretario, sin saber muy bien por qué todos sus instintos de supervivencia le pedían a gritos que respondiera de la otra forma.

## El pensador original

### I

—Concédame un minuto —dijo Arthur Lewin, mientras recorría el cubículo que le servía de despacho en el departamento de económicas. Tenía otro en el edificio de ciencias exactas y un tercero en uno de los interminables programas interdisciplinarios comunes que se dan en todas las universidades. A sus treinta y dos años era toda una leyenda en el campus—. Todo esto es... un poco raro, ya me entiende. Raro y emocionante a la vez.

Era martes, 2 de diciembre, cinco días después de Acción de Gracias, y Bruce, como se le había ordenado, continuaba atando los cabos sueltos.

—¿De verdad?

—Bueno, verás, Bruce... ¿Te importa si te llamo Bruce? Creo... creo que es la primera vez que me interroga la policía. Claro, si dejamos aparte mi época de estudiante.

Bruce Vallely permanecía sentado en el extremo más alejado de la mesa redonda, atestada de papeles y artículos, que hacía las veces de escritorio. En la estrecha pared había dos ventanas, y debajo, en una mesa auxiliar, un ordenador fijo y otro portátil. En el primero, los números parecían desbordarse. El portátil mostraba lo que debía de ser el esbozo de un artículo académico, lleno de ecuaciones, aunque la ventana abierta en ese momento contenía un juego que Bruce no reconoció de inmediato: algo relacionado con la colocación de fichas de colores en cuadrados que se movían. Art Lewin parecía estar ganando a la máquina. Cerca de los ordenadores se hallaba una única y solitaria foto en un marco antiguo: un par de niñas que tenían los mismos ojos grises y curiosos que Arthur Lewin. No se apreciaban más retratos de familia.

—¿Tuvo problemas en la universidad? —preguntó Bruce.

—¿Acaso no los tiene todo el mundo?

—No sé si los tiene todo el mundo. Solo me interesaba por los suyos.

Art Lewin siguió sonriendo. Llevaba tejanos, botas y un gastado suéter marrón; su cabello, rojizo, se veía denso y despeinado. Tenía una cara blanda y redondeada, como si nunca hubiera llegado a perder el semblante de bebé. Sus ojos grises desprendían una mirada amistosa y enérgica, que brillaba aún más debido a las lentillas. Poseía el encantador optimismo de un entrenador personal y el aspecto de un estudiante agotado en época de exámenes. Era profesor adjunto de económicas y, según un par de opiniones que Bruce había consultado, estaba llamado a ser el mayor

genio en ese campo desde Kenneth Arrow. No es que a Bruce le importara mucho saber quién era Kenneth Arrow. Su campo de interés era mucho más limitado: se centraba en Kellen Zant y, según todo el mundo, este hombre había sido su mejor amigo.

Quizá su único amigo.

Zant, que le llevaba unos años, había sido profesor de Art Lewin: su guía durante la facultad y su mentor en el departamento. La mayoría de las opiniones que había oído Bruce indicaban que el alumno ya había sobrepasado al maestro hacía tiempo.

—Créelo o no, pero es la verdad —dijo el profesor Lewin—. Casi todo el mundo se mete en líos en la universidad. No todo el mundo, pero está probado que una gran mayoría de varones ha sufrido algún problema con la justicia antes de cumplir los treinta. Escucha. Hay mucha información al respecto. ¿Quieres saber qué tanto por ciento de jóvenes han sido arrestados? Y no se trata de una cuestión racial, por cierto. ¿Has leído esos informes que hablan de que un veinticinco por ciento de los hombres negros de Washington han estado alguna vez implicados en un proceso judicial o algo parecido? Pues son mentira. Los números están falseados. Deberían ser mucho más altos. Escucha. ¿En la población general? ¿En todos los varones? La proporción de varones arrestados oscila entre un tercio y un medio, quizá algo más, en función de a cuándo te remontes, esto es, qué edades se midan, y qué se considere un arresto.

—Para mí, existe arresto cuando pongo las esposas.

—Cierto. Cierto. Pero párate a pensarlo.

El economista no le prestaba ninguna atención. El despacho no contenía archivadores, pero una de las paredes era una pizarra blanca. Art Lewin se dirigió a ella, como quien va a enzarzarse en una pelea, y empezó a dibujar con un par de rotuladores de colores. Bruce reconoció unos ejes de coordenadas. El profesor dibujó una línea horizontal y la llamó  $f(x)$ .

—Digamos que esta función nos muestra la probabilidad de arresto según la edad, ¿lo ves? ¿Ves qué curva dibuja? Es inexistente para bebés. Solo hablamos de varones, ¿está claro? Aumenta en los primeros años de adolescencia, y luego... bum, llega al punto culminante a finales de la adolescencia y en los primeros años de la década de los veinte; y después desciende de forma bastante regular. A los treinta es ya muy baja. A los cincuenta, los arrestos casi no existen. Todo esto es de sobra conocido, ¿verdad? Bien: esta curva es... tramposa. Representa a la población en función de la edad. La población está envejeciendo rápidamente. Supongo que sabemos lo que significa eso. Respuesta: el crimen descenderá. Es inevitable. Tiene que ser así. Porque son los jóvenes —dando golpecitos en la pizarra con el rotulador— los delincuentes. Si se sigue el mismo razonamiento, a medida que crecen, dejan de hacer lo que hacían. No más delitos. Bueno, no es cero, pero sí un número arbitrariamente pequeño.

—Porque están en la cárcel.

—Muy gracioso. Buena salida. Pero no. No. ¿Por qué cometen menos crímenes?



Respuesta: porque son más viejos. Entonces podemos...

—Profesor Lewin, por favor. ¿Le parece que dejemos la clase para otro momento?

—Ya, ya, pero ¿sabes una cosa? Ahí radica el quid de la cuestión. Mira. ¿Ves las múltiples intersecciones? ¿Sabes lo que eso significa?

—Por favor, profesor Lewin. ¡Ya basta, Arthur!

El economista se giró lentamente: sus ojos grises e inocentes parecieron estar, por un instante, lejos de allí. Luego volvió en sí, pero con expresión hosca, como un niño prodigio que ha sido cortado por un adulto antipático en plena exhibición de sus facultades.

—Lo siento. Creía que te interesaría.

Bruce no quería ofenderle.

—Es fascinante, profesor. De verdad. Y quizá en otro momento podría explicármelo con más detalle.

—Escribí un artículo sobre ello. Tengo una copia. —Revolvió en una pila de papeles que tenía en un estante, detrás de la mesa, claramente clasificados como «TEXTOS PUBLICADOS», y extrajo un artículo de unas ocho o diez páginas de extensión—. Así puedes leerlo cuando te convenga. Lo discutimos otro día, ¿vale?

—Claro.

—Hay un montón de información errónea sobre este tema. Lo demostré.

—Le creo.

Una sonrisa lánguida.

—Sé que hablo demasiado. Me encanta mi trabajo, Bruce. Me encanta.

Bruce le devolvió la sonrisa. Al fin y al cabo, no costaba nada.

—Ya lo veo.

—¿Sabes, Bruce? En los cuarenta, cincuenta... hablamos de los años posteriores a la guerra, cuando Estados Unidos se quedó solo, sin competencia y todas esas bobadas, los matemáticos creían que cualquier problema social podía reducirse a una función. Incluso el crimen. Hablo de los economistas dedicados a las matemáticas.

—¿Y ahora?

—Ahora diría que siguen predominando los tratamientos matemáticos. Tienes que conocer la teoría, pero la profesión, y diría que acertadamente, está adoptando un interés cada vez mayor en las matemáticas aplicadas. Muchos creemos que es hora ya de salir a salvar el mundo. Sé que crees que exagero, pero... escucha solo un momento. —Movía ambas manos, los dedos apuntaban en todas direcciones: la energía de aquel hombre era desbordante, como si hubiera una tercera persona en la sala—. ¿Qué es la economía en realidad? ¿Una ciencia difusa? No. Respuesta: es el estudio de la distribución de bienes y servicios sujetos a constricciones. Bien, ¿qué temas no están sujetos a constricción alguna? Respuesta: ninguno. Estrategia militar, campañas políticas, huevos, incluso el sexo. Todo está sujeto a constricciones, Bruce. De manera que, en cierto sentido, la economía es una especie de resumen de todo lo

que importa en la existencia humana. Tenemos en nuestras manos las herramientas para salvar el mundo. Impresionante, ¿no?

—¿Eso es lo que creía Kellen Zant?

La energía maníaca de Art Lewin empezó a flaquear. No se movió de la pizarra: resultaba obvio que no tenía la menor intención de sentarse, pero sus estrechos hombros se hundieron un poco y asintió dos veces, como si aceptara la intrusión de la realidad.

—Sí. Kellen. ¡Qué horror!

—¿Podemos dedicarle un minuto?

—¿De qué quieres hablar?

—Bueno, por ejemplo, podríamos hablar de quién querría matarlo.

Regresó la sonrisa, pero esta vez desprovista de aquel brillo que delataba la pasión de Art Lewin por su trabajo. Esta vez solo servía para reconocer un absurdo.

—Supongo que podría decirse que yo.

## II

Iban atravesando el campus principal, porque Art Lewin había decidido que prefería pasear mientras hablaban de eso, y era de la clase de hombres que hace más o menos lo que quiere: un Nathaniel Knowland ya crecido, pero con mucho más encanto. Caminaban sobre nieve sucia. Bruce se recordó a sí mismo que Art Lewin era una estrella emergente. Su reciente predecesor en el cargo de responsable de seguridad del campus perdió el empleo debido a un escándalo, y su falta de aliados en la facultad empeoró el asunto.

—Deja que te diga algo sobre el trabajo de Kellen. No me refiero a Zant-Feldman...

—Discúlpeme, profesor. Ya he oído mencionar antes esa ecuación, pero nadie me ha explicado aún de qué se trata exactamente.

Art Lewin volvió a sonreír, y Bruce le imitó, impresionado ante el hecho de que aquel joven no hubiera reaccionado como la mayoría de los profesores: con un gesto de incredulidad. Al antiguo detective se le ocurrió que sentir amor por una ciencia suponía una gran ventaja en un profesor: si disfrutas hablando de tu campo nunca tratarás ninguna pregunta, ni a ningún interlocutor, como si fuera tonta.

—Es una fórmula que valora seguridades, sobre todo *stock options*, pero con la diferencia de que, como diría Black-Scholes, mira hacia el pasado. Lo que quiero decir es que supone un modo de contestar a la siguiente pregunta: «A la luz de lo que sabemos ahora, ¿cuál era el valor de esta acción en particular cuando nos fue adjudicada hace diez años?». En realidad implica un uso realmente inteligente del diferencial de... bueno, da igual. A ver, Kellen estaba en la universidad de Dartmouth

cuando la propuso. Luego un tipo de Columbia, Feldman, le ayudó a refinar la formulación. Kellen pasó un par de años allí haciendo un posgrado. ¿Y sabes una cosa, Bruce? No es cierto que Kellen no hubiera sido capaz de terminarla solo. Eso es simple racismo, ¿vale? Pero supongo que no te descubro nada nuevo ¿verdad? En fin, Zant-Feldman reportó mucho trabajo de consultoría para Kellen. ¿Está claro?

Bruce se había quedado más o menos igual.

—Sí.

—Pero últimamente ya había dejado el tema Zant-Feldman. Intentaba usar herramientas más sofisticadas para diseñar los futuros escenarios comerciales. Intentaba averiguar si los expertos podían predecir lo que sucedería al año siguiente o dentro de diez años en, por ejemplo, los bienes de consumo. ¿Sabes una cosa? La idea de que la mayoría no se equivoca vuelve a estar de moda hoy día. Es una vieja idea en económicas. Así funciona el mercado. La teoría del caos también va por ahí. ¿Has visto algo de lo que se ha publicado recientemente? En estos días una gran parte de ello llega hasta la prensa popular. —Hizo que «popular» sonara como una obscenidad.

—Me temo que me lo he perdido.

Asintió, dubitativo. Bruce dedujo que aquella no era la especialidad de Art Lewin.

—Digamos que quieres saber cuántas judías hay en un tarro. Lo mejor es preguntar a mucha, mucha gente, y luego sacar el promedio de sus respuestas. Incluso en el caso de que ninguna respuesta se acerque mucho, hay muchas posibilidades de que la media no vaya desencaminada. Cuanta más gente intente adivinarlo, más precisa es la respuesta. Porque los errores cognitivos se equilibran unos a otros, ¿comprendes? O... si quieres adivinar el resultado de unas elecciones. ¿Deberías preguntar a la gente a quién piensa votar? Respuesta: no. Eso es una bobada de los medios de comunicación. No. Obtienes una predicción más ajustada si preguntas quién creen que va a ganar. Por así decirlo, si se organiza un mercado electrónico y se deja que la gente compre y venda futuros contratos sobre las elecciones, acabas acercándote mucho al porcentaje real de voto. Interesante, ¿eh?

Una vez más Bruce tuvo que cortar el tema, convencido de que si no se le ponía freno Art Lewin seguiría así toda la tarde.

—Todo esto es fascinante, profesor, y un día, con más tiempo, me encantará oír los detalles. Pero por ahora preferiría concretar un poco más.

—¿Concretar? —repitió el economista, con un estremecimiento de repulsión, como si quisiera indicar que lo que de verdad importaba eran los grandes conceptos abstractos—. ¿Concretar cómo?

—Digamos que me interesa hablar sobre Kellen Zant. No sobre su trabajo, sino del hombre.

—Ese hombre era su trabajo. No puedes entenderle sin comprender su obra.

—No estoy intentando comprenderle, profesor. Intento comprender qué le sucedió. —Se apresuró para aprovechar que Art Lewin seguía meditando sobre ello

—. ¿Por qué no empezamos por la última vez que lo vio?

—Ya se lo conté a la policía: vi a Kellen por última vez el día en que murió. El viernes. Estuvimos jugando al ajedrez en mi despacho, como hacíamos todos los viernes. Partidas rápidas. Cinco minutos por bando. Así podíamos jugar suficientes partidas para tener una visión realista... —El economista se detuvo, y el niño que había en él erigió una defensa contra acusaciones que aún no se habían vertido—. Mira, Bruce, era solo la forma que teníamos de divertirnos, ¿de acuerdo? Unos juegan al fútbol, otros se emborrachan. No, espera, yo también me emborracho, no es un buen ejemplo. Pero hay gente que... no sé, hace volar cometas o cosas por el estilo.

—¿Qué hora era? ¿Cuándo fue a su despacho?

—Supongo que sobre las cuatro. Siempre quedábamos sobre esa hora. Ya me entiende, no es que mirara el reloj ni nada parecido, pero diría que llegó a las cuatro.

—¿Quién ganó más partidas? ¿Ese último viernes? —El tono de voz poseía un leve deje de impaciencia.

—Oh, bueno, yo gané más partidas —dijo el economista, como si Bruce se estuviera olvidando de lo más relevante—. Pero no cuenta. Kellen estaba distraído. No tenía la cabeza en el juego. Y, además, no llegamos a terminar. Normalmente jugábamos hasta las diez. Pedíamos comida china, charlábamos de trabajo, jugábamos al ajedrez. Pero el viernes acabamos temprano. —Estaban ante un gran montículo de nieve; él se volvió con una mano alzada, previendo una objeción antes de que se formulara—. Espera, Bruce, espera. Quiero dejar algo claro, ¿de acuerdo? Lo que dicen de Kellen no es cierto. Era un genio. Tan brillante como yo. No se limitaba a realizar su trabajo de consultor. Se preocupaba por la investigación. No era perezoso. Es una cuestión de racismo puro y duro. Estaba trabajando en su libro sobre juegos y se lo tomaba muy en serio. Tenía muchos proyectos que lo mantenían muy ocupado.

—Estoy seguro de que así era —dijo Bruce, tras una evaluación momentánea. Ya había oscurecido, pero tenía la sensación de que ni la noche ni el frío ralentizarían el entusiasta paso académico de Art Lewin.

—Y tenía ese último proyecto. A partir del último año, más o menos. Muy secreto. Un nuevo enfoque sobre un viejo problema. Es lo único que decía. Iba a ganar millones. Eso decía, Bruce: millones.

—Estoy seguro de que así era. Pero ¿qué hicieron la noche en que murió?

—Jugamos al ajedrez. Luego se marchó.

—¿Qué hora era?

—No era tarde. No sé. Cinco, cinco y cuarto. Pregunté a Kellen... dije: «¿Qué prisa tienes?». Dijo que tenía una cita. Mira, Bruce, su reputación era de sobra conocida. De manera que deduje que se trataba de una mujer. Probablemente una mujer casada. Era lo que prefería, ¿sabes? ¿No? Solía decir que le atraían las mujeres casadas más que las solteras, preferiblemente con dos o tres críos en casa, cuanto más

pequeños mejor. Según él, era menos complicado. Kellen era... no sé cómo expresarlo... algo reticente al compromiso. Puedes analizar su preferencia por mujeres casadas como una estrategia racional de maximizar la satisfacción sexual y minimizar al mismo tiempo el riesgo de compromiso. Mira, Bruce, el compromiso conlleva ciertos costes. Hay costes relacionados con la oportunidad, el valor de lo que podrías estar haciendo en lugar de eso, y también considerables riesgos colaterales. Lo que podríamos llamar riesgos poscompromiso. El riesgo de cometer un error, por ejemplo. O de descubrir que odias a tu cónyuge. O que amas más a otra persona. Ahora bien, hay gente que se casa o se compromete de alguna forma para manejar otros riesgos. Los de una vida solitaria, por ejemplo. Lo hagas como lo hagas, siempre hay un equilibrio. Bien, en el caso de Kellen, lo que quería evitar era el riesgo de sentirse atrapado. Para ello hay muchas estrategias posibles, y, en realidad, puedes considerar su preferencia por las mujeres casadas como una especie de seguro. Porque, si piensas en ello, acostarte con mujeres casadas es en ciertos sentidos más costoso que hacerlo con mujeres solteras. Ese coste es el valor del riesgo de ser atrapado: el perjuicio de ser pillado descontando la probabilidad de que eso ocurra. Ese coste extra representa la cantidad que una persona opuesta al compromiso está dispuesta a pagar, podríamos decir, para adquirir un seguro contra verse envuelto en una relación estable...

Una vez más, Bruce devolvió amablemente al testigo al tema que le ocupaba.

—Si pudiéramos volver al momento en que se marchó el profesor Zant. Hijo que tenía una cita, y usted supuso que se trataba de una mujer.

—Exacto. Eso es lo que...

—¿Dio algún detalle más? ¿Hijo si había quedado con alguna mujer, casada o no?

Habían llegado hasta el Pabellón de Ciencias, la enorme y granítica monstruosidad en la que la universidad apostaba su futuro, ya que, en los últimos tiempos, intentaba posicionarse como centro de nuevas tecnologías. Los estudiantes pasaban por su lado en grupos adustos, apresurados.

—No —dijo Art Lewin, apoyándose sobre Bruce para subir por una montaña de nieve sucia apilada a un lado del centro de informática por algún quitanieves que había decidido, por alguna razón insospechada, retirar el blanco y limpio manto del jardín—. No, no me lo dijo. Se limitó a hacer una pequeña broma. Dijo que estaba pensando en irse a Jamaica.

—¿Jamaica? ¿Eso dijo?

El economista asintió.

—Dijo que tenía negocios urgentes que atender allí. En Jamaica.

—¿Está seguro de que dijo Jamaica?

Art seguía ascendiendo, como si la distancia física le sirviera para ganar perspectiva; o quizá ya estuviera harto de tanto interrogatorio. Ya no le divertía, y, para los Arthur Lewin de este mundo, educados para creer que todo saldría bien si eras un tipo listo, la vida tenía que ser divertida o no merecía la pena vivirla.

—Exacto. Dijo que se iba a Jamaica, y que si yo tuviera medio cerebro en el cráneo podría entenderlo. Era la clase de comentario que solía hacer, Bruce. Medio cerebro.

—¿Dijo que usted debía entender adónde iba?

—Sí. Como si se tratara de otro de sus juegos. —Art ya había llegado arriba, con los pies a casi dos metros sobre el suelo, girándose con cuidado en un pequeño círculo, amo y señor de todo lo que alcanzaba la vista. Prosiguió en voz baja, porque Bruce ya lo había alcanzado—: Le recordé que, si se trataba de un rompecabezas, se suponía que debía proporcionarme las pistas para resolverlo. ¿Sabe lo que dijo? Contestó: «Ya lo he hecho».

### III

Habían iniciado el descenso. Art Lewin caminaba con expresión deprimida y los hombros hundidos. No, no se divertía. Bruce se dijo que podía adivinar los pensamientos que surcaban la mente del joven. Su amigo y mentor se había ido para siempre. Revivir los buenos ratos pasados juntos —las fórmulas, el ajedrez, las discusiones, la competición— había servido para que evocara lo mucho que había perdido.

—Piense bien en ello.

—Lo estoy haciendo. —El tono de voz de Art Lewin tenía ahora un deje de petulancia.

—¿No hubo ninguna nota? ¿Un correo electrónico de última hora? ¿Tal vez una ecuación en la pizarra? ¿Está realmente seguro de que no le dejó ninguna pista de a qué se refería con lo de Jamaica?

—Estoy seguro. Estoy seguro.

—Bien. ¿Y qué me dice de algo anónimo? Una nota sin remitente que...

—No hay nada, Bruce. En serio. ¿Crees que no me he estado devanando los sesos intentando llegar a alguna conclusión? —Emitió un suspiro infantil. Habían llegado a la acera, donde los coches levantaban heladas duchas de nieve sucia a su paso. Se animó—. Sin embargo, sí se me ocurrió algo.

—Siga.

—Bueno, sabes que le gustaban las mujeres, ya te lo he dicho. De manera que pensé que planeaba... ya me entiendes, reunirse con alguna. Una jamaicana, quizá. En un motel o algo así, para pasar el fin de semana con ella.

—¿Por qué tenía que irse a un motel? Vivía solo, ¿no?

—Eso es verdad. —Art Lewin parecía molesto por no haber caído en ello. Luego sonrió—. Bueno... ¿quizá había invitado a una jamaicana a ir a su casa?

Bruce le miró de reojo mientras su mente acariciaba una nueva idea. Al notar el

escrutinio y no sentirse demasiado cómodo con él, el profesor aumentó la distancia entre ambos. Pasaron frente a una puerta de hierro forjado y llegaron al llamado Pabellón Original.

—¿Usted y el profesor Zant discutieron alguna vez sobre Lemaster Carlyle?

La nuez del economista estuvo a punto de salirse de su delgado cuello.

—Bueno, todo el mundo tiene una «opinión» sobre Lemaster. Pero nunca hablamos del tema a fondo.

—¿Sabe si Zant podía guardarle rencor por algo?

—Bueno, Kellen era de esa clase de hombres que tenía muchas cuentas que saldar, pero la mayoría eran con personas que no había conocido. Ya sabes: políticos, activistas, columnistas de ámbito nacional, gente que, según él, desperdiciaba su influencia. —Ya de vuelta en un territorio que dominaba, Lewin se creció un poco—. ¿Sabes, Bruce, que hay toda una literatura de ciencias políticas sobre los incentivos de los políticos? ¿Cuál resulta ser el mejor modo de predecir sus votos? Respuesta: el deseo de ser reelegidos. Apoyar un principio impopular es una parte tan pequeña de la política que la mayoría de los estudios ni siquiera la abordan. Kellen despreciaba a la gente capaz de hacer cualquier cosa por llegar, y cualquier cosa por mantenerse.

Como Lemaster Carlyle, se dijo Bruce, pero se preguntó si sus propios prejuicios sesgaban su opinión.

—¿Y qué hay de la señora Carlyle?

La objeción saltó entre ellos como si estuviera decidida a sofocar esa idea antes de que naciera.

—No, Bruce. Ni lo pienses, ¿vale? Eso se acabó hace mucho tiempo. A Kellen le gustaban las mujeres casadas, pero no estaba loco.

—¿Loco?

—Uno no se mete en líos con la mujer de un hombre como Lemaster Carlyle. No te atreves. No importa qué rumores hayas oído al respecto sobre lo que pasa o no pasa entre ellos. Además, ya sé que Julia es una mujer guapa, pero tiene alrededor de cuarenta años, ¿no? Demasiado mayor para Kellen. Le gustaban más jóvenes.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no qué?

—¿Por qué uno no se mete en líos con la mujer de un hombre como Lemaster Carlyle? ¿Por qué resulta tan descabellado?

La expresión facial de Art Lewin indicaba que el descabellado era Bruce.

—Vamos, hombre —le dijo, y se rió con dificultad—. No se lo tomaría muy bien, ¿no crees?

—Supongo que no —dijo Bruce, convencido de que se estaba perdiendo algo.

Se hallaban ya frente a la pesada puerta del edificio. La vieja cerradura de hierro ya no funcionaba. Art tenía en la mano la llave electrónica que le permitía el acceso. Bruce poseía una llave maestra que abría todas las puertas del campus.

El economista miró hacia el cielo y Bruce se armó de paciencia para enfrentarse a

una disquisición sobre las causas del tiempo. En su lugar, el joven adoptó una expresión pensativa.

—¿Sabes una cosa? No era solo que a Kellen no le cayera bien Lemaster Carlyle. Diría que la antipatía era mutua.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, ya sabes, tuvieron un desacuerdo que llegó a la prensa. Pero la cosa venía de antes. Los vi juntos una única vez, en la asamblea de la facultad, cuando Lemaster todavía era profesor de derecho, antes de que se fuera a Washington y todo eso. Yo acababa de terminar la carrera. En fin, la asamblea debatía una propuesta del comité encaminada a modificar el código ético de la universidad para prohibir las relaciones sexuales entre docentes y estudiantes en cualquier circunstancia. Lemaster era un gran defensor de la enmienda. Kellen era uno de los líderes de la oposición con el argumento de que los adultos debían tener derecho a elegir, aunque... bueno, digamos que podía existir una pizca de interés personal. En fin, durante el descanso, ambos se cruzaron en el vestíbulo, y Kellen preguntó a Lemaster por qué defendía el cambio con tanto empeño si resultaba obvio que la propuesta quedaría rechazada sin llegar a la votación. Lemaster le miró, le brindó esa acerada mirada suya, ya sabes, como la de un padre que se avergüenza de su hijo, y dijo: «Tú estás en contra. Es razón suficiente para que yo esté a favor». Kellen le replicó que no convirtiera el asunto en algo personal, o algo así. Lemaster seguía observándolo, como si fuera una especie curiosa de roedor, y dijo: «No es personal. Es oficial. Estoy convencido de que eres un hombre peligroso». O algo que venía a decirlo mismo.

—¿Alguien más oyó esa conversación?

—Pues no lo sé. Podría ser. El vestíbulo estaba repleto de gente. Claro que tampoco es que estuvieran gritando o algo parecido: ambos fueron muy educados, pero tampoco creo que les preocupara que alguien los oyera.

Bruce sopesó el relato. Decidió que era demasiado endeble. Incluso combinado con todo lo que Art le había contado sobre la noche del asesinato, el hilo era demasiado débil.

—Ya veo —fue su único comentario.

Una pausa, en la que ambos jugaron a desafiar al contrario.

—Si ya no me necesitas, me gustaría recoger la bolsa e irme a casa... —empezó Art.

—Espere.

—Estoy cansado, Bruce. —El niño hosco había vuelto.

—Solo una cosa más.

Suspiró y miró a su alrededor, como quien espera encontrar ayuda. En el transcurso del paseo, un crepúsculo grisáceo se había posado sobre el campus. Soplaban un viento gélido, cargado de amenazas. El profesor se metió las blandas manos en los bolsillos, y contempló con expresión resignada al responsable de seguridad del campus. En ese momento Bruce se dijo que Art Lewin era un hombre



profundamente desgraciado.

—Claro, Bruce, claro. Una cosa más.

—Cuando estábamos en su despacho, usted afirmó tener motivos para matar a Kellen Zant.

Art abrió mucho los ojos.

—Eh, no hablaba en serio. Era un decir... Solo intentaba poner un ejemplo.

—¿Podría ser más explícito?

—No es ningún secreto, Bruce. Ya hablé de todo esto con la policía. Si quieres encontrar un motivo solo tienes que investigar a los maridos de todas las esposas a las que sedujo. Alguno puede estar lo bastante enfadado. —Hizo una pausa—. O lo bastante dolido.

Bruce lo entendió. Recordó las fotos de la mesa: dos hijas, ninguna madre. Miró la mano izquierda de Arthur: no había alianza, pero sí la marca de que había existido una.

—Está divorciado.

—Sí.

—¿Kellen Zant tuvo algo que ver con eso?

Art Lewin volvió a desviar la mirada, mientras la nuez latía al intentar tragar lo que subía por su interior. Su cara de bebé aparecía sonrojada y dolida.

—Podría decirse así.

—¿Kellen... se acostó con su mujer?

—Me robó a mi mujer.

—¿Qué?

—Me temo que fue un error de cálculo por su parte. —Una risa amarga, medio demente—. Carol nos dejó, a mí y a las niñas, para irse con él. Eso no formaba parte de los planes de Kellen, claro.

—¿Su mujer le dejó por Kellen Zant? ¿Cuándo fue eso?

—Oh, hace... nueve, diez meses. Más. Casi un año, ahora que lo pienso.

Bruce frunció el ceño. Ninguna de sus fuentes le había comentado nada acerca de aquello, ni un cotilleo.

—Bueno, Art, a ver si lo entiendo. ¿Su mujer lo dejó por otro hombre y usted seguía jugando al ajedrez con él? ¿Todos los viernes por la tarde?

—Odiaba al hombre. Eso no significa que dejara de admirar su cerebro.

Eso ya era demasiado para Bruce, así que optó por dejarlo a un lado para posteriores reflexiones.

—¿Y su mujer... Carol? ¿Qué hizo Kellen cuando ella dijo que abandonaba a su familia?

—¿Kellen? ¿Qué crees que hizo? Ya te he dicho que tenía fobia al compromiso. La envió de vuelta. Le dijo que ese no era el trato.

—¿La envió de vuelta... a su casa?

Art asintió.

—Carol aporreó la puerta en mitad de la noche, al día siguiente de marcharse. Deshecha en llanto, destrozada, diciendo que había cometido un gran error. Pensé que era gracioso. Me moría de la risa. La dejé entrar, pero al día siguiente le dije que me iba.

A Bruce le daba vueltas la cabeza. La risa no le encajaba. Después, al contemplar el rostro triste y desencantado del joven, lo comprendió.

—¿La dejó quedarse en casa y usted se marchó?

—No. Solo se lo dije. No tenía intención de hacerlo.

—Ya entiendo —dijo Bruce, aunque no era cierto—. Tal vez debería hablar con Carol. ¿Dónde está ahora?

—En casa.

—¿En casa? ¿Ha vuelto con sus padres?

—No, Bruce. No ha vuelto con sus padres. Está en nuestra casa. Por eso debo irme. Carol debe de tener la cena lista.

—Pero... creía que estaban...

—Divorciados. Sí.

—Entonces, ¿cómo diablos...?

—Solo nos hemos divorciado, Bruce. Eso no significa que no podamos vivir juntos. Hacerlo supone un ejercicio de sensatez en el manejo racional del riesgo. No existe ningún impedimento legal en el caso de que cualquiera de nosotros quiera hacer un cambio y, mientras tanto, Carol y yo disfrutamos de todas las ventajas de la vida conyugal. A veces le apetece pasar la noche fuera con alguien. O me apetece a mí. A veces a los dos. —Su pálido rostro se ruborizó por un instante—. En este último caso, mi suegra se ocupa de los niños. Bueno, la verdad es que ya no es mi suegra, ¿no? No creo que haya una palabra para designarla. ¿Mi ex suegra? No sé. En fin, el tema está en que tanto Carol como yo somos libres de ver a otras personas. Si queremos hacerlo, lo hacemos. En ese sentido lo que pasó con Kellen ha sido beneficioso para nosotros. Podría decirse que tuvo un efecto liberador en nuestras facultades racionales. Ya no estamos unidos por barreras artificiales. Podemos escoger disponiendo de más información. Nos hemos vuelto más eficaces en la búsqueda de la felicidad.

Art Lewin movía la cabeza, su rostro adolescente lucía una sonrisa, su voz había ganado fuerza y parecía no ser consciente de que, a su lado, Bruce temblaba de furia contenida.

—Ya sabes, mucha gente vive junta sin estar casada. Es lo que se lleva. Ni siquiera estoy seguro de que pueda defenderse racionalmente la institución del matrimonio tradicional. Sin presiones externas, religiosas o sociales, que empujen al matrimonio, ningún individuo racional que maximice su bienestar se metería en él. De hecho, en la proporción en que crecen los números, podemos esperar...

Art Lewin seguía sumido en sus argumentos mientras Bruce, incapaz de soportarlo más, se escabulló entre las sombras. Lo había decidido: la vida del campus

no era para él.

El joven economista había afirmado que no existe defensa racional posible del matrimonio tradicional, y una parte de Bruce Vallely le odiaba por eso. Bruce podía haberle ofrecido una defensa absolutamente racional, aunque sospechaba que un universitario educado en la modernidad nunca llegaría a entenderlo. Para Bruce, la defensa del matrimonio consistía en una sola y hermosa palabra: «Grace».

## Una queja inquietante

### I

De paso por el despacho, antes de salir a toda prisa para eludir la tormenta que se avecinaba, Bruce aprovechó esos preciosos minutos para llamar a Rick Chrebet. No es que estuviera en disposición de exigir muchos favores, pero si necesitaba uno, lo necesitaba. Rick estaba en su mesa, para variar, y sí, le confirmó que habían interrogado a Art Lewin largo y tendido antes de finalizar las investigaciones, y que sí, habían anotado el comentario sobre Jamaica. Lo habían comprobado, desde luego: no se habían vuelto tan incompetentes desde la partida de Bruce. Y no, no aparecía en ninguna lista de pasajeros, ni para aquel fin de semana, ni en otras fechas próximas: ni Jamaica, ni Caribe, ni pasaje de avión, ni hotel, ni alquiler de coche, ni billete para un crucero... nada. Zant acababa de regresar de un viaje a Dallas y Atlanta, donde había ido a realizar presentaciones para sus clientes y, de camino a casa, se había pasado por Arkadelphia para ver a su tío. La semana posterior al asesinato, el economista tenía previsto un viaje a Los Ángeles para reunirse con otro cliente, pero todavía no había efectuado reserva alguna: el departamento de viajes de la empresa del cliente esperaba recibir noticias suyas. «En primera», dijo Rick, asombrado. Zant también había comprado billetes, con mucha anticipación para que sus anfitriones ahorraran dinero, para una conferencia que debía celebrarse en abril en la Universidad de Chicago, donde estaba previsto que presentara una ponencia sobre el nivel óptimo de adulterio.

—Y no bromeo —dijo Rick.

Una cosa más, añadió en voz baja. Zant había usado su E-Zpass, la tarjeta de peaje digital, en autopistas de Massachusett. Pero no se había alojado en hotel o motel alguno, ni había visitado a ninguno de los amigos que tenía por el norte de Nueva Inglaterra.

—Un misterio —dijo Rick.

Bruce se mostró de acuerdo.

—Bueno, Kellen Zant trabajaba como consultor para varias empresas.

—Cierto —convino Rick.

—¿Sabes en qué andaba trabajando cuando murió? —Se produjo una pausa larga, en la que los dos antiguos colegas se tomaban la medida el uno al otro—. ¿Lo que hacía es un secreto de Estado o qué?

Para sorpresa de Bruce, su comentario no fue recibido con una carcajada, ni

siquiera con una de esas risas tristes que indican que uno no ha tenido gracia. En su lugar siguió el silencio, como si Rick Chrebet estuviera sopesando lúgubres opciones que su antiguo compañero no podía ni imaginar. Cuando por fin habló, de la voz de Rick, normalmente áspera, emanaba una nota de reticencia.

—Fue un atraco, Bruce. Lo sabes, ¿no?

—Leo los periódicos, pero...

—No estamos investigando su trabajo como consultor, ni su vida privada, ni ninguna otra cosa. —Pronunciaba las palabras de forma lenta y dolorosamente clara—. Estamos buscando a un ladrón armado que dispara a sus víctimas en la cabeza. Punto. Pronto se dará un comunicado oficial.

—Supón que no fue un robo. Supón que...

—Se han considerado otras posibilidades y ya se han desestimado.

—¿Eso significa que...?

Rick se mostró implacable, sin abandonar un cortés tono de voz.

—Hace tiempo que nos conocemos, Bruce. Sé cómo funciona tu cerebro. Sé lo que debes de estar pensando: dos disparos, en la nuca: parece obra de un profesional. Y piensas que, fuera lo que fuese en lo que trabajaba Zant, debió de asustar a alguien importante. Pero te equivocas, Bruce. Esas posibilidades han sido rechazadas.

Bruce reflexionó. Habían sido compañeros toda la vida, y también amigos, y ambos sabían cómo enviar mensajes sin resultar demasiado obvios. Rick había usado la voz pasiva. No había dicho que él o su gente hubieran escogido no recorrer esas otras vías de investigación.

Según él, se habían desestimado, lo que implicaba que la decisión había corrido a cargo de otros. De manera que Bruce respondió, con la misma cautela:

—Déjame molestarte un poco más. Muy bien, fue un atraco. Lo acepto. Solo intento atar unos cabos sueltos.

Rick se rió sin alegría, y Bruce se dijo que su antiguo colega, que siempre había tenido un talante optimista, se sentía realmente perplejo, incluso taciturno.

—Ya no eres poli, Bruce. Los cabos sueltos no son cosa tuya.

—Estos sí. Se trata de un tema de la universidad. No estoy... trabajando en el caso.

Una vez más la respuesta se demoró, y Bruce se preguntó qué línea invisible había cruzado esta vez. «Debió de asustar a alguien importante». En el despacho de fuera, alguien gritaba algo sobre un partido de baloncesto, en tono enojado.

—Lo siento, Bruce —dijo Rick—. Su trabajo era un callejón sin salida. Esa es nuestra conclusión.

—¿Quién llegó a ella?

La lentitud se mantenía, las palabras salían arrastrándose como un pesado tesoro enterrado en una tumba.

—No puedo entrar en esos detalles, Bruce, de verdad.

—¿Tan arriba llega? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Otro suspiro. La nieve prevista azotaba la ventana, aunque fuera sobre todo lluvia. Copos que se fundían antes de cuajar: recordaba un poco a la investigación oficial. Bruce se preguntó por qué su colega se había mostrado tan predispuesto al principio y en cambio había detenido el flujo de información en cuanto se tocó el trabajo de Kellen.

—Lo siento —dijo Rick al final, y Bruce lo conocía lo bastante bien como para no insistir. Ya había pedido, sin éxito alguno, acceso al Audi y a la casa de Zant. Si solicitaba demasiados favores, incluso Rick llegaría a un extremo en el que sería fácil pronunciar la palabra «no».

—De acuerdo. Solo una cosa más.

—Claro, Bruce —dijo su antiguo colega, aunque su ronca voz poseía un deje de advertencia.

—Se comenta que Kellen Zant era un mujeriego. Que tenía predilección por las mujeres casadas.

—Eso no es ninguna pregunta. —Impaciente; estaba claro que los favores llegaban a su fin.

—Debéis de haber interrogado a... a los posibles maridos.

—Y a las esposas. ¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Alguno llegó a ser...? ¿Os concentrasteis en alguno como sospechoso?

Una pausa al otro lado de la línea. Crujido de papel. Voces de fondo. ¿Había dejado el teléfono sobre la mesa? No. Se había quitado el teléfono de diadema y susurraba directamente al auricular.

—Esto está fuera de lugar, Bruce. No puedo discutirlo.

—Vamos, Rick. Soy yo.

—Sí, Bruce, eres tú. ¿Qué vas a hacer? ¿Partirme la cara si no hablo contigo?

—Nunca he hecho nada parecido y lo sabes.

—Algunos de los tipos que trajiste a comisaría te veían capaz de hacerlo. —Un suspiro profundo—. En realidad, me parece recordar que un par de ellos presentaron quejas formales.

—¿Qué? ¡Eso no ha sucedido nunca!

—Yo creo que sí.

—¿Qué es esto? ¿Una broma de mal gusto?

Aunque Rick ya no usaba el teléfono de diadema, su voz sonaba tan distante y seca como antes.

—Un par de esas quejas están ahora en proceso. Tal vez se presentaron después de que abandonaras el cuerpo.

—Hay reglas. El departamento me habría informado de ello.

—Igual se han despistado.

Bruce se pasó la mano por su corto y enmarañado cabello, intentando aclarar lo que solo podía tomarse como una amenaza.

—¿Qué me estás diciendo, Rick? ¿Estoy siendo investigado?

La voz regresó un segundo después, con menos dureza.  
—Lo único que digo es que en tu lugar yo tendría cuidado.

## II

Bruce deseó buenas noches al personal del segundo turno, que entonces entraba: un sargento y un agente en el edificio, un par de coches patrulla de guardia, tres agentes y un administrativo para un campus de varios cientos de hectáreas; la agonía de un presupuesto equilibrado. Seis coches más y un trío de furgones estaban detrás de la verja de hierro, a la espera del turno de día, y del día en que hubiera más dinero. Empujó la doble puerta de cristal y salió al aparcamiento. Nunca dejaba el Mustang en el espacio reservado para él, porque dar marcha atrás y girar desde allí era demasiado costoso. Dado que su mujer estaba muerta y sus hijos eran ya adultos, preocuparse por las rayadas de la carrocería roja era una forma de satisfacer un cierto masoquismo. Abrió la puerta y sonrió con tristeza al recordar todos los años en que abría primero la puerta del copiloto para que entrara Grace, que se declaraba totalmente liberal excepto en el tema de... bueno, de quién entra primero.

Y pensar en Grace le hizo recordar algo, algo que tenía que ver con Kellen Zant y con su coche...

Se paró. Se sentía vigilado.

Sus ojos rápidos, que habían conocido la oscuridad de la selva y el resplandor del desierto, recorrieron las sombras que cubrían el extremo más alejado del aparcamiento, la frontera oficial del campus universitario. Dicho borde estaba marcado por una sucesión de casitas, un par de fábricas cerradas y, más allá, por una colina de leve pendiente, en cuya cima se pretendía construir una urbanización de lujo. En las noches oscuras las cosas parecen moverse, pero Bruce, ayudado por el resplandor amarillo de las farolas que iluminaban y, en teoría, protegían el aparcamiento, no vio nada en absoluto.

Algo.

Un atisbo de movimiento en el bosque, cerca de las casas, un pliegue en la penumbra, un breve remolino de aire nocturno.

No.

Un animal. Una ráfaga de viento. Imaginaciones fruto del estrés: también conocía esa enfermedad.

Sin embargo, Bruce Vallely era un hombre que solía confiar en su instinto en lugar de cuestionarlo. Si se sentía observado, es que alguien le observaba. Pero por mucho que esperara no lograría conjurar de nuevo aquella turbia imagen en el bosque.

Bruce sacudió la cabeza. Luego se quedó inmóvil, mirándose la mano. Todavía la

tenía apoyada en la portezuela del coche, ahora abierta del todo. La sensación de recordar algo persistía. Pensó en Grace, en abrirle la puerta, en cerrársela antes de ir a abrir la suya.

Claro.

Se percató de qué era lo que le había inquietado durante la entrevista con Nathaniel Knowland. ¿Qué le había contado aquel estudiante sobre la noche en que se cruzó con Kellen Zant?

Había una mujer con él, un fantasma delgado, una mujer negra con acento británico que llevaba lo que podía ser o no un canguro blanco. Habían entrado en el Audi TT dorado de Zant, en la calle Town, enfrente del estadio.

La mujer conducía, recordó Bruce. Y Kellen Zant se montó en el asiento del copiloto antes que ella.

Aunque Bruce le había presionado, el joven no se había desdicho de aquel detalle concreto.

Kellen Zant, el gran donjuán, no solo permitió que la desconocida condujera el coche, sino que ni siquiera se molestó en sostenerle la puerta antes de irse a su sitio.

Mientras se sentaba al volante del Mustang y ponía el motor en marcha, Bruce sintió que dos tesis gemelas se iban formando. Una posibilidad era que Kellen estuviera demasiado distraído, o demasiado enojado, para preocuparse de los buenos modales. Eso le pareció improbable. La educación no era tanto una cuestión de elección sino de costumbre. El hábito de ceder el paso a las mujeres era algo tan interiorizado que sobrevivía a los momentos de pasión, o bien no existía como tal. Bueno, en la generación de Nathaniel Knowland, o incluso en la que le precedía por pocos años, dichos detalles no significaban nada, o incluso podían tomarse como insultos. Pero el catedrático Kellen Zant pertenecía a otra época.

Mientras pasaba ante el cementerio hacia Royal Road y seguía hasta North Elm, donde se hallaba su casa, Bruce se planteó la segunda posibilidad: que Kellen Zant hubiera entrado antes porque su compañera así se lo había ordenado.

¿Y por qué iba a obedecer órdenes de ella?

Bueno, eso dependía. Pero un hecho del que son muy conscientes tanto los agentes de policía como los del servicio secreto es que, a diferencia de la mayoría de abrigos y chaquetas, un voluminoso y suelto canguro supone un excelente lugar para ocultar una mano que sostiene una pistola.



## Una visita nocturna

### I

Domingo por la noche.

La moderna y compacta casa de Kellen Zant estaba rodeada de árboles, alejada de la carretera, y ocupaba más de veinticinco hectáreas en Hobby Hill, uno de los más caros y antiguos barrios de Elm Harbor. La casa estaba «fría», lo que, en argot policial, significaba que las unidades habían entrado y salido de ella tantas veces que ya no quedaba el menor rastro de pruebas intacto. Pero Bruce Vallely no estaba sentado al volante de su Mustang en la esquina de una calle lateral para encontrar la prueba definitiva que resolviera el caso. Estaba allí porque quería formarse una idea mejor de quién era, o había sido, ese hombre; pasarse una hora o así deambulando por una casa, estudiando los muebles, la disposición de la comida en la cocina o la elección de fotos y cuadros que cubrían las paredes, era su forma favorita de penetrar en las mentes de aquellos que ya no podían contestar a sus preguntas. La parte más peliaguda era que no ejercía un cargo oficial, y que su relación con el cuerpo de policía se había revelado inútil para conseguirle una orden de acceso. No había propietario al que pedir permiso. Kellen Zant no había hecho testamento, y sus bienes quedarían paralizados durante meses o quizá años. De manera que Bruce recurrió al plan de contingencia.

Entraría por la fuerza.

Dedujo que la alarma debía de estar desconectada, ya que no había nadie que pagara la factura o introdujera el código, y que los vecinos no encontrarían nada extraño en ver a un hombre, ni siquiera a un negro, trajinando con la puerta principal —o la trasera—, porque ya tenían que estar acostumbrados a ver a multitud de técnicos rondando por el lugar: a estas alturas los residentes de la zona debían de haber optado por correr las cortinas y hacer caso omiso del ruido.

Y había algo más.

Bruce había hablado con un hombre cuya vivienda daba al patio trasero de la casa de Zant, un especialista en lenguas clásicas jubilado llamado Bischoff, que insistía en haber visto a dos personas entrando por la puerta de atrás en casa de Kellen Zant la noche en que este murió. Y lo interesante era que juraba y perjuraba que habían entrado precisamente a las ocho y cuarto, la misma hora en que Nathaniel Knowland se había cruzado con el economista en la calle Town, frente al estadio. Bischoff estaba seguro porque en ese momento se hallaba en el cuarto de baño, tomando su

medicación, de acuerdo con su rígido horario. Incluso sacó las horas de las tomas, que tenía anotadas, para enseñárselas a Bruce; luego esbozó una analogía con algo de un tal Ovidio, de quien Bruce nunca había oído hablar y aún menos había leído. Al meditar sobre ello, Bruce supuso que Nate Knowland debía de haberse equivocado en unos minutos; tal vez Zant se había marchado antes de lo que el joven Knowland pensaba, y el hombre y su acompañante se habían apresurado a llegar a Hobby Hill, de donde solo les separaba un trayecto de cinco o seis minutos. Pero ¿por qué habían entrado por la puerta trasera, llegando, como Bischoff insistía, no desde la carretera sino a través de los árboles? Bruce había preguntado al especialista en lenguas clásicas si había informado de ello a la policía y este le dijo que sí: como prueba sacó una tarjeta de la agente que le había interrogado, Janey Wei, a quien Bruce conocía, una estrella emergente del departamento, y añadió que había prometido volver a contactar con él pero que no lo había hecho.

De manera que ahora Bruce tenía el coche aparcado en línea con los árboles de donde, según Bischoff, habían salido los intrusos. Los intrusos que entraron en la casa después de que Kellen Zant se marchara pero antes de que alguien lo matara — porque, una vez muerto, la policía podía presentarse allí en cualquier momento—, y que habían tomado esa decisión con la seguridad de que Zant no les interrumpiría. Para cruzar el bosque por el lugar señalado por el viejo catedrático, tenían que haber cruzado otro jardín. Había varios donde escoger, y Bruce dudaba de que nadie hubiera visto nada. Pero la decisión entrañaba un cierto riesgo, y se preguntó qué podrían haber deseado con tantas ganas como para arriesgarse a ser descubiertos.

Se apeó del Mustang, provisto de unas cuantas herramientas en el bolsillo, y recorrió Hobby Road, donde las enormes e imponentes casas victorianas rivalizaban con las enormes e imponentes casas coloniales para llegar a ser las más caras de la ciudad. No había muchos residentes de raza negra. Si la memoria no le fallaba, solo había uno aparte de Zant: una mujer soltera que era socia de un bufete de abogados local. ¿Cómo se las arreglaban entre la gente blanca estos pioneros solitarios? No tenía ni idea, y decidió no molestarse en pensarlo. El trabajo. Concéntrate en el trabajo. Era de noche, las ocho pasadas, porque quería ver la calle tal y como estaba cuando los intrusos realizaron su incursión en la casa. La mayoría de las casas tenían las luces encendidas. Salones y comedores con vistas a los jardines. ¿Cómo diablos habían entrado los intrusos, sobre todo en una noche de nieve, cuando cualquier movimiento resaltaba más sobre el fondo blanco?

El riesgo era enorme: cruzar un jardín a una hora tan temprana de la noche, con un padre que llegara tarde a casa del trabajo, un adolescente que saliera a tirar la basura, perros que aullaran. Cualquier contingencia habría sido un desastre.

Entonces vislumbró una posibilidad.

Una de las mansiones de la esquina estaba en obras y tenía aspecto de llevar bastante tiempo así. No daba a la casa de Zant, cierto, pero al situarse detrás de ella Bruce se percató de que la línea de árboles era tan densa que, con un poco de cautela,

uno podía ir pasando de uno a otro sin ser visto, hasta alcanzar un sendero que llegaba a casa del economista. Eso fue lo que hizo Bruce, y a pesar de que avanzaba muy despacio para evitar el ruido, no tardó más de dos o tres minutos en hacer todo el recorrido, en parte porque el sendero aparecía marcado, al menos a sus ojos de experto explorador: marcado por ramas torcidas y ramitas rotas, que mostraban el paso de los humanos, primero hacia dentro, en dirección a la casa, y luego, al final, de nuevo hacia fuera, en un trayecto levemente distinto, dejando un rastro visible.

El especialista en lenguas clásicas, Bischoff, había visto lo que dijo que vio.

Bruce revisó sus herramientas. Trevor Land se quedaría atónito si se enterara de las andanzas de Bruce, pero aquella era la única forma que se le ocurría de seguir investigando el caso. No esperaba hallar pruebas que arrojaran luz sobre quién había cometido el crimen. Buscaba pruebas de quién había sido Kellen Zant. Habría entrado y salido de la casa antes de que nadie se diera cuenta, y Trevor Land no lo sabría nunca.

## II

Cruzó el patio trasero bajo la luz de la luna; hacía tiempo que había descubierto que la naturaleza casi siempre proporciona suficiente iluminación si dejas que los ojos se acostumbren a ella. Un hueco en la nieve revelaba la presencia de una piscina, cubierta durante el invierno. Las paredes de la casa eran paneles de madera verticales, pintados de gris, con ventanas encajadas. Treinta o cuarenta años atrás, cuando el lugar era nuevo, debía de haber sido el último grito en diseño. No tardó más de noventa segundos en forzar la cerradura y comprobar que tenía razón: la alarma había sido desconectada; ni siquiera la habían dejado en señal de «alerta»: el sensor habría emitido un pitido al notar que se abría la puerta y la intrusión se habría grabado en algún ordenador de Kansas o de Karachi. No encendió la luz. Se quedó parado en la cocina, ajustando la vista a la oscuridad más intensa del interior. En las sombras relucían los polvos fluorescentes para huellas tan queridos por los investigadores de hoy día. Bruce seguía prefiriendo el tradicional y clásico polvo negro, quizá por la seriedad que denotaba.

La cocina era de acero inoxidable y no parecía haberse usado. Los platos y utensilios eran de diseño moderno y estaban relucientes. Los libros de cocina parecían no haber sido abiertos. A Zant le gustaba aparentar que era aficionado a la cocina, pero no le gustaba tanto cocinar, y resultaba obvio que pocas veces alguien había cocinado para él. Bajo cada uno de los limpios fuegos de la cocina había una bandeja hecha de papel de aluminio arrugado: un hábito que, presumiblemente, el economista había traído del sur y que apenas se veía ya estos días. En la nevera, casi vacía, encontró otro: el bote abierto de bicarbonato para absorber olores. Una mancha

en el estante le indicó que la policía había hurgado en el bote, y quizá se había llevado una muestra de su contenido. La policía, o los otros intrusos: los que entraron antes que los agentes de la ley. ¿Por qué? ¿Qué andaban buscando?

Ya se preocuparía de ello más tarde.

Bruce salió al pasillo. El salón y el comedor estaban amueblados con una extraña combinación de piezas nuevas y pesadas, y los ligeros diseños escandinavos que habían predominado veinte años atrás. Zant podría haberse permitido el lujo de cambiar con los tiempos, pero era obvio que no había querido. Sin embargo, por lo que Bruce sabía de él, no podía decirse que fuera un hombre apegado a los viejos estilos. Tal vez había optado por no comprar mesas y sillas nuevas por falta de tiempo; o, probablemente, porque preservar aquellos muebles significara preservar otra cosa.

La pregunta era qué.

Siguió hacia el primer piso. Había libros por todas partes. Los habían sacado y vuelto a colocar, por una mano más torpe que la de Kellen Zant, ya que al catedrático le gustaba todo limpio y ordenado. Sin duda la policía había efectuado un registro, pero lo que de verdad impresionó a Bruce fue que quienesquiera que hubieran entrado en casa de Zant la noche de su muerte habían realizado la búsqueda con esmero, dejando muy pocos rastros e intentando evitar que los agentes se percataran de un robo en la casa, lo cual habría implicado una investigación oficial más a fondo.

Primera conclusión provisional: aquellos primeros intrusos habían sido profesionales.

Segunda: sabían o suponían, que, en ausencia de pruebas serias que indicaran que alguien había entrado en la casa, la búsqueda del asesino se cerraría.

Bruce dio con el estudio del economista, y en las paredes descubrió la acostumbrada exposición de títulos, premios y fotos. Montones de fotos: era, sin duda, el estudio de un hombre enamorado de su imagen. Los archivadores estaban abiertos, y habría apostado a que todo lo que remotamente podía indicar el estado de las finanzas de Zant había desaparecido. No vio ningún talonario, ni una agenda electrónica, ni una telefónica: sus instrumentos habituales para reconstruir una vida, y supuso que se encontraban rigurosamente guardados y etiquetados en la sala de pruebas de la policía. En los viejos tiempos Bruce habría contado con los registros telefónicos y bancarios, pero en su papel de investigador no oficial y lacayo oficial de Trevor Land no tenía acceso a ellos.

No importaba. Ya se apañaría.

La mesa de escritorio presentaba un espacio para el ordenador, pero no había ninguno: lo más probable era que la policía se lo hubiera llevado para analizar el disco duro. No resultaba lógico, sin embargo, que solo tuviera uno. Un hombre como Kellen Zant debía de tener un portátil. Art Lewin tenía dos o tres. Bruce anotó el dato en su viejo cuaderno de tapas de piel: preguntaría si habían encontrado alguno. Cuando estaba a punto de salir del estudio, Bruce vio un fajo de páginas que seguían

aún en la impresora, tal vez el último trabajo realizado por el economista, todavía en forma de esquema. Parpadeaba una luz verde, probablemente porque la máquina ya no estaba conectada al ordenador. Si tanto los intrusos como la policía habían dejado allí esas páginas, no debían de tener mucha importancia, pero Bruce era un hombre metódico y por tanto las cogió y las hojeó al azar, parándose de vez en cuando. Por lo que pudo ver había tres artículos académicos en proceso, y todos bastante amplios. Examinó el primero, escrito en colaboración, según observó, con Art Lewin.

... pero, dado que la relativamente triunfal liberación de la mujer ha hecho que el matrimonio se haya vuelto menos necesario para ellas desde un punto de vista económico, y, por tanto, menos atractivo, cabría predecir que el número de mujeres que se casa irá en descenso, o que, entre las que se casen, serán menos las que permanecerán casadas. Los datos avalan ambas predicciones...

Asqueado ante la reducción del matrimonio a un puro análisis de datos, Bruce sintió un escalofrío. Después se recuperó —¿qué más estaría analizando?—, y siguió pasando páginas.

... por supuesto, tanto la subasta de precio de salida como la subasta de precio global deparará la misma convergencia a largo plazo si los jugadores adoptan estrategias que les permitan aprender de los resultados de las partidas previas. Esto es cierto tanto si las preferencias de los apostantes son o no convexas. No obstante, si los jugadores participan únicamente en una sola reiteración de la subasta, los beneficios del subastador tienden a incrementarse bajo...

En esta ocasión Bruce no pudo reprimir una sonrisa ante la rancia complejidad del estudio. Los académicos tenían muchas formas de decir: «Inclinaos ante mi brillantez». Dejó a un lado el artículo. El siguiente le dio un respiro.

... pero no se halló rastro del cuerpo de Gina. Aunque a día de hoy las pruebas siguen apuntando hacia el joven DeShaun, los rumores han circulado por el pueblo durante años como ráfagas de viento invernal...

Bruce frunció el ceño. Era raro que Kellen Zant prestara atención a aquel viejo caso. Y las palabras no se parecían en nada a la prosa académica que se gastaba Zant. Tenían un tono... adolescente. Retrocedió hasta la portada y lo comprendió todo. Instinto, instinto. Siendo ya culpable de allanamiento de una propiedad privada, Bruce se dijo que el robo de un trabajo académico de doce páginas era un crimen menor, sobre todo si se trataba de un texto no escrito por Zant. Se guardó las páginas en el bolsillo.

Dio un último repaso al estudio. ¿Por qué la policía se había llevado el ordenador? ¿Una cuestión de principios generales, o tenían un objetivo concreto que aún no habían compartido con la universidad? ¿O tal vez se lo llevaron quienes entraron en casa de Zant la noche de su muerte? Bruce negó con la cabeza. Durante un momento, la pared del ego captó su atención, había algo en ella que no sabía clasificar...

Se paró y miró hacia el patio. Creyó haber visto una luz, un centelleo rápido, una especie de señal, pero a pesar de que esperó largo rato junto a la ventana el hecho no

se repitió.

Subió a la planta superior.

Tres dormitorios, ninguno especialmente amplio ni moderno. Uno parecía sin usar, otro poseía una nota netamente femenina, con flores secas en un jarro —las únicas que había encontrado en la casa, de lo que se deducía que Zant no era un aficionado a ellas—, y, encima de la cómoda, varios tarros de crema y maquillaje. Los cajones estaban vacíos. El armario también. ¿Había sido ocupada por una mujer? En ese caso, ¿por qué se había llevado sus cosas después del asesinato? ¿Y por qué había dejado los cosméticos? Porque manchan si tienes prisa. Así que, o bien aquella desconocida había estado en la casa después del crimen de forma clandestina, o, si había ido antes, había salido a toda prisa. La policía se había planteado las mismas preguntas: los restos de polvo para detectar huellas brillaban en la oscuridad. Bruce hizo otra anotación en su cuaderno. Pasó un par de páginas y efectuó una señal junto a un par de líneas sacadas de su conversación con Arthur Lewin, el protegido del profesor Zant.

Instinto. Cogió dos tarros: uno era un perfume exótico y, al menos en apariencia, carísimo; el otro una base de maquillaje con la silueta del mapa de África dibujada en la etiqueta. Los guardó en sendas bolsas de plástico que había traído consigo y las deslizó en el bolsillo. Quizá pudieran seguirse el rastro de las sustancias, y, en el improbable caso de que la policía regresara, dos tarros más o menos no supondrían diferencia alguna.

Por último se dirigió al dormitorio principal.

Más muebles escandinavos; entre ellos, una cómoda tan ajada que se sostenía en uno de sus extremos gracias a un polvoriento tratado de economía. Pero Zant tenía dinero. Los armarios dobles estaban repletos de suficientes trajes elegantes como para vestir a medio Hollywood para la gala de los Oscar. El cajón superior de la cómoda, dispuesto para guardar corbatas y gemelos, estaba vacío. Muy extraño. Los cajones inferiores aparecían llenos de ropa interior, calcetines, prendas de deporte, pijamas, suéteres, todo tan bien planchado y doblado que dolía a la vista. En el cajón de abajo había álbumes de fotos, instantáneas, viejos informes, en un montón sin orden.

En el cuarto de baño encontró un botiquín vacío. La policía se lo debía de haber llevado todo. Las baldosas eran de la misma antigüedad que la casa: faltaban algunas, otras estaban rotas, pero en cualquier caso las superficies resplandecían. Nada se ocultaba bajo ellas. Tal vez Zant no se preocupara del entorno, siempre y cuando estuviera limpio.

Pero volaba en primera clase, solo se alojaba en hoteles de cuatro estrellas y se vestía como Rothschild. O como una estrella del rock.

Bruce sacudió la cabeza. Se disponía ya a salir del dormitorio cuando volvió a la cómoda.

Le atraía aquel último cajón, el de las fotos. No había un modo mejor de formarse una imagen de alguien. Pero necesitaba luz. Así que se sentó en el suelo, deslizó la

linterna debajo de la cama y la encendió enfocando hacia él. Luego, a la luz de aquel rayo oculto, fue revisando las fotos y los álbumes. Familiares. Un Zant preadolescente, acompañado de una pareja ya entrada en años: tenían que ser los tíos que lo criaron. El hijo de California al que nunca vio, fotos de todas las edades. Kellen Zant recibiendo diversos premios, Kellen Zant pronunciando diversas conferencias, Kellen Zant en varias graduaciones, Kellen Zant saludando a diversas personalidades. Había algo raro en todo aquello.

Se percató de repente.

No había ninguna foto que mostrara a Kellen Zant con alguna mujer de su edad. Ni su ex mujer, ni con una novia en un parque de atracciones o en una fiesta; ni siquiera una de esas ristras de fotomatón que todo el mundo de una cierta edad parece tener. Retratos de sí mismo a todas las edades, sí, pero no se limitaba a ser la estrella del espectáculo. Era la actuación completa.

Bruce siguió sentado e intentó darse una explicación satisfactoria. Imaginó a Art Lewin a su lado, explicándole que el hecho de no guardar fotos de antiguas novias era un método racional de maximizar las posibilidades de agradar a las novias actuales. Al fin y al cabo, a nadie le gustaría despertar en la cama de un desconocido, revolver entre sus cosas y encontrar recuerdos de antiguos amores por todas partes.

Tenía sentido.

La otra posibilidad era que el ego del economista fuera de un tamaño tal que no se le ocurriera que la contemplación de fotos de antiguos romances podía tener cierta gracia, incluso cuando las cosas habían terminado mal. El pastor de Bruce, Morris Young, solía decir que a lo largo de la vida no se conocía a una sola persona que no tuviera algo que aportarnos y que necesitara de nuestras plegarias, y de cuyas plegarias no fuéramos merecedores y deudores.

—Analice eso, profesor —dijo Bruce, hablando en voz alta por primera vez desde que había entrado en la casa.

Apagó la linterna, devolvió los álbumes a sus respectivos lugares y se quedó junto a la ventana; esta vez se concentró en la parte frontal y lateral de la casa, porque creyó haber visto otro resplandor. Pero sus avezados ojos solo fueron capaces de distinguir una luna traviesa, cuyo reflejo le engañaba desde la brillante superficie nevada.

### III

Cuando pasaba por la cocina, ya a punto de salir, Bruce volvió a detenerse. La escena no dejaba de inquietarle. Echó una última ojeada, rápida y profesional, por toda la estancia, en busca de algo que se le hubiera escapado antes. La loza impoluta. El acero inoxidable reluciente. La nevera casi vacía. La cocina de gas, último modelo,

casi por estrenar, porque Zant apenas cocinaba. Bruce volvió a mirar. Eso era todo. Las hojas de papel de aluminio arrugadas que Zant había metido debajo de los fogones para mantener la superficie limpia de salpicaduras. Un anticuado toque sureño, incongruente en una cocina moderna. Aunque el economista lo hubiera visto en su infancia, ¿por qué molestarse en hacerlo si apenas cocinaba? ¿Por qué estropear el diseño de líneas modernas? Bruce se paró junto a la cocina. Levantó los fogones uno a uno, y con ellos el aluminio que los rodeaba. En el tercer intento lo halló: un grueso fajo de papeles. ¿Por qué esconderlo junto a un fuego, donde podía quemarse por accidente? Porque nadie pensaría en buscarlo allí; y porque en caso necesario podías quemarlo en cuestión de segundos.

Los papeles habían sido doblados dos veces, y Bruce los desplegó con cuidado, agachado en el suelo de la cocina y ayudándose de la linterna para examinar el hallazgo.

Primer papel. Una copia en carbón de un informe mecanografiado de una reclamación a una aseguradora, el coste estimado de la reparación de un coche que había sufrido un siniestro casi total, fechado a principios de marzo de 1973. Reconoció el nombre de la empresa aseguradora: sabía que ya no existía. No sabía dónde se hallaba la sucursal, pero la dirección indicaba que estaba en Scottsville, una decadente población industrial a unos kilómetros al noroeste de Elm Harbor, bastante lejos de Tyler's Landing. No había la menor indicación del nombre del propietario del vehículo. Solo un número de póliza y otro de reclamación.

De acuerdo, la transferencia de dinero de una compañía de seguros sería la clase de prueba que un economista encontraría útil. Pero ¿de qué era prueba? ¿Dónde diablos la había encontrado Zant? ¿Por qué estaba tan cuidadosamente escondida, como si fuera algo de un valor incalculable?

Segundo papel. Un amarillento informe policial de Tyler's Landing dirigido al primer administrador municipal, cuya fecha y firma aparecían borradas. Un resumen de actividades recientes, quizá como parte de una propuesta presupuestaria. Varias frases aparecían subrayadas:

Los numerosos informes de negros que conducen por la ciudad en las últimas semanas podrían estar bien fundamentados. Los agentes pararon a un negro cerca de Town Green el mes pasado. Su identificación decía que era general de las fuerzas aéreas, y él declaró que simplemente pasaba por allí. Esa misma noche, otro resultó ser miembro del personal de un congresista. Posiblemente habían estado departiendo con algunos de los ciudadanos más «liberales» del lugar.

—¿Y qué te esperabas? —murmuró Bruce, que nunca había podido entender por qué los negros se mudaban a los barrios residenciales.

Tercer papel. Una página pequeña, arrancada de lo que debía de haber sido un diario o una libreta. La escritura era de trazo grande y poco pulcra, masculina; empezaba en mitad de una frase y terminaba en mitad de otra:

... pero, según el ayudante de policía Nacchio, ninguno de sus amigos afirma haberla visto desde aquella



noche. El ayudante Nacchio informó también de que alrededor de las nueve de aquella noche ella llamó a la puerta de una de sus profesoras, la señora Spicer, y le pidió usar el teléfono. Dicho informe fue posteriormente...

Totalmente clarificador. Supuso que debería averiguar quién era, o había sido el agente Nacchio. Era sin duda un papel viejo y arrugado.

Muy bien. Tenía que enterarse de qué se traía entre manos Kellen Zant la noche en que murió. La charla con Art Lewin no había dado suficientes frutos.

Bruce dobló el informe de la compañía de seguros y el atestado policial, y los deslizó en su cuaderno junto con la hoja del diario. Volvió a dejar el papel de aluminio bajo el fogón, con la esperanza de que no se notara que alguien lo había quitado. Sin embargo, la duda persistía. Sí, había hecho un hallazgo que había pasado inadvertido para el resto, pero su cerebro seguía inquieto. Tenía la sensación de estar pasando por alto algo que era obvio. Recorrió de nuevo la casa mentalmente: un atestado policial, una entrada de un diario y el informe de una aseguradora, todo a salvo de la curiosidad ajena. Un cajón lleno de fotos de Kellen Zant. Un dormitorio para invitados que mostraba rastros de haber sido ocupado por una mujer en fecha reciente. Un estudio atestado de libros y de los títulos y fotos que eran habituales en un académico egocéntrico. Unos muebles mucho menos lujosos de lo que correspondía a su propietario. Una mezcla confusa, aunque Bruce ya tenía claro que el hombre que la había creado no era precisamente santo de su devoción.

—Hora de irse —dijo en voz alta, y tenía ya una mano en el picaporte de la puerta de la cocina cuando se percató de qué era lo que fallaba.

Regresó al estudio, a la exposición de fotos de la pared. Allí estaba. Kellen Zant, con atuendo informal, en una recepción, sonriendo mientras recibía una placa de manos de Bill Clinton. En primera fila aparecían Lemaster y Julia Carlyle, aplaudiendo.

Bien, ¿y qué?

Bruce siguió mirando y encontró otra. Una foto sacada de un periódico: Kellen Zant en una carrera para recaudar dinero para concienciar a la población sobre el sida. Y allí, también corriendo, a no más de dos o tres participantes de distancia, estaba Julia Carlyle.

Y otra: Kellen Zant con atuendo informal en una fiesta. Se reía de un chiste que le contaba Johnnie Cochran. Varias caras sonrientes a su lado: Spike Lee, Skip Gates, Charles Ogletree... y Julia Carlyle.

Y aun más: Kellen Zant dando una conferencia en una iglesia llena de rostros negros expectantes y vueltos hacia él, con ocasión de alguna conmemoración de derechos civiles. Y, en primera fila, mirándolo arrobada, estaba Julia Carlyle.

Una vez terminado el repaso contó diecisiete fotos colgadas en el estudio. Julia Carlyle aparecía en ocho de ellas. Aquel era el altar secreto del economista, oculto a la mirada inteligente de una amante ocasional y de investigadores profesionales. No había ninguna otra mujer que apareciera con tanta frecuencia. Zant había elegido para

aquella pared fotos que no incluían a otras mujeres, a menos que estuvieran en segunda fila, a fin de resaltar la importancia de Julia.

Y no solo eso.

Bruce habría apostado lo que fuera a que los muebles escandinavos que Kellen Zant no había tenido valor de reemplazar databan de sus días juntos. Tal vez los hubiera dejado almacenados durante su breve escapada a Palo Alto y su aún más breve matrimonio, pero, al regresar al este, los había vuelto a colocar. El economista resultaba tener una vena sentimental de tamaño aterrador. Bruce no tenía ni la menor idea de si aquellos sentimientos eran recíprocos, pero había una cosa clara: Art Lewin se equivocaba.

Dos décadas después de su ruptura, Kellen Zant seguía obsesionado con su ex amante, Julia Carlyle.

## La respuesta

## I

—¿Cómo va todo, Julia?

—Bien. Bien.

Bruce Vallely asintió con aire solemne, sentado frente a ella a una de las mesas de la taberna de atmósfera cargada de la carretera 48. La luz gris de Nueva Inglaterra se filtraba por las ventanas de baratos cristales tintados. Eran las dos y media. Solo había un puñado de clientes. Julia le había advertido que solo podría dedicarle unos minutos: quería estar en casa a las tres, antes de que llegara el primer autobús escolar. Estaba decidida a dedicarle el menor tiempo posible; de hecho, si Bruce no hubiera sido el marido de Grace —o ahora su viudo—, y si Grace no hubiera pertenecido a las Perlas Negras, lo más probable es que Julia se hubiera negado a quedar con él. Al fin y al cabo, su puesto como primera dama de la universidad le confería ciertos privilegios.

—¿Cómo se encuentra Vanessa? Me enteré de lo que sucedió. Lo siento mucho.

—Está mucho mejor, gracias.

—¿Y el resto de la familia?

—Todos están bien —dijo Julia, desconcertada.

Hasta el momento, aquella reunión «urgente» en tan extraño lugar se había reducido a mera charla. Julia no sabía decir si él estaba dando un rodeo con algún fin o si de algún modo ya lo habían sobrepasado. Mientras tanto, daba la impresión de que ella no podía dejar de decir banalidades; claro que, al parecer, tampoco podía él. Julia miró a su alrededor con la esperanza de no ver a ningún conocido, porque aquel encuentro se parecía mucho a una obligación. Julia recordaba —y era de suponer que Bruce también— la primera noche que se vieron, antes de que ella iniciara su vida en común con Lemaster, cuando un Bruce Vallely más joven y en cierto sentido más brusco atendió a su llamada, y junto con otro agente, se presentó en su pequeño apartamento situado en un paseo de Elm Harbor después de que se hubiera producido un robo; ella coqueteó con él sin hacer caso de la alianza de boda que él seguía llevando en la mano izquierda incluso ahora, un año después del fallecimiento de Grace. Bruce se ofendió y no trató de disimularlo, adoptando un tono frío y profesional y mostrando a las claras su prisa por irse. Años después ella aprendió a valorar su reacción, aunque en ese momento se había sentido dolida y avergonzada.

—¿Y su marido? ¿Se ha adaptado bien?

Julia se sorprendió al oír su propia risita nerviosa, un resto de su infancia birracial en Hanover, cuando esa risa había sido una forma de escudo protector que enamoraba tanto a blancos como a negros.

—¿Lemaster? Él está bien, como siempre. —Recordó que, técnicamente, Bruce trabajaba para su marido y optó por dejar aquello muy claro—. Adora su trabajo. Le encanta. Creo que por fin ha llegado a su meta.

Bruce sonrió.

—Ya ha tenido varias polémicas. Así que diría que se ha adaptado bien.

—Sí —afirmó ella, perpleja.

—Es un hombre excepcional —dijo Bruce en un tono solemne que indicaba que ella podía dar el tema por zanjado, por si acaso lo estaba poniendo a prueba—. Sois afortunados de teneros el uno al otro.

—Bueno, gracias. Grace... también era maravillosa.

Una sonrisa débil. Julia tuvo la sensación de haber dicho algo incorrecto, pero no estaba segura de por qué. Mona y la abuela Vee nunca le habían enseñado la forma de hablar educadamente de una amiga muerta, y menos aún con el marido de esa amiga.

—Sí, lo era —dijo Bruce con voz átona.

—Ella tuvo suerte de contar contigo —se oyó decir ella, y se sonrojó.

—Fue una bendición tenerla a mi lado.

A esto no había más que decir, así que Julia no dijo nada. En la mesa contigua alguien contaba una historia obscena en voz muy alta, pero Julia solo captaba fragmentos. Se sintió más incómoda. Decidió que había algo furtivo en estar con él, tan cerca, en una mesa apartada; la única pareja negra —las únicas personas negras— del local. Mona la había educado para que valorara la reputación por encima de otras cosas. Deseó que él fuera al grano y terminaran cuanto antes.

Sin embargo, Bruce, que se mostraba ajeno al creciente malestar de su compañera o tal vez hacía caso omiso de él, tenía la respuesta preparada, como si este fuera el tema que llevaba diez minutos esperando que ella sacara.

—Grace era una mujer muy inteligente, Julia. Bueno, eso ya lo sabes. Cuando acepté este trabajo se puso nerviosa. Apreciaba el aumento de los ingresos, pero otra parte de ella quería marcharse a Carolina del Sur. Quizá debería haber cumplido sus deseos.

Bruce expresó el sentimiento sin rencor ni autoengaño. Era un hombre de pocas palabras, acostumbrado a una forma de pensar lineal que se centraba básicamente en la constatación de hechos: eso, en el campus, era una rareza.

—Ella siempre te apoyó, Bruce. En cualquier cosa que emprendieras.

—Ya lo sé, pero gracias. Y solía decirme algo: si vas a hacerlo, hazlo bien. He intentado seguir su consejo. —Asintió e, inclinándose hacia ella, cruzó sus enormes manos sobre la mesa en señal de que se acercaban al quid de la cuestión—. Julia, escúchame. Permite que te explique mi postura. Soy el responsable de seguridad del campus. Tengo funciones asignadas, puedo efectuar un arresto, como si fuera de la

policía. Pero carezco de la autoridad de investigar, excepto en unos márgenes muy estrechos. La policía universitaria es una fuerza preventiva, pero no se encarga de resolver crímenes. ¿Me sigues?

—Sí —dijo Julia, más confusa que nunca. Él parecía estar retomando un razonamiento del que ella se había perdido el principio.

—Nuestro decálogo lo deja muy claro. Si hallamos pruebas que se relacionan con una investigación criminal nuestra obligación es entregarlas a la policía municipal o estatal.

—Muy bien.

—Sin embargo, entre los límites que me están permitidos me gustaría, si es posible, formularte un par de preguntas sobre Kellen Zant.

El súbito cambio de luz y temperatura tenía que deberse a su imaginación, se dijo Julia. Era demasiada coincidencia que el sol hubiera escogido ese momento para ocultarse detrás de una nube y que el viento hubiera elegido el mismo instante para sacudir las ventanas.

—¿Qué clase de preguntas?

Bruce sonrió indicándole que no tenía de qué preocuparse.

—Nada complicado. Solo intento aclarar un par de cabos sueltos. Pero me he dado cuenta de que nunca llegué a conocer al hombre. Tal vez tú podrías ayudarme un poco, contarme cómo era.

—Creía que el caso estaba cerrado. Fue un atraco. Eso dicen los periódicos.

—Ya te he dicho que solo estoy atando unos cabos sueltos.

—¿No puedes hablar con la policía? ¿Conseguir sus informes?

—Digamos que los informes son inaccesibles. Tanto los de la policía del Landing como los de las fuerzas de Elm Harbor y de la policía estatal. Tengo sus conclusiones, un par de sumarios de no más de tres o cuatro páginas. Pero no he podido conseguir nada más. Ni las notas de los investigadores. Ni las transcripciones de los interrogatorios. Solo las conclusiones.

La científica que había en ella buscó el final de la ecuación.

—¿Sueles obtener más?

—Normalmente sí. —Otra pausa—. Me entregan aquello que están obligados a poner en mi conocimiento, pero siempre puedo conseguir datos adicionales, ya sea por pura cortesía o recurriendo a algún canal privado.

—¿Y qué es distinto en el caso de Kellen Zant?

Él soltó una bocanada de aire; resultaba obvio que estaba decidiendo si rasgar o no el velo final. Se abrió la puerta de emergencia, alguien se había apoyado en la barra. Dos cabezas asomaron por ella: unos estudiantes del instituto en busca de una copa que, al confundir a Bruce con un policía y a ella con una maestra, profesiones que ya no eran las suyas pero tampoco quedaban tan lejanas, optaron por esfumarse.

—La verdad es que no sé por qué es distinto. Quiero averiguarlo.

—No te sigo, lo siento.

Bruce suspiró, estiró las largas piernas y paseó la vista por el local. Se abrió la puerta de acero inoxidable que daba a la cocina. Él pareció adivinar ese hecho un segundo antes de que sucediera. Una mujer de mediana edad perteneciente a la nación pálida, vestida con un uniforme rosa, salió provista de una bolsa marrón llena de servilletas y procedió a rellenar los servilleteros de las mesas, preparándose para la hora punta de la noche. Los observó a ambos sin dar muestras de curiosidad. Visiblemente satisfecho, Bruce devolvió su atención a Julia.

—Julia, por alguna razón parece que les han ordenado mantenerse alejados de mí.

—¿En serio?

Él asintió, sin mostrar enfado.

—No estoy seguro de qué pasa. Quizá obedezca a un tema puramente burocrático. No lo sé. Pero mientras tanto me quedan muchas cosas que hacer para cumplir con mi parte. Y, para empezar, me gustaría saber más sobre Kellen Zant y su trabajo.

—Deberías hablar con sus amigos. —Su propia voz le sonó áspera, pero aquel juego del ratón y el gato que él se llevaba entre manos estaba empezando a inquietarla. ¿Qué iba buscando?

—No tenía muchos amigos, Julia. Colegas sí, y ya he hablado con ellos. Pero no amigos. De hecho alguien me dijo que tú eras su mejor amiga.

Su mundo se tambaleó al recordar el último encuentro con Kellen en el centro comercial de Norport, y la discusión...

—En estos últimos años apenas nos veíamos —dijo ella.

—De verdad. —Era una afirmación.

—Sí, de verdad.

—La noche en que le dispararon le contó a alguien que iba de camino a Jamaica. Pero nadie pudo encontrar ni una reserva de hotel ni un billete de avión a su nombre. —Ella percibió que aquel súbito arranque de afecto era una estratagema, pergeñada para sorprenderla y hacerla hablar—. Creo que se trataba de una clave. Una especie de mensaje. Jamaica sustituía a otra cosa.

—No tengo ni idea —dijo Julia un poco demasiado deprisa, y volvió a sentir aquella ensoñadora sensación que solía invadirla cuando Kellen se le acercaba. Jamaica. Jamaica. Se mordió el labio—. Ni idea repitió, intentando poner cara de inocencia.

—Hay algunas dudas sobre lo que se llevaba entre manos cuando murió —dijo Bruce al cabo de un momento—. Pareces ser la única a la que habría confiado sus secretos.

—¿Yo?

—Todo el mundo lo dice.

—Bueno, pues todo el mundo se equivoca. —Probó otra vía de dispersión, aunque se le ocurrió que la clave del éxito de muchos interrogatorios se producía cuando el sujeto interrogado intentaba desviarse del fondo de la cuestión—. Un

abogado contactó conmigo. Tice. Anthony Tice. Dijo que trabajaba con Kellen. Tal vez él lo sepa.

Bruce la miró fijamente. Julia sostuvo su mirada. A alguien se le cayó un plato y otra persona se rió, pero Julia no apartó la vista. Tantos años de enfrentamientos con Mona le habían enseñado un par de cosas sobre cómo evitar la tentación de ser la primera en romper un silencio.

Al final Bruce optó por mirar su cuaderno, menos como una concesión que como un cambio de planes. Fuera cual fuese el camino que había pretendido seguir en la conversación estaba a punto de dar un rodeo. Sin embargo, antes de que abriera la boca, Julia introdujo un nuevo giro. Con la sensación de ser deliciosamente traviesa, añadió:

—Ah, y hay una mujer llamada Mary Mallard, de Washington. Dijo que era amiga suya. Podrías hablar con ella.

—¿La escritora?

—Eso dice ella. —Julia vaciló, y luego siguió insistiendo—. Bruce, ¿se sabe algo sobre Boris Gibbs?

—Atropello y fuga —dijo él, sin dejar de escribir—. ¿Por qué?

—Yo... lo conocía. Trabajábamos juntos. —Y tenía algo que contarme, al igual que Kellen.

—Ya lo sé —dijo Bruce. Y luego, sin levantar la vista, asestó el golpe—. Otra cosa, Julia: me gustaría hablar con Vanessa.

El mundo de Julia volvió a tambalearse. Primero Chrebet, ahora su ex compañero.

—¿Vanessa? ¿Por qué? ¿De qué?

—De Kellen Zant.

Julia ya negaba con la cabeza.

—Vamos, Bruce. Vanessa no sabe nada de Kellen Zant. ¿Por qué ibas a querer hablar con ella? —Se estremeció—. No pienso perturbarla, Bruce. Ni con esto, ni con nada. Va a terapia dos veces por semana.

—Creía que habías dicho que estaba bien. —Respondía con rapidez, como si estuviera interrogándola.

—Y lo estará, si la dejáis en paz.

Él vaciló. Julia se sorprendió al ver que estaba preocupado de verdad, aunque quizá fuera por lo que ella proyectaba. Cuando habló, escogió las palabras con cautela, como un escalador consciente de que un paso en falso implica un largo descenso.

—No es mi intención molestarla, Julia. Pero hay unos cuantos detalles que me gustaría aclarar. Recuerda que Kellen Zant era miembro de esta facultad, así que su asesinato recae, técnicamente, bajo mi jurisdicción de proteger el campus.

Ella notó una cierta exigencia, pero mantuvo un semblante impenetrable.

—Además —prosiguió él—, es importante que hable con Vanessa. Hay cierta información que no puedo sacar de ninguna otra fuente.

—¿Qué clase de información?

—De entrada, por qué una copia de su trabajo de fin de curso estaba en la impresora de Zant.

## II

En su época, Bruce Vallely había visto a numerosos testigos esforzándose por ocultar los nervios o sostener la mirada en un intento de proyectar una confiada inocencia que estaba muy lejos de lo que de verdad sentían. Ahora lo vio en Julia Carlyle: toda una serie de pequeños detalles con los que el cuerpo expresaba nerviosismo e incluso miedo. Desde el momento en que había visto el nombre de Vanessa en la portada del trabajo, había albergado la sospecha de haber encontrado algo importante que el resto de los investigadores había pasado por alto, pero ahora ya era una certeza. Observó a Julia, acorralada y desorientada. Bruce no sentía ninguna lástima por ella, ni por ningún otro miembro de ese mundo de padres negros con posibles que se esfumaban con sus hijos a los barrios residenciales a la primera oportunidad, pero creyó comprenderla: arrastraba a sus hijos hacia su propia infancia. Era madre, era protectora, y él sabía que aquel miedo solo provocaría más ardor en la batalla.

Así que tenía que suavizarlo.

—Nadie sospecha de Vanessa. Nadie cree que estuviera involucrada en modo alguno. Quiero dejarlo muy claro. —Pero en los ojos de ella vio que él no había despejado todas las dudas—. Mi problema es este, Julia. No puedo hacer mi trabajo a menos que pueda averiguar en qué trabajaba Kellen Zant. Tú me dices que no lo sabes. No tengo por qué dudarle. Sus amigos y colegas también lo ignoran. Y sin embargo sigue habiendo gente que intenta averiguarlo, lo que indica que, fuera lo que fuera, resulta importante para alguien. —Bruce tuvo que reprimirse para no citar a Kick: «Debió de asustar a alguien importante»—. Luego descubro que tenía una copia del trabajo de fin de curso de tu hija. Y no era una fotocopia sacada de la biblioteca ni nada parecido. Había sido impresa por su ordenador, Julia. Eso solo es posible si ella le envió el documento por correo electrónico o se lo dio en forma de disquete. Eso significa que le conocía. No solo le conocía, sino que mantenía con él un contacto lo bastante íntimo para...

Julia le interrumpió, con tanta dulzura que Bruce supo que el azúcar era falso.

—¿Cómo sabes lo que había en la impresora?

—Lo vi.

—Ah, ¿sí? ¿Acaso tu trabajo no oficial de atar cabos sueltos te autoriza a entrar en las casas de los miembros de la facultad?

Bruce era un perro demasiado viejo para achicarse.

—Tal vez fuera en la impresora de su despacho, Julia. Me intriga que creas que



fue en la de su casa. Ella le lanzó una mirada airada.

—Compréndeme, Julia, por favor. No intento perjudicar a Vanessa, ni a nadie de tu familia. Pero tengo que saber por qué le entregó el trabajo de fin de curso.

Sin aviso previo, Julia se puso en pie.

—Lo siento, Bruce. Es tarde. Quiero estar en casa cuando lleguen las niñas.

Bruce también se levantó: su altura resultaba imponente, pero ella no se amilanó.

—Espera un minuto, Julia. Por favor. No he querido decir...

—Bruce, lo siento. La respuesta es no. Simplemente no. Sin condiciones, ni favores. No, no puedes hablar con Vanessa, ni con ningún otro miembro de mi familia. Ni de aquella noche, ni de ninguna otra cosa.

—Julia...

La madre desafiante, decidida a proteger a su hija a toda costa.

—Hace tiempo que nos conocemos, Bruce. Yo quería a Grace y ella te amaba, de manera que nada más lejos de mi intención que hacerte el menor daño. No voy a mencionar nada de esto a Lemaster, pero si haces el más mínimo intento de hablar con mi hija, sobre cualquier tema, si vuelves a abordar la cuestión de Vanessa y Kellen Zant, con cualquiera, y yo me entero de ello, no te quepa duda de que se lo contaré a mi marido: y no solo serás despedido, sino que caerá sobre ti con todo el peso de su influencia. Y, por aquí, Bruce, su influencia es enorme. No lo olvides — finalizó ella, con más dureza de la que había pretendido.

Bruce la observaba. No parecía asustado, pero sí atónito. Y, de nuevo, ella creyó ver en él una nota de satisfacción. Julia sabía que había dicho demasiado, que había ido demasiado lejos: un rasgo de familia de los Veazie. Pero no podía decirse que fuera el momento de retractarse.

—No lo olvides —repitió Julia, ya que Bruce no decía palabra. Señaló los cafés —. Supongo que pagarás la cuenta. Creo que sé encontrar la puerta sola.

Temblando, más de miedo que de ira, salió del local.

Había sobrevivido. Eso se repetía Julia mientras volvía a casa en el Escalade, con la radio a todo volumen para combatir el miedo. Había sobrevivido ella, había sobrevivido su hija, había sobrevivido su familia. La investigación oficial estaba cerrada, Tony Tice y Mary Mallard no tenían nada con que seguir, y Bruce seguía arañando la superficie, preocupado por quién había matado a Kellen, sin buscar una verdad más profunda. No parecía preocupado, como el resto, por lo que Kellen pudo haber descubierto y que le costó la vida. A Bruce no le importaban los trapos sucios que Astrid intentaba sacar a la luz. No estaba interesado en la posibilidad que, por más improbable que pareciera, la había estado consumiendo en las últimas horas, mientras yacía insomne en su gigantesca mansión: que treinta años antes, cuando era estudiante, el hombre que ahora era presidente de Estados Unidos hubiera cometido un crimen terrible; o que el hombre que ahora presidía la universidad le estuviera ayudando a encubrirlo.

### III

Bruce conducía su adorado Mustang antiguo de camino hacia Elm Harbor. Había olvidado la satisfacción que se sentía al ser policía en lugar de funcionario. Había logrado exactamente lo que se proponía conseguir. Nunca había pensado que Julia Carlyle le permitiría entrevistarse con su hija, pero sus respuestas le habían dejado claro que ella sabía perfectamente que existía cierto vínculo extracurricular entre Vanessa y Kellen Zant. Ignoraba hasta dónde llegaba ese vínculo y tampoco le importaba. Su existencia ya era suficiente.

Mentalmente repasó las pruebas que había conseguido. Julia Carlyle había mantenido una relación con Kellen Zant, y se decía que dicha relación había dejado sus cicatrices en ella. Se les había visto juntos con relativa frecuencia, incluso en los últimos años. Es más: el economista estaba obsesionado con Julia, y mostraba abiertamente su desprecio por la institución del matrimonio. Por lo que respectaba a Vanessa, su conexión con Zant era el tipo de cosas que ningún padre antillano que Bruce conociera hubiera tolerado ni por asomo. Añadamos a todo eso la mala sangre existente entre Kellen Zant y el marido de Julia. Y, por lo que se refería a la misteriosa mujer negra de acento británico... bueno, Bruce estaba bastante seguro de tener una respuesta a esto también.

Mientras conducía por la autopista, Bruce Vallely se maravilló ante la posibilidad, la creciente certeza, de que la muerte de Kellen Zant no hubiera sido el resultado de ningún atraco, ni tuviera nada que ver con su trabajo. No cabía duda de que el crimen había sido cometido a través de una capa de intermediarios tan densa, que podía darse el caso de que el instigador nunca fuera apresado. Pero el instinto de Bruce le decía que Lemaster Carlyle había organizado el asesinato de Kellen Zant.

## SEGUNDA PARTE

### Suministrar la demanda

**CURVA DE SUMINISTRO:** En economía, una gráfica que muestra cómo el suministro de un bien o servicio varía en función de su precio. Las curvas de suministro suelen ser ascendentes, lo que significa que ante una mayor demanda de un producto, se incrementan los precios y aumenta también el suministro. Si la demanda no puede ser satisfecha por los fabricantes existentes, nuevas empresas pueden sentir la tentación de entrar en ese mercado.

## Semipreciosa

### I

Cameron Knowland llegó el jueves. Avanzó con paso ligero por los pasillos ventosos del Cuadrángulo Kepler, esquivando los trozos de yeso y las desvencijadas cajas de cartón que atestaban e invadían el lugar de paso, hasta que se encontró delante del pulcro y reducido despacho de Julia, con sus muebles antiguos, inundado por la hermosa luz del sol de mediados de diciembre y por la cacofonía de ruidos procedentes de la calle Hudson, que a veces parecía discurrir a escasos centímetros de su mesa.

Como de costumbre la puerta estaba abierta, una tradición que se remontaba a la fundación de la facultad de teología relacionada con la evitación del pecado. Latisha, la tenaz ayudante a tiempo completo que Boris Gibbs había querido que despidiera, había salido a hacer un recado, de manera que fue Minnie Foxon —la perezosa trabajadora a media jornada que Boris optaba por mantener— quien se encargó de anunciarlo: el tono altivo y la mirada desdeñosa proclamaban a voces que habría preferido hacer cualquier otra cosa. Pero Julia también estaba en uno de esos días en que se preguntaba cómo había terminado aquí: una profesora de biología que creía en la ciencia solo a medias, instalada en una facultad de teología que creía en Dios solo a medias.

—En fin, ya estoy aquí —expresó Cameron con voz atronadora, ya que pertenecía a esa clase de hombres bajitos y rechonchos que se hacen notar mediante la irradiación de pura energía—. Tengo una reunión con Claire Alvarez. La decana —añadió, por si a Julia se le había olvidado.

—Siempre es un placer —mintió Julia, perpleja ante la inesperada visita—. ¿Qué te trae a mi rincón del campus? —Optó por la coquetería, un arte en el que era toda una experta—. Habría creído que preferirías quedarte en la parte baja de la colina, con los seglares.

Emanaba tanta simpatía como le era posible, ya que el hombre era, desde un punto de vista técnico, el jefe de Lemaster, y por tanto también el suyo. Aunque, en realidad Julia estaba de un humor de perros. Acababa de regresar de un almuerzo que se había prolongado demasiado con Suzanne de Broglie y Stanley Penrose, quienes habían intentado convencerla de que no cancelara el programa que todos los veranos enviaba a dos alumnos a Latinoamérica para que estudiaran in situ la teoría de la liberación: colaboraban en construir casas, enseñaban en la escuela, organizaban a los

trabajadores y, en general, participaban en la guerra global contra las fuerzas reaccionarias. Julia intentó no dejar entrever que sabía que el programa estaba condenado por los irónicos comentarios que su marido, en momentos de descuido, hacía de él en casa.

—No vengo a Elm Harbor por negocios —dijo Cameron, cuyo uso del lenguaje tendía hacia lo telegráfico, como si lo hubiera aprendido a través del correo electrónico. Sus enormes ojos azules expresaban algo parecido a la piedad angelical, como si estuviera afligido por un dolor que ella no tardaría en sufrir—. He estado en Nueva York para ver a unos inversores. Vengo al campus para resolver un problema de mi chico. Acoso de un policía del campus. No recuerdo los detalles. Seguro que exageró. Típico de mi Nate.

Cruzó las gruesas y cortas piernas. Su traje gris perla estaba tan bien cortado que era fácil pensar que uno estaba ante un hombre fuerte, no gordo.

—Pensé que debía llegarme hasta Kepler porque no paro de oír esos cuentos lastimeros sobre la falta de donaciones a Dios. —Julia no estaba segura de que la decana hubiera utilizado esas mismas palabras, pero por una vez optó por mantener un prudente silencio. Él echó una ojeada al conjunto del despacho y añadió, en tono de duda—: Quería verlo en persona. No soy un hombre religioso. Pero, aun así, siempre hay maneras de ayudar.

—Eso sería muy amable por tu parte.

Julia lo decía en serio, pero Cameron frunció el ceño, como si sospechara que acababan de insultarle. No llegaba a los sesenta y cinco años, había salido de la nada, y dirigía, desde su espléndido castillo de San Marino, cerca de Los Ángeles, el conjunto de fondos mutualistas de inversión que había fundado hacía casi cuarenta años. A pesar de su aspecto blandengue parecía un hombre poseedor de una energía arrolladora, y sus gestos amplios y generosos llenaban el aire de posibilidades, de fuerza, incluso de esperanza: uno tenía la sensación de que era un hombre con recursos, capaz de resolver cualquier problema si se le concedía la oportunidad de hacerlo.

—Me he asomado a la capilla. Hay un andamio. ¿Qué ha pasado?

—Se derrumbó un trozo del techo.

—Vaya... Mal presagio. —La dura silla de madera le obligó a cambiar de postura y posó la mirada en las escenas bíblicas que decoraban las vidrieras de las ventanas—. Permíteme que te diga por qué estoy aquí.

—Por supuesto —dijo Julia. Sonreía, pero en el fondo estaba preocupada por lo que se iba a demorar, ya que albergaba la intención de llegar a casa antes que el autobús escolar.

El socio veterano leyó sus pensamientos.

—No pretendo robarte mucho tiempo —dijo él, y echó un vistazo a su reloj para mostrarle qué tiempo valoraba más.

—No, es que... me gustaría llegar a casa antes que las niñas.

Cameron asintió.

—¿No tenéis ya a un par en la universidad?

—Uno. Nuestro hijo mayor, Preston.

—¿Y le gusta?

—Creo que sí. Ahora está haciendo un posgrado. —Con solo veinte años—. Va bastante adelantado.

—¿No tenéis una hija a punto de entrar en la facultad?

Claro que sí, y Cameron lo sabía. También tenía que estar enterado de la confusión relacionada con sus solicitudes, dadas las dificultades por las que Vanessa había atravesado durante el último año. Era uno de los temas de conversación de la vida del campus.

—Todavía es pronto —dijo ella, con cautela.

Él apenas la escuchó.

—¿Sabes lo que he estado haciendo en el último par de años?

Enriquecerse. Esquilmar a los inversores. Proteger a sus hijos de las consecuencias de sus actos.

—Me temo que no.

—Ayudo al presidente a recaudar fondos, sobre todo en el oeste. Colaboro con el partido. —Julia tardó un momento en procesar la información, porque al principio había creído que se refería al presidente de la universidad—. No pretendo alardear. Pero es posible que sea el mejor recaudador que tienen.

—Comprendo —repuso Julia, aunque no era así. No podía venir a pedirle dinero. El hombre tendría más posibilidades de predecir la llegada del Segundo Advenimiento.

Claro que tampoco es que ella creyera demasiado en el Segundo Advenimiento.

—El hecho es, Julia, que no creo que tu esposo se esté mostrando razonable.

Eso la puso en guardia.

—¿Razonable? ¿En qué sentido?

—Se acercan las elecciones. Las más importantes desde hace décadas. Hay que levantar todas las barreras si no queremos que ganen los liberales. Lemaster es un hombre listo. Tiene que verlo. Pero no quiere ayudar.

—¿En qué clase de ayuda estabas pensando?

—Sé que suena impropio, pero tengo la tendencia a decir lo que pienso. —Descruzó las blandas piernas, se inclinó hacia delante e invadió el pequeño espacio interpersonal de Julia—. Hablando en plata, Lemaster ha tratado con el senador Malcolm Whisted durante más de treinta años. Fueron compañeros de facultad, etcétera. Whisted siempre me ha parecido un tipo pomposo y mediocre. Corre el rumor de que tiene mucho que esconder. Podría ser algo relacionado con sus años de estudiante. Y Lemaster...

Julia soltó una carcajada. No pudo evitarlo. Como decía Yogi Berra, toda aquella escena era un *déjà vu*. La misma pregunta. La misma respuesta.

—Mi marido es un hombre de fuertes principios, Cameron.

—Al cuerno los principios —dijo el hombre de negocios, con el semblante totalmente serio. Apoyó los dedos en el borde de la mesa de Julia—. No se trata de unas elecciones cualquiera. Estas son importantes.

—Te diré por qué me he reído hace un momento. ¿Te sorprendería saber que alguien de... del otro bando intentó hace poco que Lemaster sacara a la luz trapos sucios de vuestro candidato?

—No me sorprende en lo más mínimo. Los liberales no se detendrán ante nada para conseguir el control del país. Lo convertirán en un lugar inhabitable, créeme. Sobre todo en el ámbito de los negocios. Es por eso por lo que Lemaster debe ayudarnos. —Levantó una mano, como si quisiera anticiparse a su respuesta—. No te preocupes. Puede hacerse de incógnito. Nadie tendría que saber que la información procede de Lemaster. Podría usarse un intermediario, por ejemplo... Julia se sintió nerviosa, acosada, lista para el ataque. Siempre había odiado la demagogia y se negaba de plano a tomar parte en ella. Cuando la gente se expresaba en aquellos términos, incluso gente con cuyas posturas ella estaba de acuerdo, Julia adoptaba invariablemente la posición contraria. En su época de estudiante, después de descubrir que a Mona le gustaba llamarla «Joya», el resto de los estudiantes negros dieron a Julia el apodo de «Semipreciosa», burlándose de lo que consideraban una negativa por su parte a involucrarse en causas que ellos consideraban primordiales.

—Lemaster rechazó la otra propuesta, Cameron. También rechazará la tuya.

—Ya lo ha hecho. Pero deberías convencerle de que cambiara de opinión. Hazle entender que es en interés suyo. —El socio veterano se había puesto de pie. Sus ojos claros la recorrieron, y una vez más se demoraron donde no debían—. Y también en el tuyo, Julia. Consigue que cambie de opinión.

—No creo que yo sea la más adecuada para...

—Arreglaremos parte de esto. —Señaló a su alrededor con un gesto difuso—. El dinero saldrá de algún sitio. No te preocupes. —De repente, esbozó una sonrisa—. Julia. Dime una cosa. ¿No sabrás por casualidad en qué trabajaba tu amigo Kellen Zant? ¿Cuándo murió?

La pregunta la sorprendió tanto que respondió con sinceridad.

—No. No, la verdad es que yo también me lo he planteado.

—Te diré algo interesante, Julia. Me llamó. Unas dos semanas antes de su muerte. No quiso hablar con adjuntos, insistió en hablar con el gran jefe. La empresa le había contratado alguna vez para que desarrollara algún encargo como consultor. Diseñó esa estrategia de mercado que permitía a nuestros analistas apostar en la dirección en que se moverá el mercado de valores: ganar puntos si acertaban, perderlos si fallaban, y lograr buenas recompensas al final. Un gran comercial, ese Zant. —Las palabras rezumaban admiración. Y desconfianza—. Dijo que tenía información fresca. Que alteraría el equilibrio de la campaña. Eso dijo. No quiso especificar en qué dirección. Un cabrón muy listo. Dijo que estaba en venta. En venta, Julia. Imagínate. ¡Poner precio al futuro de esta nación!

—¿Rechazaste su propuesta? —dijo ella, muy atenta, esperando que, como había hecho Mary Mallard, le hiciera alguna mención de la Dama Negra.

—Le dije que hablaríamos la próxima vez que viniera al este. Habíamos quedado para desayunar juntos la mañana siguiente a que le volaran la cabeza de un disparo. —El apretón de manos fue como un trueno—. Escucha. Amas tu hogar, ¿no es cierto, Julia?

## II

Julia estaba recogiendo sus cosas cuando el viejo Clay Maxwell asomó la cabeza por la puerta del despacho. Había sido su profesor favorito veinte años atrás, aunque la predilección nunca fue mutua.

—¿Supongo que te has enterado de la noticia? —dijo él.

—¿Qué noticia?

—La prima de tu marido. Astrid Venable.

—¿Le ha pasado algo? —Pánico—. ¿Está bien?

—Whisted la ha despedido esta mañana. Algo que ver con búsqueda de oposición no autorizada. —Clay, un hombre que se mantenía cautelosamente al margen de la política, se encogió de hombros—. Él soltó un bonito discurso sobre su intención de realizar una campaña limpia, pero estoy seguro de que hay otra razón. Nadie es despedido por lo que se supone que ha hecho Astrid. Al fin y al cabo, es lo único que hacen los candidatos de hoy día, ¿no? Sacar los trapos sucios.

## III

Lemaster pudo conceder diez minutos a su esposa aquella tarde en su inmenso despacho de Lombard Hall, justo antes de recibir al administrador y al vicepresidente financiero —una de las pocas personas capaces de deprimir al siempre optimista presidente—, y justo después de departir con los líderes de un movimiento de protesta estudiantil que exigían que la universidad se desvinculara de aquellas empresas que mantuvieran tratos comerciales dondequiera que hubiera tropas estadounidenses destacadas, sin percatarse de que esto reducía el espectro a menos de una docena de países, muy pocos de los cuales poseían gran capacidad inversora.

—No he tenido nada que ver con esto, Julia. Creo que me otorgas demasiado poder.

—Me dijiste que habías hablado con Mal. Para pedirle que la llamara al orden. Lemaster asintió con gesto apesadumbrado.



—Eso fue exactamente lo que hice. Ni me quejé ni pedí nada. Le propuse que aconsejara a Astrid que frenara un poco su investigación opositora, o lo que saldría a la luz no sería lo que ella pretendía desenterrar, sino tan solo el hecho de estar haciéndolo.

—¿Y eso fue todo?

Él compuso su encantadora sonrisa de duende.

—No hubo necesidad de más. Ni tiempo. Dejé las cosas claras y Mal me dijo que se ocuparía de ello. Le esperaban en una reunión. Hablamos durante... cinco minutos. Seis o siete como máximo.

Julia frunció el ceño, segura de que se estaba perdiendo algo, no en la explicación de su marido sino en la de Malcolm Whisted. Pero intentar sacarlo a la fuerza era como tratar de respirar agarrando el aire a puñados.

—¿Has hablado con ella?

—Por supuesto.

—¿Y cómo estaba? —soltó Julia.

Como sucedía a menudo, Lemaster respondió a la pregunta que habría querido oír, ya que valoraba el hecho de quedar bien incluso en la intimidad. Después de su elección como presidente de la universidad la primavera pasada, se había visto obligado a conceder la entrevista de rigor al *Times*. El periodista le había preguntado por sus planes en relación con la escasa diversidad racial que reinaba entre los cargos directivos: ninguno de los puestos de más responsabilidad era ocupado por alguien que no fuera blanco. Lemaster, brindando su sonrisa más arrogante —Julia había estado presente y se había estremecido al verla—, había contestado que lo que planeaba hacer era aceptar el cargo. El periodista, molesto, advirtiendo tal vez una cierta condescendencia, había tergiversado la cita hasta dar la impresión de que el nuevo presidente se mostraba insensible ante el hecho, y Lemaster, antes incluso de recibir su primer cheque, se había visto forzado a redactar una de esas notas de disculpa al estilo de «La frase no fue afortunada», y enviársela al director del periódico. Solo su esposa supo lo mucho que le dolía, pero la experiencia no le había enseñado nada. Seguía sin poder soportar no ser el más listo de la clase y buscaba a todas horas la oportunidad de demostrarlo. Noche tras noche, en cenas y recepciones oficiales, pero también en casa, Lemaster probaba de nuevo su genialidad con un comentario casual y lisonjero.

Sobre todo cuando Kellen estaba cerca: en esos momentos el jugo de la competitividad intelectual de su marido parecía fluir con inusual vigor, y el ego de Kellen se ponía a su altura, como si la antigua lucha de sangre entre los machos de la especie se hubiera transformado, en esta generación, en una batalla de erudición verbal, salpicada de jerga, nombres y citas. El economista parecía saber qué botones pulsar para incitar a Lemaster, y este, a pesar de su encanto y de su plácida gracia, sabía cómo usar la lengua para rebanarte de lado a lado y dejarte ensangrentado en el suelo.

—Astrid me aseguró que no me echa la culpa. Supongo que no es verdad. Diría que me cree responsable, sea justo o no. Resultaría... anómalo por su parte atribuir el hecho a otra persona.

—Podría culparse a sí misma —señaló Julia. La postura de su marido le indicaba a las claras que el tiempo que pensaba dedicarle había expirado—. O al senador.

Lemaster se limitó a encogerse de hombros.

—Lo único que digo es que es posible, Lemmie. Lo que hizo, lo que intentó hacer, no me pareció tan grave. Al menos en ese momento. Tiene que haber algo más en todo esto.

—Estoy seguro de que así es —dijo Lemaster, y su mirada se posó en el informe que debía leer para prepararse de cara a la reunión de presupuestos.

Ya en la puerta, después de permitir que la besara de aquella forma suave y posesiva, Julia preguntó:

—¿Y qué pasa con Cameron? ¿También vas a hacer que lo despidan?

—No he tenido nada que ver con el despido de Astrid, Jules. Ya te lo he dicho. —Empezó a pasar las páginas del documento—. En fin, Cameron es un pez demasiado gordo para mí.

Se rió. Su esposa no.

—¿Lemmie?

—¿Sí, Jules?

No había más opción que ir directamente al grano.

—La noche en que murió, Kellen le contó a alguien que se iba de viaje a Jamaica.

—Tal vez pensaba hacerlo.

—No se ha encontrado billete alguno a su nombre, ni reserva en ningún hotel.

—Bueno, la policía ya se ocupará de ello.

—Ya no —dijo Julia, puesto que, como había predicho Chrebet, la investigación había llegado a su fin.

—Supongo que no. —Lemaster volvió a besarla, con el informe bajo el brazo. Un creciente rumor de conversaciones que procedía del exterior de la maciza puerta de roble indicó a Julia que había abusado en exceso de su tiempo. La agenda del día, calculada al minuto, estaba retrasándose—. ¿A qué viene ahora esto de Jamaica?

—Me preguntaba si tenías alguna idea...

Pero su rostro le dijo que no, aunque tal vez deseara tenerla.

—¿Jules?

Se paró, con la mano en la puerta.

—Sí, Lemmie...

La mirada se posó de nuevo en el informe.

—¿Qué opinas de Bruce Vallely?

—¿Bruce? ¿Por qué me preguntas por Bruce?

—Creo que está explorando otras opciones —dijo Lemaster, sin levantar la vista—. Me preguntaba si debíamos intentar persuadirle de que lo dejara estar.

Julia tragó saliva y se movió, incómoda, sintiéndose igual que cuando, en el colegio, un tutor la acusó de mentir sobre el robo de un bolso para crear problemas a otra chica.

—Bueno... Diría que eso depende de ti.

Una sonrisa deslumbrante.

—Gracias, querida.

## IV

Cuando llegó a Kepler, Julia amonestó a un estudiante que estaba faltando a muchas clases y aconsejó a otra cuyo novio había dejado de llamarla. Leyó algunas solicitudes e hizo cuanto pudo por encontrar a sus ayudantes. Varias veces trató de hablar con Astrid: la imaginaba encerrada en su casa cerca de Capitol Hill, caminando nerviosa de un lado a otro, fumando como una chimenea y haciendo caso omiso del timbre del teléfono.

O quizá fuera solo la llamada de Julia la que Astrid se negaba a atender.

«¿Qué opinas de Bruce Vallely?».

Cogió un lápiz y dedicó un rato a componer anagramas con «Shari Byrd», el nombre por el que le había preguntado Tony Tice, porque a Kellen le encantaban los juegos de palabras. Sus resultados —Hard liar is? Dial Harris? Rash rail id?— fueron insatisfactorios. Shari Byrd tampoco había dado ningún fruto si lo buscabas en internet, pero quizá el nombre se escribiera de otra forma.

Las dos y media. Hora de recoger si quería llegar a casa antes que los autobuses de Hunter's Heights. Cuando estaba a punto de salir del despacho, se le ocurrió algo. Bruce Vallely había encontrado una copia del trabajo de Vanessa en la impresora de Kellen. Dicho trabajo se presentaba en dos formatos: el original entregado por la chica, al que la señora Klein había otorgado aquella infausta nota, y una versión revisada, un esbozo donde constaba parte de la investigación adicional llevada a cabo por su hija. Si averiguara qué versión poseía Kellen, podría intuir algo más sobre su relación con Vanessa. Aunque, más tarde o más temprano, a pesar de las estrictas recomendaciones del doctor Brady sobre los interrogatorios a su paciente, no tendría más remedio que preguntárselo a ella directamente, tal y como había sugerido Rick Chrebet.

En el cajón inferior derecho del escritorio, escondido entre carpetas llenas de los numerosos formularios que debían rellenar los alumnos, Julia guardaba el Expediente Vanessa: una recopilación de todo lo referente a su hija, desde recortes de prensa sobre el incendio hasta la gastada fotografía de Cuna que antaño adornaba la cómoda del cuarto de su hija. El expediente también contenía las dos versiones del citado trabajo.

Pero no era así.

Al sacar el expediente y abrirlo comprobó que solo quedaban los recortes sobre el fuego. Todo lo demás había desaparecido.

Le habría echado la culpa a Tony Tice el Tramposo, pero las pruebas apuntaban en otra dirección: como manchas de sangre después de un crimen, la carpeta verde oliva estaba llena de huellas de un pringoso chocolate marrón, dejadas por el difunto Boris Gibbs mientras registraba su escritorio.

## Espejito, espejito

### I

Vera Brightwood no cabía en sí de gozo al enterarse de que el vehículo que había atropellado sin piedad al pobre Boris Gibbs allá en Norport no era otro sino el suyo, que le había sido robado dos días antes de su casa en Pleasant Road. En Cookies relató a sus clientes habituales, y a cualquier otra persona que entraba en la tienda, las horas que había pasado con los agentes, a pesar de que cuando denunció el robo nadie le había hecho caso. Ya era hora de que empezaran a preocuparse de la ola de crímenes que asolaba el pueblo, decía ella. La cifra de atracos en el Landing se había duplicado desde el año anterior, declaraba, y por una vez sus estadísticas eran correctas, aunque olvidaba omitir que ese drástico crecimiento aumentaba los casos de dos a cuatro. Pero Vera era la única fuente de noticias de la ciudad, y como Lemaster señalaba sonriente cuando Julia se quejaba, la omisión de ciertos detalles que convertían las cifras en algo menos impresionante era una práctica habitual de todos los medios en mayor o menor medida.

Julia se pasó un par de tardes en la calle Main, yendo de una tienda a otra, recogiendo historias y determinando la fiabilidad de ciertos rumores, en busca de la verdad. Beth Stonington, la mejor agente inmobiliaria de la ciudad, que había vendido a los Carlyle el terreno donde se construyó Hunter's Heights, insistía en que nadie podría haber estado mirando ninguna de las escasas propiedades que quedaban junto a la orilla sin que ella se hubiera enterado. Y no, dijo tras ser presionada por Julia, creyendo que Boris podía haber entendido mal la historia: Kellen Zant no había visto ninguna de las casas en venta. Ella se habría enterado.

Porque era negro, pensó Julia sin decirlo.

Carrie Bissette, encargada del turno de tarde de CVS, no había conocido nunca a Kellen Zant, pero sí había visto con frecuencia a Boris Gibbs. Corría el rumor de que hubo algo entre ellos. Y no, le aseguró con seriedad a Julia, Boris nunca le había preguntado por Zant. Greta Hudak, la dueña de la taberna del mismo nombre, repitió a Julia lo que ya había explicado a la policía: un hombre negro y alto que no vivía en el Landing había entrado un par de veces a la hora del almuerzo, pero no pudo identificarlo por la fotografía. Julia le preguntó por qué sabía que no vivía en la ciudad. Greta afirmó que lo habría recordado. Danny Weiss, el responsable de la librería local, había vendido un libro de antigüedades a Zant alrededor de una semana antes de su muerte. Lurleen Maddox, de Regalos Luma's, le dijo que Kellen Zant

había pasado por su tienda el mismo día que compró el libro.

—¿Y compró algo?

—Solo un espejito de juguete —dijo ella con un gesto que evidenciaba su más absoluto desprecio ante tamaña tacañería.

## II

Le resultaba obvio que Kellen le estaba transmitiendo algo. Había estado comprando espejos, entregándolos, intentando regalarlos, aunque murió antes de ver cumplido su plan. Había querido que ella siguiera el rastro, como una criatura nocturna, y había ido dejando migas de pan por todo el Landing, haciéndole señas a Julia de un modo que, sin duda, ella debía encontrar irresistible e irrefutable. Ella se maravillaba de que, antes de este momento, no hubiera sido consciente de su presencia en la ciudad. Era como si los comerciantes de la calle Main conspiraran juntos para mantenerla alejada de la simple verdad que había guiado los pasos de Kellen.

Pero ¿cuál era?

«El riesgo del inventario. La materia oscura».

Sin embargo, Julia seguía sin descubrir por qué Kellen se sentía capaz de inclinar la balanza de la campaña para la presidencia. La conjetura más plausible era que disponía de pruebas que demostraban que el presidente de Estados Unidos, en su época de estudiante treinta años atrás, había matado a Gina Joule y ocultado esa verdad durante todo este tiempo. En el pánico que la invadió durante la entrevista con Bruce Vallely había llegado a dar crédito a esa posibilidad. Ahora, más sosegada, se sentía como si acusar al presidente, aunque fuera solo mentalmente, significara entrar en una paranoia ajena. Además, tampoco había razón alguna que indicara que tuvo que ser Scrunchy. Al fin y al cabo, Lemaster no había estado por aquel entonces en la Suite Hilliman para mantener el orden: se había pasado el semestre de primavera de 1973 estudiando en Oxford. Cualquiera de sus compañeros de cuarto —tanto Scrunchy como Mal o Jock Hilliman— habría podido cometer cualquier tropelía sin que se enterara el Gran Hermano, como solían llamarle.

Vanessa, no obstante, se obstinaba en que DeShaun Moton era el asesino. El domingo Julia llevó a su hija a cenar a Greta's y sacó de nuevo el tema.

—Ya te lo dije: Kellen y yo nunca hablamos de ello.

—¿Nunca?

—Bueno, me preguntó en qué estaba trabajando. Cuando le dije que era sobre Gina Joule, y que estaba claro que lo hizo DeShaun, me felicitó por estar dispuesta a defender una postura impopular. —El tenedor chocó contra el plato; le temblaba la mano—. Pervertido asqueroso.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Decirte qué?

—Que hablasteis de Gina.

Vanessa pareció incapaz de encontrar respuesta a esa pregunta, o al menos incapaz de expresarla: bajó la cabeza y escondió la cara detrás de las trenzas. El temblor de la mano aumentó, y soltó el tenedor. Fuera, caía una nieve clara y vigorizante. Los coches circulaban sobre la nieve del día anterior con majestuosa despreocupación.

—¿Cariño?

—Sí, mamá.

—¿Le diste a Kellen una copia del trabajo?

Ella sonrió al recordarlo, como una anciana que evoca su juventud.

—Prometió que me ayudaría a publicarlo. Era un cerdo. Solo quería... bueno, ya lo sabes. —Cortó un pedazo de salmón—. Se lo envié por e-mail. —Masticó—. Pero nunca me contestó. Supongo que no era lo bastante bueno. —Se le ensombreció la cara—. ¿Sabes, mamá? Tu Kellen podía ser muy cruel.

—Lo sé, cariño. —Apoyó ambas manos sobre las de su Hija—. Lo sé.

Mientras volvían a casa, con Vanessa concentrada en los deberes de cálculo que tenía sobre su regazo, Julia rebobinó la secuencia entera en su mente. Quizá fue así. Quizá no. Digamos que Kellen está deambulando por Kepler, a la espera de ver a Julia, con la intención de causar problemas. Se encuentra con Vanessa, y, agradablemente sorprendido, le toma el pelo durante un rato, con toda probabilidad como estrategia para tomárselo a Julia de forma indirecta, posiblemente porque la propia Vanessa... bueno, todo es posible. Él vuelve a la facultad de teología otro día y de nuevo ve a Vanessa, en la biblioteca, buscando información. Quizá dan un paseo. Hablan. Él se entera del tema del trabajo. Gina. ¿Hace una extrapolación? ¿Llega a la conclusión de que la adolescente blanca murió cuando Scrunchy y compañía compartían la Suite Hilliman? ¿O ya lo sabía, en cuyo caso Vanessa fue simplemente una fuente de información adicional? En cualquier caso, Kellen está intrigado e investiga la cuestión más a fondo, descubriendo que... ¿Qué? ¿El presidente? ¿Murió Kellen por su conclusión sobre quién fue el culpable? ¿Murió Boris por la misma razón?

Julia sintió un escalofrío, en parte de preocupación y en parte de alivio. Vanessa había anunciado hacía poco que había decidido abandonar el proyecto para siempre.

—¿Cariño?

—Sí, mamá. —Vanessa escribía con furia bajo la tenue luz del interior del coche; la página estaba llena de ecuaciones.

—¿Estás segura de que fue DeShaun? ¿Completamente segura?

—Ajá.

—¿Ningún indicio que señalara a otra persona?

—No. —Vanessa buscó en la parte final del libro de matemáticas y comprobó las respuestas; con el ceño fruncido, se puso a borrarlo todo. Se había saltado un paso—.

Bueno, alguien podría haber falseado pruebas —prosiguió ella, empezando de nuevo a resolver el problema—. Ya me entiendes. Intentar cargárselo a otro. —Asintió y sonrió para sus adentros. Ahora tenía las ecuaciones bien—. Pero no imagino a Kellen haciéndolo.

—¿Por qué no, cariño? —dijo Julia, maravillada al constatar que su hija, como de costumbre, iba un paso por delante.

—Porque inculpar a alguien implicaría... pasión. Entrega. ¿Y sabes algo más? Uno tendría que odiar de verdad a la víctima para arriesgarse. —Vanessa había pasado a la página siguiente y trabajaba en un nuevo problema—. ¿Y a quién podría odiar tanto Kellen?

### III

Julia se despertó de repente. Era la una y media. Había estado soñando, como le sucedía a menudo, que deambulaba perdida entre árboles nevados, perseguida por una furiosa criatura fantasmal que la acusaba a gritos de no ser tan buena como la gente opinaba de ella. Al final del camino había un refugio, pero el sueño siempre terminaba antes de que pudiera descubrir si llegaba o no hasta él. Esta vez lo que la había devuelto a la realidad era un gemido agudo. Había oído un gemido agudo. El sonido se había parado... O bien había sido parte del sueño. A su lado, el presidente de la universidad seguía roncando. Julia se dio la vuelta e intentó conciliar de nuevo el sueño, pero entonces se incorporó. No, nada de sueños. Allí estaba el sonido, débil, sí, pero Julia, como su hija, tenía un oído excepcional: ambas tocaban el piano. Deslizó los pies dentro de las zapatillas, se puso su bata favorita y siguió el rastro del sonido hasta llegar a la puerta del cuarto de Vanessa. Acercó la oreja. Era una especie de rumor lastimero, vagamente melodioso.

El sonido se paró.

Todavía dudaba entre si llamar o no cuando se abrió la puerta. Vanessa, descalza y en pijama, empezó a hablar antes de que Julia tuviera tiempo de preguntarle nada.

—¡Es una pasada! He encontrado una web que te permite descargar cantos fúnebres de diferentes culturas. No se puede hacer con auriculares. Hacen falta altavoces para captar la sensación. —Julia miró hacia el interior: la habitación era un desastre, con ropa, libros y papeles por todas partes, pero pudo oír los altavoces Bose diseminados por todo el cuarto. Eran ocho, si no recordaba mal—. Siento que lo hayas oído, puse el volumen todo lo bajo que pude. Pero en parte me alegro: podemos escucharlo juntas. Te encantará.

—Mañana tienes clase.

—Ya dormiré en clase de francés. Siéntate.

Atrajo a su madre hacia dentro y cerró la puerta. Julia apartó un volumen enorme



sobre la batalla de Estalingrado y se dejó caer en una silla. Cuando Vanessa se inclinó hacia el escritorio, Julia identificó el portátil, escondido detrás de una pared de botellas de Perrier y flamantes estuches de discos compactos. Oía una tonada, triste y dulce. Hechizante. Muy despacio, Vanessa empezó a mover los pies.

—Esto se baila, mamá —explicó, con un coqueto encogimiento de hombros, sonriendo—. En eso estaba cuando llamaste a la puerta. Nada horrible. Esta procede de los ewe de Ghana. Bailan una danza especial en honor de la muerte de un anciano. No me sé todos los pasos, así que me he inventado la mayoría.

Cerró los ojos, levantó sus delgados brazos y empezó a balancearse. Un momento después, Julia se había puesto de pie y ambas bailaban juntas al compás de la melodía fúnebre, oscilando y girando mientras hacían esfuerzos por recordar, y por olvidar. Vanessa pulsó el ratón. Empezó otra melodía, más rápida, sin acompañamiento, solo una música sincopada. Julia giró y giró, porque el movimiento era real y la muerte un fraude, y si consiguiera girar aún más deprisa ya nadie más tendría que morir. Vanessa, entre risas, seguía explicándole de qué cultura procedía cada canto, y el hecho de que, fuera de Occidente, la gente de muchas culturas bailaba en los entierros, pero su madre estaba sumergida en la música y el movimiento; apenas escuchaba, seducida por el ritmo siguió bailando y bailando hasta que notó que unas extrañas lágrimas de alegría corrían por sus mejillas de oscuro color de miel... Porque Kellen podía estar muerto, Jay y la abuela Vee podían estar muertos, pero ella estaba viva, estaba aquí, bailando con su hija, e iban a arreglarlo todo, iban a empezar de nuevo, iban a...

—Y esta es mi favorita —dijo Vanessa.

Silencio.

Julia dejó de balancearse. Aguardó. No pasó nada. Vanessa estaba de cara al ordenador, con los dedos apoyados en el ratón, incapaz de pulsar. Temblaba. Se esforzó y se esforzó, y finalmente miró a su madre con ojos de impotencia.

Julia cruzó la estancia, cogió a su hija de las manos y la abrazó con fuerza hasta que aquello que la había paralizado se fundió en forma de sollozos.

Y al ver las lágrimas de Vanessa y pensar en el trauma que, según Vincent Brady, reprimía la chica, supo que ya no quedaba elección. Tenía que hacer exactamente lo que Mary Mallard y Tony Tice querían que hiciera. Tenía que investigar, discretamente, sí, pero tenía que hacerlo. Debía descubrir en qué trabajaba Kellen cuando murió: no por el bien de Kellen, sino por el de Vanessa.

Y, tal vez, también por el suyo propio.

## Los jinetes

### I

Ni siquiera en su época de agente de las fuerzas especiales había disfrutado Bruce Vallely de muchas oportunidades para trabajar solo: lo habían entrenado para formar parte de un equipo y lo que necesitaba en estos momentos era un compañero. Julia Carlyle podría haber sido la mejor, pero estaba dispuesto a aceptar a cualquiera. De modo que, con un pretexto, enroló a Gwen Turian, su ayudante, cuyo rango real era el de teniente y que, influida tal vez por Hollywood, insistía en que se dirigieran a ella llamándola por el apellido y en llamar a su superior simplemente «jefe». A última hora del viernes por la mañana, Bruce se paró en el vestíbulo del edificio que alojaba a su reducido personal, pisando con fuerza para quitarse la nieve de las botas y de paso soltar los restos de tensión que le quedaban tras haber sido testigo, como era su obligación, del registro que la unidad de narcóticos había efectuado en uno de los dormitorios: se sabía que un par de estudiantes de último curso de ciencias políticas, no muy brillantes, vendían drogas allí. Lástima que los padres de estos chicos no fueran lo bastante influyentes como para conseguir que Trevor Land se pusiera al teléfono. Uno de ellos, aterrado, había saltado por la ventana y se había roto un dedo del pie. Bruce sabía que las quejas sobre brutalidad policial colearían al menos durante dos meses. Acababa de coger el correo de su casillero cuando Turian se materializó a su lado: alta, delgada y distante, nerviosa. El uniforme de sarga azul parecía un disfraz teatral que no encajaba con su aspecto.

—Buenos días, jefe —dijo ella en tono seco, y le tendió un sobre—. Aquí tiene los resultados de la investigación que me encargó.

—Gracias, Gwen.

La teniente frunció el ceño, quizá porque en las películas habría sido simplemente «Turian»: el nombre que ella prefería en cualquier caso. La pistola que llevaba sobre la cadera era de mayor tamaño que el arma reglamentaria y Bruce se dijo que aquel exceso de correas tampoco debía de atenerse a las reglas. Pero lo cierto es que ya el uniforme indicaba una cierta afectación: la tradición de la universidad obligaba a los agentes a llevar uniforme azul, pero dejaba que los supervisores vistieran con traje de calle.

Ella parecía reticente a marcharse, y cuando él se giró para entrar en su despacho, ella le siguió.

—¿Algún problema, Gwen?

—¿Puedo hablar con franqueza, señor?

—Por supuesto, teniente —dijo él.

Los ojos verdes de la mujer se iluminaron. A diferencia de Bruce y de muchos otros, Turian nunca había formado parte de las verdaderas fuerzas del orden.

—Señor, esta información... ¿forma parte de una investigación no autorizada?

—¿Por qué no deja que yo me preocupe de eso, Gwen?

—Sí, señor. Lo que sucede es que tuve que usar un subterfugio para obtenerla, y me vi obligada a decirles algo...

Alarma.

—¿Qué les dijo?

—Que la universidad podía enfrentarse a la posibilidad de un litigio por culpa de un antiguo caso. Lo siento, jefe, fue lo mejor que se me ocurrió.

Bruce sonrió.

—Excelente trabajo. Bien hecho... Turian.

—Gracias, señor —dijo su ayudante, sin devolver la sonrisa.

## II

El vehículo correspondiente a la matrícula que constaba en el impreso de aseguradora que Kellen Zant había escondido en la cocina era un Jaguar XKE, o, mejor dicho, lo había sido, porque el tasador lo había declarado siniestro total. El propietario era un tal Jonathan Hilliman. Sentado a su mesa, Bruce frunció el ceño. El nombre le resultaba familiar.

Miró la pantalla de su ordenador, introdujo el nombre en el Google y, en menos de un segundo, obtuvo la respuesta. Sí, Jonathan Hilliman, a quien todos llamaban Jock: ex alumno, vástago de los Hilliman, una familia que era rica desde que existía el dinero. Los Hilliman vivían en una jaula de oro, como el protagonista de Gatsby, de la que solo salían para inaugurar edificios bautizados en su honor. Jock, una especie de playboy, había muerto de un infarto tres años atrás. Aunque él no tuvo descendencia, aún quedaban muchos Hilliman por la ciudad.

¿Y qué? ¿Por qué ese interés de Kellen Zant por Jock Hilliman y su accidente de coche? ¿Y por qué el nombre seguía resonando en la cabeza de Bruce? Pero Gwendolyn Turian, llevada por el celo de hacer un buen trabajo, había añadido una nota; al leerla, Bruce recordó un retazo del resumen de información que le endosaron cuando fue contratado. En la planta superior de una de las residencias de la universidad, con unas espectaculares vistas de los edificios y del mar, estaba la Suite Hilliman, unos fantásticos aposentos de cuatro habitaciones mucho más lujosos que el resto de los alojamientos del campus. La familia Hilliman la había construido hacía cincuenta o sesenta años y proporcionaba sustanciosos fondos para su mantenimiento,

con la condición de que, siempre que un Hilliman asistiera a la universidad (algo que en aquella época parecía reservado solo a los varones), podría ocupar la suite y escoger a sus compañeros de cuarto.

Eso explicaba el porqué el nombre Hilliman le resultaba familiar. Pero ¿qué interés podía haber despertado en Kellen Zant?

Con la ayuda del Google intentó buscar el nombre de Hilliman junto con el del economista, pero no halló nada de importancia. Así que tenía que ser algo enterrado...

Se paró a meditar. ¿Qué había impulsado a Kellen Zant? Su ego, sin duda. Su necesidad de escapar de su pasado mediante la acumulación de bienes materiales. Vale, pero aquello sólo era un cliché. Recordó las fotos del estudio del economista: un disimulado homenaje a Julia Carlyle. Otro tipo de impulso.

¿Por qué no?

Buscó relaciones entre el difunto Jonathan Hilliman y el apellido Carlyle, y la pantalla se llenó con miles de hallazgos. Abrió un par: la conexión entre ambos nombres saltaba a la vista, aunque no se trataba de la que había esperado. Los dos nombres coincidían principalmente en los perfiles biográficos del gran Lemaster. Por supuesto. Los Cuatro Magníficos, los Cuatro Jinetes... Cualquiera de los nombres que se les dio, o se dieron a sí mismos. En la universidad habían sido un chico de fraternidad, un político del campus, una estrella deportiva y el empollón que batía todos los récords de notas. Hoy día los tres supervivientes eran un presidente, un senador con la vista puesta en la Casa Blanca, y Lemaster, que triunfaba en todo lo que se proponía.

Los Jinetes.

Turian había añadido un perfil de Jock Hilliman publicado en *The New Yorker* en los años noventa, cuando los cuatro estaban muy ocupados labrándose una reputación. Bruce leyó el artículo por encima, sin saber muy bien qué buscaba, dejando que las palabras fueran conformando una impresión:

Creo que el nombre fue idea de Mal... fue después cuando llegamos a ser compañeros de cuarto... un cuarteto de lo más peculiar... camorristas aficionados... enseguida nos hicimos un nombre en el lugar... otros intentaron unirse a nosotros, pero siempre me negué a aceptar más miembros... de mi padre aprendí que lo mejor es mantenerse unidos... decidí que el grupo se extinguiría cuando se licenciara el último de los cuatro... Tanto los alumnos como la universidad empezaron a respetar... No es que la Suite Hilliman fuera un centro neurálgico de fiestas, pero allí mantuvimos nuestra propia... especie de sociedad secreta formada por cuatro hombres... basada en la confianza... lo compartíamos prácticamente todo...

No se aceptaron nuevos miembros: a Lemaster debió de gustarle aquello, pensó Bruce. Un exclusivo club de blancos al que seguirían todos los clubes exclusivos para negros de los que luego formaría parte: los mejores siempre tienden a mantenerse unidos.

Volvió al relato. Fue pasando páginas, fascinado.

... cada uno tenía una especialidad... Lemaster estaba decidido a terminar el primero de su curso, porque

era algo que nunca había alcanzado un... falló por medio punto al sacar un notable en el examen final de la asignatura de cálculo avanzado...

Bruce sonrió, rendido de admiración ante el hombre a quien seguía considerando sospechoso del asesinato de Kellen Zant. A pesar de que su meta era terminar el primero, eligió cálculo avanzado en lugar de cualquier otra asignatura menor en la que podría haber obtenido un sobresaliente. Al pasar a la página siguiente, Bruce se paró y leyó con atención:

La universidad admitió la primera promoción de estudiantes femeninas en nuestro último curso, y, como todos los demás estudiantes, entramos en un rápido nirvana. Antes de eso, satisfacíamos nuestras necesidades, como suele decirse, en función de nuestras posibilidades. Lemaster era muy discreto: se citaba con una tranquila señorita de la facultad católica de Norport. Mal mantenía una intensa relación con una estudiante de antropología algo chiflada, que albergaba grandes planes para hacer estallar el mundo y volver a empezar. En cuanto a mí, bueno, me acusaban de estrenar una mujer por semana, o quizá debería decir chica, ya que la edad no era algo que me importara. Mi especialidad era la seducción de las tiernas hijas adolescentes de los miembros de la facultad...

Bruce no leyó más. Se repantigó en la silla y se frotó los ojos. ¿Qué pista había creído seguir Zant?

«Las tiernas hijas adolescentes de los miembros de la facultad».

¿Como la sobreprotegida Gina Joule? Porque, según todo el mundo, la adolescente llevaba una vida retirada, marcada por las reglas de su hogar, severas incluso para su época. ¿Acaso Jock Hilliman, en esa entrevista, había pretendido hacer una broma? Porque, si no, el misterio que rodeaba a la noche en que Gina desapareció podría ser más sencillo de lo que parecía. Bruce sacó la copia del trabajo de Vanessa tomada de casa de Kellen Zant. Gina acababa de cumplir los diecisiete. Tras una pelea con su madre, había salido de casa, se había parado en Cookies para comprarse un helado y luego, evidentemente, había deambulado por el Green hasta que DeShaun la recogió. Una mujer llamada Janet Spicer —una de sus maestras, ahora fallecida— vivía en el Green y la vio montarse en el BMW robado con DeShaun. Fin de la historia.

¿O no?

Abrió la caja fuerte, apartó la pistola que no estaba autorizado a llevar en el campus a menos que fuera de uniforme y sacó el resto del material que había extraído de casa del profesor Zant. La página de un diario:

El ayudante Nacchio informó también de que alrededor de las nueve de esa noche ella llamó a la puerta de casa de una de sus profesoras, la señora Spicer, y le pidió si podía usar el teléfono. Dicho informe fue posteriormente...

¿Posteriormente «refutado»? ¿Era esa la palabra que habría aparecido si hubiera encontrado la página siguiente? ¿O tal vez «confirmado»?

Bruce relegó el problema a un rincón de su cerebro. Quizá los hechos no fueran más de lo que parecían. Digamos que Jock había conseguido derribar, como fuera, la

muralla de protección que los padres de Gina habían edificado en torno a ella, y se las había apañado para conocerla, o incluso seducirla. En Cookie's ella dijo a sus amigas que volvía a casa caminando, pero en realidad había quedado con su amante secreto, Jock Hilliman. Quizá incluso la pelea con su madre había sido una treta. Al fin y al cabo, era el día de San Valentín, y lo más probable era que Gina quisiera verse con su novio. De manera que se paró en casa de la señora Spicer para llamar a Jock (¡en aquella época no había móviles!), y él la recogió en su Jaguar. Según el informe de la compañía de seguros, el coche quedó destrozado una semana después de la desaparición de Gina, y en Scottsville, un pueblo bastante alejado de Tyler's Landing. Pero cualquier policía sabía que un informe no era más que un pedazo de papel.

Muy bien.

Supongamos, por el buen funcionamiento del argumento, que la familia Hilliman, con todo su dinero y su poder, hizo desaparecer el informe. Sobornaron al perito, a la compañía de seguros, a la policía, a quien fuera necesario. En ese caso la conexión era evidente: Gina Joule murió en el accidente que destrozó el coche de Jock aquella noche, y de algún modo el secreto se había mantenido a salvo durante todos esos años.

Eso tenía que ser lo que Kellen Zant había descubierto. Esa era la razón de tanto secretismo. Kellen se había enterado de que la universidad, a través de uno de sus ex alumnos más prominentes, estaba relacionada con la muerte, ya fuera accidental o intencionada, de Gina Joule. Se preguntó cuántos lo sabrían. Y cuántos lo estarían encubriendo.

Y su emoción se desvaneció tan deprisa como había surgido. La hipótesis era errónea. Nadie mataría a Kellen Zant para ocultar los hechos que se ocultaban tras el asesinato si el asesino ya estaba muerto. Y no cabía la menor duda de que Jock Hilliman estaba muerto.

«Lo compartíamos prácticamente todo».

¿Era eso? ¿Esa era la clave? ¿Que los Cuatro Jinetes lo habían «compartido todo»?

¿Ese «todo» podría no haber incluido el Jaguar?

Excepto que había testigos que vieron a Gina Joule en el Green charlando con DeShaun Moton, de dieciséis años, quien aquella noche robó un coche en el Landing y unos días después fue abatido a tiros por la policía.

Caso cerrado.

Pero los testigos solo vieron a dos adolescentes hablando. Janet Spicer fue la única que declaró haber visto que Gina Joule subía al coche robado. Y el nombre de DeShaun no aparecía citado como sospechoso hasta después del tiroteo que acabó con él.

Bruce volvió a concentrarse en el trabajo de Vanessa. Merrill Joule era uno de los profesores más queridos del campus. Y uno de los mejor relacionados. Su esposa era prima de Cicero Hadley, entonces presidente de la universidad. El padrino de Gina

era un funcionario menor de Lombard Hall llamado Trevor Land.

¿Qué había dicho Nate Knowland? Bruce repasó sus notas. Ahí estaba. Nate había oído a Kellen Zant y a la desconocida mujer negra hablando sobre Lemaster Carlyle, en la calle Town, la noche en que el economista había sido asesinado; en concreto, había oído susurrar a Zant que el presidente de la universidad era un pez demasiado gordo para ellos.

Bruce se acercó a la ventana, que daba a la zona en que se almacenaba la flota de autocares escolares reciclados y repintados con los colores de la universidad, que rodaban por el campus en una parodia de transporte eficiente. Habitualmente la zona también alojaba máquinas quitanieves de todos los tamaños, pero la inesperada nevada que asolaba al estado las tenía a todas en danza. Oh, qué harto estaba de los inviernos de Nueva Inglaterra.

Gina fue vista con un hombre negro. Y los Jinetes lo compartían todo.

No era de extrañar que Julia Carlyle le hubiera advertido con tanta vehemencia. Sabía o sospechaba la misma verdad que Bruce.

Lemaster Carlyle. Un pez demasiado gordo para el profesor Zant.

Pero ¿asesinato? A menos que Kellen Zant estuviera en posesión de pruebas más convincentes que los fragmentos que Bruce había encontrado bajo los fogones, la reacción parecía... extrema. Por otro lado, la experiencia le decía que los asesinos no solían actuar de manera racional.

Sonó el teléfono, su línea directa, y el identificador de llamadas mostró la extensión que menos le apetecía ver.

—¿Jefe Vallely? Soy Trevor Land. Feliz Navidad y todo eso. Me preguntaba si podría pasarse por mi despacho antes de volver a casa.

### III

Se sentaron en sendas sillas acolchadas delante de una chimenea que, gracias a algún milagro, seguía funcionando; debía de tratarse de una de las últimas del campus y, sin duda, suponía una violación del código antiincendios. Nadie se había molestado en limpiar el tiro de la chimenea, porque el ambiente estaba cargado. El secretario quería hablar, en primer lugar, de la escaramuza que había tenido lugar en la residencia estudiantil aquella mañana; murmuró que, sin duda, todo esto «redundaría en detrimento» de la reputación del centro. Bruce afirmó que en su opinión la incursión había sido un error y que había presentado una enérgica protesta en nombre de la universidad.

—Pero ¿cómo abordar el tema de otra forma? ¿Venta de drogas y a saber qué más?

—Yo los habría arrestado en cualquier lugar del campus, entre clases. Sin riesgo a

que nadie resultara herido.

—Cierto. —Los gruesos párpados ocultaban lo que pensaba el secretario—. Pero nuestro fiscal del estado tiene que rendir cuentas a los votantes, jefe Vallely, a diferencia de usted. Denostar la universidad, arrasarla incluso, tal vez no se considere un buen trabajo policial, pero si es una buena política. Sobre todo ahora que estamos en boca de todos por el asunto Zant.

—Sí, señor —dijo Bruce, ahora que por fin salía a la luz el auténtico tema de la reunión. El humo de la chimenea ilegal enturbiaba aún más la ya tenebrosa sala.

El secretario expuso sus necesidades. Una revisión de los progresos de Bruce. Los detalles de sus entrevistas. Pero Gina Joule había sido la ahijada de Trevor Land, y el policía que Bruce llevaba dentro no estaba dispuesto a entregar toda la información que había recopilado.

—Aún estoy en las primeras fases de la investigación —dijo él.

El secretario asintió, escuchando solo a medias. Bruce apenas podía verle entre la bruma que iba llenando la estancia.

—El caso es que el asunto de Zant ha despertado muchas reacciones. La verdad es que no estoy seguro de cuál es el problema, ni de por qué todo el mundo está en pie de guerra, pero así es. Los alumnos llaman todos los días. Tengo dos profesores muertos a falta de uno, así que estamos viviendo tiempos difíciles, jefe Vallely. Tiempos difíciles para la institución a la que amamos. De acuerdo, lo de Gibbs fue un accidente; lo de Zant, un atraco. Sin embargo, nosotros no creemos en el ratoncito Pérez, ¿no es verdad, jefe? Somos hombres de mundo y todo eso. No podemos permitir que sufra la escuela. Es como si todo se nos cayera encima. Para colmo, la dirección tampoco atraviesa su mejor momento. Sí, ya, no es del todo culpa del presidente. Todo ese problema con su hija... Una pena, pero también suma. Los profesores están en pie de guerra. No es el mejor momento para recurrir al presidente en busca de decisiones. Su cadena de mando pasa por la vicepresidenta, pero ella se limitará a trasladar la pregunta al presidente. Diría que, por el bien de ese hombre, será mejor que no vayamos a él con nuestras preocupaciones. Es mejor que me lo comunique todo a mí. —A Bruce le escocían los ojos del humo, pero Trevor parecía tolerarlo sin problemas—. Lo primero es lo primero, jefe Vallely. La institución debe mantenerse a salvo. Intente ir con cuidado. No acose a los profesores: no les gusta y luego se quejan. Y lo mismo puede aplicarse a los estudiantes. Ese Knowland, por ejemplo. Su padre ha venido a verme. No debe enfrentarse a los alumnos. Investigue el tema Zant, sí, pero sin hacer ruido. Tengo una pista para usted —dijo él, haciendo una pausa para hacer girar su brandy.

—Muchas gracias —dijo Bruce. Agitó su copa pero no la probó, ya que su difunta esposa lo había convertido en un abstemio y no estaba dispuesto a echarse atrás en nada de lo que le había prometido. Habían llegado al momento crucial de la reunión. Al otro lado de los largos ventanales, un sol tenue dibujaba sombras de edificios invisibles sobre la nieve que amortajaba el patio.



—Sí. Bueno. El último punto, jefe. El último punto. Otra razón por la que tengo a los ex alumnos revueltos. Al parecer, no es solo el escándalo. Algunos tenían negocios con Zant. Investigación, consultoría, no lo sé muy bien. La mayoría estaban contentos con su trabajo, como tiene que ser. Sin duda era un hombre brillante. Pero algunos, jefe Vallely, parecen creer que se llevó algo que les pertenece.

—¿Algo como qué?

El secretario posó su inteligente mirada en el oscuro líquido de la copa.

—No lo sé, la verdad. Secretos corporativos. Información confidencial. Fórmulas. No es mi campo, jefe, pero, se llevara lo que se llevara, se muestran muy desesperados por recuperarlo.

—¿Puede decirme si se trata de un objeto físico, un cuaderno, papeles...? ¿O es la clase de cosa que un hombre puede guardar en la cabeza?

—Pues lo ignoro, la verdad. Me temo que los ex alumnos no dan muchos detalles. Lo quieren todo: que les devuelvan lo que les pertenece sin decir de qué se trata. Trabajo detectivesco. Su cometido, más que el mío.

—Quizá si se me permitiera hablar con esos... ex alumnos...

—Eso queda fuera de cuestión, jefe Vallely. Considérelos fuentes confidenciales. Confíe en mí: los conozco desde hace mucho tiempo.

Bruce consiguió que su reacción pasara inadvertida, algo bastante fácil en aquel cavernoso despacho.

—Ya veo —murmuró.

—Si les hace el favor de encontrarlo, jefe, cabe pensar que se mostrarán muy agradecidos. Podrá pedir su precio, por decirlo de algún modo. —Alzó el dedo, aquel gesto que recordaba a los emperadores romanos—. Y un consejo. Nunca se ponga a los ex alumnos en contra, jefe Vallely. El poder corrompe. Es una verdad tan cierta como la luz del sol. No es que sean mala gente, pero están acostumbrados a salirse con la suya. —Los inteligentes ojos centelleaban de alegría—. Y tienden a enfadarse cuando no consiguen lo que quieren.

—Ya veo —repitió Bruce, empezando a enfadarse él.

—Creo que no le conviene enojarlos, jefe —dijo el secretario. Vertió un chorro de brandy en la copa. Hizo un leve movimiento de cabeza y esbozó aquella sonrisa compilatoria con que Trevor Land cerraba todas las reuniones—. Ex alumnos —dijo, y bebió un sorbo.

## IV

Mientras volvía a casa después de aquella extraña reunión, Bruce empezó a percibir el gran plan de Zant. ¿Por qué robaría algo de un cliente? ¿Algo de valor? No por el dinero: según Rick Chrebet, el economista tenía un par de millones ahorrados cuando

murió, además del plan de pensiones. Sin embargo, era economista: veía la vida en términos de transacciones y eficiencia. La única razón que justificaba el riesgo de un robo era obtener algo que no se pudiera comprar con dinero. De manera que el artículo en cuestión no redundaba en su propio placer: lo había cogido por su valor de mercado, y pensaba intercambiarlo por algo que no se podía comprar con dinero.

Bruce creía saber de qué se trataba.

Se preguntó si el secretario pensaba lo mismo. Era probable. Trevor Land se hacía el tonto, pero en realidad era uno de los hombres más astutos que él había conocido, y Bruce dudaba de su propia capacidad para adelantarse a sus conclusiones. Aquel hombrecillo tenía que haber averiguado en qué andaba metido Zant.

Trevor Land había idolatrado a su ahijada Gina. Todo el mundo lo decía. Si la misión de Zant era encontrar a su asesino, el secretario tenía todas las razones del mundo para hacer que Bruce siguiera adelante.

Llevara donde llevase.

## Conmoción

### I

Fue la altiva Tonya Montez, directora de las Perlas Negras de Harbor County, quien proporcionó la pista, y aunque para ser sinceros lo hizo de una forma totalmente inconsciente, después, cuando los periodistas llegaron a evaluar el daño y a repartir las culpas, ella alardeó de haber desempeñado un papel decisivo en la menos escandalosa de las subsiguientes acciones de Julia. Y tal vez en cierto sentido así era, ya que Kellen solía decir en broma que el cotilleo ejercía importantes funciones reguladoras, menos por la información que contenía que por la que omitía: la gente tendía a evitar ciertas conductas impropias por miedo a convertirse en objeto del rumor.

No es que Tonya fuera una cotilla. Oh, no. Las Perlas Negras estaban muy por encima de todo eso, y, para demostrar su desprecio por el cotilleo, a menudo intercambiaban entre risas despectivas los absurdos rumores que miembros menos disciplinados de la comunidad se entretenían en hacer correr. Así que aquel martes, cuando Tonya se plantó en la mansión que se alzaba en la cumbre de Hunter's Meadow Road, justo después de cenar, cotillear era el último de sus propósitos. Por supuesto. Tonya vivía a unos diez o quince kilómetros, lejos del corazón blanco, pero se tomó la molestia de recorrer el trayecto, como era obligación de toda Perla Negra, con el único fin de comentar con Julia en persona lo acontecido en la reunión de la semana anterior acerca de la presentación de sus planes para el Gran Cotillón Naranja y Blanco que debía celebrarse en Boston después de Navidad, y no para confirmar los últimos rumores sobre la hija loca a fin de transmitirlos luego a la sección del Clan de Elm Harbor.

Cuando Tonya llamó a la pesada puerta, que, para su sorpresa, fue abierta alegremente por el pequeño Flew, Julia, como solía decir la abuela Vee, no estaba de humor. Se suponía que Lemaster debía haber vuelto temprano a casa para ayudarla a enmarcar una bonita pieza de arte afrocubano que había comprado en una galería de la ciudad. Con la austeridad y buena voluntad que lo caracterizaban, su marido le había recordado el antiguo marco roto que ella había comprado, con un pequeño descuento, a Frank Carrington hacía unos meses, con la intención de arreglarlo. Lemaster dijo que era del tamaño adecuado: se ocuparían de hacerlo juntos. Ella debería haber sospechado que enviaría a Flew en su lugar. Lemaster había sido un adicto al trabajo en la Casa Blanca, en el tribunal federal y en la facultad de derecho;

ya lo era cuando ambos estudiaban en Kepler: estaba decidido, como le confesó una tarde en la biblioteca de la facultad de teología, a no dejar sin leer ningún libro que estuviera a su alcance. Julia se había sentido encantada ante el absurdo de dicha tarea. Que supiera que aquel brillante y joven abogado que creía tener vocación para el sacerdocio pretendía seducirla no hizo nada por disminuir la eficacia de su estrategia. Tampoco debió de ser una coincidencia que esa misma noche hicieran el amor por primera vez: en el sótano de la Biblioteca Kepler, después de cerrar, porque era allí donde había que ir para encontrar a Lemaster, y, después de encontrarlo, ponerse manos a la obra.

—Un par de ex alumnos ricos se presentaron de improviso en la ciudad —dijo el señor Flew, que se pasaba cada vez más tiempo en la casa incluso en ausencia de su jefe, a modo de disculpa. Julia, no sin cierta reticencia, estaba llegando a aceptarlo como un componente misterioso pero estable de su vida familiar. De vez en cuando, después de alguna reunión intempestiva, Lemaster insistía para que se quedara a dormir en el cuarto de invitados, a fin de evitar que el pobre hombre tuviera que conducir a altas horas de la noche. Julia era una mujer demasiado educada, o demasiado amable, para protestar, e incluso estaba aprendiendo a soportar el hecho de que el hombre fuera incapaz de pasar por delante de los electrodomésticos Thermador sin coger un trapo y un líquido especial para abrillantar las superficies negras hasta arrancarles destellos. No conseguía entenderlo. Era un duendecillo esbelto y rubio, con impresionantes títulos y referencias laborales en cuatro continentes, unas cualificaciones a todas luces excesivas para el trabajo que desempeñaba; según Lemaster, su objetivo era conseguir dirigir alguna sociedad filantrópica, y mientras tanto se contentaba con revolotear a la sombra del gran hombre. Pero en ese momento Julia no estaba contenta. Con nada.

En realidad, hasta que sonó el timbre, Julia había dedicado la mayor parte de las dos horas que llevaban en el garaje, convertido en taller improvisado, a quejarse de Mary Mallard, que seguía llamando, y —ahora que no tenía delante a su marido— a informar al pequeño Flew de su intención de hacer algo respecto a esa mujer. Cuanto antes.

—Ya me encargo yo —dijo el duende, y en el estado emocional en que se hallaba, Julia pensó por un instante que se refería a Mary Mallard, no a la puerta.

Julia asintió, secándose el sudor de la frente. La tarea era más ardua de lo que esperaba, sobre todo porque las juntas del viejo y endeble marco de madera se estaban separando y tenían que ser reparadas. Por suerte Flew poseía una sabiduría innata en relación con el funcionamiento de los objetos, y enseguida encontró el ángulo correcto para insertar la aguja hipodérmica llena de pegamento en las juntas mientras Julia se encargaba de hacer presión sobre la madera. Luego, mientras ella seguía sujetando las piezas, él aplicaba la cinta adhesiva.

—Gracias —dijo Julia.

Jeannie, que había estado observando la escena, y observando a Jeremy Flew, por

quien había desarrollado una leve inclinación que consideraba secreta, se puso en pie de un salto y dijo, imitando a la perfección su agudo tono de falsete:

—Ya me encargo yo.

—Deja que vaya el señor Flew —dijo su madre.

Un momento después Flew estaba de vuelta y, como un buen mayordomo, informó a Julia de la llegada de la señora Montez, quien esperaba a Julia en la terraza.

—Ya termino yo esto —añadió.

Y Julia, para entonces sumida en la extrañeza sobre las razones por las que su marido seguía introduciendo a aquel extraño en su hogar, se secó la frente con un trapo y decidió dejar que lo hiciera.

—Ven conmigo, cariño —dijo Julia a su hija menor.

—Ya termino yo esto —replicó Jeannie, con la vista puesta en su héroe.

—Deberías acompañar a tu madre, Jeans —dijo el pequeño Flew, y solo entonces su hija saltó del asiento y se escabulló en dirección a la cocina.

## II

Tonya había traído una botella de vino, un buen Chardonnay del valle de Napa, porque a Julia le gustaba el vino y, además, porque entre las Perlas Hermanas corría el rumor de que estaba deprimida últimamente, y Tonya esperaba, si no alegrarla, al menos animarla un poco. De manera que se sentaron en la terraza y degustaron el vino (afrutado, pero con una nota excesiva de roble, en opinión de Julia, que había aprendido de Mona todo cuanto sabía de enología) mientras Tonya, una mujer exuberante y dulce de generosas curvas y generoso talante, charlaba de todos los temas del mundo excepto del que más le apetecía. Jeannie había vuelto a esfumarse para estar cerca del señor Flew. Tonya pasó a los asuntos de las Perlas Negras, recordando a Julia, en su tono más taimado, que todo el mundo debería haber asistido a la reunión en casa de Alice Henner («y, oh, cielo, esa chica no parece haber sido capaz de perder peso después del segundo bebé»), ya que también era la fecha límite para entregar el dinero de las entradas de aquel baile exclusivo para miembros e invitados.

—Piensas venir al Cotillón, ¿no? —Los brillantes ojos de liebre de Tonya seguían dirigiéndose a la puerta, tal vez con la esperanza de que el tema de conversación que seguía oculto hiciera su aparición.

Pero dicho tema estaba arriba haciendo los deberes, o enviándose mensajes por el Messenger con Janine Goldsmith, ahora simplemente Smith, o tal vez escribiendo en su blog, TONTERÍAS REMUNERADAS, aunque estaba por ver si Vanessa conseguiría retener a sus lectores cuando abandonara el mundo del asesinato real y volviera a su habitual y terrible letanía de cantos medievales, la historia de la guerra y

la opresión de los adolescentes. El anagrama de la página web, que seguía apareciendo si navegabas por él, era SINFUL SANE N. E. SONG, N. E. por «New England», Nueva Inglaterra. Julia no encontraba el nombre especialmente ingenioso, y Lemaster odiaba todos los blogs por principio, pero el doctor Brady se declaró animado por el uso de la palabra «sano» por parte de su paciente.

El principio de Lemaster era que los blogs ya estaban inventados en su juventud.

—Claro que vamos al Cotillón. Nunca nos lo hemos perdido. —Y era verdad. Para el Clan, el Blanco y Naranja era el acontecimiento social del año, y aunque ya había perdido su papel en la puesta de largo de las debutantes, el baile permitía a la élite recordar, entre el fragor y el cansancio de su secreta y segregada existencia, que existía de verdad y podía lograr cosas—. Pero ya te dije que no podría ir a la reunión —prosiguió Julia—. ¿Te acuerdas? Teníamos una cena en la Casa Blanca.

Tonya se tapó la boca.

—Oh, cariño, no podía contárselo a las Perlas Negras, ¿no crees?

—No era una cena secreta, Tonya. El presidente y Lemaster se conocen desde hace años.

La directora de las Perlas Negras apoyó su mano, blanda, en la pierna de Julia, aunque esta más bien rehuía el contacto físico.

—Ya, pero eso tampoco es algo que quisieras divulgar demasiado.

—¿No?

—A nuestra gente no les gusta el presidente, Julia.

—Ah, ¿no? —dijo Julia. Ella había votado al otro candidato, al igual que Tonya, pero las mujeres Veazie no se dejaban mangonear con facilidad—. Debo de haberme olvidado de las directrices de la Central Negra.

Tonya, que estaba a punto de darle una réplica ácida, se percató de la sonrisa que asomaba en las comisuras de sus labios y sonrió a su vez.

—Vale, me he pasado un poco. Pero, cariño, tengo que asegurarme de que vas a asistir al Cotillón. Por eso estoy aquí. Para pedírtelo en persona. Al fin y al cabo, tu familia casi fundó el evento.

—¿Y eso en qué me convierte? ¿En un objeto de exhibición?

—Vamos, Julia. Tú eres el alma de la fiesta.

Una pantalla de humo, se recordó Julia a sí misma. Por otro lado, la mayoría había hecho entrega del dinero a tiempo, porque el Cotillón era un asunto de la mayor seriedad: casi tanta como los interminables debates sobre la necesidad de enmendar la sección (e) (3) de los estatutos para cambiar «esos» por «estos», o sobre si Bitsy Farnsworth lució en la recepción celebrada la segunda noche de la conferencia regional en Siracusa del mes pasado el mismo vestido que llevó dos años atrás, o si —¡qué tonta era esa mujer!— era solo un vestido que se le parecía.

—No tienes que pedirme nada, Tonya. Ya te he dicho que estaré allí.

Flew asomó la cabeza. El marco estaba terminado. ¿Dónde le gustaría colgarlo? Sí, desde luego, el cuarto de invitados era una elección excelente. Él sabía incluso

cuál era el lugar más apropiado, justo encima del período Hepplewhite: él mismo se encargaría de quitar aquel desafortunado grabado de Escher. ¿Le importaba que Jeannie le ayudara? La niña tenía un ojo espléndido. Ah, y les había preparado unos sándwiches de brie para las dos. Por cierto, y en ese momento se volvió hacia Tonya con una leve inclinación de cabeza, ¿quién era aquella deliciosa criatura? ¿Cómo es que no se habían conocido antes? Podrían llegar a ser grandes amigos, dijo a la directora de las Perlas Negras. Estaba seguro de ello.

—¿Quién diablos era ese? —dijo Tonya, ruborizada, cuando volvieron a quedarse solas.

—Jeremy. El señor Flew. Trabaja para Lemmie. —Coalición Arcoiris había salido a la terraza y se había aposentado entre las plantas que había bajo las ventanas, hierático como una estatua. En el exterior, las farolas iluminaban el jardín, que ascendía hacia el porche. Al otro lado se apreciaba el brillo de luces de las casas vecinas—. Es una especie de... mano derecha. La gente lo llama Flew.

—¿Y qué está haciendo aquí? ¿No me has dicho que Lemaster estaba en el despacho?

—Pues sí... pero Jeremy está aquí. —Rumores. Lo último que necesitaba eran más rumores.

—Es un poco raro, ¿no? —Tonya hablaba con la boca llena de galletitas con queso—. Te contaré algo curioso. El otro día estuve en casa de Sandra Maxson para una reunión del comité. Alice Henner va y dice que ese abogado, Tice creo que se llamaba, pasó por su despacho con la intención de hacerle una serie de preguntas sobre Kellen Zant y en qué trabajaba. Ella le despachó sin miramientos, por supuesto. Seguro que así fue, con ese carácter que tiene... Y entonces Patrice Pomeroy va y dice: «¿De verdad? A mí también vino a verme». Y Bitsy Farnsworth tres cuartos de lo mismo. No es que Bitsy tenga un despacho, claro: lo único que hace es sentarse y gastar el dinero de su marido...

—¿Me estás diciendo que Anthony Tice está hablando con todas las Perlas Negras?

Tonya se tapó la boca, redonda y juguetona, con su blanda y oscura mano. En las uñas brillaba un llamativo color rosa.

—Bueno, no sabría decirte si las ha ido a ver a todas. A algunas. —Tonya era la directora de la escuela primaria, y le gustaba ser precisa en sus frases—. Pero ¿qué me estás diciendo, querida? ¿Conoces a ese hombre?

—Nos hemos visto.

—Diría que no fue muy bien.

—Me preguntó lo mismo —dijo Julia, intentando ocultarse entre la multitud.

—Vaya, sigo esperando mi turno. —Dio otro mordisco, con sorprendente delicadeza, a una galleta—. Como si no tuvieras ya bastante con lo que tienes, Julia. Ha tenido que ser muy duro. Lo sé. Mis hijos envidian a Vanessa. Creen que su vida es la mar de emocionante. No tienen ni idea. Sé que ha sido duro. Todo el mundo lo

entiende, querida, pero la gente empieza a hablar. Dicen: Julia se cree mejor que el resto y por eso no viene. Yo sé que no es verdad, aun cuando nadie más viva en un palacio. Créeme, querida, si dependiera de mí, podrías ir y venir a tu antojo. Pero no es así. Los estatutos establecen un mínimo de asistencia anual. La mitad de las reuniones. Eso significa solo seis al año. Puedes hacerlo. Hay gente que hace cola para entrar —mintió—. No te estoy criticando, querida, pero podrías ser expulsada. La buena noticia es que los estatutos contemplan la posibilidad de renuncia, en casos extremos, en la cláusula 10 (b) (5), asumiendo que se cuente con el consentimiento de una mayoría del comité ejecutivo, y de la mayoría de los presentes, y que en la siguiente reunión vote todo el...

Julia buscaba el momento para interrumpirla, ya que el discurso de una Perla Negra, cuando se ponía en marcha, era inexorable como el viento de invierno, y al mismo tiempo ardiente y abrumador.

—Tonya, para. Espera. Para un momento. Tienes que decírselo. A todas. Anthony Tice es un liante. Deben mantenerse alejadas de él.

Una sonrisa canina, a la espera de la información confidencial.

—¿Por qué lo dices, querida?

—Acepta mi palabra.

—Puedes darme una pista.

—Por favor, Tonya. Tienes que confiar en mí. Nadie debería hablar con él. —Vaciló antes de pronunciar las siguientes palabras—. Sobre todo si pregunta por mí.

—¿Lo hará? ¿Preguntar por ti? —Llevada por la emoción, se levantó del sofá y, de forma espontánea, se sentó en el banco del piano y empezó a tocar las teclas, creando lo que, en palabras del profesor de Julia, era un acorde roto—. ¿Te refieres... a ti y a Kellen?

—No hagas eso, por favor —dijo Julia, sintiéndose desquiciada, y arrogante.

—¿Que no haga qué?

—No juegues con el piano.

—Creía que te referías a que no bromeara. —Tocó algunas notas de *Sonrisas y lágrimas*—. ¿Esto te gusta más? ¿Broadway?

Julia se puso aún más nerviosa.

—Para, Tonya, ¿vale? Por favor.

—Espera, espera. Ya me acuerdo. Duke Ellington tocó este piano.

—Pues sí.

Irritada, Tonya bajó la tapa.

—Eres realmente especial, ¿lo sabías?

—Me viene de familia —dijo Julia, probablemente a modo de excusa.

—Bueno, ¿ese hombre está en ello? —Se había puesto de pie y buscaba la chaqueta—. ¿Piensa preguntar por ti y por Kellen? ¿Es eso lo que anda buscando?

Julia se estremeció al pensar en las historias que corrían.

—Vamos, Tonya. No había nada entre Kellen y yo.



—¿De verdad?

—Bueno, no desde hace años. Desde mucho antes de Lemmie.

Habían llegado a la puerta.

—¿Julia, querida?

—¿Sí?

—¿Todo va bien entre tú y Lemaster?

Volvió a quedarse atónita.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Solo me lo preguntaba.

—¿Por qué me preguntas algo así? —Temblaba de indignación—. La verdad, Tonya...

—Nada. Olvida lo que he dicho.

Y se marchó.

### III

Esa noche, más tarde Julia estaba adecentando el sótano porque la casa aún no se había recobrado del todo de la fiesta que había dado Jeannie la noche anterior para celebrar la llegada del invierno. Bajo el régimen de Lemaster, todos sus hijos eran responsables de la conducta de sus amigos; según él, era una regla que incentivaba el buen comportamiento. Los amigos de Jeannie, todos de la raza pálida, habían dejado tras de sí un follón considerable. Mona Veazie habría criticado su educación delante de su hija, y Julia casi estuvo tentada de hacer lo propio. Encontró platos de plástico con pizza, prohibidos allí, y manchas de refrescos. Los DVD y los videojuegos estaban esparcidos por todas partes, la mayoría fuera de sus cajas. Y mejor no mencionar el estado del cuarto de baño. Podría haber esperado a la asistenta que venía dos veces por semana, pero de su madre había aprendido a no dejar que el desorden persistiera, y no cabía duda de que el sótano estaba hecho un desastre. A medida que crecía su impulso de perfección, Jeannie había adoptado la infortunada costumbre de jugar solo con niños de las familias bien del Landing, ya fuera porque tenían dinero o contactos en la universidad. Julia quería creer que la clase blanca trabajadora era más limpia. Pero la verdad era que no tenía ni idea. Los Veazie, como decía la abuela Vee, eran decentemente ricos, incluso en la época en que los antepasados de la mayoría de familias bien de Harbor County, incluyendo a las más antiguas como los Land, todavía trabajaban en fábricas, o campos, o en los barcos que los traían de Europa.

Julia barrió, recogió y pasó el aspirador. Quitó la ropa de cama de los futones, y luego se dirigió al cuarto de invitados para hacer lo mismo con la cama y el sofá plegable. La habitación estaba decorada con carteles de musicales de Broadway, pero

solo aquellos con temáticas o repartos negros; era una colección que ella había iniciado en Manhattan en la época en que Kellen solía tomarle el pelo con sus melodías de Broadway. Según Kellen, Broadway era la música de la América blanca. «Hay tres cosas de las que siempre parece estar huyendo —le decía—. Tu gente, tu pasado y tu Dios». Pero en el dormitorio del sótano de Hunter's Heights, rodeada de Ethel Waters y Lena Horne, de Paul Robeson y Eartha Kitt, entre muchos otros, Julia se aseguró a sí misma que él estaba equivocado. Aquí estaba su gente. Aquí estaba su pasado.

Se preguntó qué habrían pensado los amigos de Jeannie de los carteles.

O Astrid, que siempre usaba esta habitación.

«Tu gente y tu pasado».

Julia se sentó sobre la cama que acababa de deshacer.

«La historia», había dicho Frank Carrington, repitiendo las palabras pronunciadas por Kellen cuando compró el espejo cheval. «Dijo que le gustaría porque usted ama la historia».

¿Era posible...?

Melodías. Tonya le había tomado el pelo, al igual que Kellen solía hacer, al igual que hacían todos, por su afición a las melodías de Broadway. Todos sus amigos sabían lo que le gustaba.

Se volvió para contemplar el cartel de Lena Horne.

Jamaica. Kellen se lo había dicho a alguien la noche de su muerte. Se iba a Jamaica. Nadie había encontrado un billete de avión, ni una reserva. Nadie sabía a qué se refería. Pero ahora Julia sí.

La famosa canción que daba título al musical *Jamaica*. Famoso, al menos, entre aquellos que conocían la historia de los afroamericanos en Broadway. Lena Horne cantaba sobre aquella pequeña isla del Hudson.

Lemaster, en el discurso que dio en la facultad de teología del que Kellen se había burlado, llamando a Kepler «una isla de trascendente claridad en un mar de confusión seglar».

El Cuadrángulo de Teología de Kepler, una pequeña isla... en la calle Hudson.

Ese era el mensaje de Kellen. Un mensaje pensado solo para oídos de Julia. Quizá ella fuera su Dama Negra después de todo. La noche en que murió, Kellen había estado en la facultad de teología, y si no quería que nadie más comprendiera el mensaje, eso implicaba que había escondido algo allí, en algún lugar, para que Julia y solo Julia lo...

—¿Mamá?

La perfecta Jeannie estaba en la puerta.

—Iba a ayudarte a limpiar. Esas niñas dejaron esto hecho un asco. —Chasqueó la lengua: un gesto idéntico al que hacía la abuela Vee, que había muerto veinte años antes de que Jeannie naciera—. ¡Ya has terminado! —Fingió sorpresa—. Supongo que he llegado demasiado tarde. Bueno, pues me voy...

Y salió corriendo.

## Persona grata

### I

Bruce Vallely estaba deprimido. Andaba ocupado preparando el presupuesto preliminar del año siguiente para someterlo a la supervisión del administrador. La trampa radicaba en que la semana anterior había recibido un memorándum donde se le informaba de que su departamento se enfrentaba a un recorte presupuestario del orden del 2,5 por ciento, como parte de los amplios esfuerzos de la universidad por suprimir gastos en previsión de la esperada reducción de inversiones. Sin embargo, las instrucciones eran explícitas: debía realizar los recortes sin despedir a ningún agente, ni posponer adquisiciones de «vital trascendencia», ni «debilitar» la seguridad del campus. Tal vez Penn y Teller fueran capaces de esquivar la trampa, pero Bruce no tenía ni idea de cómo hacerlo. Sin embargo, él era el jefe y este era su trabajo, así que se sentó en su ventosa oficina con un cuaderno amarillo sobre la mesa y se dedicó a probar varias combinaciones de cifras, sin que ninguna le diera el resultado apetecido.

Miró por la ventana hacia la flota de autobuses universitarios aparcados, pintados con los colores del centro. Varios aparecían cubiertos de nieve. Navidad llegaría dentro de una semana y media, y Grace no estaría allí para convertirla en una fecha especial.

Por primera vez.

Se sacudió la nostalgia de encima y volvió a concentrarse en el cuaderno: jugó con los números para buscar la forma de satisfacer las imposibles exigencias del administrador jefe. Le pasó por la mente una imagen, difusa y lejana, de los esfuerzos que los legisladores y miembros del Congreso debían realizar para presentar un presupuesto en una época de recursos limitados. Bruce se hizo la firme promesa de no volver a pensar que los políticos tenían entre manos una tarea fácil. Los medios de comunicación y los votantes de a pie los criticaban con dureza, pero lo cierto era que se les pedía que lograran lo imposible, y, de vez en cuando, lo conseguían.

Su mente no estaba en el trabajo. Al menos, no en esta parte.

Su mente estaba en el caso.

A principios de aquella semana, con la colaboración de un amigo del templo baptista al que él y Grace solían asistir y al que él seguía yendo en alguna ocasión, había encontrado el origen de los tarros que había en la habitación de invitados de Kellen Zant: productos de maquillaje fabricados por una pequeña empresa de Detroit,

cuyos dueños eran de color, y que solo se vendían en una perfumería de la ciudad, de la que resultaba que Julia Carlyle era clienta asidua.

De acuerdo, otra mujer negra podía haberlos comprado y dejado en el cuarto de invitados. El problema era que Kellen no salía con mujeres negras. Salía con blancas.

A excepción de Julia.

Y aun así Bruce no se imaginaba a Julia Carlyle entrando y saliendo subrepticamente de la casa de Kellen en Hobby Hill, y no solo porque, casi con toda seguridad, alguien la habría visto. Lo cierto es que no le parecía esa clase de mujer. Con los aires que se daban todos los miembros del Clan, Julia consideraría que una conducta así estaba muy por debajo de ella.

¿Otra mujer negra? ¿Con acento británico?

Todo era muy raro, y cada vez se enturbiaba más.

Bruce se obligó a volver al presupuesto. Seguía trajinando con los números cuando la recepcionista le llamó por el interfono para informarle de que Rick Chrebet estaba al teléfono.

—Será mejor que quedemos —dijo Rick.

## II

—No es nada personal —dijo Rick Chrebet.

—Me alivia oírlo.

—En serio, Bruce. No tiene nada que ver contigo.

El deshielo era ya un recuerdo. El invierno había cobrado nuevas fuerzas. Bruce Vallely hundió sus magníficas manos en los bolsillos del abrigo, deseando haberse puesto el tabardo. Los dos hombres bajaban por el sendero que bordeaba el fétido canal del puerto. Juncos de más de un metro separaban el lodo helado del agua. A su derecha, al final de la pendiente que trazaba el sendero, discurría la calle Deepwater, uno de los atajos más usados para evitar el tráfico de las horas punta. En teoría, el terreno que rodeaba el canal era un parque. En teoría.

En la práctica, era simplemente una zona yerma y desierta.

Los graciosos del departamento de policía solían decir que Dios creó a Rick Chrebet con los pocos retazos que quedaron después de dar forma a Bruce, ya que Rick era —todos los de la unidad eran capaces de recitar la letanía completa— más bajo, más delgado, más lento, más simpático y más pálido que su compañero. En la época en que los dos eran unos novatos en el cuerpo, hacía más de veinte años, también se habría dicho que Rick Chrebet era más rubio, pero las dos décadas habían servido para salpicar ambas cabezas del mismo tono gris. Ahora Bruce se había retirado; y Rick, tras ser ascendido a capitán, estaba a punto de hacer lo mismo, aunque el trabajo seguía entusiasmándole. En fecha reciente había sido asignado a la

unidad de investigación de la fiscalía del estado, lo que implicaba un leve aumento de sueldo cada mes y, más importante aún, acceso directo a los cargos más altos de la cadena de mando.

Durante unos minutos el único ruido fue el de los pasos sobre la nieve: unos pesados, otros ligeros, unos pesados, otros ligeros, un ritmo tan estable y previsible como una vieja amistad.

Finalmente, Bruce dijo:

—Y si no es personal, ¿qué está pasando? No hay más línea de investigación que la que apunta a la hipótesis del robo. Todo lo demás se ha parado.

—Cuéntame algo que yo no sepa.

—¿Es un robo? ¿Ese es el veredicto final?

Rick llevaba un palo largo. Lo arrojó entre los juncos, lo cual perturbó a lo que fuera que vivía allí, ya que se oyeron airados movimientos furtivos en todas direcciones.

—Tendrá que ser así.

Bruce alzó la cara hacia el encapotado cielo de la tarde. Una sombra brillante indicaba que el sol todavía seguía agazapado entre las nubes.

—De repente nadie quiere hablar conmigo.

—Yo lo estoy haciendo. —A Bruce se le ocurrió que su ex compañero estaba muy enfadado—. Da igual. Comprendo perfectamente lo que dices.

—Entonces... ¿qué está pasando?

Chrebet lo miró.

—¿Por qué te interesa tanto esto? Estás retirado.

Bruce era lo bastante listo como para no endosarle el cuento de los cabos sueltos una vez más.

—Estoy sometido a bastante presión aquí, Rick. Los jefes quieren asegurarse de que se ponen todos los palitos de las tes y todos los puntos de las íes. Ya me entiendes.

Pero Rick Chrebet no estaba dispuesto a admitir nada.

—Mira, Bruce. Esto es totalmente confidencial. La gente no está muy contenta al respecto. —Hizo una pausa—. He oído que Ben Church amenazó con dimitir. Y Janey Wei montó un buen pollo.

Bruce intentó imaginar a la menuda Janey perdiendo los estribos, pero no pudo.

—¿A qué vino el enfado? ¿Qué pasó?

—Mira. Obedecemos órdenes, ¿vale? De instancias más altas. Digámoslo así. Ahora bien, lo último que oí era que los polis del Landing avanzaban en círculos, pero Ben y Janey tenían un par de pistas. Un buen caso entre manos. Ellos... bueno, los detalles no importan. El tema es que hacían progresos, ¿vale?

El paseo los había llevado hasta el lodoso borde del agua. Los hierbajos parecían hostiles, ofensivos.

—Bueno... Pasa otro día, y Ben y Janey consiguen algo más de información:

quieren interrogar a alguien. No es que sea un sospechoso, ni mucho menos, pero sí una pista. Alguien que puede dirigirlos en la dirección correcta. Quieren verse con este individuo, pero la cosa no es tan fácil: es un tema peliagudo, porque... Bueno, porque sí. Tienen que conseguir autorización. Acuden a pedirla a la gente competente, y aquí es donde entran las altas instancias, ¿vale? Y esperan, y esperan, y al cabo de unos dos o tres días les llega la orden. No hay interrogatorio. Nada de especulaciones, con nadie. Luego, un par de semanas más tarde, se para la investigación. Se acabó el trabajo. Clasifícalo como atraco a mano armada, cerrad el caso y entregad todas las notas y archivos, fechados y firmados. ¿Quieres saber por qué?

—Sí.

—Nosotros también. Sobre todo Janey y Ben. Lo único que sabemos es que la fiscal del estado en persona hizo la llamada. Corre el rumor de que fueron los federales. También se comenta que la fiscal estaba preocupada por las elecciones del año próximo si el caso seguía coleando. En fin, las altas instancias ordenan a todo el cuerpo que afloje. A partir de ahora solo buscamos a personas que hubieran querido robarle la cartera y las llaves. Punto final.

—Y Ben y Janey...

—Eh, Janey tiene hijos pequeños, al igual que Ben, aunque este ya nunca los ve después del divorcio. Hipotecas. Planes de pensiones. Mira, Bruce, ya sé que es un poco traído por los pelos, pero la hipótesis del atraco tiene sentido. Tal vez incluso se trató de un robo. La gente aceptará ese veredicto. Nos despellejarán vivos por no encontrar al autor, pero se creerán el motivo.

Estaban al final del sendero. Una bicicleta oxidada cortaba el paso; el agua, turbia y oscura, no resultaba acogedora. Desde ese lugar, cuando Bruce era un chaval, él y su hermano solían salir con su canoa. Incluso el hielo flotante parecía contaminado.

—Theresa Pappas, la fiscal del estado, es una buena amiga de los Carlyle, ¿no es así? —dijo Bruce.

Rick se encogió de hombros.

—Si hay algo que he aprendido en este caso es que, a excepción de Kellen Zant, todo el mundo es amigo de Lemaster Carlyle. Ah, algunas personas están un poco intimidadas por él, porque puede decirse que conoce a todos los que cortan el bacalao. Sea como sea, nadie quiere decir nada en su contra... —Se paró, y dio una palmada en la espalda de su antiguo compañero. Tenía la cara enrojecida—. Mira, Bruce. No he venido aquí por esto. Si se nos ordena clasificar el asesinato de Kellen Zant como atraco o lo que sea, no es asunto tuyo.

—Entonces, ¿por qué querías verme?

—Porque, entre tú y yo... no eres lo que se llama persona grata estos días, por decirlo de algún modo.

—¿De qué estás hablando?

—Hemos tenido problemas. Pruebas que desaparecen de comisaría. Entre ellas el

teléfono móvil de Zant, lo creas o no. Así que la señora Pappas ha cerrado el grifo. La orden no es solo que nadie abra la boca. Es más concreta. —Los ojos de Kick estaban hinchados, pero su mirada era decidida—. Hay una persona con la que se nos ordena específicamente que no hablemos: un tal Bruce Vallely, responsable de seguridad del campus.

Trozos de hielo flotaban en el viejo canal. Al otro lado, en la zona de la ciudad conocida como Outer Elm, pacientes constructores habían drenado el área más próxima a la orilla y construido casas, centros comerciales, parques infantiles, un paseo. Todos blancos, una feliz coincidencia, un paraíso étnicamente depurado en medio de la ciudad y a precios razonables: la mayoría eran familias inmigrantes de tercera generación.

—¿Hablas en serio?

—De hecho, Bruce, es aún peor.

—¿Peor?

Rick Chrebet mantenía las manos en los bolsillos. Su aliento describía pálidos arcos en el aire helado.

—Saben que has estado investigando por tu cuenta, Bruce. Saben que entraste en casa de Zant. No es que sea un hombre de confianza de la señora Pappas, Bruce, no en un asunto como este, pero se dice que están considerando la posibilidad de abrir contra ti un caso por obstrucción a la justicia.



## De nuevo el espejo Comyns

### I

Julia puso manos a la obra de forma metódica pero obedeciendo a un impulso, la misma combinación que le había reportado en su vida tantos éxitos como fracasos. Mary Mallard y Tony Tice estaban convencidos de que Kellen le había hecho entrega de algo. El excedente que pretendía capturar. El inventario que no quería mantener. Dejando a un lado los crípticos mensajes y la ocasional e indeseada caja de dulces, Julia solo podía pensar en un único objeto que hubiera llegado a su poder por orden de Kellen.

El espejo.

El espejo de mano, de plata y concha, fabricado por William Comyns en Londres que la abuela Vee le había regalado poco antes de su muerte y que obviamente Kellen había conservado en su mesa durante veinte años.

Así que, el martes por la noche, cuando la casa se quedó en silencio, Julia cogió el espejo del lugar donde lo había colocado, sobre un pequeño escritorio de un rincón de su habitación, y lo bajó a la cocina, una amplia y larga estancia provista de modernas encimeras de granito que en la tienda resultaban magníficas, pero que a oscuras parecían absorber toda la luz del aire. Kellen, en una recepción que dio Lemaster para los miembros de color de la facultad cinco años atrás —y que supuso una de sus escasas visitas a Hunter's Heights—, había señalado que las encimeras le recordaban al Clan: duras, oscuras y compactas, preservando con orgullo y obstinación todo lo que era inútil en la América negra.

Julia le había contestado que la dejara en paz.

Ahora colocó el espejo bajo la lámpara que había junto al ordenador de la mesa de la cocina. Lo había limpiado y abrillantado, pero no con la dedicación que hacía falta. Debería llevarlo a un profesional, decidió mientras le daba vueltas. Vamos, Kellen, exhortó mentalmente. Si soy tu Dama Negra, habla conmigo. ¿Por qué me diste el espejo? ¿Qué significa? El espejo, el excedente, el riesgo del inventario. Y Jamaica. ¿Por qué fuiste aquella noche a la facultad de teología? No pudo encontrar ningún patrón, no le hallaba el sentido. Resiguió con los dedos las delicadas filigranas del dorso, los racimos de hojas de los bordes, el emblema del sol en el centro, los ostentosos ornamentos que lo rodeaban. Sintió que crecía su ira, no solo porque no lograba averiguar su significado, si es que tenía alguno, sino también por el modo en que Kellen había descuidado el espejo: había permitido que la superficie se rayara

tanto que apenas podía distinguir el famoso emblema, «W · C», porque toda...

¿El emblema?

Bajó el espejo, situándolo bajo la brillante luz. El emblema de Comyns era una «W» seguida por una «C», con un circulito entre ambas letras, situado a unos tres cuartos de su altura. Estaba escondido en el diseño, pero cualquier experto sabría dónde buscar. Pero este emblema no estaba solo rayado. Estaba tachado.

Aquello no era fruto del desgaste y de los años. Lo habían hecho a propósito.

Le dio la vuelta al espejo y lo vio enseguida. Las letras habían sido... alteradas. Alteradas de un modo que solo alguien que conociera la marca notaría el cambio; algo que, probablemente, nadie percibiría a excepción de Julia.

La «C» aparecía mal colocada, la curva de la letra quedaba cruzada por una raya horizontal. Por lo que se refería a la «W», la última línea estaba borrada, y la zona media de la letra, que apuntaba hacia arriba, había sido alterada de forma que apuntara a la derecha.

No tenía ningún sentido.

Oh, sí, claro que sí.

Era un espejo.

Julia sonrió. Ya sabía lo que había hecho Kellen, pero se llevó el espejo al tocador para comprobarlo. Lo sostuvo frente al espejo y, por supuesto, vista de cerca, pero solo a través de su reflejo, el emblema de marca había cambiado. Ya no decía «W · C». Ahora rezaba «E · K».

Se le borró la sonrisa. ¿Qué, o quién, diablos era E · K? ¿Eddie Krueger? No, su nombre era Freddy. ¿Edward Kennedy? ¿Ernst Kaitenbrunner? ¿Elegante Kellen? Tal vez lo hubiera malinterpretado. Tal vez hubiera leído mal la nueva marca, o quizá se estaba esforzando demasiado, buscando oscuros símbolos en lo que sería el desgaste normal porque quería que estuvieran allí. Sin embargo, dado que era una persona organizada, tomó varias fotos del espejo con la cámara digital, tanto de su reflejo como del objeto sobre la mesa; hizo varias fotos del emblema y las descargó en el ordenador, y luego las envió por internet a Kodak, donde almacenaba las imágenes digitales.

La paciencia no era una de sus virtudes, pero si el espejo era un mensaje estaba segura de que, con tiempo, lo descifraría.

## II

A primera hora de ese mismo día pidió a Latisha que llamara a Joe Poynting, quien se apresuró a acudir, preocupado, sin duda, por que la decana hubiera descubierto la existencia de una regla que le impidiera obtener una de las becas que quería conseguir como apoyo de su investigación en Bolonia. En vez de eso, Julia puso boca

abajo el cuaderno donde seguía trabajando con combinaciones de las letras que formaban «Shari Byrd», cerró la puerta, algo desacostumbrado, y pidió al joven que jurara discreción. Luego le hizo una pregunta.

—Trabajas en la biblioteca todas las noches. Estás ahí hasta que cierra, a veces incluso hasta más tarde. Lo que necesito saber es si viste alguna vez al profesor Zant.

—¿En la Biblioteca Kepler?

—Sí.

Joe asintió.

—Desde luego. Claro que le veía. A veces por la noche, a veces a última hora de la tarde.

—¿Qué hacía?

—Investigar, supongo. No se lo pregunté.

—Me refiero a... ¿qué viste?

El estudiante se sentó con las rodillas juntas y las manos en el regazo. Julia percibió que Kellen no le caía muy bien.

—Solía entrar y salir de los archivos.

Confirmaba el relato de Vanessa. Salvo por...

—¿Con qué frecuencia le viste en los archivos?

—Diría que al menos una vez por semana.

Por supuesto. Kellen se pasaba por la facultad de teología cuando Julia ya se había ido, para dejar claro que no iba solo con la intención de molestarla. Ni lo hacía solo para buscar a Vanessa, quien habría visitado los archivos cinco veces a lo sumo durante el pasado año. No. Kellen Zant había estado en Kepler porque trabajaba en su propio proyecto.

En los archivos.

### III

Lemaster se despertó cuando ella regresó al dormitorio, y cuando Julia se deslizó dentro de la cama, la buscó. Ella deseaba el contacto. Estaba alterada, preocupada, perpleja, un poco asustada, y anhelaba la seguridad física de su vida en común. Lemmie hacía el amor igual que lo hacía todo: con dedicación, consideración y un pleno dominio de sí mismo y de cuanto le rodeaba. Era lo bastante macho como para enorgullecerse del placer de ella, pero al mismo tiempo demasiado consciente de sí mismo para imaginar que un cierto descontrol pudiera resultar adecuado. A veces, en un momento de ternura, ella captaba su mirada, los sombríos ojos castaños vigilantes y pacientes, que indicaban que Lemaster pensaba solo en las necesidades de su esposa, cuando un cierto atisbo de egoísmo masculino habría convertido algo simplemente placentero en algo emocionante. De vez en cuando ella se descubría a sí

misma preguntándose si había algo que de verdad excitara a su marido, ya que nunca, en todos los años que llevaban juntos, le había visto perder totalmente el control.

Julia se había enamorado de él a la semana de empezar en la facultad de teología, cuando le vio imponerse en la sala de conferencias donde un erudito externo de Cambridge proclamaba ante una intimidada audiencia por qué Dios tenía que ser, necesariamente, el autor de todos los males; Lemaster le plantó cara cuando la mayoría de la facultad parecía acobardada. Ella quedó fascinada por su brillantez, por sus logros académicos como estudiante y su paso estelar por la facultad de derecho y los tribunales, antes de renunciar a mitad de carrera para decidir si tenía o no vocación para el sacerdocio. Adoraba su seguridad encantadora y dulce, la serenidad sobrenatural que imprimía a cualquier situación, incluida la cama, proporcionando un antídoto a la emoción agotadora de Kellen Zant. Y todavía le gustó más la forma en que su noviazgo desequilibró al Clan, porque, a pesar de sus virtudes, Lemaster Carlyle no era uno de «nosotros», querida. Y luego resultó que era miembro de los Empíreos. Los Empíreos... ¿acaso no estaban todos muertos, o agonizando? ¿No estaban prácticamente en bancarrota? ¿Cómo podía Julia, cuya abuela había sido fundadora de las Perlas Negras, casarse con un simple Empíreo? Que, para colmo, procedía de las Antillas y era de piel oscura: los ásperos prejuicios de los antiguos días de Harlem seguían agazapados en ciertos rincones que nadie mencionaba.

Terminado el sexo, ella se aferró a él, preguntándose qué secretos guardaba realmente, cuáles se había negado a desvelar tanto a Astrid Venable como a Cameron Knowland, qué sabía de lo acontecido en los viejos tiempos en la Suite Hilliman. Lemaster, un chico de formación católica, había basado su vida en las tensas exigencias de los principios y las obligaciones, y Julia suponía que también le amaba por eso, aunque virtudes como la lealtad y la discreción pudieran interponerse en el camino de la verdad.

—Eres un buen hombre —dijo Julia, besándole en el hombro mientras dormía. Se acercó más a él—. Un buen hombre —repitió, con la esperanza de que fuera verdad.

## Desafiar la gravedad

### I

Para acceder a los archivos de la facultad de teología había que cruzar una especie de capilla, provista de un altar de hierro forjado, situada en el extremo sur de la espaciosa sala de lectura de la Biblioteca Kepler. Julia entraba en la biblioteca tan poco como podía, pero aquel miércoles cruzó con firmeza el inestable y desvencijado suelo de madera cubierto con una insuficiente y ajada moqueta. Un andamio ocultaba una de las paredes. Las restantes estaban llenas de libros, ventanas y retratos de los grandes predicadores y teólogos que habían estudiado en Kepler. La mayoría parecían decepcionados. En un lado, Biblias de todas las versiones. En otro, las obras de los grandes teólogos, o resúmenes de las obras de los grandes teólogos, u ordenadores donde buscar resúmenes de los resúmenes. Un par de estudiantes levantaron la vista al oírla, sin la menor curiosidad. En el mostrador de hierro, una apática recepcionista fingió comprobar las credenciales universitarias de Julia. Después esta descendió por una escalera metálica y se introdujo en el corazón del santasanctórum, donde, en ese momento, no había nadie más. La colección de sermones, panfletos y cartas manuscritas de la facultad de teología, algunos de valor incalculable, estaban bajo llave, lo que significaba que debías rellenar una orden de pedido y luego esperar en la sala adjunta a que el archivero o alguno de sus ayudantes te trajeran el material solicitado. La lectura se realizaba en una de las diversas mesas diseminadas por la sala. Nada podía salir de aquellos archivos, pero si eras un habitual te proporcionaban un carrito donde guardar los papeles mientras asistías a eventos frívolos como clases, encuentros familiares o merecidos descansos. Para preservar aquel tesoro, el aire acondicionado y los deshumidificadores conservaban el ambiente seco durante todo el año, y Julia, de pie entre las largas mesas, minúsculos gabinetes de estudio y estantes metálicos que se movían sobre guías, supo que los picores le harían pasarse todo el día rascándose.

Piensa.

Joe Poynting dijo que había visto a Kellen aquí varias veces en los últimos meses, normalmente a última hora de la tarde o por la noche: es decir, cuando Julia, que se marchaba a primera hora de la tarde, no pudiera verle.

Los archivos.

¿Qué andaba buscando?

Julia avanzó hacia uno de los carritos, recorrió con los dedos un montón de

carpetas azules, todos atados con cuerda marrón. Las etiquetas le indicaron que alguien estaba buscando homilías pronunciadas en iglesias francesas en la época de la Comuna de París. No parecía algo propio de Kellen. El siguiente carrito contenía informes financieros previos a la segunda guerra mundial de lo que originalmente se conocía como el Consejo Federal Eclesiástico. Tal vez Kellen estuviera interesado en historia económica...

—¿Puedo ayudarla, decana Carlyle?

Julia apartó la mano como un niño pillado en falta y se dio la vuelta luciendo en los labios la vieja sonrisa de Hanover; ante ella tenía el semblante fantasmal y reluciente de Rod Rutherford, el bibliotecario y jefe de archivos de Kepler.

—Lo siento —dijo ella—. No le había visto.

—¿Puedo ayudarla? —repitió él, con un formalismo que denotaba más respeto por la tradición que por la propia Julia.

—Lamento mucho molestarle —dijo ella, imitando, sin querer, su tono sepulcral—. Pero quería hacerle una pregunta.

—Diga.

—Una pregunta importante —prosiguió ella, dando muestras de cierta estupidez.

—Importante. Bien.

—¿Podemos hablar en privado?

—Desde luego.

La guió hacia su cubículo pintado de blanco, amueblado con piezas de metal barato, ya que Rod Rutherford no consentiría que se gastara el dinero de la biblioteca en algo que no fueran libros. Ella se sentó frente a él y habló durante varios minutos, estremecida por el frío artificial, ofreciendo un relato corregido y ampliado que, en opinión de Julia, suponía una versión razonable de la verdad.

—Ojalá pudiera ayudarla, decana Carlyle —dijo el bibliotecario cuando ella hubo terminado su exposición—. Pero me temo que lo que me pide me resulta imposible.

—Lo único que le pido son los archivos que consultó el profesor Zant.

—Ya, pero ni siquiera puedo confirmarle el hecho de que estuviera aquí. —Roderick Ryan Rutherford le brindó una sonrisa que no denotaba disculpa alguna. Era un hombre escalofriante y cadavérico, pálido como un sepulturero, altivo y desdeñoso, que poseía la enervante habilidad de materializarse a tu espalda en un pasillo o aparcamiento cuando creías estar solo. Julia no lo conocía bien, ya que su trabajo no la obligaba a frecuentar la biblioteca ni los archivos, los dos campos de actuación del bibliotecario, ya que ambos quedaban bajo la supervisión de Boris Gibbs. De hecho, dado que todavía mostraba cierta desazón ante su desigual currículum como estudiante, apenas se aventuraba en la antaño imponente sala de lectura y no había consultado los libros disponibles desde el día en que abandonó los estudios. Había visitado los archivos justo después de asumir el cargo de decana, y había vuelto un año y medio más tarde para presentar a Vanessa, que desarrollaría su trabajo de investigación allí—. Aún menos puedo confirmarle qué materiales solicitó

o no de la colección —decía el señor Rutherford.

—¿Hay alguien más que pudiera saberlo?

—Oh, disculpe. No estoy diciendo que no disponga de la información que me pide, decana Carlyle, sino que me resulta imposible facilitársela. Totalmente imposible. —Trazó un círculo en el aire con el dedo, como si quisiera recordarle que existe un mundo más grande—. Son las reglas, ¿sabe?

—¿Las reglas?

—Estoy seguro de que usted cree en los reglamentos, decana Carlyle. —Se frotó aquellas manos traslúcidas, lo que le hizo parecer un avaro usurero—. Sin reglas, el hombre vive sumido en la anarquía. Y una biblioteca no puede tolerar la anarquía. Menos aún un archivo.

—Sí, pero...

—Dichos registros son absolutamente confidenciales. Dado su cargo de decana, debe estar familiarizada con la regla 22-C, referente a la privacidad de las consultas de la biblioteca, adoptada por el senado de la facultad en mil novecientos sesenta y tres y posteriormente ratificada por los socios del...

—Trate de comprender, señor Rutherford —sabía que le gustaban los formalismos—, lo importante que es para mí. No puedo exponerle todas las razones, pero...

—No me cabe duda de que se trata de un asunto de vida o muerte. —Parecía totalmente firme en su resolución—. Pero la necesidad me obliga a servir a una musa distinta. Una biblioteca es un depósito de conocimiento, decana Carlyle. Un lugar de preservación. Antaño, preservar el conocimiento era una tarea respetada. Ya no lo es. Hoy día el conocimiento coincide con el deseo. No se permite que nada desagradable sea cierto. La Época Oscura vuelve a cernerse sobre nosotros. Por tanto preservamos nuestro cometido aferrándonos a las reglas. Los que insisten en jugar con otras reglas lo hacen en otro lugar.

Sentada ante la mesa del archivero mientras él la desairaba, Julia se preguntó si estaría soñando esta objeción inesperada. No había previsto encontrarse con tal oposición, pero evaluó la situación y mantuvo la calma. Se consoló pensando que el impedimento no venía dado por cuestiones de raza, aunque en su interior persistía un atisbo de duda, ya que a menudo notaba que, incluso en un campus que tanto presumía de liberal, ciertas puertas —intelectuales, sociales y de estatus— se abrían de par en par solo para los miembros de la raza pálida. Pero Roderick Rutherford se mostraba condescendiente con todo el mundo. En sus encuentros previos siempre la había dejado con una sensación más de frialdad que de desprecio: aquel hábito sibilino de ladear la cabeza mientras hablaba le daba escalofríos. Decidió volver a empezar.

—No le pido tanto. Sé que el profesor Zant estuvo aquí varias veces, por la noche, durante el mes anterior a su muerte. Solo le pido...

—¿Por la noche? Querida, eso no puede tener nada que ver con nosotros. Los

archivos cierran a las cinco y media, seis días a la semana. El séptimo descansamos. Es una broma.

Ninguno de los dos se rió. En la pared situada detrás de su estrecha cabeza colgaba un insulso retrato de un famoso abolicionista de Nueva Inglaterra. Dos ventanas amarillentas llegaban hasta el suelo, pero aparecían cerradas a cal y canto. Por debajo se veían pasar pies de color sepia. Nada más en aquella gélida estancia indicaba en modo alguno que el sol siguiera brillando.

—Bueno, pues según mis informaciones el profesor Zant estuvo aquí más tarde del horario de cierre.

—No veo cómo pudo ser, decana Carlyle. Cierro con llave las puertas en persona. La señora Bethe dispone de una llave, por supuesto, pero dudo que se la entregara a nadie sin pedir autorización. Supongo que la policía del campus tiene acceso, aunque me atrevería a decir que se montaría un buen escándalo, ya que no conocen el código para desactivar la alarma.

—Es probable que Claire Alvarez pudiera...

—No, querida. La decana Alvarez no tiene llave e ignora el código. Creo que solo yo mismo y la señora Bethe lo sabemos.

—Entonces... ¿qué hace si alguien quiere trabajar hasta tarde? Me consta que Suzanne de Broglie pasa muchas noches leyendo aquí.

—La profesora De Broglie nos pide los archivos que desea consultar y se los dejamos en la sala de lectura común. Los recoge en el mostrador, se los lleva a la biblioteca de la facultad y los estudia allí. Por supuesto no acordaríamos este arreglo con cualquiera, pero la buena profesora muestra un inusitado respeto por nuestras colecciones.

—¿Llegó a ese tipo de acuerdo con Kellen Zant?

Las manos volvieron a tocarse, como si estuvieran listas a luchar entre sí.

—Mi querida decana Carlyle, eso no puedo decírselo.

Ella se esforzó por pensar. En la biblioteca de Rod Rutherford los registros de documentos existían e importaban. Se desdeñaba la información computerizada. Todo se consignaba por escrito, ya que Roderick Rutherford tal vez no creyera en Dios, pero sí en los viejos tiempos, con el fervor de un reciente converso.

—De acuerdo. No puede decirme qué archivos solicitó. Pero si estuvo aquí, constará su firma. Tuvo que dejar constancia de sus entradas y salidas.

—Sin duda.

—¿Puedo ver esos registros? —Hizo esfuerzos por controlar su exasperación.

—Oh, no, decana Carlyle. Me temo que eso queda fuera de cuestión. La regla 22-C es muy clara al respecto. Se adoptó después de cinco meses de debate. No me considero con atribuciones para cambiarla.

—Señor Rutherford, por favor. —Levantó ambas manos ante aquella abrumadora marea burocrática. El archivero se calló, pero su expresión de disgusto no se suavizó en grado alguno—. No soy una estudiante de teología celosa que intenta averiguar si



mi novio estuvo realmente en los archivos en una noche concreta. —Aunque, en su momento, también había representado ese papel—. Esto guarda relación con... con lo que le sucedió al profesor Zant.

—Sí. Un asunto muy lamentable.

—Entonces tiene que comprender por qué...

—¿Tiene usted una orden? ¿Alguna notificación judicial? —Le miró las manos, como si esperara encontrar alguna—. ¿Algún tipo de autorización?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero estoy segura de que entiende...

—En ese caso, y lamentándolo mucho, me temo que no podré ayudarla, decana Carlyle.

Se le ocurrió algo.

—¿Y si regresara acompañada del jefe de seguridad del campus?

—Del responsable, supongo que quiere decir. El responsable de seguridad del campus. —Uno de sus huesudos dedos se apoyó en su barbilla, y frunció aún más el ceño—. Bueno, decana Carlyle, a menos que dicho responsable trajera consigo la autorización pertinente, me temo que también se iría con las manos vacías. —Sacudió la larga cabeza para enfatizar el hecho—. Sin orden judicial. Sin autorización. Esto es sumamente irregular, decana Carlyle. Debería prestar más atención a las reglas.

Una última oportunidad. Se tragó el orgullo.

—Señor Rutherford, usted sabe quién soy. Sabe quién es mi marido.

—Por supuesto. Y debo añadir que no me dejo llevar por todos los rumores que circulan en su contra desde todos los frentes.

—Bien, gracias. Creo... —Tomó aire—. Señor Rutherford, creo que si el presidente de la universidad le diera una orden directa, usted debería...

Levantó aquella palma blanquecina para detenerla.

—Decana Carlyle, permítame que la corrija en un error común. Me temo que no soy empleado de su marido. Como tampoco lo es ningún miembro de la facultad. El puesto de presidente de la universidad tiene un aire más... simbólico que supervisor, al menos en lo que se refiere a las tareas académicas. En cualquier caso, la regla 22-C me ata de manos por completo.

Julia se contuvo ante la futilidad de añadir nada más. Era como discutir con un ordenador mal programado. Lemaster adoraba las bibliotecas, los libros, las tradiciones, los viejos usos, pero ella prefería internet. Se volvió y se encaminó hacia la salida.

—Decana Carlyle —dijo Rutherford en voz muy baja.

Sin girarse, se dirigió a él por encima del hombro.

—¿Sí, señor Rutherford?

—Le sugiero que estudie las reglas. Quizá encuentre una excepción que resulte pertinente en este caso.

Ya era suficiente. Había cruzado la línea que separaba la mezquindad de la

condescendencia. Pero cuando ella se dio la vuelta para espetarle un buen correctivo verbal, se encontró sola en el pasillo.

## II

Dio de comer a Lemaster y a la familia, y les comentó que había tenido un día como cualquier otro; luego volvió a coger el Escalade y salió a toda prisa hacia Elm Harbor: la inquietud y la frustración experimentadas durante su charla con Rod Rutherford se resistían a desaparecer. Poco después de las siete y media llegaba a casa de Kimmer Madison, una encantadora mansión victoriana ubicada en Hobby Hill, donde el comité improvisado que debía esbozar la declaración neutral sobre el aborto celebraba otra reunión informal, con cata de vinos incluida, para considerar la posibilidad de llevar algo a cabo. Julia contribuyó con un Saint-Hilaire Blanquette de Limoux, regalo de Mona, la gran francófona. Kimmer y Regina Thackery cotillearon sobre otras mujeres con palabras, y sobre Julia con miradas. A base de leves indirectas captadas durante las dos últimas semanas, esta había llegado a la conclusión de que circulaba entre las Perlas Negras locales una versión de su encuentro con Bruce Vallely, y por primera vez se le ocurrió que Lemaster tenía suerte de pertenecer a un club de hombres agonizante que poseía solo cuatrocientos miembros, en contraste con las Perlas Negras, con células diseminadas por todo Estados Unidos y en dieciséis países extranjeros. Julia se enfrentó a la curiosidad que emanaba de sus ojos y se preguntó qué habrían oído. Dado que nadie se atrevería a decirle nada a la cara, ella ignoraba cuántas suposiciones erróneas circularían por ahí. Y, cómodamente sentada en el sofá, charlando sobre la vida política de Washington y sobre películas recientes, mientras el hijo de dieciséis años de Kimmer enredaba, de forma bastante ruidosa, en la primera planta, Julia era demasiado Veazie para dignarse preguntar.

Así que se quedó callada y sufrió, mientras su mente flirteaba con una idea que había estado rondándola durante todo el día. De vez en cuando, sin que nadie se diera cuenta, echaba un vistazo al reloj, pero tuvo que esperar hasta casi las diez para poder marcharse sin quedar mal. Julia ayudó a una inestable Regina Thackery a bajar el resbaladizo paseo frontal. Nevaba.

—¿Te ves capaz de llegar a casa?

—Tú has bebido tanto como yo —la acusó Regina, bastante ofendida.

Julia disimuló una sonrisa. En realidad era una bebedora muy cauta, y se las había arreglado para reducir el consumo a una copa de vino espumoso, lo suficiente como para darse ánimos sin poner en peligro el buen juicio.

—Creo que puedo andar razonablemente recta —dijo ella.

—Tú ve por tu camino, yo iré por el mío.

—Tal vez debería llevarte.

—No eres la mamá del mundo, Julia.

Regina la empujó, pero, como Julia, que había sido profesora de ciencias, podría haberle predicho, la fuerza reactiva se cobró su precio: Regina se cayó al suelo. Julia intentó ayudarla, pero la joven le apartó la mano.

—¿No tienes ya bastantes problemas con tu hija?

Dolida, se armó de paciencia.

—Estoy preocupada por ti, nada más.

—Esto es América, cielo. —Regina echaba chispas por los ojos, pero había conseguido ponerse de pie: vacilaba, sí, pero se sostenía en pie—. No me digas lo que tengo que hacer. Juega con tus reglas, ¿vale? Yo jugaré con las mías.

Julia, asombrada, cambió de planes: tenía pensado coger las llaves del coche de su amiga, pero al final dejó que Regina entrara en el Acura RL y partiera por la carretera helada. Julia observó cómo se alejaba. La última y furiosa objeción de Regina le había abierto una nueva puerta.

—Oh, Kellen —dijo Julia al aire gélido—. Kellen, eras un cabrón muy listo...

Montó en el Escalade y recordó rezar una rápida oración por Regina, por si alguien la estaba escuchando. Pero lo cierto es que su mente estaba ocupada pensando en el lugar al que se dirigía y en la absurda misión que estaba a punto de emprender.

Reglas, se dijo a sí misma. Había llegado la hora de establecer sus propias reglas.

### III

El aguanieve se había convertido en copos de verdad. Era una noche sin luna. Julia se apeó del Escalade bajo la siniestra sombra de la Torre Hilliman, donde incluso a las diez y media se apreciaban luces encendidas en algunas ventanas. Su tarjeta le dio acceso a Kepler por la puerta lateral, y mientras penetraba en el interior se preguntó si Kellen podría haber intentado entrar a unas horas tan tardías que requirieran permiso digital y quién se lo proporcionó. Estás loca, se reprendió a sí misma, con la voz de Mona. Completamente loca. Ahora sabemos de dónde le viene a Vanessa. Te van a encerrar.

En el pasillo mal alumbrado sus pasos levantaban ecos que recordaban a los de las puertas de las celdas al cerrarse. No recordaba cuándo había estado por última vez en la facultad de teología a esas horas, sola. Ya en su despacho, regó las plantas, revolvió un poco su mesa, perfectamente ordenada, y recogió un par de informes que debía leer para preparar una reunión con Iris Feynman al día siguiente, papeles que se había dejado a propósito para disponer de una excusa para volver por si alguien se molestaba en revisar los registros digitales.

Ya en el pasillo se cruzó con un trío de estudiantes exhaustos que discutían con desgana sobre Kierkegaard y que se mostraron tan atónitos como la propia Julia ante la presencia de la decana a esas horas. Ella les dedicó un alegre saludo y salió del edificio de forma ostentosa. Dejó los informes en el coche, echó un vistazo a su alrededor, y entonces, sin pararse a pensar, se abrió paso en la nieve dirigiéndose no a las escaleras que daban a la entrada lateral, sino a la parte de atrás, donde la nieve acumulada de la tormenta de la semana anterior seguía apilada bajo las ventanas de la desierta sala común. Se agachó contra la envejecida pared, intentando superar el frío en las piernas, y encontró lo que andaba buscando: el patio de luces que conducía a las ventanas del sótano.

Las ventanas que había visto en la pared mientras hablaba con Rod Rutherford.

Desde la perspectiva del archivero, estaban cerradas a cal y canto, pero más de un estudiante la había elegido como profesora: un par de meses atrás, una joven había entrado en el despacho de Julia y, tras hacerle jurar que guardaría el secreto, le había confesado su incursión en los archivos, una noche, con el fin de desfigurar el retrato de un antiguo profesor acusado de acoso sexual.

—¿Cómo entraste? —había preguntado Julia, orgullosa de los recursos de la joven.

Y la estudiante se lo había explicado. Trabajaba en los archivos para pagarse las clases, y, mientras archivaba papeles en el despacho de Rod Rutherford, se había percatado de que los tornillos de algunas barras que cruzaban las ventanas estaban flojos. A partir de ese momento, siempre que se quedaba sola, se subía a una silla y dedicaba unos minutos a trabajar en ellos. El armazón debía de tener ciento cincuenta años y las barras al menos la mitad, de manera que se aflojaron con sorprendente facilidad. Las dejó colgando para que diera la impresión de que seguían en su sitio, y luego arrancó la cubierta del pestillo, para que no cerrara bien aun cuando el daño resultara invisible desde abajo.

—¿Y todo eso solo para dibujarle un bigote al pobre profesor Millikan?

—No era un bigote.

No era de extrañar que Roderick Rutherford hubiera enviado el retrato a restauración sin decir por qué.

¿Se había percatado el bibliotecario de la incursión secreta de su interna? Obviamente no: cuando Julia se apoyó en la ventana del patio de luces y empujó, el cristal se abrió con un chasquido de sorpresa. Ella vaciló y luego, tras mirar una vez más a su alrededor, descendió al patio de luces. La nieve rebozaba sus elegantes botas. Después, todavía negándose a considerar las consecuencias, Julia pensó en un tema de Broadway, ya que el lamento de Regina sobre el hecho de seguir sus propias reglas le había traído a la memoria a Elphaba, la antiheroína del musical *Wicked*, que cantaba sobre lo harta que estaba de jugar siguiendo las reglas de otro, y que había llegado la hora de cerrar los ojos y dejarse caer.

Después de un matrimonio tan largo y tranquilo, sentaba bien arriesgarse de

nuevo.

Cerró los ojos y se dejó caer...

## IV

... Y llegó hecha un guiñapo: su cabeza no se estrelló contra un archivador por cuestión de centímetros. Al instante se percató de un error: no llevaba linterna. Tampoco se había planteado cómo saldría, y, mientras contemplaba la ventana se preguntó si el Infierno reservaba un rincón especial para los imbéciles sin remedio. Gracias al tenue y níveo brillo que entraba por la ventana consiguió encontrar el interruptor y encendió los fluorescentes. Al fin y al cabo, nadie iba a estar a esas horas detrás de la facultad de teología, mirando hacia el sótano para ver si las luces estaban encendidas; al menos nadie que supiera que los archivos estaban cerrados y la alarma conectada desde las cinco y media, seis días por semana, porque al séptimo el señor Rutherford descansaba.

Intentó deducir si podía considerarse ilegal esconderse para entrar en la parte cerrada de un edificio al que tenía acceso libre veinticuatro horas al día.

Qué más daba.

Cierra los ojos y déjate llevar.

Los armarios del despacho de Rod Rutherford estaban todos cerrados con llave, pero sus archivos no eran lo que ella buscaba. Se dirigió a la sala de trabajo. Los archivos de esa estancia también estaban cerrados, pero tampoco eran su objetivo aquella noche. Cruzó las baldosas cacarañadas que conducían al pequeño cubículo de la señora Bethe, donde la ayudante del señor Rutherford archivaba las peticiones en largas cajas grises que guardaba detrás de su mesa. Las cajas estaban pulcramente amontonadas, pero sin cerrar, y Julia puso manos a la obra enseguida.

No había ninguna petición correspondiente a la última noche de vida de Kellen.

Con el ceño fruncido, fue retrocediendo página a página, una tarea que no entrañaba una especial dificultad ya que los archivos de la facultad de teología, antaño el orgullo de Kepler, se usaban bastante poco.

Julia pasó noviembre y llegó hasta octubre.

Por fin halló una petición a nombre de Kellen a mediados de ese mes. La sostuvo y la miró con atención para asegurarse de que el nombre era Zant. Fue retrocediendo, cada vez más deprisa, y halló algunas más: casi todas pedían documentos de la misma colección. Volumen tal y cual, páginas tal y cual, de los papeles Merrill Barnes Joule.

La misma colección que Vanessa había usado un año antes para redactar su desafortunado trabajo de fin de curso.

Julia se apoyó en la mesa, con la vista perdida en el cuartucho, y el ruido del aire acondicionado sofocado por el latido de sus sienes.

Ahora sabía seguro a qué venía todo el embrollo, lo que quería Astrid, lo que querían Cameron Knowland, Tony Tice y Mary Mallard. Sabía cuál era el excedente que Kellen había intentado capturar, y qué riesgo del inventario había intentado esparcir con todas sus fuerzas. Sus sospechas se veían confirmadas. En el momento de su muerte, Kellen Zant investigaba el asesinato de Gina Joule.

Y, pensara lo que pensara Vanessa, Kellen había creído que la respuesta podía dar un vuelco a las elecciones.

## El inversor

### I

Lemaster Carlyle era de la clase de hombres que colecciona conocidos en lugar de amigos, pero Marlon Thackery, el marido de la Perla Negra Regina, era alguien tan cercano a él como cualquier otro en Harbor County. Marlon había sido un próspero director financiero en una empresa de Nueva York, y el predecesor de Lemaster había contratado sus servicios para gestionar el patrimonio de la universidad. Era un individuo alto, más que Bruce Vallely, pero tan delgado que uno temía que una palabra dura le partiera en dos, y tan desesperadamente modesto que, al verlo por el campus, con la cabeza gacha, los hombros hundidos y enfrascado en sus cosas, podía confundírsele con uno de esos afroamericanos de la clase obrera que se dirigían a toda prisa hacia su trabajo en un sótano sin luz; era de la clase de individuo que pasa desapercibido. Incluso en su flamante y moderno despacho, situado en una torre acristalada del centro, parecía un intruso que se hubiera sentado en la mesa que no le correspondía, y Bruce casi esperaba que el jefe de verdad entrara a ocupar su lugar.

—Lemaster ama a su esposa. ¿Por qué cree usted que no es así? —dijo Marlon, con los ojos fijos en la superficie de vidrio que cubría la mesa. Su voz no era más que un murmullo, pero sin duda era un genio de las finanzas. Los estantes mostraban varios trofeos de golf y fotografías de su encantadora esposa y sus tres angelicales hijas en distintos momentos de sus vidas, de manera que estaba claro que no se pasaba todo el tiempo encerrado en sí mismo. Se decía que era un padre fantástico—. Es una pregunta de lo más extraña.

—No he dicho que no amara a su esposa. Le pregunté cómo se conocieron.

—Bueno, sigo creyendo que es una pregunta extraña.

—Forma parte de la investigación sobre el pasado del profesor Zant. Nada más. Así que, señor Thackery, si es tan amable...

Sin embargo, el experto en finanzas parecía incapaz de levantar los ojos. Se posaron en uno de los varios monitores que tenía delante, pero Bruce era incapaz de descifrar el significado de esquemas y cifras. La puerta estaba abierta, y de vez en cuando el personal entraba y hacía entrega de documentos de vital importancia. La empresa semiprivada que se encargaba de las inversiones de la universidad tenía treinta y seis empleados, distribuidos en dos plantas, pero diecisiete mil millones de dólares es mucho dinero.

—Lemaster no es un hombre fácil —dijo por fin Marlon Thackery—. Julia es

Julia. Es un encanto. Todo el mundo lo sabe. Lemaster es un hombre reflexivo. Controlado. Se concentra en lo que tiene entre manos. Es un inmigrante —añadió, como si eso lo explicara todo—. Salió de la nada y ahora tiene el mundo a sus pies. La ley. La política. Ambos partidos lo persiguen para que dirija un departamento. Puede ser senador. Gobernador. ¿Sabe cuántos cazatalentos llaman todos los meses? ¿Cuántos bancos inversores? Podría haber sido director ejecutivo de... No importa. Consigue dominar todo esto gracias a una gran cordura, y se mantiene cuerdo gracias a su matrimonio. Tal vez Julia no sepa que ella es su roca, pero lo es. Su matrimonio lo es todo para él, porque sin él sería incapaz de hacer nada.

Bruce notó algo subyacente, aunque se planteó si podían ser imaginaciones suyas.

—Ha dicho que su matrimonio lo es todo. No Julia. El matrimonio. Como si fuera un símbolo o algo así.

—Me refería a Julia.

No.

—Se conocieron cuando eran estudiantes —dijo Bruce.

—De la facultad de teología. Sí. Cuando le conocí era ayudante del fiscal, luego pasó a trabajar en Wall Street. Lo dejó, viajó por todo el mundo, pasó un año en África, volvió a casa, a Barbados, regresó, trabajó como voluntario en Brooklyn y luego tuvo la ocurrencia de convertirse en sacerdote de la iglesia episcopal. Se matriculó en Kepler, conoció a Julia, lo dejó y se casó. Ingresó en la facultad de derecho. Su vida errática terminó: sentó la cabeza. Y, a partir de ahí, ya lo sabe... la judicatura, la Casa Blanca, todo.

Eso era. Tenía que ser.

—Cuando dice que sentó la cabeza...

—Me refiero a su carrera. Espere. —Tecleó algo en el ordenador y pulsó el ratón —. Lo siento. Esto no puede esperar.

—¿Solo a su carrera?

—¿Qué más hay?

—¿Y su vida personal? Tuvo que haber otras mujeres antes de Julia.

—Por supuesto —dijo Marlon. Apretaba los labios, totalmente entregado, y Bruce comprendió que había llegado al núcleo de lo que fuera que su interlocutor defendía.

—Conoció a Julia cuando él tenía... ¿qué, unos treinta años? ¿Desde cuándo lo conocía usted?

—Desde hacía unos cinco años. Quizá seis.

—¿Salía con muchas mujeres?

De vuelta al teclado. No había duda de que, en algún lugar, fluía el dinero. Marlon Thackery, con los ojos pegados a la pantalla, musitó:

—Eso no es asunto suyo.

—Eso significa que no piensa decírmelo.

—Sí. Significa que no pienso decírselo.

Si la investigación hubiera sido un asunto oficial o Marlon Thackery alguien



menos importante, Bruce habría intentado presionarlo. Pero así estaban las cosas. Observó que había mala mar y optó por un enfoque más discreto.

—Ha dicho que Lemaster sentó la cabeza después de Julia. Ha dicho que llevaba una vida errática...

La silla retrocedió.

—Ya no. Nunca engañaría a su esposa. No el Lemaster que yo conozco. Por favor, le ruego que no exprese esa clase de ideas. Con franqueza, una afirmación de este tipo es difamatoria. No me sorprendería que pudieran emprenderse acciones en contra. Usted no está aquí en misión oficial. No puede escudarse en esa defensa.

—No he dicho nada parecido. Lo que me intriga es que se apresure a negarlo con tanta vehemencia. Le pregunto por cómo conoció a su mujer, y usted me dice que ha dejado la vida errática. Me dice que Julia es su roca. —Bruce pasó a otra página del cuaderno, pero solo como golpe de efecto—. Creo que está sugiriendo que su vida social anterior a Julia era más... compleja. ¿Le parece adecuado?

Se produjo una pausa.

—Compleja. Sí.

—¿A lo largo de esos cinco o seis años en que usted le trató antes de que ellos se conocieran?

La pausa fue más prolongada.

—Supongo.

—¿Sabe con quién salía cuando iba a la universidad?

—¿De verdad todo esto guarda relación con lo que le sucedió a Kellen Zant? —Una llama centelleó en sus ojos somnolientos—. ¿O se trata de una venganza personal que lleva a cabo usted por su cuenta?

—Si es tan amable... —volvió a decir Bruce, haciendo un gran esfuerzo por controlarse, oyendo un susurro de ánimo de Grace—. Ya sé que parece muy remoto.

—No es solo alejado, está en otra galaxia.

—¿Qué me dice de Washington? ¿Del año y medio que pasó en la Casa Blanca?

—¿Qué pasa con eso?

—Su familia se quedó aquí. ¿Sabe por qué?

—Supongo que no querían interrumpir la educación de los niños. ¿Qué clase de pregunta es esa? Debe andarse con ojo, Bruce. Con mucho ojo. —Algo sonó, y se volvió de nuevo hacia la pantalla—. Supongo que es consciente de que hablaré con Lemaster de esta conversación —dijo, por un lado de la boca—. Quiero dejárselo claro.

—Por supuesto —dijo Bruce, que no esperaba menos. Era probable que intentara irritar un poco al presidente antes de que tuviera lugar la inevitable entrevista. Pero Thackery tenía razón. Ya no poseía estatus oficial y debía andar con pies de plomo—. Nunca le pediría que actuara de otra forma.

—Bien. Porque no pienso hacerlo. —Se produjo otro largo silencio; después Marlon Thackery respondió a una pregunta distinta—. Por aquel entonces no le

conocía, pero tengo entendido que se veía con una joven de la universidad católica. Eso fue mucho antes de Julia, por supuesto. —La seria mirada volvió a posarse en él—. Hemos hablado de usted. Bruce. Lemaster y yo. No está muy seguro de adónde quiere ir a parar. Yo tampoco lo estoy. Y tengo la sensación de que usted tampoco lo tiene muy claro. Pero le diré una cosa: Lemaster Carlyle es un enemigo de cuidado. ¿Y sabe una cosa? Julia Carlyle es una enemiga de cuidado. Se protegen mutuamente, Bruce. Protegen a su familia. Con furia.

—¿Qué intenta decirme?

—Mi trabajo es analizar cifras y hacer predicciones. Echemos un vistazo. —Se inclinó hacia su impoluta mesa. El ordenador emitió un pitido, pero no le hizo caso—. La prima de Lemaster ha estado creando problemas y ha acabado fuera de juego. Cameron Knowland ha estado creando problemas y, que quede entre usted, yo y estas cuatro paredes, ya no goza de las simpatías de la Casa Blanca y tal vez esté considerando la posibilidad de dejar su cargo en la universidad. Anthony Tice crea problemas, y tengo entendido que la judicatura está investigando su conducta en un par de casos. Es solo una advertencia, Bruce. ¿Por qué me mira así?

Bruce se levantó. Kellen Zant también causó problemas, gritó, aunque no en voz alta.

## II

Tras entrar en su despacho, Bruce contempló la nevada e intentó aclararse las ideas. La esperanza de que el nombre de Gina Joule hubiera salido de labios de Marlon Thackery había sido, en el mejor de los casos, algo improbable. Sin embargo, la visita había servido para algo. El inversor le había informado de que Lemaster podría denunciarle, y había insinuado que podía perder su empleo. Y Marlon era la segunda o tercera persona que le advertía de lo que le sucedía a la gente que osaba cruzarse en el camino de Lemaster Carlyle. Pese a todo, nada indicaba violencia, solo el despiadado uso de contactos, influencias, o de cualquier instrumento que tuviera a mano. La línea que separaba conseguir que la judicatura investigara a un abogado que no dejaba de acosar a tu mujer y contratar a un asesino para que matara a su ex amante era nítida y brillante. Nadie la cruzaba por error.

Puso a un lado el cuaderno y se concentró en los mensajes. Uno de sus agentes se había roto la muñeca jugando al baloncesto y estaría de baja al día siguiente por la noche, así que no podría estar de guardia en el estadio del campus donde se celebraban los partidos de hockey. Tendría que buscar a otro. El control de la multitud era importante dentro de la pista, y el del tráfico lo era fuera. En las noches de hockey, con buen criterio, estaba prohibido aparcar en toda la calle Town y...

Un momento.

Buscó una página en el cuaderno, una de las primeras.

Declaración de Nathaniel Knowland: «Debíamos de estar en la calle Town sobre las ocho y cuarto, ocho y media, más o menos. Estábamos en la calle, decidiendo qué hacer después. Fue entonces cuando vimos el coche. El Audi dorado, donde mataron a Zant, aparcado allí, en la calle».

No era posible. El Audi no podía haber estado aparcado en la calle Town, no si el partido había empezado a las siete y media. No con un coche patrulla que vigilaba la calle toda la noche y una grúa que se presentaba a retirar el vehículo en menos de cinco minutos.

Nathaniel Knowland había mentido como un bellaco.

Dondequiera que hubiera visto a Kellen Zant, si es que lo había visto de verdad, no fue en la calle Town subiendo a un Audi.

Trevor Land, tras recibir una reprimenda del papaíto de Nate, había advertido a Bruce que se mantuviera alejado del testigo, pero Bruce nunca se había tomado los consejos demasiado bien. Descolgó el teléfono, pero el contestador de Nate Knowland le informó de que aquel consentido niño bien ya se había ido de vacaciones.

## El viejo Landing ataca de nuevo

### I

Julia decidió volver a hablar con Frank Carrington porque le caía tan bien como cualquier otro de los comerciantes de la calle Main, y porque él simpatizaba con las minorías y había visto a Kellen tres días antes de su muerte, pero sobre todo porque recordó un hecho perteneciente al pasado de Frank... y porque el día que fue a su tienda lo encontró un poco nervioso.

Ella creía saber por qué.

Mientras tanto, ambos fingieron que Julia había ido a recoger un encargo. El cheval que Kellen había comprado seguía en la trastienda, pero ahora Frank poseía un espejo federal de principios del siglo diecinueve, adornado con motivos náuticos, que ella había visto y admirado en un catálogo del Museo Winterthur. Le había pedido que estuviera atento a la pieza.

—Ha estado en manos privadas durante años —dijo Frank, mientras lo desenvolvía sobre el mostrador—. Mi clienta es la hija. La madre falleció. Ha estado vaciando la casa. Es muy valioso —mintió.

—Vaya...

—Quiere una venta rápida. Estoy seguro de que está dispuesta a regatear.

—No me cabe duda.

Mientras estudiaba el estado del espejo, los ojos del anticuario estaban puestos en ella. Le temblaban las manos. Era algo habitual, aunque aquel día parecía haber empeorado. ¿Enfermedad? ¿Nervios? Él permanecía inmóvil. A veces a Julia le parecía que aquel hombre la observaba con demasiada atención, y esta era una de esas ocasiones. Ella intentó no hacerle caso. Se percató de la pátina y preguntó con qué lo habían limpiado. Frank no lo sabía. Ella señaló unos toques de pintura que había en el marco de roble blanco y preguntó si eran originales. De nuevo, Frank no pudo ayudarla. No era, como a menudo proclamaba con orgullosa humildad, un hombre cultivado, pero durante los años que llevaba al frente del negocio había aprendido a no simular representaciones ni a dar garantías. Entrabas en su tienda, examinabas sus productos y te llevabas lo que veías. Si no tenías buen ojo, era problema tuyo.

—Creo que la pintura fue un añadido posterior. —Cautela, cautela. Ella quería el espejo. También quería respuestas. A veces la vida consistía en obtener ambas cosas.

—No sabría decirle.

—Eso reduciría su valor.

—Si usted lo dice.

Ella hizo un cálculo rápido e hizo una oferta definitiva, tal y como le había enseñado la abuela Vee: «No regatees nunca —le había dicho Amaretta—. Aléjate, con educación, pero aléjate. Es la forma de mantenerse rica». Solo con Kellen había sido incapaz de aplicar el consejo. Alejarse había sido imposible. Tessa tuvo que arrastrarla. Pero se prometió que esta vez... esta vez se alejaría de Kellen. Lo haría. Se lo prometió.

En cuanto obtuviera algunas respuestas.

Frank apeló a otros clientes y a los elevados gastos, pero Julia se negó a discutir y al final él cedió, porque sabía, al igual que ella, que el precio era justo.

Mientras negociaban el plazo de la entrega, Julia dijo, en un tono de voz tan casual como pudo:

—Me han dicho que antes fuiste policía.

—Suplente —dijo él de inmediato, sin apartar la mirada del aparato donde pasaba las tarjetas de crédito, que estaba en plena llamada—. Hace mucho tiempo.

—Treinta años atrás.

Silencio.

—Más o menos.

—Cuando Gina Joule fue...

Él se puso rígido, una estatua en su pedestal, con las manos dobladas en actitud de rezar.

—Firme aquí, por favor. —Le temblaban las manos.

—Solo quería preguntarte...

—Sé lo que quería preguntar.

—Frank...

—Aquí no se habla de eso.

—¿Quién no habla?

Él rasgó la copia de la cuenta de la tarjeta y se la dio.

—Usted es una recién llegada, Julia. No pertenece al viejo Landing. Sin embargo, me cae bien. Aprecio a su familia. Me alegro de que resida aquí. Creo que necesitamos más minorías. Pero hay cosas... —su mirada recorrió la parte delantera de la tienda, donde un mes atrás Jeannie había roto la estación de ferrocarril de porcelana; hoy Julia venía sola—... de las que es mejor no hablar.

—¿Mejor?

—No soy un hombre valiente —dijo Frank, y bajó la cabeza para confirmarlo.

Julia se plantó delante de él, llenando su campo de visión, y le forzó a mirarla.

—Escúchame, Frank. Escúchame. Has dicho que sabías por qué estoy aquí. He venido a hablar de Gina. De lo que sucedió aquella noche. Tú eras policía. Ayudante. En el Landing no se han producido muchos crímenes. Tuviste que trabajar en el caso. —Los ojos del anticuario, intranquilos, la observaban—. Todo el mundo dice que fue

obra de DeShaun Moton. Por la reacción que veo en ti ahora, diría que crees que no es cierto.

Retrocedió como desvalido, sacudiendo la cabeza con un gesto más de rechazo de la situación que de negación. Julia lo cogió por los hombros, deseando poder sacarle la verdad por la fuerza.

—Frank, por favor. No es simple curiosidad. Es... es importante. Tengo que saberlo.

Él titubeó, mordiéndose el labio inferior abatido por una indecisión agónica. Luego cruzó la tienda y giró el cartel que rezaba «HOLA, ¡estÁ ABIERTO!» a «¡ENSEGUIDA VUELVO!». La condujo a la trastienda. Julia, advirtiendo que el hombre hacía todo lo que no se debe hacer cuando uno quiere pasar desapercibido, se preocupó por los infortunados rumores que empezaría a circular por aquel pueblo de cotillas, pero no tuvo más remedio que seguirle.

## II

Se sentaron en torno a una mesa de trabajo y bebieron café. Una brisa gélida se colaba por una ventana rota, pero Frank Carrington, yanqui frugal, no era partidario de encender la calefacción. Ponerte un suéter de más era tarea tuya.

Frank fue directo al grano, como un penitente indeciso que finalmente había decidido confesarlo todo.

—Tiene razón, Julia. Colaboré en el caso Joule. Todo el mundo lo hizo. Mire: las fuerzas del orden al completo en aquellos días estaban formadas por un sheriff, dos agentes y tres ayudantes. Estábamos nosotros, los chicos de las fuerzas estatales, un par de detectives venidos de la ciudad. Hubo presiones. Presiones políticas. De los periódicos. En aquella época no teníamos tantos catedráticos. La ciudad era... pobre. Oh, sí, estaban las mansiones de la orilla, pero la mayor parte de la población estaba formada por granjeros, y unos cuantos comerciantes en la calle Main. Estábamos bastante alejados de la ciudad, y el lugar aún no se había puesto de moda. Así que ya puede hacerse una idea. ¿El asesinato de una cría? ¿La hija de uno de los pocos universitarios de por aquí? Sí. Hubo presión. Mucha. El viejo Arnie Huebner era el sheriff en aquella época, y Tommy Highsmith era su jefe. Tommy llevaba en el cargo desde que Moisés bajó las tablas de la ley del monte Sinaí, y debía de rondar los ochenta, pero en esos días el Landing era la ciudad de Tommy. Y Arnie llegaba todos los días y nos contaba lo mucho que este se quejaba. Y en cuanto a los Joule... Bueno, no les faltaban contactos. Llamó el gobernador, algunos tipos de Washington... ya se imagina la película. Ellos presionaban a Tommy, Tommy presionaba a Arnie, y Arnie volcaba la presión sobre el resto de nosotros.

Se sirvió la segunda taza de café. Julia apenas había probado el primero. Le había

ofrecido un bollo intragable que también parecía proceder de los tiempos de Moisés. Al otro lado de la ventana, el viento de la tarde levantaba la nieve del día anterior.

—También había una presión local. El presidente de la universidad. La gente de los Lands. Gina era una de los suyos. Y los Whisted...

—¿Los Whisted? ¿La familia del senador Whisted?

—Sí. Sabe que el senador estudiaba aquí por aquel entonces, ¿no? Bueno, su familia era una de las más importantes del estado. Eso lo sabe. Lo que quizá desconozca es que su padrino era Merrill Joule.

Mal era amigo de la familia Joule. Solía cenar en su casa un par de veces al mes. En fin, después de la muerte de Gina, fue una de las voces que más gritó pidiendo justicia. Debía de tener... ¿qué? ¿Veintiún años? Organizó partidas de búsqueda. Hasta que apareció el cadáver. Luego, después de que la encontráramos, llamaba por teléfono varias veces al día exigiendo resultados. Lo hizo durante una semana, y luego creo que alguien acabó llamándole la atención.

—¿Le dieron un toque de atención?

Un suspiro fatigado. Frank se tragó el café, hizo una mueca y luego miró hacia el escaparate delantero con tanta incomodidad que Julia temió que los malos estuvieran a punto de aparecer.

—Bueno, al menos dejó de molestar. Es todo lo que sé. Pero seguimos indagando. De hecho, no hacíamos otra cosa que trabajar en el caso Joules.

Una pausa.

—En fin, esta es la historia oficial. Y, en parte, tal vez sea verdad. Quiero decir que sí, hubo presión, y mucha. Pero hay más. Julia, usted conoce el Landing... Es probable que crea que se trata de un lugar conservador, y lo es. Pero en aquel entonces lo era más si cabe. Me gusta pensar que hoy día somos conservadores en un estilo útil. Pero años atrás el conservadurismo era malo. Y... bien, no existe una manera más suave de decirlo.

El anticuario se había puesto en movimiento, como si la mesa se hubiera convertido en un elemento demasiado restrictivo y la trastienda hubiera encogido de tamaño. Revolvía los estantes, mirando entre ellos como si allí se escondiera el resto de su relato.

—No querían resolverlo. Ya está. No quisieron, Julia. Se centraron en DeShaun desde el momento en que oímos hablar de él. En nadie más. Solo DeShaun. Corrían rumores de un novio, pero no los investigamos. Y también hubo otras pistas que se quedaron en el aire. —Frank había encontrado un lugar donde apoyarse: le colgaban las piernas, como si estuviera sentado en una valla, acomodado entre dos máquinas de coser típicas de Nueva Inglaterra, una que podía ser o no una auténtica Shaw & Clark —. Lo único que hicimos fue concentrarnos en DeShaun. Eso nos ordenaron, y eso hicimos. Y el sheriff Huebner... Bueno, estaba furioso por todo el asunto, pero ¿qué iba a hacer? Es un buen trabajo ser sheriff, sobre todo en una ciudad pequeña como esta, sin delitos. Así que les siguió la corriente.

—¿Quiénes eran ellos? —preguntó Julia.

—¿Disculpe?

—Has dicho que no querían que se resolviera el caso. Que os dieron órdenes. Deduzco que se trata de los mismos que presionaron al sheriff. ¿Quiénes eran?

Las palabras salieron átonas y sin inflexión, como si les costara abrirse paso entre los apretados labios.

—No lo sé. Nadie lo supo. Pero había presión. Eso lo sabíamos. Y Huebner dijo...

Se había vuelto a poner en pie. No la miraba, su rostro estaba clavado en la ventana, en plena contemplación de la tormenta.

—Era un día como este —dijo Frank, y al principio Julia pensó que había cambiado de tema—. La nieve caía como si alguien la vertiera desde arriba. Estábamos en el cuartel general. Así lo llamábamos, aunque en realidad era casi una broma: lo que teníamos era un pequeño rincón del ayuntamiento, situado en el sótano, en la parte de atrás. Debíamos de ser unos cuatro, porque yo acababa de entrar de servicio. Estaba Arnie; Ralphie Nacchio, que ya está muerto, y la agente de ese día, Cheryl Wysocki. Creo que se marchó a Florida. En fin, estamos los cuatro y llega Arnie, que salía de una reunión de horas. Aparece en plena tormenta y nos dice que ya está, que pongamos las sillas bajo las mesas hasta la próxima. Era una de sus frases hechas. Quería decir que la caza había terminado. Esto fue, veamos... tres días después de que el chico negro fuera tiroteado. Cuatro, quizá. Entró empapado y nos dijo que el caso estaba cerrado, que había llegado la hora de volver a la rutina habitual. Y Ralphie... Bueno, Ralphie siempre fue un bocazas, así que le preguntó a qué rutina se refería. Porque fue Ralphie quien oyó los rumores sobre el novio que la policía estatal nunca quiso investigar. Y también tenía otras pistas. Era un buen poli. Fue él quien averiguó lo de la pelea entre Gina y su madre aquella noche. Y había hablado con otros testigos. En fin, Ralphie dijo, hum... que si no estábamos en esto para resolver crímenes, quizá deberíamos dedicarnos a otra cosa. Arnie le lanzó aquella mirada que solía dirigir a quien consideraba insolente. Como si estuviera a punto de agarrarte y tirarte por la ventana. Arnie contestó que, según tenía entendido, él no obedecía órdenes de Ralphie. Y Ralphie se calló. Yo respetaba a Arnold Huebner, pero aquello fue demasiado. Arnie era un buen tipo, pero en aquella ocasión obedecía órdenes y las órdenes apestaban. Llámeme cobarde moral si quiere. No discutí, pero ya no pude seguir formando parte del cuerpo. Seis meses más tarde, siete, me marché. Ralphie lo hizo al año siguiente. Y así acabó todo.

—No —dijo Julia, cuya mente analítica se había puesto en marcha con una furia inusual—. No, Frank, ese no fue el final.

—Es todo cuanto sé —insistió él.

—No te creo. No puedes mirarme a la cara. Hay algo que no me cuentas.

—Julia...

—Hay más cosas en esta historia. Y Kellen Zant sabía cuáles eran, ¿verdad? Tal



vez incluso te preguntó al respecto cuando vino a comprar el cheval.

Silencio, pero el anticuario alzó la barbilla antes de girarse otra vez hacia la ventana.

—Vamos, Frank. ¿Por qué me has contado todo esto?

—Porque ya es hora, Julia. Es hora de terminar con las mentiras. Es hora de que la ciudad pague.

—¿La ciudad?

Sus ojos, brillantes de dolor y teñidos de miedo, se cruzaron con los de Julia.

—Arnie escribía un diario —dijo Frank—. Y creo que anotó en él una lista de razones por las que creía que DeShaun no lo hizo. Tal vez incluso anotó el nombre de quién creía que era el culpable. Y apuesto a que también dejó por escrito los nombres de quienes le presionaron para decir que fue DeShaun. —Hizo una pausa—. Nadie sabe qué fue del diario, Julia. La gente de por aquí conocía su existencia, pero nadie conoce su paradero. Ni siquiera su hijo. Mitch. Hace diez o doce años Mitch ofreció una recompensa a la persona que se lo entregara. Nadie se presentó. —Paseó la mirada por la tienda, como si esperara encontrar el diario encima del mostrador—. ¿Quiere saber lo que creo? Creo que el diario ya no existe.

—¿Por qué?

—Porque no ha aparecido. Mire, Julia, piense un poco. Alguien presiona a Arnold Huebner para que cierre el caso. El diario de Huebner desaparece. De haber sido yo quien ejerció esa presión, si consiguiera hacerme con el diario, me encargaría de quemarlo, o de romperlo a trozos y arrojarlo al océano, o cualquier otra cosa. No lo guardaría.

—¿Hablaste de esto con Kellen Zant?

Frank se giró hacia ella.

—¿De qué?

—Del diario.

Negó despacio con la cabeza, como si la idea fuera nueva para él.

—Lo siento, Julia. Ya se lo dije. Kellen Zant no vino a la tienda a hablar de Gina. Vino a comprar el espejo antiguo.

En la puerta, con la adquisición bien envuelta en las manos, Julia formuló una última pregunta.

—¿Y si la persona que lo tenía no era la misma que ejerció la presión?

El anticuario extendió las blandas manos.

—Creo que no la sigo.

—El diario. El diario de Arnold Huebner. Tal vez quien hizo cerrar la investigación no logró apoderarse de él. Tal vez alguien lo escondió para mantenerlo a salvo de... de los malos.

—Supongo que es posible. —Parecía escéptico—. No lo sé. Porque si fuera yo quien lo hubiera tenido en mi poder, lo habría dado a conocer. Habría limpiado el nombre de aquel pobre chico.

—Se me ocurren un par de posibilidades más —dijo Julia, más para sí misma que para su interlocutor.

—¿Cuáles son?

—Quizá siga escondido, y los buenos no han conseguido dar con él aún. O quizá...

Pero se contuvo. No estaba dispuesta a pronunciar en voz alta la peor posibilidad de todas: que Kellen hubiera puesto sus codiciosas manos sobre el diario de Arnold Huebner y, en lugar de restaurar el buen nombre de DeShaun, lo hubiera subastado al mejor postor.

—Tal vez sería mejor que no se pasara por aquí en una temporada, Julia. Un individuo podría meterse en problemas por hablar de estas cosas.

### III

Julia salió por la puerta con el espejo federal del catálogo Winterthur recién comprado bajo el brazo. Quería llegarse hasta Cookies antes de que cerrara, pero resbaló con un trozo de hielo que había al final de la escalera. Sus pies se deslizaron sin control, el espejo cayó al suelo, y ella se habría golpeado la cabeza contra una pared cercana si una mano fuerte no hubiera escogido ese preciso momento para agarrarla.

Lo que sucedió a continuación fue confuso.

Mitch Huebner, ancho, coloradote y luciendo una barba de dos días bajo la gorra de visera, la cogió con firmeza de los hombros y la incorporó. Al ver de quién se trataba, se puso frente a ella, con el índice levantado, y le exigió que dejara de propalar mentiras sobre que él había roto las farolas y se había negado a pagar. Julia, aturdida por la caída, y más aturdida aún por la coincidencia de encontrárselo justo después de oír la historia de Frank, al principio no entendió de qué le hablaba Huebner. Este proseguía, diciendo que le estaba fastidiando el negocio, que en su vida se había negado a pagar ningún estropicio que hubiera causado, pero que le indignaba que le presionaran a pagar algo que no había sido obra suya: sus palabras eran para ella un galimatías, un puro sinsentido.

Entonces Mitch se calló y exclamó un «¡Uff!» que sonó exactamente como suelen aparecer escritos en los cómics, y de repente Jeremy Flew apareció entre ellos, con las manos levantadas en dirección al hombretón, como si quisiera hacer las paces, pero en realidad alejándolo de Julia... con cierto riesgo para sí mismo, se dijo esta, si el señor Huebner se decidía a dirigir su fuerte puño contra la cara del esbelto hombrecillo.

—Deje en paz a la señora Carlyle, por favor —dijo Flew en tono razonable—. No queremos problemas.

—¿Quién diablos eres? —exigió Huebner, perplejo. Sus ojos enrojecidos evaluaron a Flew y luego centellearon hacia Julia—. Yo no busco líos. Ella los provoca.

—Por favor, no vuelva a ponerle las manos encima a la señora Carlyle.

—Está propagando mentiras por todas partes...

—Por favor —repitió Flew. Su voz era la voz de la calma en medio de la calle nevada.

Un par de transeúntes se habían detenido a observar el espectáculo. Julia, tan atónita como Mitch Huebner, no tenía ni la menor idea de cómo se había materializado allí el duende.

—Es una conversación privada —le espetó Huebner.

Intentó apartarlo, pero Flew se movió con él, manteniéndose siempre entre ambos.

—No lo haga, por favor, señor.

—¡Me está difamando!

—Creo que quiere decir que le está calumniando —dijo Flew, todavía sonriendo.

Mitch Huebner puso las manos encima del hombrecillo y lo empujó a un lado con furia, pero acabó sentado sobre la acera helada mientras Flew seguía en pie con los puños en guardia. Huebner intentó incorporarse y Flew volvió a derribarle, sin que pareciera costarle gran esfuerzo. Su sonrisa no desfalleció.

—¿Quién diablos eres? —volvió a decir Mitch, aunque con menos fuerza.

Era tan grande, y, para los habitantes del Landing, tan terrorífico... Treinta años atrás había sido el mayor abusón de la escuela local: los ciudadanos del Landing aún temblaban cuando contaban anécdotas acerca de él. Pero ahora estaba ahí, sentado sobre sus posaderas, sin la menor prisa por levantarse de nuevo. Julia sintió lástima por él.

—Un amigo de la señora Carlyle.

—Bueno, será mejor que no vuelva a tocarme.

—Manténgase alejado de la señora Carlyle, por favor —repitió Flew como si fuera un autómatas.

—Espera, Jeremy... —intervino Julia.

—Solo intento...

—Deja que se levante.

El hombrecillo dio un paso atrás y el señor Huebner se puso de pie. Amenazó a Flew con el dedo extendido.

—Si vuelves a intentarlo, pequeño cabrón, verás quién acaba en el suelo.

—No, gracias —dijo Flew, con una leve inclinación de cabeza.

Pero se mantuvo entre el hombretón y Julia, y ella vio un brillo jocosos en sus ojos que la asustó.

—Usted tiene razón, señor Huebner. Lo siento.

—¿Qué?

—Lamento haberle acusado de eso. Estoy segura de que no rompió las farolas y me equivoqué al decir por ahí que fue usted. Por favor, perdóneme. Espero que se ocupe de nuestra calle durante muchos años.

Ella estrechó la mano del atónito hombre, una enorme pezuña que engullía la suya, tan pequeña.

—Me gustaría hacerle una pregunta, si es posible.

—¿Qué pregunta? —inquirió él, con la mirada hosca todavía puesta en Jeremy Flew.

—Se trata de su padre...

—¿Qué pasa con él?

—Me preguntaba si llegó a encontrar su diario.

Los ojos hinchados se llenaron de furia, y Flew, percibiendo la atmósfera cargada de violencia, se acercó más. Pero Huebner se limitó a mirarla. Luego dio media vuelta y se largó.

Mientras la acompañaba al Escalade, el pequeño Flew estalló en un paroxismo de risa nerviosa.

—Nunca había hecho algo así. Tomé clases de defensa personal durante años, pero nunca llegué a ponerlas en práctica. ¿Sabe una cosa? Ya entiendo por qué la gente va a la guerra. ¡Es tan divertido!

—Cuando uno gana —murmuró Julia, que había visto la humillación y a su primo hermano, el ansia homicida, brillando en los ojos de Mitch Huebner antes de que ella se disculpara. Pero el señor Flew siguió riéndose con aquella risa propia de verdugos, y Julia olvidó preguntarle cómo diablos había aparecido cuando le necesitaba. Estaba demasiado ocupada preguntándose a quién había metido su marido bajo su techo.

Y por qué.

## Consejo de amiga

### I

La tarde siguiente, el senador Malcolm Whisted participó en un mitin en los terrenos del campus, una decisión arriesgada dado que los alumnos estaban en plenos exámenes finales, pero obligada por el hecho de que era el único momento en que podía desplazarse a su estado natal. En aquel único día realizó un total de cuatro apariciones públicas en el estado, sin contar con la merienda informal con los estudiantes de ciencias políticas, su licenciatura antes de incorporarse al Departamento de Estado, de donde pasó a la escuela de posgraduados, a una sinecura universitaria propia y luego a la política electoral. Aquella noche el senador cenó en casa de sus viejos amigos Lemaster y Julia Carlyle. El evento fue planificado con cautela para que nadie pudiera ver en él una recaudación de fondos para la campaña, ya que Lemaster y Julia representaban un doble papel como anfitriones: el de presidente y primera dama de la universidad, y también el de viejos amigos del senador Malcolm Whisted y su esposa Maureen. En ninguno de ambos papeles podían permitirse el lujo de dar la impresión de apoyar la candidatura.

Según Lemaster.

Para sorpresa de los meteorólogos el tiempo se mantuvo estable, así que acudieron todos los invitados. Una vez que hubieran finalizado las obras de remodelación de la casa presidencial, los Carlyle celebrarían esta clase de eventos en el campus, pero por ahora dar una cena en casa significaba hacerlo en Tyler's Landing. La lista de invitados en Hunter's Heights incluía a cuarenta y dos personas, hombres de confianza aparte. Se sirvió un bufet. Los viejos compañeros comían con los platos en sus regazos mientras intercambiaban, a gritos, viejas anécdotas. La mayoría de los invitados pertenecían a la facultad y se dedicaron a rondar al senador, tal vez con la intención de pedir un puesto en la próxima administración, tal vez solo mostrando su alegría ante la idea de que las fuerzas del Anticristo podían ser expulsadas en poco tiempo de la Casa Blanca. Algunos eran dignatarios de Elm Harbor; otros eran conocidos de los Carlyle, residentes en el Landing, porque intentar encontrar «amigos» habría sido una prueba demasiado dura para sus habilidades. Allá en el sucio y ruinoso Elm Harbor, del que después Julia no vería la hora de marcharse, vecinos de varios colores los recibieron el día en que se mudaron provistos de cazuelas de comida y galletas recién horneadas, y, a través del proceso que marca las invitaciones recíprocas, los Carlyle llegaron a hacer amigos. En los seis

años que llevaban en Hunter's Meadow Road, donde las casas se alzaban a kilómetros de distancia, Julia se había enterado a lo sumo de los nombres de un par de familias vecinas. Aquí radicaba la secreta verdad segregadora en el corazón de la integración. No se cometían actos vandálicos. No se quemaban cruces. No se proferían insultos. La familia no era atacada. Simplemente se la castigaba con la indiferencia.

Pero, de repente, todo el mundo se mostró más que dispuesto a asistir a la cena de Malcolm Whisted. La mayoría de la gente se arremolinaba en torno al invitado de honor, quien, como todos los políticos natos, poseía la habilidad de fingir interés por las preguntas o preocupaciones de todos, aun cuando su mente estuviera en el discurso que debía pronunciar al día siguiente o en el editorial de la edición matutina del *Times*. Sus ayudantes no paraban de dirigirse a él en susurros: otra competición entre los presentes era ver quién era requerido al teléfono en mayor número de ocasiones. Al otro lado de la sala había una biblioteca equipada con un cuarto de baño privado, para que pudiera usarse como habitación de invitados extra. El senador Whisted la había convertido en su oficina temporal por esa noche, un lugar donde recibir llamadas o responder a las preguntas de sus ayudantes. A medida que transcurría la velada los ratos que pasaba encerrado en ella fueron aumentando.

Como dictaban sus deberes de anfitriona, Julia iba pasando de un grupo a otro, deseando contar con Lemaster a su lado en lugar de tenerlo en el otro extremo de la sala haciendo lo mismo. Junto a la ventana que había detrás del piano, Suzanne de Broglie, miembro de la facultad de teología, explicaba en tono monótono a Donna Newman, una de las damas más destacadas del Landing, cómo nadie con principios morales podía apoyar la política de petróleo por sangre que imperaba en la administración actual. En la terraza, Marcus Hadley, catedrático de derecho y antiguo camarada de Lemaster, expresaba a Gayle Gittelman, la principal abogada criminalista defensora del condado, su opinión de que debía desestimarse el apoyo a los cupones escolares entre los progenitores de raza negra de la ciudad, ya que constituía una prueba evidente de lavado de cerebro racista. Julia, que se había sentido a sus anchas en el tumulto enigmáticamente feliz de las fiestas que el Clan daba en Harlem cuando era una niña, había llegado a detestar la pedantería blanca y autosuficiente de los eventos del campus a los que su estatus la obligaba a asistir.

De vez en cuando Lemaster le sonreía desde la otra punta de la sala, o incluso le daba un beso cuando se cruzaban, pero aquel día Julia no veía nada claro y sospechaba que su marido estaba representando una función delante de sus invitados.

En algún momento de la velada, mientras Julia intentaba alejarse de una conversación que se mantenía en un rincón de la sala sobre cómo la familia, en buena conciencia, podía rezar en una congregación de extrema derecha como la de San Matías, Jeremy Flew le dio un golpecito en el hombro y pidió a los contertulios que le dejaran hablar un minuto con la señora Carlyle.

—El senador querría hablar con usted —murmuró el hombrecillo, dejándola en

manos de uno de los hombres del senador, que la acompañó hasta la puerta de la biblioteca.

En el interior, Malcolm Whisted estaba sentado encima de la mesa, con el nudo de la corbata aflojado y una pierna colgando, mientras su elegante esposa Maureen se había dejado caer, exhausta, en una butaca.

—Gracias por la invitación, Julia —dijo Maureen.

—Es un placer. Y un honor.

—Deberíamos vernos más a menudo. Tienes que llamarnos la próxima vez que vayas a Washington. —El tono era casi imperativo—. No podemos permitir que vuelva a pasar tanto tiempo.

—Estoy de acuerdo —dijo Julia, intentando mirarlos a ambos a la vez sin conseguirlo.

La pareja intercambió una mirada.

—Me gustaría explicarte lo que sucedió con Astrid —dijo el senador.

—Oh, no, no tienes nada que...

—Quiero una campaña limpia, Julia. Absolutamente limpia. No acepto ninguna otra cosa.

—Tienes que entenderlo —ordenó Maureen, la esposa perfecta de un político y, según algunos, el cerebro de la pareja—. Debes recordar qué clase de hombre es mi marido.

Whisted la observó, pero tardó una fracción de segundo en expresar cariño con esa mirada. Su voz poseía el tono y la convicción de la persona que contesta la pregunta de un periodista.

—Astrid Venable estaba dedicada a nuestra causa. Le deseo lo mejor. Pero quería arrojar basura sobre nuestros oponentes y eso es algo que no podemos consentir. — Los ojos seguían fijos en su mujer—. Somos los buenos.

—Lo comprendo —dijo Julia, masajeándose las manos, nerviosa, tras la espalda.

—Y pedimos la misma consideración a nuestros adversarios —dijo el senador.

—Por supuesto.

—Ninguno de nosotros somos santos, Julia. Todos guardamos secretos del pasado. Yo. Tú. Todo el mundo.

Ella se quedó muy quieta.

—Lo que dice mi marido —explicó Maureen innecesariamente— es que todos hemos tenido nuestra época descontrolada. —Se apartó un mechón de pelo gris de la frente. Se había quitado los zapatos. Mucho tiempo atrás, antes de que su marido iniciara su andadura en la política nacional, Maureen presumía de ser capaz de leer las auras y las líneas de la mano. Una noche, durante una fiesta en los Hamptons, había leído las de Julia y le había augurado décadas de amor y felicidad. Ahora Maureen renegaba de aquella época de su vida—. No imagino por qué nadie querría desenterrar esas cosas. La gente debe comprender que no tienen nada que ver con la capacidad de un hombre para gobernar.

—Las campañas deberían versar sobre las ideas —dijo el senador.

—No sobre las personas —añadió su esposa.

—Sobre el futuro.

—No sobre el pasado.

—Sobre cómo un hombre es ahora.

—No sobre cómo era.

Llamaron a la puerta y un ayudante asomó la cabeza. El senador dijo que saldría dentro de un minuto y la cabeza desapareció. Todos se pusieron en marcha. El senador se apretó el nudo de la corbata, Maureen se calzó los zapatos, Julia retrocedió. Sin saber muy bien cómo se encontró estrechándole la mano a Malcolm. Él la mantuvo entre las suyas mientras la miraba con ojos oscuros, sinceros y penetrantes.

—Tengamos una campaña limpia —dijo él, antes de salir a reunirse con sus simpatizantes.

Maureen se quedó en la biblioteca.

—Julia.

—¿Sí, Maureen?

—Mi marido es un buen hombre. Quiero que lo sepas.

Julia se sintió fatigada y, sin saber por qué, también asustada. Estaba convencida de que había sido Scrunchy. Si fue uno de los Jinetes, tenía que ser Scrunchy. Pero ahora ya no estaba tan segura.

—Ya lo sé, Maureen. Te lo prometo.

—Fue joven. Todos lo hemos sido.

—Lo comprendo.

—Julia, escúchame. —Cogió las manos de Julia entre las suyas. Maureen era una mujer alta y, a pesar de su elegancia superficial, sus gestos denotaban a veces cierta torpeza—. A nadie le importan los actos cometidos a esa edad. La mayoría de nosotros hicimos cosas de las que ahora nos arrepentimos. Estoy segura de que mi marido lamenta muchas cosas de esa época. Pero nunca le haríamos daño a nadie. Nunca.

—Maureen...

—Excepto en tiempos de guerra, por supuesto. —Esbozó una sonrisa súbita, como un tesoro inesperado—. Y en esos momentos está bien, porque son los malos.

—Lo comprendo —dijo Julia, aunque no era verdad.

—Siento mucho lo de Astrid. De verdad. No se lo tengas en cuenta a mi marido, por favor. Esta será una campaña muy dura. Astrid lo comprende.

—Maureen, créeme, no le guardo el menor rencor a tu marido.

—Bien. Me alegro mucho. —Le lanzó una prolongada mirada, como si evaluara hasta dónde contarle. Luego optó por una despedida formal—. Llámame cuando estés en Washington. Tenemos que pasar más tiempo juntas.

—Gracias.



—O si necesitas algo. Llama.

—Lo haré. —Tiró con delicadeza, pero no consiguió soltarse de las manos de Maureen—. Gracias.

—Es el Landing —explicó Maureen, con los ojos fijos en ella. Tenía la piel tersa y cálida. Julia se estremeció—. Lo recuerdo de cuando vivía aquí. El Landing afecta a la gente. Lo que pasa aquí siempre es muy...

Se interrumpió, la abrazó y salió.

## II

En la sala Julia se despidió del senador y de su esposa, y, frotándose los ojos, observó cómo la marea se alejaba. Los últimos invitados se dirigían hacia la puerta. El senador quería que parara. Así de simple. Malcolm Whisted quería que el excedente de Kellen siguiera enterrado y lo mismo deseaba su esposa.

Lo que significaba...

—¿Te has enterado de lo de Tice? —Marcus Hadley se había materializado de repente a su lado: blanco, altivo y dispuesto como siempre a dar su opinión. Su familia llevaba vinculada a la universidad incluso más tiempo que en los Lands. Su tío había sido uno de los predecesores en el cargo de Lemaster. Su abuelo había descubierto un famoso fósil de dinosaurio. Cuando Marc y Lemaster eran profesores solían competir para ver cuál de los dos era el miembro más brillante de la facultad de derecho—. ¿El abogado? ¿El que sale en los anuncios?

—¿Tony Tice? —dijo ella, presa de una súbita desazón.

—Sí. Lemaster me contó que te había estado molestando.

Julia se percató de que había estado todo el tiempo con un vaso en la mano. Se lo dio a un camarero y notó que la sala le daba vueltas.

—¿Qué le pasa? ¿Qué ha hecho ahora?

—Agredió a su novia. Gayle Gittelman nos lo ha estado contando.

—¿Qué? ¿Qué dices que hizo?

—Tice. Tony el Tramposo. —La miraba fijamente—. Está detenido.

## Dennison

## I

El lunes siguiente, Julia y Lemaster viajaron a New Hampshire a recoger a Aaron en Exeter, donde el adolescente de catorce años disfrutaba de una enorme popularidad, quizá debida a su considerable encanto o quizá al hecho de que su padre fuera el presidente de una universidad donde un buen número de los estudiantes esperaban matricularse. Habían decidido ir juntos, pero durante el trayecto la conversación fue más silenciosa de lo habitual. Preston había llamado desde Cambridge la noche anterior para anunciarles que no pasaría la Navidad con ellos. Él y su última novia se iban a México. Julia se quedó atónita. Era la primera vez que uno de sus hijos no estaría en casa por Navidad. Le suplicó. Discutió. Como siempre, Pres se mostró imperturbable. Ella decidió ir a verlo de camino a Exeter, pero Preston le dijo que no se molestara: salían en el primer vuelo de la mañana.

Tonya Montez, jefa local de las Perlas Negras, solía decir que la paternidad consiste en el proceso de ver cómo tus hijos van perdiendo poco a poco el interés en ti. Con su hijo mayor, ese proceso ya había terminado.

Pasaron de todos modos por su apartamento, solo para asegurarse. Nadie contestó al interfono.

—Supongo que ya se ha ido —comentó Lemaster.

—Sí —dijo Julia, aunque en secreto temía que Preston los estuviera evitando. Ojalá supiera por qué su primogénito había tomado la firme postura de alejarse de sus padres. La abuela Vee decía que si los deseos fueran caballos, los mendigos montarían. Con Preston ella siempre se sentía como una mendiga.

Tras salir de Cambridge cruzaron el puente en dirección a Boston y se detuvieron en una casa adosada que se encontraba en el interminable laberinto de estrechas callejuelas del casco histórico de Beacon Hill. Aparcar era imposible, pero al final Lemaster obró el milagro y consiguió meter el Mercedes en un espacio que a priori parecía solo útil para aparcar una bicicleta de niño. Hizo un gesto de victoria con el puño apretado, porque vencer las dificultades era su principal afición, y ella le dio un beso en la mejilla, porque felicitarlo por sus logros era la suya. El cielo tenía el aspecto plano y calinoso que se da solo con la niebla o el excesivo calor. Sus pies recorrieron los adoquines; las piedras resbalaban porque no todos los vecinos mostraban la misma diligencia a la hora de limpiar la nieve. Las casas eran de ladrillo, estrechas y caras. Algunas tenían pequeños jardines. Las ventanas daban

directamente a la calle, como sucedía en muchas partes de Europa; al pasar uno distinguía atisbos de vecinos durmiendo, afeitándose, vistiéndose, abrazándose: toda la gama de actividades típicas de los recién levantados. Julia también se sentía despierta. Por primera vez en años, corría riesgos. Tomaba la iniciativa. Encontraría las pruebas de Kellen y salvaría a su hija, a menos que ese orgullo precediera a la caída, algo que debía admitir que siempre era posible.

La casa era idéntica al resto, a excepción de que estaba ubicada en una esquina y tenía un jardín en el que cabía algo más que un buzón, protegido por una valla baja de hierro forjado que pedía a gritos una capa de pintura. Desde los escalones se disfrutaba de una espléndida vista de la colina que descendía hacia el Boston Common y el Jardín Público. El picaporte tenía forma de águila y debía de tener al menos cien años de antigüedad. Una enfermera alta de improbable belleza los dejó entrar y susurró, con acento de Haití, que el señor Dennison se encontraba hoy un poco mejor. ¿Mejor que cuándo?, se preguntó Julia, pero no se atrevió a preguntar. La enfermera los condujo a través de un estrecho pasillo hasta una habitación, al fondo de la casa, que servía de comedor, salón o sala de juegos, porque en su día Bay Dennison había organizado partidas de póquer de alto nivel en las que los poderosos podían hacer sus negocios lejos del escrutinio de la prensa; a excepción, claro, de los miembros de la prensa que eran invitados a jugar.

El anciano estaba en su silla de ruedas, tapado hasta el pecho con mantas, sin mirar por la ventana. Sus varias enfermedades le habían hecho perder peso —su cuerpo era culpable de tantas transgresiones como los médicos quisieran examinar—, pero conservaba un porte insolente en los hombros y un firme gesto del mentón, ahora amarillento, que recordaba el poder que antaño poseyó en la política estadounidense. Solía disponer de un recadero, pero le duraban poco, y según Lemaster ahora estaba esperando que llegara el siguiente. Sobre la mesa con ruedas que tenía delante había páginas por corregir correspondientes al tercer tomo de sus memorias, todo un éxito de ventas, y cuando entraron lo encontraron encorvado, lápiz en mano, enfrascado en la corrección de la prosa, emocionado ante la perspectiva de escupir más veneno, aunque solo Dios sabía qué le quedaba por esparcir.

—Esperad un minuto —dijo sin levantar la vista de sus papeles.

—Tómese el tiempo que necesite, señor —replicó Lemaster.

Julia miró a su marido, que parecía dispuesto a pasarse el día allí plantado. No reaccionaba así ante nadie más. De hecho, ella nunca le había oído dirigirse a ningún otro ser humano con el apelativo de «señor». Nunca había llegado a deducir el verdadero alcance de la relación que existía entre su marido y aquel hombre. Pero treinta y tantos años atrás, el representante al Congreso Byron Dennison había puesto al joven Lemaster en la senda hacia la gloria profesional: había intuido el ilimitado potencial de aquel estudiante de verano y lo había arrojado bajo la misma ala que había lanzado otras carreras de la misma generación de afroamericanos, abriéndoles puertas, allanándoles el camino y, con el paso de los años, asegurándose de que no se

apartaran de él.

A diferencia de muchos otros, Lemaster nunca lo había olvidado.

—No queda mucho tiempo —dijo el anciano, sin dejar de corregir con el bolígrafo rojo.

Al mirar por encima de su hombro, Julia se percató de que estaba dedicado a perseguir los fantasmas de sus antiguos amigos del movimiento de derechos civiles. Justo lo que necesitaba el país.

—Usted nos sobrevivirá a todos, señor Dennison —dijo su marido.

—Solo si tenéis previsto ir en los próximos seis meses.

—Debería intentar ser más positivo.

—Dame una razón para ello. —Pasó una página y retomó las agónicas correcciones—. En fin, ser positivo no ayudó a Zant, ¿verdad? Pobre cabrón. Creía que ya habían dejado de linchar a los nuestros.

Lemaster sonrió a espaldas de su mentor.

—He traído a Julia.

El hombre alzó la cabeza, la silla dibujó un círculo y una sonrisa de bienvenida se reflejó en la arrugada cara gris, cuya piel caía en pliegues, como si estuviera lista para pelarse. Uno de los ojos estaba apagado y sin expresión, pero el otro conservaba el brillo y la agudeza de siempre.

—Ya lo veo. Tampoco es que te la merecieras nunca. Ella es demasiado buena para ti, Pequeño Master. —Era el apodo con que Dennison solía llamarle, y por tanto seguía haciéndolo. Pero Lemaster le quería, y todos lo sabían. En dos meses se celebraría el cumpleaños del anciano, un evento aún importante al que asistían cientos de advenedizos y consagrados, una fiesta que Lemaster nunca se había perdido y que ahora ayudaba a organizar—. ¿Cómo estás, Julia? ¿Ya has tenido tus quince romances de rigor? Porque con lo preciosa que eres deberías ir buscándote algo mejor. Si yo estuviera casado con el Pequeño Master, le habría dejado hace años. No comprendo cómo le aguantas. Eres una santa. Una mártir. Te dedicarán una estatua. Escucha, quédate con la mía. Van a destapar un busto mío en el Capitolio. Menuda idea más estúpida. No pienso ir. Me dijeron: si es solo un paseo. Y yo les dije: ¿acaso les parece que puedo pasear? Aficionados.

—Yo también me alegro de verte, Bay —dijo ella.

Le devolvió la sonrisa, porque él nunca esperaba respuesta alguna a sus exabruptos, y le había ordenado, hacía años, que usara su apodo, uno de los muchos trucos que servía para mantener a Lemaster en su sitio. Él intentaba mantener a todos sus protegidos en sus respectivos lugares; lo que diferenciaba a Lemaster del resto era su disposición a seguir en él, un rasgo que Julia admiraba aunque no acababa de entender.

—¿Cómo está tu madre?

—Dando guerra.

—¿Sigue en Francia? ¿Meciendo la cuna? —Mona vivía cerca de Toulouse con

un inglés llamado Hap, veinte años menor que ella. Según Mona, Hap era el diminutivo de *happiness*.

—Dice que no piensa volver hasta que vivamos de nuevo en una democracia.

No podía decirse que Bay Dennison se riera: lo suyo era más una chispa de satisfacción, divertida y condescendiente, como si fuera el único capaz de ver el mundo en su conjunto.

—Ya llegará ese día. —Soltó otro bufido—. ¿Y qué? ¿Está escribiendo algún nuevo libro? —Señaló las páginas que atestaban la mesita—. Tengo que estar pendiente de la competencia.

Julia negó con la cabeza. Mona no había publicado ningún título en más de una década, aunque sus encolerizados ensayos aún encontraban público en las revistas más marginales de las justas filas de la extrema izquierda.

—Tendrás todas las librerías para ti, Bay.

—Salí con ella una vez. Quizá dos. Eras solo una niña. —El ojo bueno la miró como lo haría el de un hombre más joven. Según Lemaster, el peor de sus tumores estaba detrás del ojo malo—. ¿Te lo ha contado?

—Sí, Bay. Y tú también.

—Fuimos a la Casa Blanca. LBJ era presidente por aquel entonces. Bailamos toda la noche. Lyndon también bailó con ella. No la soltaba. Y la pobre Lady Bird se me acercó y me dijo: «No me importa que baile, pero ¿tiene que pegársele tanto?». —Dennison se rió, de manera que sus invitados lo imitaron. La anécdota había aparecido en el segundo volumen de sus memorias. Unos cuantos historiadores y acólitos de Johnson creyeron que no había en ella más verdad que en la mayoría de los recuerdos exagerados de Bay, muchos de los cuales habían suscitado furibundos desmentidos. Pero él se protegía con inteligencia de las denuncias difamando solo a los muertos—. LBJ me caía bien. La gente le odiaba por lo de Vietnam, pero fue el mejor de todos. Redactó la Ley de Derechos Civiles. La Gran Sociedad. La Ley del Derecho al Voto. Sabía cómo sentarse al fondo de una sala y negociar bebiendo whisky. Si le estrechabas la mano, contabas con su palabra. Eso es lo que importa, Julia. Mantener la palabra dada. —Lanzó una mirada de soslayo hacia el Pequeño Master, como si esperara alguna protesta por su parte.

—Estoy de acuerdo —dijo Lemaster de inmediato.

Sin embargo, Byron Dennison siguió dirigiéndose a Julia.

—¿Sabes cuál es el problema de ahora? No hemos tenido a un bebedor como Dios manda en la Casa Blanca desde los tiempos de Nixon. No sé cómo consiguen hacer nada sin alcohol. No es de extrañar que se pasen el día apuñalándose unos a otros. Demasiados abstemios en Washington, esa es mi opinión.

—Quizá tenga razón.

La abuela Vee solía decir que visitamos a los agonizantes con el fin de que nos den permiso para seguir viviendo. Quizá eso explica por qué nos mostramos de acuerdo con todo lo que nos dicen.

—Nixon también me caía bien. Sabía negociar. Solo tenías que guardar la plata bajo llave y mantener las manos encima de la mesa.

—Eso me has dicho siempre, Bay.

—Siéntate en mi regazo.

—No puedo. Tengo que vigilar mi presión sanguínea. —Dennison se rió, con un sonido explosivo y húmedo, y Julia, asegurándose de sonreír para demostrar que estaba de buen humor, formuló en voz alta la pregunta que su último comentario había suscitado—. ¿Conocías a Kellen Zant, Bay?

Él dio una palmada encima de la mesa.

—Todo el mundo conocía a ese farsante.

—¿Farsante?

—Los enredaba a todos para que lo contrataran. Ganó una fortuna por el hecho de ser el economista negro oficial del país. —El ojo bueno la miraba con interés. Lemaster no dijo nada, convertido en mero espectador—. Me caía bien. Sí, era un truhán. Pero era de los que me gustan.

—No le entiendo.

—Verás como sí. Zant llamaba a las empresas y les decía: «¿Cómo puede ser que no tengan consultores negros?». Los amenazaba con ir a la televisión y montar un escándalo con eso. ¿Y sabes qué pasaba? Lo contrataban.

A pesar de la presencia de su marido y de su respeto por el anciano, Julia no pudo evitar una cierta altivez en la voz.

—Era muy bueno en su campo. Esos modelos para calcular el valor justo de las acciones...

Más risa. Como la mayoría de los hombres acostumbrados a ejercer el poder, Byron Dennison creía que sus opiniones estaban por encima de los hechos de los otros.

—Era bueno en su campo. Y su campo era ganar dinero para Kellen Zant. Sé que decía que lo hacía para su cliente. Sé que decía que lo hacía para la gente. Pero la verdad es que lo hacía para Kellen Zant.

—Solo digo...

—No tienes que defender a tus novios delante de mí, Julia. Ya te he reconocido que me caía bien.

Con las mejillas encendidas, Julia iba a responder, pero el anciano la agarró por la muñeca, dejó de reírse y la atrajo hacia sí para susurrarle al oído:

—Confía en tu marido —murmuró. Su aliento agónico era cálido y húmedo.

—Lo intento —dijo Julia, muy sorprendida, mientras Lemaster se entretenía observando las fotos que su mentor tenía colgadas en la pared.

El anciano la sujetó con más fuerza.

—Inténtalo más aún. Es importante.

Entonces llegó la parte de la visita que Julia odiaba. Después de los abrazos de rigor, las bebidas de rigor y las preguntas de rigor sobre los niños, ella fue obligada a

marcharse con amabilidad pero con firmeza de la casa. Mientras escrutaba la cara de su protegido, Bay Dennison le dijo a Julia que volviera en una hora. Como sabía que llegaría ese momento, ella se había puesto unas mallas y zapatillas de deporte. Y, después de un otoño demasiado lleno de visitas a Cookie's, el ejercicio le iría bien. De manera que dejó a los dos hombres solos. Estaban en su elemento: las conspiraciones conjuntas. Bay Dennison había sido durante años el líder supremo de los Empíreos, y Lemaster, desde que lo conoció veinte años atrás, no había tomado ninguna decisión importante sin consultársela. Los Empíreos podían estar a buena distancia de la cumbre, pero el contacto aún importaba y su marido lo alimentaba.

Se preguntó qué decisión estaría sopesando ahora.

Julia se paró en una tienda a comprar una botella de agua y luego paseó por el Jardín Público. Comprobó, con sorpresa, que estaba lleno de gente. Había nieve en el suelo, pero la temperatura no era fría, perfecta para pasear. Permaneció en los senderos principales, cruzó varias veces todos los puentes; caminaba con rapidez, pasando frente a estatuas y monumentos, porque aquello era ejercicio físico, no un simple paseo. La tercera vez que pasó la estatua moteada de hiedra del abolicionista Wendell Phillips, Mary Mallard le sonrió desde uno de los bancos.

—Soy una caja de sorpresas —dijo la escritora.

## II

Mary también llevaba zapatillas, así que optaron por pasear juntas. Encendió un cigarrillo, pero Julia la obligó a apagarlo.

—Has cambiado —dijo Mary, ajustándose la bufanda.

—Espero que sí.

—Me gustas más así. Le has echado huevos. Miras a los ojos. Tienes confianza en ti misma. Incluso caminas de distinta forma.

Julia tuvo que reírse.

—Y todo en unas cuantas semanas. ¿Qué estás haciendo aquí, Mary? —preguntó, cambiando de tono—. Es evidente que me has seguido.

—¿Desde Elm Harbor? Tendría que haber conducido con mucho cuidado para no ser vista.

Pasaban delante de los botes con forma de cisne, amontonados y tapados durante el invierno. En la orilla, un puñado de críos jugaban a un complicado juego de pillar, bajo la supervisión de las monjas.

—Estoy aquí porque necesitas ayuda, Julia. No puedes hacer esto sola.

—Llevo caminando sola la mayor parte de mi vida.

—Me refiero a averiguar en qué andaba metido Kellen. Es obvio que estás en ello. Obvio para mí, al menos. —Agitó una mano—. Y eso explica el aura que tienes

estos días. —Se rió, sola esta vez. Incluso llevaba una botella de agua de la que bebió un buen trago—. En serio, Julia. Necesitas mi ayuda. Puedo mantenerte alejada de los problemas, ahorrarte errores, compartir contigo mis recursos, mi experiencia.

—Mary...

—Puedo contarte cosas que posiblemente desconozcas.

—¿Como qué?

Habían llegado a una agrupación de grandes rocas. Mary se sentó mientras Julia estiraba las piernas.

—Como que no soy la única persona que te ha seguido hoy.

El primer impulso de Julia, casi irresistible, fue mirar a su alrededor, aunque no tenía ni idea de qué o a quién buscar. El siguiente fue dudar.

—Acabas de inventártelo.

Mary se encogió de hombros.

—Tal vez sí. Tal vez no. Esa es la cuestión. A ti ni siquiera se te ocurre plantearte algo así. Y aunque se te ocurriera, tampoco sabrías qué buscar.

—¿Y tú sí?

—Por supuesto. ¿Con la clase de libros que escribo? Contrato guardaespaldas de vez en cuando.

Ya, se dijo Julia, pensando en el engreimiento y la paranoia de su acompañante, pero no dijo nada. Mary tenía razón. No podía hacerlo sola. Mejor dicho, no quería. Un compañero sería magnífico. La pregunta era si Mary Mallard era la compañía adecuada.

—Cuéntame exactamente qué te dijo Kellen.

—Todo esto es nuevo para ti, ¿verdad?

—Vamos, Mary. Estás optando a un puesto de trabajo. ¿Qué buscaba Kellen? ¿Qué te dijo?

La escritora suspiró y paseó la mirada por el estanque. El brillante sol invernal arrancaba destellos sombríos de la escultura *Make Way for Ducklings*. Mary necesitaba el cigarrillo y Julia sintió un perverso placer al negarle el permiso.

—Kellen vino hace unos meses. Nos conocíamos de cuando lo entrevisté para mi libro sobre escándalos contables en las grandes empresas. Kellen ganó un montón de dinero con sus conferencias, su tema principal eran los escándalos, y bueno... al final nos conocimos. Amaba el capitalismo, no estaba preocupado por sus excesos, creía en la autorregulación de los mercados. Y le encantaba discutir. Aprendí a no mostrarme en desacuerdo con lo que decía porque ganar significaba mucho para él. Y sí, por si tienes curiosidad, me buscó en un par de ocasiones, pero eso nunca tuvo ningún futuro. —Apoyó las palmas de las manos sobre la roca, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para tomar el sol—. En fin, me llamó el verano pasado y me dijo que había dado con algo que podía interesarme. Le propuse tomar una copa cuando viniera a D.C., y eso hicimos una semana después. Creo que fue a finales de julio, porque siempre voy a Maine en agosto. Me habló de Gina Joule. Nunca había



oído ese nombre. Me contó la historia y le dije que había miles como esa. No me interesaba, a menos que hubiera un libro escondido en ella, o en su defecto un artículo. Dijo que esta era distinta. No se trataba solo del linchamiento de un chaval negro acusado de matar a una chica blanca, sino que aquel chaval negro había muerto en lugar de alguien importante. Así lo dijo Kellen: alguien importante.

—Y eso despertó tu curiosidad.

—Un poco. No demasiado. Dado mi trabajo, oigo esa clase de cuentos todos los días. Pero me habló de la Suite Hilliman y de sus ocupantes, y entonces la historia cobró interés. Mucho interés. Dijo que estaba bastante seguro de poder demostrar al menos que uno de los chicos de la Suite Hilliman salía con ella, lo que ya abriría un agujero en la versión oficial. Dijo que, con tiempo, conseguiría probar más cosas. Dijo que lo pondría en el mercado. Que montaría una subasta para capturar el excedente. Una subasta fija. Yo ignoraba lo que era, pero no me importó. Le pregunté por qué me lo contaba. Yo no pago por la información, dije, ni siquiera por información que puede alterar el curso de unas elecciones. Dijo que necesitaba a alguien que supiera cómo presentar las cosas. Quería que redactara sus hallazgos para la subasta. Le dije que ese no era exactamente mi negocio, pero créeme, Julia, en ese momento ya estaba enganchada. Quería esa historia. El problema era que me exigía el juramento de no contársela nunca a nadie. Bueno, yo gano dinero escribiendo de lo que me entero, no manteniéndolo en secreto. Discutimos durante un par de semanas, y entonces dijo que me enviaría un acertijo para que pudiera comprobar que no hablaba en broma. En septiembre recibí una foto por correo. No constaba el remitente, por cierto, ni tampoco había ninguna nota adjunta, pero el matasellos indicaba que procedía de Elm Harbor.

—¿Qué había en la foto? —preguntó Julia, porque Mary había hecho una pausa y se estaba mordisqueando los labios, tal vez: fumando un pitillo imaginario.

—Un joven dormido en un sofá. Nada más. Un joven, de diecinueve o veinte años, tumbado en un sofá. Llamé a Kellen, le dije que eso no servía de nada. Replicó que si lograba identificar al chico, él identificaría el lugar donde fue tomada la foto. Lo hice. No tardé mucho, porque sabía a quién investigaba. Era una foto del senador Malcolm Whisted cuando estaba en la universidad. Se lo dije a Kellen y me envió una nota, con una dirección que pertenecía a Tyler's Landing. Comprobé a quién correspondía esa dirección en la época en que el senador Whisted era estudiante y, cómo no, era la casa de Merrill y Anna Joule.

—Eso no significa mucho.

—Lo mismo le dije yo. Lo mismo que te dije en el funeral. El hecho de que el senador Whisted durmiera en su casa alguna vez no probaba nada. Los Whisted conocían a todo el mundo. Kellen me preguntó si tendría alguna importancia que el joven Mal estuviera borracho en ese momento. Le dije que no. En la universidad todo el mundo está borracho la mayor parte del tiempo. Kellen se rió. Dijo que por eso lo llamaba acertijo.

—¿Y eso fue todo?

—No. —Mary se mordió los labios; se moría por ese cigarrillo—. Dijo que todo el caso demostraba de verdad por qué el consumo no rivalizado era casi imposible.

—Deletrámelo.

Mary así lo hizo y prestó a Julia un lápiz y un papel para que lo anotara.

—Significa... —empezó a decir la escritora, pero Julia levantó la mano. No quería explicaciones por parte de Mary. Ni sus sesgos.

—Gracias. —Julia miró la hora—. Debo irme.

—Lemaster está con Bay Dennison, ¿no?

—Esto se te da muy bien, Mary.

—Eh, no me hace falta que me lo digas. —Se levantó—. Así pues... ¿cerramos el trato?

—No.

La decepción se dibujó en la cara de la mujer blanca.

—Pero te he dicho...

—Escucha, Mary. Tienes razón a medias. Necesito ayuda. Y podría beneficiarme de la tuya, seguro. Me encantaría que firmaras el trato. Pero, si lo haces, tienes que saber que es mi proyecto, no el tuyo, y que la información que te daré será solo la que escoja darte. —Reflexionó durante un momento—. Y no puedes escribir nada sin mi consentimiento.

—¿Estás segura de que tú y Kellen no estabais casados o algo parecido? Vaya, habláis igual.

—Ah, y una cosa más. Nos tomaremos un descanso por Navidad.

Mary se mostró consternada.

—Julia, las primarias de Iowa se celebrarán dentro de dos meses.

—Si consigues resolver el misterio sin mí antes de esa fecha, mejor para ti.

—Y eso que estaba convencida de que la zorra de la película era yo.

Julia sonrió. Asumir el mando era divertido.

## Propio de la estación

### I

La Navidad pasó ante la familia como uno de esos carteles publicitarios que se ven desde la autopista: un destello lejano que va ganando tamaño a medida que uno se acerca y que de repente se convierte en algo luminoso, alegre y fácil de leer; pero basta un simple parpadeo para desterrarlo al espejo retrovisor y luego perderlo de vista para siempre, oculto en la distancia. Astrid y sus hijos estuvieron en la ciudad: los primos habían enterrado el hacha de guerra e incluso asistieron juntos a la misa del gallo de San Matías, donde, a continuación del servicio religioso, Lemaster demostró una desacostumbrada falta de tacto y se dedicó a protestar, para cualquiera que quisiera oírle, sobre la escena del nacimiento que había junto al altar. Según Lemaster, su protesta no se dirigía en contra de la rubia blancura del niño Jesús, ni contra los rasgos decididamente arios de José y María, sino más bien contra la presencia y número de los reyes magos. Mientras tomaban un café en la parroquia, arguyó que el Evangelio de san Mateo no especificaba el número de reyes magos, pero sí dejaba claro de forma explícita que visitaron al niño (no bebé). Jesús en su casa y no, como reza la tradición, en el establo donde nació. Fueron los pastores y no los reyes magos los que fueron guiados hasta el establo. El párroco, pálido como un cadáver y casi igual de animado, murmuró en tono sepulcral que era la tradición lo que mantenía a la gente en la Iglesia anglicana, pero Lemaster no atendía a razones. Según él, una cosa era la tradición; otra muy distinta era desafiar a los Evangelios.

Cuando volvían a casa montados en el Escalade, que se mantenía firme en las resbaladizas curvas, Lemaster prosiguió con su diatriba ante su esposa y parte de su familia —los demás iban con Astrid en el Lincoln Navigator— sobre la resistencia que mostraba la Iglesia a lo que a él le parecía la pura verdad. Aprovechando una pausa que hizo su padre para tomar aliento, Vanessa rasgó el silencio desde el asiento trasero; se inclinó hacia delante para que pudieran oírle y preguntó con voz dulce si era probable que solo su padre tuviera razón y fuera el resto del mundo —como por ejemplo los españoles, que celebraban el día de Reyes desde hacía siglos— el que estuviera equivocado. Antes de que él pudiera responder, la adolescente continuó:

—Es como los viajes de san Pablo en el siglo primero. Ignoramos todos los lugares a donde fue. La Biblia no nos lo dice. Pero la tradición se encarga de llenar los huecos, ¿no? La tradición nos enseña que viajó a España: es algo que nadie ha negado, que ni siquiera ha suscitado muchas dudas, así que decimos, sí, debió de ir a

España. Entonces... ¿qué hay de malo en aceptar la tradición que nos dice que eran tres los reyes magos? Al fin y al cabo, la Biblia tampoco propone ningún otro número.

Lemaster se disponía a responderle —con amabilidad, como hacía siempre que hablaba Vanessa—, pero se paró al advertir, al mismo tiempo que los demás ocupantes del coche, que los labios de su hija seguían moviéndose aun cuando ya no salían palabras de ellos. Al llegar a Hunter's Heights, Jeremy Flew, que parecía no tener un hogar propio, los esperaba con un delicioso plato de huevos revueltos espolvoreados con pimienta y ayudó a los niños a colocar la leche y las galletas para Santa Claus. Cuatro de los adolescentes se escabulleron a sus habitaciones para dar tiempo a que los adultos envolvieran los regalos, pero Vanessa, que se declaró demasiado mayor para esas tonterías, se quedó en la cocina, bebiendo un Sprite light tras otro y releyendo un libro viejo sobre la estrategia militar romana.

—¿Qué haces? —le preguntó tía Astrid.

—Leo.

—Me refiero a por qué dedicas tanto tiempo a leer sobre temas bélicos. Cuando todos deberíamos unir nuestros esfuerzos por la paz.

Vanessa no levantó la vista.

—Me estoy preparando.

Así transcurrió la Nochebuena en casa de los Carlyle.

## II

Bruce Vallely pasó las últimas horas de la tarde del 24 en el centro comercial de Norport, aunque no estaba de compras. Se sentó en el Mustang descapotable con la capota bajada en un rincón alejado del aparcamiento y se dedicó a charlar con Rick Chrebet, que se suponía que había ido a comprar los últimos regalos. A pesar de que Rick insistía en que se jugaba la pensión si lo pillaban, acabó pasándole parte de sus notas. Ya en casa, Bruce se maravilló ante la cantidad de datos que Rick había logrado acumular antes de que se cerrara el caso. Incluso había llegado a la conclusión, siguiendo un razonamiento parecido aunque no idéntico, de que Lemaster Carlyle era un posible sospechoso. Rick, menos impulsivo que su ex compañero, también se había tomado la molestia de obtener un documento que Bruce había pasado por alto.

Una copia del currículum académico de Lemaster.

Un vistazo al mismo tiró por tierra la teoría de Bruce sobre el caso.

El currículum era explícito y carente de ambigüedad: «Enero-junio de 1973. Estudios en Oxford».

Cuando la universidad reabriera sus puertas después de Año Nuevo, Bruce

revisaría las fechas para asegurarse de que el currículum era exacto. Pero ya sabía que sería así. A menos que el futuro presidente de la universidad hubiera realizado un viaje fugaz a Estados Unidos para tener la oportunidad de matar a Gina Joule y luego regresar volando a Inglaterra, Lemaster no pudo cometer aquel crimen. Eso no implicaba que no pudiera haber matado a Kellen Zant, pero reducía mucho las probabilidades.

En contra de su voluntad, Bruce se veía obligado a considerar otras opciones. Dejó el trabajo y salió al comedor, donde su hija Laurie, que había venido de la universidad a pasar la Navidad, estaba decorando el árbol.

### III

El día de Navidad, amparándose en la indiferencia que tales noticias generaban en una festividad como aquella, Cameron Knowland cortó todos los lazos que le unían a la campaña para la reelección del presidente. Su oficina envió una carta, que pasó desapercibida para la prensa durante otra semana, en la que presentaba sus más profusas disculpas por «realizar ciertos actos que podrían haberse malinterpretado como una búsqueda de información de índole escandalosa sobre los candidatos líderes del partido de la oposición». El comunicado de la Casa Blanca le agradecía sus años de servicio y su lealtad hacia el presidente, pero no dejaba traslucir el menor pesar ante un final tan abrupto. Astrid se enteró antes que el resto de la familia porque alguien le envió un mensaje al móvil y otra persona la llamó. El 26 de diciembre la historia vivió su minuto y medio de gloria en las noticias de la noche. Astrid las vio, con el semblante triste. Julia había tenido la intención de preguntarle cómo se había enterado de los rumores que apuntaban a que Lemaster ocultaba secretos, pero, al ver el genuino dolor en el rostro de la mujer, optó por no hacerlo. Al día siguiente Astrid y sus hijos volvieron a casa. Esa noche Julia estuvo viendo el programa de Tessa. Las antiguas compañeras de cuarto habían hecho las paces después de la pequeña traición de Tessa. Siempre las hacían. Julia nunca dejaría de agradecerle que le hubiera salvado la vida, y Tessa nunca dejaría de contar con esa gratitud. Aquella noche Tessa barajaba la posibilidad de que tal vez los dos despidos, el de Astrid Venable y Cameron Knowland, ambos piezas clave de la maquinaria política, indicaran un estallido de civismo, un esperado cambio respecto a las campañas de los últimos años.

Julia temía que representaran un estallido de algo distinto. No sabía muy bien de qué se trataba. Lo que recordaba era que, aunque Lemaster había asegurado que Cameron era un pez demasiado gordo para él, ella le había oído hablar por el móvil aquella noche, desde la cocina en lugar de desde su despacho, y de la conversación se deducía que no trataba de convencer a un alumno rico de que donara dinero para otra

residencia: «... ese individuo tuvo la desfachatez de amenazar a mi esposa en mitad del campus. No pienso tolerarlo. Sí, lo sé. Lo sé, pero me importa un bledo. No voy a consentirlo. ¿Me he explicado bien? Y tampoco pienso soportar a ese tal Tice, que no para de hacer preguntas sobre mi mujer por todas partes. No voy a tolerar que esto suceda en mi ciudad. ¿Está claro?».

Julia, que pretendía escuchar a hurtadillas y darle las gracias a su marido con un abrazo, acabó volviendo a la cama y se tapó la cabeza con el edredón: la causa, una vez más, había sido el uso que hacía Lemaster del posesivo.

## Al otro lado del espejo

### I

La edición número cuarenta y tres del Gran Cotillón Naranja y Blanco de Nueva Inglaterra se celebró como de costumbre en un elegante hotel de Boston unos días antes de que empezara el nuevo año: aperitivos, cena, seguidos del baile propiamente dicho, que a veces se prolongaba hasta el amanecer. La flor y nata de los afroamericanos se soltaba la melena de forma colectiva, algo que solo se consideraba adecuado si se hacía entre aquella élite de modernos y triunfadores que se tenía en mucha estima a sí misma. La América blanca no conocía nada parecido ni sabía nada de esa fiesta. Las Perlas Negras habían instaurado la tradición —primero en Nueva York y luego en Washington, aunque ahora se había extendido a ocho estados distintos— en la época en que las puestas de largo constituían un evento importante —la presentación de las jóvenes en una sociedad formada por las mejores familias de la nación negra— y no había dónde celebrarlas. En la actualidad eran pocas las adolescentes que mostraban el menor interés en representar el papel de debutante. Pero el Gran Cotillón Naranja y Blanco se mantuvo. Las Perlas Negras seguían llevando los tradicionales vestidos blancos adornados con algo naranja, y sus invitados —que en el pasado eran solo sus maridos—, traje y corbata, aunque Julia, de pie en la sala con Lemaster y Marlon y Regina Thackery, distinguió a dos o tres parejas vestidas de blanco, el resultado de dos años de vehemente debate.

—Creo que Bitsy lleva el mismo vestido que el año pasado —dijo Regina, que ya había olvidado el contratiempo que tuvo con Julia en la puerta de casa de Kimmer.

—Es nuevo —le aseguró Julia—. La acompañé a comprarlo.

—Pues parece el mismo, y estoy segura de haber visto ese bolsito.

—El del año pasado era con la espalda al aire.

—¿A eso lo llamas espalda?

Mientras tanto, Lemaster y Marlon se habían unido a un nutrido grupo de representantes masculinos de las mejores familias de la rama de Nueva Inglaterra. Eran seis o siete y observaban a la multitud con mirada benévola, como si reconocieran las diferencias de clase: no como antaño, cuando el Clan era pequeño y exclusivo. Lemaster estaba en su salsa, contando chistes procaces para divertir al grupo, formado por próceres de la industria, la política y las artes que se rendían a un ingenio del que nunca hacía gala en casa. En estas ocasiones ella a menudo tenía la sensación de que habían cruzado un espejo hacia un mundo mágico, donde Lemaster

era un ser encantador en lugar del hombre afectuoso y distante con quien compartía su lecho, y donde la propia Julia se convertía en objeto de atención y envidia por parte de las demás mujeres. Ahora, mientras Regina cotilleaba sin cesar, Julia trató de escuchar la conversación de los hombres, fascinada como siempre por la capacidad de su esposo de llevar la voz cantante. Pero solo oyó sus risas.

—Deberían estar bailando —dijo una voz a su lado—. Y tú también.

Julia se giró y sonrió, porque Aurelia Treene, con más de setenta años, seguía siendo una de sus novelistas y personas favoritas, a pesar de que solo se encontraban en eventos como este. Aurie era alta, delgada y amable, y poseía una autoridad tranquila y sobria que indicaba que estaba de vuelta de todo. En su día, ella y Mona habían sido colegas y rivales en Harlem, aunque Aurie procedía de Tennessee. Solía ir de visita a la casa de la calle North Balch al menos una vez al año. Ahora residía en Maine.

—¿Cómo está tu madre?

—Sigue dando guerra.

—Es toda una dama. —La pista de baile estaba atestada y la orquesta tocaba con brío, pero Aurelia nunca alzaba la voz. Una nube de silencio parecía haber descendido sobre ellas—. Aún puede enseñarte muchas cosas.

—Lo sé. —Julia bebió un sorbo de champán. Las delicadas manos de Aurie estaban vacías. Había escogido un chal naranja para completar su atavío. Había llegado sin acompañante y había salido a la pista de baile en varias ocasiones, acompañada de atónitas y halagadas mujeres, en su mayoría casadas—. Lo que pasa es que no nos vemos mucho, y ya sabes cómo detesta hablar por teléfono.

—Es una muestra de gran sensatez por su parte, dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Lo que ha estado sucediendo.

Esta vez Julia la miró con curiosidad.

—¿Qué ha estado sucediendo?

Aurie sonrió y le rozó la frente con el dedo, como si quisiera señalar que Julia debía saber a qué se refería. Pasó un camarero provisto de una bandeja con copas de champán. Julia cogió una. Aurie la imitó, pero no bebió.

—Debes de estar muy orgullosa —dijo la novelista, cambiando de tema.

—¿Orgullosa?

Con la copa señaló a su marido.

—De Lemaster. Es un gran honor. Un honor inmenso que solo recae en unos cuantos escogidos.

—Sí, claro. Aunque el cargo de presidente de la universidad conlleva sus problemas, y algunos miembros de la facultad parecen dispuestos a hacerle la vida imposible, ha sido...

—No me refería a eso.

—Ah, ¿no?



Aurie dio un rápido y rapaz apretón al hombro de Julia.

—Vamos, Julia. Tengo una cantidad enorme de fuentes de información. No hace falta que me ocultes tus secretos.

—¿Qué secretos? —Esbozó una sonrisa torpe—. ¿Qué logro de Lemmie estoy olvidando? Porque la lista es tan larga... —¡oh, cómo odiaba el papel de esposa abnegada, lo odiaba de veras!—... que no es fácil llevar la cuenta.

—Que sea el Buba.

—¿Que sea quién?

—El Buba. Así mantiene la tradición familiar. —Le dio otro apretón, más fuerte—. No hace falta que finjas. Los de fuera no deben saberlo, claro, pero tengo mis espías entre las hermandades.

Julia negó con la cabeza, perpleja. Tal vez era el champán lo que la hacía sentirse como una imbécil en una convención de genios.

—Lo siento, Aurie. Confieso que no tengo ni idea de qué estás hablando.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que te ha dicho el nombre real? ¿No Buba, sino el nombre con que los Empíreos llaman realmente al segundo de a bordo? —Julia notó un escalofrío—. Qué detalle tan delicioso, Julia. Es todo un detalle. ¿Qué te dijo? Vamos, cuéntamelo.

Julia la miró de hito en hito.

—¿Estás diciendo que mi marido es... el segundo de a bordo de los Empíreos?

—¿No lo sabías? Oh, Julia, no me digas que tu marido es uno de esos de la vieja escuela que se atiene a las tradiciones y afirma que nadie ajeno a la hermandad puede saber, etcétera, etcétera.

—Lemaster es un buen ejemplo de alguien de la vieja escuela.

—¿Y está buscando al sucesor? ¿Se encarga de todo?

—¿El sucesor?

—Los Empíreos los recluían jóvenes. Supongo que ya lo sabes. Muchos miembros introducen a sus propios hijos. Bay Dennison no ha tenido hijos, claro... —La evidente sorpresa que mostraba el rostro de Julia la detuvo. De repente una máscara cayó sobre los elegantes rasgos de la escritora, como si ella y Lemaster fueran parte de aquel secreto mundo que había al otro lado del espejo y del que Julia seguía siendo una extraña—. Bien, no importa. Felicidades. Pero, por favor, olvida que lo he mencionado.

Con el rabllo del ojo Julia vio que Lemaster se acercaba a ellas, con los brazos extendidos y la más seductora de sus sonrisas, listo para volver a bailar ante sus fans. Aurie parecía dispuesta a irse.

—Espera —elijo Julia—. Espera un momento. Dime una cosa.

—Una. —Parecía molesta, probablemente consigo misma, por haber hablado demasiado.

—Creo que la razón por la que Lemaster no me lo ha contado es porque los Empíreos están dando sus últimos coletazos. —Observó con atención la cara de

Aurelia—. Es así, ¿no? ¿Un club social menor, sin importancia, que ni siquiera aparece mencionado en las listas de los más prestigiosos? Tengo razón, ¿no es así, Aurie? ¿No?

—Claro que sí.

—¿Estás segura?

La novelista lanzó una mirada a Lemaster, que ya estaba cerca; luego sonrió a Julia, con una radiante sonrisa de despedida.

—Oh, eres un encanto, querida. Un encanto. Aurie besó a Julia en la punta de la nariz y se fundió en la multitud.

## II

Ocupaban tres habitaciones del hotel: una para los padres, la segunda para Aaron, y la tercera que compartían las chicas. Vanessa había ganado la batalla contra su madre y había impuesto su intención de no estar entre las jóvenes que aquella noche realizaban su presentación formal. Julia y Lemaster se retiraron alrededor de la una de la madrugada. Lemaster se acostó mientras Julia daba su ronda materna. Aaron estaba hablando por el móvil. Jeannie dormía, pero Julia se quedó viendo una estúpida comedia que a Vanessa le encantaba; de vez en cuando miraba de reojo a su hija menor para asegurarse de que no se despertara y escuchara el obsceno lenguaje que salía de la televisión, aunque tal vez lo absorbiera por otro lado. Julia y Vanessa estaban tendidas en la cama, abrazadas como hacían años atrás. Charlaron un rato y se rieron un poco con la película. Luego Julia comprobó que Vanessa se había dormido; el reloj digital la informó de que eran casi las tres.

Regresó a su cuarto, se puso el camisón y se metió en la cama, con mucho cuidado de no despertar a su marido.

Él se despertó de todos modos.

Se besaron y acariciaron un poco, pero dado que ambos estaban cansados para emprender cualquier acto que requiriera más energía, ella apoyó la cabeza sobre su hombro mientras él le acariciaba el cuello y el hombro como a Julia le gustaba. Hablaron sobre el baile, sobre la política universitaria y sobre lo que andaría haciendo Preston en México. Luego Julia le preguntó por qué no había mencionado el hecho de haber sido elegido... no estaba segura de cómo se decía... ¿Buba?

—Existe un juramento de confidencialidad, Julia. Ya lo sabes.

—Pero me dijiste que Bay Dennison era... como se llame: el jefe de todo.

—El Excelso. También conocido como el Autor. —Sus carcajadas resonaron en la penumbra de la habitación de hotel. Las de ella también. Otra de las tradiciones de la nación negra eran esos fantásticos títulos—. Ya está. Te he contado un secreto de los Empíreos. ¿Estás contenta?

Ella le besó.

—¿Así que... eres el Buba?

Se produjo otro silencio antes de que él hablara.

—Sí, Jules. Lo soy. Y ahora, por favor... No puedo seguir hablando de esto.

—¿Puedes decirme al menos de qué es diminutivo «Buba»? Aurie dijo que existe otro nombre, un nombre que solo usan los miembros. —Silencio. Lo intentó de nuevo —. Bueno, entonces dime cuántos años dura el cargo.

—Diez años.

—¿Por qué tanto tiempo? Nunca había oído nada parecido.

—Porque somos una gente paciente.

Un interludio para caricias. Le resultaba agradable enterarse de algunos secretos más de su marido, aunque presentía que los más profundos y fascinantes seguían ocultos.

—¿Lemmie?

—¿Sí...?

—¿Puedo hacerte una pregunta importante?

—¿Esas no lo eran?

Ella se negó a aceptar la digresión.

—Aurie dijo que así continuaba la tradición familiar. ¿A qué se refería? ¿Existe una sección de los Empíreos en Barbados?

Él la hizo esperar de nuevo.

—Aurie es una bocazas —dijo por fin.

—¿Qué quiso decir, Lemmie?

—No lo sé, Jules.

—¿Y qué hay del sucesor? ¿Has elegido ya a uno?

Silencio.

—Vale, cuéntame otra cosa. ¿Los Empíreos son en su mayor parte dinosaurios al borde de la extinción? Aurelia se rió cuando lo dije. ¿Recuerdas lo mucho que se enfadó Mona cuando le dije que nos casábamos? Ella quería a un hombre que procediera de un club más prestigioso. Eso dijo. Se puso furiosa cuando te negaste a abandonar los Empíreos para entrar en los Boulé o los Vigías, ¿te acuerdas? Nos reímos de que se tomara la escena social tan en serio. Nos reímos, Lemmie.

—Me acuerdo perfectamente.

—Pero ¿teníamos razón? ¿O hay aspectos de los Empíreos que desconozco?

—Claro que hay aspectos que desconoces. No hablamos de ello con personas ajenas a la hermandad, y tú, amor mío, eres una extraña.

La fuente de información parecía agotarse. Sin embargo, ella no estaba lista para refugiarse en la deliciosa quietud nocturna.

—¿Lemmie?

—¿Qué?

—¿Recuerdas el año en que murió Gina Joule?

—En que fue asesinada. —La corrección fue áspera y severa.

—Sí. —Ella se abrazó a él para hacerse perdonar—. El año en que fue asesinada. Volviste de Inglaterra en... ¿Qué mes era? ¿Mayo?

—Junio.

—¿La gente seguía hablando del... asesinato?

—No mucho. La verdad es que no.

Ella vaciló.

—¿Y Mal? ¿O Scrunchy? ¿Hablaban de eso?

—Si te digo la verdad, no me acuerdo.

—Ya, lo que quiero decir es...

—Son más de las tres, Jules. Mañana nos espera un largo viaje.

Se soltó de su abrazo y la dejó sola en la gélida oscuridad.

## Una conversación amistosa

## I

—Es muy amable por su parte que haga un hueco en su agenda para verme —dijo Bruce Vallely con una sonrisa.

Era solo la segunda vez que visitaba el despacho del presidente, y andaba con pies de plomo, sobre todo después de la metedura de pata con Marlon Thackery.

Pero Lemaster Carlyle se mostraba tan afable como uno podía desear.

—En absoluto, Bruce. Es lo menos que puedo hacer. Deja que vuelva a expresarte lo mucho que lamento tu pérdida.

—Gracias.

—¿Cómo está Laurie? Está en Penn State, ¿verdad? ¿La estrella del equipo de marcha atlética?

—Algo así.

El presidente asintió sin dejar de sonreír. No consultó nota alguna. En lugar de recibir a Bruce en su maciza mesa de trabajo, lo había hecho sentar en el sofá y un enérgico ayudante les había traído sendas tazas de té. Era el primer martes de enero de 2004 y la universidad acababa de empezar su andadura después del período navideño.

—Tengo entendido que quiere ser veterinaria. ¿Sigue con la misma idea? ¿Y Brucie? ¿Aún es el terror de la Marina? ¿No estaba sirviendo en un submarino?

—Sí, señor. El *USS Michigan*, en la flota del Pacífico.

Bruce tuvo que reconocer que Lemaster era bueno en esto. Se recordó que debía mantener la guardia alta. El presidente seguía siendo sospechoso de asesinato, aunque los únicos que sospecharan de él fueran Bruce y, tal vez, Trevor Land.

—¿No ha seguido los pasos de su padre en las Fuerzas Especiales?

Bruce se sorprendió. Los ojos de Lemaster brillaron ante esa pequeña victoria. Ninguna hoja de servicios llevaba estampado el sello de las Fuerzas Especiales. Alguien tendría que saber dónde buscar y disponer de un contacto interno que realizara la búsqueda.

—No, señor.

—Bien... ¿Qué puedo hacer por ti, Bruce? Supongo que todo esto guarda relación con el pobre Kellen.

—Sí, señor.

Lemaster sirvió otra taza de té.

—Trevor me ha dicho que estás colaborando. Creo que es una idea espléndida.

Bruce no estaba seguro de cuánta gente usaba la palabra «espléndido» fuera de las películas.

—Solo cumplo con mi trabajo, señor.

—Ahórrate el tratamiento de «señor», Bruce. No estamos en el ejército y nuestras esposas fueron amigas. —Cruzó las piernas y bebió un sorbo de té: era la imagen misma de la tranquilidad—. Me alegro de que estés investigando este asunto, Bruce. No me creo esa historia del atraco y estoy seguro de que no soy el único. Espero que logres encontrar algunas respuestas.

Bruce había sacado su cuaderno.

—¿Puede decirme por qué no se cree la historia del atraco?

—Llámalo instinto. Me parece demasiado conveniente.

—¿Conveniente?

El presidente soltó un bufido.

—¿Que el hombre reciba un disparo la noche antes de reunirse con nuestro socio más antiguo? ¿Quién a su vez me ha informado de que Kellen disponía de información que podría ser útil de cara a las elecciones? Sí, Bruce. Creo que es demasiado conveniente.

—¿Sabe a qué bando se suponía que ayudaría esa información?

Lemaster negó con la cabeza.

—No. Y tampoco creo que Cameron lo sepa, pero puedes preguntárselo.

—¿Puede describirme cómo era su relación con Kellen Zant?

—La verdad es que no había relación. Hace mucho tiempo, antes de que Julia y yo nos casáramos, ella y Kellen habían salido juntos. Estoy seguro de que lo sabes. Desde entonces... bueno, nuestro trabajo no nos ha puesto en contacto directo. Yo dediqué la mayor parte del tiempo a enseñar derecho mientras Kellen daba clases en Chicago o Stanford. Volvió a la ciudad justo antes de que yo entrara en la judicatura, pero él se incorporó al departamento de economía. Luego, cuando me marché... Me marché.

—Tengo entendido que Kellen Zant y su esposa siguieron siendo amigos.

Por primera vez, Lemaster Carlyle perdió un ápice de compostura.

—Supongo que así es.

—¿Eso le molestaba?

—¿Que fueran amigos? Supongo que sí. —La sonrisa se desvaneció, pero Bruce vio enseguida que la presa no estaba tan abatida como había pensado. Los suaves rasgos adoptaron una expresión seria—. Escucha, Bruce. Todo esto quedará entre nosotros, ¿no? Mira, el problema está en que cuando Kellen y mi mujer mantuvieron esa relación íntima, él le hizo mucho daño. En muchos sentidos era un hombre abusivo. No desde un punto de vista físico, supongo. Pero existe algo llamado abuso emocional, que puede ser igual de hiriente. Me preocupaba que pudiera volver a herir a mi mujer.

Bruce asintió y escribió algo. Luego, sin levantar la vista, preguntó:

—¿Tiene alguna razón para creer que el profesor Zant le estaba haciendo daño?

—No estoy seguro de seguirle.

Pero Bruce estaba convencido de que le seguía a la perfección.

—Me refiero a estos últimos años. Desde que Kellen regresó al campus. ¿Perjudicó a su esposa, en cualquier sentido?

—Espero que no. —Se repantigó en la silla de nuevo—. Me gustaría pensar que me habría enterado.

Bruce se percató de la cuidadosa elección de las palabras, la falta de una negación clara, pero decidió archivar el tema para otra ocasión en lugar de proseguir con él.

—Tengo un par de preguntas referentes a la noche en que encontró el cuerpo.

—Por supuesto.

—Detuvo el coche porque tuvieron un accidente.

—La vergonzosa respuesta es que así fue. —Lemaster sacudió la cabeza con cierto pesar. El teléfono zumbó varias veces, pero no le prestó atención—. Sí, es una curva pronunciada y estábamos en plena tormenta. Sin embargo, llevo seis años conduciendo por esa carretera. Nunca me había sucedido antes.

—¿Pasó algo fuera de lo habitual que le hizo despistarse? ¿Un ciervo salido del bosque o algo parecido?

—Me temo que no. No tengo excusa.

—¿No redujo la velocidad porque vio el cadáver en el arcén?

La afabilidad volvió a esfumarse, y volvió a asomar el profesional gélido, el amigo de presidentes de Estados Unidos y billonarios.

—Comprendo la necesidad de formular esa pregunta, Bruce. He sido fiscal. Sé cómo funciona el proceso. Deja que te ahorre tiempo: no maté a Kellen Zant. No contraté a nadie para que matara a Kellen Zant. No sabía que su cadáver estuviera allí cuando sufrí el accidente. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. No iba a hacerle esas preguntas.

—Pero no estarías haciendo bien tu trabajo si no te plantearas esa posibilidad.

Bruce dejó pasar la indirecta, porque era lo bastante diplomático para darse cuenta de que no había respuesta.

—Solo una cosa más, señor, si me permite.

—Por favor.

—Según la gente que estuvo allí, usted abandonó la cena en tres ocasiones para atender sendas llamadas a su móvil.

—Me parece recordar que así fue.

—Tengo entendido que suele ser muy escrupuloso en lo que se refiere a contestar llamadas mientras está comiendo, sobre todo si se trata de una cena oficial, excepto que se trate de una emergencia. ¿Puedo preguntar quién le llamó, y si hubo alguna emergencia aquella noche?

Las fue contando con los dedos.

—Una llamada era de mi hija, que estaba en el cine. Quería quedar con nosotros para que la recogiéramos a una determinada hora. Otra era de la Casa Blanca. Siempre contesto cuando llama el presidente, pero en esa ocasión le dije que estaba ocupado con un tema de la universidad y le pregunté si podía llamarlo en otro momento. —La expresión de asombro que apareció en el rostro de Bruce le divirtió —. Sí, la gente hace eso. Es solo una persona.

—¿Y la tercera llamada?

Lemaster Carlyle frunció el ceño.

—Solo recuerdo dos. ¿Está usted seguro de que fueron tres?

—Eso me han dicho.

—Bien, consultaré los registros a ver qué puedo encontrar. —Con suavidad, de forma casi mágica, Lemaster había puesto en pie a Bruce y lo había acompañado hasta la puerta. Se dieron la mano—. Gracias por ocuparse de esto, Bruce. De verdad. Todos apreciamos su esfuerzo.

Bruce lanzó su última flecha.

—Ah, casi se me olvida.

—Por favor, Bruce. Este truco es muy antiguo.

Ambos se rieron, pero era evidente que el buen humor del presidente empezaba a desvanecerse, algo que a Bruce tampoco le parecía mal. El enérgico ayudante había reaparecido: su tarea consistía en deshacerse de la visita cuanto antes. Bruce pensó que aquella cara le resultaba familiar, pero no pudo discernir de qué lo conocía.

—Esas llamadas a su móvil..., ¿fueron realizadas a su número del trabajo o al privado?

Lemaster vaciló.

—Estoy seguro de que mi hija usó el número privado. Es probable que también la Casa Blanca.

—¿Y la tercera llamada?

—Ya se lo he dicho. No recuerdo una tercera llamada.

## II

Ya en su despacho, Bruce revisó las notas de las entrevistas. Sí, los testigos coincidían en que Lemaster había atendido al menos tres llamadas; cuatro según uno de ellos. Dos fueron muy breves, y podrían corresponder a las respectivas charlas con su hija y con el presidente de Estados Unidos, al que había dicho que ya le volvería a llamar, una muestra de confianza o de arrogancia que dejaba a Bruce estupefacto. La tercera había durado más. Todo el mundo coincidía también en eso.

Bruce deseó tener rango oficial. Poseer el poder necesario para seguir: conseguir registros telefónicos, cuentas bancarias, informes de las tarjetas de crédito, todos los



documentos que demostraban de forma fehaciente las mentiras ajenas. Pero carecía de estatus. Estaba haciendo un favor a sus jefes, a la universidad; lo único que podía hacer era formular preguntas.

Es decir, podía hacerlo cuando encontraba testigos.

En la parte trasera del cuaderno estaban los nombres de las personas a las que aún tenía que ver, incluido Nathaniel Knowland, que había mentido sobre su encuentro con Kellen Zant la noche en que este murió y que todavía no había vuelto a la facultad para el trimestre de primavera. Pero se estaba quedando sin testigos.

Por algún motivo la advertencia de Rick Chrebet seguía rondándole por la cabeza: algunas pruebas habían desaparecido de comisaría, entre ellas el teléfono móvil de Kellen Zant. Pero ¿por qué? Al fin y al cabo los registros de la compañía telefónica contenían toda la información que alguien pudiera querer. Móviles. Un momento. Pasando páginas hacia atrás, advirtió una posibilidad que se le había escapado. Las primeras dos llamadas recibidas por Lemaster Carlyle la noche en que murió Kellen Zant habían sido realizadas a su número privado. Supongamos, por suponer, que hubiera recibido la tercera en su número oficial.

Bruce sacó el directorio del campus. ¿Cómo no? La oficina de telecomunicaciones quedaba al mando del secretario de la universidad. Marcó, pues, la extensión de Trevor Land.

—Señor, me preguntaba si podría obtener los registros de llamadas de un número de teléfono concreto.

—Oh, bueno, jefe Vallely, no sé si el reglamento...

—Me lo tomaré como un sí.

## Huebner

### I

Julia siempre había sabido que Mitch Huebner estaba bastante para allá, como decía la abuela Vee, pero hasta que se apeó del Escalade enfrente de la puerta de su solitaria cabaña en East Woods no se dio cuenta de que el adjetivo «chiflado» era un apelativo demasiado suave. Miró a su alrededor, asombrada. Mitch tenía un perro, por supuesto, un asqueroso monstruo negro llamado Goetz, que gruñía, babeaba y hedía cuando iba en la cabina del quitanieves; y que ahora jadeaba, constreñido por una cadena que a los inexpertos ojos de Julia parecía demasiado endeble para sujetarlo si se empeñaba en soltarse. Brazadas de madera se amontonaban por doquier, algunas pulcramente cubiertas con tela asfáltica, otras esparcidas por el suelo, tal vez desperdigadas por su dueño a patadas en un momento de embriaguez.

La casa tenía una sola planta, con dos ventanas agrietadas en la pared frontal, que además presentaba agujeros reparados con creosota o alquitrán. Un tótem sin terminar, tallado en un gran tronco, se alzaba junto a la puerta: una cara capaz de asustar al propio diablo. Sobre el tejado había una cruz, formada a partir de dos grandes ramas y pintada de dorado, que confería a la casa el aspecto de una iglesia apartada del Cinturón Bíblico pero sin su franca alegría. El camión del señor Huebner no se veía por ninguna parte, pero el chasis de una vieja camioneta Ford se encontraba cerca, y Julia, con solo echar un vistazo, llegó a la conclusión de que la usaba para extraer piezas de recambio.

El señor Huebner pertenecía a esa clase de hombres que solo conducen un coche si son capaces de repararlo ellos mismos. Le había oído expresar un frío desprecio hacia las nuevas generaciones de mecánicos, que conectaban los motores a los ordenadores para averiguar dónde radicaba el problema y descargaban reparaciones de internet, mientras el diplomático Lemaster, que se enorgullecía de su capacidad para llevarse bien con todo el mundo, asentía con semblante severo.

Julia no quería estar allí sola, pero tampoco tenía muchas opciones. Sus hijos estaban en el colegio, a excepción de Aaron, que aún disponía de una semana de vacaciones. Lemaster estaba de viaje. No se le presentaría un momento mejor para descubrir si tenía razón, si Kellen Zant había ido hasta allí a recoger el diario de Arnold Huebner, muerto hacía años, que había sido el sheriff encargado de la investigación de la muerte de Gina Joule.

Sin dejar de vigilar a Goetz, que apretaba los dientes, resollaba y echaba espuma

por la boca, aunque no se movía, Julia se dirigió a la casa.

—Perro guapo —murmuró, ya que había leído en alguna parte que hablarles funcionaba—. Buen perro. Perrito bueno. Muy guapo.

El perro hizo amago de abalanzarse, pero a distancia. Tal vez fuera un chucho asustadizo.

—Buen perro. Sí. Sí. Soy tu amiga, ¿lo ves? —Levantó las manos para que la bestia viera que estaban vacías. Se preguntó si tal vez olía a gato y lo que eso podría implicar—. Buen chico. Perro guapo.

Goetz bajó su enorme cabeza hacia sus peludas patas. Temblaba, tal vez de frío a pesar del espeso pelaje. La caseta que había detrás de él parecía demasiado pequeña. El can la observaba con la lengua colgando.

—Sí. Buen perro. Buen chico.

Julia había llegado hasta la puerta. Una pala quitanieves estaba apoyada en la pared: el mango de madera era tan sucio y viejo que podría haber sido una pieza de museo. Mitch Huebner había abierto un sendero, aunque muy estrecho. Llamó con la mano, porque no vio ningún timbre, y porque ya había deducido que él no estaba en casa, algo que, probablemente, era lo que Julia deseaba en el fondo.

—¿Señor Huebner? —gritó ella.

No hubo respuesta. Atisbo a través del sucio cristal, pero era como observar un sueño ajeno: todo eran sombras, atravesadas por insinuaciones de movimiento blanquecino. Se estremeció.

—¿Señor Huebner? ¿Está aquí?

Nada.

—Señor Huebner. Soy Julia Carlyle. Me gustaría hablar con usted.

Llamó con más fuerza. Algo se movió en el bosque y el perro giró la cabeza en esa dirección. Ella también. Algo había perturbado a un pájaro enojado, por su aspecto un halcón de cola roja, y Julia intentó recordar si los halcones emigraban al sur durante el invierno. Se preguntó por qué este habría decidido quedarse por allí. Julia aguardó, pero los árboles nevados seguían silenciosos. Paseó la mirada por el sucio sendero que había usado para llegar, pero no distinguió el menor rastro de vida. La nieve crujía con fuerza entre los árboles. El Egallés, pensó sin que viniera a cuento.

—¿Y tú qué dices? —preguntó al perro—. ¿Está tu papá por aquí? —Así solían llamar a los dueños de los perros cuando era niña.

El animal la miró, con la gruesa lengua colgando.

—¿Está aquí, señor Huebner? —Volvió a llamar—. Señor Huebner, solo le entretendré un minuto.

Sin respuesta.

Ella vaciló, y miró a su alrededor. Goetz la observaba sin hacer nada, aparte de jadear. Se preguntó cuántos años tendría aquel perro. Se preguntó si sería perro. Se preguntó qué estaría haciendo Anthony Tice. Se preguntó si Bruce Vallely seguiría

trabajando en el caso. Se preguntó por qué ambas campañas habían dirigido su atención hacia la misma mierda, y cuál de los chicos era el culpable. Se preguntó si Lemaster la amaba o se limitaba a cumplir con las obligaciones contraídas con ella. De hecho, se preguntó por todo aquello en que pudo pensar, excepto en por qué su mano giraba el pomo de la puerta y en por qué su instinto, que solía acertar, le había asegurado que estaría abierta, tal y como de hecho lo estaba. Llamó al señor Huebner, pero solo para cubrirse las espaldas.

La punta de su bota cruzó el umbral.

Sin un gruñido de advertencia, el perro se abalanzó hacia ella. El único sonido fue el súbito chasquido producido por la cadena al romperse.

## II

Lemaster dijo una vez, medio en broma, medio admirado, que Julia era como un insecto: capaz de pensar con distintas partes de su cuerpo aparte del cerebro. En realidad, el comentario se produjo hacía mucho tiempo, una mañana de ternura, en la cama de matrimonio, pero Julia, una criatura instintiva, sabía que esa misma misteriosa velocidad de acción la afectaba en la vida cotidiana. De manera que no había pensado de antemano que no habría tiempo para entrar en la casa y cerrar la puerta: ya lo sabía cuando Goetz seguía descansando plácidamente en el patio. Lo sabía del mismo modo que sabía qué marcha llevaba en el coche o qué blusa se había puesto Jeannie a la hora del desayuno: detalles que jamás captarían su interés a menos que los necesitara para algo. No podía huir del perro, ni podía esquivarlo, ni tenía barrera alguna tras la que protegerse. Le faltaba tiempo para urdir un plan. Solo disponía de la pala, que sus enguantadas manos ya sostenían con firmeza: la había cogido sin pensarlo dos veces al primer atisbo de movimiento por parte del can.

Julia giró en redondo y casi perdió pie, mientras el perro la embestía.

Blandió la pala con fuerza, como la jugadora de softball que había sido en el instituto de Hanover, y golpeó la cabeza del animal.

Fue como darle a una roca sólida.

La pala le hirió las manos, y Goetz salió despedido y quedó tendido en el porche. Sacudió el morro, escarbó en el hielo para ponerse de pie y se abalanzó hacia ella por segunda vez con un aullido de furia. Ella sospechó que le había herido solo en su orgullo.

Aterrada, Julia balanceó la pala por segunda vez: no acertó en la cabeza, pero le dio en la parte superior del cuerpo.

El perro aulló de dolor, pero siguió adelante. Sus pesadas garras se apoyaron en la parka de Julia, el animal dejó caer todo su peso sobre ella y la derribó. Julia gritó. Ella y Goetz chocaron contra el hielo en un único golpe escalofriante y, por un

instante, se quedaron igual de asombrados. La pala estaba entre su cara y las mandíbulas abiertas del perro. La caída la había dejado aturdida, pero notaba aquel aliento caliente y fétido en su nariz y en la boca, que la reanimó de forma imperiosa como si fueran sales. Los ojos negros y salvajes rezumaban odio mientras el morro seguía presionando la pala. El animal era demasiado estúpido para percatarse de que podía apartar el metal con el hocico. Goetz lo averiguaría, más pronto o más tarde, por ensayo y error. Julia nunca había sentido un pánico igual. Su corazón parecía listo para emprender la huida y dejar atrás su cuerpo.

Intentó incorporarse, pero era demasiado pequeña, o el ángulo era demasiado estrecho, o, lo más probable, aquella bestia era demasiado grande. Liberó la mano que tenía atrapada debajo de la pala, pero el gesto solo sirvió para conceder un objetivo al animal, que se lanzó hacia sus dedos y hundió los dientes en el guante. Ella la apartó instintivamente, y el guante se quedó en las rabiosas fauces del animal: el grueso material, resistente al frío, se le pegaba a los dientes. Lo sacudió con fuerza y se golpeó el morro con su propia pata, y Julia consiguió sacar una pierna y asestarle un buen puntapié. Goetz intentó mantenerse encima de ella, pero volvió a resbalar y ella rodó por el suelo para zafarse de la bestia. Julia intentó levantarse, pero el hielo del porche se lo impidió. Entonces notó el súbito ataque del animal, esta vez por la espalda, sin pala que la protegiera, sin otra barrera que la parka: la tela era demasiado fina y sus fauces estaban demasiado cerca; ella gritó e intentó apartarlo con desesperada torpeza, y creyó oír un alarido, pero es probable que fuera el suyo propio... Goetz no paraba, así que volvió a chillar...

Y el sonido del disparo fue una auténtica sorpresa.

### III

El peso había desaparecido. Julia yacía allí, temblando de terror, apenas capaz de moverse.

—Zorra estúpida —dijo alguien, y eso le devolvió la conciencia.

Julia rodó por el suelo, invadida por el pánico, aunque de nuevo dispuesta a presentar batalla, hasta que vio a Mitch Huebner mirando a su perro con ojos airados.

Goetz no estaba herido. Al menos eso creyó Julia, aunque con aquella gruesa capa de pelo negro que lo cubría no resultaba fácil decirlo. Pero el perro —no, la perra— estaba acobardada y retrocedía hacia la decrepita caseta. El rifle, una vez cumplida la función de amedrentarla, colgaba bajo el brazo de Mitch Huebner.

Estaba en la cabina de la máquina quitanieves; la amarilla pala dentada apuntaba hacia la cabaña como si estuviera dispuesta a demolerla, y él aún no había dirigido ni una mirada a Julia. Apagó el motor, y ella esperaba que dejara el arma en el asiento, pero no lo hizo. Por primera vez se percató de que varios adhesivos del cristal que

había tras el reposacabezas del conductor lucían los nombres de organizaciones que se acercaban tanto a la extrema derecha que hacían que la Asociación Nacional del Rifle pareciera el Consejo Nacional Eclesiástico. Él bajó del vehículo y dio evidentes muestras de caminar hacia la caseta, donde Goetz seguía gruñendo, hasta que su dueño se agachó a su lado, murmuró unas palabras destinadas a calmarla y le dio lo que Julia creyó que era un hueso, pero luego comprobó que se trataba de una hamburguesa. La perra se apresuró a sentarse, esbozó aquel amago de sonrisa que ofrecen los perros cuando quieren hacerse querer y empezó a desgarrar la carne con todas las ganas con que, sin duda, habría destrozado la de Julia.

—Siento lo de la perra —dijo el señor Huebner, que ahora se hallaba a unos seis metros del porche y seguía sin mirar a su visitante. Una disculpa era lo último que ella esperaba, y su mente ya había empezado a urdir una o dos historias plausibles—. Rompe todas las cadenas que le pongo. Algún día le hará daño a alguien. Nunca tuvo mucho autocontrol. —Suspiró con fuerza—. Supongo que debería haber acabado con ella, pero la verdad es que quiero a esa vieja perra.

—Podría construir una valla —sugirió Julia.

Se sentó y se frotó el trasero, dolorido de la caída contra el hielo. El consumo de adrenalina la había dejado sin aliento. Él no le preguntó si se encontraba bien.

—Pues sí. Pero cuesta dinero.

—Algo tiene que hacer. —Resopló, jadeante—. Como bien ha dicho, podría hacer daño a alguien.

—Tampoco sus dientes son lo que eran.

—A mí me parecieron bastante afilados.

—Casi tengo que matar a esta estúpida perra. —Negó con la cabeza. La visera de la gorra a cuadros escondía su semblante—. La primera vez que me veo obligado a disparar. Creo que la ha acojonado de verdad.

—Es peligrosa.

—No tengo muchas visitas. No esperaba ninguna hoy.

Por fin levantó la vista; el rifle seguía bajo su brazo. Su rostro presentaba su habitual tono rojizo y mal afeitado, como si en las últimas mañanas hubiera optado por beber en lugar de afeitarse. Llevaba unos tejanos viejos, botas de caza que habían andado muchas leguas y un fino impermeable, como si quisiera demostrar que estaba tan acostumbrado a la gélida Nueva Inglaterra que no iba a dejarse asustar por una racha de frío.

—No era mi intención presentarme sin avisar. No conseguí contactar con usted por teléfono. Llamé, y bueno... la puerta se abrió, y entonces...

—No le habría hecho nada a menos que hubiera intentado entrar.

—Bueno, yo...

—¿Entró en mi casa, señora Carlyle?

Se sintió pillada en falta por un hombre blanco, una de las sensaciones que más detestaba. Mitch Huebner tenía derecho a matarla. Para colmo, tenía un rifle. Ella se

quedó con la boca abierta durante un instante mientras intentaba poner las palabras en el debido orden.

—Tal vez di un paso de más.

—Tal vez lo hizo. —Bajó el cañón del rifle—. Cuando yo era niño, eso se llamaba allanamiento.

Se produjo un silencio. Ella se percató de que él esperaba una disculpa.

—Lo siento, señor Huebner. No era mi intención. La puerta estaba abierta.

Creyó ver un atisbo de perdón en aquellos ojos yanquis, pero no podía estar segura.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora Carlyle?

—Ah, bueno, la verdad es que sí. Quería hacerle un par de preguntas si dispone de un minuto.

Julia se estremeció, en parte por el shock, en parte por un miedo nuevo, en parte por el frío. Sobre todo en los dedos. Se preguntó dónde había arrojado Goetz el guante.

—Espero que no sean sobre las farolas. No fui yo quien las tiró, señora Carlyle. —Su tono era hosco, pero enfático—. A lo largo de los años le he dado a un par de farolas, a algún que otro buzón, e incluso a un muro que estaba enterrado en la nieve. Sé lo que es. No choqué contra sus farolas.

Ella le sonrió: no fue un gesto fácil, con los dientes castañeteando por el frío y la adrenalina.

—Ya se lo dije, señor Huebner, y ahora se lo repito: no le echo la culpa de lo de las farolas. —Se frotó un codo magullado—. Sé que no las derribó. Lamento haber pensado alguna vez que fue usted.

Ahora le llegaba el turno de pensar a él. Ella se había disculpado. ¿Qué más quería? Entonces se encogió de hombros y subió al porche.

—Entre si quiere —dijo él, y esquivó de nuevo su mirada.

El señor Huebner parecía muy nervioso, incluso ahora que el tema de las farolas se había aclarado, y Julia tuvo la sensación de que recibía pocas visitas femeninas aparte de las que pululaban por los bares del extremo más sórdido de la carretera 48.

Siguiendo sus pasos, Julia Carlyle cruzó el umbral y se sumergió en su locura.

Todo estaba mal. Era algo sutil, pero inconfundible.

En la chimenea de piedra no había solo troncos quemados, sino largos y oxidados cuchillos que sin duda el señor Huebner había estado calentando en la lumbre. Encima colgaba un espejo sucio, pero la suciedad parecía deliberada, como si un crío hubiera emborronado la superficie con un rotulador. Tal vez solía mantener el espejo tapado: una raída manta, que una vez fue azul y que yacía en el suelo de madera, parecía del tamaño adecuado. Todas las ventanas estaban cerradas, a excepción de la que había en la puerta, y todas presentaban ramitas de algún arbusto —¿brezo?— pegadas a la abertura. Las persianas lucían dibujos de cruces hechas con pintura negra. Por toda la estancia se veían suficientes escopetas, rifles y semiautomáticas

para declarar una pequeña guerra, y probablemente para terminarla. Un par de Vírgenes de buen tamaño se alzaban a ambos lados de la entrada principal, como si fuera el sistema de alarma de un videoclub. Las puertas, cerradas a cal y canto, debían de dar a la cocina, el cuarto de baño, quizá a un dormitorio, aunque ella tuvo la impresión de que el señor Huebner solía dormir en el viejo sofá de piel roja, bajo una manta adornada con más dibujos de cruces. Un rótulo que colgaba de la pared reclamaba el poder blanco.

Oh, sí, esa visita había sido una gran idea.

En mitad de la sala, el señor Huebner se despojó de los guantes y los arrojó encima de la mesa, junto con la gorra. Cogió un paquete de galletas Oreo que parecían proceder de la temporada pasada: la parte superior del paquete estaba doblada con el mismo cuidado con que lo haría un niño.

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó él, que seguía rehuyendo su mirada.

—No, gracias —dijo Julia.

Permanecía muy quieta; se sentía apocada, asustada. La puerta principal seguía abierta de par en par. Él no le había pedido que la cerrara y, si lo hacía, saldría disparada hacia el coche: prefería habérselas con Goetz antes que enfrentarse a Mitch Huebner encerrada en su cabaña. Su locura era una cosa viva, ardía en su interior; incluso a esa distancia, ella creyó que podía inhalarla como si fuera humo de tabaco y, con el tiempo, contagiarse de su enfermedad.

—¿Qué quería preguntarme?

—Bueno...

Él siguió su mirada, que se posó en la bandera del poder blanco. Se rió.

—Eh, no se deje impresionar por eso. Solo sirve para asustarla. No significa nada. Julia sintió que cruzaba el frío y pegajoso río de la cordura.

—¿Asustar a quién?

Él la miró: había un brillo, aunque vacío, en sus ojos. Eran los ojos de un animal muerto, de esos que se ven por la carretera de noche.

—Creo que ya sabe la respuesta a esa pregunta, señora Carlyle. Si no, no estaría hoy aquí.

Julia luchó contra la necesidad de lamerse los labios. Fuera, el viento cambió. El perro aulló, y la brisa atravesó la parka y le hizo cosquillas en la espalda. No se lo preguntaría. Se negaba, aunque fuera de forma inconsciente, a preguntar.

Así que, vacilante, volvió al texto que se había aprendido.

—Usted... usted conocía al profesor al que mataron. Kellen Zant.

—Ah, ¿sí?

—Él vino a verlo. Quería el diario de su padre.

—Tal vez. —Cruzó los fuertes brazos. No se había quitado el impermeable, y Julia temió que debajo escondiera otra pistola, o quizá dos—. ¿Y eso qué tiene que ver con usted, señora Carlyle?

Ella no pudo evitarlo: sus ojos fueron posándose en el espejo sucio, en las



ventanas selladas, en los símbolos religiosos esparcidos por toda la sala. Ninguno parecía nuevo.

—Su padre se encargó de la investigación de la muerte de Gina Joule. Los Joule insistieron durante un tiempo y luego se cerró el caso. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que el culpable era DeShaun Moton. Su padre estuvo en la conferencia de prensa. —Ella observó su cara—. Por supuesto, luego se produjeron los tumultos, y el Landing arrastró cierta mala fama durante un tiempo. El escándalo supuso el final de la carrera de su padre. De hecho casi acabó con los Huebner en el Landing. Antes de que muriera Gina, los Huebner eran bastante importantes. Después, su padre... —no quería decir que Arnold Huebner se hubiera matado con la bebida, aunque, según Vera Brightwood, había sido más o menos así—, bueno, cayó en desgracia. Sus dos hermanas se marcharon de la ciudad. Usted se quedó, pero se trasladó aquí, donde no tenía que preocuparse por... Por...

Se calló. Miró a su alrededor como si lo viera todo por primera vez.

—Todo esto. Es por Gina, ¿verdad? —Caliente, caliente. Incluso mientras pronunciaba esas palabras, Julia fue consciente de que nunca se las creería—. Ella... le persigue. Le acosa. —Julia aguardó, pero Mitch Huebner estaba hecho de dura piedra de Nueva Inglaterra—. ¿Por qué? ¿Porque su padre acusó al asesino equivocado? —Señaló a las Vírgenes—. Espera asustarla. Con las cruces. Y eso de las ventanas es ajo, ¿verdad?

El rifle subió veloz y Julia se dispuso a salir corriendo, pero él se limitó a abrirlo para que el cartucho vacío cayera en la palma de su mano.

—¿Y qué si lo es? —dijo él, sin levantar la vista.

—Su padre nunca lo creyó. Nunca creyó que fuera DeShaun. Lo escribió en su diario. Todo gira alrededor de esto. Es lo que buscaba el profesor Zant. El diario de su padre. —Intentó recordar lo que había dicho Frank—. Había una familia poderosa implicada, ¿no es cierto? Que se estaba protegiendo. Kellen le dijo que podía demostrarlo y a cambio quería el diario.

—Tal vez lo quisiera, señora Carlyle, pero no pude dárselo. Se perdió.

—Eso cree todo el mundo. No estoy segura de creérmelo.

—Ofrecí una recompensa...

—Eso he oído. Pero creo que esa recompensa era un cuento. Creo que ha conservado el diario durante todo este tiempo, pero ha fingido no tenerlo para evitarse líos. Creo que Kellen le convenció de que se lo diera. Quizá le prometiera hacer justicia. No lo sé. Pero creo que usted le entregó el diario, y por eso él estaba tan seguro de saber...

—¿De saber qué, señora Carlyle?

—Quién mató en realidad a Gina Joule.

## IV

Julia se negó a sentarse en la casa y Mitch Huebner se negó a abandonar la propiedad, de manera que optaron por salir al porche, donde ella mantenía un ojo puesto en Goetz, que yacía hecho un ovillo y jadeando junto a la cadena rota. Ambos tenían sendas latas Bud en la mano, porque Julia no había querido ofenderle con otra negativa. Cada vez que él daba un buen trago, ella se llevaba la suya a los labios.

—Le contaré algo curioso, señora Carlyle. Nadie me pregunta nunca nada. Todos creen que estoy loco, que voy sucio; saben que procedo de la zona mala de la ciudad. Así que, aunque todos quieren saber qué diablos pasó aquella noche, nadie me pregunta nada a la cara. Cuando su Vanessa vino a verme, hace alrededor de un año, año y medio, era la primera en mucho tiempo, señora Carlyle. Quizá fui un poco brusco. No le conté mucho. No se lo debía. Lo que le dije fue que mi padre casi había sido expulsado de la ciudad por no poder averiguar quién mató a la pequeña Gina. En aquellos días el Landing no era como ahora, con todos estos universitarios, ejecutivos y gente así. Éramos solo un pueblo de campesinos. Cuando los Joule se instalaron aquí debíamos de tener a unos dos o tres profesores y todos vivían cerca del Town Green. Los necesitábamos, señora Carlyle. Necesitábamos su influencia. Su dinero. En aquellos días, el hombre más rico del pueblo era el señor Brightwood, el padre de Vera, que dirigía el banco. Pero su pequeña fortuna no habría significado mucho en una gran ciudad, ni siquiera en Elm Harbor. Así que los Joule eran personajes importantes. Igual que los demás profesores.

Mitch Huebner poseía la risa de un hombre grande, pero en ella subyacía la tristeza en estado puro. El viento sacudía la nieve de los gruesos árboles solitarios.

—En fin —prosiguió él—, los padres de la ciudad ya tenían su sueño: convertir el Landing en lo que llamaban ciudad dormitorio. Conseguir que los viajeros se instalaran aquí. Muchos de nosotros creíamos que tenían las cabezas huecas, pero ese era el sueño. Si Gina hubiera sido una chica del pueblo, todo habría ido de otra forma. Pero era la hija de un profesor universitario, señora Carlyle. ¿Ve la diferencia? Los Joule ejercieron toda la presión que pudieron, claro. ¿Quién podía culparlos? Merrill Joule llamó a todos los conocidos que le debían favores. Conocía al gobernador. El presidente de la universidad, un hombre llamado Cicero Hadley, el que desarrolló todo eso de los derechos civiles... en fin, el viejo Cicero estaba muy cerca de la gente de Nixon, así que los federales también presionaron. Y la señora Joule... Bueno, su familia poseía periódicos, y estos enviaron reporteros para que escribieran la gran historia.

Julia volvió a pensar en el trabajo de Vanessa.

—No hubo ninguna gran historia. Solo alguna breve mención en un par de

periódicos estatales, y poco más.

El señor Huebner asintió y bebió un trago. Julia se mojó los labios. Siempre había detestado el sabor de la cerveza, pero ahora le parecía menos malo de lo que recordaba. Los sonidos del bosque invernal la sosegaban. Se preguntó si se ablandaba con la edad, o si era el efecto de la cerveza el que provocaba aquel zumbido placentero.

—Cierto, señora Carlyle. La gran historia nunca salió a la luz. Según me contó mi padre, Merrill Joule cambió de opinión. Su hija estaba muerta, o algo peor, y poner en una situación comprometida a la ciudad no iba a devolvérsela. Los Joule nunca creyeron en la culpabilidad de aquel chico negro. Merrill decidió mantener la presión para descubrir la verdad, pero de un modo menos público. Era un progresista, señora Carlyle. A la vieja usanza, no esta mierda de ahora. De esos que creían en el sacrificio, en ayudar a los menos afortunados. El pueblo era pobre en esa época. Nada que ver con lo que es ahora. Y Merrill Joule no quería que su propia desgracia sirviera para empobrecerlo aún más. En cuanto a la señora Joule... bueno, prometió crear una fundación en nombre de Gina para enviar a la universidad a los hijos de las familias del Landing, pero antes de que pudiera llevarlo a cabo, ella... bueno, tuvo sus problemas.

Esto también lo recordaba Julia del trabajo de Vanessa. Después de la muerte de su hija, Anna Joule se marchó de viaje a Europa durante un año. A su regreso, su salud se deterioró rápidamente y se pasó la siguiente década de su vida ingresada en una serie de instituciones mentales, insistiendo en que su hija le hablaba por las noches. Por lo que se refería a Merrill, se suicidó, o se ahogó por accidente, en mitad de la noche en la playa del pueblo, cinco años después de que Gina muriera allí.

—Hábleme del diario.

—Es lo que estoy haciendo. —Mitch Huebner adoptó un tono filosófico. El hombre era una caja de sorpresas y Julia se preguntó si lo que la gente asumía como su talante lunático y su falta de interés por temas intelectuales no sería solo una pose—. ¿Sabe, señora Carlyle? Usted juzga en función de lo que dice la gente del pueblo. Pero ellos no dicen todo lo que saben. A usted no. Ni a su Vanessa. Son extranjeras, y no solo porque llevan poco tiempo por aquí: también porque... bueno, porque no vivieron lo que sucedió. Si observa cualquier ciudad de Nueva Inglaterra, encontrará una línea que la parte por la mitad: a un lado, está la gente que desconoce los secretos; al otro, está la gente que siempre ha vivido allí, que se aferra a la historia de la ciudad como los árboles a sus raíces. Excave esos secretos, expóngalos, y la ciudad entera temblará y caerá fulminada por la siguiente tormenta. —Bajó la cerveza e inclinó la cabeza a un lado—. Y también hay otra razón. Otra razón por la que la gente no le contará la historia. No se ofenda, señora Carlyle, pero usted no es... blanca.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Simplemente importa. Lo siento, señora Carlyle, pero así es la vida.

Ella hizo un esfuerzo para mantener una calma desacostumbrada.

—¿Cuál es el secreto, señor Huebner? ¿Qué esconde la gente de aquí?

Otro largo sorbo. Era la tercera cerveza para él, quizá la cuarta. Julia sostenía la segunda lata, aunque para ser sincera no recordaba haberse terminado la primera.

—Sí, señora Carlyle. Usted tiene razón. Yo encontré el diario. Apareció hace diez años en un archivador del sótano del ayuntamiento, junto con un montón de enseres personales de mi padre que iban a tirar. Pero ya no lo tengo. Como bien ha dicho, se lo di a Zant. —Levantó la mano antes de que ella pudiera formular la pregunta más obvia—. No sé qué hizo con él. Y nunca lo leí; ni siquiera lo abrí. Llámeme cobarde si quiere. La verdad es que no quería saberlo. Sin embargo, mi padre siempre me dijo que Gina salía con un chico, que se veía con un estudiante de la universidad.

—Ya lo había oído —dijo Julia, un poco decepcionada—. ¿Es eso lo que figura en el diario? ¿El nombre de ese chico?

Él asintió con la vista perdida en el bosque.

—Supongo. Pero mi padre me contó algo más, señora Carlyle. La noche en que Gina murió, hubo un testigo que la vio subir al coche con DeShaun...

—La señora Spicer. Su maestra.

—Exacto. La señora Spicer. Luego cambió la historia. —Esperó a que Julia dijera que eso también lo sabía, pero en esta ocasión ella hizo gala de más sentido común—. Lo que me contó mi padre es que luego volvió a su casa y le sacó la verdad. Al parecer Gina llamó a su puerta aquella noche, tal y como declaró la señora Spicer en el primer interrogatorio. La cosa no terminó ahí. Gina le pide permiso para usar el teléfono. Media hora después, cuarenta y cinco minutos tal vez, un coche deportivo avanza por la calzada. Dentro van dos chicos.

—¡Dos!

—Exacto. Dos chavales. Por su edad, universitarios. Blancos. Uno llama al timbre, pero la señora Spicer ve al otro en el coche. Y Gina... bueno, recibe al primero con un abrazo, pero la señora Spicer, que observa toda la escena desde la ventana, ve que la chiquilla monta en cólera al ver al otro chico allí. Gina y su novio discuten, ella parece furiosa, pero sube al coche. Nadie volvió a verla. —Mitch Huebner se encogió de hombros, apuró otra cerveza—. Mi padre le preguntó por qué había cambiado la versión. La señora Spicer dijo que tenía miedo. Mi padre pensó que una cierta cantidad de dinero habría servido para cambiar... —Se calló. Su mirada se posó en el bosque, escrutadora—. ¿Ha venido sola, señora Carlyle?

—Sí. Por supuesto. —Ella siguió la línea de su mirada, pero no vio más que la turbadora y silenciosa belleza del bosque nevado—. ¿Por qué?

—¿Está segura?

—Estoy segura, señor Huebner.

Cogió el rifle, que tenía apoyado en la puerta, y se lo colocó en su regazo.

—Hay alguien en mi bosque, montando un buen estrépito para no hacer ruido.

—Críos...

—Los críos no se acercan aquí, señora Carlyle. Mitch Huebner está loco. Mitch Huebner es un derechista fanático. Mitch Huebner se come a los niños para desayunar. Me tienen miedo.

Julia miró hacia el otro lado, sin ver nada.

—Ciervos, tal vez...

—O visitantes de Marte. No, es un ser humano. Bueno, si se acerca demasiado, Goetz se ocupará de él. —Hizo una rápida señal con la mano, y la enorme perra se incorporó, indemne, y se perdió entre los árboles nevados—. ¿Por dónde iba?

—Por lo que su padre le contó sobre la noche en que murió Gina.

Mitch Huebner asintió.

—Yo conocía a Gina. No muy bien. Un poco. Yo debía de tener... trece o catorce años cuando pasó. La veía por la ciudad. La miraba del mismo modo en que cualquier chaval de trece años de cualquier sitio empieza a mirar a las chicas guapas que son un poco mayores que él. Nunca la vi con un chico. Por culpa de esos padres. No es que no la quisieran, pero era su única hija y les había costado mucho tenerla, así que la protegían como si fuera la criatura más preciada de la tierra. La mayoría de los chicos tenían pánico de salir con ella. Gina era una verdadera belleza, pero Merrill Joule inspiraba terror. Ella podría haber tenido tantos novios como hubiera querido, con lo guapa que era.

Julia escondió la sonrisa detrás de otro sorbo de cerveza. Menudo amor juvenil había sentido Mitch Huebner por aquella chica.

—Da la impresión... de que la tenía en gran estima.

—No era solo yo, señora Carlyle. Era todo el mundo. La gente la apreciaba de forma espontánea. Tal vez porque... —Se interrumpió; entonces pareció leerle los pensamientos, porque giró la canosa barbilla a un lado y negó con la cabeza—. Eh, no me malinterprete. Yo procedía del otro lado del pueblo. Sí, mi padre era sheriff, pero Gina pertenecía a la universidad: el aceite y el agua no se mezclan. —Dio un sorbo más breve—. En fin, mi padre me dijo un día que es verdad lo que dicen: no se puede luchar contra las fuerzas de la ciudad. El tema es, señora Carlyle, que en aquellos días había gente que era simplemente intocable. No era como ahora, que la prensa persigue a cualquier político que no consigue mantener la bragueta cerrada. No, en esos días... —Volvió a callarse. Se puso en pie, rifle en mano, y ella se giró a tiempo de oír un grito furioso en el bosque, acompañado de los ladridos de Goetz—. Veamos quién anda por ahí —dijo Mitch, y caminó por la nieve con paso rápido.

Julia le siguió, no porque quisiera internarse en el bosque, sino porque quería oír el final de la historia. Se metieron entre los árboles, coníferas en su mayoría, tan altas y frondosas que sus ramas iban apagando la luz del sol. A pesar de que era mediodía, parecía que estuvieran andando al amanecer.

—¿Todo esto es propiedad suya? —preguntó ella.

—Baje la voz —susurró él, siguiendo el rastro de su perra con paso sorprendentemente ligero.

—Pero ¿quién...?

—Por favor, señora Carlyle. Confíe en mí.

Alcanzaron un claro. Goetz estaba allí, moviendo el rabo con alegría. Entre las pezuñas tenía un flamante mocasín negro, propiedad de un hombre de pies muy grandes. La punta presentaba un mordisco. Mitch Huebner se agachó y levantó el zapato con el cañón del rifle.

—Vaya. Parece caro.

—Sí —murmuró Julia.

—¿Lo quiere? Los zapatos bonitos no me sirven de mucho.

Julia negó con la cabeza. No quería tener nada que ver con eso.

—A mí tampoco —dijo ella.

Mitch Huebner se encogió de hombros y lo arrojó hacia el bosque, pero Goetz creyó que se trataba de un juego y salió disparado a por él.

Cuando regresaron a la casa, ella dijo:

—Escuche, señor Huebner. Lo que decía de Gina...

—Mi padre decía que uno tiene que escoger sus guerras, y que sería mejor para todos los implicados si escogía una guerra distinta.

—Encontró el diario hace diez años.

—Así es, señora Carlyle.

En la época en que un Jinete se presentaba a las primeras elecciones para el Senado mientras el otro iba para gobernador.

—¿Le dijo a alguien que lo tenía? Me refiero a diez años atrás. Mitch se encogió de hombros: un gesto que podía significar cualquier cosa.

—Pero le dio el diario a Kellen Zant. Y no volvió a verlo.

—Ajá.

Ella titubeó antes de formular la siguiente pregunta, dada su obviedad.

—¿Qué importancia tiene que no sea blanca?

Mitch Huebner negó con la cabeza. ¿Reconvención? ¿Negación? ¿O solo la típica y anticuada reticencia yanqui?

—¿Acaso...? —empezó a preguntar Julia, admitiendo por vez primera una horrible posibilidad—. ¿Está diciendo que el novio... ese chico de la universidad... era negro?

—Los chicos que fueron a recogerla eran blancos.

—Necesito saberlo, señor Huebner. Lo necesito.

Continuó aquel pétreo silencio.

Casi sumida en la desesperación, Julia volvió a intentarlo.

—Así que Kellen era el único que sabía el nombre de la persona con quien Gina se vio aquella noche.

Él asintió. De repente le había entrado la urgencia de limpiar el parachoques de la furgoneta con un trapo sucio y seco.

—¿Ve por qué no quiero saberlo? —Arrojó el trapo sobre el asiento trasero—. Lo

mataron por ello.

—Entiendo.

—Creo que es hora de que se vaya, señora Carlyle.

—Supongo que sí. —Hablaba con voz grave. Estaban sucediendo demasiadas cosas. Se recordó que Lemaster no estaba en el país. Aunque la hubiera conocido, y Mitch Huebner ni siquiera había confirmado el extremo de que el novio en cuestión fuera negro, él no estaba en el país—. Gracias por su tiempo, señor Huebner.

Un momento después se hallaba al volante del Escalade, pero en cuanto puso en marcha el motor, él apareció junto a la ventanilla. En su rostro había una sonrisa incómoda y le tendió un paquete pequeño.

—¿Qué es esto?

—Es del profesor Zant. Me pidió que se lo diera.

El miedo y la furia se mezclaron.

—¿Que me lo diera? ¿Y ha esperado hasta ahora?

—Dijo que se lo diera solo si me preguntaba por el diario de mi padre. Solo en ese caso. —Se alejó del coche. Ya no sonreía—. Es hora de que se vaya —repitió.

Ella condujo cerca de un kilómetro a través del bosque con la vista alerta por si descubría a un hombre al que le faltara un flamante mocasín nuevo. Algún pretencioso como Tony Tice, por ejemplo: según decían, había salido de la cárcel bajo fianza. Luego, al no ver a nadie, aparcó a un lado del arcén y abrió el paquete.

Cómo no.

Otro espejo.

O, mejor dicho, un trozo de uno.

Era el espejo barato que había comprado en Regalos Luma's, con la etiqueta todavía colgando del mango. El cristal estaba partido por la mitad, de forma desigual, de manera que solo reflejaba parte de su rostro, algo que en esas circunstancias le pareció apropiado. Y una tarjeta comercial —«A.W., BROOVER, LAND & DWIGHT, LAND SURVERYORS»—, y debajo, escrito a toda prisa con la letra despreocupada de Kellen: «—¿Secretario?».

Vaya, esto sí que iba a serle de gran ayuda.

Le dio la vuelta a la tarjeta, y en el reverso encontró otra nota escrita con la misma letra:

Mi querida y dulce J: Lleva el espejo al hombre íntegro. Y si te cuesta encontrar a Shari Byrd, toma un tren. Siempre tuyo, K.

Más juegos de palabras. Más absurdos.

Pero debajo del espejo había algo más. Dos páginas amarillentas arrancadas del diario perdido. Julia levantó la vista y miró hacia la carretera. Respiró hondo y empezó a leer.

## Dos reuniones

### I

Julia conocía la empresa Broover, Land & Dwight porque había realizado algunos de los esbozos que necesitaron para conseguir los permisos para Hunter's Heights: un arduo proceso plagado de obstáculos por parte del Landing, hasta que Lemaster fue a ver al concejal acompañado de su amigo Jerry Nathanson, director y socio del mayor bufete de abogados de la ciudad, quien se había tomado la molestia de calcular las costas de un juicio que los Carlyle acabarían ganando sin la menor duda. El pueblo cedió, se construyó la casa, y por un tiempo Tyler's Landing vivió sumido en la envidia. Que Lemaster y Julia poseyeran una casa tan hermosa y tal escasez de amigos entre los residentes había producido en Mona un estremecimiento de satisfacción nacionalista cuando Julia le contó la historia, mientras paseaba por las viñas de la propiedad que su madre tenía en Plaisance-du-Touch: «Deberías alegrarte —proclamó Mona— de tener algo que los caucásicos quieren y no pueden tener. Al margen de las Oprah Winfrey y los Tiger Woods del mundo, no mucha gente de nuestra raza puede presumir de eso». Existía incluso, según Mona, una palabra para calificar ese hecho; Julia sospechó que su madre se la inventaba de improviso, pero luego empezó a verla en varios de los ensayos de la gran mujer: «Afrofactofilia». La palabra, explicaba una radiante Mona, se refería a un deseo por parte de los caucásicos (como ella tenía a bien llamarlos, al igual que Lemaster) de poseer objetos recogidos y fabricados por la gente de la diáspora africana, otra de sus muestras de argot favoritas. «Nos odian, pero adoran nuestras cosas bonitas y valiosas —explicó—. Las anhelan». Entonces miró a su hija con sus ojos coquetos, y por un instante difuso Julia creyó comprender por qué su madre siempre había preferido a los hombres blancos. «Y a veces incluso anhelan nuestros bonitos y valiosos cuerpos».

Como Kellen había anhelado a Julia y había insistido en atraerla hacia su mundo incluso después de muerto.

Encontró la empresa en un establo reconvertido, situado al otro lado de la ciudad, y charló con Amy Warren, conocida por todos sus empleados, mayoritariamente masculinos, como «A. W.», sus iniciales, ya que en su campo las mujeres eran consideradas una especie de chiste. Y resultó que Amy recordaba a Kellen Zant e incluso había hablado con la policía después de su muerte. Lo había visto solo una vez, le dijo, y les contó que estaba buscando un terreno en la costa y que tal vez les encargaría algunos estudios.



—Le di mi tarjeta.

—¿Y luego?

—No volví a tener noticias tuyas.

Porque Kellen no buscaba terreno alguno, decidió Julia mientras conducía hacia la ciudad, ni tenía planes de construirse una casa. Lo que hacía, una vez más, era crear una pantalla de humo. O enviar una señal. La casa no era el tema. La señal lo era y, una vez más, Julia sospechó que iba dirigida a ella. Todo lo que aparecía garabateado en la tarjeta de negocios tenía que significar algo, y Kellen había supuesto que Julia lo averiguaría.

## II

Dado que el reverso de la tarjeta apenas era comprensible, Julia empezó con la parte frontal. Al fin y al cabo, el secretario de la universidad se apellidaba Land: era una conexión débil, pero no se le ocurrió nada mejor. Se reunieron para tomar el té en el club de la facultad, pero, vaya por Dios, Trevor Land confesó que apenas conocía al hombre: hoy día hay demasiados profesores y todo el mundo está tan ocupado...

—Progreso. Que todo sea por el progreso. Hoy día la cuestión es publicitarse o morir. Pero eso interfiere en nuestro esfuerzo académico, decana Carlyle.

Ella murmuró algo que sonaba a asentimiento.

La charla derivó hacia la moción de censura que propugnaba parte de la facultad, un ataque contra su marido motivado, al parecer, por una serie de factores: uno de los más importantes era su decisión de imponer una fusión entre los estudios de género y los estudios femeninos, tal y como recomendaba el comité presupuestario, pero aún más lo era su íntima amistad con el ocupante de la Casa Blanca.

—Lemmie está convencido de que no llegará a someterse a votación —dijo Julia.

—No sabría decirle. No pertenezco al senado de la facultad. Ni me interesa la política, decana Carlyle. Vive y deja vivir, ese es mi lema. Me preocupa la institución. —Esbozó una tímida sonrisa—. Y creo que su marido es lo mejor que le ha pasado a esta institución desde hace décadas.

Ella le devolvió la sonrisa.

Y entonces él la pilló por sorpresa.

—Según tengo entendido, decana Carlyle, usted y el profesor Zant habían sido amigos, por decirlo de algún modo.

—Por decirlo de algún modo —accedió ella, ocultando su creciente desazón detrás de un sándwich.

—Se lo comento solo porque él gozaba del apoyo y la amistad de algunos alumnos. De muchos, la verdad. Que están dispuestos a hacer cualquier cosa para ayudar, si se les pide.

—¿Ayudar en qué?

—En cualquier cosa que pueda surgir, decana Carlyle. Cualquier cosa que pueda surgir.

Resultaba evidente que el hombre se mantenía a la espera: le había pasado la pelota a Julia. Por fin, esta la aceptó.

—Gina Joule era su ahijada.

—Sí.

—Creo que Kellen Zant podía estar investigando lo que sucedió realmente aquella noche. —Silencio—. Corren muchas historias por el Landing. Viejos rumores. Dicen que la versión oficial de los acontecimientos tal vez no...

La palma de su mano, del color de la tiza e imperativa, detuvo sus comentarios.

—No es precisamente un tema del que me guste hablar, decana Carlyle.

—Lo entiendo. Pero usted estuvo más cerca de Merrill Joule que cualquier otra persona. —Dado que el secretario no creyó oportuno contradecirla, ella se armó de valor—. El senador Whisted era el ahijado de Merrill Joule. Me preguntaba hasta qué punto conocía a la familia.

—Los Whisted pertenecen a esa clase de gente que se molesta en conocer a todo el mundo, decana Carlyle. Como puede imaginar, les es muy útil en política. —Ella advirtió una nota de desagrado en aquella voz cultivada—. No me cabe duda de que el joven debió de cenar con ellos más de una vez.

—¿Así que conocía a Gina?

—Es de suponer que sí.

Eso confirmaba parte de la historia de Mary: la foto.

—¿Tenía alguna opinión sobre... la veracidad de la versión oficial? ¿Sobre si aquel chico negro fue... el asesino?

—Uno no se muestra muy dispuesto a discutir con la policía. Además, la familia es lo primero y todo eso. Prefiero pensar que uno haría lo que fuera para proteger a los suyos, por decirlo así. Además, no es a nosotros a quien nos corresponde castigar, no, señor. Eso le dije a Merrill. A Anna. Al joven Whisted. La venganza no le devolverá la vida, por decirlo así. Es mejor construir que destruir.

—¿El joven Whisted? ¿Se refiere a Malcolm? —El secretario bebió un sorbo de té, pero no dijo nada. Julia dejó la taza y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba—. El único contexto en que pudo darse esa conversación es si Merrill, Anna y Mal Whisted hubieran sabido quién lo hizo, y si esa persona aún estuviera viva.

—Debería quedar con el jefe Vallely.

—¿Con Bruce? ¿Para qué?

—Hable con el jefe Vallely —repitió él. Dio otro sorbo al té e hizo una mueca, anunciándole al mundo que todos los cambios solo servían para ir a peor—. Me parece que el jefe está investigando la muerte del profesor Zant, por decirlo así. No me sorprendería que fuera capaz de contestar al resto de sus preguntas.

—Nos reunimos un día y, francamente, no me gustó mucho el modo en que...

—¡Querida, mire qué hora es! Siempre es un placer verla, decana Carlyle, pero el trabajo no espera. Tengo una reunión esta tarde, fuera de la universidad. Me complacería mucho llevarla a su casa de camino, pero supongo que habrá venido en su propio coche, ¿verdad?

Cuando salió del club de la facultad, invadida por nuevas preocupaciones, no se percató de que Bruce Vallely se hallaba en su Mustang rojo al otro lado de la calle.

### III

Seguir a Julia Carlyle era una parte tangencial y menor de la investigación de Bruce. No esperaba que esa mujer se detuviera de repente a un lado de la carretera, se dirigiera a un tronco podrido y de él sacara la respuesta a las preguntas sobre Kellen Zant. O, si lo hacía, no había razón alguna para creer que dicho momento se produciría durante las tres o cuatro horas por semana que él se dedicaba a vigilarla. Sin embargo, nunca se sabía. Por escasas que fueran las posibilidades de que ella topara con la solución del acertijo mientras él la tenía a la vista, más disminuían si no la seguía nunca.

El Escalade, potente y pesado aunque a la vez suave y ronroneante, era una presa fácil de seguir por las calles de la ciudad. Ella no se dirigía a la autopista. Al parecer prefería volver al Landing por el camino más largo. Él se mantuvo a una prudente distancia: lo bastante cerca para pillarla si daba un giro inesperado y lo bastante lejos para que su presencia no fuera detectada en el espejo retrovisor.

Ella salió de los límites de la ciudad y entró en Langford, y Bruce redujo la velocidad, dejando más espacio entre ambos, porque el tráfico era menos denso. Langford parecía estar compuesto de locales comerciales y gasolineras. Julia conducía a gran velocidad. Había oído que le gustaba cantar mientras estaba al volante y se preguntó qué clase de música preferiría. Corría el rumor de que a Lemaster le gustaba el hip-hop. Le parecía difícil de creer, pero para gustos, los colores...

Alguien más la seguía. Un pequeño sedán blanco. De no haber frenado un poco, nunca se habría percatado de ello. Pero cuando Julia se detuvo en la gasolinera habitual para llenar el enorme depósito de su coche, el sedán se paró en el aparcamiento del restaurante de comida rápida que había enfrente. Bruce ni siquiera frenó. Pasó de largo y aparcó junto a un pequeño edificio de oficinas, desde donde podía ver el Escalade por el retrovisor exterior.

Perfecto. Tenía sentido. Había mucha gente interesada en el tema de Kellen Zant. Cuantos más creyeran que había convertido a Julia en la depositaria de sus hallazgos, más probable era que ella acabara encontrando el rastro.

Dedujo que nadie querría hacerle daño. La cuestión era encontrar lo que ella buscaba.

Acción.

El sedán blanco pasó ante él. Usó el mismo truco que Bruce: la siguió desde delante durante un rato, pero con menos cuidado. El conductor se paró a un lado a un par de manzanas. Bruce le vio la cara y se quedó tan atónito que a punto estuvo de perder de vista el Escalade.

Puso la marcha en el coche y la siguió.

Había reconocido al conductor del sedán blanco. Era aquel ayudante menudo que le había recibido, y despedido, en el despacho de Lemaster Carlyle.

## De nuevo en la calle Main

### I

A su llegada al Landing, después de la crítica conversación con Trevor Land, Julia aparcó en la calle Main justo cuando empezaba a nevar. Bajó del coche: necesitaba algo dulce y quería pasar por Cookie's, con la excusa de adquirir regalos para otros y caramelos de menta para el tarro que Lemaster tenía en la mesa de su despacho en Lombard Hall. Estaba furiosa.

Bruce Vallely. ¿De verdad esperaba Trevor Land que ella hablara con Bruce Vallely? ¿El mismo Bruce Vallely que, a la mínima muestra de apoyo, no dudaría en sacar a la luz el embrollo de Vanessa con Kellen? ¿Y que, según el relato que la Perla Negra Regina Thackery había hecho de la entrevista que Bruce mantuvo con su marido, había estado haciendo algunas preguntas de más sobre Lemaster?

Julia se dijo que lo mejor sería que Bruce Vallely aceptara una jubilación anticipada. Oh, era un hombre muy amable, se dijo a sí misma mientras andaba a toda prisa por la acera, intentando recobrar la calma. Bruce era hosco y torpe desde un punto de vista social, pero no parecía tener ni un ápice de maldad en todo su cuerpo. Grace le había adorado, sin duda. Pero los riesgos que implicaba cualquier clase de colaboración...

Cookie's estaba cerrado.

Qué raro. No recordaba que Vera Brightwood se hubiera tomado unas vacaciones en toda su vida, y nunca se ponía enferma. Lemaster solía decir que se libraba de los gérmenes arrojándolos, en forma de diatriba, sobre sus clientes.

Julia miró la hora: eran solo las dos y media y la confitería solía permanecer abierta hasta las cuatro y media. Vera cerraba los domingos y los lunes, pero era viernes. El escalón frontal había sido despejado y cubierto de sal, y, como Vera era demasiado tacaña para contratar a alguien, tenía que haberlo hecho ella misma, lo que significaba que la tienda había estado abierta a horas más tempranas. Julia llamó a la puerta; luego atisbó por el cristal para estar segura, pero la tienda estaba vacía. Perpleja, anduvo las tres puertas que la separaban de Regalos Luma's para preguntar a Lurleen Maddox, su única amiga, si la reina del cotilleo del Landing había sufrido un accidente o una desgracia familiar.

Pero la tienda de regalos también estaba cerrada. Julia se quedó plantada en la acera, mordiéndose el labio. ¿Acaso era día de fiesta en el Landing? No, porque la floristería estaba abierta. Lo mismo podía decirse de la Taberna de Greta, la agencia

inmobiliaria, la librería y la droguería CSV que ocupaban el terreno que antaño había sido la gran mansión donde Merrill y Anna Joule habían criado a su hija. Paseó la mirada por la calle. La tienda de antigüedades estaba cerrada. ¿Se habría ido Frank de la ciudad, dominado por sus temores? Entonces, ¿dónde estaban Vera y Lurleen? Obedeciendo a un impulso se encaminó a la librería, porque Daniel Weiss, el antiguo catedrático experto en Shakespeare que la regentaba, era un frecuente aliado de Lemaster en la búsqueda de libros antiguos. Tal vez Danny supiera qué estaba pasando.

Pero su ayudante la informó de que el señor Weiss había salido pronto. Al parecer, tenía una reunión.

—Ah, vale —dijo Julia. Inventó una excusa más bien pobre—. Lo había olvidado. Danny y mi marido habían quedado para comer.

—¿De verdad? Vaya. Tal vez lo he entendido mal. Creo que el señor Weiss dijo que iba a ver a la señorita Brightwood.

De nuevo en la calle, Julia reflexionó. ¿Por qué se preocupaba? No le correspondía la tarea de fiscalizar las amistades existentes entre los comerciantes de la calle Main, y si un grupo de ellos quería reunirse un viernes por la tarde no era asunto suyo. Ella misma pertenecía a un par de clubes sociales del Landing —como el ornitológico Caucasian Squawk Circle— y conocía la debilidad de sus dirigentes por evaluar la lealtad de sus miembros programando reuniones a horas intempestivas.

Pero Julia se rebelaba contra sus propias convicciones. Cuando se sentó al volante del Escalade, tuvo que reconocer que eran demasiadas coincidencias.

Trevor Land, que por casualidad resulta ser el padrino de Gina Joule, le dice que le esperan en el Landing esta tarde. Y de repente un puñado de antiguos residentes, comerciantes de la calle Main, se evapora... para celebrar una reunión.

«Te diré otra cosa que he oído sobre tu amigo Kellen —le había dicho Boris Gibbs el día que comieron juntos—. Alguna gente del Landing estaba bastante enfadada con él».

Julia respiró hondo. Tal vez todo eso fuera influencia de Mary Mallard y estuviera viendo conspiraciones por todas partes, pero ya con el Escalade en marcha y los dedos tamborileando sobre el volante, decidió que tenía que averiguarlo.

El instinto le dijo dónde buscar.

Julia se dirigió hacia el norte a toda prisa hasta abandonar el pueblo propiamente dicho. Observaba por el espejo retrovisor. Las casas estaban cada vez más dispersas en terrenos boscosos; luego cruzó un puente estrecho. Se hallaba en la zona norte, la mitad más rural del Landing, formada por amplios campos de un blanco perfecto moteados por tantos muros de piedra y tantas granjas como para inspirar a un ejército de poetas de Nueva Inglaterra.

La nieve se estaba transformando en lluvia.

Sabía que estaba tomando el camino más largo, pero era porque había distinguido un coche que iba detrás de ella y quería averiguar si él, o ella, seguían allí. El

Escalade superó una colina; el coche se mantenía a unos quinientos metros de distancia. Pasó por un sendero de coníferas y cuando miró hacia atrás volvió a ver el coche. Abandonó la carretera principal y tomó un sendero vecinal; se paró desafiante a la espera de que su perseguidor pasara ante ella, con el móvil en la mano por si acaso le hacía falta.

Nada.

Julia tamborileó con los dedos y contempló la carretera; miró la hora, vio cómo el cielo cambiaba de color pizarra a gris. Pesados copos helados caían sobre el coche. Al final decidió que debía de haberse equivocado y se reincorporó a la carretera. Cinco minutos después volvía a estar rodeada de árboles. Encontró Pleasant Road. En las profundidades del bosque, cerca del final del camino sin salida, se alzaba la casa de un apagado color rojo propiedad de Vera Brightwood.

Julia no frenó. Su coche trazó un amplio giro, derrapando sobre el asfalto resbaladizo, y tomó la dirección contraria.

En el camino de entrada de la casa de Vera había tres o cuatro coches. Uno era la camioneta Ford de Frank Carrington. Otro era un Infiniti azul que había visto en Hunter's Heights al menos media docena de veces. Pertenecía a Trevor Land.

«Alguna gente del Landing estaba bastante enfadada con él».

Tal vez todos los ofendidos se reunían por fin.

## II

Julia consiguió llegar antes que el autobús escolar por los pelos, y escuchó la cháchara de Jeannie y los cantos que salían del cuarto de Vanessa. La decana llamó para ultimar los detalles sobre la reunión con los contables que debía celebrarse la semana próxima, pero Julia, a pesar de entregarse a fondo a la conversación, notó que los asuntos de la facultad de teología le importaban muy poco en aquel momento. Seguía mirando por la ventana del salón como si esperara que las personas congregadas en casa de Vera decidieran concluir la reunión presentándose en comitiva en Hunter's Heights. Pensó en llamar a Lemaster, que estaba de viaje en Washington, pero no tenía muy claro qué contarle. Envió un correo electrónico a Mary Mallard en el que subrayaba la posibilidad de que algunos habitantes del Landing estuvieran metidos en algo; luego dio de merendar a las niñas y las puso a hacer deberes. Encerrada en el dormitorio, se tumbó en la cama con Coalición Arcoiris, se sirvió un vaso de vino y se dispuso a ver una película antigua. Cuando abrió los ojos, eran casi las once.

Jeannie había decidido acostar su perfecta personilla, pero Vanessa estaba en la cocina, sentada frente a la encimera negra, con un cuenco de cereales delante, enfrascada en unos deberes que había empezado demasiado tarde. Julia se paró ante

la pila, con la mente plagada de intrincadas conspiraciones, e intentó formular la pregunta que solo una persona en todo el mundo —precisamente la que tenía delante— no consideraría una locura. Pero antes de que pudiera hacerla, habló Vanessa.

—Ah, mamá, mientras dormías recibiste un mensaje de Mary. Dice que es importante.

—¿De Mary? —Julia se sorprendió. Al igual que Mona, la escritora solía evitar el teléfono para hablar de cualquier tema trascendente—. ¿Mary Mallard?

Vanessa asintió, mientras daba los últimos toques a una traducción de francés.

—Ajá.

—¿Te dijo si quería que la llamara?

—No llamó por teléfono.

—¿Me estás diciendo que ha venido a casa?

—No, mamá, no. —El inicio de una sonrisa oculta tras las trenzas. Vanessa, como Kellen, disfrutaba con el ingenio verbal—. Envió un e-mail.

—¿Te escribió a ti? No puedo creerlo.

—No, mamá. El e-mail era para ti.

—¿Lees mi correo?

—Bueno, deberías cambiar de contraseña algo más a menudo.

La voz de Julia temblaba de furia y de miedo.

—¿Qué has leído?

—Lo bastante para saber que estáis perdiendo el tiempo. Fue DeShaun. Nadie más. Solo DeShaun. Recuerda que soy la experta mundial en Gina Joule. —Vanessa no había levantado la nariz del libro. En la calma de la noche, su tono era tranquilo y convincente, la voz de una autoridad adulta. El estallido posterior llegó sin avisar—: ¿Por qué no podéis ocuparos de vuestras cosas? ¡Fue DeShaun! ¿Por qué no dejas esto en paz? ¿Por qué te dejas mangonear por esa mujer? Has pasado de todo durante toda tu vida, ¡pasa de esto también!

Vanessa temblaba, pero se obligó a poner una nota de calma en sus palabras.

—En fin, el correo dice que Mary ha encontrado al testigo que... Da igual. Ya lo leerás.

—¿Por qué estás tan alterada, cariño? ¿Qué pasa?

—Nada. —Dio la vuelta a la página y fingió leer—. ¿Cuál es el siguiente paso? ¿Buscar a Shari Byrd?

Julia, vacilante, apoyó una mano en el hombro de Vanessa.

—No debes inmiscuirte en esto, cielo. —Silencio, furioso y obstinado silencio—. Hablo en serio. Es por tu propio bien.

—¿Quién quiere inmiscuirse en esto? Solo tú y tus siniestros amigos.

—Prométeme que te mantendrás al margen. —La besó en la frente. Sin embargo, Vanessa se negaba a mirar a su madre. Entonces Julia, recordando el detalle del correo, dio un paso atrás—. ¡Y no vuelvas a leer los correos que reciben otras personas! ¡Sabes que no debes hacerlo!



—Fue DeShaun. —La letanía de nuevo. Parecía hundida, agotada. El doctor Brady a menudo advertía a los Carlyle de que se aseguraran de que Vanessa dormía las horas pertinentes—. Estáis perdiendo el tiempo.

—No te lo tomes como una falta de confianza, pero creo que cambiaré de contraseña.

—Buena idea.

Julia se sentó frente al ordenador, presionó el ratón y frunció el ceño.

—¿Cariño?

—¿Sí?

—¿Puedes enseñarme cómo se hace?

## Oración en familia

### I

Casi todos los domingos la familia asistía a la misa que se celebraba en la iglesia del Apóstol San Matías, en Norport, una congregación anglicana que, en opinión de su radical rector, había vuelto la espalda a la apostasía. La diócesis episcopal no lo había visto con buenos ojos, y el litigio subsiguiente para dirimir al verdadero propietario del templo todavía estaba pendiente de resolución. Cuando se apuntó el nombre de Lemaster Carlyle como posible presidente, el periódico del campus envió a un reportero a los servicios religiosos de San Matías; este asistió durante varias semanas y luego publicó un artículo en el que aseguraba, con tono bastante ofendido, que el rector, el padre Freed, parecía tomarse la Biblia al pie de la letra. Dos catedráticos de la facultad de teología fueron citados al respecto de los peligros inherentes a esa perspectiva.

Los dos servicios del domingo por la mañana atraían a una congregación racialmente integrada, mezcla de inmigrantes caribeños criados en la tradición anglocatólica que opinaban que sus homólogos norteamericanos eran incoherentes y desaliñados —los parroquianos se presentaban sin corbata; durante la consagración del vino y el pan, el cura miraba a los asistentes en lugar de volver la vista hacia el Señor, y, oh, para colmo, ¿qué era esa sandez de nombrar obispo a mujeres?—, junto a un grupo recalcitrante de la alta sociedad blanca, supervivientes dispersos de antiguas familias de Nueva Inglaterra que aún tenían que hacer las paces con el *Book of Common Prayer* que había sido revisado hacía un cuarto de siglo.

Lemaster absorbía su energía de la tradición. Para él, el concepto de «iglesia» designaba a una institución en activo en la que recaía la custodia de las enseñanzas históricas de los apóstoles —el «legado», como seguían llamándolo los más tradicionales— de las que el creyente, que pasaba por este mundo transitorio lleno de fe y de temor, no se atrevía a tocar ni una simple coma. Por lo que se refería a sus hijos, San Matías era la única iglesia que conocían. Julia nunca había soportado aquel penetrante aroma a incienso, perenne en cualquier estación aunque —a Dios gracias— ausente desde el Miércoles de Ceniza hasta la Vigilia de Pascua, que siempre parecía transformar la música del órgano en la inquietante banda sonora de las viejas películas de Drácula con Bela Lugosi que solía ver a altas horas de la noche en la tele en blanco y negro de su habitación, una comparación que nunca se atrevió a confesarle a su marido por miedo a que la acusara de irreverente. Sería un error

afirmar que nada significaba más para Lemaster Carlyle que la celebración de la eucaristía en San Matías, pero el número de cosas que le importaban más era muy reducido. Pese a toda su ideología progresista, Lemaster dirigía un hogar tradicional. Obtenía lo que quería. Y por eso, el tercer domingo después de Navidad, los Carlyle se enfrentaron a una tormenta de hielo que convertía el trayecto en una aventura, para llegar a la misa de once en Norport.

## II

El rector, con las manos llenas de manchas extendidas ante él, recitó con solemnidad la tradicional llamada al altar, tal y como aparecía en la versión de 1928 del *Book of Common Prayer*, ya que tanto el padre Freed como su menguante rebaño solo aceptaban palabras de este libro. «Aquellos que en verdad se arrepientan de sus pecados, alberguen amor y caridad hacia sus vecinos, intenten llevar una nueva vida que siga los mandamientos de Dios y avancen desde ahora según sus sagradas enseñanzas: acercaos con fe, reconfortaos con este santo sacramento y confesaos humildemente ante Dios Todopoderoso, poniéndoos de rodillas».

En un silencio plagado de rumores, la congregación se arrodilló sobre los listones de los bancos forrados de cuero rojo. La familia Carlyle, tal y como había hecho durante años, también asumió la postura, como solía expresarlo el ahora ausente Preston, el genio de la familia.

Todos excepto Vanessa, que permaneció sentada y carraspeó.

Su padre, con la cabeza inclinada, frunció el ceño y le tiró de la manga.

Vanessa negó con la cabeza y apartó el delgado brazo. En el altar mayor dos velas gemelas parpadeaban como si las agitara la brisa. Se oyó un estornudo. Un gemido.

—Debes confesarte, cariño —susurró Lemaster.

—No.

—No puedes recibir el sacramento sin confesarte antes.

—Pues no lo haré.

Su padre hizo una mueca.

—Pero esta es la finalidad de la liturgia eucarística.

—Ya lo sé.

—Vanessa, ¿qué pasa? —dijo él. Su voz seguía siendo un murmullo, pero ahora habían despertado ya la curiosidad ajena. No solo la de Julia y los chicos, sino también la de la señora Galloway, que dirigió una mirada reprobadora desde el banco de delante, y la de los miembros que quedaban del ingente clan Traynor sentados justo detrás. Julia sabía que una de las cosas que más odiaba su marido era dar un espectáculo delante de un público compuesto por blancos.

—Nada —replicó Vanessa, lo bastante alto como para que su voz fuera audible

desde el altar. Jeannie la miraba con asombrada fascinación.

—Vanessa —susurró Julia, acariciándole el brazo—. Vamos, cielo... —Subió de tono—: Cariño, por favor.

—¡No! —gritó Vanessa, y tras ponerse de pie, pasó ante su padre, y salió al pasillo; corrió hacia el vestíbulo o, en argot anglicano, hacia el nártex. Julia se dispuso a seguirla, pero Lemaster le ordenó con un ademán que no se moviera. Ella dedujo que eso significaba que iría él, pero su marido se limitó a inclinar la cabeza sobre sus manos cruzadas y apoyadas en el respaldo del banco delantero, y a reanudar su silencioso acto de contrición. Julia lo imitó: cerró los ojos para contener las lágrimas y rogó a Dios que la perdonara, a ella, a Vanessa, y también a Lemaster.

Pero de repente fue invadida por una cálida oleada de amor materno. Se puso de pie y, sin molestarse en dar explicación alguna a su marido, salió al pasillo y fue en busca de su hija.

### III

—No puedo volver a comulgar —dijo Vanessa.

Habían caminado en silencio durante unos minutos por la calle principal de Norport, ahora cubierta de nieve. Pasaba algún que otro coche, pero la zona comercial estaba casi desierta.

Julia asintió, como si esta aseveración fuera la más lógica y obvia del mundo. Se preguntaba qué estaría haciendo Lemaster, y por qué no las habría seguido. Supuso que estaría acompañando a Jeannie al altar.

—Muy bien —dijo por fin.

—¿No vas a preguntarme por qué?

—¿Quieres que te lo pregunte?

—¡Oh, mamá, por favor! ¡No me vengas con eso! Ya tengo bastante con el psiquiatra.

Julia cedió, y en consecuencia intentó deslizar un brazo sobre los hombros de su hija, pero Vanessa se zafó de ella.

—Vale, dime por qué no puedes volver a comulgar.

—Porque no albergo amor ni caridad hacia mis vecinos. —Movía las manos, alterada—. Eso es lo que dice la oración, ¿no? No siento ni amor ni caridad, y...

Una vez más, Julia probó a abrazarla, sin éxito.

—Cariño, no te lo tomes al pie de la letra. No se trata de sentir amor y caridad hacia todos los vecinos.

Vanessa se puso rígida.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces qué significa? —Mientras Julia buscaba una respuesta, su hija saltó de nuevo—: Da igual. Lo siento, mamá. Yo... Mira, no es culpa tuya,

¿vale? Es solo que... —Por un instante, tan fugaz que más tarde Julia se preguntaría si se había producido de verdad, los ojos de Vanessa se humedecieron; al momento volvían a estar secos—. No puedo hacerlo. Nunca más.

—Por eso existe la confesión previa a la comunión, cielo. —Julia, cuyas creencias en los detalles de la tradición anglicana tendían a ser difusos en el mejor de los casos, no disponía de muchos argumentos. Sin embargo, presentía la proximidad del trauma del que la había advertido Vincent Brady—. Aunque no puedas contármelo, siempre puedes decírselo a Dios.

—Mira, prefiero dejar el tema, ¿vale? ¿Podemos hablar de otra cosa? ¿Por qué siempre tenéis que hablar de todo?

A veces Julia se descubría asumiendo la defensa de una postura sin tan siquiera darse cuenta.

—Supongo que te refieres a tu padre y a mí.

Vanessa se había detenido delante de una tienda de ultramarinos de aspecto vulgar que parecía dejar la carne en el escaparate mientras estaba cerrada, lo que a Julia le pareció no solo mal, sino probablemente una violación de al menos dieciséis cláusulas del código sanitario.

—Me refiero a todo el mundo. Todos quieren hablar. Todos quieren que hable. Pero ¡hay cosas de las que simplemente no se puede hablar!

—¿No puedes hablar de ellas conmigo? ¿O con nadie?

—¿Por qué adoptas esta actitud? —exclamó Vanessa. Se apresuró a dar media vuelta, y siguió hasta la próxima manzana—. Mira. No quiero volver a la iglesia. No quiero confesarme más. No quiero hablar con Dios.

—¿Ya no crees en Dios?

—No he dicho eso. Lo que he dicho es que no quiero hablar con Él. Ya no...

Se calló y aceleró el paso. Julia se vio obligada a hacer lo mismo para mantener el ritmo de su hija.

—Vanessa, por favor. ¿Puedes decirme qué pasa? —Esta vez consiguió abrazarla, pero fue como abrazar a una serpiente nerviosa—. ¿Alguien te ha hecho algo? ¿Fue Kellen? ¿Se trata de Kellen? ¡Basta ya, Vanessa!

—Mira, olvídalo, ¿vale? Olvida lo que he dicho. Lamento haberme ido de la iglesia. Olvídalo.

Julia también tenía carácter, aunque los consejos de Brady le habían enseñado a controlarlo: sobre todo cerca de Vanessa. Pero a veces le costaba demasiado. Dijo, en el tono más dulce que pudo adoptar, pero con más dureza de la que pretendía:

—Vanessa, te quiero. Andaría sobre las brasas por ti. Eso ya lo sabes. No sé lo que te turba, pero, sea lo que sea, solo quiero ayudarte. Quiero que seas feliz.

Como era de esperar, el discurso fue un completo fracaso.

—¡Feliz! ¡Quieres que sea feliz! Sí, cariño. Claro que sí.

—Entonces di al senador Whisted que abandone la carrera. ¿Qué?

—Van a nominarlo, ¿no? —Las lágrimas fugaces volvieron a aparecer, solo para

esfumarse enseguida—. Bien, ¡pues no dejes que lo hagan!

—Cielo...

—Papá puede conseguir cualquier cosa, ¿no? Puede hacer que despidan a alguien con solo una llamada de teléfono. Si le dice a Whisted que abandone la carrera, él lo hará.

Julia se quedó inmóvil, temblando bajo el viento, con las manos en los bolsillos, incapaz de ceder a la voluptuosa posibilidad de que el misterio se resolviera por fin. Había querido que fuera Scrunchy, pero ahora las pruebas apuntaban en otra dirección. Kellen había enviado a Mary una foto de Mal Whisted. Maureen Whisted había advertido a Julia de que todo el mundo escondía esqueletos en el armario. Mitch Huebner había emprendido la búsqueda del diario de su padre hacía diez años: precisamente durante la primera campaña de Mal Whisted para el Senado. Ahora Vanessa, que se autoproclamaba la experta en el caso e insistía en la culpabilidad de DeShaun, creía sin embargo que Malcolm Whisted tenía que retirarse antes de que se celebraran las primarias.

El tono de Julia era amable pero implacable a la vez.

—¿Guarda esto alguna relación con Gina?

Vanessa elevó la barbilla y su gran boca empezó a moverse. Poseída por una momentánea emoción, Julia creyó que su hija iba a explicarse. Luego Vanessa negó con la cabeza.

—Mira, ni siquiera fue idea mía, ¿vale? Él me dijo...

Se tapó la boca y sacudió la cabeza; el viento le bufaba la chaqueta. Estaban cerca, tan dolorosamente cerca...

—Venga, cielo —susurró Julia con dulzura—. Cuéntamelo.

Vanessa lo intentó. Levantó la mano, como si en ella llevara la respuesta, y dijo:

—Él me dijo que lo intentara...

Y se paró.

—¿Quién te lo dijo, cariño? ¿Quién te dijo qué?

—Da igual, mamá. No tiene importancia.

—Pero, cielo...

—No. —Con las manos extendidas y las palmas vueltas hacia abajo, un gesto de negación típico en Vanessa desde la infancia. Podía mostrarse tan implacable como su padre. A veces la convivencia con ambos parecía extraer todo el oxígeno del aire—. Ya está, ¿vale? Déjalo estar.

«Sé firme y cariñosa a la vez —había dicho Brady—. No la interrogues. No la acorrales. Pero no olvides ni por un momento quién es la madre y quién la hija, y no le permitas que lo olvide».

—Muy bien, Vanessa. No hace falta que hablemos de esto ahora. Pero volvamos dentro. —Un toque de acero, para demostrarle que el lado de Harlem podía ser tan duro como el de las Barbados.

—No.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que no. No pienso ir.

Más acero.

—Vanessa, esto no es ninguna encuesta de opinión.

—Ni yo expreso una. Expreso un hecho. No puedo entrar ahí.

Entonces la joven se calmó.

—Mira, de verdad que no puedo entrar. Lo siento. No quiero faltáros al respeto, pero no puedo entrar ahí. Es la verdad. No me obligues, por favor.

Julia observó el rostro turbado de su hija, vio las lágrimas anegar sus ojos y notó que también los suyos se humedecían. ¡Oh, Vanessa! Cariño, ¿qué te pasa?

—Entonces me quedaré contigo aquí fuera.

—No hace falta.

—Quiero hacerlo.

—No, no, está bien. —Rozó el abrigo de su madre con un gesto que era afectuoso y displicente a la vez—. De verdad. Vuelve a entrar. A lo mejor aún quedan gofres.

—Vanessa...

—Estoy bien, mamá. De verdad. Te prometo que no quemaré nada, ¿vale?

—No es eso lo que...

—Mira, mamá: no soy ninguna niña. Solo quiero estar sola durante unos minutos, eso es todo. —Sus ojos imploraban—. Por favor, mamá. Confía en mí.

Julia sabía lo que diría Lemaster, pero en esta ocasión era a ella a quien correspondía decidir. Vincent Brady les había aconsejado que demostraran más confianza en Vanessa, así que decidió darle una oportunidad.

—De acuerdo, cariño. Saldremos en quince minutos. Quizá menos.

—Os espero en el coche.

—¿Me lo prometes?

Vanessa le dio una leve palmada en el hombro.

—No te preocupes. Si te digo que os espero en el coche, ahí estaré.

—Muy bien.

Pero no fue así.

No la encontraron hasta diez horas más tarde.

# TERCERA PARTE

## Compensar el mercado

**COMPENSACIÓN DE MERCADO:** En economía, el proceso a través del cual los mercados buscan el equilibrio, ya sea mediante el crecimiento del suministro para satisfacer un aumento de demanda, o mediante el descenso de la demanda debido al incremento de precios. La mayor parte de los economistas aceptan que la compensación de mercado se produce sin demasiada intervención externa, pero son muchos los que creen que, en ausencia de legislación, los complejos mercados de hoy a menudo no se compensarán de manera eficaz. Sigue abierto el debate sobre si la intervención tiende a mejorar o empeorar el funcionamiento del mercado.



## De nuevo en Boston

## I

—Te advertí que no tuvieras hijos, Julia —susurró Byron Dennison, con el poderoso rostro contraído por la agonía.

—Oh, Bay, no es verdad. —Le limpió la boca con una servilleta de tela. Muy en contra de su formidable voluntad no había tenido más remedio que ingresar de nuevo en el hospital: varias funciones corporales se habían puesto de acuerdo para fallar. Sin duda sus parientes, los que le quedaban, correrían a su lado. Políticos y celebridades habían hecho su aparición hacía ya tiempo para salir en la foto y mentir sobre el profundo afecto que profesaban a ese viejo arisco, etcétera, etcétera, pero la espera de la muerte había quedado en manos de un pequeño puñado de acólitos, que en su mayoría estaban muy ocupados con sus respectivas profesiones para esperar demasiado. Lemaster lo había visitado tres veces esa semana—. Lo único que dijiste fue que hay dos clases de personas: las que son padres y las que se divierten.

Él tosió, se rió y escupió. Alzó una mano hacia ningún sitio en particular. Disponía de una habitación privada, bonita y cara, pero que seguía impregnada de aquel olor que nos hace evitar los hospitales. Aunque su cuerpo se desmoronaba, el ojo bueno todavía mantenía su chispa y su privilegiada mente parecía más aguda que nunca.

—¿Y os divertís? ¿Tú y el Pequeño Master? ¿Ves? Tenía razón.

Cambió de postura. Julia recolocó las almohadas. Acababa de dejar a Aaron en el colegio y planeaba pasar un par de días en Boston: el motivo explícito era estar junto a Byron, pero también tenía previsto reunirse con Mary Mallard.

—Él te quiere, Julia. Recuérdalo. Te quiere tanto como le es posible querer. Escucha. Es un hombre herido. Diablos, todos lo somos. El Pequeño Master es un hombre herido, yo lo soy. Sí, tú eres una mujer herida, pero para las mujeres es distinto. A vosotras se os permite estar heridas. A nosotros no.

—Eso está un poco anticuado, Bay.

—Yo estoy un poco anticuado. Lemaster está un poco anticuado. Tiene ocho años más que tú, Julia. Esos ocho años suponen una gran diferencia. Pertenece a otra generación. No lo olvides. ¿Sabes cuál es la mayor diferencia entre los hombres de antes y los de ahora? Nosotros no llevamos las heridas como medallas. Llevamos las medallas como heridas. ¿Lo entiendes? —La parte izquierda de su boca no se cerraba del todo. Ella volvió a limpiársela—. Si te digo que te quiere tanto como le es posible

querer, lo digo en serio. Nunca te haría daño. Nunca. Ni a ti ni a los niños.

—Cualquier persona en la situación adecuada...

—Querrás decir en la situación inadecuada. Y él no es cualquiera. Es el Pequeño Master. Su dedicación absoluta al deber y las obligaciones no le concede un solo minuto para pensar en quién es de verdad. Si te traicionara, te enterarías al día siguiente. No podría ocultarlo. Eres su mujer, pero yo lo he conocido desde mucho antes que tú. Tú das estabilidad al mundo del Pequeño Master, Julia. Fin del discurso.

Y así fue. Bajó la cabeza, parpadeó y su respiración se hizo más pesada. Uno de los múltiples monitores cambió el ritmo del zumbido y ella se preguntó si debía avisar a la enfermera. Solo se permitía una visita, pero no había nadie esperando y, además, Bay le había pedido que se quedara un rato.

—¿Necesitas algo? —dijo ella.

—Un soborno para san Pedro. —Julia sonrió. El ojo bueno la buscó—. ¿Lo ves? ¿Lo ves? Esta es la clase de comentario que nunca podría hacer al Pequeño Master. Detesta que bromeen con su fe.

—A veces puede ser un poco... pomposo.

—Y una mierda. El Pequeño Master no es pomposo. Lo que pasa es que no tiene sentido del humor.

—Bay...

—Lo sé. Lo sé. El otro asunto. —De repente apoyó una mano sobre la de Julia. Ella sostuvo la carne fría y le dio calor—. Mi consejo es que lo olvides.

Julia se quedó estupefacta.

—¿Que lo olvide?

—Escucha. Tienes una hija a la que cuidar. Tienes a tu pequeña. Tu trabajo, tu matrimonio... Un millón de cosas que hacer. Hay personas que malgastan sus vidas intentando reunir suficiente poder para influir en una campaña electoral. —Su tos era profunda, seca y sibilante—. Déjaselo a ellos, Julia.

—No me interesa la política, sino la justicia.

—La justicia. —Emitió algo parecido a un bufido de desprecio—. Deja que te diga algo. La gente que pide justicia causa más desastres en el mundo que todo el resto de... No importa. No importa. Soy viejo. Casi estoy muerto. No me hagas caso.

No hacerle caso era lo último que Julia deseaba. Anhelaba su consejo, sobre todo porque, a diferencia de la mayoría de los adultos que componían su mundo, era un hombre maduro. Al otro lado de los amplios ventanales, el sol de la tarde se ponía en un cielo despejado y perfecto.

—Si uno de los candidatos mató a esa chica...

—¿Sabes qué decía Lincoln? En política, el estatus de las limitaciones debería ser corto.

—Vamos, Bay. No estamos hablando de acostarse con la chica equivocada o defraudar a Hacienda. Hablamos de alguien que mató a una adolescente y encubrió el hecho. Y quien lo hizo es ahora senador o presidente...

—Sí. Quizá. Tal vez. Es posible. Se dice. Esto es lo que está destruyendo nuestra democracia, Julia. Todo se formula en condicional. Todo es un rumor. Pero aparece en televisión o en internet, así que debe ser cierto. Sobre todo si beneficia a nuestro bando. Si beneficiara a los malos, se convertiría en juego sucio, en mala práctica política, ¿no es así? —Para asombro de Julia, Bay consiguió sentarse. Una de las máquinas lanzó una airada protesta y convenció a una segunda de que se uniera a ella —. Si dispones de hechos, no hablo de rumores, ni ideas, ni conjeturas, sino de hechos contrastables, llévalos a las autoridades. Al FBI, a la CIA. Me da igual. —Se dejó caer de nuevo, exhausto—. Pero, si no es así... Si lo único que tienes son rumores, habladurías, fuentes anónimas y toda esa mierda... no lo remuevas. Olvídalo. Acepta el consejo de este perro viejo. Aunque también puedes ignorarlo. — Cerró los ojos.

Se produjo una interrupción: entró la enfermera y se dedicó a trajinar en las máquinas y a tomar notas con un lápiz electrónico en un pequeño ordenador. Bay coqueteó con ella sin entusiasmo. La enfermera esbozó una sonrisa cansada. La pausa fue bien recibida, al menos por Julia, porque ya no sabía qué decir. ¡Las autoridades! Eso era típico de Bay, alguien que había formado parte de la estructura de poder durante mucho tiempo. Julia recordó que en su época de estudiante en Dartmouth, los alumnos negros, ella incluida, levantaban sus voces para condenar a cualquier miembro de la nación oscura que hubiera alcanzado una posición influyente, basándose en la insidiosa teoría de que el éxito era ya una prueba evidente de su deslealtad a la raza.

Se rumoreaba entonces que el representante Byron Dennison estaba respaldado por el poder blanco, que había hombres ricos que impulsaban su carrera; no importaba que ese fuera el único modo de entrar en el Congreso. Pero ahora dicha mención de las autoridades sumía a Julia en el pánico solo con pensar en Vanessa, cuya relación con Kellen quedaría al descubierto si se emprendía una investigación oficial. Además, Byron Dennison parecía ponerse a favor de Lemaster en una discusión que Julia y su marido habían ensayado una docena de veces. La fe de su esposo en las versiones oficiales había sido un tema de disputa ocasional entre ambos a lo largo de los años. Julia, como tantos otros que se habían criado en el privilegio y el progreso de la América africana, albergaba una desconfianza natural hacia la maquinaria del gobierno. Quizá se debiera a la influencia de Mona la Loca, que seguía predicando a sus muchos seguidores que Estados Unidos era el origen de la mayor parte de la maldad del mundo. Quizá fuera la influencia del sector de las relaciones públicas comerciales, en el que, en una de sus muchas otras vidas, Julia había intentado desenvolverse. O quizá —como argumentaba siempre Lemaster sin importarle lo mucho que la hería— se trataba solo del modo en que Julia se redimía de su muy acomodada situación ante los menos privilegiados de su comunidad, con quienes apenas había tenido contacto durante su infancia en New Hampshire, y bastante menos desde entonces.

Cuando la enfermera se hubo ido, Byron Dennison suspiró. Respiraba con dificultad.

—¿Bay?

—Sigo aquí.

Ella se humedeció los labios, y deseó disponer de algo a mano para poder refrescarse la garganta.

—Bay, lo que pasa es que no puedo acudir a las autoridades. No puedo. —Por un instante su voz se debilitó—. Lo siento.

—Es decisión tuya, no mía. Ya te lo he dicho: ignora mi consejo si lo prefieres. —Ahora su tos era más seca, un sonido mucho más desagradable—. Te contaré otro secreto. Si tu hija no te ha dicho adónde fue... bueno, sus razones tendrá. Es una chica lista. Siempre me ha caído bien. Ha tensado un poco las riendas, ¿eh? Bueno, eso es lo que hacen los purasangres, Julia. Y tu Vanessa es una purasangre. Tiene buenos genes. Da igual. No me hagas caso. Estoy cansado.

—Bay...

—Calla. Estoy durmiendo.

—No es verdad.

Él sonrió con los ojos firmemente cerrados.

—¿Dónde me has dicho que la encontrasteis? ¿En una discoteca?

—En realidad fue el responsable de seguridad del campus quien dio con ella. La localizó en una discoteca. Su amiga Smith, Janine Goldsmith, la recogió de la iglesia y la llevó a la estación de ferrocarril. Vanessa se fue a Nueva York. No quiere decirnos dónde. Dice que no halló lo que andaba buscando, pero también se niega a decirnos qué era. Tomó el tren de regreso y luego un taxi hasta la discoteca...

—Tal vez solo necesitara un respiro.

—Tal vez. —Julia se calmó. Había perdido los estribos como nunca. También Lemaster, pero con el doctor Brady, no con Vanessa. Tenía la intención de despedirlo en cuanto consiguiera a otro terapeuta—. Pero no lo creo. Creo que tenía que ver con... Da igual. El tema es que Vanessa está castigada. No puede ver a Janine, ni hablar con ella, chatear con ella, nada. —Julia se paró porque la habitación temblaba y las máquinas le rugían en los oídos, aunque lo más probable es que el zumbido procediera de su propia sangre—. En fin, Bruce Vallely la encontró en la discoteca, bailando con tipos que le doblaban la edad. Ella dijo que solo quería divertirse un poco antes de ser demasiado vieja. Divertirse todo lo que Gina no pudo. —Por segunda vez necesitó un momento para sosegar al recordar que la única defensa que argüía Vanessa era que no había tenido elección—. Ah, y era menor, así que la discoteca debería haberle prohibido la entrada aunque no bebiera alcohol. Supongo que a estas horas Lemaster ya ha conseguido que les retiren la licencia.

—Bien hecho.

—Le enseñaste tú, ¿no?

—¿A qué?

—A ejercer el poder. Cómo hacerlo. Cuándo.

El ojo bueno se abrió. El sudor perlaba la carne gris.

—Se lo expliqué a todos. Usa el poder como te venga en gana. Hazte rico. Ayuda a los pobres. Lo que sea. Lo importante es usarlo sin cesar. Si lo dejas, alguien lo tomará por ti. El poder tiene que ejercerse para ser real. —Tosió—. Si lo usas, la gente decidirá que eres alguien poderoso y se acostumbrará a hacer tu voluntad, lo que te dará aún más poder. Pero no intentes usarlo para conseguir justicia. La gente es real, la justicia es abstracta. Y son las abstracciones las que empiezan a matar.

Julia, empírica por formación, odiaba las abstracciones: esa era una de las razones por las que no había vuelto a pisar un aula desde que asumió el cargo en la facultad de teología. Se mordió el labio inferior.

—Bay, hay otra cosa que...

—Que no le cuente al Pequeño Master de qué hemos estado hablando. Ya me acuerdo.

—Lamento ponerte en esta situación, Bay. Sobre todo ahora.

—Guardo muchos secretos, Julia. Es lo que hace la gente como yo para ganarse la vida. Guardamos secretos. —Se atragantó—. Estoy anticuado. Me enseñaron que uno debe llevarse los secretos a la tumba. Hoy día le cuentas un secreto a alguien y en lo único que piensa es a qué periodista llamar primero. No hay integridad. No hay honor. Y, Dios lo sabe, no hay lealtad. No pueden mantener la boca cerrada. Solo quieren ver sus nombres publicados, aunque sea bajo la fórmula de una «fuente anónima» o una «persona del entorno cercano». Y los periodistas son igual de malos y los apoyan. Parecen pensar que el hecho de que alguien mantenga el anonimato ya es una prueba de que dice la verdad. Como si un hombre honrado fuera a traicionar la confianza depositada en él por sus socios. Lo siento. Fin del discurso. No me hagas caso.

Ella apenas le había oído.

—Es solo que Lemaster está sometido a... mucha presión. No creo que entienda por qué tengo que hacer todo esto.

Un resoplido quedo, esforzado.

—No te preocupes, Julia. Yo te comprendo. Ahora escúchame. ¿Me escuchas?

—Por supuesto. —Le apretó la mano, porque de repente no estaba segura de si Bay la veía.

—¿Sabes qué querría saber yo si estuviera en tu lugar?

—Dime.

—No querría saber dónde fue mi hijita durante las horas que pasó en Nueva York, sino «por qué» mi hijita se fue unas horas a Nueva York. Es lista, ya te lo he dicho. Y tozuda como su madre. Me pregunto si tenía...

El ojo volvió a cerrarse, y se durmió.

## II

—¿Qué dijo exactamente sobre esa Dama Negra? —preguntó Julia. Ella y Mary estaban cenando en un restaurante de Cambridge, situado al otro lado de la plaza en que se ubicaba el hotel Harvard, donde Julia se alojaría aquella noche. Había intentado ponerse en contacto con su hijo Preston sin el menor éxito y había escogido aquel hotel para estar cerca de él, pero albergaba la retorcida sospecha de que no contestaría a sus llamadas hasta que se hubiera marchado de la ciudad—. Antes de que lo detuvieran, Tony Tice estuvo entrevistando a las Perlas Negras. Al parecer creía que la Dama Negra tenía que ser una de nosotras.

Mary pinchó un pedazo de pollo asado acompañado con ensalada de rúcula. El plato no estaba en la carta, pero su encanto natural había convencido al camarero de que se lo prepararan. Como muchos fumadores empedernidos, cuidaba su alimentación. Los estudiantes que llenaban la mesa contigua estaban montando un buen alboroto. Mary le había asegurado que el mejor lugar donde mantener una conversación privada era en medio de una multitud.

—Solo que la Dama Negra le ayudaba en su investigación. Ah, y que era una de sus antiguas novias. —Esbozó una sonrisa tensa—. No te preocupes, no podía ser tu Vanessa, porque Kellen dijo que la Dama Negra llevaba bastante tiempo rondando y había visto muchas cosas.

Julia dio un buen mordisco a su calórica hamburguesa.

—¿Y por eso creíste que era yo? ¿Porque soy una de sus antiguas novias?

—A no ser que también se haya acostado con otra Perla Negra. —Vio la expresión de la cara de Julia—. Lo siento, soy demasiado brusca.

—Ya.

Mary cogió un poco de rúcula con el tenedor; luego pareció pensárselo mejor y la devolvió al plato.

—Pero luego llegué a la conclusión de que estaba equivocada. Me quedó muy claro que la Dama Negra que le ayudaba en su investigación y la novia de Nueva York que correría por él el riesgo del inventario eran dos personas distintas.

—Una de sus antiguas novias —dijo Julia. Una idea empezaba a tomar forma, aunque aún no estaba preparada para compartirla con Mary. Su voz adoptó un tono imperativo—. Háblame de la relación entre Tice y Kellen.

—Eres una mandona, ¿lo sabías?

—No tienes ni idea —dijo Julia, encantada en secreto con aquel nuevo yo, mucho más parecido a su antigua personalidad que a la que compartía mesa y cama con Lemaster. La Semipreciosa se había esfumado. La Joya había vuelto.

—Bueno, solo sé lo que me contó Kellen. Tony tenía un cliente que estaba interesado en pujar por el excedente. Creí entender que se trataba de un cliente poco recomendable, lo que tendría sentido... si Kellen podía probar lo que él creía que podía probar.

—La gente dice que los clientes de Tony son mafiosos, terroristas o...

—O una coalición de petroleros texanos o de magnates de Silicon Valley. Son igual de peligrosos, Julia. Igual de corruptos. —Mary hablaba muy en serio—. No te dejes engañar por etiquetas arbitrarias que separan lo que es legal de lo que no. No importa quiénes sean sus clientes: cualquiera que esté dispuesto a pagar por el excedente es peligroso. —Rebuscó en la ensalada hasta encontrar un champiñón que la satisficiera—. Mira, alguien mató a Kellen. Y quizá también a tu amigo Boris. Dios sabe a quién más.

Julia asintió, aunque en realidad no fue un gesto de conformidad. Se metió una patata frita en la boca. Oía con frecuencia absurdas teorías sobre conspiraciones en el salón de belleza al que acudía o en el programa de radio de Kwame Kennedy, y a veces se olvidaba de que también los blancos eran capaces de tragarse cualquier cuento.

—¿Fue Tony quien se acercó a Kellen o viceversa?

—Buena pregunta. Lo mismo le pregunté a Kellen. Por desgracia no me contestó —dijo Mary, mientras apartaba el plato—. Kellen me dijo que planeaba sacar el inventario a subasta. La llamó «subasta fija». ¿Sabes lo que significa? Yo tuve que buscarlo: es una subasta donde pagas la apuesta tanto si te llevas el artículo subastado como si no.

—¿Por qué iba alguien a hacer algo así? Es absurdo.

—No lo es si lo piensas bien. La gente apostará menos, porque sabe que perderá el dinero si su apuesta no es la más alta. Así pues, si logras adivinar cuáles serán las otras apuestas, este tipo de subastas te permite conseguir el objeto en cuestión por menos dinero que las otras clases. La locura era que Kellen creyera que podría mantener el asunto en secreto una vez que se iniciara el proceso. ¿Has terminado?

Julia asintió. Lo había entendido. Cinco minutos más tarde paseaban bajo el helado aire nocturno por Harvard Yard. La mayoría de las puertas estaban cerradas, y luces brillantes resplandecían en las ventanas de la inmensa residencia universitaria. Mary ya iba por el segundo cigarrillo.

—He quedado un par de veces con Bruce Vallely —dijo Julia—. Por indicación de Trevor Land. ¿Sabes una cosa? No es tan mal tipo. Es torpón, pero bastante agradable.

—Vaya, vaya.

Julia le propinó un codazo.

—No sigas por ahí. En realidad me ha facilitado varios datos de gran utilidad. Incluso he llegado a establecer una especie de cronología.

—Habla.

—La noche de su muerte Gina fue vista hablando con DeShaun. Vale. Pero ahí está el quid de la cuestión. Un testigo, una maestra, dijo haber visto a Gina viva después de haber subido al coche con DeShaun. Luego cambió la historia. Afirmó que se había equivocado. —Julia se estremeció—. Sin embargo, según Mitch

Huebner, esta maestra no solo vio a Gina: la dejó entrar en casa para que hiciera una llamada y media hora después un coche deportivo con dos jóvenes dentro pasaba a recogerla por la casa. Uno de los chicos se apeó del vehículo. Gina discutió con él, pero al final los tres se marcharon en el coche. Y eso es todo.

Caminaron en silencio durante un momento.

—Así que... ¿quiénes eran esos dos chicos? —prosiguió Julia—. Mitch Huebner dice que Gina tenía novio y que solía escabullirse para verlo. Y Bruce afirma que el coche de Jock Hilliman quedó destrozado aquella noche. Según admisión propia, Jock se había especializado en seducir a las hijas de los profesores de la facultad. En aquellos días se trataba de un asunto muy arriesgado, aún más que ahora. No todo el mundo se atrevía a ello. Aseguraría que Jock era el novio.

—Y Mal Whisted era amigo de la familia.

—Eso no significa que Scrunchy no estuviera en el coche. Ignoramos de qué dos chicos se trataba. —Se pellizcó el labio—. Para ser justos, podrían haber sido Jock y alguien en quien no hemos pensado.

—Pero tú no lo crees ni yo tampoco. —Había llegado el turno de Mary—. Te dije que encontré un testigo. Había asistido a la misma clase que el presidente y dice que está dispuesto a declarar. Vive en el Medio Oeste. Jura que aquella noche Scrunchy estuvo en una fiesta de la hermandad, se emborrachó y se quedó dormido en el sofá. Pasó allí la noche. El tipo dice que se acuerda porque era la fiesta de San Valentín y Scrunchy se presentó con una mujer que se marchó con otro, así que se quedó muy melancólico. Si ese hombre dice la verdad, Scrunchy no pudo haber ido en aquel coche.

—Suena demasiado oportuno —dijo Julia.

—Ya. Los testigos aparecen cuando se los necesita. —Exhaló otra bocanada de humo—. Aun así, no fue él quien vino a mí. Yo seguí el rastro hasta él. No sé, Julia. Tengo la sensación de que dice la verdad.

—¿Usó la palabra «melancólico»?

—¿Qué más da?

—Puedes acusarme de tener prejuicios, pero no me parece una palabra típica de un miembro de una hermandad. —Las botas de Julia hacían crujir la nieve—. Y, por cierto, ¿a cuántos compañeros de hermandad de Scrunchy llamaste antes de dar con uno dispuesto a hablar?

—¡Y luego me acusas de paranoica! —dijo Mary con una sonrisa, antes de pasar al siguiente tema—. He intentado encontrar un contacto en la familia Hilliman, pero se muestran muy reservados: viven detrás de tantos muros de abogados y secretarios que no he podido abrirme paso hasta ellos. He hablado con un amigo que escribió un libro sobre los Hilliman y me ha dicho que tampoco había podido encontrar fuentes internas. No creo que nos ayuden. —Titubeó—. Sin embargo, he encontrado algo sobre tu novio. Eh, no te pongas tensa, hablo de Bruce Vallely. Guando estuvo destinado en Centroamérica con las Fuerzas Especiales, le dio una paliza de muerte a



un pobre tipo de la CIA porque la Agencia se negaba a revelar el nombre de un informador amenazado por los escuadrones de la muerte. Es un hombre muy protector ese Bruce Vallely.

—Vaya. —Julia no estaba muy segura de cómo tomárselo. Miró por encima del hombro. Se sentía observada—. ¿Hablabas en serio hace un par de semanas? ¿Cuando me dijiste que podían estar vigilándome?

—Claro.

—¿Por qué lo dices?

La calada de Mary intensificó el resplandor rojo del cigarrillo.

—Es solo una sensación. Cuando estás con personas cuyo modo de vida es seguir a otros, y te aseguro que he pasado mucho tiempo con ellas, acabas teniendo esa sensación. En un par de ocasiones he estado muy cerca de ti sin que te percataras de ello, incluso en Harbor County. Creo que no soy la única. Hay gente importante preocupada por lo que hacía Kellen, Julia. Gente poderosa. Gente que ahora quiere saber qué pretendes tú.

—La semana pasada, en el Landing, tuve la sensación de que un coche me seguía.

—No me sorprendería en lo más mínimo.

—Y sobre todo lo del programa espía que había en mi ordenador...

—Que viene a confirmar lo que te decía, ¿no? Es gente poderosa, Julia.

—¿Alguna idea de quién puede ser?

—Estoy trabajando en ello.

—¿Nos siguen ahora?

—No lo creo. Nunca se puede estar segura, pero no lo creo. —El humo le salía por la nariz—. Los campus universitarios son objetivos difíciles, según me dicen los amigos que tengo metidos en ese tema. Los estudiantes sentados por ahí no llaman la atención, pero los adultos sí. Si los adultos están en el campus es porque se dirigen a algún sitio. A día de hoy las universidades pertenecen a los chicos.

—Espero que sea así.

—Por cierto, tu aventura del mes pasado fue de lo más valiente —dijo la escritora sonriendo—. Entrar en el sótano de tu propio edificio. Supongo que sabes que dejaste tus huellas por todas partes.

—Ya lo pensé. Creo que no pasa nada. Al fin y al cabo mis huellas tienen todo el derecho a estar en la biblioteca.

—¿También en una ventana cerrada, situada a casi tres metros del suelo?

—Vale, no lo pensé. —El olor a humo despertó las ansias de antaño. Estaba decidida a resistirlas. Pasaban grupos de estudiantes, con las capuchas puestas para protegerse del viento. Pero Julia era de New Hampshire y Mary, de Maine, y ninguna de las dos estaba dispuesta a admitir que la temperatura las incomodaba—. En cualquier caso, me equivoqué.

—¿En qué?

—Bueno, hay un alumno, Joe, que me debe un favor. Yo quería averiguar qué

parte del informe Joule había pedido Kellen, pero no quería despertar sospechas en el archivero, al que no le caigo demasiado bien. De modo que le di las referencias a Joe y le pedí que fingiera necesitarlas para su propia investigación. Y lo hizo.

Habían llegado a un callejón sin salida y se vieron obligadas a retroceder. Julia tenía la sensación de que Mary la había llevado a propósito por ese camino para comprobar si alguien las seguía. Unas voces enojadas resonaban por el Yard: una pareja furiosa en plena ruptura, aunque fuera momentánea. Allá en Dartmouth, Julia y Kellen habían librado varias batallas a gritos en mitad del Green: el odio mutuo era tal que tenían que volver a la cama para demostrárselo.

—Un buen recurso —dijo Mary—. Lo del alumno. Bueno, ¿y a qué correspondían las referencias?

—A nada. Eso fue lo más curioso. Kellen había escrito «Colección Merrill Joule» en el encabezamiento de cada hoja de petición, pero ni un solo número de esas hojas encajaba con los papeles Joule. Joe lo encontró raro, así que preguntó a la señora Bethe, la ayudante del archivero, si podía decirle a qué documentos correspondían. Pero ella se negó. Adujo que iba contra las reglas. Él tenía que presentar una buena razón académica para tener acceso a cualquier colección y una página llena de números no podía considerarse como tal.

—Esa mujer parece todo un carácter. ¿Te apetece uno? —Le ofreció un cigarrillo. Los adictos detestan sufrir solos.

Haciendo un esfuerzo, Julia se obligó a rechazar el paquete.

—Los dos manejan los archivos como si lo más importante fuera asegurarse de que nadie llega a conocer su contenido. Creo que Rod Rutherford gasta tanto en medidas de seguridad como en libros. —Ambas mujeres se pararon—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Cerraduras extra, alarmas, barrotes en las ventanas, y un personal que no confía en nadie, sigue las reglas como si fueran el Evangelio y te hace rellenar una docena de registros escritos antes de facilitarte algo.

—El escondite perfecto para esconder algo que no quieres que nadie encuentre —dijo Julia.

—Como, por ejemplo, unas páginas del diario de Arnold Huebner. O el excedente en cualquiera de sus formas.

—Perfecto —repitió Julia. Se produjo una pausa—. El problema radica en que no podemos entrar.

—Nosotras no. Tú sí.

—¿Cómo quieres que lo haga?

—Ni idea. Pero no te preocupes. A lo largo de estas semanas has demostrado estar llena de recursos. Estoy segura de que ya se te ocurrirá algo.

Julia lo dudaba, pero le siguió el juego.

—¿Y qué debo buscar cuando entre?

—Eso también lo dejo a tu criterio.

—Muchas gracias.

—Hablo en serio. Es a ti a quien dejó las pistas. No a mí, ni a Tony, ni a ninguna otra persona. Kellen las preparó para ti y solo tú puedes interpretarlas.

Julia apoyó las manos en las caderas.

—Y mientras arriesgo el cuello entrando en el archivo de Kepler y reviso los diez mil folios, o lo que sea que haya allí, en busca de las páginas de un diario, ¿puedes decirme qué harás tú?

—Investigación. Entrevistas. Informes.

—En otras palabras, nada.

—Trabajar mucho en mi libro.

—Me refería a qué harás para ayudarme.

Mary esbozó una sonrisa traviesa y se llevó un dedo a la barbilla.

—Bueno, fui animadora en el instituto. —Su risa resonó en la noche invernal—.

Ra, ra, ra.

## La materia oscura

## I

Julia no se lo había contado todo a Mary. Cuando se quedó sola dirigió el Escalade hacia las estrechas callejuelas de Cambridge y aparcó en una esquina a tres calles de la dirección que buscaba, ya que ningún espacio era lo bastante amplio para su coche. Sabía que si llamaba al interfono su hijo encontraría alguna excusa, de manera que rondó frente al edificio bajo y aprovechó la salida de un puñado de estudiantes para deslizarse en el interior. Uno de ellos, muy educado, incluso le sostuvo la puerta. Al llegar a la cuarta planta llegaron a sus oídos unas voces airadas. Llamó de todos modos, con fuerza suficiente para que sus golpes se oyeran sobre el tumulto. Abrió una jovencita pelirroja de veintitantos años con los ojos hinchados por el llanto.

—¿Quién es?

Entonces vio a Preston: pequeño, compacto y lleno de confianza en sí mismo; no necesitaba a nadie, y menos aún a una madre o a una novia sollozante.

—Vaya —dijo él a su novia—. Lo creas o no, este bellezón es mi madre.

Se produjo un silencio incómodo: todos esperaban que alguien rompiera el hielo.

—Supongo que puedes entrar —concedió Preston.

El salón y la cocina presentaban un aspecto mugriento, y nadie invitó a Julia a inspeccionar el resto.

—Megan no es una gran ama de casa. Bueno, ¿qué se puede esperar? Es historiadora, no científica. —Poseía la devastadora sonrisa de su padre, pero sus ojos eran como el invierno de Nueva Inglaterra—. Ah, se me olvidaba. Tú tampoco eres científica, ¿verdad que no, mamá? Eres bióloga. Bióloga teóloga.

Se sentaron en extremos opuestos de la desvencijada mesa. Megan sirvió café y cruasanes duros, y luego optó por esfumarse. Julia intentó entablar conversación, incluso le dijo a Preston lo mucho que lo echaba de menos, pero para él la charla era un lujo que compartía solo con sus iguales. En presencia de su hijo se sentía insegura, inferior incluso. Mary Mallard no la habría reconocido.

—¿Qué quieres, mamá? No has venido a regar las plantas. Si me hubieras llamado, te podría haber ahorrado el viaje.

—¿Tanto me odias?

—No te odio en absoluto —dijo él en un tono vehemente que a Julia no le pasó por alto.

—¿De qué va todo esto, Preston? ¿Qué ha pasado con tu padre?

—¿Qué estás haciendo aquí, mamá?

Julia se percató de que su hijo estaba tan incómodo con ella como ella con él. Su relación carecía de espontaneidad. Cuando era niño, el mejor premio para sus logros era un abrazo de su madre. Todos solían decir que Preston siempre sería el niño de mamá, y Vanessa, la niña de los ojos de su padre. Como la mayoría de las generalizaciones que los adultos hacen sobre los niños, esta había resultado ser falsa.

—¿Te ha hablado alguna vez de su hermandad? ¿De los Empíreos? ¿Te ha propuesto... que seas su sucesor?

—Por supuesto. —Aunque ella había conseguido despertar su interés, Preston seguía esperando a que jugara una carta mejor—. Como un señor feudal con su hijo mayor. Derecho de primogenitura.

—¿Le dijiste que no?

—No siento el menor interés por esa mierda. Las viejas familias. Las tradiciones. Menudo coñazo. —Megan lloraba en el cuarto de al lado, pero Preston estaba demasiado henchido de orgullo para prestarle atención—. Yo intento descubrir la materia oscura, y a él solo le preocupa la nación oscura.

—¿La materia oscura?

—El material fundamental del universo. Las ecuaciones predicen... Da igual, no lo entenderías. ¿Qué quieres, mamá?

Una oleada de emoción la invadió: Kellen había hablado de la materia oscura.

—En este momento lo que quiero es que me digas qué es la materia oscura.

—¿En serio?

Ella asintió.

—Lo que pasa es que no hay suficiente materia en el universo. Solo se puede detectar alrededor del uno por ciento de la materia y energía que debería existir. Eso nos dicen las ecuaciones. Gravedad, radiación retrospectiva... todo eso. De modo que esta otra materia, la materia que no podemos encontrar, recibe el nombre de materia oscura. Antes se creía que eran estrellas muertas, neutrinos quizá, pero todas esas hipótesis han quedado descartadas. Algunos físicos te dirán que es solo un mito, pero la mayoría de nosotros estamos convencidos de que es real. Está ahí fuera, en alguna parte, o tal vez aquí, flotando en torno a nosotros constantemente. —Hablar de su trabajo lo animaba: gesticulaba como un hombre que se abre paso entre las aguas—. Y somos incapaces de detectarla. ¿Captas la idea? Está justo por debajo de la superficie. No podemos hallarla, pero sabemos que está ahí. Mamá, el tema está en que el universo que vemos es solo una diminuta porción de lo que es real, tan fina que es casi una alucinación. Si pudiéramos encontrar la materia oscura, por fin sabríamos qué es lo que sucede.

Tenía que ser eso. Lo que Kellen había querido transmitirle. La materia oscura estaba justo debajo de la superficie: era lo que sucedía de verdad. Y Preston había aludido a ella sin necesidad de que se lo preguntara. Materia oscura. Nación oscura. Los Empíreos habían popularizado la expresión «nación oscura». Lo que sucedía a la

vista no era más que un espejismo. La materia oscura, la mano secreta de los Empíreos... Esa era la realidad secreta.

Pero ¿en qué consistía esa realidad oculta? ¿A qué se dedicaban realmente los Empíreos?

## II

Preston se moría de ganas de que se fuera del apartamento. Dijo que tenía que ir al laboratorio, y tal vez fuera cierto. En la cocina, Megan estaba montando un buen estrépito con los platos. Cuando llegaron a la puerta, Julia se volvió hacia su hijo.

—Tu amiga parece muy agradable.

—No es más que una diversión pasajera.

Vaya.

—Te echo de menos —dijo ella—. Todos te echamos de menos.

—¡Muy tierno por tu parte, mamá!

Otro error. Volvió a intentarlo.

—Has dicho que no me odias. ¿Eso significa que odias a tu padre?

Una expresión de malicia invadió su rostro, ardiente y decidido. Parecía a punto de responder, pero, llevado por la contención adquirida de su padre, decidió esperar a descubrir su plan antes de refutarlo, la misma técnica que solía emplear para derrotar a sus oponentes en el Campeonato de Ajedrez Júnior de Estados Unidos, donde acabó tercero.

—Tengo que irme.

—¿Por eso no vienes nunca a casa, Preston? ¿Por lo que te contó tu padre de los Empíreos? —Tragó saliva, cerró los ojos y se lanzó—. ¿Qué te contó?

—No, mamá. Ese no es el motivo.

—Entonces, ¿cuál es? ¿A qué viene esta enemistad?

—No es una enemistad. Lo único que pasa es que no nos caemos bien. —Su semblante le indicó que el tema estaba zanjado. Julia sabía que no debía insistir: la gente decía que Preston se parecía a su madre, pero la firmeza de su mentón y de su mirada, la obstinación cuando había tomado una decisión, eran rasgos heredados de Lemaster.

—Muy bien, Preston. Muy bien. —Se preguntó si alguno de sus hijos volvería a confiar en ella alguna vez.

—Eh, ¿cómo está Nessa? —preguntó él, y su voz adoptó un tono más suave—. ¿Cómo le va con todo este asunto de Gina en danza?

—Se mantiene fuerte, dadas... —Julia se tapó la boca. Había estado a punto de pasar por alto su desliz—. ¿Qué asunto de Gina? ¿Qué sabes tú de esto, Preston?

—Solo quiero asegurarme de que está bien. Con las escapadas y todo eso...

—¿Y quién te ha hablado de eso? ¿O de que tenía algo que ver con Gina? —Julia se contestó a sí misma—. Lo hizo Vanessa, ¿no es verdad, Preston? No mantienes contacto con ningún miembro de la familia, pero estás al tanto de todo lo que le sucede a Vanessa. No por teléfono, las llamadas constarían en la factura. —Recordó la pantalla del ordenador la noche en que Smith se había quedado a dormir, el gesto rápido de Vanessa para borrar de un plumazo la ventana del Messenger en cuanto su madre entró en el cuarto—. Vale, estás en contacto con ella. Te cuenta cosas. Y... tú también a ella, ¿no?

—Quiero a mi hermana —dijo él a la defensiva.

—Apuesto a que sí. Apuesto a que sí. —Julia estaba furiosa. Consigo misma. Se sentía idiota por no haberse dado cuenta antes. «Me dijo que lo intentara», había dicho Vanessa—. Este asunto de Gina... así lo has llamado hace un momento. Pero se te ha olvidado decirme que lo de Gina fue idea tuya desde el principio. Hace un año Vanessa preparaba un tema distinto. Un mes después anuncia que piensa dedicar el trabajo al caso de Gina. ¿Quién pudo meterle la idea en la cabeza sino tú, Preston? —Su hijo calló—. ¿Qué pasó, Preston? Hubo algo que te hizo alejarte del tema, pero le dijiste a tu hermana que lo retomara. ¿Qué fue?

—Era un tema interesante, mamá. Eso es todo.

—No, Preston. Eso no es todo. Eres como tu padre. Nunca haces nada porque sí. Siempre hay una razón. —Leyó la impaciencia en el bello rostro de su hijo—. ¿Por qué convenciste a tu hermana de que cambiara de tema? —Aunque en este momento lo que quería preguntarle era: «¿Por qué estás tan nervioso?».

—No le haría daño a Nessa por nada del mundo.

—¿Daño? ¡Su obsesión por Gina no empezó hasta que la metiste en esto! ¡Esto es lo que le hace daño!

—No quiero seguir hablando de Gina, mamá. —Preston esbozó una sonrisa fugaz, infantil—. Si me perdonas, tengo que ir a mentirle a mi novia durante un rato. Ya sabes de qué hablo.

—¿Qué se supone que significa...? —Entonces lo entendió, y, durante un intenso instante, sus enfados crecieron al unísono—. Kellen Zant estuvo aquí, ¿verdad? Apuesto a que te explicó algunos cuentos sobre tu madre. Luego te preguntó lo que yo te pregunto ahora. Y... ¿qué le dijiste?

—Que no creo en fantasmas, ni en Santa Claus, ni en chicos negros que aparecen en el momento justo para cargar con la culpa de matar a bonitas chicas blancas.

—Tu hermana parece estar segura...

—Ya te lo he dicho, mamá. Asunto zanjado. —Exhaló un profundo suspiro. Julia sabía que solo podía esperar una concesión más—. Pero te hablaré de papá.

—¿Qué tiene que ver tu padre con...?

—No me refiero a Gina, sino a los Empíreos. Me has preguntado qué me dijo. —Se movió, inquieto; miró el reloj, echó un vistazo a su espalda y luego la cogió del brazo y la empujó hacia el rellano, que seguía en penumbra—. ¿Te acuerdas de la

Biblia? ¿Cuando Satanás se le aparece a Jesús en la montaña y le muestra los reinos de la tierra y le anuncia que puede tenerlo todo si sucumbe y adora al diablo? —Preston dio un paso atrás—. Ese es Lemaster Carlyle, mamá. Ese es tu marido. El diablo.

—¿Qué significa eso?

—Exactamente lo que acabo de decir. Me tentó con el poder terrenal. ¿Qué coño voy a hacer yo con el poder terrenal? Estoy desarrollando un trabajo importante, mamá. El uso de las ramas azules y horizontales de estrellas para estudiar la absorción alfa de Lyman en el espectro cuasar. —Se burlaba de ella, y ambos lo sabían—. Por favor, no vuelvas a presentarte sin avisar. No es de buena educación.

Y cerró la puerta.

### III

Las mujeres Veazie no lloraban, de modo que Julia deambuló por las calles nevadas, intentando procesar la información, porque de Preston había sacado ya todo lo que él estaba dispuesto a darle. Kellen había querido que ella lo oyera. Fue eso lo que se recordó a sí misma. Kellen quería que ella oyera el relato de Preston, y, si le faltaban los detalles, al menos tenía la idea general. Todos los Empíreos debían aportar a un sucesor joven y Lemaster había intentado reclutar a su hijo mayor. Pero Preston había rechazado el ofrecimiento. Dicha renuncia no era la fuente del odio que su hijo acumulaba hacia su padre, sino el resultado. ¿Acaso Lemaster había pasado el testigo a Aaron? Julia se lo había insinuado de camino a Exeter, y estaba segura de que este no sabía nada.

Rechazado por Preston. Lemaster lo habría intentado con alguien ajeno a la familia.

Un joven negro. ¿Estudiante? ¿Un ex compañero del mundo legal? Negó con la cabeza. Las posibilidades eran demasiado dispersas y disponía de muy poca información.

La materia oscura. El poder oculto que mueve el universo. Lemmie insistía en que los Empíreos no eran más que un insignificante club para hombres de Harlem. Aurie había insinuado que eran algo más y ahora Preston hacía lo mismo... con el respaldo explícito de Kellen.

«Me tentó con el poder terrenal».

¿Poder sobre qué? ¿Qué diablos podían tener los Empíreos que ver con el excedente de Kellen? ¿Con la investigación sobre Gina Joule?

«No podemos hallarla, pero sabemos que está ahí».

¿Sabes una cosa, Preston? Tengo la misma sensación.

Había recorrido un par de manzanas más allá de donde había dejado el coche,



probablemente a propósito, y ahora, al volver atrás, vio cómo una mujer que caminaba detrás de ella se paraba de repente y rebuscaba en el bolsillo hasta sacar el teléfono móvil. Tal vez respondiera a una llamada inesperada. Tal vez estuviera siguiéndola. Tal vez Julia se hubiera contagiado de la paranoia de Mary Mallard. Vaciló. Pero el Escalade quedaba en esa dirección; no tenía más remedio que pasar delante de la mujer. Aceleró el paso; la mujer permanecía junto a un escaparate, cabizbaja, hablando por teléfono. Julia se le acercó. Dos pares de ojos aterrados se miraron.

Julia se las arregló para esbozar una sonrisa autosuficiente.

—Tendrás que esmerarte un poco más —le dijo.

Desconcertada, la mujer dio un paso atrás. Luego la expresión de miedo se suavizó. Volvió a llevarse la mano al bolsillo, del que sacó no una pistola, ni un cuchillo, ni siquiera la factura de las farolas de la calzada, sino un par de billetes arrugados.

Se los tendió a Julia.

—Espero que esto te ayude un poco —dijo la mujer antes de volver a su llamada.

## Otro paseo por la playa

### I

—Lo único que le dije —protestó Lemaster, con el asombro dibujado en su rostro serio— era que personas como Byron Dennison podían echarle una mano en su carrera. Y él se rió. Nunca le había oído reírse con tantas ganas. Dijo que no podían ayudarlo porque no sabían ni jota de ciencia. Cuando intenté explicarle que no se trataba de eso, me dijo que no sentía el menor interés por mi estilo de vida. Así lo llamó. Mi estilo de vida. No se molestó en explicar a qué se refería.

Volvían a casa en el Mercedes después de otro evento del campus: la cena de inauguración de unas jornadas para analistas independientes de política exterior.

—Deberías habérmelo contado —dijo Julia. Cerró los ojos y apoyó la cabeza. Incluso a sus oídos, la frase sonaba apocada. En el Landing Julia se sentía menos segura de lo que había dejado que pensara Mary Mallard; o quizá fuera que Mary la animaba de un modo que su marido no hacía—. Y ahora, ¿qué plan tienes? —Se incorporó—. ¿Reclutar a Aaron?

Un largo silencio de Lemaster. El Mercedes avanzaba bajo una desagradable lluvia invernal.

—Estoy atado de pies y manos por las tradiciones —reconoció él por fin—. De momento no tengo protegido.

Ella optó por lanzar una tímida indirecta.

—Tampoco importa tanto, ¿no? Dentro de unos cuantos años los Empréicos habrán desaparecido.

—Todos desapareceremos más tarde o más temprano, Jules.

En casa, Vanessa estaba apalizando a su tía al Scrabble, ya que Astrid había acudido con la lealtad que la caracterizaba en momentos de crisis. Julia recordó a su hija que al día siguiente tenía que madrugar para ir al colegio y Vanessa repuso con serenidad que la educación formal era una costumbre, no una necesidad. Pero subió a acostarse de todos modos.

—Astrid y yo tenemos trabajo —dijo Lemaster en tono de advertencia, a lo que Julia replicó que tenía previsto acostarse temprano. Pasó por el cuarto de Jeannie y luego entró en el dormitorio conyugal.

En el espejo del cuarto de baño se encontró con un semblante ajado. Nuevas arrugas habían surgido en su rostro ovalado, o tal vez fuera que las veía por primera vez. Tenía los ojos dilatados e hinchados. Sus labios, antes sensuales, estaban

magullados de tanto mordérselos y retorcidos de tanto fruncirlos; exactamente como le había predicho su madre que estarían si su Joya no se molestaba en sonreír. Supuso que la inquietud la envejecía a marchas forzadas porque se sentía agotada. La única vez que recordaba haber visto una cara como aquella había sido la noche en que se tomó el frasco de pastillas; y por entonces Julia tenía veinte años y era lo bastante inmadura para estar segura de que el dolor de una determinada intensidad constituía un rasgo único de su existencia, nunca experimentado por nadie más, y por tanto incomprensible para el resto del mundo.

El día anterior, en Kepler, Julia había contestado de malos modos sin el menor motivo a una atónita Iris Feynman. Después de una reunión de presupuestos, Iris había señalado que Julia parecía fatigada, y repuso que estaba harta de que todo el mundo esperara una sonrisa de ella. Una hora más tarde, cuando Clay Maxwell se dejó caer por su despacho a contarle historias, como hacía a menudo, sobre cómo había sido la facultad de teología en su época, Julia le había dicho que estaba ocupada, sin molestarse en mencionar que su principal ocupación hasta ese momento había consistido en regañarse a sí misma por lo grosera que se había mostrado con Iris. Luego la llamó la decana para preguntarle si había hecho las paces con Tony Tice...

Las voces de abajo subían de tono.

Astrid gritaba. Bueno, era algo que solía hacer.

—A partir de la semana que viene —murmuró su marido, en tono somnoliento, un rato después—, el señor Flew pasará casi todo el tiempo aquí.

—¿Aquí? —Lo acarició, más despierta de lo que quería estar—. ¿En casa, quieres decir?

—Ajá.

—¿Por qué, Lemmie?

—Hay que reordenar el despacho. Tengo muchos papeles que revisar. Serán solo unas semanas.

—Bueno, eso sí que es una buena noticia —dijo ella, y permaneció despierta, y preocupada.

## II

Por la mañana, Julia volvió a pasear por la playa con la prima de su marido. Puso mucho cuidado en no parar en la calle Main. Desde la desasosegante experiencia que sufrió después del té con Trevor Land se había mantenido alejada del centro del pueblo: ante la sorpresa de la familia había empezado a hacer la compra en las vulgares tiendas de los centros comerciales de la carretera 48. El problema estaba en que era incapaz de pasar por delante de Cookies, de Old Landing o de la librería sin

preguntarse de qué habrían hablado sus propietarios aquella tarde en casa de Vera, y si el secretario de la universidad se había unido a ellos. Julia había llegado a considerar el invierno como un vendaval que protegía al Landing y sus secretos de los extraños como ella. El frío se te metía en los huesos, te frenaba y por fin lograba detenerte; a menos, por supuesto, que abandonaras la ciudad. Se había planteado esa opción, e incluso había preguntado a Lemaster si había forma de acelerar las obras de la mansión presidencial.

—Si no te importa que se hunda el techo.

La verdad era que, por mucho que el Landing la intranquilizara, también el campus había dejado de ser aquel segundo hogar que había sido hasta entonces. Aquel día volvió a tomarse fiesta. Iris Feynman la había advertido de que empezaba a circular el rumor de que Julia, como primera dama de la universidad, se estaba tomando demasiadas libertades. Según Iris, Claire Alvarez proclamaba ante quien le insinuara aquello que una facultad de teología no debía ser un lugar donde se castigara a alguien por atender a las necesidades de su familia. Pero Clay Maxwell llamó para recordarle que, en el caso de la decana Alvarez, cuanto menos ladraba más mordía después. Julia le contestó que si alguien quería su puesto estaba dispuesta a cedérselo sin rechistar.

En esta ocasión nadie detuvo a Julia y a su prima cuando llegaron a la verja: el guarda apenas levantó la vista de su cómic, tal vez porque toda la ciudad se había enterado de que ni siquiera la esposa del presidente de la universidad, residente en el Landing, había podido acceder a la playa. El incidente había sido tema de debate en el programa de radio de Kwame Kennerly durante al menos un mes. Como es lógico, él nunca facilitó la identidad de quien le había contado la noticia, y aunque algunos oyentes sospecharon de Julia, ella nunca habría hecho algo tan rastrero; eso sí, se había divertido mucho difundiéndola entre las Perlas Hermanas. Y si un par de ellas habían optado por correr la voz, bueno, no era culpa de Julia. Al fin y al cabo, las Perlas Negras detestaban el cotilleo.

Astrid, que ahora trabajaba en la delegación de Washington de un bufete legal neoyorquino, bromeó con Julia diciéndole que tenía que conseguir que su marido ganara más dinero. Lemaster, cuyo sueldo como presidente de la universidad rozaba el millón de dólares, era ahora el pobretón de la familia.

Julia cambió de tema.

Sí, dijo Astrid. La fuente de información había sido Kellen Zant.

Sí, contestó de nuevo a la siguiente pregunta, había visto a Kellen poco antes de que muriera, pero no, enfatizó, la noche de su muerte.

De hecho, le espetó Julia, Astrid y Kellen se habían visto a menudo.

—Los cosméticos que se hallaron en su casa eran tuyos, ¿verdad?

Bruce Vallely, en un esfuerzo de recabar cooperación, había compartido con ella algunos datos.

—A menos que pertenecieran a otra de sus mujeres.

—¿Viniste a la ciudad a verlo? ¿Sin decirnos que estabas aquí?

—¿Por qué iba a avisaros? —replicó Astrid.

Julia, invadida por una mezcla de asombro y celos, decidió obviar la respuesta.

Astrid dijo que alguien pudo verlos juntos. Aunque iban con cuidado, siempre se comete algún error. Pese a todo, no había estado en Elm Harbor aquella noche, y, en cualquier caso, no entendía cómo un niño blanco y racista era incapaz de distinguir un acento de Barbados de un acento británico.

Y sí, admitió ante otra de las preguntas que Julia planteaba de forma que contestar le resultara más fácil, había sido Kellen quien se puso en contacto con ella y no al revés.

—Empezó hace unos seis meses. Dijo que estaba en posesión de un material que podía afectar al resultado de las elecciones. Me interesó, desde luego, como a cualquier americano responsable. Usaría cualquier medio a mi alcance para librarme de esa gentuza. Yo tenía que viajar a Nueva York por negocios; él fue en tren. Tomamos el té en el Stanhope, donde todo el mundo cuchichea a todas horas, y el muy cabrón no se anduvo por las ramas. Lo primero que dijo fue que quería dinero: dijo que no tenía la menor intención de dejarme capturar el excedente de su trabajo. Creí que se trataba de una broma del argot. Le dije que no estaba dispuesta a pagar por investigar a la oposición y que era algo que daba mala prensa. Era un capullo avaricioso, ¿eh? Dijo que en ese caso se lo quedaría.

Astrid estaba fumando y Julia se alejó un poco del humo. Las gaviotas parecían sentir cierto interés, como si un cigarrillo fuera la clase de comida que acaba tirándose.

—En segundo lugar, se negó a decirme a qué bando afectaban esas pruebas. Dijo que mi bando iba a perder de todos modos, de manera que tampoco me importaba tanto. Se me plantó allí delante y me dijo que si le suplicaba, si se lo pedía por favor, quizá me lo contara. ¿Qué le hacía ser tan ruin?

—¿Le suplicaste?

—Le crucé la cara.

—¿En medio del Stanhope?

—Una vez fuera.

—Bueno, solía causar ese efecto en la gente.

Astrid la miró con recelo; luego esbozó una sonrisa débil y arrojó la colilla al agua. Julia, asqueada, giró la cabeza.

—En tercer lugar, me dijo que había más. Me invitó a cenar. Bueno, podía ser un encanto. Supongo que ya lo sabes. —Un espasmo la sacudió, como si quisiera despojarse del recuerdo—. Una cosa llevó a la otra.

—Vuestra relación...

—No fue una relación. No le cuelgues una etiqueta formal. Nos acostamos de vez en cuando. Eso era todo. Estoy segura de que Kellen se veía con otras mujeres, el muy cabrón. —Hubo un momento de incertidumbre, pero cuando Astrid retomó la

palabra su voz transmitía una calma perfecta—. No sabía nada de lo vuestro, Julia. Por si te lo preguntas, debo admitir que Kellen lo mantuvo en secreto. Nos divertimos juntos, no voy a negártelo. Pero ahora, si vuelvo la vista atrás... yo no era su tipo. Le gustaban blancas y muy cariñosas. Creo que acostarse conmigo fue un intento por parte de Kellen de devolverte la pelota. Creo que esperaba que lo descubrieras.

«Pero no soy blanca», estuvo a punto de objetar Julia, aunque Kellen había dicho siempre que le encantaba el color tostado de esa piel que ella odiaba a menudo. «Aunque, por otra parte, sí fui muy cariñosa, ¿cómo negarlo?».

—Solo duró un par de meses —seguía diciendo Astrid—. Se acabó... en septiembre. Luego volvió a llamar en noviembre para preguntarme si seguía interesada. Eso fue el miércoles anterior a su muerte. Creí que hablaba de interés hacia él, pero Kellen se refería a la información. Bueno, en ese momento ya no me quedaban lágrimas, y lo último que quería era empezar de nuevo. Le dije que dijera lo que tuviera que decir. Eso le puso nervioso, temía tener el teléfono intervenido, pero al final soltó que si quería el material tenía que pujar cuanto antes. Dijo que planeaba formalizar la venta en un par de días. Estaba organizando una subasta e insistió en que pujara enseguida. También dijo... bueno, dijo que si le pasaba algo, yo conseguiría el material de todos modos. —Sacó otro cigarrillo del bolsillo; luego se lo repensó y lo guardó—. Le dije que me lo pensaría. Dos noches después le volaron la cabeza.

«Formalizar la venta en un par de días». Mientras caminaban hacia el coche, Julia repasó la frase una y otra vez. «Formalizar la venta en un par de días». Recordó que Kellen tenía previsto desayunar con Cameron Knowland el sábado por la mañana. Pero aún no se habían visto, de manera que no podía estar seguro de que llegarían a un acuerdo.

«En un par de días».

—¿Julia? —dijo Astrid.

—Estaba pensando. Lo siento.

—¿Te has dado cuenta de que ningún periodista está investigando los años de juventud del presidente? Odio esta especie de conspiración de silencio. Deberías llamar a tu ex compañera de cuarto, Tessa. Decirle que desvelara el escándalo.

—Llámala tú —replicó Julia con más frialdad de la que pretendía. Pero una parte de ella, por motivos que prefería no contemplar, estaba furiosa.

—Lo haría. —Su tono era contundente—. Pero ya nadie atiende mis llamadas.

—Estoy segura de que exageras. —Pero apretó la mano de Astrid con afecto, por si acaso no fuera así.

Kellen había llamado al bando del senador el miércoles y planeaba ver al del presidente el sábado, lo que significaba que quienquiera que hiera su cita del viernes no pertenecía a ninguno de ambos bandos. Mary tenía razón. Había alguien más interesado.

Alguien que, tal vez, se reunió con Kellen aquella noche.

El otro participante de la subasta, que por alguna razón se había enojado con él y...

Julia se paró.

Sentado en el capó del Escalade estaba Tony Tice.

### III

—¿Le importa bajarse de mi coche?

Su atractiva cabeza estaba inclinada hacia el brillante sol de invierno.

—¿No piensa presentarme a su encantadora amiga?

—Tony Tice, Astrid Venable. Tony fue detenido hace poco por agredir a su novia. Y si no deja de seguirme, volverá a la cárcel.

—Estoy en libertad bajo fianza y fue un montaje. Nunca llegará a juicio.

Julia adoptó su tono de voz más despectivo.

—Estoy segura de ello.

—Y, por lo que se refiere a su amenaza de hacer que me arresten... —Saltó del coche y se plantó en la nieve, como un monumento a su persona—. Bueno, hace tres años, denuncié a la policía del campus y gané. Nada me gustaría más que denunciar también al Landing.

—¿Le da morbo seguirme? Porque creo que el zapato que mordía la perra de Mitch Huebner era suyo.

El abogado no se molestó en responder. Buscó en el interior de la chaqueta, pero el bulto era solo un teléfono móvil. Observó la pantalla.

—Quería darle una última oportunidad para que cooperara conmigo. Me temo que mis clientes están molestos.

—¿Una última oportunidad antes de qué?

—Antes de que presente cargos contra usted. —Seguía sonriendo, pero Julia notó un atisbo de desesperación detrás de sus palabras—. Un requerimiento judicial. Una denuncia para que el acusado devuelva al denunciante algo que le pertenece y que retiene de forma indebida...

—Sé lo que significa requerimiento —mintió ella—. ¿A qué pertenencia se refiere?

—A lo que dejó Kellen Zant. Me pertenece por derecho, Julia. O, mejor dicho, les fue vendido a mis clientes. De modo que no es suyo, sino de ellos. Puede dármelo ahora o puede esperar a que se lo requiera el tribunal.

Sonó el teléfono de Tice. Este escuchó y luego dijo:

—No, está aquí. Estoy hablando con ella en este momento. Sí. —Colgó el teléfono—. Lo siento.

—¿Quién era?

—¿De verdad quiere obligarme a poner esa denuncia, Julia? —Extendió las manos—. Piense en ello. Toda la historia saldría a la luz durante el proceso. La Dama Negra, la relación que mantuvo usted con Zant, Vanessa, todo. ¿De verdad quiere que sus hijos lo lean en los periódicos?

Astrid habló por primera vez.

—Atropéllalo —dijo.



## Una pequeña petición

### I

Bruce atendió la llamada de Gayle Gittelman mientras estaba en su despacho, ojeando el expediente personal de Jeremy Flew que la eficaz Turian se las había ingeniado para obtener. Flew tenía treinta y dos años. Había entrado en la plantilla del presidente el año anterior, poco después de que este aceptara el cargo. Poseía un título del estado de Michigan, un par de años de trabajo en prácticas en la Escuela de Relaciones Exteriores de Georgetown, seguidos por ocho años en el Departamento de Estado y un año en una consultora de la que Bruce no había oído hablar, antes de entrar como ayudante personal del presidente. Buscó alguna conexión con Lemaster, pero no halló ninguna. El expediente no contenía cartas de recomendación. El currículum consignaba los nombres de un par de agentes de asuntos exteriores jubilados. En los seguros de vida y salud de Flew no constaban beneficiarios. Lo que Bruce encontraba más intrigante era su época en el Departamento de Estado. «Varios puestos en el extranjero» era todo lo que decía la relación del currículum. Bruce Vallely estaba familiarizado con esa clase de huecos en la historia oficial. Cualquiera que obtuviera el de Bruce se encontraría con un vacío similar, ya que gran parte del trabajo realizado durante sus años de servicio en las Fuerzas Especiales del Ejército, destacado a Centroamérica en la era Reagan, quedaba oculto bajo la etiqueta de confidencial. Se preguntó qué misiones confidenciales había realizado Jeremy Flew, y dónde; y si la noche en que dispararon a Kellen Zant había mantenido una conversación telefónica confidencial con Lemaster Carlyle para indicarle, por ejemplo, donde sufrir su «accidente».

Muy bien, no eran más que suposiciones. Bruce lo admitía, a pesar de que no estaba preparado para admitir lo que había señalado Marlon Thackery: que esa pertinaz concentración de sus investigaciones en la persona de Lemaster Carlyle olía a venganza personal. No pretendía vengar a sus padres, insistía Bruce, ni lo impulsaba su resentimiento hacia la élite afroamericana: lo único que intentaba era descubrir qué le pasó a Kellen Zant.

Fortalecido por su certeza, Bruce volvió a abrir el expediente personal de Jeremy Flew, y fue entonces cuando la recepcionista llamó para decirle que tenía a Gayle al teléfono.

Bruce conocía a Gayle al estilo informal en que los polis veteranos siempre suelen conocer a los mejores abogados criminalistas de la ciudad. Entre un experto

inspector y una abogada que representaba con éxito considerable a muchos de los que él detenía no cabía la admiración, pero Bruce no tenía reparos en reconocer la calidad del cerebro de Gayle y la seriedad de sus objetivos. Nunca había sido una mujer que hiciera perder el tiempo a los demás.

Así que se puso al teléfono.

—Uno de mis clientes quiere hablar con usted, esta mañana si es posible —dijo la abogada—. Tengo que advertirle de que es un asunto algo peliagudo porque mi cliente se halla a la espera de juicio.

Él supuso que se trataba de Kwame Kennerly: la estrella de la radio se pasaba la vida en los tribunales acusado de calumnias.

—¿De qué quiere hablar?

Se produjo un instante de duda, como si Gayle Gittelman deseara, incluso a esas alturas, que su cliente hubiera tomado una decisión distinta.

—Me pidió que le dijera que dispone de información de lo que le sucedió en realidad a Kellen Zant.

—¿Y por qué no se la transmite a la fiscal?

—Si se lo cuenta, haga el favor de decírmelo.

Entonces Gayle le dijo el nombre de su cliente y Bruce se puso la chaqueta.

## II

Anthony Tice pensaba dar a Bruce la menor cantidad de información posible y parecía encantado ante la perspectiva. En opinión de Bruce, Tice era lo contrario a Gayle Gittelman: un oponente por el que no sentía ni respeto ni admiración. Tony siempre había sido la clase de abogado incapaz de mencionar los privilegios de su cliente sin emitir un pequeño cloqueo, ya que los usaba no como derecho solemne sino como quien se saca de la manga un as ganador.

—Ya sabes cómo van las cosas, Bruce —dijo el abogado. Solía tutear a la gente porque pretendía ser amigo de todo el mundo cuando la realidad era bien distinta—. No podría seguir en el negocio si me dedicara a propagar a los cuatro vientos los secretos de mis clientes. No tendría clientes. Me expulsarían del colegio —concluyó, orgulloso—. Tú lo comprendes, Bruce. Te he investigado. Conozco tu pasado.

Bruce asintió para indicar que lo entendía. Estaban sentados frente a frente en una mesa de reuniones del despacho de Gayle Gittelman. Gayle había salido.

—¿Por eso quería verme? —Su rostro era impenetrable—. ¿Me está pidiendo que le ayude a salir del lío en que se ha metido?

—No, no, no, ni mucho menos. —Los dientes blancos brillaban en una sonrisa plena y seductora—. Ya me conozco esta clase de encerronas y también cómo manejarlas.

—¿Acosando a Julia Carlyle? —Lemaster había llamado a Bruce pocas horas después del episodio del coche y le había pedido que transmitiera a aquel individuo una advertencia definitiva. El presidente de la universidad estaba tan enojado que Bruce casi había esperado que le preguntara si conocía a alguien que pudiera librarlo de aquel abogado metomentodo—. Me parece una acción desesperada, Tony. Debe de estar metido en un buen lío.

—¿Por qué lo dices?

—Primero lo arrestan. Luego molesta a la señora Carlyle. Ahora me pide ayuda. Suena a desesperación.

—La razón por la que fui detenido —repuso el abogado, ofendido— es que estaba haciendo grandes progresos. Me acercaba demasiado a encontrar lo que Kellen había escondido.

El abogado apoyó las manos sobre la mesa, con las muñecas juntas, como quien aguarda a ser esposado. Bruce se preguntó si Tony el Tramposo estaba de verdad tan confiado en salir bien parado de ese embrollo. Sus ojos inteligentes recorrieron la cara de Bruce. Este había detenido a hombres de todas clases: aquellos que sabes que nunca irán a la cárcel, los que sospechas que encontrarán a Dios al otro lado de las rejas, y los que se pasarán toda la condena tramando su venganza y saldrán de prisión aún más malvados de lo que entraron. Situó a Anthony Tice en este último grupo.

—Si usted lo dice —repuso Bruce después de una pausa.

—Ya sé lo que opinas de mí, Bruce. —Tice esbozaba una sonrisa feroz—. Sé lo que todos piensan de mí. De mí... clientela. Pero por eso vino Kellen a llamar a mi puerta. Por esa clientela que todo el mundo detesta.

Bruce asintió sin decir nada. Sabía por experiencia que cuando un hombre quería confesarse, se confesaba, no solo a un interrogador sino a quienquiera que tuviera a mano en ese momento: un camarero, una novia, un extraño en un tren.

—Kellen estaba en posesión de algo de gran valor y quería saber lo que cierto cliente mío estaría dispuesto a pagar por ello. Hablé con mis clientes, que a su vez se lo pensaron y pidieron pruebas. Kellen les dio lo que llamó un aperitivo. Una página de un diario. Mis clientes se quedaron impresionados, debo reconocerlo. Hubo cierto regateo, mucho tira y afloja, y al final se llegó a un acuerdo. No fui parte de ese acuerdo, Bruce. Solo el intermediario. Como es lógico, el intermediario se lleva su parte.

—Como es lógico.

Tony frunció el ceño, pero no halló motivo de ofensa en el tono de Bruce. Este se preguntó si Tice sería de la clase de blancos poderosos que se sienten molestos al ser interrogados por un negro. Pero había sido el abogado quien extendió la invitación.

—El problema empezó —prosiguió Tice— cuando mis clientes me llamaron para decirme que se habían enterado por ciertos amigos de que Kellen estaba ofreciendo a otros lo mismo que ellos habían accedido a comprar. Mis clientes son hombres pacientes, Bruce, pero esto los enojó. Nos vimos, me dijeron que recordara a Zant

que habían cerrado un trato. A mis clientes no les gusta la informalidad.

—Así que quedó con Kellen Zant.

—Sí. Y se rió en mi cara. Dijo que iba a haber una subasta y que mis clientes podían pujar junto con el resto. Le dije que ellos no trabajaban así. Replicó que en ese caso ya encontraría otro comprador. Tenía previsto reunirse con alguien al día siguiente, con quien quizá llegara a un acuerdo.

Bruce hacía rodar un lápiz sin parar sobre la mesa, porque había descubierto que centrar la atención del sospechoso en algo a menudo le urgía a hablar aún más. Igual que un buen bofetón, así que, sin levantar la vista, dijo:

—¿Lo mataron sus clientes? ¿O su abogado lo hizo por ellos?

—Mis clientes no tenían ningún motivo para hacer daño a Kellen. Ni yo tampoco. Querían lo que él vendía.

Pero a Bruce se le ocurrió que el abogado se las estaba dando de listo, que la historia que contaba era demasiado fácil. Kellen Zant no era ningún tonto. No habría cerrado un trato con hombres como los que representaba Tice solo para faltar a él a cambio de más beneficio. Los clientes de Tice eran célebres por cobrarse las deudas de forma poco agradable. Lo más probable era que Tony el Tramposo les hubiera dicho que había cerrado el trato sin contar con la conformidad de Zant. Quizá incluso hubiera cobrado su parte antes de tiempo. No era de extrañar que estuviera preocupado.

—Sus clientes deben de estar desesperados —dijo Bruce.

—Mis clientes no tienden a la desesperación. —Se miró las manos—. Más bien desesperan a los demás.

—¿Y usted está desesperado? ¿Por eso me ha llamado?

—Tienes que entender cómo razonan mis clientes, Bruce. Se fijan un objetivo y van derechos a por él. Son muy militares. Muy organizados. Muy centrados en la misión. Tu clase de gente, Bruce. —La insinuación de nuevo—. Creo que podrías ayudarlos.

—Está de broma.

—Bruce, el tema es que hasta el momento los he mantenido a raya. He insistido en que no hagan nada: que se limiten a aguardar y a dejar que las cosas se vayan resolviendo por sí mismas. Como ya he dicho, son hombres pacientes. Pero no esperarán eternamente. Si no hay resultados, más tarde o más temprano optarán por tomar medidas más activas. Y no son de la clase de gente que se preocupa de trivialidades como quién resulta herido por el camino.

—Parecen unos tipos simpáticos.

—No lo son. Te lo aseguro.

Bruce relajó los hombros y tuvo la satisfacción de ver encogerse al abogado.

—¿Por qué no me cuenta el resto?

—¿El resto?

—Zant le dijo que había quedado con otro comprador al día siguiente. Apuesto a

que era Cameron Knowland. Knowland y Zant debían desayunar juntos el sábado, pero Zant fue asesinado el viernes por la noche. Eso significa que usted vio a Zant la noche en que murió. Fue entonces cuando discutió con él. Y por eso está tan preocupado. No le inquietan solo sus clientes, sino la policía. Los polis de verdad. Hasta que se cerró la investigación, estaba acojonado pensando que podían cargarle el crimen.

—Nunca llegarían a acusarme. Yo no lo hice.

—Tal vez no. Pero la simple acusación le arruinaría. —Cruzó sus enormes manos a la vista de Tice—. ¿Por qué no me cuenta el resto, Tony? Dígame qué pasó la noche de la muerte de Zant.

Y el abogado lo hizo.

### III

Todo parecía tan simple, dijo Tice. El viernes por la tarde llamó al despacho de Zant y este accedió a reunirse con él a las cinco y media en el aparcamiento de la Torre Hilliman. Llegó un poco tarde, pero trajo consigo otro aperitivo. Una nueva página del diario, dijo Tony, donde alguien había garabateado que el vigilante de la playa había desarrollado un súbito cuadro de amnesia. El autor del diario escribió que había mucho dinero flotando por la ciudad; la página terminaba ahí. Tony aceptó el adelanto pero aun así le explicó cuál era la postura de sus clientes. Tal y como Bruce sospechaba, Kellen negó haber llegado a un trato. Tony dijo que a sus clientes no les gustaría oír eso. Kellen reflexionó y luego accedió a volver a reunirse con él dos horas más tarde en el mismo aparcamiento: es decir, a las siete y media. Se montó en su coche y se largó.

—Pero usted fue tras él.

—Lo intenté. Había mucho tráfico por el partido de hockey. No me conozco el campus tan bien. Se metió por un callejón y, cuando giré, ya lo había perdido.

De modo que Tony siguió dando vueltas, inspeccionando la zona, con la esperanza de avistar el coche. Sus clientes llamaron en dos ocasiones para saber cómo iban las cosas, y en ambas él les dijo que estaba trabajando en ello. A las siete y cuarto regresó al aparcamiento, y allí estaba el Audi, cubierto con una capa de nieve de la tormenta. Tice se percató de que le había tomado el pelo. El economista, al ver que lo seguía, debía de haber dado una vuelta en círculo y regresado al aparcamiento, el último lugar donde miraría Tony. Así pues, el abogado se quedó en su coche y vigiló el Audi y la entrada de la Torre Hilliman. A las ocho menos cuarto, Zant llamó a la ventanilla de su coche. Tice se sobresaltó: el economista había venido por el otro lado.

—¿De dónde?

—De abajo. No lo sé. El centro de artes, la facultad de teología... Hay muchos edificios allí.

Zant invitó a Tony a dar una vuelta. El abogado se montó en el Audi y se dirigieron a Tyler's Landing. Tice insistía en preguntar adónde iban y el economista insistía en que no se preocupara: solo quería mostrarle algo. Llegaron a la calle Main sobre las ocho y cuarto; fue entonces cuando sonó el móvil de Zant. Este aparcó e indicó al abogado que esperara; después bajó del coche y atendió la llamada. Se le veía enojado o molesto. Gritaba mucho. Incluso desde el coche, Tice pudo oír fragmentos de la conversación. Zant gritó algo como: «No puedes hacer eso». Por último dijo: «No, estoy en la ciudad. Voy a buscarte».

Entonces, afectado por un visible temblor, Zant abrió la portezuela y ordenó al abogado que bajara. Dijo que se había producido un cambio de planes. Señaló la Taberna de Greta, que estaba al otro lado de la calle. Deberías entrar ahí y tomarte un café o algo así. Si no he vuelto en una hora, llama a un taxi y olvídate de lo que ha sucedido esta noche. Zant no regresó y el abogado llamó a un taxi.

—¿Dijo adónde iba?

—No.

—¿O quién le había llamado?

—No.

—¿Y no le ha contado nada de esto a la policía?

Tice negó con la cabeza.

—No han hablado conmigo.

—Pero usted habló con sus clientes, ¿verdad? Quizá desde el coche, mientras Zant estaba al teléfono. ¿O desde la taberna, mientras esperaba que llegara el taxi? —Bruce asintió, como si confirmara su propia hipótesis—. Llamó a sus clientes y les dijo que Zant estaría ocupado en el Landing durante un rato, y ellos mandaron a alguien a registrar su casa.

—No puedo confirmarlo.

—No hace falta. Y no se preocupe: sé que no mató a Zant. Ni sus clientes tampoco. Era demasiado valioso vivo.

Más animado, el abogado lo acompañó hasta la puerta de la sala de juntas.

—Tienes razón, Bruce. Estoy en un buen lío. Necesito algo que mostrar a mis clientes. Tienes que ayudarme. Se dice que eres un investigador concienzudo. Estoy seguro de que darás con el excedente de Zant.

—No tengo el menor motivo para ayudarlo.

—Créeme, no querrás que mis clientes entren en acción. Puedo mantenerlos a raya si les digo que estás dispuesto a compartir tus hallazgos.

Bruce sintió aquel delicioso escalofrío del combate inminente.

—No les tengo miedo.

Tony el Tramposo apoyó una mano sobre su brazo.

—No eres el único que está involucrado en esto, Bruce. Piénsalo, ¿de acuerdo?

En la antesala, Gayle Gittelman se le acercó.

—¿Ha conseguido algo útil? ¿Algo que me sirva para negociar un acuerdo?

—Su cliente —dijo Bruce— no es un tipo agradable.

—¿No? —Se puso de puntillas y susurró—: Bueno, sus clientes son aún peores.

## El Nido

### I

Para los demógrafos románticos, por no hablar de los críticos gastronómicos, la ciudad de Elm Harbor era una delicia multiétnica. Una sola manzana de la calle Henley, no muy lejos del campus, ofrecía un amplio abanico de restaurantes: rusos, etíopes, coreanos, italianos, irlandeses, malaisos o griegos... y eso solo en el lado norte de la calle. Como al alcalde le gustaba decir de la deprimida metrópoli sobre la que reinaba con toda su corrupción: «Un monumento vivo a la diversidad».

Esa era la historia oficial.

Los habitantes del Nido, el apodo poco halagador que recibía el peor de los tres barrios negros de la ciudad, tenían otra visión del lugar. El Nido empezaba tres manzanas al noroeste del campus y se extendía tan rápido como podía a lo largo de diez o doce más: la frontera era tan difusa como la presencia de patrullas policiales, y pocos estudiantes la cruzaban de forma voluntaria, a excepción de un puñado de idealistas de los primeros cursos que daban clases particulares a chavales o dirigían grupos de boy scouts, y a quienes sus compañeros consideraban excéntricos por no decir idiotas. Para aquellos que vivían, y normalmente morían, en el Nido —que se apodaban a sí mismos los Anidados, tal vez en una muestra de autodefensa solidaria—, la demografía de Elm Harbor era de una simpleza aplastante: estaban los negros y los blancos, y ambos grupos no se mezclaban, excepto tal vez en la oficina de bienestar social o en el juzgado.

Los Anidados creían que el resto de la ciudad estaba muy conforme con este estado de cosas.

Julia Carlyle no compartía ese punto de vista sobre la ciudad, pero, aunque no lo admitiría nunca, ni siquiera ante Lemmie, a menudo compartía la opinión que la ciudad tenía de los Anidados. Para Julia, el Nido era un lugar lúgubre y peligroso, cuyas esquinas estaban llenas de hoscos hip-hoperos listos para sacar las navajas en cualquier momento.

La empírica estaba comprobando los hechos en persona. Lo cierto era que tampoco tenía elección.

Julia desfiló ante una serie interminable de viviendas protegidas, achaparradas edificaciones de ladrillo rojo construidas cuarenta o más años atrás con la idea de que los pobres necesitaban algo parecido a una casa tradicional durante su ascensión hacia la clase obrera. Madres más jóvenes que Vanessa tomaban el fresco en los



patios con los niños acostados en carritos de un brillante color azul, y escuchaban música a través de los auriculares mientras coqueteaban con los chicos como si, una vez que se habían cargado con el lastre de uno o dos bebés, ya les diera igual aumentar la prole.

Entre las viviendas de protección oficial se alzaban hileras de casas unifamiliares, que tal vez en algún momento habían sido elegantes. Ahora algunas tenían las ventanas tapiadas con tablones de madera y otras con barras de acero: pocas, en definitiva, presentaban signos de vida. En uno de los patios, dos críos de unos tres años estaban librando una guerra de bolas de nieve. Un deportivo barato obstruía la calle, solo porque el conductor había visto a un conocido y se había parado a charlar con él. Cuando Julia los adelantó, los cuatro ojos envidiosos siguieron al Mercedes azul al ritmo de la música que, en una muestra de generosidad, el dueño del deportivo compartía con el mundo: sus gustos no se diferenciaban mucho de los de Lemaster, y el bajo resonaba con tanta fuerza que Julia pudo sentir el ritmo laténdole en el pecho.

También había establecimientos comerciales con rótulos deslucidos, dedicados en su mayor parte a comida, cuidado de uñas y peluquería, o alquiler de muebles: el triunvirato que, a juzgar por su cantidad, representaba las principales necesidades del barrio. Había funerarias. Una barbería. Una gran profusión de iglesias, desde los AME a los baptistas, y un sinfín de congregaciones sin identificar que ocupaban simples edificios en los que algunas mujeres robustas que habían recibido la llamada —como decía desdeñoso Lemaster— se nombraban a sí mismas obispos, calificaban el lugar como sagrado y ponían manos a la obra.

Ahí estaba la calle.

Julia frenó en seco: había estado a punto de pasar de largo, pero el Mercedes respondió como se esperaba de él y realizó el giro con elegancia y sin derrapar. No le costó nada encontrar la dirección: una casa pequeña y limpia, pintada de verde aunque necesitada de alguna otra capa, con las cortinas corridas; en el patio había un triciclo de plástico con solo dos ruedas apoyado contra la valla baja.

Aquello seguía formando parte del Nido, así que echó un vistazo a su alrededor antes de quitar el seguro del coche, y luego se dirigió al porche con la vista puesta en el Mercedes a pesar de que había conectado la alarma. Unos pasos ligeros contestaron a su llamada. Junto a la puerta había una ventana vertical cuya cortina se movió. Una cara oscura se asomó y Julia le ofreció su mejor sonrisa, aunque cuando lo hizo la cara ya no estaba. Se oía el llanto de un bebé, aunque también podía proceder de otra casa. Julia oyó el tintineo metálico de cadenas y cerraduras y se percató entonces de que esas ventanas no tenían rejas. Lemaster proclamaba que los barrios conflictivos se distinguían por las ventanas enrejadas.

Cuando se abrió la puerta, Julia sofocó un gemido de sorpresa.

La mujer que apareció en el umbral tendría unos cuantos años más que ella, y, si aplicáramos un criterio clásico, era bastante más guapa: su piel era más suave, sus huesos más largos, su rostro más hermoso. Los expertos ojos de Julia percibieron que

la ropa, de estilo sobrio, era barata, los pendientes presentaban un apagado tono dorado y los rizos aplastados pedían a gritos una sesión de peluquería. A pesar de eso, la mujer se movía con un porte autoritario, como si el mundo fuera un lugar que ella hubiera llegado a dominar con esfuerzo.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó, con voz ronca y cautelosa.

—Lo siento —improvisó Julia—. Creo que estoy buscando a... su madre, tal vez.

—¿A mi madre?

—Busco a Theresa Vinney. Esto... la madre de DeShaun Moton. —Se le ocurrió que podía ser la hermana de DeShaun, lo cual era aún mejor.

—Yo soy Theresa Vinney. La madre de DeShaun.

Necesitó un momento para resituarse. Su concepción previa de la vida acababa de quedar en entredicho. Pero ¿por qué no iba a poder ser esta mujer la madre de DeShaun? El chico había muerto a los dieciséis años. Si la madre lo había tenido siendo adolescente, ahora debía de rondar los sesenta. Julia la miró boquiabierta. Theresa Vinney tenía los ojos muy grandes y sus párpados indicaban pesar. Sí. Sesenta como mínimo. Julia se dijo que su primera impresión debía de haber sido una alucinación: la mujer poseía menos belleza que miedo, y su porte era más nervioso que solemne.

—Lo siento, señora Vinney. Me llamo Julia Carlyle y... trabajo en la universidad. ¿Cree que podría dedicarme unos minutos?

—No estoy casada. —La mujer frunció el ceño, como si esperara un gesto de reprobación—. Llámeme Miss Terry.

Julia asintió con aire respetuoso.

—Apreciaría mucho que me dedicara unos minutos, Miss Terry. Me gustaría hablar con usted.

—¿De qué?

—De lo que realmente pasó la noche en que murió su hijo.

## II

La casa era angosta y oscura, pero estaba limpia. Se sentaron en la sala, amueblada con piezas compradas a crédito en unos grandes almacenes: la tela verde del sofá quedaba protegida por una de esas fundas de plástico que ya nadie usaba en la ciudad. Las paredes estaban decoradas con fotos de hijos y nietos, sobrinos y sobrinas, en un número tan elevado que Julia, cuyo único hermano había muerto hacía mucho tiempo, se preguntó cómo alguien podía llevar la cuenta. En una mesita del rincón había una colección de trofeos deportivos, como ídolos olvidados, y el instinto de Julia le indicó que aquellos jóvenes que los habían ganado ya no practicaban esos deportes. Miss Terry le sirvió café instantáneo en tazas desparejadas: una, la pieza

que quedaba de un juego de cerámica; la otra lucía el logotipo de una cadena de comida rápida.

Una charla entre chicas, había decidido Julia mientras iba hacia allí. Esa sería su jugada.

Pero Miss Terry ya no era ninguna chica.

Theresa Vinney admitió tener sesenta y un años, a Dios gracias, en el curso de los cuales había dado a luz a cinco hijos. Tenía seis nietos, que ella supiera, y un par de bisnietos. Julia intentó calcular las generaciones, pero desistió. Con una franqueza dura y encantadora a la vez, Miss Terry explicó que quizá tuviera más nietos correteando por ahí sin saberlo, aunque sospechaba que sus hijos tampoco lo sabían. La eterna empírica hizo los cálculos. DeShaun Moton había muerto con dieciséis años. Si no mentía respecto a su edad, aquella mujer devota, dura, elegante y bastante hermosa, que tenía sentada a su lado sobre la arrugada funda de plástico que crujía cada vez que se inclinaba hacia delante para servir más café, había dado a luz a DeShaun con solo quince años.

Julia había donado dinero a programas para la prevención de embarazos adolescentes; incluso, ante la divertida repulsa de su marido, había apoyado el reparto de condones en los colegios públicos. Pero su experiencia con la gente a la que ayudaba siempre había sido a distancia. Julia no era una trabajadora social, y tampoco una gran voluntaria: su trabajo y sus hijos la tenían demasiado ocupada. Cuando el padre Freed hablaba de devolver al Señor una décima parte de tu tiempo, talento y fortuna, Julia solía pensar que bastaba con lo último. Por grande que fuera su preocupación sobre el problema al que ella, como muchas otras, se refería con el nombre de «madres niñas», Julia nunca había esperado que dicho problema se sentara frente a ella en una salita y le ofreciera café.

—No eres de por aquí —dijo Miss Terry con ojos inexpresivos pero acusatorios.

—No, señora.

—¿No naciste en la ciudad?

—No, señora. Me crié en Hanover.

—¿Dónde está Hanover? —preguntó sin asomo de vergüenza.

—En New Hampshire.

El lento interrogatorio prosiguió, la voz de Miss Terry como la de una institutriz.

—¿Y ahora dónde vives, Julia?

—En el Landing —confesó en tono triste: sus palabras sonaban a pura traición hacia su gente. El Clan parecía muy lejos.

—Tyler's Landing.

—Me temo que sí.

—Donde dicen que DeShaun mató a esa chica. —Se calló—. Donde lo mataron a él.

—Sí, así es. Lo lamento mucho, Miss Terry.

—Allí no vive mucha de nuestra gente.

—No, señora.

—¿Cuántos?

—No lo sé con exactitud.

Pero recordaba cómo Beth Stonington, la agente inmobiliaria que les había vendido la casa, se sabía el número de memoria, como si por la ciudad circulara una lista que se actualizaba cada semana con las últimas llegadas y partidas. Kellen Zant solía llamarla «la lista negra».

—¿Todo el mundo es blanco?

—Casi todos.

Miss Terry asintió. Detrás de su cabeza un póster enmarcado anunciaba una antigua exposición sobre el Ferrocarril Clandestino en el museo universitario. Al lado de la silla, esparcidas por el suelo, había una muestra de las revistas más populares de la nación oscura: *Ebony*, *Essence*, *Jet*. Todos los años *Ebony* incluía a Lemaster Carlyle como uno de los cien estadounidenses de raza negra más influyentes.

Julia sospechaba que estaba entre los cinco primeros.

—He estado varias veces en tu ciudad, Julia. Antes limpiaba casas allí. —Sonrió—. Comprendo por qué les gusta a los blancos. Todo está limpio y cuidado, y no hay gente de la nuestra. Pero ¿para nosotros? ¿Nuestra gente? Dime, Julia, ¿por qué quisiste ir a vivir allí?

Con sus amigas de la universidad, con las Perlas Negras, con Mona, con la familia de Lemaster, Julia había ensayado cien respuestas distintas a esa pregunta. Ahora, cara a cara con la madre de DeShaun, notó que aquellas respuestas tan elocuentes como insinceras se le clavaban en la garganta como si fueran espinas.

—Queríamos lo mejor para los niños. Ya sabe. Buenos colegios, cosas así.

—Mmm...

—Y... supongo que me gusta el ambiente que se respira en Nueva Inglaterra.

—Mmm...

—Pero supongo que lo principal era que queríamos criar a los niños en un entorno donde creyéramos que estaban a salvo. Esto ofendió a Miss Terry.

—A salvo. Mi DeShaun tenía que haber estado a salvo. Con ocho polis rodeándolo no debería haberle sucedido nada malo.

—De eso quería hablar —dijo Julia después de una pausa teñida de desesperación.

—Bueno, pues yo no quiero hablar de eso. —Había un brillo desafiante en sus ojos—. Pusimos la denuncia y la retiramos hace años. ¿A qué viene desenterrar todo esto ahora? —Soltó una carcajada amarga—. Ocho polis y DeShaun muere. No creo que quede nada por decir.

La madre que llevaba dentro despertó.

—Por favor, Miss Terry. Necesito su ayuda. —Pensó en Frank Carrington aquel día en la trastienda, insistiendo en defender la inocencia de DeShaun; y en Vanessa, insistiendo en su culpabilidad en Hunter's Heights—. Le juro que no la molestaría si

no fuera por mi hija. Tiene problemas.

La mujer entornó los ojos, con una mirada de recelo y compasión.

—¿Y en qué se supone que la ayudará desenterrar el pasado?

—Hace un par de meses se encontró un cadáver en el Landing. Era un hombre negro. Un catedrático. No sé si la noticia ha llegado a sus oídos. —Miss Terry no dijo nada: su expresión era impenetrable y parecía decidida a dejar que Julia acabara de explicarse por completo—. El hombre al que mataron... el profesor... creo que estaba intentando averiguar qué sucedió aquella noche. Creía que DeShaun era inocente. —La anciana seguía rígida, como tallada en piedra—. Miss Terry, yo encontré el cadáver, y mi hija... mi hija había estado haciendo un trabajo sobre DeShaun y creo que descubrió algo que la está llevando a enloquecer. —Ya estaba. Ya lo había dicho. Julia nunca se había expresado con tanta vehemencia, ni siquiera delante de Lemaster; sin embargo, ahora se había confesado ante esta extraña que, a pesar de eso, mantenía una actitud de desconfianza—. Por favor, tengo que saber...

—¿Qué tienes que saber, Julia?

—Por qué retiró la denuncia.

## El relato de Miss Terry

### I

Para contar la historia de DeShaun, Miss Terry empezó haciendo un repaso a la suya. Según dijo, había vivido la mayor parte de su vida en pecado y en su momento había cometido muchos actos de los que no se sentía orgullosa.

—Nací en esta misma calle, en el hospital universitario, y me crié en esas casas protegidas de South Elm. En esos días el barrio no era solo para negros. También teníamos blancos y gente de otras razas. Mi madre trabajaba para la universidad. La llamaban «especialista en dietética C» o algo parecido, pero todos sabíamos que era cocinera. Mi padre era bedel de la escuela pública. De pequeño lustraba los zapatos de los chicos de la universidad. ¿Sabes cómo funcionaba? ¿No? Él se colocaba debajo de las ventanas del dormitorio junto con un puñado de chicos más, y los estudiantes tiraban los zapatos por la ventana. Los chavales negros se peleaban por hacerse con ellos. Los que conseguían algunos se los llevaban a casa y los limpiaban durante la noche para dejarlos por la mañana en la puerta lateral de los dormitorios. No podían entrar. En esa época los negros tenían prohibido el acceso.

Se repantigó en la silla.

—Mi padre siempre decía que lo más importante es la dignidad. Era bedel, pero siempre llevaba los zapatos limpios. Cuando salíamos, cuando no tenía que ponerse el uniforme, vestía con traje y corbata. Daba la impresión de que solo tenía uno, negro, y el trasero estaba algo gastado, pero se lo ponía cada vez que tenía ocasión. Con una camisa blanca. Paseaba por la calle con el traje negro y la camisa blanca. Parecía un director de pompas fúnebres, pero todos los chicos de la calle lo respetaban, incluso los más duros. Le obedecían. Eso era en los días en que podías regañar a los hijos de tus vecinos si se metían en un lío: podías agarrarlos del brazo y zarandearlos, y decirles que entraran en casa si no querían acabar detenidos, arrestados, o algo peor.

Miss Terry hizo una pausa. Su sonrisa evocadora se fundió en algo más suave y más triste: unos recuerdos distintos pedían paso. Cogió una galleta de la bandeja de aluminio, le dio un pequeño mordisco y la devolvió con las otras. Julia, odiándose a sí misma por sus manías higiénicas, tomó nota de la que había mordisqueado Miss Terry, de dónde la había dejado y de qué otras galletas estaban en contacto con ella.

—Éramos seis hermanos. Supongo que debió de ser demasiado para él, porque murió de un infarto cuando yo tenía ocho años. Lo enterramos vestido con el mismo

traje negro. A mi madre la enterramos hace solo dos años. A los ochenta y siete. Fue una mujer fuerte, que hizo cuanto pudo para mantener a la familia unida, Julia. Pero los tiempos cambiaron y la mayoría de nosotros, los hijos, bueno... digamos que nos dejamos llevar. No todos. Mi hermana mediana, Rebecca, llegó a ir a la Universidad de Hampton y se casó con un hombre decente. Ahora es maestra en Virginia, donde vive la familia de su marido. Uno de mis hermanos, Neebie, Benjamin, salió de la ciudad por otra vía: entró en los marines. Ahora dirige un taller mecánico en la capital del estado. Esos dos escaparon. El resto... bueno, nos quedamos aquí, y nos metimos en líos de una u otra clase. Uno de mis hermanos murió en la cárcel. Tengo un hermano, el menor, de cincuenta y cinco años, que vive en la calle. Y una más, la pequeña, metida en drogas. Ahora jura que está limpia, pero sigue rondando por los callejones.

Julia pensó en el instituto de secundaria de Hanover y en las vidas a que aspiraban con cierta lógica sus amigas adolescentes, todas blancas: carreras de medicina, ingeniería, microbiología, derecho. Algunas querían sobre todo ser madres, pero se planteaban la maternidad como el resultado de un matrimonio estable, lo mismo que Julia, y en líneas generales lo habían conseguido. Esa era una forma de crecer en este país. La otra era la que acababa de describir Miss Terry.

—No digo que todo el mundo tenga que acabar en la calle —prosiguió Miss Terry—. Si oyes a los blancos hablar de nosotros, se diría que esta parte de la ciudad está poblada solo por chulos, putas, traficantes y drogadictos. La verdad, Julia, es que la mayoría de la gente de por aquí se gana la vida con el sudor de su frente. Es duro, porque no contamos con más ayuda que la del Señor, pero se puede lograr. Lo que pasa es que muchos... los más jóvenes sobre todo, no lo consiguen.

Miss Terry dio otro mordisco a la galleta.

Julia había captado por fin el ritmo de la conversación y sabía que lo mejor era dejar que fluyera. De modo que reprimió las enormes ganas que sentía de interrumpirla.

—Tuve a mis hijos cuando era aún demasiado joven para saber qué hacer con ellos. No sabía cómo educarlos. No sabía cómo evitar lo que mamá llamaba «el estado de buena esperanza». Y no usé el sentido común que me había dado el Señor, así que tampoco sabía que se suponía que debía decir no. Era una descarriada, como mi hermana menor. Ella me imitaba, Julia. Observó mi conducta y aprendió todo lo malo. Ella echó su vida a perder porque antes vio cómo yo lo hacía con la mía.

—Todos tomamos nuestras propias decisiones —intervino Julia sin pensar, olvidando la resolución que había tomado unos segundos antes.

—Ja. ¿Es eso lo que os dicen a la gente de los barrios altos? Porque aquí, en los suburbios, existe la idea de que todos tenemos que dar ejemplo. Los adultos deben enseñar a actuar a los niños. Los niños de más edad deben enseñar a actuar a los más pequeños. Mi padre nos lo repitió una y otra vez antes de morir. Y después de su muerte me harté de ser un modelo de conducta: quería hacer lo que me viniera en

gana y no preocuparme de nadie más. Como aquel jugador de baloncesto... ¿Cómo se llamaba? El que dijo que no quería ser un ídolo para los niños.

—Charles Barkley.

—Ese. Barkley. Siempre me encantó verlo jugar, pero... Julia, estaba tan equivocado en lo que decía. La decisión no está en tus manos. La elección no está en tus manos. Mi hermana pequeña hizo lo que me vio hacer. Y cuando tuve hijos... ellos también hicieron lo que veían, en mí y en los demás. Ahora soy una mujer religiosa: ojalá lo hubiera sido antes, Julia, tiempo atrás, cuando todavía podía ayudar a mis hijos. Pero en esa época Dios y yo no nos hablábamos, excepto en las contadas ocasiones en que tomaba su nombre en vano. Y DeShaun... bueno, era un chaval sin control. Fue descarriándose aún más a medida que pasaba el tiempo. Pensé que podría manejarlo, porque en esos años yo ya había visto la luz. Sin embargo, sin un padre a mi lado, todo lo que intenté fue en vano: se convirtió en una guerra. Lo apunté a los boy scouts, lo inscribí en un programa extraescolar de la universidad, le asignaron un hermano mayor, pero DeShaun dejó de ir al poco tiempo. —Se estremeció al recordar el siguiente capítulo de la historia—. El pecado del orgullo. Creí que podría manejarlo, Julia. Pero supongo que en el fondo, en esencia, debo de ser una mujer débil, porque mis plegarias cayeron en saco roto: ese chico siempre fue demasiado para mí. Oh, llevaba al diablo dentro, estoy segura. Iba a echarlo de casa por todos sus malos actos y su comportamiento demencial, pero antes de que pudiera hacerlo robó ese coche y consiguió que lo mataran.

No derramó ni una lágrima al narrar el súbito y trágico final de la historia; en su lugar adoptó una mirada desafiante, como si retara a su invitada a que le llevara la contraria. Julia se dio cuenta de que tenía que ir con pies de plomo.

—Lo siento, Miss Terry. Solo tengo un par de preguntas.

—Mira, Julia, te lo pondré muy fácil. —Su voz era fría—. Mi DeShaun era un pequeño demonio. Robaba coches. Lo detuvieron dos veces por atraco. La noche en que esa chica murió, él estaba en el Landing. No me cabe duda. Se conocía el Landing como la palma de su mano porque yo limpiaba casas allí. Y robó el coche, de eso estoy segura. Dijeron que lo vieron hablando con esa chica en el Green y también me lo creo. Y sí, pusimos una denuncia, pero retiramos los cargos. No llegamos a ningún acuerdo: simplemente lo dejamos correr. ¿Estás satisfecha?

—No.

—¿Por qué no? ¿Qué me he dejado?

—Me ha dicho que cree que DeShaun estuvo aquella noche en el Landing. Que cree que robó ese coche y que habló con Gina. Lo que no ha dicho es que cree que la matara.

Silencio.

—Nadie se molestó en recoger pruebas forenses, Miss Terry. Nada vinculaba a Gina con el coche robado. Ni siquiera sabemos que llegara a subir en él. —En la minúscula y oscura salita, Julia se inclinó hacia delante, llevada por la emoción, y vio



cómo Miss Terry daba un respingo—. Creo que usted ya lo sabía. Creo que por eso puso la denuncia. Ahora deje que le diga algo que tal vez no sepa: después de que Gina hablara con DeShaun en el Green, ¡después!, apareció en casa de una de sus maestras sana y salva.

Otro silencio, ahora más tenso, como la oscura espuma cuántica que precedió al Big Bang.

—Usted no cree que DeShaun matara a aquella chica. No lo ha creído nunca. Diría que puso la denuncia porque no lo creía. Y diría que la razón por la que retiró los cargos sin que se llegara a juicio es porque alguien le pagó por ello. —Theresa Vinney soltó un gemido y negó con la cabeza, pero no dijo nada—. Creo que fue otra persona la que mató a esa chica, alguien rico y poderoso. Creo que encubrieron el hecho. Y creo que DeShaun les vino como caído del cielo. —El silencio de Miss Terry se le hacía insoportable. Su propia ira creció, una indignación de madre, franca y pura—. Creo que alguien se presentó en esta casa, quizá incluso se sentó aquí mismo donde estoy yo ahora, y le dijo que si retiraba los cargos le daría... ¿Cuánto? ¿Diez mil? ¿Cincuenta mil? ¿Cien mil? ¿Cuánto le ofreció, Miss Terry?

—¿Por qué quieres verte envuelta en todo esto? —preguntó la anciana.

—Quiero que se haga justicia.

—Justicia. —Otro suspiro despectivo, que de repente le recordó a Bay Dennison—. He enterrado a tres de mis cinco hijos, Julia: uno por drogas, otro por sida y DeShaun, y ninguno de ellos alcanzó la salvación. A mi pequeño DeShaun lo mataron a tiros después de robar un coche. Decían que había matado a esa chica blanca y que nuestra gente estaba dispuesta a destruir su comunidad. Pero yo, su madre, retiré los cargos, y eso sirvió para aplacar los ánimos. La gente volvió a sus vidas normales. Y ahora vienes tú, te sientas en mi sala, te bebes mi café y me dices que pasabas solo para decirme, por si acaso yo estaba preocupada, que no fue DeShaun quien mató a esa chica. Y luego me insultas, diciéndome que retiré los cargos porque un negro vino a mi casa y me dio dinero. Soy una mujer religiosa, Julia, no una ramera capaz de cualquier cosa por unas monedas. Así que... lo que pienso es que es mejor que las cosas se queden como están, Julia. Todo el mundo sabe que DeShaun mató a esa chica. Dejémoslo así. —Miss Terry se puso en pie con un movimiento brusco—. Y ahora, Julia, querida, si no te importa, creo que tengo cosas que hacer en la parroquia. Pero antes quiero agradecerte que hayas venido hasta aquí a charlar conmigo esta mañana, y te deseo un buen viaje de regreso al bonito barrio donde vives.

—En ningún momento he dicho que el hombre que le dio el dinero fuera negro —replicó Julia.

## II

Miss Terry propuso que la acompañara a recorrer las tres manzanas que las separaban de la iglesia porque, como dijo a Julia tan pronto como salieron de la casa, le preocupaba que hubiera micrófonos. Los blancos no apreciaban mucho a los negros que no sabían estar en su sitio, y habían sometido al pobre doctor King a un asedio constante antes de matarlo.

—¿De verdad no sabías que era negro? —preguntó la mujer.

—No. Hasta que usted lo mencionó, no.

—Bueno, debería aprender a mantener cerrada mi estúpida boca.

Miss Terry era conocida y respetada por los chavales del vecindario. Tal vez sus madres los habían criado a gritos, porque era así como ella se comunicaba con todos ellos excepto con Julia, y se los quitaba de en medio gritándoles a pleno pulmón. Y, por sorprendente que parezca, aquello bastaba. Cuando regañó a unos niños por tirar bolas de nieve contra un coche, estos dejaron de hacerlo; y cuando reconvino a unos traficantes de catorce años, estos se retiraron con el rabo entre las piernas. Hay que ganarse el respeto de los demás, le explicó Miss Terry mientras paseaban, arrastrando las botas de plástico negro forradas de borrego falso. Tienen que saber que cumplirás tus amenazas. De nuevo le recordó a Byron Dennison, y Julia se dijo que los secretos del poder eran los mismos en todas partes y que toda la gente poderosa los conocía.

Julia se mostró de acuerdo.

—¿Y estás realmente segura de querer meterte en esto? —preguntó Miss Terry mientras giraban por la Tercera avenida.

—Sí, Miss Terry.

—Por tu hija. Eso dijiste.

Julia suspiró; sopesó las posibles respuestas y se decidió por la verdad.

—Sí. Pero eso era una verdad solo a medias. —Los ojos de Miss Terry la interrogaron—. Ese hombre al que mataron en el Landing. El profesor. Yo... bueno, lo conocía bien. Estuvimos muy unidos durante un tiempo. No. Ni siquiera esa es la verdadera razón. —La anciana beata aguardó con paciencia—. También lo hago por mí misma. Supongo que soy la clase de persona... toda mi vida siempre he dejado que la gente se ocupara de mí. Me protegiera del mundo. He estado a salvo durante veinte años. Creo que ha llegado el momento de devolver un poco de eso.

Cruzaron otra calle. Miss Terry esperó a que el semáforo cambiara sin dar muestras de impaciencia y Julia la imitó, aunque esperar la sacaba de quicio. Miss Terry saludó con la mano a una conocida y luego se agarró del brazo de Julia. Señaló un fumadero de crack. Señaló un edificio que servía de base a un partido político, aunque solo durante el período electoral.

—Supongamos que tienes razón, Julia. No lo estoy afirmando, pero solo supongámoslo. Digamos que retiramos los cargos por dinero. Toda la ciudad seguía ese caso, Julia. Hubo disturbios. De manera que, si lograron silenciarnos a cambio de un poco de dinero, debíamos tener una muy buena razón para hacerlo.

—Eso lo entiendo, Miss Terry.

—No simple avaricia.

—No, señora.

Llegaron a la iglesia, un edificio cuadrado que antaño había sido un almacén. Ahora, pintado de blanco y provisto de largas ventanas verticales, era la Casa de la Santa Fe, palabras de más de un metro de alto dispuestas en un vistoso color rojo, junto con el nombre del fundador, en letras de casi el mismo tamaño, que no era Jesús. Las ornamentadas puertas estaban cerradas, pero Miss Terry condujo a Julia a través del gran aparcamiento casi vacío hasta llegar a una salida de incendios en un lateral del edificio. El interior estaba helado, y Julia supuso que ahorraban dinero manteniendo la calefacción apagada entre semana. El santuario tenía sillas plegables en lugar de bancos, y a Julia le pareció que podían caber cómodamente cerca de un millar de personas. Preguntó cuántos feligreses solían asistir misa.

—La mayoría de los domingos unos cuatrocientos. Quizá quinientos. El doble en Navidad y en Pascua.

—Me deja impresionada —admitió Julia, al compararlo con la pertinaz congregación anglicana de Lemaster, donde se contaba como una victoria recibir a cincuenta parroquianos y casi un milagro llegar a los cien.

—No tienes por qué. Es la obra del Señor.

—Ajá —dijo Julia. Luchó contra las ganas de morderse una cutícula mientras se preguntaba por qué diantre Miss Terry la había llevado hasta allí.

Pasaron ante un par de parroquianos de aspecto muy pulcro que saludaron a Miss Terry con lo que a Julia le pareció alegría, luego bajaron por un pasillo posterior —el lugar era enorme— y fueron a parar a una clase de la escuela dominical. Las paredes estaban llenas de escenas bíblicas y de citas extraídas de ambos Testamentos. También había un calendario y la lista de nombres de los niños: estaba claro que las cruces y las rayas servían para señalar su asistencia. En las escenas bíblicas todos eran negros.

Se sentaron en dos sillas para niños, una a cada lado de un pupitre.

—DeShaun no tuvo un aula así cuando era niño. En esa época esta iglesia no existía. Ninguno de mis hijos fue educado aquí. Pero la mayoría de mis nietos han empezado aquí o en algún sitio parecido de otra iglesia. Yo no acudí al Señor hasta haber cumplido ya muchos años, pero la mayoría de los niños de por aquí se educan en el seno de la iglesia. Escuchan la palabra del Señor todos los domingos, cantan los himnos, son bautizados.

Julia, a punto de mostrarse de acuerdo, optó por no interrumpirla.

—Tenemos un motín de críos aquí, Julia. Como en la mayoría de las iglesias, pero sobre todo en esta. Por regla general son sus madres las que los traen. Lamento decir que los padres no están muy interesados en lo que ofrece el Señor, aunque Dios sabe que buena falta les hace. La mayoría ni siquiera se molesta en casarse con las madres de sus hijos. Antes, si una jovencita se quedaba embarazada, sus padres y hermanos

se plantaban en la puerta del muchacho a la mañana siguiente amenazándolo si no cumplía con sus obligaciones, y un par de meses después íbamos de boda.

Julia se sonrojó y bajó la vista al recordar cómo la tía de Lemaster la había acusado de cazarlo quedándose embarazada. Miss Terry no se percató del gesto.

—Bueno, eso era antes —prosiguió—. Pero ahora... Tendríamos que ir a buscarlos a las cárceles y a los cementerios. O a la esquina. Lo más probable es que allí diéramos con el padre. Allí encontraríamos a los hermanos. Y nos dirían: «Lárgate y déjame en paz».

Julia deseó poseer la paciencia de su marido.

—Por favor, Miss Terry, si pudiéramos hablar de DeShaun...

—Julia, querida, es de él de quien hablo. Tienes que entender lo que intentamos hacer aquí. Intentamos mantener a estos niños en el seno de la iglesia porque la iglesia es la única esperanza que les queda. Van al colegio y pueden vestirse como quieren, y nunca oyen hablar de Dios; pero sí de sexo, de ser ellos mismos y de hacer lo que les venga en gana. Bueno, tal vez eso funcione para los blancos de los barrios altos: tal vez esté bien decir a los niños que hagan lo que quieran, que sean ellos mismos, lo que sea que se les enseñe por ahí. No lo sé. Lo que sé es que para los nuestros es un desastre, Julia. Un desastre.

»Un imbécil deja embarazada a una tonta, y los blancos dicen que no hay que presionarlos, que no tienen por qué casarse. Nosotros seguimos su ejemplo. Hacemos lo que nos dicen los blancos. ¿Lo ves, Julia? Esto es casi como en los tiempos de las plantaciones. Los blancos imponen las reglas. Los blancos dicen que alejemos a Dios de los colegios, y no hay Dios en los colegios. Los blancos dicen que no debe decirse a los niños que no mantengan relaciones sexuales, así que las tienen. Los blancos dicen que no hay que hacerlas sentirse avergonzadas si se quedan en estado de buena esperanza, así que nadie las avergüenza. Como he dicho, los blancos marcan la pauta. Y luego se van a vivir a sus mansiones. ¿Y aquí, en los campos? Nadie nos pide la opinión. Aquí solo hay dos opciones: o se vive en la calle o en la casa del Señor. Aquí abajo no existe una tercera posibilidad.

Cada palabra era un aguijón. Cada frase expresaba una idea contra la que Julia ansiaba discutir. Pero no se atrevía a ofender a Theresa Vinney, no ahora que estaba tan cerca. Tenía que centrar el tema.

—Y DeShaun...

—DeShaun escogió la calle, Julia, y eso fue lo que lo mató. Era malo, Julia. Desde el día en que salió de mi vientre quiso hacer las cosas a su modo. Nunca aceptó consejo alguno. La noche en que murió yo le había dicho que lo echaba de casa. Tal y como fueron las cosas, no tuve que hacerlo. ¿Y tú quieres justicia? —Hizo una señal con la mano, mostrando la ornamentada iglesia con el gran altar y las numerosas aulas—. Esta es nuestra justicia, Julia. No cualquier programa bonito del gobierno. Este edificio. Este edificio es todo cuanto tenemos. Y no necesitamos más.

Julia iba a protestar, pero Miss Terry no había terminado. En el vestíbulo alguien

cantaba, desafinando, una melodía de la Motown de los años sesenta, pero una acerada voz ordenó al artista que se callara.

—Escúchame, Julia. Sí, pusimos esa demanda. Sí, la retiramos. No voy a decirte por qué. Pero te diré algo: Dios hizo un milagro aquí. Construirnos esta iglesia. Construimos esta escuela. Tenemos benefactores. Envían un buen cheque cada seis meses, y hasta el último penique va a parar a la iglesia y a la escuela. Cada año somos más. Intentamos enseñar a nuestros hijos lo que los blancos no quieren que aprendan: cuánto los ama Dios y cuál es la diferencia entre el bien y el mal. No podemos pagar mucho, así que nuestros maestros no son los que tenéis vosotros ahí arriba, pero lo hacemos lo mejor que podemos. —Por un absurdo instante, Julia creyó leer una acusación en aquella mirada dura, como si la madre de DeShaun supiera que su interlocutora había sido maestra y esperara que ella se lo dijera. Pero Miss Terry se limitaba a recuperar fuerzas para proseguir con el sermón. Levantó el dedo índice—. DeShaun está muerto, y por mucho que remueva el asunto, ningún reportaje en el periódico va a devolvérmelo. Encerrar a un blanco poderoso en la cárcel no lo resucitará. Pero con esta escuela, Julia, con esta iglesia, tal vez podamos evitar que algunos críos sigan el camino de DeShaun. —Suavizó la voz—. Tú fuiste maestra, ¿verdad?

Julia dio un respingo pero se contuvo, intentando no dejar traslucir la tensión que la embargaba.

—Enseñé en la escuela pública durante... —Se calló al darse cuenta de que se le había pasado algo por alto—. ¿Cómo sabe que yo fui maestra? Se lo dijo Kellen Zant, ¿verdad? El profesor que murió asesinado. Vino a verla para hablar de su hijo.

Theresa Vinney asintió.

—Fue... la primavera pasada, principios de verano tal vez. Me preguntó lo mismo que tú, si un negro me había pagado para que retirara la denuncia.

—¿Preguntó específicamente por un negro?

—Eso he dicho.

Todo era tan sencillo, se dijo Julia. Debería haberlo visto. La motivación de Kellen estrechaba el cerco. Tal vez, después de todo, no fuera solo en pos del dinero. Hasta hoy, Julia no había adivinado que el hombre que iba por ahí ocultando las pruebas de la muerte de Gina era negro. Incluso ahora, solo lo sabía por culpa del desliz de Theresa Vinney. Kellen disponía de esa información antes de hablar con ella. Tal vez la había sacado del diario. O tal vez lo sabía porque lo había oído en...

—¿Miss Terry?

—¿Sí, querida?

—Cuando el profesor Zant le preguntó si el negro le había ofrecido dinero, ¿qué le dijo?

—Que Dios tenía un plan para él. —Dio una palmadita en la rodilla de Julia—. Ahora, Julia, de verdad que lamento mucho el mal trago por el que pasa tu hija. Pediré a toda la parroquia que rece por ella. Pero creo que lo que debes hacer es

volver a casa y tomar conciencia de lo afortunada que eres. Cuida de tus propios hijos, Julia. Deja que nosotros nos ocupemos de los nuestros.

## Dos reuniones más

## I

—Tengo la mayor parte de lo que me pediste —dijo Bruce Vallely—. No todo, pero sí la mayor parte.

Al otro lado de la mesa Julia Carlyle hizo una mueca. A Bruce le parecía una mujer un poco consentida, o quizá era que había crecido acostumbrada a salirse con la suya. Sabía que Trevor Land la había persuadido para que hablara con él. Julia, a su vez, se había ofrecido a ayudarlo, pero con la condición de que intercambiaran información.

—Vayamos a lo que tenemos, pues —dijo Julia.

Estaban en Ruby Tuesday, en el centro comercial de Norport, y Bruce notó que la autoridad se le escapaba entre los dedos para ir a los de ella. No hace mucho tiempo él había considerado a Julia una mujer débil y engreída, la típica Princesa de la Costa Dorada, la clase de chica de quien, en el instituto, sus compañeros de la clase obrera se habían reído sin ningún reparo. Pero tras la dulzura se escondía un fondo de acero. Recordó el consejo de Marlon Thackery de no cruzarse en el camino de Julia ni de su marido.

—Dime lo que has conseguido hasta ahora —ordenó ella, como si fuera su jefa.

Bruce estuvo a punto de sonreír.

—No he podido descubrir demasiado —reconoció, y deslizó otro sobre por encima de la mesa para que ella lo añadiera a su colección—. Por lo que aparece en los registros públicos, los Empíreos tal vez no estén en la ruina, pero no están muy lejos. Poseen un club en Brooklyn, sobre el que hay al menos diez gravámenes bancarios. Antes tenían una hermosa finca en los Hamptons, donde pretendían construir un elegante club de campo para negros. El proyecto se clausuró hace veinte años. En los años cincuenta y sesenta eran propietarios de un hotel en Atlantic City, pero ahora el terreno forma parte del aparcamiento de un casino y los Empíreos no tienen ni una hectárea. No creo que anden muy boyantes, Julia.

—Mmm.

—¿Puedo preguntar por qué querías esta información?

—Sí.

Él aguardó y frunció el ceño.

—Sí, ¿qué?

—Puedes preguntármelo, Bruce. Pero no voy a decírtelo. —Ella posó su mano

sobre la de él, por instinto, porque siempre había defendido el contacto humano y creía que conectaba mejor así—. Muchas gracias de todos modos. De verdad. Te llamé porque no sabía a quién recurrir.

—¿Esto guarda alguna relación con tu marido?

—Lo siento, Bruce. No voy a hablar de eso.

—Es un Empíreo, ¿no? —Bruce se inclinó hacia ella, con la esperanza de que el gesto pareciera más suplicante que amenazador—. ¿Julia?

Ella negó con la cabeza con firmeza.

—No me presiones, Bruce.

Algo en su mirada molestó al policía, y quizá ella también percibió algo en la de él, porque retiró la mano y empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—Muy bien —dijo Bruce—. Ahora ha llegado tu turno de proporcionarme información.

Excepto que ella no podía. No, no había visto nada ni a nadie antes de encontrar el cadáver de Kellen. No, no tenía ni idea de adónde se dirigía la noche en que lo mataron, o qué significaba «Jamaica».

—Esa noche él estuvo en la facultad de teología, ¿verdad? —dijo Bruce. Se trataba de una conjetura razonable después de la conversación mantenida con Tony Tice, quien sin duda había llegado a la misma conclusión. Bruce supo que estaba en lo cierto cuando Julia, en un intento de reprimir su reacción, reaccionó—. ¿Por qué estuvo allí, Julia? ¿Dejaste algo para él? ¿Dejó él algo para ti?

Ella negó de nuevo, en un gesto más de rechazo que de negativa.

—¿Y qué hay de Gina Joule? —prosiguió él—. ¿Consideras probable que Kellen Zant estuviera investigando la muerte de Gina Joule? Porque eso es lo que yo creo.

—No lo sé.

—¿Había relacionado el crimen con alguien importante? ¿Por eso le dispararon?

Ella abrió las manos y le brindó su sonrisa torcida.

—De verdad, Bruce. No puedo ayudarte.

—No puedes hacer esto sin ayuda —dijo él, pero Julia ya estaba ocupada en dividir la cuenta para extender un cheque por su mitad.

## II

Julia buscó a Joe Poynting en la sala de estudiantes, donde el joven se esforzaba por redactar el esbozo de un sermón para su curso de homilías. Ella quería saber la definición de «consumo no rivalizado» en el argot económico, y Joe era, una vez más, su musa.

—El consumo es rivalizado —dijo él— cuando el uso que yo hago de algo deja menos para ti. Mire por la ventana. ¿Ve las gaviotas? Se pelean por un pedazo de



comida. Cuando una come, su consumo rivaliza con el de todas las demás que se quedan sin comer. ¿Lo entiende?

Julia asintió.

—El consumo no es rivalizado cuando mi uso no afecta al tuyo. Mire otra vez las gaviotas. ¿Ve el sol que centellea sobre sus alas? ¿El efecto arco iris? Es una imagen preciosa, y el hecho de que yo la esté mirando no merma su capacidad para que usted lo haga. Ambos podemos consumirla. No hay rivalidad. ¿Lo ve?

Lo veía. Le dio las gracias.

Según Kellen había dicho a Mary, aquel era un caso de consumo no rivalizado; luego le había enviado la foto de Malcolm Whisted. Malcolm Whisted, que conocía a la familia. Era más que retorcido releí irse a un ser humano como bien de consumo, pero quizá fuera eso lo que Kellen tenía en mente. Si Gina tenía un solo novio, su consumo era rivalizado. Pero si, digamos, había tenido más de uno... entrábamos en la otra clase de consumo, no rivalizado.

Lo que Kellen intentaba decirles tenía que ser eso. Los dos chicos que recogieron a Gina en el Jaguar aquella noche planeaban compartirla. Digamos que Jock era el novio. Tal vez uno de sus amigos estaba un poco celoso de los logros sexuales de Jock. Y este, el más cachondo del grupo, le había dicho que, claro, la próxima vez que llame te vienes conmigo. La compartiremos.

Compartir a un ser humano como si fuera un juguete erótico.

Consumo no rivalizado.

Solo que Gina no estaba lista para ser compartida. Gina había plantado cara.

Y había perdido.

Meditó sobre el problema y luego, de pronto, decidió dejarlo de momento. La inspiración le había llegado. Las gaviotas.

Gaviotas.

Kellen y sus juegos de palabras.

Julia sacó el cuaderno donde había estado garabateando anagramas imposibles a partir de «Shari Byrd», la misteriosa maestra suplente a quien nadie había podido encontrar. Claro que no. No existía: era solo un mensaje dirigido a Julia. La descripción como maestra suplente indicaba una instrucción: reemplazar Byrd por alguna clase de ave: si sustituías *byrd* por *gull*,<sup>[1]</sup> obtenías «Shari Gull», que era obviamente un anagrama de...

## Sugar Hill

## I

El sábado, las madres de la sección de las Perlas Negras de Harbor County reunieron a sus hijos pequeños —las Perlitas— y se fueron a Manhattan, donde almorzaron en el Mars 2112, un lugar totalmente loco que recreaba la vida en Marte en el futuro, para luego asistir a la primera sesión de *El rey león* en Broadway. Iban en coche, y Julia, al volante del Escalade, llevaba también a Kimmer Madison y a su hijo Bentley, dos años menor que Jeannie. Julia habría agradecido aquella interrupción de sus cuitas si la excursión hubiera sido solo eso. Pero no lo era. Había planeado una parada imprevista y la reservaba para el camino de regreso a casa.

Kimmer se pasó la mayor parte del trayecto pidiendo a Julia que bajara el volumen de la radio mientras ella contestaba una nueva llamada, porque en estos días los despachos de los abogados, como los de otros profesionales, no tienen fronteras naturales. Entre una urgente conversación y otra, resplandecía de orgullo al mirar a los dos críos, que, sentados en la parte de atrás no se hacían el menor caso entre ellos, y murmuraba sin cesar: «¿Quién sabe lo que el futuro les depara a estos dos?». Kimmer, al igual que Julia, procedía de una de las familias reales de la nación oscura y la inquietaba el futuro de las tradiciones.

La obra fue un éxito incluso entre las madres menos sentimentales como Kimmer o aquellas que, como Julia, ya la habían visto. Los niños pidieron quedarse a cenar en la ciudad, pero la comitiva partió de vuelta sin hacer caso a sus súplicas. Sobre las cinco y media, todos los coches iniciaban el regreso a casa.

Todos menos el Escalade.

Julia comentó que tenía que parar en un sitio.

—Si tienes tiempo, claro —dijo a Kimmer.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó mirando la hora, pero al verse atrapada esbozó una sonrisa contagiosa.

Kimmer era una mujer lista, ingeniosa y amante de la diversión. Llevaba ya dos maridos a sus espaldas y no era difícil imaginar a otros esperando turno.

—Nos retrasará una media hora. No más.

—¿Media hora?

—Y puedes esperar en el coche con los niños. Lo que tengo que hacer allí no me llevará más de diez minutos.

—¿Puede saberse adónde vamos?

- A Harlem.
- Julia, son casi las seis.
- No cierran.

## II

La última vez que Julia había visto la casa de tres plantas situada en la esquina de Edgecombe Avenue y la calle 145 Oeste, todos sus hijos estaban con ella y eran felices. Sucedió siete años atrás y Julia, acompañada por Tessa, les mostraba el barrio de Harlem mientras, remedando a la abuela Vee, les contaba anécdotas que solo recordaba a medias. A pesar de sus reticencias, los niños la habían convencido de que los llevara a ver la mansión Veazie, el escenario de todas esas fábulas. En esa ocasión no se detuvo ni dejó que nadie se apeara del coche: se limitó a pasar por delante con la esperanza de que ninguno se percatara de que aquella casa, antaño orgulloso escenario de tantas historias relatadas por su madre, había caído en la más absoluta decadencia.

Mientras aparcaba el Escalade en un estrecho hueco que parecía haber sido expresamente diseñado para él, Julia se dijo que esa noche tampoco esperaba mucho más. Sabía que era una misión de locos; sin embargo, tenía que intentarlo.

Solo por si ella fracasaba a la hora de resolver el anagrama de «Shari Byrd», Kellen se las había ingeniado para que el señor Huebner le entregara aquella nota. «Toma un tren», había escrito Kellen, consciente de los gustos musicales de su ex amante: Broadway y las grandes orquestas, a poder ser formadas por artistas de su raza. La traducción era trivial: Ella Fitzgerald y Duke Ellington habían popularizado la canción de Billy Strayhorn cuyo estribillo hablaba de tomar el tren de la línea A hasta Sugar Hill, al norte de Harlem.

Sugar Hill, el punto más elevado de Harlem, donde tiempo atrás, invisible para el mundo, la élite de la nación oscura, cómodamente instalada en apartamentos y casas adosadas amueblados con tanto estilo como los de Park Avenue, había arrugado la nariz ante los negros de clase media de Striver's Row, en la calle 138, y ante los que vivían más al sur: esas clases bajas que se apiñaban en lo que los ciudadanos de Sugar Hill llamaban, con aire despectivo, el Valle. Sugar Hill, donde Amaretta Veazie dirigía su célebre corte, una más entre las «zarinas de piel clara», como las había bautizado Adam Clayton Powell, Jr.: las matriarcas que regían la élite de Harlem. Amaretta, una Perla Negra original; Amaretta, que había intentado limitar la pertenencia al Clan a un solo puñado de antiguas familias, al igual que hizo toda su generación, pensando que la exclusividad era un regalo para las generaciones venideras; Amaretta, que, como el resto de las zarinas, había fracasado. La nación oscura se reveló como un grupo demasiado grande o lleno de talento; o bien la

integración como algo demasiado tentador; en cualquier caso, el Clan se popularizó y perdió trascendencia.

La casa donde, según la leyenda, se fundaron las Perlas Negras. Y donde, en su época, Amaretta tenía su famosa colección de espejos.

Kellen le había enviado espejos y le había recordado la historia, solo para asegurarse de que captaba la idea.

Julia ignoraba cómo lo había deducido Vanessa, pero estaba segura de que este había sido también el destino de su hija: la casa Veazie. Vanessa se había percatado antes que su madre de que la mansión era el núcleo del misterio de Kellen y por alguna razón había decidido visitarla por su cuenta. El problema fue que Vanessa no recordaba la dirección y había intentado identificarla a ojo. Como muchos afroamericanos que nunca habían vivido allí, Vanessa subestimó la enorme extensión de Harlem, los cientos y cientos de manzanas idénticas. Buscar algo en Harlem no era como buscarlo en una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra. La posibilidad de dar por casualidad con una sola casa entre las calles y avenidas de lo que antaño había sido la capital de la nación oscura era prácticamente inexistente.

Como había comprobado Vanessa de primera mano.

No era de extrañar que hubiera optado por irse a bailar, primero a un club de Elm Harbor, y luego —aunque ese era un detalle que solo sabía su madre—, a su propia habitación, con la puerta cerrada, al ritmo de los cantos fúnebres.

Julia no tenía ni idea de por qué Kellen quería que fuera a casa de Amaretta, pero estaba bastante segura de que las pistas dejadas por él la encaminaban hacia allí.

Julia se apeó del coche y pidió a Kimmer que la esperara dentro con los niños.

—¿Vas a entrar ahí?

—Tardaré diez minutos como mucho. Tal vez ni siquiera haya nadie en casa.

—Julia, por favor. Estamos en medio de Harlem. —La abogada miró a su alrededor como si esperara ver aparecer a un ejército de convictos fugitivos armados hasta los dientes.

—Echa un vistazo a esto. Esta parte se ha aburguesado. No corremos ningún peligro.

—Pero...

—Por favor. Tengo que hacerlo.

La abogada clavó la mirada en el rostro de Julia, y luego miró a su alrededor las calles del barrio. Se sentó al volante.

—Estaré dando vueltas a la manzana —dijo Kimmer. Si había algo que odiaba, era estar sentada sin hacer nada.

Julia dio media vuelta y subió los escalones de la casa.

### III

Las luces que salían del edificio resplandecían contra la temprana noche de invierno: elegantes cortinas vestían las ventanas, las paredes eran de bonito ladrillo y no había ni rastro de nieve en los escalones. Julia decidió que se trataba de un espejismo. Su desobediente cerebro la había hecho retroceder casi cuatro décadas, hasta los días en que jugaba con su hermano y sus primos en esta misma acera, a la espera de que la doncella de la abuela Vee los llamara para cenar. Pero cuando miró hacia atrás vio el Escalade, con Kimmer esforzándose por sacar aquel enorme coche del hueco para poder iniciar su ronda. Al mirar hacia el portal de la casa, Julia distinguió los timbres nuevos y se percató de que la vieja y elegante mansión había sido convertida en apartamentos, uno por planta, incluyendo el sótano provisto de patio vallado.

Sugar Hill volvía a estar de moda. La zona era una de las más codiciadas de Manhattan: eso decía el *Times* y eso aparecía también en sus blogs inmobiliarios favoritos.

Genial. La mansión Veazie era un bloque de pisos. ¿Y ahora qué?

Sacó del bolsillo el espejo de mano, pero en su basta superficie solo vio su propio reflejo, su frente arrugada por la perplejidad. Kellen le había dicho que lo llevara consigo, vete a saber por qué. Estaba bloqueada. Cuando se disponía a regresar al coche percibió movimiento a su derecha. Un hombre estaba asomado a la ventana del primer piso, observándola mientras fumaba un puro.

Muy bien, estupendo.

Ella sonrió y saludó como si fueran viejos conocidos, hizo un gesto hacia la puerta y apretó el segundo botón empezando por abajo con la esperanza de que fuera el correcto. El hombre desapareció y, segundos después, la puerta principal emitió un gemido electrónico. Julia la empujó y entró en el vestíbulo.

Las baldosas de color blanco y naranja que cubrían el suelo eran las mismas que recordaba. Los revestimientos de madera de las paredes se veían recién barnizados, habían añadido buzones, y donde debía alzarse el arco hacia la sala, se encontró con una puerta bastante maciza, reforzada con barras de acero. El hombre de la ventana sostenía aquella puerta, con el puro aún en la mano, mientras la miraba con aire inquisitivo desde una cara color chocolate tan suave y llena de confianza en sí misma que le recordó a la de Kellen. A su espalda se extendía un vestíbulo; la puerta del apartamento de la primera planta seguía abierta y una cálida música de jazz flotaba en el aire.

—¿Eres Margot? —dijo él.

—¿Yo? Oh, no. No. Yo... antes vivía aquí. O, mejor dicho, pasé algunas temporadas aquí. —Le tendió la mano—. Me llamo Julia. Julia Carlyle.

El apretón de manos fue húmedo e indicaba decepción.

—Me temo que no has podido vivir aquí, Julia. Soy el segundo propietario del apartamento. —Fruunció el ceño y miró por encima de ella, tal vez a la busca de alguien más importante—. ¿Estás segura de que no eres Margot? —Esbozó una nerviosa sonrisa de disculpa—. Es una especie de cita a ciegas.

—Mi abuela era la dueña del lugar. De todo el edificio.

—¿Retta Veazie?

—Amaretta Veazie. Sí.

—He oído hablar de ella. En esos días la llamaban Retta. —Dio un paso hacia delante y echó la ceniza del puro a la calle, en un gesto que le recordó a Mary Mallard. Con aquella camisa cara y la corbata floja, tenía un aspecto aburrido y próspero—. Bueno, entonces, ¿qué puedo hacer por usted, señora Carlyle?

—He venido a la ciudad por asuntos de negocios, pasaba por aquí, y... bueno, no sabía que habían reformado la casa. Tuve que pararme a ver. —Se encogió de hombros, consciente de que estaba hablando demasiado, como siempre que estaba nerviosa—. No pretendía molestarle. Solo quería ver el aspecto que tiene ahora el lugar.

—Oh, no. No. No es ninguna molestia, señora Carlyle. Entre, por favor. Estaba tomando una copa.

Julia vaciló. No percibía el menor intento de seducción y, al fin y al cabo, el objetivo de esa visita era echar un vistazo al interior con el espejo guardado en el bolsillo. Pero las certezas de hacía media hora se disipaban en una bruma más espesa, y ya no se sentía segura de su propósito. Esta historia del espejo era ridícula. Un espejo no era más que cristal y plata y —y el ocasional Egamés— un mango bonito, montado por seres humanos en un taller o fábrica, no una puerta hacia el pasado, hacia el futuro o hacia el mundo sobrenatural donde todos miraban las cosas de soslayo. Entrar allí sería una tontería. No importa lo que creyera que Kellen había intentado decirle. Sonrió y retrocedió.

—No, gracias. Lamento haberle molestado. Vuelva a su copa. El hombre de la puerta dio una profunda calada al puro, sin moverse. Sus agudos ojos castaños la evaluaban y, antes incluso de ponerse en guardia, Julia se preguntó cómo diablos podía haber adivinado que estaba casada.

—Espero que su cita llegue pronto —dijo ella, retrocediendo aún más rápido—. Y gracias de nuevo.

Desde el interior del apartamento, una voz familiar dijo:

—Oh, seguro que puedes dedicarnos unos minutos, Julia. Pasa.

## IV

Cameron Knowland le hacía señas con un aire señorial que le indicó de inmediato que era el propietario del apartamento y, tal vez, de todo el edificio.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —dijo ella, porque tenía que decir algo.

—Confío en que no será una sorpresa desagradable.

—Eso depende de lo que estemos haciendo aquí.

Cameron sonrió. Julia miró a su alrededor. Los techos eran tan altos como ella recordaba. Los caros muebles expresaban una insulsa modernez que ninguna cantidad de dinero podía disfrazar como buen gusto. El hombre que le había sonreído desde la ventana era del Clan: lo notó en su forma de hablar y de vestir, y en el aire con que se movía, tan carente del trágico y abatido desdén propio de los miembros jóvenes de la nación oscura como de la arrogancia nerviosa de los nuevos ricos. Debía de tener unos diez años menos que ella, y desde el primer momento quedó patente que Cameron era el jefe y el joven negro, su lacayo.

Tampoco es que lo hubiera dudado en ningún momento.

—Siento el melodrama, Julia. —Se sentó en el borde de la mesa—. Ha dado la casualidad de que me encontraba en la ciudad. Mi gente me dijo que venías...

—¿Qué gente? —inquirió ella.

Cameron sonrió.

—Mi gente me dijo que venías y, bueno, no habías estado en Harlem desde que murió Zant. Esperaba que esta fuera la ocasión. Y no me equivocaba. —Su tono de voz revelaba que pocas veces lo hacía.

—¿Esto es... tuyo?

—Era de Kellen. ¿Lo sabías? La compró en cuanto la casa se puso en venta.

—¿Cómo te enteraste de que venía? —preguntó ella con voz pétreo. Como Cameron se limitó a seguir sonriendo, ella probó con otra pregunta—. Tony Tice. ¿Eres tú su cliente secreto?

Esta al menos provocó un gesto de hastío.

—Un hombre de lo más desagradable. Desde luego que no. Tras la muerte de Kellen, Tice se puso en contacto conmigo para proponerme... Bueno, ¿qué más da? No, Julia. No tengo nada que ver con él, ni quiero tenerlo.

—Mejor —dijo ella, y hablaba en serio.

El multimillonario paseó la mirada por la sala.

—Es un apartamento precioso. Me han dicho que la casa era espectacular en los viejos tiempos. Sugar Hill. Hasta hace un par de meses no había oído hablar de esto. Pero fue el corazón de Harlem, ¿verdad? Tu Harlem. Tu familia. Las antiguas familias.

—Sí.

—No tengas miedo, Julia. Nadie quiere hacerte daño.

—No estoy asustada. —Se frotó los ojos—. Lo que estoy es harta de que me mientan.

Cameron Knowland bajó de la mesa, se acercó y se inclinó ante ella.

—¿Cuándo te he mentado, Julia? ¿Te he dicho una sola cosa que no fuera cierta? —Pero esto no bastaba ni de lejos para convencerla—. Vamos en busca de lo mismo. Del excedente de Kellen. Mira a tu alrededor. Compré el apartamento con todo su contenido. No te preocupes por cómo lo hice. Siempre hay maneras. Los contenidos eran cruciales. Quería mantenerlo tal y como lo dejó Kellen. Pasó mucho tiempo

decorándolo, asegurándose de que todo estaba a su gusto. Venía por aquí al menos una vez al mes. ¿No lo sabías?

—No, Cameron. No lo sabía.

—Bueno, pues así era. ¿Sabes de qué están llenas las paredes del estudio? — Señaló hacia una de las puertas—. De fotos tuyas. O de los dos juntos. Creo que tu ex estaba muy colgado de ti, Julia. —Se enderezó—. Te diré algo más. En las fotos no solo apareces tú. También están tus hijos.

—¿Mis hijos? Él asintió.

—Entra tú misma a verlo si no me crees.

Y eso hizo: lo siguió, obediente, hacia el estudio, cuyas paredes estaban empapeladas con tela de un pálido tono rosa, su color favorito. Y, desde luego, había fotos de Julia sola, fotos de Julia con Kellen, fotos de Julia con sus hijos, recortadas de revistas o tomadas —esa era la impresión que daba— de forma subrepticia. Con dedos temblorosos, tocó una foto que recordaba y en la que aparecía con los cuatro niños sobre su regazo: se había publicado en la revista *Ebony* como complemento a un artículo sobre los hijos de cierta generación de mujeres de Harlem. Las lágrimas intentaron tomarla por sorpresa, pero la nueva Julia las sorprendió reprimiéndolas.

—Creo que estaba preparando el lugar para ti —dijo Cameron, a su espalda.

—¿Para mí? ¿Qué se supone que significa eso?

—Diría que está pensado como un nidito de amor.

Ella se dio la vuelta, dispuesta a enfrentarse a él.

—No, no, no, Julia, no. Cálmate. No estoy sugiriendo nada impropio, excepto en la imaginación del pobre Kellen. Creo que planeaba preparar el lugar y luego presentártelo como un regalo. Quería recuperarte, Julia. Intentaba luchar por ti.

Insegura de si debía reír o llorar, optó por mantener un obstinado silencio. Y, sin embargo, en el fondo de su mente se encendió una lucecita.

Cameron movió la mano.

—Te estás preguntando por qué he comprado este lugar.

—Sí.

—Esperaba encontrar el excedente escondido aquí. La respuesta. Una pista. Algo. Con la cantidad de tiempo que él pasó aquí, no puedo creer que no dejara alguna clase de pista.

—Creía que habías dejado de intervenir en la campaña para la reelección.

Él se rió, toda su barriga temblando de regocijo.

—Oh, Julia, la influencia de tu marido es grande, pero no infinita. Los hombres como yo hacemos lo que queremos. Solo que preferimos hacerlo en la sombra. Además —añadió, empezando a caminar por la habitación—, no todo tiene que beneficiar a otros. No soy ningún altruista. Me encantaría que ganara el presidente, pero si no gana, no gana. Por eso compré este lugar. ¿No lo ves? Si existe algún modo de descubrir en qué andaba metido Kellen, lo quiero. Quiero las pruebas. No me importa hacia dónde apunten. Si las pruebas demuestran que fue el presidente quien



actuó mal, las enterraré. Si en cambio van en contra del senador Whisted, estarán en mi poder, y si gana las usaré para... bueno, para evitar que no se descarríe del camino que debe seguir.

Ya estaba. Casi. Casi. Ella incluso podía perdonar la perfidia que subyacía a aquellas motivaciones a cambio de la sensación de que casi había llegado al final.

—O, si son pruebas contra el presidente —dijo ella despacio—, también podrías usarlas para que este no se descarríe demasiado. Él se cruzó de brazos.

—Supongo que sí.

—Pero todavía no las has conseguido, ¿verdad?

—Aún no.

Ella estuvo a punto de sonreír.

—Lo siento.

—Venga, Julia. No has venido aquí porque sí. Kellen te dejó una especie de mensaje. Una pista. Y estás buscando algo. —Volvió a mover la mano—. No dejes que yo te detenga.

—Lo siento, Cameron. La verdad es que no puedo ayudarte.

—Estoy plenamente convencido de que sí puedes. Tómate el tiempo que necesites. Echa un vistazo.

—Tengo un poco de prisa...

A un gesto del inversor, apareció el lacayo negro.

—Por favor, sal y dile a la señora Madison que la señora Carlyle se demorará un poco más. No, espera. Invítalos a entrar. Saca unas galletas para los niños.

—Tenemos que irnos —dijo Julia, pero el criado ya había desaparecido. Y, al fin y al cabo, Cameron era el viejo señor Knowland, que, en palabras de Jeannie, era el dueño de la universidad.

No iba muy desencaminada.

## V

Así que echó un vistazo. Podría haberse ido. No se le pasó por la cabeza que Cameron fuera a impedirselo. Podría haberse subido al Escalade, haber vuelto al Landing con Kimmer y los niños y haber olvidado para siempre a Kellen y su excedente. No lo hizo. El ansia que la había llevado hasta allí —ansia de resolver el misterio, no por su bien sino para salvar a Vanessa— la tenía poseída. Kellen la había llevado de vuelta a su infancia, a los días en que Amaretta Veazie intentaba mantener el salón idéntico a como ella y las otras zarinas lo habían vivido, mientras la elitista sociedad de Harlem se desvanecía a su alrededor.

«Hay tres cosas de las que siempre parece querer huir —había dicho él—. Tu gente, tu pasado y tu Dios».

Kellen la había devuelto a su gente, a través de Miss Terry, y a su pasado, aquí en Harlem. Supuso que Dios sería el próximo paso, aunque ignoraba cómo.

—¿Julia?

—Chsss —dijo ella, regodeándose para sus adentros por el hecho de hacer callar a un multimillonario.

Y funcionó.

Julia se quedó en el vestíbulo principal, frente al largo espejo, otro cheval, y recordó que de niña había visto a Sidney Poitier y a Harry Belafonte allí de pie, ajustándose la corbata y el cuello de la camisa mientras esperaban para entrar en una bulliciosa fiesta de los Veazie. En una ocasión, cuando ella tenía cinco años, el invitado de honor fue Martin Luther King, Jr. En otra, Hubert Humphrey organizó una fiesta benéfica. Y luego estaba aquel aciago día de la primavera de 1972 en que Mona, ayudada por sus gemelos, metió a una furiosa y reticente abuela Vee en la furgoneta Plymouth y emprendieron el largo viaje hasta Hanover. Al oír esa historia, Kellen había dicho...

Basta.

Se alejó del cheval y entró en el apartamento. Cameron la seguía con la mirada mientras los niños comían helado en la mesa de la cocina y Kimmer los vigilaba como un guardaespaldas. Al lacayo no se le veía por ninguna parte.

—Subí aquí con Kellen un par de veces —dijo ella. No sabía muy bien por qué había optado por hablar, pero el instinto le decía que la historia serviría de distracción—. Cuando estábamos... juntos. Yo quería mostrarle Harlem. Pero todo era distinto. El lugar estaba abandonado. Destrozado. Entramos de todos modos. Apartamos unas tablas de madera y nos colamos por la ventana.

«Un día te compraré este lugar —le había prometido Kellen, aquí, en medio de la suciedad—. Para nosotros. —Un beso—. Para ti. —Otro beso—. Y para nuestros hijos. —El tercero—. Tiene demasiada historia para que se eche a perder».

«Odio la historia», había dicho ella.

«Si yo tuviera tu historia, la adoraría», había contestado Kellen. Aquella noche salió a una reunión que se le había olvidado mencionar y no volvió hasta la mañana siguiente.

—¿Qué más recuerdas? —la urgió Cameron por la espalda con una vehemencia innecesaria.

—Debimos de venir aquí dos veces estando juntos y en ambas forzamos la entrada. —Se rió—. Ni siquiera habían reemplazado los tablones. En la segunda visita nos encontramos a un vagabundo que dormía en uno de los cuartos. Quise irme, pero Kellen lo echó.

—¿Volvisteis alguna otra vez después de aquella?

—No.

Sí. El último adiós. Haciendo acopio de los últimos y maltrechos vestigios del valor de los Veazie, Julia había tomado el tren hasta la ciudad para comunicarle al

hombre que había arruinado su vida que otro estaba a punto de salvarla. Quedaron para comer en Sylvia's —una leyenda en Harlem y uno de sus favoritos—, y Julia lo miró a los ojos y le dijo que estaba embarazada y que iba a casarse con Lemaster. Vio cómo las emociones se sucedían en su hermoso rostro. Ira. Asombro. ¿Celos? Nunca había llegado a saberlo. Durante todos los meses en que Julia había salido con Lemaster —incluso mientras vivía con él—, Kellen solía llamarla de vez en cuando o enviarle una nota, ya fuera para mantener el vínculo o para intentar aflojarlo. Al oír la noticia se tomó su tiempo; luego sonrió, la felicitó y se inclinó por encima de la mesa para besarla, con suavidad, en la boca. Después tomaron el metro hasta Sugar Hill para echar un último vistazo.

Un mes después él aceptaba un puesto en la Universidad de Chicago, sin tan siquiera despedirse.

Pero aquel día, a principios de 1983, ambos entraron por la misma ventana, aunque cabía decir que las tablas estaban mejor dispuestas esta vez. Kellen se había encaminado hacia la chimenea, donde la marquetería adornada era el único vestigio del inmenso espejo decorativo que había estado colgado allí. Ella se giró. Habían colocado otro espejo, pero el marco era el mismo. En aquella visita de 1983, Kellen había sacado una navaja suiza de la chaqueta y había grabado sus iniciales y la fecha en las filigranas del marco. Seguida de cerca por Cameron, Julia cruzó la estancia. Se miró en el espejo y el reflejo no le devolvió a una mujer de mediana edad acosada por un multimillonario histérico, sino a una joven nerviosa y embarazada que sentía que la vida se le escapaba entre los dedos. Ella sonreía, pero su yo joven parecía al borde de las lágrimas.

Basta, susurró sin palabras.

No puedo, se contestó.

Con las mejillas ardiendo, Julia resiguió el marco con el dedo, poniendo buen cuidado en mantenerlo alejado del punto en cuestión. Recordaba que Kellen había grabado «KZ & JV» y el año, «1983».

Luego había intentado, sin conseguirlo, darle un beso más apasionado que el casto roce de labios que habían compartido en el restaurante. En aquel momento Julia había sentido orgullo y pesar ante aquella capacidad recién descubierta de rechazarlo. Ahora, como el emblema del espejo Comyns, las letras se habían borrado, difuminado, se habían convertido en simples rayas lacadas y fundidas en el marco para siempre.

—¿Qué has encontrado? —dijo Cameron.

—Todavía nada.

Había sido la inteligencia, y no la suerte, lo que había aupado a aquel hombre a lo más alto de su ámbito profesional. Señaló las marcas.

—¿Qué es esto?

—No lo sé.

—Veo un «83», y luego unas rayas. —Se acercó más—. No consigo descifrarlo.

—No creo que sea nada.

—¿Por qué iba Kellen a grabar algo así? Tiene que significar algo.

—¿Qué te hace pensar que lo hizo Kellen?

Julia se alejó del espejo y se dirigió a la ventana que daba al patio trasero, donde Amaretta solía sentarla en una silla de hierro forjado durante horas para practicar sus modales en la mesa. Observó la moldura y los reflejos.

—Nada —dijo ella.

—Piensa —insistió él.

—Ya lo he intentado. No se me ocurre nada más.

Entró en la cocina y acarició el hombro de Jeannie al pasar. Pero aquí todo era nuevo. De todos modos abrió algunas alacenas. Fingió examinar las molduras de madera antiguas que habían dejado en el comedor y en los dos dormitorios.

Negó con la cabeza.

—¿Qué hay de esos espejos que intentó enviarte? —Resultaba obvio que el socio más antiguo había hecho los deberes—. ¡Tienen que significar algo!

Julia negó con la cabeza.

—Creí que servían para conducirme hasta aquí. Pero no veo nada que... reconozca. —Se encogió de hombros, con aire triste—. Tal vez los malinterpreté. Tal vez tú también. No estarás intentando decir...

—Aquí no hay nada. —Se volvió para encararse con él—. Se acabó, Cameron. No lo encuentro. No podrás encontrarlo. Si había algo que encontrar, está escondido en otro sitio. Me rindo.

—¿Te rindes?

—Se acabó la búsqueda. Ya estoy harta. Tengo una familia de que preocuparme...

—¡Ahora no puedes parar!

—Puedo y lo haré. Estoy cansada. Kellen no era un buen hombre, Cameron. Te invito a que sigas buscando, si eso es lo que quieres. Pero yo ya he acabado.

—Vale. Vale.

La furia que lo embargaba era tan intensa que apenas la escuchaba. Si no podía colaborar ni obstaculizar sus propósitos, se convertía en alguien irrelevante para él. Seguía enojado cuando ella salió a la calle, con Kimmer y los niños, donde el lacayo negro se había pasado media hora vigilando el coche. Julia ya tenía lo que había venido a buscar.

## VI

—¿Así que ese es el gran Cameron Knowland? —murmuró Kimmer mientras Julia abría las puertas. La calle estaba oscura pero flotaba en ella un silencio refrescante—. ¿Por qué quería verte en Harlem? No era exactamente un recado, ¿no?

—Es una historia muy larga.

—Con el tráfico que hay un sábado por la noche, tenemos horas y horas.

—Te la contaré en otro momento.

Garabateaba como poseída por un arrebató, dibujando las líneas que Kellen había trazado al lado del «83» y que ella había memorizado delante del espejo. Los trazos eran muy elaborados, con adornos y bordes redondeados, para que costara leerlos al revés. Pero Julia, que llevaba el espejo de mano consigo, no había tenido problemas. La inscripción leída al revés rezaba ahora «BCP». Puesto que Kellen no había alterado los números, dedujo que debía tomarlos como estaban.

«BCP 83».

No sabía con seguridad dónde quería Kellen que siguiera mirando, pero al menos esta vez tenía una teoría.

—Mamá —dijo Jeans, tirando de su manga desde el asiento de atrás.

—No te preocupes, cielo. Ya nos vamos a casa. Y puedes dormir durante todo el camino.

—No, mamá, no quería decirte esto. Mira. ¡Mira!

Ella dirigió la mirada hacia el lugar que señalaba su hija, un pequeño parque al otro lado de la calle. Kimmer volvía a estar ocupada al teléfono.

—¡Estaba allí, mamá! —Jeannie se mostraba emocionada e inquieta a la vez—. ¡Le he visto! Ahora se ha ido, pero estaba allí...

—¿Quién?

—¡Jeremy! —Dio un par de puntapiés al respaldo del asiento del conductor para ilustrar la estupidez de la pregunta—. ¡El señor Flew! ¡Estaba allí, en aquel banco!

Julia se rió, nerviosa, al tanto de la mirada escrutadora de Kimmer.

—Cariño, pero si trabaja en Elm Harbor. Estoy segura de que te lo has imaginado.

O al menos eso espero, pensó, aunque no lo dijo. Tal vez Jeannie había visto a Jeremy. Tal vez no. Lo que Julia sospechaba ya hacía tiempo era que alguien la seguía, y no solo por influencia de Mary Mallard. Había sentido el escrutinio de absolutos extraños como aliento cálido en la nuca. Quizá algunos trabajaran para Cameron Knowland. Si pensaba concluir su misión no podía permitirse el lujo de que la siguieran. Mientras descendía por Sugar Hill en dirección a Madison Avenue y cruzaba el puente suspendido sobre el East River para llegar al Bronx y seguir hacia Nueva Inglaterra, a Julia se le ocurrió una idea. Desde lo que Mary había dado en llamar su liberación y Lemaster una época rara, las ideas la asaltaban sin descanso, y algunas eran bastante buenas. En esta ocasión la inspiración había venido de la incesante charla telefónica de Kimmer. Móviles. Algo relacionado con los móviles. Según Bruce Vallely, el teléfono móvil de Kellen había desaparecido de la custodia policial. Tony Tice, al igual que Kimmer, parecía incapaz de colgar el suyo. Julia recordó la noche en que Janine Goldsmith se había quedado a dormir, antes de que Vanessa fuera, como a su hija le gustaba decir, «castigada sin Smith». Julia había pillado a las dos adolescentes jugueteando con un aparato que clonaba números de

móvil, elaborado a partir de unos planos que habían encontrado en internet.

Móviles. Por supuesto.

Se preguntó si Smith había llegado a intentar elaborar... Mmm.

## La unión hace la fuerza

### I

El domingo por la noche se celebraba una nueva reunión del comité de Perlas Negras, y esta vez ninguna disimuló su interés por la familia de Julia en general y por Vanessa en particular: las Perlas Negras la abrumaron con sus locuaces muestras de preocupación. Eran las diez pasadas cuando Julia consiguió subir al Escalade y partir hacia su casa. Agotada por sus profusas atenciones, lo único que ansiaba era meterse en la cama.

Cruzó la ciudad. Casi nunca tomaba la autopista, sobre todo por las noches, ya que prefería la relativa familiaridad de las calles. Unas calles que aquella noche estaban vacías. Copos furtivos brillaban en los conos de luz de los faros como avergonzados de su propia debilidad. Más tarde volverían a la carga, orgullosos, acompañados de billones de compañeros. La unión hace la fuerza: la misma teoría que seguía fortaleciendo a las Perlas Negras y a los Empíreos, y a las docenas de agrupaciones diversas de las que los afroamericanos de clase media ansiaban formar parte. Hace mucho tiempo, cuando los profesionales más destacados de la nación oscura permanecían marginados de la vida social blanca, las hermandades y los clubes habían satisfecho esa necesidad de contacto con gente de parecida educación y logros similares. Hoy día, a pesar de que la mayoría de esas barreras sociales habían caído, los americanos negros que se hallaban en la cúspide parecían seguir albergando la necesidad ocasional de eludir a las personas que triunfaban en el amplio mundo blanco —de escapar de las murmuraciones y cotilleos cuya existencia temían en secreto— y relacionarse con los triunfadores de su propia raza.

La unión seguía haciendo la fuerza.

Y Julia Carlyle, que había crecido en Hanover rodeada de críos blancos, cuyas amigas más íntimas habían sido blancas y que ahora vivía en Tyler's Landing, el corazón de la blancura, sentía ese mismo apremio.

Julia se detuvo a repostar en la gasolinera de siempre, la Exxon de la carretera 48 en Langford —le encantaba su coche, pero daba la impresión de necesitar gasolina cada dos días—, y enchufó la manguera. Mientras se llenaba el tanque, fue a buscar un café. Se hallaba junto al coche con el móvil en la mano, desafiando el rótulo que prohibía su uso, cuando un hombre delgado con impermeable se apeó del sedán que se había parado unos segundos después que el vehículo de ella y le preguntó si podía dedicarle un minuto.

—Tengo prisa —dijo Julia, adoptando el tono de voz de su madre, ya que lo primero que pensó era que aquel extraño iba a pedirle dinero, aunque por su aspecto nadie lo habría dicho. En ese momento se acabó de llenar el depósito y ella devolvió la manguera a su sitio. No cogió el recibo—. Lo siento —añadió, mientras se dirigía hacia la puerta del coche.

—Solo será un momento, señora Carlyle.

Se quedó paralizada durante un instante al oír su nombre, y un instante fue todo lo que necesitó el extraño. Apoyó una mano en su brazo. Ella se soltó.

—No me toque. —Se le ocurrió que el extraño había elegido un momento en el que no había ningún otro coche en la gasolinera. Su densa mata de pelo era de un castaño sucio. Llevaba un botón de diamante en una oreja—. ¿Quién es usted?

—Solo quiero hacerle unas cuantas preguntas.

—No tengo nada que contestarle.

—Me temo que me veo obligado a insistir.

—Déjeme en paz —le espetó ella, y abrió la puerta.

El hombre la agarró del brazo, con más fuerza. Atónita, ella forcejeó, pero la mano de aquel individuo parecía de acero. La arrastraba lejos del coche. Ella le arrojó el café a la cara y levantó el brazo para propinarle un buen bofetón, pero cuando se disponía a dárselo el hombre cayó de rodillas, no por el dolor del café hirviendo sino porque Bruce Vallely le estaba haciendo una llave.

Bruce retrocedió un paso y el hombre se incorporó, con las manos a los lados, sin decir palabra.

—¿De dónde has salido? —dijo Julia, sorprendida y emocionada a la vez.

Desde luego, la unión hacía la fuerza. Estaba temblando y, en un arranque de histeria, había decidido no volver a parar a repostar en su vida.

—Creía que te mantenías alejada de los periodistas —dijo Bruce.

—¿Periodistas?

Bruce asintió. La leve nevada caía sobre su espeso cabello. Tenía una mano sobre el hombro del extraño. La otra estaba fuera de la vista.

—Este caballero es un periodista. Dígale a la señora Carlyle que es periodista.

—Lo soy —confirmó el extraño, en tono inexpresivo.

En un mundo perfecto, Julia habría percibido que se le escapaba algo. Pero las descargas de adrenalina nublan el juicio. Además, se estaba hartando de los periodistas en general y, en los últimos días ni siquiera había contestado a las llamadas de Tessa.

—Este caballero y yo vamos a mantener una pequeña charla. —Bruce hizo un gesto hacia el sedán del desconocido y este se dirigió hacia él—. Averiguaré para quién trabaja y me aseguraré de que no vuelvan a molestarte.

—Espera —dijo Julia—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Repostar.

—Pero...



—Si nos disculpas, tenemos cosas que hacer.

Después de que ambos hombres se alejaron montados en el coche del desconocido, Julia descubrió el Mustang de Bruce, en el aparcamiento de una floristería que había cerrado hacía mucho tiempo, al otro lado de la carretera.

## II

Ya a salvo en casa, tras calmarse con dos copas de un cosquilleante Riesling blanco de Monterey, Julia decidió dejarse llevar por la idea que se le había ocurrido en Harlem al ver que Kimmer no podía dejar de hablar por el móvil. Tony Tice, el colega de Kimmer, tampoco parecía ser capaz de vivir sin él. Julia había estado dispuesta a vincular el asesinato de Gina con Malcolm Whisted, pero la determinación de Cameron Knowland la había disuadido. Tendría que hablar con Mary, que al parecer había descubierto nueva e interesante información. Las dos mujeres habían quedado en verse dentro de unos días. Mientras tanto, Julia encontró a Vanessa en la cocina, sentada frente a la reluciente encimera negra, provista de un vaso de leche y una manzana, con la nariz metida en un libro de poesía de Emily Dickinson sacado de la biblioteca del colegio.

—Gina tenía razón —dijo la adolescente sin levantar la vista.

—¿Gina?

—Yo siempre había creído que Dickinson estaba sobrevalorada, pero no es así. Es un genio. —Pasó una página—. O lo era. Nunca me ha fascinado la poesía, pero escucha esto.

—Cariño...

—Escucha. —Había encontrado lo que buscaba:

*No hay mayor regocijo que la partida  
de un alma del interior hacia el mar,  
ante casas, ante tierras,  
hacia la más profunda eternidad.*

Vanessa reseguía los versos con el dedo como si quisiera memorizar la sensación, luego puso un punto de libro en la página y lo cerró.

—Voy a colgarlo en el blog —dijo. Giró sobre el taburete y blandió el tomo como un fanático predicador sosteniendo su Biblia—. Esta mujer comprendía la muerte.

Julia intentó dar con las palabras apropiadas.

—Me alegro tanto de que hayas encontrado una...

—Heroína —terminó su hija—. No te preocupes, mamá. No tengo intención de empezar a comunicarme con su espíritu en cualquier momento.

—Ah, mejor.

Julia se entretuvo en la pila durante unos minutos, fregando lo que debía fregarse y aclarando lo que debía aclararse. Estas horas de la noche aún les pertenecían a las dos. Lemaster y Jeans se habían acostado hacía rato y el señor Flew estaba en el sótano. Vanessa debió de notar que su madre quería algo, porque permaneció en el mismo sitio, leyendo y chasqueando la lengua. Julia esperó hasta que no pudo más.

—¿Cariño? —Utilizó un tono de lo más informal, sin apenas mirarla mientras secaba la encimera—. ¿Recuerdas aquel aparatito electrónico con el que tú y Janine jugabais el mes pasado? ¿El dispositivo que clonaba números de móvil?

El color huyó de las mejillas de Vanessa. Parecía dispuesta a enfadarse de verdad.

—Nos dijiste que lo dejáramos y eso hicimos, ¿vale? Y no estábamos jugando. No es ningún juguete.

—No, no. Ya lo entiendo. —Levantó ambas manos en señal de paz—. No era ninguna crítica, cariño. Quiero pedirte algo, esto... algún otro aparato escondido que apuesto a que Janine tiene en algún sitio.

—Smith.

—Cierto. Smith. Hasta que cese la violencia.

—No, ese es el voto de silencio. Su nombre es una protesta contra el consumismo y la reglamentación.

—Ah, sí. Sí. Lo siento. —Dejó el trapo, se apoyó en la encimera y explicó a su hija lo que tenía en mente.

Vanessa negó con la cabeza repetidas veces y al final dijo:

—Esas cosas no son ilegales. Bueno, lo son en algunos lugares. En la mayoría. Y, bueno, este estado es uno de ellos. Todo el país, la verdad.

—¿Tiene uno? Es lo único que quiero saber.

—¿Por qué? —Desafiante—. ¿Qué vas a hacer si lo tiene?

—Pedírselo prestado. Sin que ella lo sepa.

Vanessa frunció el entrecejo.

—¿Para qué lo necesitas?

—Para venderlo en Hollywood. Para adorarlo en mi tiempo libre. Para decorar la chimenea. ¿Qué más da para qué lo quiera?

—Solo preguntaba. —Hablaba deprisa, a la defensiva—. No tienes por qué saltarme a la yugular.

Julia se calmó.

—Lo siento, cariño. Digamos que es mi as en la manga.

Su hija reflexionó.

—¿Cómo?

—¿Cómo qué?

—¿Cómo piensas pedírselo prestado sin que Smith se entere?

—Oh, esa parte es fácil. Tú se lo pedirás a Smith y yo a ti.

La reacción inmediata de Vanessa fue un gesto de negación.

—No puedo pedírselo. Estoy castigada sin Smith. No puedo verla. No puedo

hablar con ella. No puedo enviarle mensajes, ni correos electrónicos, ni nada. Ni siquiera puedo sentarme a su lado en la cafetería. Ergo, no puedo pedirselo.

Julia apoyó ambas manos en las caderas.

—Vanessa Amaretta Carlyle, te conozco desde el día en que saliste de mi útero, llorando y pataleando como una posesa. Eres una Veazie, desde esas hermosas trenzas hasta los dedos de los pies. Siempre haces lo que se te antoja. Me niego a creer que hayas obedecido todas esas reglas solo porque te las impusimos, y no me sorprendería nada saber que no has obedecido ni una sola de ellas. —Levantó una mano para prevenir la inminente objeción—. Ahora haz el favor de escucharme. No me importa si has faltado a las reglas antes o no. Ahora te estoy levantando el castigo. Sé discreta. No dejes que nadie averigüe qué te traes entre manos. Pero pídele ese trasto a Smith y tráemelo.

La adolescente se quedó boquiabierta.

—Y apuesto a que no quieres que se entere papá, ¿me equivoco?

—De tu padre me ocupo yo.

—Ya. Seguro que sí.

—¿Qué has querido decir con eso?

Los labios de Vanessa dibujaron una sonrisa súbita, como el deshielo invernal.

—Quiero decir que me gusta tu nuevo yo. Me encanta.

Julia sonrió.

—¿Sabes una cosa, cariño? A mí también.

### III

Que Bruce estuviera rondando a Julia Carlyle cuando se le acercó el extraño aquella noche se debía en parte a pura suerte. No la seguía todas las noches. Era un solo hombre, con un departamento entero a su cargo, y cada minuto que robaba para el caso Zant era un minuto que no podía dedicar a tareas más productivas. La vigilancia de Julia era la más cuestionable de todas, así que la ejercía solo de vez en cuando. Por otro lado, le inquietaba la advertencia hecha por Tony Tice de que sus clientes podrían pasar a la acción. No se molestarían en perseguir a Bruce. Si acosaban a alguien, sería alguien que pudiera proporcionarles información.

Como Julia Carlyle, que, en opinión de Tice, era la Dama Negra de Zant.

Había seguido a Julia hasta la reunión en casa de Tonya Montez; luego había quedado con unos amigos para cenar y había llegado a tiempo de pillarla cuando salía. Había decidido ir tras ella, solo para comprobar si alguien la seguía —en concreto, si Jeremy Flew la seguía—, pero en su lugar se había topado con el desconocido.

Bruce había vigilado y esperado. Solo intervino cuando vio que el hombre la asía

del brazo.

El extraño había dejado de oponer resistencia en cuanto notó la pistola de Bruce en la espalda, ya que no tenía forma de saber que las reglas de la universidad prohibían a cualquier agente del campus, incluido el responsable de seguridad, llevar un arma a menos que fuera de uniforme. Se dirigieron a un aparcamiento público, ocultos entre los autobuses amarillos. El interrogatorio no fue agradable. Cuando Bruce encontró la pistola en la riñonera del extraño, lo habría entregado a la policía, de no haber dado también con una jeringuilla y unas esposas de plástico. Bruce se concedió un momento. Ese tipo no era ningún rufián que pretendiera dar un susto a Julia Carlyle. Ese hombre intentaba llevársela con él.

Los clientes de Tony Tice empezaban a pasar a la acción. Las reglas del juego habían cambiado, y él no podía tardar en cambiarlas también.

Bruce dejó al sujeto interrogado en el hospital universitario: mostró sus credenciales y se inventó un cuento, consciente de que el hombre no le llevaría la contraria. Desde el Mustang llamó al abogado para decirle que había trato. Si Bruce Vallely conseguía hacerse con el excedente de Kellen Zant, se lo entregaría sin vacilar a los clientes de Tony.

## De nuevo el espejo Comyns

### I

Mary Mallard vino y se fue, pero dejó a su paso informaciones tan jugosas como había prometido. Según sus fuentes, el presidente de Estados Unidos y el senador Malcolm Whisted habían mantenido al menos dos y posiblemente tres reuniones secretas. Pronto se publicaría la filtración, dijo Mary, para crear el efecto de que el tema de discusión había sido la política exterior: ambos querían dar imagen de presidenciables e imparciales. Pero las fuentes de Mary señalaban que ningún ayudante estuvo presente en las reuniones, que, dicho sea de paso, fueron bastante largas.

A cambio, Julia le habló sobre su encuentro con Cameron Knowland en Nueva York. Se guardó para ella lo que había encontrado allí. Tampoco había hablado nunca con Mary del espejo Comyns.

Después de que se fuera Mary, Julia revisó el calendario. Una de las reuniones había tenido lugar mientras Lemaster estaba en Washington, pero cuando le preguntó, él repitió la sentencia de Bay Dennison de que un rumor no tenía que ser cierto solo porque el autor se amparara en el anonimato.

—Eso no es una negativa —dijo Julia.

—No he oído acusación alguna —repuso él con calma.

Mientras tanto, ella había estado investigando el «83 BCP». Kellen había prometido enviarla hacia Dios, y Julia adivinó que BCP se correspondía con las siglas del *Book of Common Prayer*. Pero cuando revisó todos los ejemplares que tenía en casa —tanto la versión de 1928 preferida por Lemaster como los textos más modernos usados por casi todas las iglesias episcopales— no cayó ninguna nota, tarjeta ni foto de la página 83, ni de cualquier otra página. Pasó una tarde en la Biblioteca Kepler hojeando todas las ediciones del libro que pudo encontrar, en cualquier idioma imaginable, pero el resultado fue decepcionante. Incluso se descubrió inventando excusas para visitar los despachos de los colegas de la facultad que pudieran tener un ejemplar del libro en sus estantes. Se plantaba allí, a charlar con Suzanne de Broglie o Clay Maxwell, con el pretexto de tratar temas administrativos y, como quien no quiere la cosa, cogía cualquier *Book of Common Prayer* que estuviera a la vista.

No hubo suerte.

Una tarde Julia llegó temprano a una reunión con Claire Alvarez, que en esos

momentos asistía a un evento del campus. Una secretaria invitó a Julia a esperarla en el despacho de la decana. Claire apareció unos minutos más tarde y se encontró a su colega encaramada a una escalera, sacando de uno de los estantes superiores del armario acristalado un envejecido ejemplar del libro al que, según la tradición, cada decano añadía una nueva *dédicace* antes de pasarlo al siguiente. Claire Alvarez no expresó la menor sorpresa. Sonrió con aire beatífico, su único modo de demostrar enfado, y mientras comentaba que ella también se inspiraba a veces en lo que otros habían escrito allí, cogió con amabilidad el libro de manos de Julia.

Pero Julia había tenido tiempo suficiente para concluir que no había nada en su interior.

Cuando finalizó la reunión, la decana apoyó una mano sobre el hombro de Julia y dijo, con voz teñida de dulzura y afecto, que le habían comentado que últimamente la decana de los estudiantes había faltado al trabajo varios días. No es que nadie pasara lista, desde luego, pero ¿iba todo bien en casa? ¿De verdad? ¿También con Vanessa? ¿Sí? Magnífico, le aseguró Claire Alvarez, magnífico. Ah, por cierto, si surgiera la ocasión, ¿no le importaría, solo si encontraba el momento, por supuesto, comentarle a su marido que la facultad de teología todavía esperaba que Lombard Hall diera el visto bueno al suplemento de presupuesto que necesitaban para finalizar las obras del techo de la capilla?

Esa misma noche Julia fue a San Matías, porque la iglesia mantenía las puertas abiertas hasta tarde para la oración semanal, y, aunque se sentía como una idiota, al final se pasó toda una hora arreglando los libros en los bancos —«no, por favor, no es preciso, ya lo hago yo, ¡gracias!»— sin resultado alguno.

Otro día, en Kepler, retuvo a Suzanne de Broglie después de un almuerzo de la facultad, porque Suzanne era la catedrática que más horas pasaba en el archivo. Suzanne, que solía mostrarse impaciente con la gente, la atajó antes de que terminara de formular la pregunta. El subsótano, dijo. Era ahí donde se guardaba el material menos usado. El subsótano.

Era viernes por la noche, y Julia, aún nerviosa, se sentó al piano, porque una de sus formas de relajarse era tocar. Jeannie pasaría la noche en casa de una amiga y Lemaster volvía a estar de viaje, así que en casa solo estaban Julia y Vanessa. Esta tenía la puerta de su cuarto cerrada y, muy probablemente, los cascos puestos. No quería que la molestaran. De manera que Julia calentó un poco los dedos y luego empezó a tocar. No eligió una pieza clásica, sino sus amadas melodías de Broadway. Tocó un popurrí de *El rey y yo* y otro de *Sonrisas y lágrimas*. Se paraba de vez en cuando porque el instrumento parecía estar desafinado. Recordó a Tonya Montez toqueteando el teclado y se preguntó si la jefa regional de las Perlas Negras habría estropeado algo al bajar la tapa. Se irritó. Ese piano valía una fortuna. Duke Ellington había tocado en él a menudo. Y Tonya lo había tratado como...

Espera.

¿Era posible?

Julia subió al dormitorio conyugal, abrió el cajón de la cómoda y sacó el espejo de la abuela Vee: el que Seth Zant le había devuelto después de haber estado durante años en poder de Kellen. Encendió las luces del espejo del tocador y alzó el William Comyns para examinar el dorso. Sí, no se había equivocado. La marca «W · C» había sido lascada, y reemplazada por letras que, leídas al revés, rezaban «E · K».

El espejo de la abuela Vee. «E · K».

El nombre de Duke Ellington, como sabían todos los aficionados al jazz y cualquier miembro de la nación oscura de cierta edad, era Edward Kennedy.

Edward Kennedy Ellington.

Bajó al salón y examinó el piano. No se detuvo a preguntarse cómo habría entrado Kellen en su casa para esconder lo que hubiera escondido. Saber que lo había hecho bastaba. Por eso había ido a su casa la noche de su muerte: quería recuperar lo que había ocultado allí, pero al ver el coche de la canguro le entró el pánico, giró y derribó las farolas al reincorporarse a la carretera.

Julia empezó a buscar. Miró en el interior del banco, pero allí solo había partituras. Miró debajo del mismo. Miró dentro del piano. Debajo. En cada cuerda. Y no vio nada. Ni siquiera un mensaje, ni un trozo de papel, ni una triste foto.

Nada.

Julia se incorporó, frustrada y sudorosa. Muy bien, se había equivocado. Supongamos que había resuelto lo de «E · K», pero no lo del piano. ¿Podía haberse referido Kellen a la casa de Amaretta en Harlem, donde solía estar el instrumento? Pero ella había estado allí...

Oyó pasos a su espalda.

—Baila conmigo —dijo Vanessa, con voz dulce y aterciopelada—. Como el mes pasado. Me gustó.

—Es tarde, cariño. Creo...

—¡Solo un poco! ¿Por favor?

¿Cómo podía negarse? De modo que bailaron, en la sala, con suavidad, mientras de fondo sonaba una música de jazz. Es probable que derramaran alguna lágrima, pero no hablaron de ello. Cuando Julia entró de puntillas en su dormitorio era más de la una. Fue al cuarto de baño y colgó la bata. Sobre la almohada reposaba un largo sobre blanco. Recordó el antiguo hábito de su hija de dejar pedacitos de papel por todas partes para expresar su amor por mamá.

Esta niña, pensó Julia, sonriente.

Fue entonces cuando se percató de los trozos de cinta que colgaban de él y de los trozos de celo prendidos de la cinta.

—¿Es esto lo que andabas buscando? —preguntó Vanessa, que de nuevo había aparecido a su espalda.

## II

—Lo encuentras todo —dijo Julia, con un tono en el que se mezclaban frustración y admiración.

De pequeña, Vanessa había estropeado más de una Nochebuena anunciando alegremente que había descubierto el lugar donde mamá y papá habían escondido los regalos. Al final optaron por no esconderlos en casa.

—Casi todo —afirmó Vanessa, con aire complacido.

—¿Lo has...?

—¿Leído? Ajá. Son páginas sacadas del diario de alguien. —Le quitó el sobre a su madre, pero solo para abrir la solapa y devolvérselo—. Todas las razones por las que DeShaun no pudo haberlo hecho. Que las huellas de Gina no estaban en el coche, por ejemplo, ni su sangre, y que el hecho de que alguien los viera hablar no significa que llegara a subir al coche. Mira la última página.

Julia, enfrascada en la lectura, ya había encontrado lo que le indicaba Vanessa.

—¿Ves lo que dice aquí? Quería investigar más a fondo, pero no se lo permitieron. Afirma que él y un ayudante fueron a una reunión donde le ordenaron que dejara la investigación. —Tuvo que detenerse un momento para que la boca no fuera más deprisa que el cerebro—. Pero no dice quién había en la reunión. No sé por qué te molestas tanto —prosiguió Vanessa. Le temblaba una mano—. Fue DeShaun. Cualquiera que diga lo contrario miente. Soy la experta mundial en...

—¿Por qué te muestras tan obstinada, querida?

—No soy obstinada. Tengo razón.

—Sabes que tengo que comprobarlo. Necesito estar segura.

Su voz sonó muy tenue de repente.

—Lo sé.

Julia leyó las páginas por tercera vez. No había nada nuevo, a excepción de una frase muy corta.

Julia miró a su hija. Las trenzas ocultaban su cara y su voz parecía incorpórea.

—¿Mamá? ¿Estás bien?

—Esto lo cambia todo —dijo Julia.



## Casa de juguetes

## I

Frank Carrington vivía en una bonita y ajada casa victoriana que no quedaba muy lejos del Town Green: el lugar donde, según la versión oficial, el malogrado DeShaun Moton había recogido a Gina Joule la noche en que supuestamente la asesinó. Julia se paró en la puerta. Las viejas tuberías estaban cubiertas de hielo. Una parte de ella sabía que no debía estar allí, sobre todo acompañada por Vanessa, pero la adolescente se había negado en redondo a esperar en el coche. Julia se sentía un poco como una chiquilla cometiendo una tropelía. Acababa de recoger a su hija de casa de Smith, donde esta había ido en secreto a buscar el artilugio que ahora se hallaba en el bolso de su madre. No podía permitirse esperar un día más, porque Old Landing, la tienda de antigüedades, lucía el cartel de «CERRADO», y Vera le había comentado que Frank se iba de la ciudad.

—Solo he venido para ver a Shirley —mintió ella antes de que Frank hubiera abierto la puerta del todo: la caída de la señora Carrington, que había resbalado en el hielo dos días atrás, le servía de excusa providencial—. ¿Cómo tiene el tobillo?

—Mejor. —Frank pasó la mirada de ella a Vanessa, que permanecía inquieta en la acera—. La he enviado a Vermont con su familia. —Bajó la voz—. Creo que yo también iré.

—¿Por qué?

—Se lo advertí, Julia. Le dije que hay cosas de las que es mejor no hablar. Bueno, usted me hizo hablar de ellas y... ahora hay personas que no están muy contentas conmigo. Digámoslo así. —Él captó la mirada de Julia—. Oh, no, usted no tiene de qué preocuparse. Está casada con el gran Lemaster Carlyle. Nadie puede tocarla. Pero yo estoy expuesto a todos.

Julia preguntó si ella y Vanessa podían entrar solo un minuto, a lo que él replicó que no tenía nada que añadir. Luego las dejó entrar de todos modos, algo con lo que ella contaba, porque era su mejor clienta y porque era de esa clase de hombres que ceden a la presión.

—Cuidado con los juguetes —advirtió él mientras las conducía a un cuarto de techo bajo que había en la parte trasera de la casa.

—¿Los juguetes?

—Sí.

Resultaron ser juguetes bélicos. Maquetas de aviones, tanques, barcos, soldaditos

pintados con pulcros uniformes de, sospechaba Julia, exactitud fidedigna. Dominándolo todo estaban los dioramas, una profusión enorme de mapas y esquemas de batallas, en terrenos trabajados con esmero que incluían montañas, arbolitos, caminos, ríos y tarjetas con fechas y lugares, junto a pequeños marcadores de plástico que representaban ejércitos de tierra y de mar.

Julia, que amaba la paz, estaba horrorizada.

Pero le preguntó por educación, y Frank fue emocionándose a medida que les hacía un recorrido por las múltiples batallas en las que no había luchado pero que, sin duda, habría planificado mejor que los generales que estuvieron al mando —la batalla de las Termópilas, la primera de Manassas, la segunda de Manassas, Waterloo, las Ardenas, y otras cuyo nombre Julia olvidó al instante—, mientras Vanessa, a la que Julia esperaba ver impresionada, seguía quieta como un mueble, prisionera de su propia timidez. Él movía las figuras por los tableros con dedos cuidadosos.

—Impresionante —murmuró Julia.

Luego los tres se sentaron en el cuarto con sendos vasos de Coca-Cola light. Frank parecía estar trabajando en su proyecto más ambicioso hasta la fecha, un diorama que ocupaba la mayor parte del suelo. Esparcidos por la alfombra había botes de pintura, trozos de cartón y ejércitos de plástico, y Julia imaginó a la pobre Shirley intentando que arreglara el cuarto cuando hubiera terminado.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted? —dijo él por fin—. Porque, como ya le he dicho, ya no voy a hablar más de Gina Joule.

Vanessa dio un respingo al oír el nombre y luego volvió a sumirse en la apatía.

—He encontrado parte del diario —dijo Julia.

—¿En serio? ¿El diario de Arnie?

—Sí.

Él asintió y casi sonrió.

—Pues debería llevarlo a la policía. Sacar la verdad a la luz.

—Por desgracia, el fragmento que tengo no es suficiente. Pero sí plantea una pregunta interesante. —Miró a su hija, que parecía estar adormilada—. El mes pasado me dijiste que el día en que Arnold Huebner anunció que la investigación estaba cerrada, venía de una reunión. No tomó esa decisión hasta después de la reunión. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo. —Pero los ojos habían adquirido aquella mirada sombría. Era la mejor fuente de que disponía Julia, quizá la única fuente que seguía viva, y algo lo tenía aterrorizado.

—Es lo mismo que afirma Arnold Huebner en su diario. Que hubo una reunión. Pero no dice con quién se reunió. —Al ver que esto no lo hacía reaccionar, ella prosiguió—. Tú lo sabes, ¿verdad? Sabes con quién se vio aquel día.

—Con el alcalde. No es ningún secreto.

—¿Quién más estaba allí? —Un silencio obstinado—. En el diario Arnold Huebner dice que le obligaron a dejar el caso. No se refiere a una sola persona. Al

menos eran dos. ¿Quién más estaba allí? Vamos, Frank. Debo de haberlo releído diez veces. ¿Tú sabes quiénes eran? Arnold Huebner hablaba en plural: Fuimos a la reunión. Tú eras su ayudante de confianza. No Ralphie Nacchio. Tú. Creo que estabas en esa reunión, Frank. Creo que sabes quién ordenó a Arnold Huebner que cerrara el caso. Creo que por eso tienes miedo, pero también por eso has buscado el diario durante todos estos años. Admirabas a Arnold Huebner y viste cómo se doblegaba. Quieres que quienquiera que mató a Gina Joule comparezca ante la justicia. Pero no querías poner en peligro a tu familia. Necesitabas un sustituto. Necesitabas que yo...

De repente Vanessa se tapó la cara, un gesto que indicó a Julia que estaba yendo demasiado lejos, incluso antes de que Frank Carrington explotara.

—¡No tiene ningún derecho! ¡Ningún derecho! —Se había puesto de pie y su semblante poco expresivo estaba ahora contraído por el miedo y la furia. Tenía en las manos las tijeritas de mango largo que usaba para recortar el plástico de sus juguetes. Parecía a punto de apuñalar a alguien. En cambio, las dejó y señaló la puerta—. Quiero que se marche. Ahora mismo. Váyase, Julia. Hablo en serio.

—No intentaba...

—Le he dicho que no voy a hablar de eso. No he hablado del tema en treinta años y no voy a empezar ahora. No, Julia. No más discusiones. Es demasiado persuasiva. Cierre la boca y váyase. Váyase.

Las protestas de Julia fueron inútiles. Frank escoltó a sus invitadas hasta la puerta, su furia crepitando en el aire como un relámpago. Dijo que se marchaba a Norwich, al día siguiente casi con toda seguridad, y que no pensaba regresar a esta horrible ciudad. La silenciosa Vanessa desvió la cabeza, como si estuviera ofendida u oyera sonidos imperceptibles para el resto.

En la puerta, bajo el azote del viento helado, Frank se obligó a poner una nota de serenidad en la voz. No estaba menos enojado, pero había recuperado el control.

—Siento haberle gritado, Julia. Pero no quiero volver a verla.

—Lo entiendo —dijo Julia, vencida—. Y lo lamento.

—Corren malos tiempos por el Landing. Eso es todo.

—Lo entiendo —repitió ella porque no se le ocurría nada más. Había creído que Frank Carrington era un individuo al que podría presionar, pero el miedo puede lograr cosas asombrosas.

Vanessa se mantuvo a su lado, avergonzada ante el fracaso de su misión y por el aspecto intimidado que presentaba su madre. La adolescente ideó un modo de convertir la derrota en victoria, como hacían los generales que tanta admiración despertaban en ella. De repente Gina estaba a su lado, por primera vez en mucho tiempo, llamándole la atención sobre algo, y Vanessa, tras un momento inicial de temblorosa resistencia —«¡Si miras esas cosas durante demasiado tiempo, te convertirás en una de ellas!»—, se paró a escucharla. Gina se puso de puntillas y se pasó medio minuto susurrándole al oído, hasta que Vanessa asintió por fin.

—¿Señor Carrington? ¿Podría usar el cuarto de baño?

El antiguo ayudante de policía suspiró, como diciendo que aquel encuentro no iba a acabarse nunca; después abrió la puerta y señaló una puerta al final del pasillo.

—La segunda a la izquierda.

—Será solo un minuto —dijo Vanessa, dirigiéndose a su madre.

—Te espero aquí, cariño.

Parecía preocupada por ella. Como siempre.

—¿Y si pones el coche en marcha y enciendes la calefacción? —propuso Vanessa.

—Prefiero esperar.

—No le pasará nada —repuso Frank, molesto.

—Tiene razón, mamá. No me pasará nada. Te lo prometo. Pero tienes que esperarme en el coche. —Dio un beso a su madre en la frente y susurró—: Confía en mí. Por favor.

## II

Vanessa se apresuró a entrar en el cuarto de baño —la necesidad no era fingida—, y oyó cerrarse la puerta principal y al anticuario que le gritaba que le avisara cuando hubiera terminado. Se paró ante el espejo y se arregló las trenzas, mientras escuchaba los siguientes consejos de Gina y hacía acopio de valor. Estás aquí, le decía Gina. Podrías descubrirlo.

Luego salió.

—¿Señor Carrington?

Una voz que no denotaba la menor amabilidad le contestó desde el cuarto de los juguetes.

—Supongo que sabes dónde está la puerta.

—Solo quería hacerle una pregunta más.

—No tengo nada más que decir. Lo siento.

Vanessa entró en la habitación, donde el anticuario, a base de pintura azul, daba forma a un río en forma de V invertida, y otro río, ya pintado, confluía con este, y Gina le murmuraba que podía hacerlo —sí, sí podía—, y oyó la voz de Frank Carrington que quería saber por qué seguía allí, y ella miró y miró, recorriendo con la vista los cientos y cientos de mapas registrados en esa increíble memoria suya que no suscitaba el respeto ajeno ya que nadie respetaba lo que almacenaba en ella, y por fin se le encendió la luz, y la estudiante que podía haber sido le susurró desde sus adentros: «Volga».

La ira de él iba en aumento y parecía dispuesto a echarla de nuevo, pero ella mantuvo la vista baja.

—¿Qué miras? —inquirió él.

Vanessa señaló el extremo inferior derecho del diorama.

—El terreno está mal.

—¿Qué has dicho?

—Es demasiado verde. No debería contener árboles ni hierba. La mayor parte era tierra yerma.

Frank abrió los ojos, con una mezcla de miedo y furia.

—Señorita. —De haber sido un varón, habría dicho «chico»—. Lamento decírtelo, pero no tienes ni puta idea de lo que estás diciendo. Y disculpa el lenguaje.

Ella se acercó con los dedos extendidos.

—Esto es la estepa de Kalmyk, ¿no? Al sur de Estalingrado.

—Ah, ¿sí?

—Es la Operación Azul, verano de mil novecientos cuarenta y dos, cuando los alemanes iban ganando. Me encanta. —Deslizó la mano sobre el diorama—. El cuarto regimiento de Panzer fue hacia el sur y luego se dirigió hacia el norte, y los únicos que quedaron para proteger la estepa fueron unos marineros traídos desde Siberia o algún sitio así.

—Había tanques. Modelo T-34.

—Solo marineros. Marines, tal vez. No había tanques.

—Barbarrosa —dijo él, mirándola fijamente—. No Azul.

—No. En verano era ya la Operación Azul. Si Hitler se hubiera centrado en apoderarse de los campos de petróleo en lugar de insistir en tomar la ciudad, podría haber ganado la guerra. Gracias a Dios, era un idiota en temas militares.

—¿Cómo sabes todo eso?

Vanessa se permitió esbozar una sonrisa.

—Supongo que me gusta leer.

—¿Libros de guerra?

—Sí.

—¿Batallas célebres? ¿Todo eso?

—Ajá.

Frank Carrington no llegó a sonreír —o al menos ella no pensó que la mueca de su rostro fuera una sonrisa—, pero su cara expresó algo que podría parecer tanto la alegría de encontrar a un familiar del que no sabías nada hacía tiempo, como la consternación al enterarse de que los análisis habían dado positivo.

—Una afición curiosa para una chica.

Vanessa asintió.

—En el colegio todos creen que estoy chiflada.

—Vaya. En el pueblo todos creen que me falta un tornillo.

Ella se esforzó por dar una respuesta adecuada. Gina, que adoraba a Emily Dickinson, se la proporcionó.

—Entonces ya somos dos —recitó Vanessa al dictado de Gina—. Guárdeme el secreto.

### III

Sentada en el Escalade, Julia empezaba a ponerse nerviosa. ¿Cuánto tiempo se tardaba en ir al cuarto de baño? Se preguntó si había hecho bien en dejar a Vanessa sola. Meditó el problema. A pesar de su habitual determinación, Julia dudaba de si debía volver a llamar al timbre. El sol se ocultó tras una nube de invierno y se llevó consigo su confianza. Se estremeció; subió la calefacción y apretó el botón para enfocar el aire caliente hacia sus piernas, pese a que el calor le producía somnolencia. Se dejó llevar por un sueño que le era familiar: una terrorífica criatura de la noche que se aferraba a sus tacones...

Algo golpeó la ventanilla, como garras de un cadáver.

Julia se sobresaltó e hizo esfuerzos por despertarse. En el lado del copiloto, una impaciente Vanessa golpeaba el frío suelo con el pie.

Era extraño que Julia no recordara haber cerrado las puertas con el seguro.

—¿Qué has estado haciendo tanto rato? Estaba preocupada por ti.

—Hemos hablado.

—¿De qué?

—De lo que vinimos a hablar.

—¿De la reunión?

Vanessa asintió.

—Pero antes hablamos de Estalingrado.

El pie de Julia pisó el freno, aunque el Escalade seguía aún en el camino de entrada.

—¿De qué?

—Estalingrado. La peor batalla de la segunda guerra mundial. Quizá la peor de todos los tiempos. Terminó en invierno de mil novecientos cuarenta y tres, y muy probablemente cambió el curso de la guerra.

—Oh. —Se produjo una pausa mientras ambas esperaban que la otra siguiera—. ¿Y a qué conclusión habéis llegado sobre... Estalingrado?

La respuesta tardó en llegar, y resonó, sepulcral, distante y teñida por la tragedia, como si Vanessa estuviera orando en un funeral lejano.

—Que las únicas vidas humanas que consideramos valiosas son las de las personas que conocemos. Todo el mundo está dispuesto a sacrificar las vidas que le son ajenas.

Julia, irritada, tardó un buen rato en comprender que aquello no era un bofetón dirigido hacia su persona. Decidió dejarlo pasar.

—Ya veo —fue su único comentario.

—Tú no lo crees, ¿verdad? —¿Una mueca? No, no, solo aquel cinismo con el que Vanessa solía evaluar al mundo que quedaba fuera de su propia mente y sus propias

percepciones—. O no crees que lo crees.

—Creo que toda vida es valiosa —dijo Julia, en voz baja pero firme.

—¿Incluso la de los no natos?

¡Oh, cielos! ¡Ayuda! Vanessa nunca pedía la opinión de su madre en temas morales, y Julia, que no estaba muy segura de sus convicciones éticas, prefería que las cosas siguieran así.

—Bueno... no estoy del todo convencida de que puedan considerarse vidas.

—El padre Freed dice que sí.

—Hay opiniones distintas al respecto —dijo Julia. Intentaba salir de un atolladero discursivo en el que no recordaba haberse metido—. Incluso las diferentes religiones sostienen argumentos diversos. Y es por eso por lo que... por lo que nadie tiene derecho a imponer... su punto de vista... en un tema tan controvertido... —Lo dejé correr. Había perdido el hilo. Todo parecía tan claro y obvio cuando estaba sentada en Kepler lamentando la agresión al más fundamental de todos los derechos humanos; sin embargo, sentada en aquel coche, embotada por el calor junto a su brillante y curiosa hija, Julia se dio cuenta de que todo se volvía borroso e incierto. Dijo, con voz temblorosa—: Tal vez deberíamos... dejar esta conversación para otro momento.

Vanessa no parecía consciente de la desazón de su madre, pero Julia sospechaba que lo fingía, ya que esta niña lo veía todo, un hecho que al parecer Lemaster no entendía.

—Muy bien —dijo.

Pasaron por el Town Green. Leves sombras nocturnas empezaban a danzar en el parabrisas.

—¿Vanessa?

—¿Mmm?

—¿Qué te dijo el señor Carrington de la reunión?

—Se volvió mucho más amable cuando se enteró de mis conocimientos sobre Estalingrado. Le ayudé con su diorama. Había cometido algunos errores.

—¿Errores?

—El terreno. El nombre de una de las ciudades. La ruta que tomó el Sexto Ejército. Los había colocado cruzando el extremo sur de Kalach, ¿puedes creerlo?

Una mirada rápida. ¿Quién era su preciosa hija? ¿Qué más bullía en su cerebro, oculto a la vista de todos? ¿Qué le había concedido Dios a aquella criatura?

¿Y de dónde salía todo eso?

—¿Qué más?

—Oh, él sabía mucho más que yo. —A diferencia de la mayoría de los adolescentes inteligentes, o de la mayoría de los adultos inteligentes, Vanessa era capaz de admitir este hecho sin el menor embarazo, quizá porque con poca frecuencia encontraba a gente así—. He aprendido mucho de la guerra. Incluso me ha dado un libro para que lo lea. —Levantó un tomo ajado escrito por un tal Keegan—. Ha dicho que podía quedármelo si quería.

—Vanessa...

—¿Sabías que un montón de películas se equivocan? Los arqueros no podían atravesar la armadura con las flechas, de manera que, durante mucho tiempo, mientras los caballeros llevaban armaduras, el único objetivo de atacarlos con flechas era psicológico. El impacto y el ruido. Ningún daño real. Solo miedo.

Frustrada por esta disquisición en círculos, Julia optó por la vía directa.

—¿Qué pasó en la reunión?

—Ahora iba a eso —dijo Vanessa, como si se tratara de la parte menos importante de la conversación—. A la reunión asistió el alcalde, el sheriff Huebner, el señor Carrington y un hombre negro.

—¿Qué?

—Un hombre de raza negra. Que parecía estar al mando. —A Julia se le ensombreció el semblante, pero su hija prosiguió alegremente—. Alto, ancho de hombros, con un poco de sobrepeso y la piel casi amarillenta. No dio su nombre, pero el señor Carrington cree que debía de tratarse de un congresista. Mamá, ¿estás bien?

No, no estaba bien. Estaba furiosa por haber sido engañada, y también aterrada. Pero mantuvo la voz serena.

—Te dije que no te implicaras en esto.

—De no haber sido por mí, no sabrías nada de eso —replicó Vanessa.

Quizá habría preferido no saberlo, dijo Julia, aunque no en voz alta. Decidió que volvería a Washington a la mañana siguiente para preguntar a Byron Dennison qué diablos hacía en el Landing diez días después de la muerte de Gina Joule, y, por lo que Julia sabía, un año después en Elm Harbor, convenciendo a la familia de DeShaun de que retirara la denuncia.

Pero aquella noche llamaron del hospital para decir que Bay se había quedado dormido... para siempre.



## Mona

## I

La segunda semana de febrero, tras vencer las fervientes objeciones de su marido y por el bien de su hija, Julia Carlyle voló a París, donde pasó la noche en uno de esos encantadores hotelitos que salpican sus callejuelas, y a la mañana siguiente tomó un tren en dirección a Toulouse, donde Hap, el compañero de Mona, la esperaba en su viejo Renault 18 GTX de color rojo. Era un hombre entrado en la cincuentena, hundido de hombros y de lentos andares, como si llevara a cuestas años de duro trabajo, que lucía la alegre sonrisa postiza de un jefe de camareros que se pregunta cuándo acabará por fin su turno. Cambiaba de marcha como quien se enfrenta a un viejo enemigo y habló poco mientras salían de la ciudad y emprendían el camino hacia la campiña, entre arboledas y campos interminables. Julia agradecía la posibilidad de dormitar y disfrutar del paisaje y, sobre todo, de plantearse una y otra vez cómo encararse con una madre que había omitido una parte sustancial de la historia familiar.

—Estará encantada de verte —se aventuró a decir Hap en un momento dado.

—Apuesto a que sí —le espetó Julia, lo que le cerró la boca durante un rato.

La casa era pequeña, deslucida y estucada, con tejas rojas y toldos del mismo color que sobresalían de algunas de las ventanas, mientras que el resto presentaba solo los soportes metálicos. El jardín, prácticamente seco, estaba salpicado de nieve inesperada, y Julia se preguntó si la habría traído consigo. El vestíbulo era de un mármol rojizo, del mismo color que las ajadas alfombras de la entrada. Siempre que visitaba a su madre, Julia sentía una sobredosis de aquel color y deseaba que Mona redecorara la casa, aunque la verdad era que tampoco le sobraba dinero para esos lujos: Mona, que no había tenido la suerte de casarse con un inmigrante frugal de primera generación, se había pasado los años repartiendo la herencia con cualquiera que fuera a ella con una causa, una historia triste o unos ojos bonitos. La parte trasera de la casa daba al bosque. Dos dormitorios de la planta inferior daban a un patio ajardinado, donde las baldosas descoloridas, los inestables muebles de hierro forjado y una fuente sin agua te recordaban que la vida siempre acababa secándose. A lo lejos se veían viñas muertas. Mona había pensado en sacar provecho de ellas, hasta que descubrió que producían una variedad de uva de mala calidad.

—Bajaré enseguida —dijo Hap con aire de disculpa—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —dijo Julia, a cuya madre le encantaba hacerla esperar.

Mona ocupaba la suite principal del piso superior, Hap dormía en lo que antaño había sido el cuarto de la doncella contiguo a la cocina, y Julia tenía destinada la habitación de invitados que había en el otro extremo de la casa. En las escasas visitas que había realizado con uno o más de sus hijos habían compartido esa habitación, mucho más cercana al cuarto de Hap que al de Mona, y a Julia todavía le dolía la sensación de rechazo. Este era el mundo de su madre.

Mona apareció en lo alto de la escalera, pequeña y frágil, envuelta en una bata y estornudando con fuerza en un pañuelo. Le brindó una indecisa sonrisa de bienvenida, porque sabía que Julia no habría recorrido esa distancia solo por el placer de una reunión familiar. Mona se dejó abrazar, como era de esperar, pero se zafó de los brazos de su hija antes de que esta fuera a soltarla, con la excusa del virus que martirizaba su delgado cuerpo, aunque la auténtica razón fuera muy distinta.

—Has perdido peso, querida.

—No. He engordado tres kilos desde el año pasado.

—Siempre te has cuidado mucho. Te has esforzado mucho por controlar tu figura. Y los chicos también la controlaban. —Estornudó, y se percató de la cara que ponía su hija—. Bueno, en aquellos tiempos estabas hecha una rompecorazones, querida. No digo que sigas igual ahora.

Otra de las cosas de Mona era que nunca sabías qué flanco elegiría atacar, siempre a su estilo, dulce y despreocupado.

—Me alegro de verte —empezó Julia, pero entonces apareció Hap, trayendo té y galletas, y protegió a su adorada Mona de la carga de tener que dar una respuesta.

Julia, de mal humor, se fue a deshacer la maleta.

Mona se quejó durante toda la cena: de que la proximidad del aeropuerto estaba encareciendo los precios, de lo terrible que era esa multitud de americanos que venían estos días a la ciudad a «cazar» en el Safari Parc, de que Estados Unidos era el patrocinador del terrorismo mundial, de la acertada decisión por parte de los franceses de no dejar que las chicas musulmanas llevaran el velo en el colegio, y de cómo deseaba que en América también los confiscaran, junto con todas las cruces y las pequeñas banderitas rojas, blancas y azules. Se quejó de todo lo que se le pasaba por la cabeza, excepto del tema que había traído a su hija a Francia. Protestaba con la energía nerviosa del condenado que sabe que, cuando se acaben las palabras, empieza la cuenta atrás... y esta pasa muy deprisa.

Julia le preguntó por los viejos tiempos: tanteó, presionó, persuadió. Pero no dio en el blanco.

—Los Empíreos siempre han sido una hermandad de lo más extraña —dijo Mona mientras subía despacio la escalera, deleitándose en su mala salud—. Eso ya era así antes de que se arruinaran. Antes de la bancarrota y todo eso. ¡Ah... pero eran algo fuera de serie! Estaban limitados a cuatrocientos caballeros de color en toda la nación. Cuatrocientos caballeros negros de calidad era su lema. Todo el mundo sabía lo exclusivos que eran, pero nunca alardeaban de ello. De hecho, querida, en aquella

época los miembros tenían prohibido incluso reconocer la existencia del grupo. Nunca fueron engreídos. Ni ostentosos. Era esa clase de individuos tranquilos y triunfadores que nunca abrían la boca en las fiestas. —Se paró a medio camino, y su voz flotaba a su espalda como vapor del motor de la memoria—. Te diré algo, querida. Entonces no lo veía, pero ¿sabes cómo eran en realidad? ¿Los Empíreos? Como uno de esos niños tranquilos y hoscos, que no pertenece a ningún grupo del colegio, no habla con nadie y no tiene amigos, la clase de crío que pasa desapercibido hasta la mañana en que se presenta con un rifle de caza y decide llamar la atención del mundo. Y se fue a dormir.

## II

Por la mañana fueron a Montech para ver la pendiente de agua, que se estropeaba tan a menudo que dejaba inactivos a los poderosos tractores que la hacían funcionar. Los tractores tiraban de una cuña, y esta hacía que una gran ola de agua ascendiera por la cuesta, arrastrando consigo barquitas o una barcaza en las que podías montar, algo que parecía desafiar tanto a la gravedad como al sentido común. A Mona le gustaba explicar la historia del día en que las bandas de goma se habían salido de los raíles debido a un escape de aceite, la barcaza había volcado y algunos turistas se habían ganado un buen chapuzón en las sucias aguas; pero Julia, que se había montado en los años ochenta, cuando Mona los trajo a Francia a ella y a Preston, aún bebé, poco después de que se inaugurara la atracción —y justo después de la muerte de Jay—, no sabía si creer o no a su madre. La mayoría de sus recuerdos, sobre todo de Toulouse, eran felices, y por alguna razón Mona disfrutaba estropeándolos. Los franceses llamaban a la atracción *La Pente d'Eau*, un nombre que a Julia le encantaba por el modo en que rodaba en la lengua. El lugar seguía siendo una de las maravillas tecnológicas del mundo: ¿dónde más podías ver agua que subiera en lugar de bajar?

Si Julia supiera cómo subir sus cuestas con tanta facilidad: llevaba veinticuatro horas en Plaisance-du-Touch y todavía tenía que sacar el tema.

Y Mona tampoco colaboraba en absoluto.

Hap había preparado un picnic, y las dos mujeres dieron un paseo por el bosque, eligiendo los senderos en los que existía menor probabilidad de ser arrolladas por ciclistas fanáticos. Siempre que Julia iba a ver a su madre esperaba descubrir que los años le habían caído encima, pero eso nunca sucedía. Mona, a sus más de setenta años, conservaba la misma energía descarnada que Julia recordaba de su infancia, cuando, en su búsqueda del subgrupo adecuado dentro de los niños del Clan, había paseado a Julia y Jay por toda Nueva Inglaterra: Providence para una fiesta de Navidad, un baile en Boston, Springfield para una puesta de largo. Aunque la abuela Vee se tomaba la vida del club muy en serio, y los Veazie habían participado en la

fundación de uno o dos grupos con nombres de letras griegas, Mona siempre había ido más por libre, aferrándose con sus delicados dedos a cualquier posibilidad que resolviera el dilema que suponía criar a sus hijos en Hanover y al mismo tiempo cumplir el lema de que los amigos de estos debían pertenecer a la nación oscura; cabe decir que, a pesar de sus pretensiones de igualdad, se refería a lo que la abuela Vee habría llamado la mejor mitad de la nación.

Era poco después del mediodía, y los altos árboles se alzaban entre diminutas sombras circulares que recordaban a pequeños charcos. Julia recordaba vagamente que Montech se extendía sobre una llanura cercana a un río, y que lo que predominaba eran las pequeñas arboledas, pero aquí el bosque era frondoso. El aire olía a agua y a juncos. Tras una media hora de paseo silencioso bajo el gélido sol de la tarde, Mona señaló un pequeño claro próximo a un estanque.

—Vamos allí.

Julia sonrió al reconocerlo.

—Siempre nos detenemos en el mismo sitio.

—Ya sabes lo conservadora que soy —le sonrió su madre.

De modo que se sentaron en los tocones y dieron cuenta de los sándwiches rodeadas del rumor de animales escondidos, algunos humanos, que poblaban el bosque. A lo lejos runruneó un motor, unos hombres gritaban, sonó una bocina.

—Algo te ronda por la cabeza —dijo Mona.

—Sí.

—¿Es Lemaster? ¿Vuelve a hacer de las suyas?

Julia movió la mano, como si alejara una mosca inexistente.

—Lemmie es un ángel, Mona. Siempre te lo digo. Nunca me haría daño.

—Leo los periódicos, querida. El *Herald Tribune* afirma que está en la lista de escogidos para el cargo de fiscal general.

—No puedo hablar de...

—Para esa gente. En realidad trabaja para esa gente. Creo que nunca entenderé a las personas como él.

A las personas negras como él, quería decir, repitiendo las palabras de Astrid.

Julia se echó hacia atrás, alzó la cara para sentir el sol y se preguntó si Dios estaría allí arriba, o por allí cerca, observando, escuchando, sabiendo ya cómo terminaría todo. Le resultaba más fácil enfrentarse a Mona cuando no tenía que mirarla a aquellos ojillos oscuros, cariñosos, suplicantes, severos, locos y dolorosamente valiosos.

—No pienso discutir de Lemmie contigo, ¿de acuerdo? No lo haré. —Hablabla en tono firme pero con cuidado de no levantar la voz, no fuera a ser que los Diez Mandamientos contuvieran algo de verdad—. No estoy aquí para eso, Mona.

—Entonces, ¿a qué has venido? —Tono lastimero—. ¿Qué quieres? Siempre quieres algo.

—Mona...

—Es la verdad, querida. Tus visitas están siempre dentro del programa. Lo sé, lo sé. Solo buscas consejo. Cualquiera diría que no tienes amigos con los que hablar.

Una brisa agitó la manga de su gruesa chaqueta. Julia intentó no dejarse llevar por la ira. Mona no se creía nada de lo que acababa de decir; solo quería que su hija la tranquilizara: sí, sí, valoro tu consejo sobre todos los demás. Pero Julia se había cansado hace años de adular a su madre. Si su presencia en Francia, mientras su desconcertada familia sufría en casa, no era prueba suficiente de la devoción de Julia, no tenía ninguna otra que ofrecer.

—Solo quiero hablar, Mona —dijo ella, sofocando las palabras intemperantes que pugnaban por salir de su garganta. Todavía no se sentía capaz de ir al grano—. ¿Podemos hacerlo? ¿Limitarnos a charlar?

—Lo estamos haciendo —dijo Mona, rozando la rodilla de su hija—. ¿Esto no es hablar?

—No, Mona. No. Haces lo mismo de siempre. Tú hablas. Y se supone que yo debo sentarme y escuchar.

—Bueno, disculpa. —Ofendida, se llevó una mano a la garganta—. No hay ninguna necesidad de gritarle a tu madre.

—No estoy gritando.

Pero lo había hecho, ya que Mona la había provocado a propósito. Cualquier conversación con la gran Mona Veazie era un campo minado de severidad que debías surcar por tu cuenta y riesgo. La supervivencia era posible si sorteabas temas como la política estadounidense. Si pisabas esa mina en concreto, el mundo explotaba.

—Elevando la voz, entonces.

Julia se apresuró a seguir para detener la inminente letanía de quejas, todos los detalles en los que Julia, que seguía enviándole dos mil preciosos dólares todos los meses, la había herido a lo largo de los años.

—Mona, por favor, escucha. Tengo que hacerte algunas preguntas. —Le costó pronunciar las siguientes palabras, pero sabía lo que exigía la tregua con su madre—. Necesito... necesito tu ayuda. Se trata de Vanessa.

La sonrisa de Mona era radiante y satisfecha.

—Bueno, ¿y por qué no lo has dicho antes?

### III

—Te lo he dicho más de cien veces: eres demasiado dura con esa niña —la interrumpió Mona cuando ya había conseguido, o al menos eso creía, captar el quid de la cuestión que planteaba su hija—. Para empezar, no deberías criarla allí, con todos esos chicos blancos. Te lo he dicho: para que sobreviva la raza, todos debemos tener...

—Más amigos negros que blancos. Lo sé, Mona. Lo sé.

—Pero no haces nada al respecto, ¿verdad? Los amigos de Vanessa son todos blancos, ¿o no?

—No todos...

Los ojos de Mona centellearon de satisfacción.

—Ya, ya. Era miembro del Jack and Jill, iba a las Perlitas, y hay algunos críos negros en esa iglesia a la que asistís. Ya me lo ha contado, querida. —Levantó una de sus pequeñas manos para aplacar la protesta—. Pero no cuentan. No son sus amigos íntimos. Sus amigos íntimos son los chicos blancos del colegio.

—Tú también me educaste así —saltó Julia, acalorada y, como seguramente su madre pretendía, alejándose del tema.

—Pues deberías aprender de mis errores —rebatió Mona, complacida.

Por un instante la lucha se libró sin palabras. Julia apartó la cesta de picnic con el pie. Un par de ciclistas pasaron ante ellas fugazmente, hombre y mujer, pensó, pero solo los vio durante un momento, el cabello oscuro asomando de los brillantes cascos. Abajo, en el canal, unos niños se reían. El día había amanecido despejado pero empezaba a nublarse; o quizá era su humor el que cambiaba.

—Mona, escúchame, por favor —dijo Julia por fin, sin mirar a su madre—. Sí, he cometido errores con Vanessa. Y también con los otros. Pero no quiero hablar de mis errores. Hoy no. Quiero hablar de historia.

—¿Historia?

—El mes pasado me encontré con tu amiga Aurelia Treene en el Gran Cotillón. ¿Sabes lo que me dijo? Que mi marido era el Buba de los Empíreos y que así continuaba con la tradición familiar. Pero Lemaster es un inmigrante de primera generación. O sea que debía referirse a la familia Veazie. —Hizo una pausa—. Dime, Mona. ¿El abuelo Vee era un Empíreo? ¿Preston Veazie fue, tal vez... el Buba de los Empíreos?

Su madre se rió.

—Vaya... Pues sí, querida. Lo fue.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Tampoco es que sea algo que salga en una conversación normal. No te lo estaba ocultando. —Mona se apresuró a añadir—: Nunca ha venido a cuento comentarlo.

—Vale, pues ahora sí. Cuando me casé con Lemmie y tú expresaste tu disgusto porque perteneciera a los Empíreos, no fue porque se tratara de un grupo pequeño e insignificante, ¿verdad?

Silencio.

—Vamos, Mona. No pienso ceder en esto. —Consiguió levantar la vista, pero Mona era perra vieja y sabía mantener la cara de póquer—. Este tema de Gina Joule que obsesiona a Vanessa... Los Empíreos se metieron en eso. Quiero saber cómo. Y por qué. Quiero saber lo que tu antiguo novio Bay Dennison estaba haciendo allí. —

Su madre siguió sin responder—. Lo pregunto solo porque todo esto está afectando a mi hogar, y creo que Aurie intentaba decirme que ambas cosas están relacionadas. Vamos. Sabes algo que yo desconozco. Y creo que ha llegado la hora de que me lo digas.

—¿Que te diga qué, querida?

—Quiénes son en realidad los Empíreos.

## Los Empíreos

### I

—Tienes que esforzarte por imaginar cómo era la vida entonces, querida. Cuando de verdad vivíamos como dos naciones separadas. La nación oscura. La nación pálida. Los Empíreos acuñaron esos términos. O, cuando menos, los popularizaron. Eran gente importante, los Empíreos. En aquella época. —Habían reemprendido el camino por el sendero que discurría entre los árboles. Se oía el rumor del agua. La temperatura había descendido y Julia supuso que volvería a nevar—. En la época en que se fundaron esos grupos. La formación escaseaba entre los miembros de nuestra raza, pero los que la obtenían... bueno, estudiaban física, griego, o a Confucio, para acabar descargando camiones en una gran ciudad, o, con un poco de suerte, ocupando puestos de administrativos o de maestros. Todos esos hombres brillantes, cultos, con carrera, también había mujeres, pero menos, a los que el mundo blanco les callaba la boca. De manera que, como es lógico, querían relacionarse con gente de su clase. Muchos clubes nacieron de esa tesitura, querida.

—Mirando por encima del hombro al resto de su gente.

—Quizá sí. Quizá sí. No los juzguemos, querida. Aún no. El tema es que tenían problemas. Montones y montones de problemas. Los clubes eran un lugar donde olvidarse de todo, donde se intentaba crear un espacio de conversación intelectual, o al menos charlar con gente que tenía las mismas vivencias.

Julia estaba demasiado cansada para eso.

—Mona, por favor. No he viajado hasta aquí para que me des una clase de historia. No quiero saber el origen de esos grupos. Lo que quiero es que me hables de los Empíreos.

—Por Lemaster. Porque es el Buba.

—Esa no es la única razón.

—¿Qué más hay, querida?

—Desde el momento en que hablé con Aurelia, me vino a la mente un recuerdo de la infancia. No he podido quitármelo de la cabeza. Fue en Hanover, en noviembre de mil novecientos setenta y dos. Lo recuerdo porque Nixon acababa de ser reelegido. En aquella época la abuela Vee vivía con nosotros. Por la noche invitaste a un grupo de gente a casa a ver el programa electoral. Yo era una niña, pero recuerdo que estabais en el salón, viendo cómo un estado tras otro caía del lado de Nixon, y todos poníais la misma cara, como si os hubieran dado una patada en... bueno, como si os



hubieran dado una buena patada. ¿Te acuerdas de esa noche?

—Claro que me acuerdo, querida. En aquellos días aún éramos una familia. Os tenía a los dos. A ti y a Jay, querida. —Sonrió y acarició el delicado hombro de Julia con los dedos, como si dudara entre abrazarla o no—. Lo que me sorprende es que tú te acuerdes. Fue una fiesta como muchas otras. En esa época éramos muy pocos los que íbamos a la universidad. Quiero decir... negros. Estábamos deprimidos. Estábamos furiosos. Nos reunimos y nos emborrachamos. —La sonrisa se esfumó al evocar el mal recuerdo—. ¿Y tú te acuerdas? ¿Cuántos años tenías, querida? ¿Cuatro, cinco?

—Doce. —Solo tenía una hija y era incapaz de recordar su edad. Julia reprimió las ganas de decirlo en voz alta—. Bueno, la abuela Vee se fatigó. Me dijiste que la acompañara a la cama. Cuando salíamos del comedor ella hizo un comentario de lo más extraño. Sí, ya sé que la abuela Vee ya no estaba del todo lúcida en esa época, y no se me había ocurrido pensar en ello desde hace años, pero últimamente no he podido quitármelo de la cabeza. Dijo que eso servía para demostrarnos que el Clan debía mantenerse alejado de asuntos electorales. Dijo que el Clan debería haber aprendido la lección en el cincuenta y seis. ¿A qué venía eso, Mona? ¿Qué pasó en el cincuenta y seis? ¿Qué pasaba en el setenta y dos?

—Los republicanos arrasaron en ambos casos. Eso es lo que pasó.

—No. No se refería a eso. Lo que dijo fue: «Han apostado por el caballo equivocado, como siempre». Tú la hiciste callar, pero la abuela Vee no era fácil de calmar. La saqué al pasillo y seguía gritando. Dijo que no paraban de tropezar con la misma piedra. Y dijo: «El Excelso es un imbécil».

El sendero se bifurcaba y Mona escogió el camino más frondoso. El bosque se cernía a su alrededor, apagando cualquier atisbo de calor que ofreciera el día. La anciana aceleró el paso y Julia se descubrió casi corriendo para seguir su ritmo.

—Debiste de oír mal, querida —le dijo sin volver la cabeza—. La abuela hablaba de Rex Kelso. Era un chico de Harlem... Claro que eras una niña entonces, seguro que no te acuerdas de él. El pobre Rex se moría por alcanzar el poder. Estuvo metido en una de las campañas, ni siquiera era la de McGovern. Su candidato no llegó a ser designado. El pobre Rex apostó por el caballo equivocado. Esa es nuestra historia, querida. Los negros siempre apoyan a perdedores. Por eso estamos donde estamos.

—No dijo Rex Kelso. Dijo el Excelso.

—Estoy segura de que no.

—Sí. Esas fueron sus palabras. —Julia había logrado ponerse a la altura de su madre—. Y luego añadió: «Deberían haber escuchado a Preston». Me pasé años preguntándome a qué se refería. Hace un par de semanas, Lemmie me comentó que el jefe de los Empíreos recibe el nombre de Excelso, y entonces todo encajó. Lo que la abuela decía era que los Empíreos habían apoyado al caballo equivocado porque su líder era un imbécil. Estaban involucrados en las elecciones, ¿no?

—Bueno, querida, las coaliciones electorales son algo complejo...

—Basta, Mona. Basta. Basta de juegos. Basta de secretos. Cuéntamelo. —Los ojos castaños de Mona nunca vacilaban, pero en esta ocasión lo hicieron. Julia insistió—. Vamos, Mona. La abuela no estaba haciendo consideraciones generales sobre la raza. El tono era irónico. Cínico. Como el de quien desvela un secreto. —Fruncimiento de ceño—. Y dijo algo más, Mona. Creo que no llegaste a oírlo. La acompañé a su cuarto, como hacía todas las noches. Cuando se metió en la cama y la arropé, dijo que lo que necesitaba era o un nuevo autor o un nuevo plan. No comprendí de qué hablaba. Pero no se refería a la nación oscura. Hablaba de «ellos», no de «nosotros». Y al jefe de los Empíreos no se le conoce solo como el Excelso, ¿verdad? También se le conoce como el Autor. Creo que la abuela Vee se refería a los Empíreos. Creo que habían intentado intervenir en las elecciones y no funcionó. —Su madre reaccionó. Ahora no cabía duda alguna. Se estremeció y aceleró el paso—. ¿Qué fue, Mona? ¿Qué hicieron?

—Nada que sea de tu incumbencia.

—No soy ninguna niña, Mona.

—Lo eres en algunos aspectos. —Su mano se elevó de nuevo, para no darle tiempo a objetar. Iba a pronunciar uno de sus discursos—. Tal vez tengas razón, querida. El desconocimiento es siempre un pecado, ¿no? Los secretos son lo único que nos mantiene divididos en este mundo. El no saber. Es ahí donde radica el peligro. Somos criaturas racionales, querida. Estamos diseñados para respirar la verdad. Lo necesitamos para vivir. Cuando la verdad que anhelamos queda sepultada, tenemos que respirar las mentiras para no ahogarnos. —Los ojos pálidos se ensombrecieron—. Muy bien, querida. No importa. ¿Quieres oír la historia? Te la contaré. Pero créeme, Julia Anne, lamentarás haberla escuchado.

## II

Habían llegado a otra bifurcación. Mona parpadeó como una lechuza, miró en ambas direcciones con el puño en la boca y Julia se dijo que su madre no sabía qué camino tomar. Una parte de ella estaba dispuesta a esperar para que Mona se viera obligada a pedir ayuda, pero antes de decidir cuánto tiempo hacer sufrir a su madre ya había dado un paso por delante de la dubitativa anciana, apoyando un brazo en su hombro, y había escogido el sendero de la izquierda, un camino con una leve pendiente que llevaba hasta un claro. A medida que subían, Mona pareció relajarse y las palabras volvieron a fluir con soltura.

—Fue en mil novecientos cincuenta y seis, tal y como dijiste. Yo vivía en casa mientras terminaba un posgrado en Columbia. Querida, lo que tienes que entender es que en esa época el hombre de color más poderoso del país, aunque entonces decíamos negro, y quizá el más famoso, era Adam Clayton Powell. Lo conociste

cuando eras un bebé, no creo que te acuerdes. Viste varias veces a su mujer en el Vineyard. Da igual. El caso es que Adam tenía mucha influencia: consiguió que Eisenhower acabara con la segregación racial en las bases militares y los cines antes de que el Tribunal Supremo se pronunciara sobre el caso Brown. Fue un hombre increíble. Era pastor de la iglesia baptista abisinia de la calle Ciento treinta y ocho, siguiendo la tradición familiar. También fue miembro del Congreso durante años. Demócrata, por supuesto, aunque en aquellos días no había nada malo en ser republicano. Creo que la mayoría del Clan tendía a votar a los republicanos. No la mayoría de los negros, pero sí gran parte del Clan. Bueno, eran otros tiempos. Pero Adam era demócrata. Y luego, en mil novecientos cincuenta y seis, sorprendió a todo el mundo con su apoyo a Eisenhower. El candidato demócrata era un hombre encantador llamado Adlai Stevenson. No es que tuviera muchas oportunidades de ganar, pero nunca se sabía. Sobre todo si hubiera podido atraer todo el voto negro. En aquellos días, los demócratas no tenían el voto negro asegurado. No podían darlo por sentado y luego no ofrecernos nada a cambio, como hacen hoy. Nuestros líderes eran lo bastante listos para hacer tratos con los republicanos de vez en cuando, en lugar de limitarse a insultarlos y garantizar con ello que nunca nos escuchen. Da igual. Adlai intentaba ganarse el apoyo de todos los líderes negros. Y entonces Adam anunció que apoyaría a Eisenhower. Eso pilló a los pobres demócratas por sorpresa. Como es lógico, Stevenson quiso reunirse con Powell. Se vieron en secreto. ¿Adivinas dónde?

—¿En casa de la abuela Vee?

La pendiente se volvía más empinada. Si el ascenso resultaba duro para Julia, más aún debía de serlo para su madre, pero ninguna de las dos quería ser la primera en pedir que parasen para descansar. Si Mona se molestó por el hecho de que Julia hubiera estropeado el crescendo dramático del discurso al responder a su pregunta retórica, no lo demostró.

—Exacto, querida. En la mansión Veazie de Edgecombe Avenue. En el estudio de mi padre. Tu abuelo no fue solo anfitrión, sino también árbitro. En esa época yo salía con un tipo llamado Eddie y aquella noche teníamos planes. Estábamos en el vestíbulo. Escuchamos trozos de la conversación. Adam decía que estaba harto de apoyar a un partido que estaba tan vinculado al ala sureña que su plataforma no había podido ofrecer ni siquiera un tibio respaldo al fallo del caso Brown, a un partido que dirigía el Congreso pero era incapaz de aprobar una ley federal antilinchamientos. Dijo que si eso era lo máximo que podían ofrecer los demócratas, lo intentaría con los republicanos. Adlai aseguró que todo eso cambiaría si salía elegido, pero Powell no cedió. Creo que a Stevenson le quedó claro que la reunión no era más que un trámite, que Powell no tenía la menor intención de negociar. Estaba decidido a dar su apoyo a Eisenhower. Al menos eso pensé yo. Entonces mi padre nos pilló escuchando en el vestíbulo, se enfadó y cerró la puerta. —Mona sonrió—. Tú nunca te has encontrado en esa tesitura, ¿verdad, querida? ¿Escuchar en el vestíbulo? En Hanover siempre te asegurabas de que el joven te esperara. Te gustaba hacerlos esperar, ¿verdad? Los

dejabas solos hasta que estabas lista para hacer tu entrada triunfal. Siempre te gustó, ¿no? ¿Que los chicos te persiguieran? Eras tan coqueta en esa época... No importa.

Julia mantuvo la calma, aunque le hervía la sangre.

—Aquella noche Eddie y yo estuvimos hablando del tema. Él también había escuchado parte de la reunión, y ambos llegamos a la conclusión de que Powell debía de tener otra razón. No se trataba solo de la ley de linchamientos o de que los supremacistas blancos sureños tuvieran demasiado poder en el partido. No. Se había mostrado demasiado apasionado. Powell no era ningún tonto. Tenía que saber que Eisenhower albergaba dudas sobre el tema de los derechos civiles, y Stevenson no. Pero Powell estaba decidido a no secundar a los demócratas aquel año, sin importar lo que Stevenson le ofreciera a cambio. Y Eddie... bueno, él expuso una teoría sobre las razones de ese apoyo. Dijo algo así como: «Quizá a Powell no le guste la gente que respalda a Stevenson». Así de sencillo.

De la arboleda habían emergido a un montículo desde el que se apreciaba un paisaje de campos de cultivo y pueblecitos como de juguete. Mona había llegado al límite. Julia se dio cuenta enseguida. A su madre le temblaban las manos.

—Descansemos un rato si quieres.

Pero Mona estaba demasiado metida en su historia para pensar en eso.

—Al final se lo pregunté a mi madre, a la abuela Vee. Fue unos días más tarde. Nos estábamos vistiendo, supongo que para ir a algún evento de las Perlas Negras. Creo que se trataba de un funeral. Íbamos de blanco y naranja, porque cuando muere una Perla Hermana te vistes con los colores de la hermandad. Claro que eso ya lo sabes. A veces se me olvida. Da igual. Se lo pregunté a Amaretta. Ella me lanzó una de sus miradas. ¿Recuerdas que, cuando eras pequeña, me decías que a veces te miraba como si hubieras caído lo más bajo posible? Una mirada que preguntaba: ¿Cómo has podido decepcionarme tanto? Yo siempre te decía que las había heredado de Amaretta. Solo que las tuyas eran peores. Me miró como si aquella simple pregunta fuera ya una traición al Clan. ¿Sabes lo que me dijo, querida? Dijo: «Teníamos que intentarlo, querida». Eso dijo. Eso fue lo único que dijo. Y sí, lo sé, tal vez estuviera hablando de la reunión. De tratar de hacer las paces con el partido demócrata. Pero no fue esa la impresión que saqué. Tuve la impresión de que hablaba de algo más grande. Y para Amaretta solo había una cosa tan grande que se ajustara a esa especie de... adorada abstracción. No era Dios, ni América, ni Harlem, ni la nación oscura. Era el Clan. Solo el Clan. Amaretta no concebía otro «nosotros». Pensé que lo que intentaba decir era que el Clan había apostado y perdido. Que el Clan había apostado con fuerza por Adlai Stevenson y que Adam Clayton Powell lo había estropeado todo. Julia negó con la cabeza.

—No entiendo dónde está la importancia de esto. El Clan apoyó a Stevenson y perdió. ¿Y qué?

—No creo que los Empíreos estén tan acabados como quieren hacer creer, querida. Creo que les va bastante bien. Siguen manteniendo el secretismo de siempre,

pero son cada vez más fuertes.

—¿Me estás diciendo que todo ese cuento de que son un grupo agonizante y sin importancia es una especie de... tapadera?

—Solo creo que van detrás de algo. Siempre fueron detrás de algo.

—¿Algo como qué?

Habían iniciado el descenso. Mona daba pasitos cortos, casi remilgados, y ahora era Julia la que tenía que ir con cuidado para no adelantarse.

—Ya soy mayor, Julia Anne, y no deberías tomarme demasiado en serio. Pero la información de Aurelia estaba equivocada. Tu abuelo no era el Buba. O, al menos, no fue solo el Buba. Más adelante se convirtió en el Excelso. Estuvo al frente durante diez años, antes de que le sucediera Bay Dennison. En teoría todo se llevaba en secreto, pero Preston no tenía secretos para tu abuela. Deja que te cuente lo que me dijo la abuela Vee, años después. Siempre han estado obsesionados con la presidencia de la nación. Los Empíreos.

—¿Te refieres a influir sobre el presidente?

—No, querida. Me refiero a elegirlo. —El bosque se aclaraba a su alrededor. Mona estaba al borde de sus fuerzas, y del final de su historia—. Sobre esa noche del cincuenta y seis la abuela Vee me dijo que los Empíreos dirigían a Stevenson. Así lo expresó Amaretta: lo dirigían. Era su hombre. No se limitaban a apoyarlo. Ejercían alguna clase de influencia sobre él. Y lo mismo pasó en el setenta y dos. No con McGovern, sino con algún otro demócrata. Pero algo sucedió y no consiguió la nominación. Julia, tu abuelo estaba convencido de que la única forma de sacar algo de los caucásicos era usar sus propias armas en su contra. Decía que su conciencia nunca los impulsaría a hacer nada por voluntad propia. Solo lo harían si tenían algún interés en ello. Dijo a tu abuela que la estrategia era tener el control absoluto sobre un candidato, tenerlo a tu merced. Lo mismo que hacían los caucásicos poderosos. Necesitábamos a un hombre que se plegara a nuestras exigencias no por temas de conciencia, sino porque las circunstancias no le dejaran otra opción.

—Chantaje —suspiró Julia—. Estás hablando de chantaje.

—No lo sé seguro, Julia Anne. Es posible. Lo único que sé es que los Empíreos desarrollaron la idea de que era necesario tener el control sobre caucásicos poderosos y colocarlos en posiciones en las que no tuvieran más remedio que ayudar a nuestra gente. Esa era la idea del abuelo Vee. Al menos eso creo.

—¿Estás diciendo que los Empíreos controlaban a Adlai Stevenson?

Se produjo una larga pausa. Los ancianos ojos de Mona estaban vueltos hacia el espejo de su juventud.

—Adlai era un buen hombre. Un hombre decente. Íntegro. Creo que no era posible controlado. —Volvió a concentrarse en su hija—. No, querida, me sorprendería mucho que estuviera en manos de los Empíreos, pero es posible que estos lo creyeran. —Esbozó una mueca triste—. Esos contactos se remontan a mucho tiempo atrás, querida. Las viejas familias. Las nuestras. Las tuyas. Negros y blancos.

Décadas. Más. No todo tenía que ser coacción. Era más bien... interés mutuo.

—¿Te refieres a mezclas? —saltó Julia—. ¿A que alguna de las familias blancas de rancio abolengo es en realidad una familia negra? —Apenas podía formularlo—. ¿Te refieres a eso?

Mona negó con la cabeza.

—Oh, no, no, querida. En absoluto. Podría ser, por supuesto. En aquel entonces las condiciones eran terribles. Si tenías la oportunidad de huir de la nación oscura y unirte al mundo blanco... sí, podría ser. Pero no era eso lo que quería decir. Solo digo que pueden existir intereses comunes. Las antiguas familias blancas y las antiguas familias negras podrían progresar trabajando juntas. No creas que se trata solo de los Empíreos. —Volvió a reírse, como el nervioso espectador de una tragedia—. Soy vieja, Julia, una vieja loca. No deberías tomarme demasiado en serio. A mi edad la mente te juega malas pasadas. —Le temblaban las rodillas—. Estoy cansada, Julia. Tengo que regresar y acostarme.

—Ya casi estamos en el coche.

—No quiero seguir hablando.

—Por favor. Solo una cosa más.

—Quítame la mano de encima, Julia Anne.

—Perdona. Lo siento. —Sin darse cuenta, había cogido a su madre del brazo: de hecho, lo agarraba con fuerza, enojada, del mismo modo en que solía apretar el de Kellen cuando la miraba mal, o cuando no la miraba—. Mona, por favor. Solo contesta a esto. ¿Lo que estás diciendo es que los Empíreos solían recabar información sobre gente influyente a fin de usarla luego para... mejorar las condiciones de vida de la comunidad? ¿Es eso?

—Eso me dijo Amaretta. No creo que nadie lo sepa a ciencia cierta.

—Pero tiene que ser verdad, Mona. Byron Dennison apareció en el Landing una semana y media después de que mataran a Gina Joule. Parecía estar al mando. ¿Por qué si no iba a estar allí?

—Por aquel entonces yo era una mujer casada, querida. Vivía en New Hampshire. No tengo ni idea.

—Vamos, Mona. Saliste con él. ¿Me estás diciendo que nunca mencionó alguna clase de plan?

Una vez más Mona adoptó una sonrisa condescendiente y maternal.

—Si Bay Dennison era ese manipulador maquiavélico que parece creer que era, querida, ¿por qué iba a dejarse ver? Todo esto es muy raro.

Habían llegado al coche. Mona pidió a su hija que condujera, y Julia, que solo conducía un coche con cambio de marchas manual cuando iba a ver a su madre, accedió. El coche avanzó a trompicones durante todo el trayecto. Mona no se quejó. Mantuvo los ojos cerrados, y, si no estaba dormida, prefirió simularlo.

### III

Julia nunca llegaría a saberlo. Aquella noche, mientras buscaba una posición cómoda en aquella cama de colchón viejo y hundido, Julia se maravilló ante la gran parte de la vida de la nación oscura que se desarrollaba detrás de un velo de ignorancia. Pocos afroamericanos, y desde luego ningún blanco, sabían apenas de la existencia de las antiguas familias, con su dinero, su educación y sus tradiciones. De los secretos de sus exclusivas hermandades masculinas y femeninas, la gente de fuera sabía mucho menos de lo que creía saber. Y de los Empíreos, los más exclusivos de todos, nadie sabía nada. La mente le daba vueltas. El Excelso. Adlai Stevenson. El Buba. Kellen Zant, y su promesa de dar un vuelco a las elecciones. Kellen Zant, muerto de un disparo. Adormilada, medio despierta, medio soñando, los acontecimientos de los últimos tres meses se agolpaban en su mente.

Y entonces lo vio.

No todo. Quedaban muchos cabos sueltos por atar. Pero allí, tendida en la calurosa habitación de invitados del primer piso de la decadente casa de su madre en Plaisance-du-Touch, Julia Veazie Carlyle vislumbró el esquema general del plan de los Empíreos y comprendió por fin lo que Kellen había creído saber. La única pregunta era si estaba en lo cierto.

Durmió mal, y soñó con la nieve.

### IV

Dejar a Mona a la mañana siguiente resultó más difícil de lo que esperaba, no porque su madre diera señales de remordimiento, sino porque a Julia la ahogaba ese sentimiento. Mona no puso nada de su parte para ayudarla a disculparse. Se comportaba como si la discusión del día anterior no hubiera tenido lugar. Durante el desayuno, con Hap rondando por allí como siempre, Julia vio de repente a su madre mejor y peor de lo que habría imaginado nunca. Mona era vieja, estaba frágil, desanimada. Pero Hap la cuidaba, y a pesar de la vitalidad que Mona había tenido en su juventud, ahora había llegado a una edad en la que lo único que deseaba eran atenciones. ¿Qué tenía eso de malo?

—Lo siento, Mona —dijo Julia con la esperanza de parecer sincera.

—¿Qué sientes, querida?

—El modo en que te hablé ayer. Lo lamento.

—Son las hormonas —dijo su madre, el mismo comentario que solía hacer cuando Julia era adolescente y andaban siempre a la greña. Solo Mona se rió.

Hap actuó de árbitro durante la comida, procurando que la conversación no

derivara hacia algún terreno que pudiera molestar a su amada. Al final, Mona se declaró agotada.

—Me alegro mucho de que hayas venido, querida.

—Yo también.

Julia anduvo junto a su madre por el corto pasillo de parquet rayado. La puerta de la habitación de matrimonio pedía a gritos una capa de pintura. Sintió deseos de ganar un premio importante de lotería para poder cuidar de Mona como esta se merecía. Pero la empírica ocupó pronto su lugar, recordándole que los deseos no eran caballos y que la mayoría del mundo vivía en condiciones mucho más precarias.

Mona tomó las manos de su hija, las estrechó sin fuerza y sonrió.

—No deberías hacerme mucho caso, querida. A nuestra edad tendemos a divagar. Y a creer que lo sabemos todo.

—Creía que los setenta años eran los nuevos cincuenta.

—¿Sí? Pues a mí me pesan como los viejos noventa.

—Te quiero, mamá —dijo de pronto Julia.

Mona parecía complacida, con esa vaga satisfacción con que recibimos la noticia de que un pariente lejano se ha vuelto a casar.

—Yo también te quiero —dijo ella con la mirada perdida—. Ahora escúchame, querida. No tengo ni idea de lo que está sucediendo en... Estados Unidos. No entiendo ese país. No sé si lo he entendido alguna vez. Pero algo sí sé. No es un buen lugar para nuestra gente. Para los negros, la nación oscura, los afroamericanos. No es un buen lugar. Nunca lo fue y nunca lo será. —Previno la objeción de su hija con un gesto—. Tú formas parte del Clan, querida. Y eso te hace sentir una especie de libertad. Pero es como ese espejo de ahí —añadió, señalándolo—. La gente del espejo no es libre, ¿verdad que no? Solo hacen lo que la gente del otro lado les permite hacer. Nos movemos y ellos se mueven igual. Hablamos, hablan. Paramos, paran.

—Creo que eso ya lo escribió Lewis Carroll.

—Mira, querida, lo que la abuela Vee me contó de los Empíreos, de su gran plan... Tienes razón. Ya no estaba muy lúcida. No sé qué parte era realidad y qué parte eran suposiciones. Fantasías, incluso. Pero, Julia, ¿y si es verdad? ¿Y si los Empíreos no están al borde de la extinción? ¿Y si están escondidos al amparo de las sombras, en algún lugar del espejo que no puedes ver, urdiendo planes para intentar que los caucásicos hagan lo que deben? —Se encogió de hombros con aire fatigado—. Solo me pregunto una cosa, querida: ¿quién puede reprochárselo?

Soltó la mano de su hija con brusquedad y, tras cerrar la puerta, se retiró de nuevo a su exilio voluntario.



Julia partió insatisfecha, consciente de que estaba condenada a seguir así. Hap la llevó hasta la estación de Toulouse, mientras ella reflexionaba desconcertada sobre la verdadera relación de ese hombre con Mona. En el paso a nivel le dio un abrazo desmañado y le entregó una bolsa llena de regalos de Navidad para los niños, con hermosos envoltorios. Julia le pidió que diera las gracias a Mona, aunque sospechaba que los había comprado él, y muy recientemente. El tren partió con quince minutos de retraso: para Francia, un desastre nacional. El viaje duraba seis horas y de nuevo durmió durante la mayor parte del trayecto, eludiendo los intentos de entablar conversación de la simpática pareja de jóvenes estadounidenses que tenía sentados frente a ella y que se parecían mucho a los amantes con los que se cruzó dos veces durante el paseo con Mona por Montech. En París se alojó en el mismo hotel, y tuvo la repentina sensación de que el recepcionista, el hombre que leía el periódico en el vestíbulo y el sonriente ascensorista formaban parte de una única e inmensa conspiración. El chico que le trajo el desayuno la miró de reojo durante todo el rato que tardó en servírselo, mientras ella, en bata, se preguntaba si eran sus piernas lo que despertaba su admiración o si simplemente se limitaba a obedecer órdenes.

Abandonar el país resultó aún más difícil que separarse de Mona. Vio cómo el agente del control de pasaportes abría mucho los ojos al pasar el suyo por el escáner. Otro agente la condujo hasta un cuarto de la planta baja, donde dos mujeres uniformadas registraron su equipaje bajo la atenta mirada de dos hombres con traje; uno de ellos pertenecía a la embajada estadounidense, y a pesar de que afirmaba estar allí para salvaguardar sus derechos, no apartaba la mirada de la mesa. Las mujeres revolviéron los cosméticos y la ropa interior usada. Incluso desenvolvieron los tardíos regalos de Navidad, que no eran más que souvenirs turísticos con poca gracia. Lo único que no registraron fue a la propia Julia —parecían dispuestas a hacerlo, pero el hombre de la embajada se lo impidió—, lo cual fue una suerte, ya que era en su cuerpo donde había escondido el contenido del largo sobre color manila que había encontrado al fondo de la bolsa de los regalos.

Por fin, con la típica reticencia gala, le permitieron embarcar. El hombre de la embajada se disculpó y recriminó a los agentes en francés, pero Julia recordaba que el embajador americano pasaba por ser uno de los colegas más apreciados del presidente. Como si quisiera compensarla por el mal trago, la compañía aérea la instaló en primera clase. Dormitó durante una hora, intentando controlar su tendencia natural a precipitarse, por si acaso la estaban vigilando. Después se dirigió al lavabo, donde sacó de su escondite las tres páginas que contenía el sobre. Releyó el documento por quinta vez desde la noche anterior. Al volver a su asiento guardó las páginas en el sobre, y este en el bolso. Llamó a la azafata, con quien mantuvo una animada charla sobre los vinos que se servían a bordo: puesto que volaba con Air France, la selección era más que buena. Se tomó dos copas antes de que las manos dejaran de temblarle.

El documento era una confesión de la muerte accidental de Gina Joule ocurrida en torno al 14 de febrero de 1973. Estaba firmada por el tercer compañero de habitación de Lemaster en la Suite Hilliman, el fallecido Jonathan «Jock». Hilliman.

## La llegada

### I

Pero Lemaster no se creyó ni una sola palabra. Después de tantos años, Julia podía distinguir entre la fría sobriedad de la sorpresa teñida de admiración y la amable racionalidad del más cauto escepticismo. La estaba esperando pasado el control de seguridad, sonriendo y saludando con la mano, y le entregó una flor que Jeannie había hecho en el colegio como prueba de cuánto la querían todos. Luego, en el coche, ella le había contado la historia a retazos sin dejar de preguntarse hasta qué punto podía confiar en él y en qué medida confiaba su marido en ella.

—Esos hombres son amigos míos —dijo él suavemente cuando su mujer hubo terminado—. Que quede claro. Ya sé que lo sabes, pero quiero resaltarlo. Tal vez me equivoque, pero los conozco desde hace más de treinta años. Bueno, a Jock menos, puesto que ya no está entre nosotros.

Julia lo miró mientras el Mercedes surcaba la noche. Pasaban fugazmente junto a los postes de kilometraje de la autopista Hutchinson River, pequeñas motas verdes relucientes a la luz de los faros, nítidamente recortadas contra los árboles y la interminable blancura del fondo. Ella le había llamado antes de embarcar para pedirle que cancelara la limusina y fuera a recogerla en persona. Solo: es decir, sin el señor Flew. No quiso darle ninguna explicación por teléfono y, gracias a Dios, Lemaster no preguntó. Pero ella sabía que, como decía la abuela Vee, había llegado la hora de hablar sin tapujos.

O casi. Le había contado a su marido lo del registro, y de su reacción coligió que el pobre ayudante de la embajada sería destinado en fecha próxima a algún remoto y cenagoso lugar poblado de mosquitos. Le había hablado de la confesión, pero había omitido de momento cualquier mención a los Empíreos: creía que él se negaría a hablar del tema.

—¿Me estás diciendo que no debería creerlo?

—¿No crees que resulta de lo más conveniente, Jules? Da la casualidad de que tu madre tiene en su poder un documento firmado por Jock Hilliman por si acaso vas y le preguntas. —Suspiró y negó con la cabeza, su gesto habitual siempre que hablaba de Mona—. Y, por lo que se refiere a Mal y al presidente... bueno, sí, no te diré que sean perfectos. Han hecho cosas de las que deberían avergonzarse, no lo niego. Cosas terribles. —Vaciló—. La clase de cosas tras las que iba Astrid. Mal y Scrunchy son... igual de culpables. No son santos ni ángeles. Son seres humanos, falibles y pecadores

como lo somos todos. —Hizo un firme gesto de afirmación, como si quisiera relacionar el tema con algo, quizá consigo mismo. Giró la cabeza y levantó una mano, como si estuviera en pleno discurso ante el tribunal—. Cosas terribles, Jules. Los dos. Y sí, cosas sobre las que me han pedido consejo alguna vez. Cosas de las que no puedo hablar. Pero, Jules, lo que mencionas no es un pecado venial o una travesura infantil. Estás hablando de asesinato. O, en el caso de que fuera un accidente, de homicidio. En cualquier caso, acabar con la vida de un ser humano. El crimen más despreciable de cualquier sociedad civilizada.

Ella se pellizcó el puente de la nariz y se frotó los ojos, mientras se preguntaba si tenía el cerebro adormecido después del largo viaje sobre el Atlántico o si era su marido el que se mostraba especialmente obtuso. ¿Iba a hablar de las pruebas o no?

—Mira, Jules. No me imagino a ninguno de los dos haciendo eso que dices. Ni ahora, ni entonces. —Cambió de carril para adelantar a una furgoneta que iba muy despacio. Su tono seguía siendo sereno y afectuoso. Por una vez en la radio no sonaba un furioso hip-hop, sino música clásica—. Y si uno de ellos hubiera hecho algo así, aunque fuera por accidente, creo que habría quedado tan horrorizado, se habría sentido tan culpable, que jamás hubiera podido ocultarlo. Todo el mundo se habría enterado de que había sucedido algo terrible.

—Tú no estabas allí —le recordó Julia—. Estabas estudiando en Oxford. Fue en febrero, y tú volviste en junio. Tuvieron cuatro meses para calmarse.

Pero ella había chocado de nuevo contra la obstinación que anidaba en él, con aquel Everest que debía ser escalado.

—Vale. En eso tienes razón. No soy omnisciente. Podría haberlos juzgado mal. Podrían haberme engañado. Si es así... bueno, la respuesta más obvia es que lo hizo Jock. —Tocó el sobre que descansaba sobre su regazo—. Tienes su confesión y pareces creer que es auténtica. Por lo que dices, su Jaguar quedó destrozado la misma noche en que murió Gina, y Bruce Vallely está convencido de que su familia echó tierra sobre el asunto. Así que, si me equivoco, lo más probable es que me equivoque con Jock.

Julia permanecía inmóvil y callada en aquel coche donde se respiraba una temperatura tropical. La asaltaban las dudas, su elaborada hipótesis caía hecha pedazos bajo el envite de su propia incerteza, ya que su gran talento siempre había sido la determinación y no la confianza. Lo que la mantenía alerta era que a Lemaster también le asaltaban las dudas.

—Bien —prosiguió él—. Pero considéralo desde el otro punto de vista. La confesión de Jock resulta demasiado conveniente. Y eso nos lleva de nuevo a la teoría de que fueron Mal o Scrunchy. Eso significa que uno de ellos, y Dios sabe cuánta gente más a lo largo de todo este tiempo, se han esforzado con éxito para encubrir un crimen cometido en la universidad. Y que han sabido dónde contratar a un asesino a sueldo cuando Kellen Zant se acercó demasiado a la verdad.

La sonrisa había vuelto, no la bienvenida cálida y deliciosa a un mundo más

apacible con que la había seducido dos décadas atrás, sino la del arrogante y ostentoso erudito que nunca se equivocaba y quería dejarlo patente.

—Sí, Jules, existe la posibilidad de que se organizara una conspiración secreta para encubrir un crimen horrendo. Pero diría que es aquí donde deberíamos aplicar la navaja de Occam. No metamos en ello a entidades innecesarias. Deja que te sugiera una explicación simple a tus hallazgos, aunque eso signifique dejar a Kellen en un lugar menos favorable.

Julia sabía que su marido podía notar la tensión en ella, e incluso la dejaba traslucir a propósito. Esperaba que echara por tierra su argumento, como hacía siempre.

—La conspiración podría ser a menor escala, Jules, y podría no tener nada que ver con lo que sucedió realmente treinta y un años atrás. —Tenía los ojos clavados en la carretera. Sus manos, pequeñas y competentes, manejaban el volante con serena autoridad—. Las pruebas te llegan desde tres fuentes: Kellen Zant, Mona Veazie y esa tal Mary Mallard. ¿Correcto?

—Sí. Supongo que sí.

—¿Y cuál de ellas podría considerarse una fuente fiable?

Esto la provocó, tal y como pretendía él.

—Muy bien, sabelotodo. Si los tres conspiraron juntos, y solo Dios sabe cómo, ¿por qué lo hicieron? ¿Cuál ha sido el objetivo de la conspiración?

—Dinero —dijo Lemaster.

—¿Qué?

—Dinero, Jules. Piénsalo. —Se paró en una gasolinera y dio imperiosas órdenes al insolente individuo blanco que los atendió, que empezó a llenar el depósito. Lemaster se volvió hacia su mujer y le acarició la mejilla con un afecto tan suave y sorprendente que ella dio un respingo—. Jules, escúchame un minuto. No, escucha. Para los hombres de quienes hablas, no digo Jock sino los otros, verse relacionados aunque sea remotamente con el asesinato de una adolescente significaría el final de sus carreras políticas.

—¿Estás diciendo que Mary, Kellen y Mona planeaban una especie de chantaje? —le espetó ella—. ¿Fabricar pruebas? ¿Difundir rumores? ¿Y nos usaron a mí y a Vanessa para sus fines?

—Sé que suena improbable. No digo que lo crea. Pero opino que resulta mucho más plausible que estos treinta años de silencio culpable, porque habrían tenido que implicar a tanta gente que el secreto habría acabado saliendo a la luz. Intento imaginar todo lo que debería haberse hecho para llevar a cabo tal encubrimiento, y ni siquiera puedo hacerme una idea. No olvidemos tampoco las pruebas colocadas para inculpar a DeShaun Moton...

—No veo por qué una conspiración es peor que la otra —dijo ella, malhumorada y, quizá como él pretendía, confusa.

—No digo que sea peor. Solo más improbable.

—¿Cómo explicas entonces el papel de Anthony Tice? ¿Y el de Astrid? Astrid dijo que Kellen poseía pruebas que...

—Darían un vuelco al resultado electoral. Sí. Pero seguiría siendo así aunque las pruebas fueran fabricadas. —Pagó al grosero dependiente e incluso le dio una generosa propina porque los Lemaster Carlyle de este mundo dan propinas a todo el mundo, aunque el pago no sea siempre con dinero. Volvió a la autopista—. No digo que lo crea. No sé qué pensar. Pero te diré lo que opino. Creo que Kellen no andaba metido en nada bueno. Creo que Tony Tice no anda metido en nada bueno. Y lo mismo puede decirse de esa Mary Mallard, de quien, por cierto, voy a tener que ocuparme. —Su tono de voz adoptó un tono furioso—. Estoy harto de esto. No hablo de ti, sino de ellos. Nadie trata a mi esposa así. Y no solo a mi esposa. Ha llegado la hora de parar los pies a los caucásicos, Jules. No me importa lo poderosos que sean. Ya ha pasado a la historia esa época en la que podían...

—Nos siguen —le interrumpió ella.

## II

Por la noche, si uno presta atención, se pueden distinguir unos faros de otros. Estos tenían el tinte de xenón azulado y estaban más próximos entre sí que los de la mayoría de los coches, lo que indicaba que se trataba de un vehículo bajo y deportivo. Unas luces antiniebla brillaban entre ellos, algo más abajo. El dibujo trapezoide que proyectaban no podía pasarse por alto. Ella lo había visto al salir del aeropuerto, de nuevo en la Van Wyck, e incluso situado un par de coches por detrás mientras pagaban el peaje del puente. Había visto el mismo juego de luces suspendido en las sombras en la gasolinera. Llega un momento en que las coincidencias dejan de serlo. Una vez que se lo hubo dicho a su marido, se mordió el nudillo, como hacía de niña hasta que Mona se lo pintó con yodina, y esperó a que él se burlara de ella.

—¿Desde cuándo? —dijo él.

Julia, estupefacta, se irguió en el asiento.

—¿Qué?

—¿Desde cuándo nos siguen?

—Desde el JFK. También los vi en la gasolinera. Lemmie...

—¿Cuál es?

—Los faros de xenón...

—Ya lo tengo. —Se pasó con cuidado al carril izquierdo y aceleró. Ella notó la caricia del alivio—. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Pensé que no ibas a creerme.

—Tonta.

Le alborotó el cabello con la mano y pisó el acelerador. El Mercedes salió

disparado, con el velocímetro indicando los ciento cincuenta, pero el vehículo apenas temblaba. Julia volvió la cabeza. Las luces se distanciaban. Miró hacia delante y soltó un grito. Ante ellos se abría una curva muy pronunciada: él rozó el freno, luego aceleró de nuevo, y el coche, derrapando ligeramente, obedeció las órdenes.

—¡Lemmie, frena!

—Tranquila.

—¡Vamos a volcar! ¡Ah!

Antes de que el coche que los seguía llegara a la curva, Lemaster dio un brusco volantazo a la derecha, pillando por sorpresa al conductor al que adelantaba. El coche que los seguía se quedó atrás, y él aprovechó la distancia ganada para tomar la rampa de salida de la autopista. Se hallaban en algún lugar del condado de Westchester. Mientras ella recobraba el aliento, Lemaster se detuvo debajo del paso elevado, de manera que el coche resultara invisible desde arriba, esperó diez o quince segundos —una eternidad cuando se va a toda velocidad— y luego avanzó por las calles flanqueadas por restaurantes de comida rápida y estaciones de servicio hasta que divisó un pequeño bar.

—Vamos a tomar algo —propuso.

—Lemmie, deberíamos avisar a alguien.

—No hace falta. Vamos. Tenemos que hablar. Y, créeme, ambos necesitaremos una copa.

Ella le miró a la cara. ¿Le había disgustado tanto el hecho de que los siguieran? ¿O le estaba tomando el pelo otra vez?

—Lemmie, ¿qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

La sonrisa del hombre era dulce y tranquilizadora. Volvió a acariciarle la cara, y cuando habló, ella supo por qué había sido tan amable desde que la recogió en el aeropuerto, por qué había demostrado tanta paciencia en la discusión sobre la conspiración, e incluso por qué se había prestado a dar esquinazo a un coche, aunque ni por un momento había creído que los siguiera.

—Ha habido un accidente —dijo.

## De nuevo en Hobby Hill

### I

—¡Qué sorpresa, jefe Vallely! —dijo el secretario de la universidad en el vestíbulo de la elegante casa victoriana que poseía en Hobby Road. Iba en mangas de camisa, con el nudo de la corbata flojo y calzado con cómodas zapatillas—. Tiendo a valorar mi intimidad y la verdad es que no recuerdo haberle invitado. Si fuera tan amable de explicarme el motivo de su visita.

—No podía esperar —dijo Bruce, y hablaba en serio.

—La verdad es que no le sigo, jefe Vallely.

—No estaría aquí si no fuera urgente, señor secretario. Ahora, por favor, ¿me permite pasar?

Trevor Land se lo pensó durante un momento. Eran las ocho pasadas de un viernes y Bruce llevaba una hora aparcado en la esquina, a la espera de que llegara el secretario y luego concediéndole unos minutos para que se acomodara. No tenía opción. Todos los policías sabían que los testigos respondían mejor cuando se los pillaba desprevenidos. Pero responder mejor y responder con sinceridad eran cosas distintas.

Por fin el secretario se hizo a un lado. El vestíbulo era amplio y estaba muy bien amueblado, con piezas macizas y antiguas y, al menos a los ojos inexpertos de Bruce, valiosas. Óleos con escenas campestres llenaban las paredes a ambos lados de la escalera. Para Bruce esa era una señal de dinero. Trevor Land vivía solo desde la muerte de su esposa, acontecida nueve años atrás. Bruce olió a comida recalentada bajo el aroma a cera para muebles, y se percató de que había interrumpido la cena del anciano.

—Lamento molestarle a estas horas, señor secretario...

—Supongo que tendrá sus razones. —Lo condujo hasta un pequeño despacho, forrado de madera oscura, con las estanterías llenas de primeras ediciones hermosamente encuadernadas y más paisajes campestres en las paredes—. Tome asiento, jefe Vallely.

Lo hizo, acomodándose en el sofá porque las sillas que había delante del escritorio parecían inestables y caras. Un ajedrez de gruesas piezas de madera estaba sobre la mesita: la partida parecía haberse quedado en un momento complicado.

—Acabo de pasar por el apartamento de Nathaniel Knowland —empezó Bruce, y Trevor Land le interrumpió: es decir, dio un respingo, inclinó la cabeza y murmuró



algo en voz tan baja que Bruce tuvo que callarse para poder oírlo.

—Nada más lejos de mi estilo el decirle a un hombre cómo debe hacer su trabajo. Sin embargo, uno espera que ciertos encargos razonables sean cumplidos. Corrijame si me equivoco, jefe Vallely, pero creo que usted y yo mantuvimos una conversación sobre el joven Knowland. Seguro que recuerda que su padre me pidió, como un favor personal, que dejáramos a su hijo en paz. Bueno, los ex alumnos son los ex alumnos, y uno no quiere llevarles la contraria sin una buena razón. Debo deducir, por tanto, que usted la tenía. Porque de otro modo no quiero ni imaginar las consecuencias.

—Le entiendo a la perfección, señor secretario. Y tiene razón: no habría ido a ver a Nathaniel Knowland sin una buena razón. Pero la tenía.

Trevor Land asintió con aire indulgente. Al escoger el sofá, Bruce le había obligado a ocupar uno de los butacones, por educación, lo que le negaba la posición de preeminencia que le habría otorgado sentarse detrás de una mesa que era solo un poco más pequeña que la de su despacho en Lombard Hall.

—Tuve que ir porque descubrí que su historia era mentira. No pudo haber sucedido. Aquella noche se jugaba un partido de hockey, de modo que no se podía aparcar en la calle Town. —Se paró un momento para que el secretario asimilara la idea—. Por tanto, el profesor Zant no pudo ser visto allí entrando en su coche. Y si Knowland y sus amigos hubieran ido de verdad a la calle Town aquella noche, se habrían dado cuenta, por muy borrachos que estuvieran, de que no había coches aparcados allí, y por tanto se habrían inventado una historia mejor en caso de necesitarla.

—Una observación fascinante, jefe Vallely.

—En realidad, no. Me considero un idiota por no haberlo averiguado antes. Nathaniel Knowland no estaba por los alrededores de la calle Town aquella noche, y tampoco vio al profesor Zant. Ni en la calle Town ni en ningún otro lugar. Por eso no podía ir con su historia a la policía. Disponen de más recursos para verificar cualquier declaración. Podrían haber seguido el rastro de sus amigos imaginarios y la historia habría hecho aguas en menos de una hora. Pero como yo trabajo solo, me he pasado tres meses mordiéndome la cola para averiguar qué hacía Zant allí.

—Un razonamiento lógico fascinante, jefe Vallely. ¿Y el joven Knowland le ha confirmado estas especulaciones?

—Sabe muy bien que no. Ha vuelto a casa. Se toma el semestre sabático.

—¡Qué pena! —Trevor Land se pellizó sus labios exangües. Parecía imperturbable, incommovible, como uno de esos grandes álamos que daban nombre a la ciudad, de raíces tan enterradas en el suelo helado de Nueva Inglaterra que haría falta una bomba para hacerlas saltar—. De modo que no puede confirmar ese razonamiento, ¿verdad? Sigue siendo mera especulación, ¿no?

Bruce negó con la cabeza.

—No es ninguna especulación. Es la única explicación que tiene sentido.

—No tengo nada en contra del trabajo deductivo, créame. Razonamiento,

especulación, imaginación, todo forma parte de las facultades intelectuales del hombre. —Sus ojos reflexivos se habían posado en la pintura del paisaje que se desplegaba detrás de la cabeza de Bruce. Tenía las pupilas muy brillantes, quizá como un recurso contra la vista cansada—. Por otro lado, jefe Vallely, no se puede equiparar deducción con hecho, ¿no es así? —Hizo un severo movimiento de cabeza, algo entre el asentimiento y el rechazo—. Y dígame, si es tan amable, ¿por qué iba el joven Knowland a tomarse tantas molestias? ¿Inventar una historia como esa y luego huir?

—Creo que no lo hizo él.

—¿Puede repetirlo, por favor?

—Nathaniel Knowland no se inventó la historia —dijo Bruce, inclinándose por encima de la mesita de café que los separaba—. Se limitó a repetirla.

—Entonces, la pregunta que sigue es: si el joven Knowland no inventó la historia, ¿quién lo hizo?

—No sé quién la inventó. Sé quién le dijo a Nathaniel que me la contara.

—¿Y quién fue esa persona, jefe Vallely?

—Usted.

## II

El secretario de la universidad, un hombre con clase y de buena crianza, mantuvo una calma gélida y una expresión de distanciada ironía, como en todas las ocasiones en que Bruce lo había visto. Se limitó a hacer aquel familiar movimiento de mordisqueo con la boca pequeña y remilgada, y a decir:

—Una idea fascinante, jefe Vallely.

—Fundamentada en un razonamiento lógico.

—Cabe pensar que es así.

—¿Quiere oírlo?

—Por favor. —Y cruzó las manos sobre el regazo como un estudiante aplicado.

—Partamos del presupuesto de que Nate Knowland mintió. Fue una mentira elaborada. Bien, ¿por qué iba a hacerlo? No para protegerse de las autoridades. Si no se hubiera sacado de la manga esa historia de que vio al profesor Zant en la calle Town, las autoridades no le habrían prestado ni un segundo de atención. De manera que la mentira tenía que servir para ayudar a otra persona, no a sí mismo, o al menos no de forma directa. —Bruce se frotó las manos en un gesto de satisfacción—. La pregunta, entonces, es quién ganaba algo de que yo creyera que el profesor Zant fue visto aquella noche en la calle Town en compañía de una mujer negra con acento británico. La primera respuesta, y la más obvia, es que eso beneficia al asesino: el profesor Zant tuvo que estar en algún otro lugar a aquella hora, un lugar que el

asesino tiene que ocultar.

Incluso la furiosa objeción de Trevor Land llevaba consigo el acento de la confianza serena y del dinero añejo.

—Jefe Vallely, supongo que no pretende sugerir que yo...

—¿Matara a Kellen Zant? No, no, señor secretario. Ni mucho menos. Permítame que continúe, por favor. —Del salón llegaba con fuerza solemne el tictac de un reloj de pared antiguo—. No. Como he dicho, mi primera idea fue que el asesino quería despistarme: hacerme creer que Zant estaba en un lugar cuando en realidad se hallaba en otro. ¿Por qué no enviarme a la caza de una mítica mujer negra con acento británico y hacerme pensar adónde pudieron ir? Pero entonces se me ocurrió que, si su principal motivación era encubrir el crimen, el asesino estaba corriendo un riesgo enorme. Nathaniel Knowland no es precisamente un modelo de discreción. Cabía la posibilidad de que compartiera esa historia con sus amigos.

—Un razonamiento perfecto, jefe Vallely.

—Por tanto, me percaté de que la historia debía tener un propósito distinto al de despistarme. Los detalles importan. Para explicar por qué, debería decirle que ya de entrada mostré cierto escepticismo respecto a la historia debido precisamente a esos detalles. En concreto, Nate Knowland parecía convencido de que Zant subió al coche antes que la misteriosa mujer de color. Creo que eso no formaba parte de la historia original. Creo que fue un añadido de Nate, y que, una vez dicho, le resultó imposible retractarse incluso cuando se dio cuenta de que yo tenía mis dudas al respecto.

El secretario acariciaba uno de los peones, que había sido capturado y retirado del tablero. Una placa en la pared conmemoraba cuarenta años de servicio a la universidad.

—¿Podría preguntarle en qué consistían esas dudas?

—Kellen Zant era un conocido mujeriego y, según todo el mundo, un seductor de primer orden. Un hombre así siempre le abriría la puerta a una dama.

—Los tiempos cambian, jefe Vallely. No siempre para mejor, si me permite que lo diga. Uno cree en la cortesía, pero vivimos en una época en que ha quedado bastante pasada de moda.

—Cierto. Pero Kellen Zant creció en una pequeña ciudad sureña donde las formas importaban y... en fin, el hecho es que no me cuadraba. Ese fue un detalle. Pero hubo otros dos, que al principio creí a pies juntillas, que resultaron más importantes. Primero, la mujer negra con acento británico; y segundo, la ubicación, es decir, la calle Town. Creo que esos detalles se improvisaron con mucho cuidado y que iban expresamente dirigidos a mí. La mujer negra con acento británico fue todo un toque de inteligencia, ya que jugaba con mis... prejuicios. Yo asumiría de forma natural que Nate Knowland, al ser blanco, no distinguiría con facilidad el acento británico del de Barbados. La idea era que yo creyera que la mujer negra que iba aquella noche con el profesor Zant era Astrid Venable, la prima de Lemaster Carlyle.

—¿Puedo preguntar por qué quien inventó la historia querría que usted pensara

algo así?

—Se me ocurren dos razones. En aquel momento Astrid Venable era una de las ayudantes personales del senador Malcolm Whisted. Si ella se veía implicada, aunque fuera solo un rumor, en la muerte del profesor Zant, las oportunidades de llegar a la presidencia del senador se verían menguadas. En segundo lugar, eso sitúa la muerte de Zant un poco más cerca del trono.

—¿El trono?

—Por extensión. Si la implicación de Astrid Venable en el asesinato podía perjudicar la carrera del senador Whisted, lo que es seguro es que destrozaría la carrera de Lemaster Carlyle.

—Entonces, jefe Vallely, ¿lo que usted sugiere es que quienquiera que inventó la historia pretendía perjudicar una u otra carrera?

—Creo que es posible, sí. Así que de entrada pensé en Cameron Knowland, padre de Nate y uno de los mayores defensores del presidente. Tal vez Cameron quiso aprovechar el asesinato para perjudicar al senador, y utilizó para ello a su hijo.

Ambos hombres reflexionaron durante un momento. Los ojos de Bruce se posaron en el tablero de ajedrez: los ejércitos, uno blanco y otro negro, condenados a un combate eterno. Cuando terminaba una batalla, las piezas volvían a su sitio y empezaba otra. De pronto se sintió terriblemente exhausto.

—Una idea fascinante, jefe Vallely. El caso es que no acaba de encajar con los hechos. Por un lado, Cameron Knowland fue uno de los principales valedores para que se concediera el cargo a Lemaster. Por otro le apoyó sin fisuras durante los primeros meses. Y, por último, jefe Vallely, resulta que su amistad se remonta a mucho tiempo atrás.

—Sí, señor secretario, ya lo pensé. Y además Astrid Venable niega rotundamente haber estado en Elm Harbor aquella noche. Conocía a Zant, había salido con él durante un tiempo, habló con él dos días antes, pero no lo vio esa noche. Y parece que lo que cuenta es verdad, ya que se hallaba en un foro sobre prensa y política que se celebraba en la Universidad de Texas. Quizá lo haya visto en C-SPAN. —Bruce sonrió—. De manera que decidí que la mentira, una vez asumida como tal, no estaba concebida para destruir a Lemaster Carlyle. Quizá a Astrid Venable, quizá a Malcolm Whisted, pero no a Lemaster Carlyle. Y eso me lleva al segundo detalle que se urdió expresamente para despistarme.

—¿Y qué detalle es ese, jefe Vallely?

—La ubicación. La calle Town se halla a solo dos manzanas de la Torre Hilliman, donde Zant tenía el despacho, pero también conforma el límite posterior del Cuadrángulo Kepler, la facultad de teología, de la que Julia Carlyle es segunda decana. Resulta que Julia Carlyle es la ex amante de Kellen Zant y que, como pude descubrir, este siguió obsesionado con ella hasta el día de su muerte. Creo que quienquiera que inventó esa historia quería que me planteara la posibilidad de que Kellen Zant estaba en la calle Town porque había estado antes en Kepler. El porqué

no importa. Quería que empezara a pensar en ellos dos juntos, Kellen Zant y Julia Carlyle, y a especular sobre las posibilidades.

—La verdad, jefe Vallely, esto se está volviendo un poco obsceno. —Levantó sus manos blanquecinas en señal de inocencia—. No me cabe duda que se impone la libertad sexual, la onda del futuro y todo eso. Tiendo a considerarme bastante progresista. Pero la verdad es que Julia Carlyle no se me antoja la clase de mujer que...

—Estoy de acuerdo con usted, señor secretario. Estoy de acuerdo. El tema es que quienquiera que ideó la historia quería que yo siguiera esa línea de pensamiento.

Había vuelto el mohín. El secretario posó la mirada en los estantes. Tal vez allí estuviera la respuesta.

—¿Y de verdad me acusa a mí de ser el ideólogo de esa mentira?

—No, señor secretario. No creo que la inventara usted. Creo que la transmitió. Necesitaba a un testigo al que pudiera coaccionar y yo pudiera presionar, a ser posible con un padre poderoso al que echarme encima, para obcecarme aún más cuando yo supusiera que los ex alumnos ricos no querían que siguiera el rastro. — Cuando esto no trajo consigo ninguna negativa, Bruce cobró más confianza—. Luego, ya que había sido quien me planteó la historia, usted podría controlar mis progresos y asegurarse, a través de sus constantes dudas, de que yo seguía convencido de que era cierta.

—¿Y cómo iba yo a coaccionar al joven Knowland? Dado que tiene, como usted acaba de decir, un padre poderoso.

—Precisamente por eso. Esa es mi idea. —Bruce tuvo que esforzarse para no levantarse del sofá: necesitaba estar en pie, caminar de un lado a otro, pero el secretario podría malinterpretarlo—. Nathaniel Knowland era un estudiante mediocre, demasiado ocupado con sus juergas para tomarse las clases en serio. Al mismo tiempo, le preocupaba decepcionar a su padre. A medida que empeoraron sus notas, la preocupación fue en aumento. Creo que usted le proporcionó alguna clase de seguridad: llegó con él a un trato para que pudiera continuar en la universidad. Él se toma el semestre libre y vuelve en otoño: borrón y cuenta nueva.

—Lo que nos lleva de vuelta al punto de partida, jefe Vallely. Incluso si aceptamos su muy extraordinaria hipótesis en función de la argumentación, ahora habría que imaginar la existencia de un individuo que estuviera en posesión de, si me permite, suficiente influencia para reclutarme como cómplice en ese tremendo plan, además de tener una razón para despistarlo a usted, tanto en lo que respecta a la implicación de Astrid Venable como a la posible relación entre Kellen Zant y Julia Carlyle.

—Exacto. —Llegaban al quid de la cuestión—. He venido hoy aquí porque necesito confirmar de inmediato si lo que le he dicho es verdad. No estoy en condiciones de decirle por qué, pero el juego se ha vuelto peligroso. Han entrado nuevos jugadores. Tenemos que destapar la mentira de una vez por todas o... alguien

podría resultar herido.

Trevor Land entrecerró los ojos. Parecía estar calculando: una opción conlleva esta ventaja, la otra conlleva aquella. La política del campus estaba sujeta a cambios, pero el secretario era un superviviente. Había servido a cuatro presidentes de la universidad, de los cuales dos habían sido obligados a abandonar su cargo. El nunca se había hundido con ellos.

—Muy bien, jefe Vallely —dijo por fin—. Supongamos que le creo. ¿Tiene a ese individuo en mente? ¿Un individuo con los motivos adecuados y... los contactos necesarios?

—Sí, señor secretario. Así es. Y creo que usted sabe muy bien en quién estoy pensando.

Ahora sonreía, más irónico que divertido. Estaba claro que Trevor Land había tomado una decisión.

—¿Por qué no decírmelo de todos modos?

—Lemaster Carlyle.

—Una idea fascinante, jefe Vallely. Y dígame, ¿por qué iba el presidente de la universidad a...?

Sonó el teléfono móvil de Bruce.

No le hizo caso.

—Eso me recuerda algo —dijo el secretario. Se había puesto de pie, pero con un ademán pidió a Bruce que siguiera sentado. Cogió un sobre del escritorio—. Los registros telefónicos que me pidió. Y ahora, si me disculpa, jefe Vallely, creo que esta reunión ha llegado a su fin. Debo volver a mi cena antes de que se enfríe. Siga con su buen trabajo, jefe Vallely. Siga por ese camino.

Mientras volvía al coche, Bruce devolvió la llamada a su ayudante, Turian.

Un profesor había sido herido de gravedad, dijo ella con voz temblorosa. Otro atropello y fuga, en un parque de oficinas de Langford, no muy lejos del límite de Tyler's Landing.

—¿De quién se trata?

—Del jefe de psiquiatría adolescente de la facultad de medicina. Un hombre llamado Brady, Vincent Brady.

## Información imperfecta

### I

—¿Cómo se lo ha tomado Vanessa? —dijo Mary Mallard.

—No estoy del todo segura.

Julia removió el café. Estaban en una cafetería en la esquina de King y Hudson, donde, como Mary había señalado en la Casa Blanca, Julia solía quedar con Kellen para tomar un bocado rápido.

—Es muy... reservada. No deja que los demás sepamos lo que está pensando. Tiene tantas caras, tantas capas, que por mucho que vayas sacándolas nunca llegas al fondo.

—Tal vez ese fondo sea solo asunto suyo. Tal vez el mundo debería mantenerse alejado de él.

—Quizá sí.

—Los chicos necesitan mucho espacio —dijo Mary, con la autoridad de una persona que no ha criado nunca ninguno.

—Quizá.

—¿Y dice la policía que fue un accidente?

Julia asintió, más desasosegada que nunca. Era martes. Tenía un almuerzo en Lombard Hall, y por eso Mary y ella disponían de poco tiempo, lo justo para tomar un café. Julia quería salir del paso cuanto antes. No le había dicho a Mary ni una palabra de los Empíreos.

—Su secretaria dice que su maletín ha desaparecido, pero la policía parece creer que lo robaron después del atropello.

—Estos días ha habido muchos atropellos con fuga en el campus. —Mary tamborileó con los dedos, se removió en el banco y demostró, de mil maneras más, que necesitaba un cigarrillo. Fuera, el sol brillaba con fuerza, pero la temperatura no subía y el viento frío había arreciado—. Mira, Julia. No corres ningún peligro. Tu familia no corre ningún peligro. Si fueran a por ti, ya lo habrían hecho. —Dejó que la idea penetrara en ella—. Si lo de Brady fue un accidente, bravo. Si buscaban el maletín, debían de querer algo de lo que contenía, y apuesto a que se trataba del expediente de Vanessa. Quieren saber qué contó la chica a su psiquiatra, porque quieren saber qué le contó Kellen.

—No creo que Kellen le contara nada. Ella ignoraba en qué trabajaba.

—Están manteniendo las distancias, Julia. Están preocupados. Quienquiera que lo

hiciera, quienquiera que mató a Gina, tiene miedo de que la verdad salga a la luz. — Esbozó una sonrisa rápida, seguida de aquella mirada huidiza que Julia había aprendido a reconocer—. Pero volvamos al tema. —Apoyó la mano en el sobre—. Estoy de acuerdo con Lemaster: esta confesión aparece en un momento muy oportuno.

—Supongo que sí.

—¿Te das cuenta de que es una fotocopia?

—¿Y qué?

—Me pregunto cuántas copias correrán por ahí. —Los dedos no paraban—. Y por qué tu madre tenía una preparada para entregártela. —Tap, tap; tap, tap—. Podría tratarse de algo que se utiliza cuando alguien se acerca mucho a la verdad. —Los dedos se detuvieron por fin—. La pregunta es: ¿Cuánta gente tiene una copia? ¿Y por qué tu madre te dio una?

—Eso no es una pregunta, son dos.

Como era propio de ella, la escritora pasó por alto la aguda observación. Pero fue directamente al siguiente tema.

—¿Qué me estás ocultando?

—La mayoría de los detalles de mi vida —dijo Julia con brío.

Mary no se molestó en sonreír.

—Deja que te diga algo. Tengo otro proyecto para un libro. Unas bonitas revelaciones sobre los lobbys y los fondos que se recaudan para Capitol Hill.

—Quizá deberías concentrarte en ese.

—¿Hablas en serio?

—Lemaster cree que debería dejarlo.

—Pero tú no. —Levantó el sobre—. No me engañas, Julia. Planeas hacer algo realmente malvado y tal vez ilegal. Quiero participar.

—Voy a volver a los archivos.

—¿Por qué?

—Por si la confesión es mentira. Como tú misma has dicho aparece en muy buen momento, demasiado oportuno. —Tamborileó con los dedos: Mary se lo había contagiado—. Solo dispongo de unas pocas páginas de un diario. Nadie pagaría por eso. Ni mataría. Tiene que haber más. Apuesto a que Kellen lo escondió en la biblioteca.

—¿Cuándo piensas entrar?

Julia se encogió de hombros.

—Has descifrado alguna de las pistas de Kellen, ¿no?

Otro encogimiento de hombros.

Aquello no perturbó el optimismo de la escritora.

—Todavía no confías en mí, ¿verdad?

—No sé cuándo voy a ir. —Una pausa—. Pero diría que no necesito tu permiso.

—Vaya, ¿qué me dices? ¿Vuelvo al puesto de animadora?



—Ra, ra, ra —dijo Julia.

## II

Julia llegó a casa a tiempo de recibir a sus hijas, que venían en el autocar de la escuela, Jeannie haciendo gala de su inagotable y perfecta energía habitual, mientras Vanessa subía a su cuarto como si cargara con el peso de la historia sobre sus frágiles hombros: ese fin de semana el aniversario de la muerte de Gina había pasado sin pena ni gloria, y por la mañana, a la hora del desayuno, Vanessa había armado un gran revuelo por ello. Jeremy Flew, todavía ocupado en reordenar el despacho de Lemaster, se había apoderado de la cocina con la excusa de preparar una cena especial y Julia decidió no impedirselo.

Jeannie se empeñó en ayudarle y Julia decidió no impedirselo.

Esperó a oír las pacientes instrucciones de Jeremy y las risas nerviosas de Jeannie y entonces, con los dos enfrascados en su tarea, subió a la habitación de Vanessa a hablar con ella. Vanessa estaba tendida boca arriba en la cama, con los ojos cerrados y los auriculares puestos: sollozaba en silencio mientras escuchaba los cantos fúnebres. Julia arrastró la silla del escritorio y se sentó, clavando sus preocupados ojos en la figura yacente. No podía imaginar qué debía sentirse cuando tu terapeuta ha sido gravemente herido y se debate entre la vida y la muerte. Dio un golpecito al hombro de su hija. Vanessa abrió los ojos: una mirada aterrada y desconcertada que daba miedo ver, y que luego se fundió en una sonrisa dulce. Se quitó los auriculares y se sentó en la cama; cogió un libro, pero Julia vio el rastro de las lágrimas.

—Estaba descansando los ojos —dijo Vanessa—. Tengo deberes.

—¿Estás bien?

—Ajá.

Pasó un largo segundo.

—¿Cariño?

Ella siguió con la nariz metida en el libro.

—¿Mmm?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Creo que acabas de hacerlo.

—Muy graciosa. —Julia se acercó más—. Escucha, cariño. ¿Kellen te mencionó alguna vez... a alguien a quien llamaba la Dama Negra?

Vanessa pasó la página del libro y, con aire distraído, cogió la botella de Perrier. Tragar pareció costarle mucho tiempo.

—Creía que no debíamos volver a hablar de este tema.

Julia se mordió el labio. Estaba cruzando hacia un territorio desconocido, e ignoraba qué fuerzas patrullaban la frontera.

—Y yo creía que habíamos decidido que las mujeres de la familia Veazie no hacen mucho caso a las reglas que imponen otros. —Hizo una pausa—. Como Elphaba.

—No.

—¿No como Elphaba?

—No, Kellen nunca mencionó a la Dama Negra. Lo siento, mamá.

Decepcionada, Julia estaba a punto de salir del cuarto cuando captó el fantasma de una sonrisa en la cara triunfal de Vanessa, y se percató de que la adolescente había puesto mucho énfasis en el nombre de Kellen. Miró por encima del hombro, pero Vanessa no dijo más.

—¿Qué estás intentando decirme, cariño?

—Que Kellen nunca mencionó a la Dama Negra.

—Kellen no la mencionó. —Ya lo tenía—. Pero alguien lo hizo.

Pasó otra página.

—Ajá.

Ella y su hija habían vuelto a llegar a la pregunta del millón. Se obligó a fingir una dócil paciencia.

—¿Quién fue, cariño? ¿Quién habló de la Dama Negra?

—Fue en el funeral de Kellen.

—En el funeral de Kellen —repitió Julia. A su mente acudió Mary Mallard, lo que significaba que hablar con Vanessa solo le había servido para volver al inicio. Un segundo después recordó que Mary y Vanessa no se habían quedado a solas juntas durante el funeral—. Alguien mencionó a la Dama Negra en el entierro de Kellen. —Repasó la escena en su mente: la ex esposa de Kellen, Nadia; Seth, el tío de Kellen; la gente que había ido a casa de Seth...

—Ajá. ¿Te acuerdas de que estuve charlando con los chicos y que ellos me contaron historias de Arkadelphia? ¿De cómo te enfadaste cuando te conté la de la guerra civil? Bueno, tienen una leyenda que corre por ahí. ¿Te acuerdas de esas universidades tan bonitas que vimos? Pues la leyenda trata de una de ellas. Hubo una estudiante cuyo novio la abandonó por otra chica. —Recorrió con la lengua el interior de su boca en un súbito gesto de consternación, al pensar, quizá, en Casey, que llevaba tiempo sin llamar—. En fin, la leyenda dice que se lanzó del campanario y que su fantasma vaga por el campus desde entonces.

—¿Y esa es la Dama Negra?

—Sí. La llaman la Dama Negra de Arkadelphia.

—Parte de su pasado —murmuró Julia para sus adentros, preguntándose cómo había podido pasar por alto algo tan obvio. ¿Alguna de las mujeres con las que Kellen había seguido en contacto? Tendría que buscar una excusa para volver a Arkadelphia, aunque no tenía ni idea de qué debía buscar...

—Ah, mamá. —Vanessa, que seguía leyendo, se había tumbado boca abajo, una señal de que deseaba estar sola tan inconfundible como la costumbre de Lemaster de

girar la silla hacia la pantalla del ordenador—. Hay una cosa más.

—¿Qué es, cariño?

—¿La Dama Negra? Es blanca.

### III

Julia estaba junto a la ventana del salón, al lado del Steinway, y se dedicó a observar el desfile nocturno de faros que recorría Hunter's Meadow Road, un flujo de coches muy superior al que podía esperarse teniendo en cuenta las escasas viviendas que había en la colina. Siempre había supuesto que en algunos de ellos solo iban curiosos del pueblo que querían ver cómo era la gran mansión que había construido la familia negra: tal vez para criticarla, tal vez para admirarla, tal vez solo para intentar entender ese extraño y nuevo fenómeno de la riqueza afroamericana. Porque, por lo que sabía la América blanca, ningún negro había tenido dinero ni educación antes de, por decirlo de algún modo, la discriminación positiva.

Y quizá más de un coche estaba allí para vigilarla. Julia presentía que había alguien ahí, observando todos sus movimientos, a la espera de que ella encontrara el excedente de Kellen, lista para arrancárselo de las manos y entregárselo a... a quien fuera. Lo sabía por lo que le había dicho Mary, y por lo que había sucedido en París, pero también porque podía notar, del modo en que los habitantes de Nueva Inglaterra presienten la inminencia de la tormenta, aunque el cielo se muestre resplandeciente y azul gracias a un súbito cambio en la dirección del viento invernal y al débil murmullo de las nubes invisibles más allá del horizonte.

Intentaba buscar la forma de eludir esa vigilancia que percibía sin llegar a verla con los recursos que poseía. El aparato de Smith, ahora bien guardado en la guantera del Escalade, era parte de su plan.

Ahora tenía que urdir otro.

La Dama Negra era blanca.

Julia se sentía tan estúpida.

Llevaba meses intentando averiguar la identidad de la cómplice de Kellen, la mujer a la que él había llamado la Dama Negra, sin percatarse de que la Dama Negra estaba muy ocupada siguiéndola. Julia se había pasado de lista, se había dejado engañar por su sombra blanca, se había dejado llevar por la idea de que la Dama Negra era de color y pertenecía a las Perlas Negras; por la idea de que la Dama Negra nunca sería tan ingeniosa como para alejar de sí las sospechas con la mera mención de su nombre.

Tomó una férrea decisión y se dirigió a la habitación de invitados del sótano.

El menudo Jeremy Flew, completamente vestido y despierto, abrió la puerta antes de que ella llamara.

—Buenas noches, señora Carlyle —dijo él, haciendo gala de una impasibilidad total.

—¿Puedo hablar un momento contigo?

—¿De qué?

—Es más de un quién que de un qué.

—Tomo en cuenta la sutil corrección a mi pregunta. —El gesto de sus labios no era del todo una sonrisa.

—¿Recuerdas cómo mantuviste al señor Huebner a raya aquel día en la calle Main?

—Por supuesto.

—Bien, pues hay alguien más a quien quiero que mantengas alejado de mí.

—Creo que malinterpreta lo que hice...

—Por favor, Jeremy. Sé por qué estás aquí. No creas que me gusta, pero lo entiendo.

—Ya veo —dijo él un momento después.

—Bueno, ¿me ayudarás? ¿Por favor?

—Quizá. —En sus ojos cautos había un brillo pálido y despiadado. Hablaba en sentido literal. Ella se preguntó si tendría que consultárselo a alguien—. ¿A quién quiere que mantenga alejado?

—A una mujer llamada Mary Mallard.

## De nuevo en Norport

## I

—Rick Chrebet está de vacaciones —dijo Bruce Vallely—. Volverá la semana próxima. Confío en que tu pregunta pueda esperar hasta entonces.

Habían vuelto a quedar en Ruby Tuesday y Julia se mostraba exigente y misteriosa al mismo tiempo. Quería que Bruce convenciera a su antiguo compañero, el teniente Chrebet, de que contestara a una sola pregunta para ella. Aunque se negaba a decir a Bruce de qué pregunta se trataba, creía que la respuesta serviría para abrir la caja donde se ocultaba... bueno, prácticamente todo.

—¿Harás lo posible por concertar esa reunión? —preguntó ella.

—Desde luego.

—Muy bien —dijo Julia como si todo hubiera quedado ya claro—. Háblame ahora del doctor Brady.

—¿Qué puedo decirte? Fue un atropello con fuga. Un accidente. Claro que tú no te lo crees, ni yo tampoco. —Suspiró—. Así que tal vez estaría bien que me explicaras qué andaban buscando.

Julia vaciló, sin saber qué hacer. Luego dejó caer algo:

—Vanessa no sabe nada de lo que está sucediendo. Que quede claro. No tiene la menor idea de nada. Pero hay gente que cree lo contrario. Me robaron un expediente del despacho, y tal vez...

—¿Me estás diciendo que alguien intentó matar a Vincent Brady para echar un vistazo a sus expedientes?

Julia se encogió de hombros y dio un mordisco a la hamburguesa. No pensaba apoyar teoría alguna.

—¿Por qué intentar matarlo? ¿Por qué no limitarse a registrar su despacho?

—Vanessa tiene una nueva terapeuta. Su nombre es Sara Jacobstein. Rellenamos todo el papeleo para que remitieran su expediente a Sara, solo para descubrir, según nos informaron en la consulta del doctor Brady, que muchos expedientes no se encontraban allí. No hay señales de robo, no saltaron las alarmas.

—Estás diciendo que Brady llevaba los expedientes consigo. En el maletín.

—Quizá.

—¿Y por qué iba a sacarlos de la consulta?

Ella esbozó una mueca irónica.

—Para eso están los polis. Para responder a preguntas como esa. Tal vez los

estaba estudiando. Tal vez quería venderlos. Puede ser cualquier cosa.

Al despedirse en el aparcamiento, Bruce volvió a la carga.

—No puedes hacer esto sola, Julia.

—¿Hacer qué?

—No juegues conmigo, por favor. Hay cosas que desconoces. Hay mucha gente interesada. Kellen Zant prendió una hoguera. No solo hay políticos de por medio. Hay mucho más. No me gustaría que...

Se detuvo.

Se miraron durante un momento largo, y luego, ruborizados, apartaron la mirada.

—¿Bruce? —dijo ella antes de irse.

—¿Sí, Julia?

—¿Quién era ese hombre? El que me molestó en la gasolinera Exxon.

—Un periodista. Ya te lo dije.

—¿Para qué publicación?

—Uno de esos diarios sensacionalistas. No recuerdo el nombre.

—Vale, gracias. —Le dio un abrazo amistoso—. Por todo. —Lo miró a los ojos. Él reparó en que los de Julia eran más grises que castaños—. Necesito que me hagas otro favor. —Una sonrisa ladeada—. Uno muy grande.

—¿De qué se trata?

—Deja de seguirme.

—¿Qué?

—Quiero que dejes de seguirme, Bruce. Estoy perfectamente a salvo. —Dio un paso atrás, muy segura de sí misma—. Limítate a esperar mi llamada.

## II

Bruce la observó a distancia mientras subía al Escalade: una mujer menuda, lista y competente, que protegía a su familia contra viento y marea. Julia no quería que nadie investigara la conexión de Vanessa con Kellen Zant. Por eso insistía en hacer las cosas por su cuenta. Por eso quería que Bruce se mantuviera alejado. Al menos, esperaba que esa fuera la razón. La otra opción era que estuviera protegiendo lo que Zant había descubierto; o, aún peor, a la persona de quien Zant hubiera descubierto algo.

Se preguntó si ella sabía que Jeremy Flew le seguía el rastro con más frecuencia que el propio Bruce, y si sabía tanto del pasado de Flew como sabía él.

—Ten cuidado —susurró Bruce.

A pesar de que Trevor Land no lo había admitido, a Bruce no le cabía la menor duda de que Lemaster Carlyle era el autor de la absurda historia que, con varios añadidos de su cosecha, Nate Knowland le había contado sobre la noche del asesinato

de Zant. El presidente de la universidad se las había apañado para cerrar la investigación oficial y luego para colocar a Bruce sobre la pista, en lugar de a Rick Chrebet y a su equipo. ¿Por qué había dejado el caso solo para volver a abrirlo? ¿Por qué quería Lemaster que el responsable de seguridad del campus siguiera a su mujer en busca de pruebas? La pregunta lo desconcertaba, aunque presentía que tenía la respuesta delante de las narices, escondida en la información que ya había recabado, y que con solo agitarla un poco la verdad acabaría cayendo sobre su regazo.

## De nuevo el bibliotecario

### I

Esta vez Julia entró con paso firme en la sala de trabajo del archivo, sujetando con fuerza las fotocopias de las peticiones de Kellen. Mi nuevo yo, se repetía a sí misma, aunque algo en su interior temblaba ante la perspectiva de otro rechazo. Este es mi nuevo yo. Había escogido la última hora de la tarde porque por las mañanas había más trabajo, y había optado por dirigirse a la señora Bethe, en lugar de a Roderick Rutherford, porque se decía que muy de vez en cuando alguien la había visto sonreír.

Pero no ese día.

—Estas reseñas no corresponden a los papeles Joule —explicó la señora Bethe, casi sin aliento ante el asombro de que alguien pensara de otro modo—. Pertenecen a otras colecciones.

—Lo sé.

La señora Bethe le devolvió las páginas.

—Entonces haga el favor de rellenar el espacio que se indica con los nombres de las colecciones pertinentes. Las reglas exigen...

—Señora Bethe, sé lo que exigen las reglas. Pero, ya que tiene los números, ¿encontrar los documentos correspondientes no es solo cuestión de dirigirse al estante y cubículo citados y cogerlos? Quiero decir que no existe ningún impedimento práctico, ¿no?

La señora Bethe lucía gafas pequeñas, perlas y un conjunto de chaqueta y suéter. Llevaba un cuarto de siglo trabajando en los archivos y no veía la menor diferencia entre el desacuerdo y la insolencia.

—Espere aquí —le dijo, y ojeó las reseñas solicitadas, lo que proporcionó a Julia un momento de gloriosa esperanza.

Luego salió, cruzó la pequeña estancia y entró en el despacho del jefe de archiveros.

Oh, genial.

Un momento después salía Roderick Rutherford, frotándose las manos como si hubiera tocado algo lleno de polvo, y se encaminaba hacia ella mientras la señora Bethe volvía a su habitáculo.

—¿En qué podemos ayudarla hoy, decana Carlyle?

—Puede mostrarme los expedientes que se corresponden con estas reseñas. —Le tendió la hoja donde había copiado los números de volumen y página.



El bibliotecario los estudió durante un momento, con las cejas juntas y la remilgada boca en movimiento, como si leyera en voz alta.

—¿Puedo preguntarle para qué los quiere?

—¿No basta con que los quiera?

—Oh, no, mi querida decana Carlyle, en absoluto. Los archivos están abiertos solo a eruditos que acrediten un interés *bona fide* en los materiales que conforman nuestra colección. —Le devolvió la página—. No puedo permitirle que examine esos expedientes sin una buena razón de índole académica.

¡Otra vez no!

—¿Qué se considera una buena razón académica, señor Rutherford?

—Digamos que estuviera escribiendo un libro o artículo que requiriera...

—Muy bien. Así es.

—¿El qué, decana Carlyle?

—Estoy escribiendo un artículo. Un artículo sobre lo que le sucedió a Gina Joule hace más de treinta años. Ya está. Ahí tiene su razón académica.

Rod Rutherford era hombre de pocas sonrisas. Ahora que le ofreció una, Julia comprendió por qué y esperó que no volviera a hacerlo. Su sonrisa era estrecha y presuntuosa y no implicaba a ningún otro rasgo de su rostro, que siguió inexpresivo: era la clase de sonrisa que uno espera ver en un niño que le está arrancando las alas a una mariposa. O en una adolescente que prende fuego al Mercedes azul marino de su padre en el Town Green el día del aniversario de la muerte de Gina Joule.

—Ya, decana Carlyle, el único problema es que no la creo.

—¿Disculpe?

—Decana Carlyle, creo que me está mintiendo. —Su tono era sereno—. No existe tal artículo.

—¿Que le miento? ¿Usted me está acusando de mentir? El estallido sobresaltó a la señora Bethe, que estaba recogiendo su escritorio: es decir, inclinó lánguidamente la cabeza en dirección a la larga mesa de trabajo, como quien escucha una música lejana que no está seguro de recordar. Sin mirar del todo hacia ellos, se dirigió a la pesada puerta abovedada que protegía los archivos, cerró la puerta con llave y conectó la alarma. Luego se fue.

—Correcto, decana Carlyle: la acuso de mentir. Por supuesto, generalmente eso no sería asunto de mi incumbencia. Pero, dado que no considero que el suyo sea un propósito, no puedo satisfacer su petición. —Abrió las manos—. Lo que usted pretende a todas luces es descubrir qué documentos, si es que los hay, examinó el profesor Zant. Las reglas pertinentes me prohíben compartir dicha información. Creo que ya se lo dije.

—Sí, lo hizo, señor Rutherford. Creo que mencionó la regla 22-C, adoptada por la asamblea de la facultad en mil novecientos setenta y tres después de la Enmienda Buckley.

—Correcto, decana Carlyle.

—El único problema es que la Enmienda Buckley no llegó al Congreso hasta mil novecientos setenta y cuatro. Lo busqué. Me dijo que prestara atención a las reglas y eso hice.

Las cejas sufrieron una leve alteración.

—Puede que me equivocara.

—No lo creo. Usted no es de los que cometen esa clase de errores. No, a menos que lo hiciera a propósito. —Sacó del bolso el reglamento de la universidad y buscó la página que quería—. Una cosa más. Aquí tiene la regla 22. No tiene nada que ver con la privacidad, ¿verdad? Habla de los dos tipos de comités de la facultad, los permanentes y los ad hoc. —Le mostró la sección pertinente—. Y solo consta de apartados A y B.

—Qué desagradable. —Aquellas manos largas y pálidas realizaron de nuevo el movimiento de frotarse—. Qué cosa tan desagradable. Julia esbozó una media sonrisa.

—Es usted listo, señor Rutherford. Muy listo. Nunca podría haberme imaginado que toda esa historia no era más que una tapadera.

Pero, como ya le he dicho, usted no comete esa clase de errores. Me dio esa información falsa por alguna razón. Me gustaría saber por qué.

Él negó con la cabeza.

—Me temo que no puedo violar la confidencialidad. Sea cual sea la regla que se aplica en estos casos, estoy incapacitado para informarle de si el profesor Zant estuvo o no aquí, o qué expedientes revisó.

—Limítese a explicarme por qué se inventó ese cuento de la regla 22-C.

—Decana Carlyle, las reglas existen para garantizar el buen funcionamiento de toda la comunidad. De todos nosotros.

—Solo le pido...

—Y de nuestras familias.

—¿Nuestras familias?

Él pasó por alto su sorpresa.

—¿Y no ha traído una autorización? ¿Una solicitud formal?

—No, yo...

¡Oh!

El hombre recto. Rod. Recto. ¿Era posible?

—Espere un momento —dijo ella, con el tono de voz más imperativo que pudo conseguir—. No se mueva.

—¡Oh, querida! —Él consultó su reloj—. ¡Cómo vuela el tiempo! Ya son las cinco y media. Hora de cerrar.

—Cinco minutos —dijo ella y, sin esperar respuesta, salió corriendo hacia su despacho.

Abrió el bolso y sacó el espejo roto de Regalos Luma's. Dos minutos después volvía a estar delante de él.

—¿Qué debo hacer con esto, decana Carlyle? —murmuró el bibliotecario, mirando con cara de pocos amigos el espejo que ella había colocado sobre su alfombrilla de papel secante—. ¿Puede decirme qué es esto exactamente?

—Ya sabe lo que es. —O eso esperaba—. Es mi autorización.

—Me parece muy poco ortodoxo.

—Usted tiene la otra mitad en algún sitio. Se supone que usted debe comprobar si encajan. Si es así, tiene que entregarme lo que quiero.

Sacudió la cabeza negándose a tocar el objeto.

—Si estuviera en posesión de la otra mitad, como usted la llama, no creo que necesitara comprobar si encajan o no. Resultaría evidente a simple vista.

—¿Está diciendo...?

—Son las cinco y media, decana Carlyle. Los archivos están cerrados.

—Señor Rutherford, no puede...

—Me temo que es mi obligación. —Se puso en pie, enjuto e imponente—. Lo lamento, decana Carlyle, no puedo serle de más ayuda. Las reglas sobre la hora de cierre no presentan ambigüedad alguna.

—¡Usted no puede dejarme con la palabra en la boca!

—Se equivoca, decana Carlyle. —Se puso la gruesa parka, que resaltaba más que disimular su extrema delgadez—. Puedo hacerlo.

Se puso el sombrero, apagó todas las luces excepto la que alumbraba sobre la mesa a la que se habían sentado y salió por la puerta.

Ella se quedó estupefacta.

La cerradura giró. Se encendió la luz roja.

La alarma estaba conectada. Y Julia Carlyle se hallaba encerrada, sola, dentro del archivo.

## II

Su reacción instintiva fue pensar que había sido un accidente. Abrumado por las exigencias de Julia, Rod Rutherford había seguido su rutina habitual y había salido por la puerta a las cinco y media en punto, como hacía siempre, a excepción de los domingos, en que descansaba. Pero eso era absurdo. Una parte de su rutina diaria debía ser también comprobar que nadie estaba oculto en el archivo antes de salir, alguien que pudiera perturbar la perfecta preservación del conocimiento.

Así que pasó a un segundo razonamiento: la había dejado allí a propósito.

En cualquier caso, el resultado era obvio. Golpeó la pesada puerta doble que daba a las escaleras y gritó el nombre del archivero; luego pidió ayuda... Pero, como es lógico, nadie pudo oírla porque esta ala de la biblioteca quedaba desierta en cuanto se cerraba el archivo.

Oh, genial.

En esta ocasión no podría salir por la ventana. Los barrotes habían sido reparados. Ya lo había comprobado.

Se aferró a la tecnología reconfortante que le proporcionaba su teléfono móvil solo para descubrir, al abrirlo, que abajo en el sótano, rodeada de vigas metálicas y muros de hormigón, no tenía cobertura. Había un teléfono en el despacho del archivero, pero el marcador estaba bloqueado por un candado que se había hecho muy popular en su época de estudiante, cuando la factura del teléfono suponía un problema presupuestario significativo, y Julia no tenía la llave. Una ojeada al otro despacho le indicó que el teléfono de la señora Bethe presentaba el mismo dispositivo.

Oh, esto es genial, Julia. Te has lucido. El archivero te ha dejado encerrada. Ahora lo que tienes que hacer es sentarte a esperar a que el Egamés venga a por ti. O que te metan un tiro en tu estúpida cabeza.

Se obligó a calmarse.

Tenía que haber una razón para eso.

Primera hipótesis: Roderick Rutherford estaba implicado hasta las cejas en la búsqueda del excedente de Kellen. Kellen estaba muerto. Boris Gibbs estaba muerto. Bruce Vallely había intentado avisarla de que, si seguía por ese camino, también podía acabar muerta. Así que quizá el Egamés estuviera acechándola allí, y ella fuera la siguiente de la lista.

Se estremeció y, en pie, volvió a golpear la puerta, gritando a pleno pulmón. Sabía que no la oían, pero no podía dejar de intentarlo.

Cuando se sobrepuso al pánico, volvió a sentarse.

Segunda hipótesis: no había nadie esperando allí para matarla. Por tanto, el acto de locura de Rod Rutherford debía tener una lógica. Quienquiera que abriera el archivo a la mañana siguiente la encontraría allí, y ella se ocuparía de que el bibliotecario fuera puesto de patitas en la calle y quizá hasta de que lo metieran en la cárcel. Por tanto, él debía esperar que ella no lo delatara.

¿Por qué no iba a hacerlo?

Se le ocurrió una idea. Tal vez ambos estuvieran en el mismo bando. Se acercó a la puerta abovedada y tiró de ella. Las luces parpadearon con furia. Vale, necesitaba la contraseña para entrar. Una alarma en la puerta exterior, una combinación para la interior, y los únicos que la sabían eran Roderick Rutherford y su ayudante. Esas eran las reglas para evitar robos...

Las reglas.

¿Las reglas?

¿Qué le había dicho Rutherford? La regla 22-C. La regla inexistente.

El panel contenía números y letras. Marcó 2, 2, C y empujó la puerta.

La luz roja volvió a parpadear.

Muy bien, error. Pero el archivero había mentido tanto en el número de la regla

como en el año de su aprobación.

Probó con 2, 2, C, 1, 9, 7, 3.

Nada.

¿Qué más había dicho?

«Se adoptó después de cinco meses de debate».

Marcó 2, 2, C, 5. No. Luego 2, 2, C, 1, 9, 7, 3, 5. No. Fue probando una permutación tras otra de las mismas cifras y letras, porque estar allí introduciendo posibles contraseñas parecía tener más sentido que retirarse a un rincón a gritar hasta que se le secase la garganta.

Y entonces se le hizo la luz.

Cinco meses significaba una combinación de cinco números y letras.

Marcó 2, 2, C, 7, 3. La luz cambió a verde. Se oyó un clic metálico, sonoro y húmedo entre tanto silencio. Giró el pomo y la inmensa puerta cedió con facilidad.

## Autonivelación

### I

Las luces estaban apagadas, pero ella iba provista de una linterna que había encontrado en la mesa del bibliotecario. Las ventanas de esta parte del edificio también estaban cerradas y daban al aparcamiento, de manera que, si encendía las luces del techo, existían bastantes posibilidades de que alguien la viera. Julia dirigió el haz luminoso a través de la oscuridad. Alumbró los armarios con puertas de vidrio que contenían libros valiosos y documentos hológrafos, un detalle que le pareció curioso dado que el acceso a esa parte estaba prohibido. Al final de este pequeño y extraño museo se hallaba el ascensor: una puerta de aspecto vulgar con una ventana en forma de diamante y un panel de bronce gastado con un botón de plástico agrietado y dos luces: «OCUPADO» y «LIBRE». Esta última luz refulgía con un débil brillo. Se entraba en el ascensor abriendo la puerta de forma manual, agarrando el manubrio y desrizándola a un lado. Un sistema absurdo y prehistórico, pero Claire Alvarez no había conseguido recaudar el dinero necesario para una renovación. Tras cerrar la puerta, Julia vaciló solo unos segundos antes de apretar el botón que la llevaba al segundo subsótano, el lugar al que, según Suzanne de Broglie, nunca iba nadie. En algún lugar por encima, un motor zumbó y gimió. A medida que el ascensor se movía, ella creyó oír otro sonido en la sala de lectura, aunque allí no podía haber nadie. Habría sonado la alarma. Echó un vistazo a la estrecha cabina del ascensor. En sus días de estudiante, esta parte de la biblioteca había formado parte de las instalaciones principales, y era accesible a cualquiera que tuviera un carnet universitario.

Recordaba haber subido a este mismo ascensor en otra noche de invierno, seguramente aún más nerviosa de lo que estaba ahora, en busca del gran Lemaster Carlyle, ocho años mayor que ella, que le había dicho que se quedaría a trabajar hasta tarde.

Después de mucho meditar, y tras una discusión a gritos con Tessa, Julia había decidido dejarse seducir. Impulsiva como siempre, se había lanzado de cabeza: si él estaba en la biblioteca, pues bien, allí sería...

Concéntrate en lo que has venido a hacer, se ordenó con severidad, ya que aquello había sucedido mil vidas atrás. Se humedeció los labios. El ascensor iba muy despacio. Un adhesivo arrugado de color rojo y blanco situado a la altura de la vista advertía al usuario: «este ASCENSOR NO POSEE AUTONIVELACIÓN.

EXTREME LAS PRECAUCIONES AL SALIR». Genial. Si fuera la clase de persona que extrema las precauciones, no estaría aquí.

Agarrando el maletín con ambas manos para intentar que dejaran de temblar, Julia descendió: veía pasar los distintos pisos al otro lado de la puerta, y por un atroz instante experimentó la ilusión de que el ascensor la conducía hasta el fondo del infierno, en justo castigo por sus pecados, y de que no volvería a ver a su familia. Y entonces pensó, aunque esto también debía de ser fruto de su incesante imaginación, que el ruido que había oído justo antes de que el ascensor iniciara el descenso había sido el de la puerta doble al abrirse.

El Egamés venía a por ella. Sin duda.

No. No podía ser. Los únicos que tenían llaves eran Rod Rutherford y la señora Bethe. Rutherford la había encerrado allí y era poco probable que la señora Bethe hubiera vuelto para dejarla salir. Por tanto, arriba no había nadie. Así que basta ya, Julia. Concéntrate en lo que has venido a hacer.

Con o sin adhesivo rojo, Julia tropezó al salir del ascensor. Todo se tambaleó a su alrededor. Después de recoger el maletín y las fotocopias, se percató de que el suelo del ascensor estaba al menos cuatro centímetros por debajo del suelo del subsótano. «NO POSEE AUTONIVELACIÓN», desde luego.

Cerró la puerta a su espalda y se adentró en el nivel más bajo de la biblioteca. Había pasado mucho tiempo desde la última vez. Se detuvo, aspiró el aire, percibiendo las corrientes, y decidió que estaba sola.

Caminó junto a las filas de estantes, grises como barcos de guerra, sus pasos resonando sobre las placas metálicas del suelo. No prestaba atención a los libros y panfletos antiguos, ni a los sermones, informes y diarios que formaban pulcras montañas de papel y que constituían una notable recopilación histórica de la religión en Nueva Inglaterra. No miraba los objetos que había en los estantes. Buscaba letras y números. Tenía que estar ahí. Lo sabía. Allí abajo, en las entrañas de la facultad de teología, Kellen había ocultado las piezas restantes del excedente. Protegidas por un código que solo ella podría entender, escondidas en lugares a los que solo ella tenía acceso. Incapaz de convencer a Julia de que dejara su mundo mientras vivía, el economista se había asegurado la forma de atraerla hacia el suyo después de su muerte.

Había momentos en que pensaba que el objetivo de Kellen no era tanto la justicia como el rencor.

«Te estás volviendo un poco egocéntrica, Jules —se dijo, y la asustó la exactitud de su imitación de los comentarios, entre amables y severos, que le dedicaba su marido—. No todo gira a tu alrededor».

«Kellen giraba a mi alrededor —le respondió, unas palabras que nunca diría a Lemaster a la cara—. Salvo cuando no lo hacía», admitió.

Se acercaba. Los números empezaban a encajar con los formularios que llevaba en la mano. Había polvo por todas partes. Hubo una época en que la colección se

hallaba en uso constante, cuando eruditos y estudiantes pensaban que podían alcanzar la sabiduría leyendo los escritos de los grandes pensadores del pasado, los textos reales donde aparecían sus palabras: en una página impresa, no en una pantalla de ordenador. Hoy día nadie parecía preocuparse ya por esta clase de lugares, a excepción de un puñado de tradicionalistas como su marido, personas que gustaban de sostener en sus manos los vestigios de las generaciones anteriores, como recordatorio tal vez de que el sólido edificio de moralidad y razón a cuya construcción han dedicado su vida es menos transitorio de lo que podrían imaginar aquellos que acceden a las ideas solo con la ayuda de un ratón y un teclado. La solidez implica tiempo: nada perdurable se construye deprisa.

—Empieza el espectáculo —dijo Julia.

Había llegado a la primera de las reseñas de Kellen: un rincón polvoriento de sermones del siglo dieciocho. Buscó la letra y el número, y de una carpeta azul sacó una docena de páginas manuscritas, en tinta desvaída, subrayadas por un oscuro...

Un ruido en las sombras, por delante de ella. El instinto la llevó a enfocar el pasillo con la linterna, pero no vio nada.

Había sido un golpe. De eso estaba segura. La caída de un libro de un estante, como si una mano torpe lo hubiera tirado. Pero no en esta planta, decidió, sino en la superior. Alguien más rondaba por allí.

Pero cuando apagó la linterna y se concentró en escuchar, solo había oscuridad y silencio.

Ya basta de esta mierda de linterna.

Tanteó la pared hasta encontrar un interruptor, lo pulsó y luego dio un salto, aterrada, al oír el rápido zumbido de un motor que volvía a la vida.

Las pulsaciones y la respiración recuperaron cierta normalidad cuando cayó en la cuenta de que se trataba del ruido del quejumbroso ascensor al que alguien llamaba en los pisos superiores. Nada que ver con ella.

Salvo que las instalaciones estaban cerradas, la alarma conectada y, en teoría, no podía haber nadie más por allí.

Vale, vale. Tal vez el ascensor estuviera programado para volver arriba de forma automática. El motor se paró. La puerta corredera no se movió: ella lo habría oído incluso desde ahí abajo. Estaba sola. Manos a la obra.

Dentro de un oscuro sermón de un predicador del siglo dieciocho aún más tenebroso encontró un elegante sobre blanco como el que Kellen había escondido debajo del piano. Halló otro doblado en el interior de un temprano esbozo de una monografía olvidada sobre el concepto de Dios según Aristóteles, escrito por un erudito religioso hace un siglo. Y, tras hojear el programa del espectáculo satírico anual de la clase de Kepler del 53, el año en que nació Kellen, dio con un tercero. Acababa de guardar el tercer sobre en el bolso cuando oyó unos pasos que descendían por las escaleras metálicas y levantó la vista.

—Debe irse enseguida —murmuró Roderick Ryan Rutherford, cuyo rostro



fantasmal, contraído por una mueca de desaprobación, se cernía sobre ella desde la oscuridad—. Decana Carlyle, estoy seguro de que sabe que no le está permitido bajar aquí sola. Esta conducta va totalmente en contra de las reglas.

También iba contra las reglas dar un beso en la mejilla al archivero, pero aún así lo hizo.

## II

Mientras avanzaba a toda prisa por el pasillo en dirección a su despacho, Julia se dijo que nunca sabría el porqué. Era evidente que Roderick Rutherford había ayudado a Kellen en su proyecto. En su primera visita le había transmitido las pistas a Julia, y luego, cuando volvió con la autorización en la mano, él había fingido rechazarla, pero la había dejado encerrada en el archivo para que pudiera bajar a los fondos protegidos. Después de un intervalo de tiempo prudente, había vuelto para dejarla salir y, aunque se había negado en redondo a permitir que se llevara los documentos, había esperado a que ella hiciera las fotocopias, si bien el hombre insistió en cargarlas a la cuenta universitaria de Julia. Con educación no exenta de firmeza se había negado a contestar a sus preguntas, amparándose en la confidencialidad. Cuando ella se fue, él se quedó dentro, seguramente reordenando los fondos y devolviéndolo todo a su lugar.

¿Por qué había ayudado a Kellen? La madre de Rod había sido bibliotecaria de Kepler, la primera mujer que ocupó el puesto en la historia de la facultad, y él la había ayudado en los veranos, lo que desarrolló su interés por este campo. Era demasiado joven para haber coqueteado con Gina Joule, pero no para haberla conocido. Tal vez los Rutherford y los Joule eran amigos. Tal vez la conexión era más leve, o más obvia.

Ella nunca lo sabría y el señor Rutherford nunca la sacaría de dudas. Confidencialidad. Lealtad. Secretos. Mentiras. ¿Todo el mundo funcionaba así o solo era algo típico de Nueva Inglaterra? Aparte de su breve estancia en Manhattan, donde se había enterado a lo sumo de los nombres de un par de vecinos, ella nunca había vivido en otro lugar.

Quizá por contagio de la paranoia del archivero, cerró las puertas exterior e interior de su despacho; luego se sentó a su mesa con la única compañía de la lamparita de lectura y examinó sus hallazgos.

Los sobres iban numerados, 1,2,3, números grandes escritos por Kellen, de manera que empezó por el primero, que resultó ser el más grueso. Constaba de una serie de cartas de Merrill Joule a su esposa, que se había marchado a Europa después de la muerte de Gina. La lectura no tardó en abstraerla.

*4 de abril de 1973*

Queridísima Anna:

Espero que cuando leas esta carta te encuentres bien y que tú y Margaret sigáis disfrutando de vuestras vacaciones en el extranjero. Aquí no ha cambiado nada. El presidente Nixon sigue con sus intrigas y sus tejemanejes, pero creo que no tardará en caer. En la universidad el tiempo ha sido demasiado frío para permitir manifestaciones contra la guerra, pero con la llegada de la primavera supongo que empezaremos a disfrutar de nuestra ración. Las cosas se van tranquilizando en el Landing, tal y como tú predijiste. Alabo tu inteligencia. Te ruego que recuerdes que hay muchas formas de hacer justicia. A lo largo de nuestras vidas tú y yo hemos apostado por una visión de la justicia de índole más distributiva que retributiva. ¿Vamos a renunciar a ella ahora, solo porque un miembro de nuestra familia haya muerto? El enemigo es un mal sistema, no la mala gente. Eduard tiene razón. Nuestra tarea no es exigir el castigo, sino mejorar el mundo hasta donde seamos capaces de hacerlo. Lo que sucede ahora en la iglesia es un buen ejemplo. Lo importante es seguir adelante...

Esa iglesia. ¿La de Miss Terry? ¿Esas «muchas formas de hacer justicia» de las que hablan presupone que habían... obviado la venganza en beneficio de un logro mayor?

Julia no tenía manera de saber cuántas cartas se habían cruzado entre los dos antes de la siguiente que Kellen incluía en el sobre. Pero el tono había cambiado, sin duda. El seguro, casi condescendiente terrateniente que apenas reconocía el dolor de su esposa, o el suyo propio, se había esfumado; en su lugar, aparecía un hombre preso por un súbito pánico.

*12 de octubre de 1973*

Queridísima Anna:

Solo dispongo de un momento para escribirte. Estoy en el despacho de Ken Steinberg. Sí, ya sé lo que opinas de los abogados, pero Ken es casi de la familia y, para ser sincero, necesito su consejo. La situación ha cambiado. Me vigilan. Sí, ya sé que es la obsesión de todo paranoico. Pero tú me conoces, querida, y sabes que no soy propenso a la exageración. Me vigilan. Siento sus ojos oscuros posados en mí incluso cuando no los veo. Noto su aliento cerca de mí. Han cumplido con su parte. Han llevado a engaño a todo el mundo. Han echado tierra sobre lo que debería ser obvio. He dado mi palabra de que acepto su concepto de justicia, y sin embargo siguen sin creer que yo mantenga mi parte del trato. No los creo capaces de violar el sistema de correos de Estados Unidos. Aún. Pero te pido que tengas cuidado. Creo que deberías prolongar tu estancia en Europa hasta que te indique que puedes volver sin riesgo alguno...

Julia releyó las frases. «Han llevado a engaño a todo el mundo». ¿Fabricando pruebas? ¿Fabricando coartadas? «Me vigilan». Ella se estremeció. «Noto su aliento cerca de mí».

—Sé cómo te sientes —dijo en voz alta.

La tercera carta estaba fechada cinco meses después. Vanessa había escrito en su trabajo que Anna Joule había emprendido un largo viaje por Europa después de la muerte de Gina. Resultaba evidente que Anna había seguido el consejo de su marido.

*7 de marzo de 1974*

Queridísima Anna:

Destruye esta carta en cuanto la leas. Me temo que todo se está derrumbando. La suerte de Nixon parece correr paralela a la nuestra. Ocultar la verdad es imposible. Siempre hay un informador. Siempre. De nuevo tu intuición se revela correcta. Habría sido mejor ir en pos de la verdad. Ojalá te hubiera hecho caso. Sin embargo, no todo está perdido. A diferencia de Nixon, nos quedan opciones. Nuestros amigos siguen a nuestro lado. Y aquí nuestra eterna lucha por la justicia nos sitúa bajo una luz favorable ante todos. Tú y yo somos buena gente. No somos monstruos. Hemos cometido errores, pero eso no nos convierte en malvados, ¿verdad?

Nuestro error no puede conducirnos al infierno: no, si hemos hecho lo mejor que pudimos, dadas las circunstancias. Hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano para asegurarnos de que nuestra amada hija no murió en vano. Si nos equivocamos, al menos lo hicimos por caridad.

Para situar las cartas en su contexto, ella abrió el segundo sobre, que contenía más páginas del diario del sheriff.

No se ha confirmado ninguna de las coartadas de los chicos, pero se nos impide proseguir. Además, con tanto dinero en juego, no puedo confiar en nadie. Ni siquiera en mi gente. Ni siquiera en mí mismo.

No bastaba. Esta no podía ser la totalidad de las pruebas de Kellen.

Con el corazón en un puño, abrió el tercer sobre. Otra fotocopia...

Julia levantó la cabeza. Oyó el crujido de la puerta exterior del despacho al abrirse, a pesar de que estaba segura de haberla cerrado con llave. Recordó el ruido del ascensor cuando estaba en el sótano, y cómo había supuesto que estaba programado para volver a la planta baja; salvo que ahora se le ocurría pensar que Rod Rutherford siempre usaba las escaleras, y que aquel desvencijado y viejo ascensor no podía estar programado para hacer nada.

No tenía a donde huir. Permaneció sentada, inmóvil, esperando a que el Egamés apareciera por la puerta.

Esta se abrió de par en par. Julia se puso rígida.

—Eres de lo que no hay —dijo una sonriente Mary Mallard—. Quiero decir que esto se te da muy bien.

### III

Julia ya estaba en pie, guardándolo todo dentro de los sobres.

—¿Qué haces aquí? —inquirió—. ¿Cómo has entrado?

La sonrisa de Mary se apagó.

—Veo que sigues sin confiar en mí.

—No te quiero cerca.

—¿Qué pasa? Se suponía que era la animadora. —Agitó unos pompones invisibles—. ¿Ya no te acuerdas? ¿Ra, ra, ra?

—Creo que te envié un correo electrónico donde te decía que era mejor que no volviéramos a vernos.

La escritora volvió a sonreír.

—Bueno, contrariamente a lo que puedas haber oído, no es tan fácil librarse de mí.

—Vale, Mary... ¿Y qué has hecho? ¿Venir hasta aquí y... seguirme?

—Algo así.

Julia negó con la cabeza.

—¿Cómo has entrado? —repitió Julia con la mesa aún entre ambas.

—No ha sido difícil entrar en el edificio. Esperé a que salieran unos alumnos y me colé. Nadie sospecha nunca de una chica. —Sacó una llave—. Y, por lo que se refiere al despacho, digamos que en Boston te metí la mano en el bolsillo, hice un duplicado de la llave y luego te la devolví durante el paseo por el Common. No está mal, ¿eh?

—Es despreciable —le espetó Julia.

—Vale, soy despreciable y nada encantadora. Con la clase de libros que escribo he tenido que aprender a hacer un poco de todo.

Julia miró hacia la puerta, preguntándose qué habría sido de Jeremy Flew; o si se había equivocado al evaluar su competencia.

—Me mentiste —dijo a Mary.

—¿En qué?

—La Dama Negra. Fuiste muy lista.

—¿De qué hablas?

—Del modo en que fingiste. —Había guardado los sobres en el maletín. Al mismo tiempo palpó el spray ahuyentador que Lemaster la obligaba a llevar. Nunca lo había usado, pero no estaba dispuesta a dejar que ese material cayera en malas manos. Ignoraba para quién trabajaba Mary. Solo sabía que no quería volver a verla—. Por favor, Mary. No quiero verte ni hablar contigo nunca más. Sal de aquí, por favor.

La periodista abrió las manos, y su cara de pato se contrajo en un mohín.

—No sé de qué me hablas, Julia.

—Te hablo de todo ese cuento de la Dama Negra. Me engañaste desde el principio.

—No, Julia. Nunca te engañé.

—Ah, ¿no? ¿Recuerdas cómo buscaste información sobre mí antes de que nos encontráramos en la Casa Blanca? Bien, al final me puse a tu nivel. También busqué datos sobre ti. ¿Por qué no me dijiste que estás emparentada con el presidente?

A Mary se le ensombreció la cara.

—Estás de broma, ¿no? Lo sacaste de alguna estúpida página web. No somos parientes. Somos primos en octavo grado o algo así. Eso solo significa que compartimos un ancestro que firmó la Declaración de Independencia. Vamos, Julia. Siguiendo en esa lógica, mi familia está emparentada con casi todos los presidentes. —Esbozó una sonrisa desesperada—. Supongo que igual que la tuya.

—Vete.

—¿Qué hay en esos sobres, Julia? ¿A quién proteges?

—A nadie. Quiero que te vayas.

Mary negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso. Faltan solo un par de semanas para los comicios de Iowa. Tenemos que usar lo que guardas ahí, Julia. No podemos permitir que un individuo

que pretende sentarse en el Despacho Oval se salga con la suya en un caso de asesinato.

—Me marchó. —Rodeó la mesa—. No intentes seguirme, por favor.

—Para, Julia. Para. Dime qué está pasando.

—Apártate de mi camino, Mary.

La periodista la alcanzó.

—Dime qué hay en...

Julia apuntó con el spray a su cara y apretó el botón.

## Febrero de 1973

## I

—Tienes suerte de que no quiera presentar cargos —dijo Lemaster.

—¡Tenía que protegerme!

Su marido sacudió la cabeza. Estaba delante de la cómoda, levantando pesas.

—Supongo que podríamos conseguir que la arresten por intrusión y allanamiento. Pero se os ha visto a las dos por ahí en plan de amigas. Ningún jurado creería que iba a atacarte. —Hizo una pausa—. No me lo creo ni yo.

Julia, nerviosa, sudorosa y enojada consigo misma, se tapó la cabeza con la manta. Nunca antes había atacado a nadie. Había creído que las consecuencias eran las que se veían en las películas: el malo se quedaba sin aliento, se frotaba los ojos y se caía contra la pared mientras el bueno lograba escapar. Pero Mary había dado un grito, se había llevado las manos a la garganta y su cuerpo se convulsionó antes de tocar el suelo, donde cayó en posición fetal, sin dejar de jadear y escupir, hasta que finalmente Julia dejó de abrazarla y de disculparse el tiempo suficiente para llamar al 911. Se había pasado media noche en urgencias, a la espera de noticias.

Lemaster hacía ejercicio todas las mañanas, antes de ir al campus. Julia se acostaba ahora.

—Además, ¿a qué viene todo esto? —preguntó él—. ¿Por qué os peleabais?

—Quiero saber lo que sucedió la noche en que murió Gina. Lo que sucedió de verdad.

—Yo estaba en Inglaterra, Jules. Ya lo sabes.

Julia se apartó la manta de la cabeza y se sentó.

—Abre el maletín.

—¿Qué?

—El maletín.

Él dejó las pesas y, con aire animado y dispuesto, fue a coger el maletín. Se sentó en la cama junto a ella, vestido con los pantalones cortos, y abrió la cartera de cuero. Encontró los sobres.

—¿Es esto?

—Mira dentro del sobre número tres.

Lo hizo: con una expresión divertida fue pasando las páginas del diario y las cartas. Su buen humor se desvaneció en cuanto llegó al último documento.

—No —dijo él.

—Sí —dijo ella.

—Esto es imposible.

—No. —Ella se irguió en la cama—. Cariño, creo que ha llegado la hora de que me digas la verdad.

Él tenía en las manos una fotocopia de un pasaje de avión. Posó su mirada en la de ella, y al ver la expresión torturada de sus ojos Julia sintió ganas de abrazarlo y protegerlo para siempre, solo para, después de soltarlo, no volver a verle nunca más.

El pasaje era de un vuelo de Londres a Boston con fecha de febrero de 1973, a nombre de Lemaster.

—Volviste para el cumpleaños de Bay Dennison —dijo Julia—. Nunca te lo has perdido.

## II

Se vistieron con ropa de abrigo y caminaron por el jardín trasero que llevaba hacia el embalse. Los pasos de sus botas sobre la nieve emitían un crujido reconfortante.

—No lo sé todo —dijo Lemaster—. Ni siquiera sé mucho. O al menos no lo sabía. Ahora sé más cosas. —La miró. Ella intentó que su cara no expresara emoción alguna—. Sí. Sí. Volví para la fiesta de Bay. Antes del cumpleaños me quedaba un día libre antes, así que vine al campus.

—¿A ver a tus amigos?

—En realidad, no. Para revisar los libros y las cosas que había dejado en la Suite Hilliman. Quería asegurarme de que nadie los había tocado. Mis compañeros tenían la mala costumbre de desordenar mis cosas. Lo consideraban divertido. Llegué la noche del día catorce y no había nadie en casa. Eché un vistazo y, milagro, todo estaba en su sitio. Saludé a un par de personas de la residencia, pero el vuelo me había dejado agotado, así que me acosté con la intención de partir al día siguiente para la fiesta.

Habían llegado a la valla. Lemaster se agarró a ella, como si temiera caerse. Endureció la voz.

—Luego, sobre las dos o las tres de la madrugada, me desperté. O, mejor dicho, uno de mis compañeros de cuarto me despertó. Dijo que se había metido en un buen lío. Que había sucedido algo terrible.

—¿Quién era? —preguntó ella, pero se estaba adelantando a la historia.

—Le pregunté de qué se trataba. No me lo dijo. Solo repetía que estaba en un lío y que... bueno, tal vez lo estuviéramos todos. Estaba borracho, lloraba, parecía asustado. Muy asustado. Mira, yo tenía veinte años, Jules. No estaba seguro de qué hacer. Le dije que se acostara y que lo vería todo distinto por la mañana. Se fue a la cama. En cuanto a mí, me levanté, me vestí, recogí mis cosas, subí al coche y me

largué. Fui directo a Boston. Así que supongo que puede decirse que lo abandoné en un mal momento. Pero ¿sabes una cosa, Jules? Mis colegas se emborrachaban a todas horas, se metían en líos continuamente y siempre me pedían que les sacara las castañas del fuego. Me llamaban el Hermano Mayor. Y ese día... supongo que no estaba por la labor. Había vuelto a Estados Unidos para solo setenta y dos horas, y ese tipo quería que perdiera mi primer día resolviéndole algún problema... No, gracias. Me fui a Boston, a la fiesta.

Habían reemprendido el paseo y caminaban junto a la valla. Julia tenía frío, pero no quería interrumpirle.

—La fiesta era por la noche. En algún momento me quedé a solas con Bay Dennison y le conté lo que había pasado. Creo que le pedí que hablara con él. Quizá fue él quien me preguntó cómo iban las cosas. No estoy seguro. En cualquier caso, le expliqué lo de mi compañero de cuarto. Bay se lo pensó; luego dijo que debería volver y decirle que, si se trataba de algo realmente grave, podía ir a Boston y contárselo todo a él, que ya vería qué se podía hacer. Y me dije: genial, Bay es un genio, este joven tiene influencias, quizá pueda ayudarle después de todo. Así que al día siguiente, el dieciséis, volví a Elm Harbor, encontré a mi compañero de cuarto y le dije que fuera a hablar con Bay. Le aseguré que Bay podría ayudarle. En aquellos días, creía que Bay Dennison podía arreglarlo todo. Y quizá fuera así.

—¿Y fue a verlo? —dijo Julia, aprovechando una pausa de su marido.

—Sí. Yo ya había vuelto a Inglaterra para entonces. No sabía en qué consistía el problema, ni supe cómo lo había resuelto Bay. Pero mi compañero me escribió una carta en la que decía que todo se había solucionado y que estaba en deuda conmigo. Solo tenía que pedírselo, y él me concedería lo que fuera. Ahora y siempre.

Como hundir a Cameron Knowland, pensó Julia, aunque no lo dijo. Como despedir a Astrid. Como cerrar un caso o meter a Tony Tice entre rejas.

—Cuando volví en junio, mis compañeros se mostraron inusualmente solícitos conmigo. Si antes había sido el Hermano Mayor, ahora era el Amo y Señor. Era muy extraño. Como si los hubiera salvado a todos, aunque en realidad no había hecho nada. Solo envié a uno de ellos a ver a Bay. Sin embargo, siguieron haciéndome favores, incluso sin necesidad de que se los pidiera, y no paraban de recordarme que estaban en deuda conmigo, que solo tenía que pedir, etcétera, etcétera. No los rechacé, por supuesto, aunque me sentía bastante perplejo ante todo aquello. Ignoraba lo que habían hecho, o lo que había hecho Bay por ellos.

—La confesión —urgió Julia, pero Lemaster quería contar la historia a su modo.

—Terminé la carrera. Encontré trabajo, luego otro, fui a la facultad de teología, te conocí, nos casamos.

—Te has olvidado de «Me enamoré».

—Estaba implícito. —Habían llegado al límite de la propiedad, en las profundidades del bosque invernal, y regresaban por el otro lado—. En fin, por aquel entonces yo ya era un Empíreo. Uno menor. Lo que se conoce como Legionario.



—No están agonizando, ¿verdad?

—No. La verdad es que no. Están... en la sombra. —Vaciló. Ahora no hablaba de su vida, sino de cosas que había jurado no desvelar nunca—. Es una parte de su estrategia. Una parte importante, Jules. Seguir en la sombra.

—¿Una estrategia para qué?

—Para ayudar a nuestra comunidad. Mira, Jules. —Aceleró el paso, por lo que Julia casi jadeó para poder seguir su ritmo—. Pongamos el caso de un hipotético estudiante, un niño rico y con buenos contactos, que asiste a una de las mejores universidades de la Ivy League. Su familia ha hecho grandes planes para él. Su único problema es que se siente enormemente atraído por la hija de uno de sus profesores, de solo diecisiete años. No es de esa clase de chicos que ha aprendido a resistir la tentación. Siempre ha tenido a su familia al lado para sacarle de cualquier atolladero: pueden comprar a quien sea. De manera que empieza a coquetear con esa... cría. Eso es lo que es, una cría. Pero ella le sigue la corriente. Y, poco después, los dos empiezan a salir a escondidas. Vale, no llegan hasta el final, como se decía por aquel entonces, pero tampoco se quedan cortos.

»Entonces, una noche, uno de sus compañeros de habitación quiere entrar en el juego. Le dice: “¿Por qué vas a ser tú el único que se divierte? ¿No lo compartimos todo? Deberías compartirla”. Quizá incluso discuten. Siempre hipotéticamente. O quizá el primero no opone el menor reparo porque... bueno, porque está tan mimado que ha caído en la más completa amoralidad. Así que aquella noche van a buscarla. Es el día de San Valentín, pero ella se las arregla para ver a su novio cada vez que quiere: provoca una pelea con su madre y se larga de casa. Así de simple. De manera que aquella noche, ¿cómo no?, ella y su madre se enzarzan a gritos y nuestra hipotética adolescente se larga de casa dando un portazo. Su novio pasa a recogerla. Solo que hay dos chicos en el coche en lugar de uno, y ambos han estado bebiendo. Mucho. Tal vez en ese momento ella se sienta un poco incómoda, pero de todas formas sube al coche. Se dirigen a la playa. Allí nuestro universitario, su novio, se baja del coche. El segundo chico, tan rico y mimado como el otro, empieza a insinuársele. Quizá al principio ella coopera. Quizá se resiste desde el inicio. En cualquier caso, las cosas van más lejos de lo que ella creía. Le dice que pare. Él no lo hace. No ha tenido que parar en toda su vida. Su familia ha debido pagar ya el silencio de una docena de chicas. ¿Qué importa una más? Así que se pone muy agresivo con ella.

Habían llegado a la casa. Los muebles del patio estaban cubiertos de nieve.

—Y ella se escapa —dijo Julia.

—Exacto. Ella huye. Estamos a mediados de invierno y ella corre hacia la playa. Hay un vigilante, un adolescente. Siempre lo hay. Pero la pobre chica corre en dirección contraria. No hacia la caseta del vigilante, sino hacia el agua. Nuestro hipotético estudiante la atrapa. Recuerda que está borracho como una cuba, y es probable que ella también se haya tomado un par de copas. La alcanza justo cuando

entra en el agua. Quizá se pelean. Quizá ella se zafa de él y le propina un bofetón, y él se lo devuelve, con más fuerza de la que pretendía. En cualquier caso, ella cae. Y no se levanta. —Se relamió los labios—. Claro que nos movemos en el terreno de la hipótesis.

—Ya —dijo Julia, y miró la hora. Tenía poco margen de tiempo si no quería que las niñas perdieran el autobús del colegio—. Todo es una suposición.

—Llega el momento del pánico. Nuestro universitario intenta reanimarla sin saber cómo. Se rinde. La deja en el agua. Tal vez incluso la empuja. No lo sé. Vuelve a subir al coche, intenta despertar a su amigo, pero no puede. Así que vuelve al campus, porque ese es un lugar donde se siente seguro. El campus es su hogar. El campus es el sitio desde donde llamar a tu familia para decirles que vengan a arreglar el desaguado, excepto que en este caso el asunto va más allá de una seducción, que, aunque ahora lo hayamos olvidado, entonces era un delito. Consigue despertar a su amigo, pero no le cuenta lo que ha pasado. Suben las escaleras a trompicones, entran en la suite y... ¡Vaya por Dios! El compañero que ha estado fuera ha vuelto. Aquel al que llaman Hermano Mayor. —El compañero negro. Lemaster esbozó una sonrisa irónica.

—Nuestro estudiante lo despierta y empieza a decirle que esta vez se ha metido en un buen lío. Un día y medio después, el Hermano Mayor regresa de Boston y le dice que vaya a ver a su mentor. Nuestro estudiante obedece. El mentor le escucha y le formula dos preguntas. ¿Los vio alguien en la playa? Solo el vigilante. ¿Su otro compañero recuerda algo? No. El mediador le dice que lo deje todo en sus manos y, en veinticuatro horas, ha trazado un plan. Porque para entonces ya sabe que un chico negro ha robado un coche en la ciudad. Sabe que el chaval negro cargará con la culpa. Además, urde una estrategia de refuerzo, por si algo sale mal: debe convencerse al compañero borracho, el que se pasó el rato durmiendo, de que fue él quien cometió el crimen y de que fue el otro quien se quedó durmiendo. El mediador ve a este y le propone el mismo plan, pero a la inversa. Lo arreglaremos para que tu amigo cargue con la culpa, le dice. Solo impone una condición: ambos tienen que firmar confesiones...

—¿Por qué iban a hacer algo así?

—Porque el mediador los tiene entre la espada y la pared. Si firmáis esa confesión, será como si nada hubiera pasado, excepto que siempre tendremos esa confesión por si, digámoslo así, alguna vez necesitamos un favor. O no la firméis e intentadlo en los tribunales, teniendo en cuenta que el mediador puede declarar contra vosotros y es un hombre poderoso. Tal vez lo bastante poderoso para derrotar a vuestras familias ricas. Desde luego, lo suficiente para plantarles cara. Y, por supuesto, gane o pierda la batalla, el futuro de ambos chicos quedará destrozado. En familias como las tuyas, han sido educados para ser algo grande en el futuro. —También miró el reloj—. Es hora de despertar a las niñas.

—Espera, Lemmie. —Ella apoyó una mano en su brazo.

—¿Qué pasa?

—¿Desde cuándo lo sabes?

Los oscuros ojos habían adoptado una expresión más afable, como si estuviera en paz de nuevo, consigo mismo y con ella.

—Solo desde que me eligieron Buba.

—Quieres decir que durante todos esos años...

—No supe qué había sucedido. Sospechaba que guardaba alguna relación con Gina, ¿cómo no? Pero no lo sabía y no pregunté. Y lo más curioso es que mis compañeros debían de haber asumido que lo sabía todo porque, a lo largo de estos años, siempre que les he pedido un favor me lo han concedido. —Le abrió la puerta—. Tampoco les he pedido demasiados, por supuesto.

Las niñas bajaron. Julia hizo esperar a Lemaster, porque a él le gustaba irse temprano a trabajar. Pero aún no habían terminado: ambos lo sabían. Jeremy Flew fregaba la cocina mientras Julia acompañaba a las niñas al autocar escolar.

### III

—Te preguntarás por qué el mediador tomó esa decisión. Intentaré contártelo con la mayor exactitud posible. Él y su... club... tienen una teoría: su teoría es que América no da nada por nada. Creen que América no cruzará la calle para ayudar a un hombre negro, a menos que se vea forzada a ello. Por lo tanto a lo que se dedican, a lo que llevan mucho tiempo dedicados, es a recabar información comprometedor sobre personas que ocupan puestos de poder. O personas de las que cabe esperarse que lleguen a alcanzarlos. Los periodistas y los políticos rivales suelen utilizar ese tipo de información para derrocar a la gente que está en el poder. Nuestro hipotético experto mediador considera eso una soberana estupidez. Si descubres los trapos sucios de una figura poderosa y los usas para echarla de su cargo, ¿qué consigues? Un político sin poder y las manos sucias: dos cosas inútiles. Es mejor dejar que conserve el cargo, comunicarle lo que tienes, y moldearlo de vez en cuando en la dirección justa. De ese modo tienes a un político poderoso y las manos limpias, pero él sigue haciendo lo que quieres. No en todo momento —añadió enseguida Lemaster—. Hay que recurrir a eso en contadas ocasiones, o el sistema se colapsa. Son solo leves toques de atención. En eso es en lo único que creen: toques de atención.

Leyó el reproche en los ojos de Julia.

—Vamos, Julia. ¿Cuántas veces me has dicho que ninguno de los dos partidos se preocupa ya de la nación oscura? ¿Que lo único que interesa a los republicanos es bajar los impuestos y aumentar la maquinaria militar? ¿Que los demócratas solo se preocupan por el aborto y los derechos de los gays? ¿No es eso lo que siempre dices, al menos en privado? Bueno, pues resulta que nuestro hipotético mediador y su club

están de acuerdo contigo. Creen que la identidad del partido que gobierne no implica ninguna diferencia significativa para las vidas de los afroamericanos. Lo único que les importa es si la gente que ocupa el poder son aquellos sobre quienes ejercen alguna influencia.

—¿Tú estás de acuerdo con eso? —preguntó ella con un hilo de voz—. ¿Crees que ese hombre tiene razón?

—Digamos que comprendo su punto de vista. —Se estaba anudando la corbata. Sabía que ella no se conformaba con eso—. Mira, Jules. Supongamos que puedes probar quién la mató. No creo que pudieras, pero supongamos que aún fuera posible después de tantos años. Supongamos que lo demuestras, haces público el descubrimiento y le encierras en la cárcel para toda la vida. ¿Resucitaría eso a la chica muerta? ¿Ayudaría a nuestra gente? —Hizo un decidido gesto de negación con la cabeza, por si acaso ella no daba con la respuesta correcta—. No, Jules, no. Esto es lo único que tiene sentido. Es el único modo en que la justicia logra algo distinto a un intercambio de palmadas en la espalda. Es menos satisfactorio emocionalmente, no hay catarsis, pero supone algo bueno de verdad para la gente.

Se puso la americana, se miró en el espejo y contempló la suave caída de la lana.

—Lemmie, no. No puedes dejarlo aquí.

—Ya he dicho mucho más de lo que debería.

—Por favor. La confesión de Jock. ¿La mató él de verdad? ¿O era el novio que dormía borracho en el asiento trasero?

—¿Qué más da?

—Tu mediador podría haber estado chantajeando a dos hombres por el mismo crimen.

—Doble ración de justicia, ¿no crees?

Ella no se dejó convencer.

—Creo que fue Scrunchy. Siempre he pensado que fue Scrunchy. Creo que la confesión de Jock Hilliman era una tapadera. Lo que Merrill Joule llamó despistar a todo el mundo. Creo que Mona tenía una copia en su poder porque, de algún modo, entre la élite, hay personas que saben la verdad y, si alguien se acerca demasiado, le plantan en las narices la confesión de Jock para desviarlos de la verdad. —Ella se levantó. Aún no se había vestido para salir—. ¿Sabes una cosa? Si lo hizo Scrunchy, espero que esté sufriendo. Merece sufrir.

—No importa quién fue el autor material del acto. En el fondo, no. Te diré algo, Jules. Todos eran culpables. Eran niños universitarios, ricos y borrachos. Todos los humanos son mortales e imperfectos, pero crecen y se convierten en hombres de una razonable moralidad. Está bien. Pero me preguntaste por el pasado. Bien. Hablemos del pasado. Eran monstruos. Hacían lo que les venía en gana y asumían que alguien recogería los platos rotos. Y, por ser quienes eran, alguien solía hacerlo. Compartían esa actitud: la mayoría de los caucásicos la tienen, al menos en América, pero sobre todo los ricos. No importa en qué zona del espectro político se sitúen: lo veo en el

campus todos los días en tipos de izquierdas, y en Washington en tipos de derechas. En fin, mantienen esa actitud ofendida, agraviada. El mundo se lo había dado todo, pero parecían pensar que se les debía más. Alguien les había hecho daño. Alguien se había llevado algo que les pertenecía o les había negado algo que deseaban. Se reúnen y se refuerzan unos a otros en la creencia de que los malos están ahí fuera, dispuestos a robarles sus juguetes. —Se había acercado hasta la ventana. Caían unos algodonosos copos de nieve. En ese momento Lemaster tenía la mente muy lejos de allí—. Y te diré algo más. Yo no ideé este plan. No sabía nada de él. La primera vez que lo oí, hará un año, pensé que era una locura. Ilegal, sin duda. Probablemente inmoral, pero en cualquier caso una locura. Incluso hablé con algunos de los miembros del Consejo para que pusieran fin a esto. El Excelso me citó en privado. Piénsatelo bien, dijo. Hemos invertido mucho esfuerzo en esto. Lo hemos meditado mucho. Aun así, seguí creyendo que se equivocaba, Jules. Sin embargo, ahora ya no estoy tan seguro. Hoy día, cuando miro a mi alrededor y escucho las bobadas con las que nuestra élite se llena la boca, en un país donde resolver los problemas de raza y clase fue en su día un punto central de nuestra política, cuando veo cómo la nación pálida ha pasado a otros asuntos y ha relegado de nuevo a la nación oscura... Hoy creo que nuestro hipotético mediador quizá tuviera razón sobre América...

Se fue.

Julia, a solas con sus pensamientos, no estaba preparada para tratar con abstracciones. Seguía atascada en problemas más concretos, como el de quién mató a Gina Joule. Se preguntó a quién protegía su marido. Las confesiones podían falsificarse. Podían ser fruto de la coacción. No importaba la cantidad de pruebas que señalaban a Jock o a Scrunchy: ella no conseguía desprenderse de la sensación de que la noche de la cena, abajo en el estudio, Maureen Whisted estaba aterrada ante la idea de que el inventario de Kellen demostrara que su marido era el culpable.

## Autoridad comparativa

### I

Bruce Vallely estaba en un Buick Century de color oscuro, su coche oficial, después de haber encontrado un aparcamiento en la calle Hudson que le ofrecía una buena visión de la entrada de la facultad de teología. Sus dedos tamborileaban sobre el volante mientras observaba la puerta a través de los frescos y esponjosos copos de nieve, porque esta era la única salida que había visto usar a Julia. No se paró a pensar en la peculiar inversión racial del momento —un poli negro empeñado en descubrir por qué un hombre blanco seguía a una mujer negra—, pero había decidido que ya era hora de mantener una charla con el señor Flew. Para preguntarle, por ejemplo, dónde estaba entre las ocho y las diez de la noche en que mataron a Kellen Zant. O si por casualidad había estado en el centro comercial el día en que atropellaron a Boris Gibbs.

Pero, aún más que resolver el crimen, lo que quería era saber por qué diantre un hombre como Lemaster Carlyle había acabado contratando a alguien como Jeremy Flew. La idea de que Flew había conseguido ese trabajo por pura casualidad no se sostenía por ningún lado.

Acción.

Julia bajaba a toda prisa acompañada de un par de estudiantes, que se despidieron de ella alegremente y se dirigieron al campus principal. Julia se quedó inmóvil durante un momento, giró la cabeza a un lado y a otro como si inspeccionara la calle, y tal vez, fuera consciente de ello o no, estuviera haciendo exactamente eso. Al cabo de un tiempo, incluso el cerebro de un neófito presiente la vigilancia. Cuando posó la mirada en el coche de Bruce, él procuró permanecer muy quieto: cualquier movimiento solo habría servido para atraer su atención.

Se la veía pálida. Preocupada. Incluso asustada. Bueno, ¿quién no lo estaría con todo lo que estaba pasando?

Por fin se dirigió hacia el aparcamiento, ajustándose el pañuelo en torno al cuello. Subió los tres escalones que conducían al desnivelado suelo de asfalto y tropezó dos veces antes de subir al Escalade.

Bruce se volvió hacia Kepler y... ¿cómo no?, allí estaba el señor Flew: salía por la puerta lateral, invisible desde la principal, y rodeaba el edificio para llegar al aparcamiento. Bruce tenía que tomar una decisión rápida. Podía parar al ayudante del presidente allí mismo, para interrogarlo, y dejar que Julia se marchara sin su sombra,

o podía seguir a Flew mientras este seguía a Julia. Pero tenía el presentimiento de que Jeremy Flew, antaño consultor del Departamento de Estado, le distinguiría entre el tráfico. Era mejor terminar allí mismo con ese embrollo. Pese a todo, Bruce no pensaba subestimar a su sospechoso. Sacó de la guantera la Smith & Wesson 64 y se la metió en la cartuchera antirreglamentaria. Abrió despacio la portezuela, dando gracias por una vez en la vida al solemne silencio que acompañaba a las nevadas, y caminó deprisa hacia la parte trasera del Cuadrángulo Kepler.

Julia ya estaba muy cerca del coche, cabizbaja, pálida, casi corriendo, como si algo la hubiera asustado. Se preguntó si Flew lo habría advertido. O si sería la causa.

El ligero Flew, mientras tanto, se tomaba su tiempo: avanzaba con paso lento, cauteloso, preocupado tal vez porque las prisas pudieran provocar algún estrépito que alertara a Julia. O quizá estuviera tan seguro de adónde se dirigía ella que no había motivo para apresurarse.

Bruce dio la vuelta a la facultad con la idea de sorprender a Flew, y su estrategia funcionó a la perfección: salió de las sombras del gran edificio de granito justo cuando Jeremy Flew llegaba a los resbaladizos escalones que subían al aparcamiento.

—Muy bien, señor Flew. Ya ha ido demasiado lejos.

El hombrecillo se detuvo, pero sin dejar de mirar a Julia, que en ese momento entraba en el Escalade.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Vallely?

—Creo que tenemos que hablar.

—Ahora no.

—Sí, señor Flew. Ahora mismo.

Miró a Bruce con aquellos ojillos de duende, como si evaluara a su contrincante, y luego volvió a desviar la mirada hacia Julia.

—Me temo que tengo un asunto urgente que atender, señor Vallely.

—¿Como seguir a Julia Carlyle para ver qué hace?

—Un asunto urgente. Discúlpeme.

Flew intentó pasar por su lado, pero Bruce, que era mucho más grande, mantuvo su corpulento cuerpo entre el hombrecillo y el aparcamiento.

—Me temo que me veo obligado a insistir.

—Creo que no puede usted retenerme aquí, señor Vallely.

—Si está usted cuestionando mi autoridad...

—Nada más lejos de mi intención, señor Vallely. Comprendo que le han asignado responsabilidades especiales. Sin embargo, creo que no puede retenerme aquí.

—Bueno, no sé muy bien cómo resolver esto, pero creo que lo más fácil sería...

Fue algo rápido, y completamente inesperado, y más tarde Bruce tuvo que admitir que se estaba haciendo viejo. En un momento tenía la mano sobre el brazo del hombrecillo, y al siguiente, con sorprendente delicadeza, este le había tumbado de espaldas en la nieve. Atónito, Bruce tardó un segundo en reaccionar, y ese segundo fue todo lo que necesitó Flew. Cuando el antiguo inspector se puso en pie, el

secretario personal de Lemaster ya estaba a medio camino del aparcamiento, corriendo hacia el sedán blanco que Bruce había visto antes. Apuntar con el arma al ayudante del presidente en mitad del campus estaba descartado, y, además, no había practicado desde hacía meses. Evaluando la distancia y sus opciones, Bruce no se dirigió hacia Flew ni hacia el Escalade, que acababa de salir por la calle Hudson, sino hacia la puerta del aparcamiento. Cuando avanzabas con el coche hacia la puerta, la presión de las ruedas activaba el mecanismo de apertura. Aquello le llevaría un par de segundos, y supondría su segunda oportunidad de interceptar a Jeremy Flew.

Pero cuando Bruce se volvió para mirar hacia la zona de aparcamiento, el sedán blanco seguía cubierto de nieve fresca y el extraño hombrecillo había desaparecido.

## II

Frustrado, Bruce sopesó sus opciones. Julia se había marchado y Flew se le había escapado. Podía llamarla al móvil, pero ¿qué iba a decirle? ¿Que se hallaba en peligro? No había ninguna razón para pensar que eso fuera cierto —si Flew hubiera querido hacerle algún daño, ya lo habría hecho tiempo atrás—, y, además, si su advertencia resultaba ser falsa ella nunca volvería a confiar en él. Lo intentó de todos modos, pero le salió el buzón de voz.

No dejó mensaje.

En su lugar decidió averiguar por qué se había ido con tanta prisa, porque entender su propósito podía ayudarle a deducir adónde se dirigía.

Encontró solo a Latisha en el despacho. Foxon había salido horas antes. La joven se puso en pie, sobresaltada.

Él se disculpó con torpeza por haberla asustado, y luego dijo:

—Necesito saber adónde ha ido la decana Carlyle.

—Se ha ido a casa.

—¿Estás segura?

Latisha señaló el reloj.

—Son casi las seis. Tenía una reunión en la facultad. Detesta tener que quedarse hasta tan tarde.

Bruce no se quedó muy convencido. Había visto la cara de Julia y sabía, sin ningún género de duda, que debía de tener algún motivo para salir corriendo.

—¿Qué estuvo haciendo antes de salir?

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó la joven con cierta suspicacia.

—Creo que podría estar metida en un lío.

—¿Es usted la causa del lío?

—Espero que no. Quiero ayudarla.

Latisha se tomó su tiempo. Transcurrieron unos momentos muy valiosos, pero



Bruce no quería presionarla.

—Sabe quién es su marido, ¿verdad? —preguntó ella por fin.

—Sí.

—Sabe que, si está mintiendo, le buscará la ruina.

—Sí.

Bruce revisó el interior del despacho con la mirada, sin tocar nada, a la espera de que algún detalle aberrante le diera una pista.

Lo único que encontró fue una tarjeta comercial, sujeta bajo el teclado para evitar que se volara de la mesa. Rezaba: «A. w., broover, land & dwight, LAND SURVEYORS», y debajo, escrito con la desmañada letra de Kellen: «¿Secretario?». Bruce la cogió.

—¿Sabes qué es? —preguntó a Latisha, mostrándole la tarjeta—. Eres la secretaria de la decana Carlyle. ¿Se refiere a ti?

—No soy secretaria. —Orgullosa y asustada a la vez—. Aquí ya no existe esa categoría. Soy ayudante administrativa de clase tres.

Bruce pensaba en voz alta.

—Tienes razón. Lo siento. Ya no quedan secretarias en la universidad. Bueno, está el secretario, claro...

Se calló. Ambos miraron la tarjeta.

—¿La decana Carlyle recibió alguna llamada antes de irse?

—Cuando está aquí, ella misma contesta al teléfono.

—De acuerdo. Piénsalo. ¿Sonó el teléfono?

Una leve negativa.

—Ha sido una tarde muy tranquila.

—¿Tuvo alguna visita? ¿Un estudiante? ¿Un profesor?

—Vino una estudiante hace... un par de horas.

—Por favor, Latisha, tienes que ayudarme en esto. Intenta recordar cualquier detalle.

—Se ha pasado la tarde mirando esa tarjeta. Como si le diera vueltas a algo.

Bruce se concentró en la tarjeta. Julia había estado dibujando círculos en torno a cada letra del nombre de la empresa. Varios. No le encontraba el sentido.

—¿Y nadie vino a verla?

—Nadie.

—Muy bien. ¿Sabes su contraseña del correo electrónico?

Latisha volvió a abrir mucho los ojos.

—No te preocupes. Soy el responsable de seguridad del campus.

—Pero se supone que no debemos...

—Latisha, por favor. La decana Carlyle, Julia, tiene problemas. Lo sabes. Eres una joven muy inteligente. Tienes que haber notado que algo le pasa. —Consciente de que su tamaño la intimidaba, le habló con tanta amabilidad como pudo—. Por favor. Intento ayudarla. Tienes que ayudarme a hacerlo, y no disponemos de mucho

tiempo.

Tardaron menos de un minuto.

El último correo que Julia había recibido antes de salir corriendo era de Vanessa.

El mensaje solo decía: «Es un signo menos».

Bruce se quedó perplejo; cogió la tarjeta y volvió a mirarla.

Entonces lo comprendió.

Un signo menos. Otro juego de palabras.

El secretario era Trevor Land. Si eliminabas el apellido Land de la tarjeta, esta quedaba reducida a: «broover & DWIGHT». ¿Y qué?

—¿Sabes qué más ha estado haciendo? —preguntó.

Latisha se mordió el labio, como si temiera meter a su jefa en algún lío. Pero ya había llegado hasta aquí. Se volvió hacia el ordenador, donde Julia había dejado el buscador abierto. Presionó un par de veces con el ratón.

—Esto es lo que ha estado haciendo.

Bruce miró la pantalla. La página se llamaba Internet Anagram Server.

Julia había introducido los dos nombres que quedaban en la tarjeta después de borrar la palabra «Land». A una señal de Bruce, Latisha accionó la impresora. La máquina escupió páginas y páginas de posibilidades. Él se puso a leerlas, pero fue Latisha quien, señalando el final de la página, dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Le dio la hoja de papel y le señaló una sola línea. Las dos palabras que aparecían en ella eran: «VER & BRIGHTWOOD».

—¿Quién es Vera? —preguntó él.

—No lo sé. —Entonces se acordó—. ¡Oh, los dulces! —Corrió hacia la mesa y volvió un instante más tarde con una caja, casi vacía, que explicaba su rolliza complexión—. ¿Lo ve? Mire la etiqueta.

Bruce consultó su reloj.

Llamó al número que aparecía en la caja, pero la tienda estaba cerrada. Llamó a información, pero el número de Vera Brightwood no constaba en la guía y él carecía de autoridad oficial para conseguirlo. Llamó al móvil de Julia, pero su dueña debía de hallarse en una zona sin cobertura. Llamó a Hunter's Heights, pero no obtuvo respuesta.

—Empiezo a sentirme idiota —dijo él.

Latisha enarcó las cejas.

Llamó a Rick Chrebet.

Su compañero, recién reincorporado al trabajo después de las vacaciones, lo saludó con un: «¡Vaya! Si es el paria».

Pero lo escuchó de todos modos, y luego le dijo que esperara. Cinco minutos más tarde, Rick volvió a ponerse al aparato, pero solo para decirle a Bruce que lo llamara de nuevo dentro de diez minutos.

Veinte minutos después, montado en su coche de camino al Landing, Bruce

consiguió contactar con Rick.

—No sé qué está pasando —dijo el agente—. Varias unidades están en camino y yo voy hacia allá. Se han denunciado disparos en esa dirección.

Bruce aceleró.

### III

Cuando llegó a la entrada de casa de Vera, Julia se encontró casi con los mismos coches de la vez anterior y supo que había llegado en un momento bueno y malo a la vez. El sonido del timbre eran las primeras notas del himno estadounidense. Vera abrió la puerta y se quedó en el umbral, mirándola fijamente.

—No deberías haber venido —dijo por fin.

—Oh, desde luego que sí.

—Márchate.

—Quiero unirme al grupo.

En el interior, lo que parecía una infinitud de gatos se paseaba por el vestíbulo y las escaleras. La reunión se celebraba en la salita. Los muebles eran viejos y macizos. Había bocadillos y refrescos. Lurleen Maddox, de Regalos Luma's, estaba rígidamente sentada en una butaca. Danny Weiss, el librero, estaba apoyado en el reposabrazos del sofá. Trevor Land, estoico e impenetrable como un roble de Nueva Inglaterra, se hallaba de pie junto a la chimenea. Y sentado junto al fuego en una mecedora, observando al resto como un rey observa a sus súbditos, había un hombre blanco de más de cuarenta años a quien Julia creía haber visto antes, aunque no acababa de precisar dónde.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo Trevor Land.

—Ha insistido en entrar —dijo Vera.

—Que empiece el baile —exclamó Lurleen, que se moría por comenzar.

Julia recorrió la acogedora salita con la mirada. Nadie la invitó a sentarse. Por lo que sabía, podría estar simplemente interrumpiendo una reunión social. Viejos amigos. Recordó la advertencia de Mitch Huebner: los extraños nunca llegaban a saber los secretos de la ciudad. Ya Frank Carrington, que dijo que hablar de lo que le sucedió a Gina podía causarle problemas.

Las cinco caras blancas se miraron a la espera de que un líder tomara la iniciativa. Finalmente, el extraño de rostro familiar dijo con frialdad:

—Debería irse, señora Carlyle. Debería olvidar que ha estado aquí.

Fue la voz la que le permitió reconocerlo.

—Le recuerdo. De Hunter's Heights. La cena que dimos en honor del senador Whisted. Usted estaba allí. Ahora ocupa el puesto de Astrid. —Miró a los demás—. ¿De qué va todo esto? ¿Un grupito que le ayuda a encubrir lo que hizo su jefe hace

treinta años?

—Debería irse, de verdad —dijo el ayudante—. Por su propio bien.

—No hasta que alguien me explique qué está pasando.

De nuevo el silencio se apoderó de la estancia.

—Por favor, Julia —intervino Danny Weiss—. No es lo que piensas.

—¡Sí lo es! —rebatió Lurleen con su voz chillona.

—Uno se siente acusado sin pruebas —dijo Trevor Land.

—No estoy acusando a nadie —replicó Julia—. Solo intento entender. Quiero saber qué le pasó a Gina Joule.

—Lo mismo que nosotros —dijo Danny Weiss, y miró a los otros en busca de apoyo.

Julia se dirigió a Vera.

—Ignoro qué pintan los demás, pero tú ayudaste a Kellen, ¿no es así? Lo ayudaste a recabar información sobre el Landing. Tal vez Gina te caía bien porque... no sé, porque estuvo en tu tienda la noche en que murió. Creo que es a ti a quien Kellen llamaba la Dama Negra. —La cara de Vera mostró una leve reacción—. Era una de sus bromas.

—Uno no sabe muy bien qué decir... —comentó Trevor Land.

—Contadme la verdad. Por favor. Solo quiero saber lo que vosotros sabéis.

—Podríamos provocar mucho dolor en ciertas personas —dijo Danny.

—Si te refieres a los Joule, ya sé que participaron en el encubrimiento. Lo que no sabía hasta esta noche era a quién encubría la ciudad.

Trevor Land sacudió la cabeza.

—Yo conocía bien al joven Malcolm. Apreciaba a esa niña. Incluso organizó los equipos de búsqueda.

—La línea que separa el aprecio del deseo...

Julia no pudo terminar la frase. El ayudante de Whisted se puso en pie.

—No es tan lista como se cree —dijo, y avanzó hacia ella.

—Hay gente que sabe dónde estoy —le espetó Julia.

—Me alegro por ellos —repuso, y pasó a su lado en dirección hacia la puerta. Todos vieron cómo se iba.

—Y además... —empezó Julia.

Pero en ese momento oyeron gritar al ayudante.

—¡Eh! ¿Qué es esto? No puede...

Al parecer pudo. El ayudante del senador volvió a entrar en la sala, seguido de un ebrio Anthony Tice con una pistola en la mano.

—Por lo visto tenemos a toda la banda reunida —dijo el abogado.

## IV

Tony el Tramposo quería que le comprendieran. No era un mal tipo, les dijo, mientras movía la pistola con mano temblorosa. Solo quería asegurarse de que el gobierno pusiera los puntos en las tes y los palitos en las íes —estaba algo confuso— antes de despojar a alguien de su libertad. Dijo que sus clientes eran hombres pacientes. Muy pacientes. Y esa paciencia le estaba desesperando. No era culpa suya, aseguró al asustado grupo, del que Julia formaba ahora parte como un miembro más. Pero necesitaba el diario, y lo necesitaba ya, esa noche. Sus clientes le habían hecho saber que el tiempo se le agotaba.

—Me encantaría ayudarle —dijo Trevor Land. Sus manos sonrosadas estaban levantadas, como las de todos los presentes—. Un hombre en apuros es un hermano. Ese es mi lema. Lo que pasa es que no sé a qué diario se refiere, la verdad.

—Sí, sí lo sabes —dijo Lurleen.

Julia pensó por primera vez que tal vez todas las botellas de cerveza vacías fueran suyas.

—Ignoramos dónde está el diario —dijo el ayudante de Whisted—. Lo queremos tanto como usted.

—Mentís —aseguró el abogado—. Si no tuvierais el diario, ella no estaría aquí. —La pistola se movió hacia Julia—. Ha resuelto todas las pistas, ¿no es así, Julia? Y no quiere que la denuncien. Así que...

Una piedra atravesó el cristal de la ventana que quedaba detrás de Anthony Tice, quien se giró y se agachó como haría un experto pistolero.

—¿Crees que te tengo miedo, Bruce? —gritó Tice—. Mis clientes se te comerán vivo.

Silencio. Tice sacó el móvil, pulsó el botón de llamada y esperó, pero no pasó nada. Miró al grupo y, todavía agachado, volvió a intentarlo. Nada. El móvil parecía no funcionar.

Levantó el arma e hizo tres disparos, muy rápidos, a través de la ventana, que resonaron con fuerza en el estrecho vestíbulo.

—Cabrones —murmuró, y volvió a intentar hablar por el móvil.

El ayudante del senador escogió ese momento para levantarse, pero, aun estando borracho, el abogado era demasiado rápido para él y al instante lo tuvo encañonado con la pistola.

—No —dijo Tice.

Julia vio algo, y se puso en pie.

La pistola siguió su estela de inmediato.

—Siéntate —dijo Tice, pero antes de que pudiera terminar la palabra, una figura pequeña y ligera había entrado por la ventana, Tice estaba tendido en el suelo y Jeremy Flew tenía en las manos la pistola de Tony el Tramposo.

## Partidas

## I

—Fue toda una experiencia —dijo Julia—. Lo de tener un guardaespaldas. Nunca había tenido uno.

—No creo que lo hubieras necesitado nunca antes.

—Siento lo del spray.

Mary Mallard caminaba junto a ella. Estaban en el enorme vestíbulo de la estación de trenes.

—No lo sientes tanto como yo —dijo con una risa amarga. Se cargó al hombro la bolsa de fin de semana—. ¿Estás segura, Julia? ¿De que era solo un guardaespaldas? ¿Nada más?

Julia la miró. Las dos mujeres frenaron el paso y unos pasajeros impacientes las empujaron al adelantarlas. El agua que se escurría de las botas y los zapatos convertía el resbaladizo suelo en un peligro.

—¿Qué otra cosa se te ocurre?

—Tu amiguito Bruce Vallely...

—¿Mi qué?

—Lo siento. Bruce, tu buen amigo. Tenía en la cabeza que Jeremy Flew podía andar metido en algo malo. Y, además, ¿por qué iba Lemaster a instalar a un guardaespaldas en la casa? —Levantó la mano—. Espera, ya lo sé. No puedes contármelo, ¿verdad?

—Exacto.

—Pero se me prohíbe escribir sobre él.

—Así es.

—Creo que el trato está algo desequilibrado a tu favor.

—Creo que tu tren está a punto de salir.

En el andén, Mary insistió de nuevo.

—Escúchame, Julia. No. Límitate a escucharme. Creo que Tice está loco. Loco. Sí, representa a unos clientes que han estado presionándolo... que no dudarían en cargarse a quien sea. Pero ¿de verdad crees que él mató a Kellen? Piénsalo. Sus clientes querían comprar lo que Kellen vendía. ¿Por qué iba a matarlo? Julia se encogió de hombros.

—Muy bien —prosiguió Mary—. Podría haber atropellado a Brady o pagado a alguien para que lo hiciera. Necesitaba sus expedientes para contentar a sus clientes.

Eso lo admito. Pudo haber introducido el programa espía en tu ordenador. Incluso tal vez sobornar a una de tus ayudantes. —A Julia no le costó nada identificar a cuál—. O tal vez entró y lo hizo él mismo. Solo por el intento de asesinato de Brady ya se enfrenta a varios años de cárcel. Pero, Julia, que cometiera uno de los crímenes no significa que cometiera también el otro, ¿no crees?

Silencio. Una gélida lluvia de invierno les salpicaba la cara.

—La policía piensa que tiene al asesino. Tony no abre la boca. Pero tú no lo crees ni por asomo. Estás convencida de que el asesino sigue libre. Que es alguien a quien aún no conocemos.

Pero en los ojos de la escritora se barajaban posibilidades más jugosas. Tu marido, decía aquella sombría cara de pato. Tu misterioso señor Flew. ¡Quizá incluso tú! Julia le sostuvo la mirada, ocupada en sus propios pensamientos. Había preguntado a Jeremy por qué no había detenido a Mary Mallard la noche en que esta entró en el archivo. Él había argüido otras obligaciones que no estaba capacitado para desvelar. Tal vez. Pero otra posibilidad era que el mundo del que procedía Flew fuera el mismo por el que Mary, y su red de informadores, se movía habitualmente. Quizá ya se conocían y se debían favores.

O quizá la paranoia fuera contagiosa.

—He hablado con una colega tuya, Suzanne de Broglie. Sus padres eran muy amigos de los de Gina. Suzanne me contó que, según su padre, Merrill Joule hizo un pacto con el diablo. Creo que sabes a qué se refiere, pero no vas a decírmelo, ¿verdad?

—Perderás el tren.

—No pienso dejar de investigar, Julia. Nuestro trato no incluye los hechos que averigüe por mi cuenta. Esta historia se ha convertido en algo demasiado apetecible. —La abrazó de todos modos—. Con o sin tu ayuda, descubriré quién lo mató.

—Y escribirás un bonito libro sobre ello, ¿no?

—A eso me dedico. —La escritora vaciló—. También he estado hablando con Tessa. Me ha contado lo que hubo entre tú y Kellen. Vuestra historia. Y Julia... Lo siento. Nunca había pensado en lo duro que todo esto debe...

—Estoy bien, Mary. De verdad. Créeme. —Pero no podía dejar de preguntarse con quién más habría hablado su ex compañera de cuarto, ni de maravillarse ante cómo el tiempo puede hacer madurar algunas amistades, y también pudrir las mejores—. Saluda a Tessa de mi parte.

Mary subió al tren. Julia retrocedió.

—Que tengas buen viaje —dijo.

—Julia...

—¿Sí?

—Si crees que el asesino sigue suelto... Si continúas con la búsqueda... —Levantó ambas manos y sacudió unos imaginarios pompones en el aire—. Ra, ra, ra.

## II

Vanessa la esperaba en el Escalade. Las dos fueron a almorzar a uno de sus restaurantes favoritos de la ciudad, al que Lemaster llamaba «quiche-express».

—Gracias, cariño —dijo Julia.

Enarcó las cejas en un gesto idéntico al de su padre.

—¿Por qué?

—Bueno, en primer lugar, por ser la persona tan especial que eres. En segundo, por ayudarme con los juegos de palabras de Kellen. Creo que se te dan mejor que a él. Y, por último, por conseguirme el aparatito de Smith.

Ambas sonrieron. Julia sabía que Tice no podía haberlo hecho todo solo. Vigilarla aunque fuera solo de vez en cuando, preocupado como estaba por el juicio que le aguardaba, habría sido demasiado trabajo. Tenía que tener al menos un cómplice. Cuando Julia fue a casa de Vera para pedirle explicaciones por ayudar a Kellen en su intento de poner fin a la injusticia cometida con DeShaun, y Tony se presentó de improviso creyendo que la solución al misterio tenía que encontrarse allí, Jeremy Flew apareció casi al mismo tiempo. Tony usó el teléfono móvil para pedir ayuda; o, mejor dicho, lo intentó. Para su desesperación, no consiguió realizar la llamada.

Smith había construido un silenciador, un aparato electrónico que interfería en la capacidad del móvil para sintonizar la señal de la torre de repetición más próxima. Como había señalado Vanessa, los silenciadores que trabajaban mediante interferencias eran ilegales en Estados Unidos, pero eran los más eficaces. Solo con uno de esos podía estar segura de que funcionaría.

Ella sabía que Jeremy, que actuaba solo, podía derrotar a cualquier hombre sin problemas. Y así había sido: había dejado fuera de combate a Tony Tice sin causarle daños mayores, sin ni tan siquiera derramar una gota de sudor.

—No voy a preguntarte de dónde lo has sacado —le había dicho Julia a su marido.

—Ni yo pienso decírtelo.

Aunque Lemaster negaba en redondo que Jeremy fuera un guardaespaldas. Era solo un ayudante más, y, si por casualidad tenía otras aptitudes útiles, pues mejor para todos. Después de la detención de Tice, Flew había presentado su dimisión con carácter inmediato e irrevocable. Jeannie se quedó destrozada, y ahora, en su honor, insistía en que la llamaran solo «Jeans».

Sentada a la mesa frente a su hija mayor, Julia le preguntó por su nueva psiquiatra, Sara Jacobstein, afiliada a la facultad de medicina y amiga de la familia de la época en que vivían en la ciudad. Su marido había estudiado derecho con Lemaster.

—¡La adoro! —exclamó Vanessa con alegría, y Julia la creyó a pies juntillas.

Siguieron hablando del instituto, y del Tal Casey, que volvía a rondarla, y de las



posibles universidades donde proseguir sus estudios. Pero Vanessa dijo que era mejor no albergar demasiadas esperanzas: había que esperar a ver dónde la admitían.

Sara Jacobstein tenía mucha paciencia, dijo Vanessa.

Y luego, ¿cómo no?, se pelearon, como hacen todas las madres e hijas.

—Creo que ha llegado el momento de que me cuentes cómo entró Kellen en casa —dijo Julia en voz baja.

—¿En casa? —Los ojos, demasiado abiertos, delataban una excesiva sorpresa.

—Para plantar el sobrecito debajo del piano o dondequiera que lo guardara. ¿Estabas allí cuando lo hizo? ¿O le prestaste una llave?

—No y no.

Julia se inclinó hacia su hija.

—Vamos, cariño. Puedes contármelo.

Vanessa se echó hacia atrás, se subió una rodilla al pecho y empezó a mecerse despacio.

—Te lo estoy diciendo. ¿Por qué iba a dejarlo entrar en casa o darle mi llave? Me perseguía. Era asqueroso. No quería tenerlo cerca. —Su estremecimiento de repulsión parecía sincero—. Te aseguro que lo último que me apetecía era quedarme a solas con él en una casa vacía.

—Entonces, ¿cómo entró?

—Pensaba que tú tendrías la respuesta a eso —dijo Vanessa, y la frialdad volvió a instalarse entre ellas.

### III

Dos tardes después, quedó con Bruce Vallely para tomar café, esta vez sin esconderse, en la cafetería del centro del campus, el mismo lugar al que solía ir con Kellen. Saludó sin el menor asomo de embarazo a Alice Henner, una Perla Negra que daba clases en el departamento de historia, porque en algún momento de los últimos tres meses había decidido no volver a avergonzarse nunca.

Era Bruce quien parecía incómodo.

Tras unos minutos de charla cortés, Julia le recordó su promesa de dejar de seguirla. Él le aseguró que su único interés había sido mantenerla a salvo del pequeño Flew.

Ninguno de los dos se creyó ni una palabra.

Durante un rato permanecieron sentados contemplando las leves variaciones del tiempo, lo que hizo recordar a Julia el ejemplo que ponía a los estudiantes de octavo curso para explicarles la diferencia entre tiempo y clima: el clima era todo lo que podían conseguir en el supermercado, y el tiempo lo que habían metido en el carrito en un día concreto. En esos momentos su vida pasaba por una racha de mal tiempo, lo

que no significaba necesariamente que el clima fuera malo.

—Ha sido divertido —dijo Bruce.

—¿El qué?

—Conocerte un poco. —Se rió—. A pesar de que eres frustrante y mandona.

—No creo que seas el tipo de hombre al que es fácil mandar.

Al comprender hacia dónde se dirigía esta clase de conversación, ambos decidieron dejarla. Bruce formuló una pregunta que era otra versión de la planteada por Mary: ¿creía ella que Tice era el culpable?

Julia respondió con una pregunta propia: ¿había conseguido arreglar la cita con Rick Chrebet para obtener la información que quería?

—Sí —dijo él con la voz teñida de duda—. Pero no puedo asegurarte que vaya a decirte lo que quieres saber.

—Lo hará.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Aquella sonrisa ladeada, tan llena de energía y confianza.

—Tal vez no sea del dominio público, Bruce, pero puedo ser de lo más seductora cuando me lo propongo.

Una vez fuera, Bruce vio cómo Julia entraba en el Escalade y se fundía con el tráfico que iba hacia el Landing. Gwen Turian salió de un cercano portal.

—Misión cumplida —dijo.

## El duelo

## I

El cuarto sábado de febrero llamó Frank Carrington para decir que había recibido un segundo espejo federal con motivos náuticos para reemplazar el que ella había roto, y Julia le dijo que se pasaría aquella misma tarde. Ya habían hecho las paces desde la discusión que tuvo lugar en casa del anticuario. Llegó justo antes de que cerrara porque había tenido que acompañar a Jeannie de la clase de ballet a una fiesta de cumpleaños, y también porque pensó que a esa hora era menos probable que alguien los interrumpiera. Al aparcar echó un vistazo al otro lado de la calle, pero Vera estaba de vacaciones. Nadie recordaba cuándo se había tomado unas por última vez. Lurleen Maddox, que había vendido a Kellen el espejo de mano barato, estaba cerrando la puerta de su establecimiento.

—Me alegro de que haya podido venir —dijo Frank con su habitual agitación nerviosa—. Será solo un minuto.

Ella se quedó esperando junto al mostrador, intrigada aunque no realmente sorprendida de que Frank no hubiera llegado a cumplir su amenaza de abandonar la ciudad. Trajo el paquete de la trastienda, desenvolvió el espejo y lo depositó sobre el vidrio para que pudiera examinarlo.

—Tiene una grieta —dijo ella—. Mira.

—No cuesta mucho arreglarlo.

De todos modos negociaron un buen descuento.

Mientras Frank envolvía de nuevo el espejo, Julia dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Estuve hablando con Rick Chrebet, el inspector que llevó el caso de Kellen.

—Ya. He oído que han arrestado a ese abogado.

—Sí. Pero... tengo una duda, Frank. Durante la investigación Rick se dejó caer un día por mi despacho y me habló de unos dulces que yo le había enviado a Kellen el día de su cumpleaños. También comentó que Kellen le envió a mi hija esos mismos dulces.

—Ajá. —Se giró para pasar la tarjeta de crédito.

—Bueno, pues ahora viene el detalle curioso. No envié los dulces a través de la tienda de Vera, sino por correo interno del campus. Nadie sabía que se los había enviado excepto Kellen y yo. Y desde luego Kellen era el único que sabía que se los

había reenviado a mi hija. Ni siquiera Vanessa sabía de dónde procedían.

Le tendió el recibo para que lo firmara.

—¿Está segura?

—En fin, pregunté a Rick Chrebet cómo se había enterado de lo de los dulces. ¿Sabes qué me dijo?

—No.

—Me dijo que se lo contaste tú.

Los ojos de Frank, irritados y levemente entornados, se posaron en ella.

—¿Yo? ¿Cómo iba yo a saber algo así? Vi a ese hombre una sola vez cuando entró en la tienda a...

—A comprar el cheval. Lo sé. —Estampó su firma en el recibo—. En cualquier caso, me parece que Vera Brightwood no pudo ser la única colaboradora de Kellen en el Landing. La especialidad de Vera son los rumores; él necesitaba también a alguien que conociera los hechos.

—Eso tiene su lógica.

—Por ejemplo, un ex policía que trabajó en el caso de Gina Joule...

Volvió a asentir con la cabeza.

—Tiene su lógica —repitió, y le dio la copia amarilla del recibo.

—Habría sido un equipo formidable. Tú, Vera, Boris Gibbs y Kellen a la búsqueda del diario. Para llevar al auténtico asesino ante la justicia. Para limpiar la memoria de DeShaun.

—Supongo que sí.

—Me parece un esfuerzo encomiable.

Una sonrisa nerviosa.

—Me gustan las minorías.

—Ya lo sé, Frank, pero hay un par de problemas.

—¿Problemas?

Con mucho cuidado, Julia calculó el espacio que la separaba de la puerta. Él se hallaba al otro lado del mostrador. Si ella salía disparada, no habría forma de que pudiera alcanzarla.

—Número uno, la Four Mile Road no aparece en ningún mapa o GPS. De manera que quienquiera que mató a Kellen y lo dejó allí tenía que ser del pueblo. Eso excluye a Tony Tice o a cualquier asesino a sueldo. Número dos, ya he encontrado una gran parte del diario, Frank, y lo he leído. Arnie Huebner decía que con tanto dinero en juego no podía confiar ni en su propia gente. Creo que Arnie temía que uno de sus ayudantes estuviera implicado en el encubrimiento. Tal vez que incluso hubiera sido sobornado. Eso daría al ayudante, si aún estuviera vivo, un poderoso motivo para matar a Kellen Zant, aun cuando fingiera estar ayudándole. El antiguo ayudante de policía pudo pedir a Zant que lo recogiera aquel viernes por la noche, con el pretexto de echar un vistazo a un par de pruebas. Kellen estaba algo preocupado. Quizá incluso empezaba a sospechar, así que intentó dejar algún material en una de las casas

del Landing, pero las cosas no salieron como esperaba. Creo que ese agente lo mató, Frank. Creo que el ayudante lo mató y se quedó las pruebas que Kellen llevaba encima, y luego, al descubrir que el diario no estaba allí, le entró el pánico y, tal vez, reveló a alguien interesado en el caso, yo, por ejemplo, que el diario estaba en algún sitio a la espera de ser encontrado.

Frank asintió.

—Dice que tiene el diario.

—Sí.

—Entonces vayamos a por él.

Su plan de huida no había contado con una pistola.

En ese momento sonó la campanilla de la puerta principal. Ambos levantaron la vista.

—¿Interrumpo algo? —dijo Mary Mallard. Fue entonces cuando vio el arma en la mano de Frank—. ¡Oh, oh!

## II

Subieron al Escalade para que Julia pudiera conducir mientras Frank la apuntaba con la pistola. Él seguía nervioso, pero hizo algunas bromas por el camino para rebajar la tensión. Ninguna tenía la menor gracia. Julia estaba furiosa consigo misma, y no solo porque tanto ella como Mary podrían estar muertas en cinco minutos. Era ella quien había asegurado a Bruce Vallely que podía cuidarse sola. Y sabía que había dejado de seguirla en secreto. Por las carreteras de East Woods el tráfico era tan escaso que el coche de Vallely habría sido visible desde lejos.

Mary, sentada en el asiento trasero con las muñecas atadas a la espalda, había iniciado una perorata del tipo no sabes con quién estás tratando, pero cuando Frank amenazó con amordazarla, optó por callarse. Julia también estaba furiosa con su amiga por reaparecer de repente, pero nada detenía a Mary cuando olfateaba una buena historia.

—¿Adónde vamos? —dijo Frank.

—Querías el diario, ¿no? Pues voy a llevarte hasta él.

La Four Mile Road tenía varias bifurcaciones. Nadie podía seguirles el rastro si no conocía la zona. Frank la conocía; Bruce no. Los móviles no tenían cobertura y los sistemas de GPS ni siquiera conocían la existencia de aquel lugar. Oh, era un plan genial.

—¿Dónde está? —preguntó él.

—Bien escondido.

—Será mejor que no tardemos más de cinco minutos.

—Tardaremos aún menos.

—No le des el diario —dijo Mary, aunque no tenía ni idea de si estaba en poder de Julia o no.

—Te he dicho que te calles —dijo Frank. Miró a su alrededor—. Por aquí solo vive Mitch Huebner. —Se le encendió una luz—. ¿Me estás diciendo que Mitch Huebner ha tenido el diario durante todo este tiempo? —Se rió—. ¡Cabrón mentiroso!

Julia no contestó. Tomó un camino y luego otro, internándose cada vez más en el bosque.

—¿Qué haces, Julia?

Concentrada en la conducción, ella no contestó.

—Vamos, Julia —dijo el ex ayudante de policía—. Por aquí no se va a casa de Huebner. Te has saltado el desvío. ¡Julia! ¿Qué haces? ¡Frena!

Pero ella aceleró. El enorme coche saltaba sobre las zanjas y aplastaba la maleza. Carrington levantó el arma.

—Ya basta, Julia. Estoy impresionado. Pero, la verdad, no tiene ningún sentido. Basta de juegos.

—¡Vas a matarnos de todos modos!

—Si no paras el coche —repuso él con calma—, creo que lo haré.

—Matar es un pecado contra el don divino de...

—Para el coche, Julia.

—Como quieras —dijo Julia.

Con un rápido volantazo, pisó a fondo el acelerador y empotró el coche contra el árbol más grande que pudo encontrar.

### III

El mundo quedó reducido a una simplicidad cristalina.

Frank estaba conmocionado. Julia estaba conmocionada. Mary gemía en el asiento trasero. No llevaba puesto el cinturón, pero el air-bag lateral la había protegido del impacto. Sin embargo, el ángulo que formaba su pierna indicaba una rotura de muy mal aspecto. En el último momento Julia había girado el coche para chocar de lado y no de frente, pero el golpe había sido terrible. El depósito de gasolina había quedado destrozado y flotaba en el aire un intenso olor. Los gemidos de Mary subieron de intensidad. Sin hablar, Julia y Frank consiguieron abrir sus puertas y salieron, tambaleándose, intentando recuperarse. Por extraño que resultara el ex ayudante no había perdido la pistola. A Julia no le importó. No quería la pistola. Lo que quería era el bolso de Mary Mallard, y lo encontró en el suelo del coche.

—Muy bien, Julia —dijo Frank, jadeante—. Ha sido divertido. Ahora se han acabado los juegos.

—¿Quién está jugando?

—No lo hiciste por miedo. Ni por diversión. Lo hiciste porque sabes algo y no quieres que yo lo averigüe. ¿Qué es?

Julia no dijo nada. Agachada junto al coche, rebuscaba en el bolso de Mary mientras la gasolina iba formando un charco sobre la nieve. Recordaba la clase de ciencias del instituto y algo que le había dicho Vanessa después de la visita a Frank, algo sobre Hechas y armaduras.

—Deja de fingir, Julia. Levántate. No estás herida. —Entonces vio lo que hacía su rehén—. ¡Y tira ese bolso!

Julia se levantó. En Las manos tenía el encendedor de Mary Mallard.

—Mi amiga fuma demasiado —dijo Julia.

—¿Qué?

—Quiero que bajes el arma, que te des la vuelta y que camines hacia el bosque, en esa dirección. —Señaló un sendero que se alejaba del camino principal—. Y que cuentes hasta... mil.

Frank negó con la cabeza y mantuvo la pistola en el aire. En la otra mano tenía una linterna que se había sacado de algún bolsillo. Podría serle útil ahora que caía la noche. La confianza que mostraba en sí mismo era sorprendente.

—Haz lo que te digo —insistió ella.

—Y si no, ¿qué?

Ella encendió el mechero. El anticuario retrocedió de un salto.

—¿Has visto alguna vez una explosión de gasolina, Frank? ¿Hasta dónde alcanzan las llamas? ¿Hasta dónde se extienden? ¿Lo has visto?

—¿Qué vas a hacer, Julia? ¡Tira ese encendedor!

—No. —Lo sostuvo más alto y luego lo dirigió hacia la gasolina que corría por todas partes—. Voy a dejarlo caer.

El bosque estaba en silencio. Al menos de sonidos humanos. Los animales surcaban la maleza. El viento hacía crujir las ramas. La gasolina seguía goteando.

—No lo harás, Julia. —Pero ya no parecía tan seguro—. ¿Quieres quemarte viva? ¿Quieres que tu amiga del coche se quemé viva?

—¿Cuál es la otra posibilidad?

—La otra posibilidad es acabar de contar lo que estabas explicando antes de estrellar el coche y decirme dónde está escondida la otra pista. Después desapareceré de tu vida. —Sonrió—. ¿O acaso no mentías sobre la casa de Mitch Huebner? Te diré una cosa. Vayamos a verlo. Si el diario está allí, llamamos a urgencias para que recojan a tu amiga y yo me esfumo. Si no es así, si me has mentado... bueno, entonces ya se verá.

Julia negó con la cabeza. La mano que sostenía el mechero estaba agitada por un intenso temblor. A lo lejos se oían sirenas.

—No. No puedes dejarme con vida. Sé demasiado.

—¿Qué sabes, Julia?

—Demasiado —repitió ella.

En el coche Mary sollozaba de dolor y Julia comprendió que si esto no terminaba pronto, ella acabaría contagiándose del llanto.

—Estamos perdiendo el tiempo, Julia. Deja ese mechero. Vayamos a buscar el diario. Luego conseguiremos ayuda para tu amiga.

—No. —Dio un paso adelante—. Si me disparas, caerá. Lo ves, ¿no?

Estaba claro que lo veía. Se apartó.

—Sigues demasiado cerca.

—Julia, por favor. Piénsalo. Tú no eres como tu marido. Tú no crees que el mundo sea tan simple, que en él solo haya dos modos de hacer las cosas: el mío y el equivocado. El mundo es complejo. Tú eres consciente de los matices. No eres una heroína de cómic...

—Voy a contar hasta cinco, Frank.

El ex ayudante de policía bajó la pistola. Sonrió.

—Mira, Julia, aunque sepas la verdad, o creas saberla, ¿quién va a creerte si decides contarla? El mundo está demasiado dividido, Julia. Nadie se preocupa por la verdad con mayúscula. Solo se preocupan por lo que conviene a sus intereses o perjudica a los del contrario.

Volvió a sacudir la cabeza. Julia se negaba a creer que el mundo fuera tan cínico. Había quien creía en la verdad.

Tenía que haber gente así.

Y los ojos preocupados de Frank decían que también él lo creía.

—Vete —ordenó ella en voz baja—. Vete. Por favor. Márchate de aquí.

—Julia...

—Voy a contar hasta cinco. Luego dejaré caer el mechero.

—No serás capaz.

—Uno. —El temblor de la mano había desaparecido. Las sirenas anunciaban que la ayuda llegaría en cuestión minutos—. Dos.

—No lo harás. No matarás a tu amiga. Quieres ver crecer a tus hijos.

—Creo que no vas a permitírmelo de todos modos. Tres.

—El suicidio es un pecado —probó él, atacando el otro flanco de Julia.

—Cuatro. —Julia elevó el mechero, asombrada ante el poder palpitante de su brazo—. Será mejor que empieces a correr, Frank.

—Es un pecado contra el don divino de la vida, al igual que el asesinato...

—Cinco.

Ella abrió los dedos.

El lugar donde Frank Carrington había estado era ahora solo un montículo de nieve y maleza aplastada.

El instinto llevó a Julia a intentar agarrar el mechero. Su torpeza natural lo impidió.

El mechero cayó encendido sobre el charco de gasolina.



## El test de ciencias

### I

A ojos del lego, y a veces a los del experto, el conocimiento científico difiere poco de la fe religiosa. Creemos en ello, en ausencia de mayor análisis y de pruebas que lo sustenten: es decir, no nos preocupamos de estudiar las pruebas por nuestra cuenta, sino que confiamos en los sumos sacerdotes para que nos digan que esto es así y esto no lo es. Y a veces los sumos sacerdotes no saben más que nosotros, aunque su desapasionada instrucción conforme los patrones a través de los cuales contemplamos el mundo. Si están en un error, nosotros también.

El mechero cayó.

Prendió una llama, súbita y anaranjada.

Se extendió, reptando como una serpiente.

Julia retrocedió de un salto.

El fuego centelleó, silbó y luego se extinguió, tal y como Julia, antigua maestra de ciencias, sabía que pasaría. Los sumos sacerdotes de Hollywood se equivocaban siempre, como podían atestiguar todos los profesores de ciencia de Estados Unidos, aunque no se atrevieran a explicarlo por miedo a que alguien lo intentara. En las películas, los coches chocan y explotan. Los héroes disparan contra los coches y estos explotan. Los coches se despeñan por precipicios o edificios y explotan. En la vida real la gasolina no suele explotar a menos que esté confinada, e, incluso en ese caso, solo después de que el vapor haya generado la presión adecuada, pero nunca si acumula demasiada. La gasolina no arde con facilidad, sobre todo en condiciones climáticas de frío.

Frank Carrington había visto demasiadas películas.

### II

El único problema de la teoría de Julia era que estaba incompleta. Como la explosión no se había producido, Frank no tardaría en volver. Y de muy mal humor.

Julia decidió no quedarse a esperarlo.

Se dirigió corriendo hacia el coche, pero con los airbags desplegados no se pondría en marcha. Se inclinó y tomó el pulso a Mary, y le dio un beso en la mejilla.

La piel estaba húmeda de sudor. La escritora ya no lloraba. Julia no sabía si seguía consciente. Le apretó la mano. Había mucha sangre.

—Escúchame —le dijo—. Oigo sirenas. Alguien viene hacia aquí. Te ayudarán. O si no, yo buscaré ayuda. Pero no puedo quedarme aquí.

Un apretón como respuesta, y los ojos que se abrieron durante un segundo.

—Vete —susurró Mary.

—Lo siento.

—Eso no me hará ser más encantadora. —Se rió. Soltó un gemido de dolor. Los ojos se cerraron y volvieron a abrirse—. ¡Vete!

Julia se fue.

Frank Carrington había salido huyendo por donde habían venido, así que Julia decidió adentrarse en el bosque, abriéndose paso a patadas entre los bancos de nieve y los altos matojos. Dos minutos después ya no veía el claro que había dejado atrás. Un minuto más tarde estaba perdida. Genial. Simplemente genial. Justo lo que le hacía falta. Supuso que Frank habría dado la vuelta y que acabaría topando con él en su intento de escapar. Debería haberse quedado donde estaba. Las sirenas tenían que ser su salvación.

Aun así siguió corriendo; cayó, se levantó y corrió un poco más, sin rumbo fijo; lo único que sabía era que no se atrevía a parar: la nieve se le metía en las botas y en la ropa, y muy pronto le heló la piel. Reía o lloraba, era lo mismo; había eludido la muerte por arma de fuego y por suicidio, solo para acabar muriendo congelada.

Buscó el móvil, pero se había quedado en el coche.

La carretera. Vio la carretera. No, era otra: el desvío que ella había decidido no tomar.

Y entonces oyó los disparos. Un par, resonando en el bosque. Un segundo después animales y pájaros emprendían una ruidosa huida.

Julia se dio la vuelta: decidió seguir a la fauna que, con su perfecto sentido de la orientación, seguro que sabía cuál era el camino más seguro.

Se le ocurrió que los disparos iban dirigidos a ella.

Frank Carrington sabía dónde estaba.

Corrió. Huyó del pasado y hacia el futuro; huyó del Clan, del corazón de la blancura y del mundo de expectativas y de esperanzas. Huyó de su marido y hacia sus hijos, de su trabajo y hacia sus sueños. Huyó: sus pies resbalaban sobre la superficie, en su carrera desesperada por el bosque, y el frío le helaba los huesos por culpa de toda la nieve que se le había colado a través de la ropa. Pero aun así huyó, huyó y siguió huyendo.

Tropezó y cayó en una zanja.

Intentaba levantarse cuando oyó a su espalda pasos que crujían sobre la nieve.

—Vaya. Ha sido divertido —dijo Frank Carrington, pistola en mano—. Siempre había oído que era una gran maestra de ciencias.

## El corazón de la blancura

### I

Lo peor de todo, como se apresuró a comentar Frank alegremente, era que estaban a poco menos de un kilómetro de la cabaña de Mitch Huebner. Julia le rogó que pidiera ayuda para Mary, pero Frank le dijo que era culpa suya por haber estrellado el coche. Cuando intentó desafiarlo, él le juró que, si no lo acompañaba a casa de Huebner, le pegaría un tiro en la espalda y la dejaría desangrarse hasta morir, y que luego volvería al coche y haría lo mismo con Mary.

—Eso es inhumano —dijo Julia, incapaz de encontrar una frase más ingeniosa.

—Vamos, ¿no has leído nada de historia? Es de lo más humano.

De manera que avanzaron por los bancos de nieve que cubrían el bosque, evitando las carreteras. Frank había pasado a estar al mando porque conocía el camino. El trayecto se hizo interminable; ella tenía los pies tan fríos que apenas sentía los dedos, pero tampoco importaba: estaba demasiado aterrada para preocuparse de eso.

—Ese Zant era todo un personaje, ¿verdad? —dijo el asesino—. Nos ha despistado a todos.

—Sí, todo un personaje —dijo Julia, aunque Frank no estaba de humor para ironías.

—Era todo un carácter. Un showman. Me caía bien.

—Ya lo he notado.

—No tenía elección, Julia. Lo había descubierto todo. —Se enfureció de repente, tal vez porque detectó una objeción que ella no había llegado a expresar—. Yo era un crío, Julia. ¡Tenía veinticuatro años! ¡No pueden hacerme responsable de lo que hice con veinticuatro años!

—Tenías unos cuantos más cuando mataste a Kellen —murmuró ella.

Avanzaron, pasaron frente a árboles nevados que ocultaban sus oscuras historias en la noche. Kellen, que en el fondo siempre había sido un chico de campo, afirmaba amar la nieve. Decía que la amaba por su aleatoriedad. Por el hecho de que nos necesitaba para darle un sentido. En el mundo de Kellen nada tenía un propósito o un significado distinto al que él decidía. Toda la creación era nueva y flamante para Kellen, porque no le importaban las opiniones ajenas. Esta ligereza, este rechazo despreocupado de las convenciones, había servido para atraerla hacia él, porque lo veía como un gesto de rebeldía ideológicamente excitante, antes de comprender, tras

años de compartirlo con otras mujeres, que Kellen no era más que un narcisista, y de convencerse, años después, de que había algo malvado en él.

—Ya hemos llegado —dijo Frank Carrington con la misma alegría desquiciada.

Se hallaban en el sendero que conducía a la desvencijada y vacía cabaña. Como ella esperaba, Mitch Huebner estaba ocupado quitando la nieve de algún camino.

—Hace años que no vengo por aquí —dijo Frank—. La última vez que vine fue para darle un cheque. Ese viejo cabrón amenazaba con no volver a despejarme el camino.

—Entiendo que pagar por los servicios recibidos puede ser una gran molestia.

—Realmente no sabes cuándo parar, ¿verdad?

—No. Últimamente, no.

Frank Carrington puso una mano en su hombro para que se detuviera. La luz de la linterna se paseó por el patio, alumbrando los haces de troncos esparcidos, las ventanas rotas de la oscura cabaña, la caseta del perro... la caseta del perro.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Goetz —dijo Julia, nerviosa.

—¿Un perro?

—Sí.

—¿Eso es una cadena?

—Sí.

—No me gusta nada su aspecto. Quizá debería matarlo de un tiro.

—Es hembra. —Julia había recobrado parte de su aplomo.

Se dispusieron a cruzar el patio. Cuando llegaron a los escalones, la perra gruñó. Frank miró al animal de reajo, iluminó la cadena con la linterna y murmuró para sus adentros.

—Debería haberla matado.

—Por mí adelante.

—¿Qué pasa? ¿Tienes algo en contra de los perros?

—Solo en contra de esta. La última vez que vine me atacó.

Ella notó su frío escrutinio en la oscuridad y se preguntó si habría hablado demasiado. Pero Frank se rió.

—Ya sé lo que haré. Si intentas jugármela, te arrojaré a la perra para que se dé un buen festín. ¿Qué te parece?

Su estremecimiento era auténtico.

—Entremos.

Llegaron a la puerta.

Julia, por prudencia, no tocó el picaporte.

—Suele estar abierta —dijo ella—. ¿Quieres entrar primero?

—¿Acaso tengo cara de imbécil?

—¿Estás seguro?

—No pierdas más tiempo, Julia. Abre la puerta.

Ella asintió, tragó saliva y puso la mano en el picaporte. Sin los guantes lo notó resbaladizo, un ser vivo que se retorció y jadeaba en su mano como un pez moribundo. Lo giró y empujó.

Silenciosamente, Goetz se abalanzó sobre ellos.

## II

Frank fue muy rápido. En menos de un segundo se dio media vuelta, se agachó y dirigió el cañón hacia la fiera; y habría tenido tiempo de sobra, le habría volado la cabeza a la enorme perra, si Julia no le hubiera estropeado la jugada golpeándolo con fuerza en la oreja con una pala: la misma que había empuñado sin mucho éxito en su primera visita a la cabaña del señor Huebner.

El antiguo ayudante de policía no estaba herido, pero sí aturdido, y los dos disparos erraron su objetivo. Agarró el tobillo de Julia con mano temblorosa y con la suficiente fuerza para derribarla, aun cuando en ese momento Goetz cayó sobre su estómago. Tras disparar otro tiro, soltó la pistola, y el hombre gritaba, y chillaba, era horrible, el peor sonido que ella había oído en toda su vida, y se tapó los oídos y se arrastró, con las piernas doloridas de la caída, lejos de Frank. Deseaba que este recibiera su merecido, quería ser la fuerza del castigo y la decisión terrenal, quería ver su carne ensangrentada y mutilada por lo que le había hecho a Kellen y a su propia familia, y rezó con toda su alma para que le diera fuerzas para odiar a su vecino, para contemplar con indiferencia, o incluso con satisfacción, cómo Goetz lo desgarraba hasta la muerte.

Y no pudo hacerlo.

No podía dejar que el hijo de otra madre muriera así.

De rodillas, empuñó la pala y la estrelló contra la cabeza de Goetz...

... no fue suficiente...

... Frank gritaba, se arrastraba, indefenso...

... había sangre por todas partes, chorros negros a la luz de la luna...

... ella nunca había visto nada igual...

... golpeó a la perra una y otra vez, como una posesa, y quizá en alguna ocasión falló el golpe y se lo dio a Frank por error, y quizá en alguna otra le dio a propósito, la pala girando y girando en el aire sin parar...

Julia se detuvo.

La perra estaba muerta.

Se sentó en el porche.

Todo había terminado. Por fin.

O no del todo: bajo el cadáver magullado de la perra, algo ensangrentado y peligroso empezaba a surgir.

Frank Carrington estaba vivo, pero cuando ella lo miró a los ojos vio en ellos algo inhumano. El no dijo nada: esbozó una sonrisa de terrible mezquindad en su rostro amoratado y lleno de sangre, y consiguió ponerse en pie, arrastrando un pie en un ángulo imposible. La mano, goteando sangre, se aferraba a la pistola.

Cuando por fin abrió la boca, Julia oyó el sonido hueco y sepulcral de la voz de todas sus pesadillas hecha realidad.

—Julia —masculló aquella cosa, jadeando, con la boca empapada en sangre—. Eso no ha estado bien.

Se acercaba hacia ella, la pistola temblorosa en sus manos, pero Julia era un blanco demasiado fácil. Abandonada ya de fuerza y coraje, se echó hacia atrás y se resignó a su demoníaco abrazo.

«No seas tonta, hermanita», le dijo su hermano Jay desde el fondo de su corazón.

Julia se levantó y salió corriendo.

### III

Huir a pie por la nieve solo conduce a la libertad del loco. Julia se percató de ello a los diez metros de carrera. Bajo la refulgente luz de la luna, sus pisadas resaltan en relieve negro sobre la resplandeciente corteza blanca del suelo. Si Frank Carrington es capaz de andar a una velocidad razonable, no tendrá el menor problema en seguirla. Ella no tiene tiempo para analizar su situación, así que se pone en manos de ese instinto que tantas veces la ha protegido.

El instinto la advierte de que vaya hacia los árboles, donde la penumbra dificultará que un hombre con prisa distinga sus huellas. Usar el móvil sería el recurso más fácil, pero está dentro de la guantera del Escalade. Los árboles son, pues, la única esperanza.

Le oye gritar a su espalda y también cree oír un coche que frena, pero no se atreve a detenerse.

Ha llegado al bosque. Un pie, otro pie. Pasa rauda ante los árboles, prestando atención a su perseguidor, pero solo oye los rumores nocturnos del bosque: los diminutos animales que se arrastran hacia un lugar seguro, la brisa que agita las ramas heladas. Corre. El bosque es un lugar mágico que parece reaccionar ante su presencia con alerta y preocupación, inseguro de si es amiga o amenaza. Pero si no creyera que los fantasmas son siempre creación de adolescentes obsesivas, Julia no tendría ninguna duda de que la acechan en el bosque. Cuando se vuelve a mirar nunca hay nadie, ni nada: solo un atisbo de luna entrevista entre las ramas... y el brillo lejano de las farolas.

Julia tropieza y se da cuenta de que ha llegado a una cuneta, de que ahora camina sobre asfalto. De repente los árboles ya no son un bosque, sino tan solo estrechas

hileras verdes que separan las casas que se ciernen sobre ella en la carretera. Ha salido a una zona que no reconoce, que no se corresponde con la parte alta de bonitas casas neocoloniales construidas por los neocolonialistas blancos en terrenos que antaño pertenecieron a los nativos.

Basta, se dice, al caer en la cuenta de que está delirando.

En el mágico silencio invernal de la calle, Julia decide que ya resolverá más tarde la ironía racial del momento; ahora se siente aliviada por haber salido del bosque, por tener gente cerca, porque la gente significa teléfonos y los teléfonos significan policía. Corre por la tranquila calle, se acerca a la puerta más cercana, la de una casa azul celeste con bonitas cortinas y un triciclo de plástico medio enterrado en el patio.

Julia golpea con fuerza la puerta, y luego, al percatarse de que llamar a esas horas puede asustar a los residentes, opta por tocar el timbre.

Espera, mirando por encima del hombro.

Nada.

Vuelve a llamar al timbre y luego con la mano. Pide ayuda, primero en voz baja, después a gritos.

Un momento después, una cara pálida con gafas bajo una cabeza llena de rulos se asoma tras las cortinas de la ventana que hay junto a la puerta. Tiene unos enormes ojos asustados, magnificados por los cristales. Un crío se agarra a las piernas de la mujer.

—Por favor, necesito ayuda —grita Julia.

Al ver que la cara no se mueve de la ventana, Julia hace señas para indicar que necesita usar un teléfono y esboza la sonrisa más encantadora que puede lograr teniendo en cuenta que un cadáver andante intenta matarla.

Con ojos alarmados, la mujer dice que no con la cabeza. El niño sigue aferrado a su pierna. La mujer hace un gesto de rechazo y su boca forma las palabras de forma clara para que nadie se lleve a error: «¡Largo de aquí!», grita en silencio. Deja caer la cortina, y Julia retrocede atónita: la ve en la ventana de lo que debe de ser el salón, contemplando con desesperada satisfacción la huida de aquella oscura intrusa.

## IV

Rechazada en dos casas más, perseguida por perros en otras dos, Julia ha perdido ya la esperanza de que alguno de esos propietarios, vecinos del Landing, le ofrezca cobijo —una silla junto al fuego, chocolate caliente, tal vez incluso una pistola— mientras esperan juntos la llegada de uno de los escasos coches de policía de la ciudad. En vez de eso solo ha visto a través de las ventanas cómo los vecinos se alejaban recelosos, como si fuera una terrorista, una enferma contagiosa, una negra. Julia corre hacia la entrada del callejón, lejos de la zona arbolada. Tal vez debería

arrojar una piedra contra un cristal: quizá así los dueños de la casa llamarían a la policía para informar de la presencia de una negra merodeando por la zona; pero ella confiaba en refugiarse en una de esas casas y no se arriesga a rondar por allí a la espera de la policía, con Carrington que podría aparecer en cualquier momento. El teléfono móvil está en el coche. Ella corre, pero no sabe a ciencia cierta de qué huye, o hacia dónde. Ha empezado a caer una ligera nevada, pero, lo que es peor, el viento ha arreciado. Son más de las diez y la situación empieza a parecerle estrambótica. No es posible que se sienta tan desprotegida en la ciudad que ha sido su hogar durante los últimos seis años. La luna, tan brillante hace un rato, cuando Frank, Mary y ella iban en el Escalade, ha desaparecido. No tiene forma de saber si aún la persigue, o, en caso de ser así, lo cerca que puede estar. Solo sabe que no se atreve a dejar de correr.

Porque es eso lo que hace ahora: correr, no andar. Correr sobre la nieve crujiendo con sus botas altas, temiendo caer a cada paso. Al abandonar la manzana en forma de U, se percata de que la sección residencial es mayor de lo que creía: una sucesión de manzanas de casas idénticas, como galletas de madera. Debe de estar en Cromwell Woods, el único barrio de este tamaño de la ciudad, bautizado por algún constructor anglófilo, inculto en temas de historia, en honor del lord protector regicida que tiranizó Inglaterra en nombre del pueblo. Recuerda que Cromwell Woods consta de al menos un centenar de casas, a un precio asequible para trabajadores de la clase media, y que la ciudad luchó con todas sus fuerzas para mantenerlos alejados.

Ahora no, Julia. Ya pensarás en ello luego. Concéntrate.

¡Tienes que salir de aquí!

Un barrio en el que no vives resulta un lugar salvaje y aterrador, sobre todo de noche y a pie. No te suenan ni las casas, ni los árboles, ni las personas. No sabes los nombres de las calles que, en Estados Unidos, se parecen todos: Belmont llega hasta Park y esta a Colony. Ningún constructor ha puesto nombres como Wojtyla, Montanez o Chen. Es como si la nación entera, fuera cual fuese su raza, ansiara vivir en un barrio blanco y protestante. Julia Carlyle solía anhelarlo también; sin embargo, ahora que vive en él, en momentos adversos lo encuentra falto de generosidad, o, lo que es lo mismo, falto de significado.

Ha dejado de correr, porque está cansada y porque tampoco sabe qué dirección tomar. Todas las calles parecen iguales. Siempre que cree haber encontrado la salida, se encuentra de nuevo de vuelta hacia los árboles, y hacia Frank. Siempre que cree haber doblado una nueva esquina, mira el rótulo y se da cuenta de que ya ha estado allí antes. Las piernas le dicen basta. Los muslos le dicen que sus órdenes ya no serán cumplidas. Se le ocurre que morir a manos de Frank Carrington es preferible a muchos otros destinos, como por ejemplo seguir andando bajo este tiempo inclemente. Ahora la nieve cae con más fuerza, y Julia supone que, si se sentara en algún minúsculo patio de una de las casas donde la rechazan, tardaría poco en morir congelada. Tal vez no fuera tan malo.

Se sienta.



Frío, pero soportable. Pronto acabará. Por fin.

«Levántate, Julia».

Vete. No existes. No eres más que un mensaje de la otra mitad de mi cerebro. Un regreso a los tiempos atávicos, cuando el hemisferio izquierdo no estaba al mando. Julian Jaynes lo probó, y le creo. Por si no lo sabéis, era psicólogo, y mi hermano y yo fuimos bautizados en su honor.

«Julian Jaynes fue un psicólogo muy inteligente, pero estaba equivocado. Ahora, ¡levanta!».

Se levanta, aunque solo sea para acallar la voz. Pero ahora lleva los pantalones cubiertos de nieve, que pronto se fundirá y le empapará las piernas.

—Más vale que merezca la pena —masculla, pero la voz no contesta.

Da un paso vacilante. Siente el azote del viento helado. Oscilando sobre uno y otro pie, Julia mira a su alrededor en busca de Frank Carrington. Siente su débil cuerpo como un único bloque de hielo. Parece estar helándose de dentro hacia fuera. Intenta recordar la palabra que define este proceso pero no lo consigue. Su cerebro ya ha dicho basta. Está harta de la nieve. Y de la noche. Quizá lo mejor sea sentarse una vez más a esperar que la voz de su cabeza se hiele también.

Entonces ve la peor de sus pesadillas hecha realidad.

Frank la ha encontrado. Está allí, a solo una manzana de distancia, avanzando a trompicones por la calle. Ella ordena a su cuerpo que corra, pero el cuerpo no responde. Frank se arrastra hacia ella, su pie doblándose a cada paso. Nadie abre una puerta. Nadie sale en su ayuda. Oye un grito, pero es solo el aullido del viento.

Se da la vuelta, intenta correr, y consigue dar solo un par de pasos antes de caer en el abrazo frío de la nieve de Nueva Inglaterra.

Frank Carrington se abalanza hacia ella, su parka está llena de sangre, los ojos inyectados en un placer demente, la mano que sostiene la pistola temblando pero apuntando en su dirección. Julia se obliga a incorporarse, decidida a no rendirse sin presentar batalla. Levanta la mano, sin fuerza, sin saber si intenta abofetear o golpear. En cualquier caso, la cabeza de Frank gira hacia atrás con un crujido sordo.

Y luego Bruce Vallely la abraza mientras ella llora, y la aparta del hombre que yace en la nieve con el cuello roto.

## La subasta

### I

Y así la ciudad se vio inundada de periodistas, hordas invasoras al abordaje entre los setos en busca de la entrevista perfecta, encantados ante la posibilidad de celebrar el hecho de que uno de los suyos hubiera puesto su vida en peligro de forma desinteresada con el fin de atrapar al siniestro anticuario conectado con la mafia cuya pista había seguido hasta Harbor County. Se tomaron como una muestra de falta de deportividad que dicha heroína, Mary Mallard, se negara a recibir visitas en la habitación privada del centro médico, un extra pagado por la universidad como muestra de gratitud por los servicios prestados, porque el anticuario en cuestión, el malogrado Frank Carrington, era responsable del asesinato del catedrático Kellen Zant y del breve secuestro de la esposa del presidente de la universidad, Lemaster Carlyle, por quien sin lugar a dudas pretendía pedir un rescate.

La oficina de prensa de la facultad se negó a facilitar entrevistas tanto con la esposa en cuestión como con el responsable de seguridad del campus que había destapado el caso, aunque el cargo que este ostentaba variaba a jefe de seguridad, o algo parecido, según la publicación. En esos primeros días, la exactitud más bien brillaba por su ausencia; de hecho, así siguió hasta el final. Según la prensa, Mary Mallard había sufrido múltiples fracturas y heridas internas cuando, obligada a punta de pistola a conducir el Escalade de la primera dama, había tomado la sabia y valerosa decisión de estrellarlo contra un árbol. Su negativa a ser entrevistada era considerada, no sin envidia, como un esfuerzo para mantener en privado los detalles hasta que llegara el momento de publicar el supuesto libro. El jefe de seguridad de la universidad —o como se llamara su cargo— desempeñó un importante papel secundario, y las hordas pedían a gritos su historia, pero, desgraciadamente, escogió ese momento para tomarse unas merecidas vacaciones, que aprovechó para viajar a Carolina del Sur, donde planeaba comprar una casa para irse a vivir cuando se jubilara. En cuanto a los Carlyle, las hordas invasoras los asediaron durante unos cuantos días. El presidente Carlyle hizo una declaración ante las cámaras, llena de agradecimiento, encanto e ingenio, pero aparte de eso los invasores fueron mantenidos a raya por un batallón constituido por el responsable de información de la universidad, la rama local de algo llamado las Perlas Negras, y por el tándem formado por la prima del presidente, Astrid Venable, y la adusta nueva ayudante de este, Katie Chu, que prácticamente se instaló en su casa mientras duró el asedio.

Varios intrépidos reporteros se dirigieron a Lombard Hall con la intención de entrevistar a Julia Carlyle, solo para encontrarse con la desagradable sorpresa de que esta había dimitido de su cargo. Una declaración de la decana expresaba lo orgullosa que estaba la facultad de contar con Julia Carlyle entre sus graduados y lo agradecida que se sentía por sus servicios, marcados por el coraje y la integridad. Por el tono de la declaración, parecía que Julia hubiera estado en la guerra. Todas las preguntas fueron redirigidas a Iris Feynman.

La negativa por parte de la familia Carlyle o de Mary Mallard a comentar ningún aspecto de los trágicos acontecimientos de aquella gélida noche de Nueva Inglaterra (como dijo un locutor de una cadena por cable) hizo que las hordas estuvieran más ávidas de información. En Tyler's Landing, Vera Brightwood, propietaria de la cafetería Cookies, conciencia e historiadora no oficial del pueblo, concedía una entrevista tras otra. Muchas conocidas de Julia también tenían cosas que decir, sobre todo Tonya Montez, descrita por varios periódicos como su confidente íntima y por una locutora del noticiario vespertino como su prima. La amiga de toda la vida de Julia, Tessa Kenner, ocupó también su cuota de pantalla, y no toda en su propio programa, e insinuó que sabía mucho más de lo que decía.

Mientras tanto, la popularidad del presidente Carlyle en el campus estaba remontando. No es que hubiera cambiado ninguna de las políticas que habían sembrado el descontento entre los estudiantes, pero, bueno... había cambiado el contexto. Ya había dejado de ser el monstruo tiránico apoyado por el ala más conservadora de los ex alumnos. Bueno, en realidad, seguía siéndolo. Pero había ascendido a un nuevo estatus que despertaba la simpatía en el campus: el de víctima. Una víctima real, un afroamericano cuya familia había sido amenazada por un blanco racista. No cabía duda de que la familia Carlyle estaba marcada por el sexismo y la heteronormatividad, y por tanto no era un ejemplo que debiera exaltarse, pero el victimismo era perfecto. (¡Incluso aquellos oprimidos que intentan vivir de acuerdo con las normas ilegítimas de la cultura son aplastados por las fuerzas reaccionarias!). Y así, a pesar de la resistencia de unos cuantos irreductibles, le permitieron unificar los estudios de género y los estudios femeninos. Le permitieron que endureciera la política antidroga de la facultad en lugar de debilitarla. Sin embargo, en primavera, cuando propuso la creación de un comité para que considerara la posibilidad de reinstaurar el ROTC en el campus, las viejas fuerzas opositoras salieron de su letargo: ser una víctima era una cosa, pero permitir la más mínima incursión en el sagrado reducto académico de la organización de formación de oficiales más peligrosa del mundo era algo muy distinto.

Ninguna historia mencionaba al presidente de Estados Unidos, ni a un senador de Nueva Inglaterra que aspiraba a ocupar su lugar, ni a un tenebroso club masculino de Harlem en horas bajas.

Y también se desarrolló otra trama más tranquila, fuera del alcance de la prensa, la de discretos emisarios de gente, que conocía a gente que tenía contactos con otra

gente llegados a la ciudad para departir, siempre de forma confidencial, con los Carlyle: para asegurarse de que todo iba bien, para preguntarles si necesitaban algo, para prometerles ayuda en cualquier problema que pudiera surgir, y, de paso, para preguntar si algunos de los rumores que habían corrido en las últimas semanas podrían dejar a uno u otro candidato en una situación...

No, no, y no, dijeron los Carlyle. No entramos en política. Pero si surge algo, seréis los primeros en saberlo.

## II

Mientras tanto, la nueva terapeuta de Vanessa Carlyle anunció que no estaba dispuesta a «curar» a una adolescente de su adolescencia. Soy alguien con quien siempre puede hablar, dijo la doctora Jacobstein. Y en este punto de nuestra relación, no pretendo ser nada más.

Entonces, ¿quién le pondrá los límites?, preguntó Julia, muy sorprendida.

En realidad ese es el trabajo de los padres, dijo Sara.

¿Y qué hay del trauma que subyace a su conducta?

Se acabó, dijo Sara. Julia se quedó perpleja. En los ojos de la psiquiatra había una expresión amable, pero cuando hablaba le recordaba a Lemaster. Te lo explicaría si pudiera, dijo, pero las reglas no me lo permiten. Lo único que puedo asegurar es que el trauma estaba causado por un error de percepción. Algo que Vanessa creía cierto. Ahora ya sabe que no lo era.

Julia preguntó si eso significaba que su hija ya estaba bien.

No, no está bien. Tiene muchos problemas con los que enfrentarse. Pero es fuerte: lo conseguirá.

¿Y Gina? ¿Volverá?

Una sonrisa distante. Tendremos que esperar a verlo, ¿no crees?

En casa, Julia seguía muy pendiente de Vanessa. Esta continuaba leyendo libros de guerra y escuchando cantos fúnebres, y, a altas horas de la noche, seguía bailando con su madre. Cuando Julia le preguntó si era verdad que se sentía mejor, su hija la abrazó y le dijo: Gracias a ti. Julia no supo a qué se refería. Vanessa, con los ojos brillantes, le aseguró que ya lo averiguaría.

Mientras tanto, Jeannie, ahora conocida como Jeans, continuaba empeñada en su búsqueda de la perfección, pero tras unos días de perpleja melancolía, se dedicó a preguntar, primero a su madre y luego a su padre, por qué el señor Flew había dejado de aparecer por casa. Se ha mudado, le recordaron. ¿Mudado adónde?, exigió ella, estampando su pie perfecto contra el suelo, porque quería escribirle; y porque no soportaba la idea de que se hubiera marchado sin despedirse. Julia ignoraba la respuesta y Lemaster no quiso dársela. Jeannie —Jeans— siempre había sido capaz

de engatusar a su padre, quien finalmente, no sin reticencias, accedió a remitir a Flew una carta si ella la escribía. La niña la escribió, él la envió, y tres semanas después llegó la respuesta, dirigida a ella en persona, procedente de una de las más turbulentas ex repúblicas soviéticas.

Los echaba de menos a todos, escribía Jeremy Flew, pero el deber era el deber.

En cuanto a los chicos, Aaron quiso volver a casa para apoyar a la familia en la crisis, pero sus padres decidieron que era mejor que permaneciera en el colegio, cuyo director les aseguró que la Academia Phillips Exeter podía protegerlo de la prensa: habían conseguido el milagro en otros casos de alumnos más buscados. Preston ni siquiera llamó, y cuando Julia consiguió por fin contactar con él, le dijo que se hallaba de camino a Australia, donde pasaría la mayor parte del año en uno de los observatorios más grandes del mundo. Ah, sí, los demás estudiantes le habían comentado que el nombre de su familia aparecía en las noticias, pero él no les había hecho mucho caso: al fin y al cabo, tampoco es que eso fuera una novedad.

¿Te veremos antes de que te vayas?

Me marcho mañana, dijo Preston, pero eso no era ninguna novedad.

Luego, a mediados de marzo, los periodistas desaparecieron, el responsable de seguridad del campus volvió de sus vacaciones y Julia comprendió que había llegado el momento de pasar al siguiente acto.

## ... los mendigos montarían

—Y bien, ¿qué harás a partir de ahora? —preguntó Julia Carlyle—. ¿Cuál es el próximo paso para el gran Bruce Vallely?

Él se sonrojó, se encogió de hombros y bajó la vista, aquellos ojos fuertes y afables. El tiempo se había vuelto una vez más brillante y apacible, como sucedía en ocasiones durante los inviernos de Nueva Inglaterra antes de que los densos muros grises volvieran a cercarlo. Estaban sentados en el lugar donde había empezado todo, la taberna de la carretera 48. La misma multitud despreocupada, la misma comida insulsa, el mismo zumbido molesto de conversaciones intrascendentes, el mismo rocío de nieve, como si el tiempo no pudiera decidirse.

Al ver que Bruce no decía nada y se limitaba a remover el café, Julia dijo:

—¿De verdad piensas jubilarte? ¿Es eso lo que hace la gente cuando ya no les queda espacio en las estanterías donde guardar las medallas?

—No creo que den medallas por... lo que hice.

—Pues deberían —dijo ella de todo corazón.

—Le rompí el cuello a un hombre, Julia. Y a otro... —buscó las palabras—... a otro lo traté de un modo en que Dios nunca querría que sus criaturas se trataran.

Julia supuso que se refería al periodista, o lo que fuera: el hombre que la asaltó en la gasolinera de Langford. Ahora sabía que Bruce había llegado a un acuerdo con los clientes de Tony Tice, y ella incluso le había entregado el sobre de Mona, con su contenido, para saldar su parte del trato. Pero había preferido no indagar mucho más allá.

—Bueno, yo te lo agradezco. —Su rostro dibujó un mohín coqueto—. Y eso que te había dicho que no me siguieras. ¿Cómo me encontraste?

—Había un transmisor en tu coche. —No le mencionó que había sido Turian, su ayudante, la que lo había colocado allí mientras él y Julia tomaban café. Había propuesto a Gwen como su sucesora, pero Lombard Hall se movía a su habitual ritmo glacial—. Estoy bastante seguro de que infringí la ley —añadió.

Por un instante se quedaron en silencio, entre el traqueteo de platos y puertas y el rumor de conversaciones. Por lo que le había dicho Mary y por su propia experiencia, Julia se dijo que Bruce no dejaba que la ley marcara sus pasos. Unos meses antes habría jurado que su marido era todo lo contrario.

—¿Y cómo está Vanessa? —preguntó Bruce.

—Sara dice que se pondrá bien. Que hará falta algún tiempo, pero que se recuperará.

—A su edad se reponen rápido.

—Oh, Bruce, Grace tenía razón cuando hablaba de ti. —Bromeaba, pero a la vez hablaba en serio. La luz de la mañana dibujaba juguetonas líneas en su plato—. Eres un caso perdido en lo que se refiere a los jóvenes. No, Bruce, la adolescencia no es una edad con mucha capacidad de recuperación. Es una edad impresionable, en la que cada grano, cada mala nota, cada romance fallido significa que el universo saltará en pedazos. ¿Sabes qué dice Lemaster? Que Occidente inventó la adolescencia cuando fue lo bastante rico para no necesitar que los adolescentes trabajaran, pero que la inventó mal. Estamos en el modelo 1.2, o algo así. Eso dice Lemmie —repitió Julia, consciente de que el nombre de su marido sonaba extraño en sus labios. Se apresuró a seguir—. La verdad es que Vanessa ha pasado por una época terrible. No llora, no tiene pesadillas, pero ella no es realmente así. Baila al ritmo de cantos fúnebres. Lee libros de guerra. Se ríe, se muestra animada. Pero sufre por dentro. Sé que es así. Y no la culpo. No sé si yo habría sobrevivido a lo que ha pasado ella.

—Entiendo lo que dices —dijo él, con ese estilo lento y pensativo. Sus ojos seguían puestos en ella, y aunque ella se ordenaba desviar la mirada, algo le impedía hacerlo. Se sentía nerviosa y dubitativa—. Tal vez necesita un cambio.

—Había pensado en llevarla a Francia después de la graduación —comentó casi desesperadamente—. Ella y Mona se llevan tan bien...

—No me refería a eso.

—Ya lo sé, Bruce. —La primera oleada de pánico, penetrando en el muro de su aplomo—. Pero es a lo que me refería yo. En este momento es el único cambio que puedo ofrecerle.

Recordó otra frase típica de Lemaster.

—El mundo es como es. No es de ninguna otra forma, es así. ¿Sabes qué solía decir mi abuela Vee? Si los deseos fueran caballos, los mendigos montarían. Pero no lo son. Los deseos no son reales. No guardan relación con... con... —Ella vaciló, confusa ante el dolor que expresaban los ojos del ex policía, y empezó a dar bandazos, a perder el control en una corriente que, hasta hace pocos segundos, fluía tranquila en la dirección correcta—. Somos gente que vive en el mundo real, Bruce. Hay personas que viven dentro del espejo haciendo su santa voluntad, como si sus vidas fueran meros reflejos, nada real. Y hay otras que viven a este lado, que tienen que olvidarse de esos reflejos por mucho que resplandezcan. Eso significa ser adulto, Bruce.

Julia esperó. Había llegado el turno de Bruce. Ella quería que él le declarara sus sentimientos para así poder decirle que Lemaster había conseguido convencerla a lo largo del tiempo de que el deber era más importante. Quería que él hablara de lo maravillosa que podía ser la vida para así poder decirle que ella ya había vivido la vida con alguien inestable y había estado a punto de morir en el intento. Quería que él hablara del futuro para así poder explicarle el futuro que ella planeaba junto a un marido que la había salvado cuando ella más lo necesitaba, y que ahora la necesitaba a su lado.

Bruce habló con suavidad.

—Lo único que quería decir es que tal vez mudarse a Elm Harbor le sentaría bien. Julia lo miró. Él seguía amando a Grace. Se sintió boba, joven y romántica.

Bruce Vallely, obviamente no.

—En realidad —dijo él—, he venido a hablar de otra cosa.

—¿De qué?

—De la noche en que murió Kellen Zant.

Julia se rodeó el cuerpo con los brazos, temerosa ante posibles nuevas revelaciones.

—Frank lo mató —dijo—. Frank Carrington. No quería que el diario saliera a la luz. Luego decidió que debía protegerse...

Y se calló.

—Sí —convino Bruce—. También yo creo que lo mató Frank. Y creo que aciertas por lo que se refiere al motivo. Pero hay una prueba que no encaja en todo esto, y creo que deberías decirme qué hacer con ella. —Sacó el sobre que le había dado Trevor Land—. El registro telefónico de la universidad —explicó él, extrayendo una página—. Las llamadas a un número de teléfono concreto durante la noche en que murió Zant.

—No quiero verlo.

—No quiero enseñártelo.

Pero lo hizo de todos modos. El número en cuestión era el de Lemaster. Había subrayado una llamada que se realizó una hora antes de que terminara la cena en Lombard Hall.

Anthony Tice había llamado a su marido.

Se despidieron en la calle, con un torpe abrazo. Los dos sabían que ese sería su último encuentro.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo ella.

—Claro.

—¿Por qué no has entregado esto a la policía? —Y levantó el sobre.

Él esbozó aquella sonrisa cansada.

—El caso está cerrado.

Bueno, eso no podía negarse. Julia notaba cómo el invierno de Nueva Inglaterra ascendía desde el suelo y se cernía desde el cielo, aferrándose a sus miembros con sus gélidas y familiares garras, decidido a sujetar sus impulsos. Y comprendió, al principio sin mucho convencimiento, y luego con una creciente y firme seguridad, que nunca viviría en ningún otro lugar; que estaba tan firmemente casada con Nueva Inglaterra como con Lemaster; que sus raíces se hundían con demasiada fuerza en la tierra blanda y caliente de donde nacerían los brotes en primavera.

—Te echaré de menos —dijo ella, o quizá lo murmuró.

Aquella reconfortante sonrisa asomó de nuevo a los labios de Bruce; bajó la cabeza y luego, como el buen soldado que siempre había intentado ser, sin más



objeciones ni despedidas, Bruce Vallely obedeció a sus propias órdenes y desfiló hacia su merecida jubilación.

## Calma ilusoria

### I

Junio. Podía decirse que había vuelto la calma en todo, excepto en Julia, que se había pasado tres meses fingiendo que la vida había alcanzado de nuevo la perfección. Las reformas de la vieja mansión de la calle Town, justo al principio de Hobby Road, habían terminado y los resultados, según opinaban todos los críticos de arquitectura, eran impresionantes. Era la mejor obra de Norm Wyatt, en la que se fusionaban de forma sublime y sutil lo tradicional y lo moderno: las maravillas tecnológicas cuidadosamente ocultas, la atención a los curvilíneos detalles góticos de la terraza reconstruida en la parte trasera, y las líneas que conferían a la casa la impresión de emerger del paisaje, de autoproclamar su preeminencia, aunque, en realidad, no era mayor que cualquiera de las otras viejas mansiones a este lado del campus. Lemaster se había instalado prácticamente en abril, a excepción de los fines de semana y alguna que otra noche, y las Perlas Negras bromeaban diciendo que los perfectos Carlyle estaban probando cómo sería la vida si se separaran: era una broma que solo hacía gracia a medias, porque solo a medias era mentira.

Por esa época, Mary Mallard estaba ingresada en un centro de rehabilitación de Maine, cerca de su madre, pero durante toda la primavera Julia iba a visitarla al menos una vez por semana, ya que ambas seguían acercándose poco a poco a la verdad. En una de esas visitas Mary señaló que Kellen tenía que haber contado con una fuente dentro del marco conspiratorio para poder iniciar las investigaciones; y Julia, aunque había procurado ocultar a su compañera el hecho de que la «conspiración» había sido llevada a cabo por un arruinado club masculino de Harlem, sospechaba que Mary lo sabía. Una resplandeciente tarde de primavera, mientras paseaban por el jardín del hospital, Mary mostró a Julia una impresión del Servicio de Anagramas de internet. Una línea aparecía marcada. Julia se paró, avergonzada.

—Lo siento —dijo Mary.

—No puedo creerlo.

—No estoy segura de que eso importe.

En ese momento Mary tenía razón, pero sus razones ponían en peligro la incipiente amistad entre ambas, y la nueva tensión resultó ser más de lo que el compañerismo podía aguantar.

De manera que iniciaron una correspondencia a distancia en lugar de mantener la amistad íntima que ambas habían esperado disfrutar.

En cuanto acabó el curso, Julia y sus hijos metieron en cajas sus pertenencias de la gran casa de Hunter's Meadow y abandonaron el corazón de la blanchura para volver a vivir en la ciudad. Beth Stonington les aseguró, a ellos y a cualquiera que quería escucharla, sobre todo a sus competidores, que el precio de venta superaría con creces los dos millones, tal vez rondara los tres, dado el incremento del precio del suelo en el Landing. Por qué alguien querría abandonar esta idílica existencia para criar a sus hijos en una ciudad moribunda como Elm Harbor era algo que ni Beth ni sus amigos y colegas podían adivinar.

—Es por el trabajo Lemaster, no el tuyo —le había dicho Beth a Julia, pero solo después de estar plenamente convencida de que su cliente no cambiaría de opinión por nada del mundo; no tenía sentido retener la venta solo por ociosa curiosidad.

—También es por mi trabajo —le aseguró solemnemente Julia, pero Beth contó a todo el mundo que sus ojos grises estaban ojerosos e hinchados, como si se hubiera pasado horas llorando. Hubo quien, en broma, lo atribuyó a alergia primaveral, aunque al final resultó ser cierto.

De manera que la familia se instaló. Aaron regresaría en otoño a Exeter, donde las cosas le iban muy bien. La perfecta Jeans había sido admitida en el cuarto curso de la escuela Ogden, el principal suministrador de estudiantes para Hilltop, el instituto privado más exclusivo de la ciudad, y así, siguiendo el cauce en el que parecían decidirse la mayoría de las cosas en esos días, la brillantez de su futuro estaba garantizado.

En cuanto a Vanessa, había sido admitida en algunas universidades, rechazada por otras, hasta que finalmente se matriculó en una de las Seven Sisters, para gran alivio de sus padres. Luego, sin molestarse en pedir permiso, ni en informar a su padre y a su madre hasta tenerlo todo organizado, aplazó el ingreso y anunció que en octubre, cuando cumpliera los dieciocho, se marcharía con Smith a recorrer el país en coche.

—No te está permitido conducir —dijo Lemaster.

—Perdona, papá, pero ya no tienes mucho que decir sobre esto —respondió ella, con una firmeza educada que había aprendido de él, y procedió a citar un relevante fragmento de una obra de George Orwell sobre la guerra civil española con la intención de ilustrar que el significado es dinámico, y que las categorías cambian a medida que los hechos van evolucionando en el baile de la vida—. El soldado que huía no era fascista, así que Orwell no pudo disparar contra él. Y la niña que tiene dieciocho años ya no es una niña, así que no puedes imponerle tu voluntad.

—No hablo en términos legales —replicó malhumorado.

—Pero yo sí. A los dieciocho me convierto en mayor de edad. No soy ningún peligro ni para mí misma ni para los demás. Puedo ir donde quiera y hacer lo que quiera, ¿no? Vosotros me habéis educado. Ahora tendréis que confiar en que lo hayáis hecho bien.

—Sigues siendo mi hija... —empezó a decir Lemaster.

—Pero no en un sentido jerárquico. Tengo que honrarte, según dice la Biblia.

Pero no obedecerte. No cuando sea mayor. —Levantó las manos, con las palmas hacia fuera—. No te estoy desafiando, papá. Voy a hacer lo que tengo que hacer. Lo mismo que hiciste tú cuando decidiste estudiar teología en lugar de empresariales, como querían tus padres.

—¿Qué dice la doctora Jacobstein?

—Que tenga cuidado y me lleve el móvil.

Para sorpresa de su esposa, Lemaster abandonó las grandes reglas abstractas y descendió al mundo de los detalles prácticos.

—Aunque te dejáramos ir, Smith no me parece la compañía más fiable.

—Entonces formamos la pareja perfecta, porque tampoco es que yo sea muy de fiar.

Añadió que, si le gustaba Los Ángeles, tal vez se quedara un tiempo y buscara trabajo, en cuyo caso su ingreso en la universidad se vería aplazado con carácter... indefinido.

—No te esperarán toda la vida —repuso su padre, muy enojado y bastante indefenso.

—Siempre esperan a la persona adecuada. Me lo has dicho centenares de veces.

—Vanessa...

—Es hora de crecer —dijo ella, y se marchó, sin especificar quién de todos ellos necesitaba más ese crecimiento.

Más tarde, Julia se sentó en la cama de Vanessa mientras la adolescente yacía boca abajo programando el DVD portátil. Coalición Arcoiris estaba cómodamente sentado en la ventana, lamiéndose las patas.

—Ya no bailas.

—Estoy harta de cantos fúnebres. Pero aún conservo mis libros de guerra. Se vendrán conmigo. Así que no te preocupes, mamá. Prometo no curarme del todo sin consultártelo primero. —Antes de que Julia encontrara una respuesta ingeniosa, Vanessa le dio un beso—. Es broma. Pero, ahora en serio, algunos libros también desaparecerán. —Miró al gato—. Ojalá CA pudiera venir.

—¿Gina también va? —preguntó Julia con timidez. Al ver que su hija no parecía muy dispuesta a contestar, volvió a intentarlo—. ¿O tal vez todo este viaje ha sido idea suya?

La hija se volvió para mirar a su madre, su cara oculta tras las trenzas, pero Julia estuvo bastante segura de distinguir una sonrisa en sus labios. Luego Vanessa se concentró otra vez en lo que tenía entre manos.

## II

Unas cuantas tardes después, tras haberlo postergado tantas veces como le permitía la

decencia, Julia se dirigió al Landing. Echó un rápido vistazo a la casa para asegurarse de que regaban y cortaban el césped y de que no se había roto nada con el trasiego de agentes inmobiliarios y clientes, y después encaminó sus pasos hasta la calle Main. Había aparcado el Escalade nuevo cerca del Town Green, donde Vanessa había prendido fuego al coche de su padre, saludó a un puñado de sorprendidos conocidos y cruzó la calle. En Cookie's, Vera Brightwood se declaró encantada de verla y empezó a preparar una caja de trufas de capuccino sin esperar a oír lo que quería Julia, y esta la dejó contar los dulces, envolverlos y timarla con la balanza, mientras escuchaba su incesante parloteo sobre lo que la gente de la universidad, mejorando lo presente, le estaba haciendo a la ciudad.

—Quería hablar de lo que pasó aquella noche en tu casa —dijo Julia.

—¿Qué noche?

—La noche en que arrestaron a Tice. Al abogado.

Vera esbozó su aviesa sonrisa de porcelana. Se había enfadado aquella noche al oír en labios de Julia la acusación de que ella era la Dama Negra de Kellen, la fuente secreta que había incitado su búsqueda del diario. Pero no podía haber existido una fuente mejor. Vera conocía los entresijos de la historia de la ciudad mejor que nadie.

—Le he denunciado —dijo Vera—. ¿Lo sabías? Por lo que hizo esa noche. Le dejaré en cueros.

—Creo que antes pasará una temporada a la sombra.

—Es probable —concedió Vera.

—Solo quería hacerte una pregunta.

—Mmm... —Añadió, también sin que nadie se lo pidiera, unas gominolas para el tarro que había en el despacho de Lemaster en Lombard Hall.

—¿Cómo supo Tony Tice que yo iría a tu casa esa noche? Estoy segura de que no me siguió. El hombre que... me protegía se habría ocupado de él. Y Tice no vivía en el Landing. Así pues, ¿cómo apareció allí?

—No tengo ni idea, querida.

—Pues yo creo que sí. Pienso que tal vez todo vuestro grupo estaba allí reunido para vengar a Gina. Sois gente a la que todo el mundo tilda, y perdona que te lo diga, de derechistas a ultranza, pero aun así no os gustaba la idea de que un chico negro inocente pagara las consecuencias de lo que hizo un niño blanco y rico. Creo que cuando descubristeis en qué estaba trabajando, todos animasteis a Kellen Zant. Quizá hubo quien le ayudó de forma indirecta, pero todos le ayudasteis. Y creo que él os traicionó: en lugar de pedir justicia, empezó a pedir dinero.

—Tengo un guirlache de moras con chocolate magnífico.

—Creo que no sois gente violenta. Creo que os sorprendió la noticia del asesinato de Kellen. Os sorprendió y os asustó. Creo que Frank Carrington formaba parte del grupo, y apuesto a que fingió estar tan asombrado como el resto. —Julia sacó el dinero del monedero, pero Vera dijo que invitaba la casa—. La noche en que Kellen murió, Frank tenía que saber que estaba a punto de cerrar un trato para vender el

diario. ¿Cómo pudo saberlo si no era a través de alguien del grupo? ¿De boca del ayudante del senador Whisted, tal vez? También creció en el Landing y quería vengar a dina igual que el resto; tal vez se enteró de lo que pasaba gracias a Astrid y os lo comentó al resto, Frank incluido.

—Nunca quisimos hacerle daño a nadie —dijo Vera después de un momento de reflexión—. Gina era una buena chica, Julia. No como las de hoy día. Una buena chica. Quienquiera que lo hizo merece un castigo.

Observó a su mejor clienta, que, con toda probabilidad, hacía su última visita a la tienda. Su incómoda media sonrisa le recordó a Julia la de Latisha, su antigua ayudante, que por fin había alcanzado un estatus privilegiado en el convenio colectivo después de que Minnie Foxon pidiera el traslado a otro departamento sin dar más explicaciones.

—El que Kellen quería darle —prosiguió Vera—. El que tú quieres darle. Quizá el que tu marido vaya a darle. —Se dio la vuelta y empezó a hacer bolsas de cacahuets garrapiñados—. Pero te equivocas, Julia. No sabíamos nada del diario. ¿Cómo íbamos a saberlo? Sí, tal vez tengas razón: el hombre de Mal Whisted podía haber estado al tanto de su existencia y quizá se lo dijo a Frank. Pero desde luego no lo compartió con el resto de nosotros.

Julia se metió un par de gominolas en la boca. El espejo que había detrás del mostrador le devolvió su imagen con las mejillas sonrosadas. ¿Cuál había sido exactamente la conexión del senador Whisted con el grupo? ¿Ayudarlos o controlar sus progresos? Ella había creído que tenía la secuencia correcta: Frank mata a Kellen para que el diario no salga a la luz y luego acaba con Boris Gibbs cuando este, tras robar el Expediente Vanessa, está muy cerca de obtener los mismos resultados de la investigación de Kellen. La historia no tenía fisuras. Pero ¿era cierta?, preguntó ella a su reflejo mientras Vera disponía y envolvía los dulces. ¿Por qué no había optado Frank por seguirle el juego a Kellen, o si no a Boris, y luego, cuando encontrara el diario, apoderarse de él y destruirlo?

El ayudante, decidió Julia. Solo el ayudante de Whisted podía haber sabido que Kellen estaba en posesión del diario. Si se lo dijo a Frank, lo habría hecho solo con la esperanza de que el ex policía actuara... Pero ¿cómo podía haber sabido el ayudante que Frank estaba implicado? ¿Era posible que la conversación telefónica de Kellen que Tony Tice escuchó la noche en que aquel murió hubiera sido no con Frank Carrington, sino con el ayudante de un senador de Estados Unidos, que quizá lo amenazó con traicionarle, lo que hizo que Kellen saliera corriendo para encontrarse con él...?

Pero tras la superficie del espejo solo se atisbaba un reflejo plateado y más allá no se veía nada.

Mientras tanto, tras el reluciente mostrador, Vera Brightwood volvía a la carga.

—¿Sabes una cosa, Julia? Me alegré mucho de que construyerais la casa en Hunter's Meadow Road. Me sentó muy mal cuando la gente intentó deteneros,

porque siempre he sido una defensora a ultranza de la apertura urbanística...

Julia dijo que tenía que irse a trabajar.

—Los periódicos decían que habías dejado el puesto.

—Tengo otro nuevo.

—¿Haciendo qué? —preguntó Vera, ávida de nuevos cotilleos que contar.

—Enseñar ciencias —dijo Julia.

Ya en el Escalade, subió el volumen de la música y se dirigió a la ciudad, hacia el Nido, hacia la escuela de Miss Terry.

## La maldición del ganador

### I

El sábado llovió. Julia volvió al Cuadrángulo Kepler, aunque no fue para decir adiós. Ya había soportado la fiesta de despedida y había decidido realizar esta expedición durante el fin de semana porque era menos probable que coincidiera con alguno de sus antiguos colegas. No eran mala gente, pero ya no eran su gente. Eran la gente de Lemaster. Parte de su campus. Su ciudad. Su mundo. Ella había huido para refugiarse en el santuario de la facultad de teología después del humillante final de sus años en la escuela pública, pero los santuarios tienden a convertirse en cárceles, y había encontrado el modo de escapar de nuevo.

Había vuelto por una razón.

No necesitó un aparcamiento porque la facultad de teología estaba a una manzana de la mansión presidencial, ni una llave porque un estudiante le sostuvo la puerta. Así debía de haber entrado Kellen Zant la última noche de su vida, tras evadir la vigilancia de Tony Tice y escabullirse hacia Kepler. Había permanecido allí durante casi dos horas, para luego reaparecer. ¿Qué habría estado haciendo a esas horas en la facultad de teología? Los archivos estaban cerrados. Aulas, oficinas, todo le era inaccesible.

Todo excepto la capilla, que permanecía abierta toda la noche.

BCP 83.

Resultaba que, después de todo, había malinterpretado la inscripción que hizo Kellen en Sugar Hill: había supuesto que intentaba decirle el nombre del libro donde había ocultado la tercera pista. Pero el *Book of Common Prayer*, sin más, no la habría atraído de vuelta hacia Dios, tal y como Kellen había prometido. La respuesta no estaba en esas páginas. Pero las páginas aún señalaban la respuesta.

Julia entró en la capilla a través del portalón doble que había en el vestíbulo de Kepler y se quedó en el pasillo de la nave mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, porque la tormenta había oscurecido las ventanas, tanto las del claristorio como las de vidrio tintado. Una joven rezaba en un rincón, entre sollozos intermitentes, pero la antaño decana de los estudiantes no acudió en su ayuda porque interrumpir una plegaria era una falta de consideración. Aparte de ella, la capilla estaba vacía.

Julia caminó hacia el altar. En la página 83 de la versión de 1928 del *Book of Common Prayer*, la única que Lemaster permitía en casa, el cura ha terminado de



consagrar el vino y el pan, y empieza a repartirlos entre los fieles. La noche en que murió Kellen debió de haber recorrido este mismo camino. Incluso habría escogido un lugar para refugiarse, en caso de emergencia. Quizá todas aquellas visitas a la capilla no habían sido realizadas con el propósito de incordiarla.

Al menos no únicamente.

Julia subió los escalones que llevaban al coro. Ante ella se hallaba el altar principal, de recio pino de Nueva Inglaterra, pero le prestó poca atención. En el último momento, Kellen quiso dejar algo claro. El antiguo altar de ladrillo y madera oscura con inscripciones talladas del Evangelio de san Juan estaba en el muro más alejado; en realidad solo se usaba durante las clases de liturgia para enseñar a los futuros pastores lo que no se debía hacer. Era una reliquia de los tiempos en que los sacerdotes de todas las tradiciones ortodoxas daban la espalda a la congregación cuando hablaban a Dios, y se ponían de cara a los feligreses solo cuando hablaban por Dios.

El simbolismo debía de haber resultado irresistible para Kellen. No era un hombre de Dios, pero, por supuesto, su rival sí lo era.

Hablar a Dios.

Dando la espalda a la congregación, Julia permaneció en mitad del altar, frente a la resplandeciente cámara de oro donde, de vez en cuando, la hostia consagrada se guardaba para usos futuros. La cámara estaba cerrada. Palpó la tela que cubría la parte superior —de cuyo nombre ya no se acordaba—, pero no encontró nada. Miró a su espalda antes de empezar a actuar de una forma que podría resultar ridícula. La estudiante llorosa ya se había ido y Julia tenía el santuario —¡otra vez la palabra!— para ella sola. Dio un paso atrás, midió a ojo el lugar donde se ubicaría el sacerdote mientras dejaba el pan y procedía a coger el vino, tomando como referencia los años de misas presenciadas en San Matías, donde el padre Freed solo usaba el altar mayor. Se situó un poco a la derecha del centro, luego se arrodilló y palpó con la mano bajo el altar.

Sacó un grueso sobre.

Lo abrió y palideció.

Imposible. Absurdo. Lo que tenía delante no podía haber sido escondido bajo el altar porque Kellen lo llevaba encima cuando murió. El tiempo no iba hacia atrás. Los muertos no andaban. Esa magia formidable no existía. Ni siquiera aquí, en la capilla de la facultad de teología, donde generaciones de estudiantes y profesores se habían arrodillado para rogar por lo Imposible, Julia Carlyle estaba dispuesta a aceptar una explicación sobrenatural.

Lo que tenía en la mano era el móvil desaparecido de Kellen Zant.

## II

Julia estaba sentada en el Escalade, escuchando sus melodías musicales de fondo y contempló cómo la lluvia empañaba el parabrisas. Le faltaba el aliento y supuso que debía de haber salido corriendo llevada por un terror confuso, pero en ese momento los detalles se le escapaban. Había vuelto a la mansión presidencial y había subido en su coche, y ahora se dirigía a una torre de oficinas del centro donde su marido estaba hablando ante una coalición de organizaciones cívicas locales. Aparcó el coche, avanzó a grandes zancadas por el vestíbulo y se negó a pararse cuando el portero le pidió explicaciones, porque ya no era de las que se detenían ante nada. En la planta superior, haciendo caso omiso de los ruegos del jefe de camareros, cruzó el restaurante hasta llegar al enorme comedor privado de la esquina. La adusta ayudante de Lemaster, Katie Chu, le aseguró que el presidente estaba a punto de concluir su intervención, pero Julia no se detuvo. Se situó al fondo de la sala, con un semblante igual de adusto. Varias cabezas se giraron. Ella siguió inmóvil, mientras su ropa goteaba sobre el suelo de madera, con el pelo hecho un desastre, sin preocuparse de que los invitados murmuraran que la primera dama de la universidad estaba tan loca como su hija. Lemaster se hallaba ante un atril. Sus ojos se posaron en ella, pero no más de lo normal. Hizo unos cuantos comentarios jocosos, todos se rieron, y luego se dedicó a estrechar manos mientras se abría paso entre las mesas. Besó los helados labios de su esposa, pasó un brazo por detrás de su espalda sin que ella lo quisiera, y la sacó de la sala mientras Katie Chu se quedaba atrás para disculparse en su nombre.

Bajaron en silencio hasta que Julia, consciente de que jamás ganaría una batalla de paciencia contra su marido, no pudo controlar más su ira. Apoyó la cabeza en su hombro. Él le acarició el cabello mojado.

—He encontrado el teléfono —dijo ella.

—Supuse que lo encontrarías.

—¿Lo sabías? ¿Lo de BCP 83?

—Me lo contó Cameron.

—¿Todavía cree que puede chantajear a... quien sea?

Lemaster puso un dedo bajo la barbilla de Julia y le giró con dulzura la cara hacia la suya.

—Creo que por fin lo ha entendido.

—Porque solo los Emperadores pueden hacerlo —sugirió ella, pero habían llegado al vestíbulo y un par de asistentes rezagados que se habían perdido el discurso deseaban estrechar la mano del diminuto erudito negro que era el hombre más poderoso del condado.

Su marido, cual miembro de la realeza, aceptó los respetos del vulgo como si se tratara de una obligación. Julia se preguntó si sería también el hombre más poderoso del país. O uno de ellos. Durante un instante se sintió henchida de orgullo, menos por su marido que por su gente, y sobre todo por un desconocido club social de Harlem: como solía decir la abuela Vee, los caucásicos no saben de lo que somos capaces.

Juntos salieron hacia la tormenta. Lemaster había venido con Katie Chu, de

manera que él y su esposa volvieron juntos en el Escalade.

—¿Qué fue lo que escondió Kellen? —preguntó Julia, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo, la música favorita de su marido resonando desde los altavoces—. En la capilla. Antes de que te lo llevaras. ¿Qué había allí?

—Nada importante —dijo él, tras una breve consulta con el pequeño árbitro que habitaba en su cabeza—. Kellen creyó que tenía la prueba definitiva, pero se equivocó.

—¿Qué era, Lemmie?

—¿Qué era el qué?

—La prueba. El excedente. ¿Qué ocultó en la capilla?

Esta vez la espera fue más larga. Julia se irguió. Supuso que no iba a contestarle. Fuera la lluvia arreciaba y el viento volcaba los cubos de basura y las pequeñas estatuas de jardín: era la versión estival de la tormenta de invierno que enmarcó el principio de todo lo sucedido. Se preguntó desde qué momento su marido se le había anticipado y cómo conseguía que la mentira pareciera un acto natural y correcto.

—Un billete de tren —dijo él.

—¿Disculpa?

—Eso fue lo que ocultó Kellen debajo del altar. Un billete de tren, solo de ida, de Elm Harbor a Boston, fechado el dieciocho de febrero de mil novecientos setenta y tres.

Julia se mordió el labio.

—La prueba de cuál de los chicos fue a pedir consejo a Dennison. El que mató a Gina.

—Supongo que eso creyó Kellen.

Ella hizo la siguiente pregunta en el tono más natural que pudo adoptar.

—¿A nombre de quién iba?

Estaban en casa. Aparcó el Escalade con una limpia maniobra en el garaje de dos plazas, que era algo más pequeño que el que poseían en el Landing, aunque ya se habían deshecho del Volvo.

—¿Qué más da? —dijo él por fin.

—Pensé que querías estar seguro de que chantajeabais al hombre adecuado.

—Todos lo eran —dijo Lemaster, y bajó del coche. Julia se tomó un tiempo para recuperarse y luego, haciendo un gran esfuerzo, le siguió.

### III

Se sentaron en el nuevo estudio de Lemaster, que ocupaba la mayor parte de la tercera planta. El teléfono de Kellen estaba encima del escritorio, entre ambos. Julia no preguntó cómo había llegado a manos de su marido. No quería saber hasta qué

punto penetraban los tentáculos de ese desconocido club de Harlem en los entresijos de la vida de Harbor County, o del mundo. Quería que él le narrara la historia. No le cabía la menor duda de que lo haría: si no, no habría dejado el teléfono en la capilla para que ella lo encontrara.

—Cometí un error —reconoció Lemaster, dando un sorbo al vino que ella había traído—. Un error natural, supongo, dadas las circunstancias, pero un error de todos modos. Y ese error llevó a otros y... bueno, hasta aquí.

Julia no dijo nada. La tormenta amainaba ya, a través de la ventana se distinguían las torres góticas de la universidad en lo alto de la colina. El campus de su marido.

—El Tal Casey es un mentecato —prosiguió él mientras jugueteaba con el resbaladizo teléfono plateado, girándolo una y otra vez—. Sin sangre en las venas. Eso me quedó claro desde el principio. Sí, puede que juegue a ser el poeta rebelde para impresionar a nuestra hija, puede que finja ser un inconformista, pero no es como Smith. No es como Vanessa. Nunca quebrantaría las reglas, y menos en pleno período de admisión en la universidad. Es demasiado ambicioso, Jules. Sí, su madre es decana de la facultad de derecho, pero yo soy el presidente de la universidad. No se hubiera atrevido a provocar que sacara mi lado malo. Era perfectamente consciente de que a Vanessa no le estaba permitido subir a su coche. No importaba lo que ella suplicara ni lo que le prometiera. Le habría dicho que no. El Tal Casey no trajo a Vanessa a casa la noche en que mataron a Kellen.

Los ojos de Julia dejaron de mirar a través de la ventana.

Lemaster asintió.

—¿Recuerdas cuando Casey te contó que Vanessa solía escaparse cuando salían juntos? Creo que el chico intentaba transmitirte un mensaje. Tú también lo crees, ¿no es verdad, Jules? —No aguardó a que ella expresara su acuerdo—. Te estaba diciendo que ella escapó la noche en que murió Kellen. Él no quiso verse involucrado en las implicaciones que eso conllevaba, así que te lo soltó a ti, y tú, con buen criterio, decidiste no profundizar más. Pero ambos sabemos que eso es lo que pasó. Y ambos sabemos cómo llegó Vanessa a casa aquella noche, ¿no es así?

Ella bajó la mirada hasta su regazo. Le temblaban las manos, el mismo temblor que a veces embargaba a su hija. Se cubrió una con la otra, pero no consiguió detener el temblor. Un zumbido que nació en el fondo de su cerebro se convirtió en una alerta que puso en tensión todo su cuerpo.

Mientras tanto, Lemaster había abierto el teléfono móvil. Lo encendió, aguardó a que el software se pusiera en funcionamiento y luego apretó la tecla que mostraba la lista de últimas llamadas. Lo empujó hacia Julia y ella posó los ojos en él, sin atreverse a tocarlo con sus dedos temblorosos. La última llamada recibida por Kellen procedía de un número que ella reconoció: el de Frank Carrington. La penúltima era de un número que reconoció: el de Vanessa.

—Mira la hora —dijo Lemaster.

Julia lo hizo. Las ocho y diecisiete.

—Esa fue la llamada que atendió Kellen mientras estaba en la calle Main con Tony Tice —dijo Lemaster—. La llamada por la que Kellen obligó a Tony a bajar del coche. La llamada que le impulsó a salir corriendo.

Julia encontró su voz.

—Pero, tal y como lo contó Tony, daba la impresión de que quienquiera que estuviera al teléfono le estaba amenazando. Kellen parecía muy preocupado y Vanessa no tenía nada con que asustarlo...

—Oh, claro que sí.

Claro que sí. Era tan simple. Tan claro.

Aquella noche Vanessa quería algo de Kellen y, de no conseguirlo, le contaría a su padre las atenciones que le había profesado.

Pese a todo, Julia no lograba comprenderlo todo.

—Pero ¿qué...? ¿Qué podría querer ella de él?

Se paró. El tiempo retrocedió. Mary Mallard mostrándole el anagrama. Más atrás. Más atrás. La obstinada insistencia de Vanessa en la cocina de Hunter's Heights de que había sido DeShaun, y nadie más que DeShaun, quien mató a Gina. Atrás. Más aún. El empeño de Vanessa en escribir un trabajo dedicado a probar ese mismo punto. Más. Más. El fuego que calcinó el Mercedes de su padre el día del aniversario de la muerte de Gina Joule, el punto álgido de una locura que había empezado en cuanto comenzó a investigar los hechos acontecidos aquel día de San Valentín de tres décadas atrás. Su mente volvió a avanzar en el tiempo, hasta la noche en que Janine Goldsmith se quedó a dormir, y Julia y Lemaster, tendidos en la cama, hablaban de los motivos para matar a Kellen: Lemaster había dicho que su asesino no tenía por qué haberle odiado para hacerlo.

¿Qué otra razón podía haber?, había preguntado Julia.

La respuesta de Lemaster restalló ahora como un latigazo: «Maximización racional del interés propio».

Y otra imagen, aún más dolorosa: Vanessa, en la puerta de San Matías aquel horrible domingo, sacándose de la manga el nombre de Malcolm Whisted en un esfuerzo desesperado por desorientar a su madre, que se acercaba demasiado a la verdad. Julia dijo ahora:

—El blog de Vanessa, «GAINFUL NONSENSSES». Es un anagrama.

—Sí. Esa canción: «SINFUL SANE N.E. SONG».

—No solo de eso. —Ella garabateó las palabras que le había señalado Mary Mallard: «GINA FLEES NUN'S SON». Lemaster enarcó sus espesas cejas—. Fuiste a un colegio católico, Lemmie. Y eras huérfano. ¿Lo pillas? ¿El hijo de la monja?

—Sí —dijo él en voz baja.

—Esa es la razón. Ese es el trauma de Vanessa. Lo que casi le hizo perder la cordura hace un año y medio. —Julia arrugó el papel—. Creyó que tú habías matado a Gina Joule. —Agarró la hoja y la hizo trizas, luego se levantó y cruzó la estancia para arrojar los pedazos en la trituradora que Lemaster tenía convenientemente cerca

—. Ese era el trauma. Ese era el gran secreto. Te estaba protegiendo, Lemmie. El trabajo. El contundente rechazo a considerar que pudo haber sido alguien que no fuera DeShaun. Las pruebas estaban delante de sus narices. Pensó que habías sido tú.

—Preston le metió la idea en la cabeza —dijo Lemaster en tono inexpresivo—. Y así continuó la cosa hasta... bueno, hasta los últimos acontecimientos.

Julia cogió el teléfono móvil y presionó una tecla para que la pantalla se iluminara. Se lo acercó a la cara, mirándolo muy fijamente, hasta que Lemaster se lo cogió con dulzura de la mano. Él cerró el teléfono, lo apagó y le quitó la batería. Sacó un martillo de un cajón. Destrozó la carcasa, sacó el chip de memoria y lo aplastó también. Apartó los trozos a un lado. Al percatarse del malestar que embargaba a su esposa, puso las manos sobre las de ella y esperó.

—Así que se trataba de esto —dijo Julia—. Pensé que protegías al presidente, o a Mal Whisted, o a los Empíreos y su estúpido plan. Pero era a Vanessa. —Se le nubló la vista—. No querías que nadie supiera que había estado en el coche de Kellen aquella noche. Para amenazarlo. Para dejar claro que, si le contaba a alguien que lo había hecho su padre, ella le acusaría delante de todo el mundo de haberle prestado atenciones... —No se atrevía a pronunciar la palabra—. Atenciones indebidas. Si alguien se hubiera enterado, habrían creído que ella... Oh, Lemmie. —Julia se enjugó las lágrimas—. Hiciste que alguien robara el móvil, tal vez te deshiciste de todos los registros que la compañía telefónica debe de tener guardados en su búnker. ¿Cómo pudiste hacerlo, Lemmie? ¿Tienes esa clase de... —buscó la palabra—... autoridad?

Julia se había puesto en pie. No recordaba el momento en que se levantó, pero se estaba alejando de su marido y se hallaba ahora junto a la ventana, observándolo con una mezcla de horror y admiración, aterrada por sus conclusiones, amándolo por el uso instintivo del poder que los Empíreos habían puesto a su disposición: el uso del poder para proteger a los suyos.

—¿Vas a tener problemas? ¿Por aprovecharte del poder que te ha sido confiado por ellos? ¿Por los Empíreos?

—Supongo que sí, si llegan a enterarse. —Por fin, sonrió—. Siéntate, Jules. Siéntate y bebamos otra copa de vino.

## IV

—No puedo contártelo todo, Jules. Ni siquiera ahora. Pero sí, tengo unas cuantas pruebas en mi poder. No las pruebas a las que se aferran los Empíreos, como el original de la confesión de Jock. —Sus dedos tamborilearon sobre las páginas—. Unos cuantos artículos de mi propiedad. Para mantener a mis amigos a raya. A mis antiguos compañeros de universidad. Al fin y al cabo, si lo piensas bien, un buen día podrían hartarse e intentar librarse de mí. Los Empíreos no me vengarían, ¿sabes? Su

objetivo es a largo plazo. Se centran en el futuro de la nación oscura, no en la preservación de Lemaster Carlyle. De manera que he ido guardando estas cosas. Cada año deposito una carta nueva en manos de mi abogado en la que explico dónde se esconden esas pruebas. Scrunchy lo sabe. Mal también. Son hombres poderosos, pero se mantienen alejados de mí. De mí y de mi familia.

—Pero Jeremy estaba aquí por si cambiaban de idea.

—Bueno, sí. O por si alguno de sus hombres, que no estuviera familiarizado con las reglas, se pasaba un poco de la raya. Al principio solo quería tenerlo cerca. Pero en cuanto me di cuenta de lo nerviosos que estaban todos... bueno, opté por que se quedara en casa, o por que siguiera a quien saliera cuando le fuera posible. Y también tomé otras medidas. No importa cuáles.

Otras medidas. Lo comprendió de repente. Trevor Land. El padrino de Gina. Trevor había sido el hombre de Lemaster desde el principio. A través de Trevor, Lemaster había implicado a Bruce en la investigación, consciente de que una vez empezara no cejaría en su empeño, que las rondaría a ella y a Vanessa hasta que obtuviera respuestas, y que sería un formidable aliado en caso de peligro. Todo ello sin despertar las sospechas que habría provocado contratar a un guardaespaldas.

—Si tenías todo esto escondido —dijo Julia—, ¿cómo lo encontró Vanessa?

—Siempre lo he guardado en mi estudio, dentro de un armario cerrado. Un par de meses después de que Vanessa volviera de Francia, llegué una noche a casa y me percaté de que la cerradura había sido forzada. Te aseguro que me entró el pánico. Pensé que habían sido los hombres de Scrunchy. O los de Mal. Pero no. Alguien había revuelto los papeles, pero solo faltaba el billete de avión. Tuvo que ser Vanessa.

—Siempre lo encuentra todo —convino Julia. Pero, en su interior, comprendió que por fin iba un paso por delante de su marido. El piano. Kellen nunca había ocultado nada en el piano. No había entrado nunca en casa. Vanessa había sustraído una de las pistas de Kellen y la había escondido allí para que explicara por qué el Audi había derribado las farolas la noche en que la llevó a casa—. ¿Y ahora qué, Lemmie? Tienes a los dos hombres agarrados por el cuello.

—Cierto.

—Pero no pudieron ser los dos. Jock conducía el coche. Mal Whisted estaba borracho y es probable que no recuerde nada, pero su familia no posee la clase de dinero que abría costado una conspiración de tal envergadura. Y Scrunchy... ni siquiera estaba allí, ¿verdad? Pero debió de ayudarnos a encubrirlo. Eso es lo que tienes contra él. O quizá los Empeiros les mostraron pruebas distintas, fabricadas, a cada uno. Y así, tal vez a día de hoy, ambos creen haberla matado. —Iba contando sus conclusiones con los dedos: admiraba la inteligencia, aunque despreciara el acto—. Ese fue el plan de Bay desde el principio. Que todos desconfiaran de todos. Decirles a cada uno de ellos: lo hiciste tú, pero te ayudaremos a encubrirlo, de manera que cada uno creyera que había cometido el crimen. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, los Empeiros no podían saber quién de ellos llegaría más lejos, pero en cualquier caso

todos eran buenos caballos por los que apostar.

—Una apuesta segura. —Lemaster parecía triste—. Durante todos estos años, todas estas décadas, los caucásicos han asumido que están al mando. La ideología de los Empíreos es que no tiene por qué ser así. La nación oscura puede acumular una cantidad ingente de poder, mientras lo haga a escondidas. Los caucásicos nunca tolerarían que ese poder saliera a la luz, pero no pueden luchar contra esa mano que sigue en la sombra.

—Pero si esa mano está... en la sombra... ¿por qué Jock y Mal creyeron que los Empíreos tenían tanto poder?

—Creo que cuando la policía desvió su atención hacia DeShaun, los tres quedaron convencidos de que los Empíreos eran capaces de cumplir sus promesas. Y sus amenazas.

—Y eso fue todo. Firmaron las confesiones. Como niños imbeciles. Firmaron las confesiones: los Hilliman proporcionaron el dinero necesario y, durante todos estos años, Mal Whisted ha estado convencido de que lo encubríais. Igual que Scrunchy. Ninguno de ellos sabía que el otro era sospechoso. Y, como es lógico, despidieron a sus respectivos ayudantes cuando metieron las narices en esto. Les dijiste que lo hicieran y no tuvieron más remedio. Debo de haber sido una idiota por no haberme dado cuenta antes. ¡Oh, Lemmie! ¡Claro que el resultado de las elecciones te importa poco! ¡Los Empíreos ganan de todos modos!

—Recuerda una cosa, Jules: yo me incorporé al plan muy tarde. Las cosas son como son. —Se levantó y fue hacia la ventana. El resplandor de fuera no pareció molestarle—. Dime, Jules, ¿tú qué harías? Si pudieras elegir. ¿Qué querrías que hiciéramos ahora?

—Soltar la presa. Liberar a ambos hombres.

—Creo que eso no va a suceder. En primer lugar, no me corresponde tomar esa decisión. A pesar de mi cargo, soy una pieza menor dentro del plan de los Empíreos. En segundo lugar... hay numerosos costes colaterales, Jules. Hemos llegado demasiado lejos para retroceder ahora.

—¡Vamos, Lemmie! El presidente... Scrunchy, ¡es inocente! ¡Y también el senador Whisted! Estaban borrachos, pero no mataron a nadie.

¿Cómo demonios puedes decir que es demasiado tarde para echarse atrás? ¡Estás chantajeando a dos hombres inocentes!

—Supongo que así es —dijo él, volviéndose hacia su ordenador. Tap, tap, tap.

Ella deseaba golpearlo. Deseaba abrazarlo para siempre. Deseaba coger a su familia y huir a las montañas. Se quedó mirando al hombre que la había rescatado, al hombre que creía más en el deber que en el deseo, y que ahora se debatía entre tantas obligaciones en conflicto que ya no contemplaba la libertad de acción, sobre todo la suya propia.

—Está mal, Lemmie. ¿No puedes ver el porqué?

—No, Jules. No puedo ver por qué está mal. —Por fin alzó la vista hacia ella, con



ojos de profundo cansancio. Asombrada al ver una señal de debilidad física en su marido, Julia dio un paso atrás—. Hace unos meses, cuando creías que el presidente era culpable, parecías satisfecha, reticente, pero satisfecha, de que el curso de acción que habíamos elegido representara un beneficio para nuestra gente. Para la nación oscura. ¿Acaso has cambiado de opinión? ¿No ves que la posibilidad de ayudar a los nuestros es la misma, sin que importe quién cometiera el acto?

Ella se dejó caer en la silla.

Su marido la miró de forma compasiva.

—Me sorprendes, Julia. Me sorprendes. Nuestra oportunidad de hacer justicia a nuestra gente no varía en modo alguno en función de la identidad real de quien cometió un crimen que el mundo entero ha olvidado hace mucho tiempo. Lo que estamos vengando es un crimen de mayor envergadura, Jules. Recuérdalo.

Entonces Julia supo lo que la aterraba. La seguridad que tanto había admirado en él, incluso en los momentos en que rozaba el orgullo, era en verdad el celo del ideólogo. Todos estos años que él había pasado lidiando con la izquierda y la derecha la habían convencido de que Lemaster no poseía una ideología política, aparte de la admiración hacia su propia brillantez. Ahora veía lo mucho que se había equivocado. Su política era la política de la corrección pura y perfecta. Como su filósofo favorito, Isaiah Berlin, había señalado una vez, ninguna otra causa había generado tantas víctimas.

—Pero no puedes pretender que esto se mantenga en secreto para siempre. Más tarde o más temprano saldrá a la luz. Siempre sucede.

—No, Jules. No siempre. El mundo está lleno de secretos que la gente consigue guardar. —Tap, tap, tap—. Este no habría salido nunca si Byron Dennison no hubiera sido tan arrogante. No pudo resistir la tentación. Tuvo que reunirse con el estudiante en persona en lugar de usar a un intermediario. Tuvo que ir al Landing, solo por el placer de ver a los caucásicos bailando a su son. Se olvidó de que nuestra mano debe seguir oculta en la sombra. —La miró—. En fin, ahora vuelve a estarlo.

—¿Y qué pasa con DeShaun? —dijo ella—. ¿Estás dispuesto a mantener esa mentira?

Él no respondió.

—No perderías nada si filtraras que... si de algún modo hicieras saber que fue Jock Hilliman quien de verdad mató a Gina. Eso no liberaría del todo a Mal ni a Scrunchy. Ambos creen que la mataron. Están convencidos de que la prueba de la culpabilidad de Jock es falsa. Creen que esas confesiones que les hiciste firmar...

—Que los Empíreos les hicieron firmar.

—Que tú les hiciste firmar —repitió ella— son suficiente prueba. Supongo que se pondrán nerviosos al ver reabierto un caso cerrado, pero seguirán estando en tus manos.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué clase de hombre eres? —dijo ella por fin. Los pulmones le dolían como si

se estuviera enfrentando a un pico muy alto, aunque no sabía si subía o bajaba—. Vamos, Lemmie, ¿acaso la verdad no te importa?

—La única verdad que importa —dijo Lemaster en un tono suave y solemne— es lo mucho que podamos conseguir para nuestra gente. —Volvió a mirarla—. Te amo, Jules. Te he amado desde el primer día en la facultad de teología. Pero este plan es ahora responsabilidad mía. No puedo retirarme cuando estoy en el umbral.

Abrumada, Julia paseó arriba y abajo por la larga y brillante estancia, sin saber quién era ese hombre. ¿Le había mentado hacía solo un momento cuando le había dicho que era solo una pieza menor del juego? Las dudas de Lemaster parecían haberse desvanecido bajo el resplandeciente fulgor de la creencia ciega. Siempre había podido convencer a cualquiera de cualquier cosa, y se había convencido a sí mismo de que los Empíreos tenían razón.

Probablemente en los últimos diez minutos.

Y lo peor era que ella comprendía su punto de vista. O no. Lemaster tenía razón. No la tenía. Al mundo le importaba. O tal vez no.

—¿Vas a dejarme, Jules? ¿Vas a llevarte a los niños, irte a Francia, llamar a los periódicos y pedirles que rescaten al pobre Scrunchy y al pobre Mal de las garras de un puñado de viejos de la nación oscura, miembros de una diminuta y desconocida hermandad de Harlem que controla en secreto el destino de la nación? ¿De verdad crees que alguien que no sea de la extrema derecha de la extrema derecha creará tal cosa?

—Podría intentarlo.

—Sí, claro que podrías. Y te querré siempre, hagas lo que hagas. —Su tono de voz era muy dulce, el que suele usarse para hablar con los enfermos terminales—. Quiero que te quedes. Te quiero a mi lado. Si no puedes soportarlo, lo entenderé. Pero, por favor, Jules, comprende mi postura. Tengo que llevar a cabo esta misión. Y, si te tengo conmigo, lo haré mejor.

—¿Y Tony Tice? ¿Por qué estabas en contacto con Tony Tice? —Pero ya se lo imaginaba—. Estaba jugando a dos bandas, ¿no? Esto se había convertido en tu proyecto y tenías que protegerlo. Tú y... y Jeremy Flew. Los Empíreos lo enviaron, ¿verdad? Para que se ocupara de nosotros, pero también para controlar todo lo demás. Sabías qué pretendía Kellen. Tenías a Tony para que te informara de hasta dónde había avanzado en su búsqueda, pero Tony vio la posibilidad de sacar dinero y no quiso desaprovecharla. Te engañó. —Otra idea—. Los mil dólares que Tice ha estado donando a la facultad de teología todos los años. ¿Eso también salía de los Empíreos? ¡Oh, Lemmie! ¿Me consiguieron el trabajo pagando? —Desfalleció, y volvió a endurecerse—. Creo que Tony Tice no pasará mucho tiempo en la cárcel, ¿verdad que no? Llamarás a alguien y conseguirás un buen trato. —Vaciló—. Tanto Bruce como Vanessa me contaron que Kellen empezó a trabajar en este proyecto hace un año y medio. Tú todavía estabas en la Casa Blanca, pero los Empíreos necesitaban a alguien que vigilara el tema de cerca. Que lo dirigiera todo. ¿Y qué mejor manera que

nombrarte presidente de la universidad? El hombre más poderoso del condado. ¿Cómo lo hicieron? ¿Obligaron a los Hilliman a llamar a Cameron? ¿Cómo fue?

Cuando él habló, en su tono había un deje de advertencia.

—Fue en aras de la justicia. Eso es todo.

Las preguntas se amontonaban. ¿Frank Carrington había sido el causante de tanta violencia por su cuenta? ¿Jeremy Flew había actuado solo como guardaespaldas o había desempeñado un papel más activo? Y en cuanto a Kellen... ¿cómo podía haberse enterado de tantas cosas en tan poco tiempo? ¿Poseía un contacto dentro de los Empíreos? Pero sabía que su marido no le ofrecería más respuestas. De manera que hizo la pregunta que más le preocupaba.

—¿Quién decide hacer la llamada, Lemmie? ¿Quién decide cuándo usar... esa influencia? ¿Quién es lo bastante sabio?

Lemaster contempló a su mujer durante un instante eterno, luego se puso de pie y rodeó la mesa. Julia se sobresaltó instintivamente, con todas sus sospechas a flor de piel. Él la cogió por los hombros y la guió hacia el cuarto de baño privado del estudio.

—¡Lemmie! ¿Qué haces? ¡Suéltame!

—Mira —dijo él.

—¿Qué?

—Eres tú la aficionada a los espejos. ¡Ahora, mira!

Ella se giró. Y ahí estaba la respuesta a su pregunta, devolviéndole la mirada: la carga secreta que ambos debían compartir.

## EPÍLOGO

### La mansión de todos los caprichos

#### I

Era verano. Julia se encontraba junto a la ventana trasera de la mansión que los Mallard poseían al sur de Portland, Maine, contemplando el Atlántico entre cortinas vaporosas. Las olas, oscuras y majestuosas, azotaban con paciencia las rocas que hoy se enfrentaban con orgullo al envite y que, con el tiempo, como todo lo que parece sólido e inmutable, acabarían convertidas en polvo.

—Y bien, ¿qué se supone que debo hacer ahora? —dijo Mary Mallard, a su espalda. Estaba tendida en el sofá, con la pierna mala apoyada sobre cojines—. ¿Publicar la verdad? Dime, Julia. ¿Qué debo hacer?

—No sabes toda la verdad —dijo Julia después de un momento—. Ni yo tampoco.

—Pero sabemos cuáles son las mentiras.

Julia asintió sin decir nada. La casa pertenecía a la madre de Mary y estaba amueblada con solemne mal gusto yanqui. El patio trasero se extendía hasta la orilla, por donde Evelyn Mallard, emparentada con tantos presidentes que nadie podía llevar la cuenta, paseaba con Jeannie. El sol veraniego de Maine arrancaba destellos de sus finos atuendos blancos. Jeannie —no, Jeans, ahora ya siempre Jeans— se reía: en esta rica colonia costera del sur de Portland había encontrado todo un mundo nuevo que encajaba con su perfección. Aaron, que pasaba el verano en un programa en Babson para futuros líderes del mundo empresarial, había estado allí el fin de semana anterior. Preston había prometido traer a Megan, o a su sucesora, siempre que Lemaster no anduviera cerca, y Julia confiaba en que lo hiciera. Smith y Vanessa habían emprendido a principios de verano su viaje por todo el país, porque sus padres no tuvieron fuerza de voluntad para detenerlas. Las dos (o tres) llamaban de vez en cuando para tranquilizar a sus respectivas familias.

Lemaster seguía llamando para decir que llegaría en unos días, y su nueva ayudante seguía llamando para informar de que volvería a retrasarse.

—Lo he deducido casi todo, Julia. Jock mató a Gina, Whisted estaba con él esa noche, y el pobre Scrunchy estaba en una fiesta de la hermandad, borracho como una cuba. Ni siquiera se acercó a la playa.

—Tal vez.

—Es una gran historia, Julia. Un crimen hace más de treinta años, un chico negro que fue el cabeza de turco y fue prácticamente linchado, y ahora resulta que el

senador Whisted estaba por allí cuando sucedió todo. Una historia fabulosa. Pero no puedo publicarla, ¿verdad? Me faltan pruebas tangibles. No puedo escribir que alguien en algún lugar sospecha que quizá pasó algo, etcétera, etcétera. Tú y yo lo sabemos, pero no podemos demostrar nada.

Hizo una pausa para dejar que interviniera Julia, pero esta no dijo nada. Una súbita brisa marina agitó las cortinas. Arriba, en el cuarto de invitados, había una carta inconclusa que Julia le estaba escribiendo a su madre. También había intentado escribir una a Lemmie, pero no sabía muy bien qué decirle.

Detrás de ella, Mary seguía hablando, quizá para sí misma.

—Además, sabemos que se trata de algo por lo que la gente ha llegado a matar, ¿no es así? Y hablo de matar de verdad. Si lo publicara, enviarían a alguien a matarme, ¿verdad?

—Tal vez.

—¿Y eso no te preocupa?

Julia recordó la conversación mantenida con Vanessa cuando salieron de casa de Frank Carrington, hacía un millón de años.

—Claro que me preocupa. Creo que toda vida es valiosa. —Se mordió el labio—. Pero, Mary, el tema es...

—No me refiero a eso. —La periodista estaba empezando a perder la paciencia—. Hablaba de justicia: ¿no te importa que Whisted nunca tenga que enfrentarse a lo que hizo? ¿Que consiga llegar sin problemas a la Casa Blanca?

—Él no lo hizo. Quedarse dormido en el asiento trasero de un coche no es ningún crimen.

—Pero estaba allí, Julia. Los votantes tienen derecho a saberlo.

Julia se sorprendió de su propia respuesta. Llevaba casi un mes en Maine. Dado que necesitaba una confidente, y a sabiendas de que Mary había deducido gran parte de la historia por su propia cuenta, Julia había compartido con ella muchas cosas, aunque había omitido el papel jugado por los Empíreos y por su marido. Hacía semanas que no veía a Lemaster. Y, sin embargo, ahora defendía su postura. Recordó la mano de su marido en su hombro, obligándola a enfrentarse al espejo, diciéndole que mirara a quién tomaría las decisiones.

—Deja que te cuente algo sobre la justicia —dijo Julia—. Si pudieras escribir sobre Mal Whisted, suponiendo que lo hubiera hecho él y pudieras probarlo, ¿qué sucedería? Iría a la cárcel, ¿no? Recibiría su merecido. Pero ¿dónde dejaría eso a la nación oscura? ¿Por qué no puede tener la nación oscura la oportunidad de recibir lo que merece? Encierra a Whisted y disfruta de la satisfacción de saber que un hombre que cometió un acto terrible hace treinta años está ahora entre rejas. Ya está. Pero si lo dejamos libre para que ascienda, si consigue llegar a la Casa Blanca, tendremos a un poderoso aliado que presionará a su partido en la dirección debida. Puedes hacer justicia con Whisted, o puedes hacer justicia con la comunidad afroamericana. Es así de simple.

—No es simple, Julia. Es... inmoral.

Citó a Astrid.

—No se puede ganar la batalla contra el mal con una mano atada a la espalda.

—¿De verdad crees que Estados Unidos es malo?

—No. Creo que Estados Unidos tiene muy mala memoria.

## II

Malcolm Whisted había ganado las primarias. La prensa seguía encantada con la historia de los dos antiguos compañeros de cuarto que ahora luchaban por la presidencia y, con tanta emoción, no prestaron mucha atención a las varias dimisiones que se produjeron entre el personal de ambos bandos. Todo el mundo intentaba sacar trapos sucios que desprestigiaran al bando contrario: «¡Mira la hoja de servicios de vuestro candidato! ¡La del nuestro sí que es impecable!». Sin embargo, por extraño que parezca, nadie creyó que mereciera la pena remontarse hasta los años de estudiantes de ambos candidatos, tal vez porque tanto los periodistas como los editores y activistas habían vivido también su época estudiantil y preferían pensar que quedaba fuera del escrutinio público. Nadie insinuó ni por asomo el equilibrio de terror perfecto, la posibilidad de que un tenebroso club masculino de Harlem, cuyos miembros estaban limitados por definición a «cuatrocientos caballeros negros de calidad», tuviera en sus manos el futuro de aquellos dos hombres porque poseía pruebas de que ambos habían cometido un asesinato, pruebas en las que los dos creían firmemente, aunque ninguno de ellos fuera el culpable.

Como decía Lemaster, la paciencia puede ser una estrategia en sí misma, y, en este caso, la paciencia de los Empíreos había obtenido su recompensa.

Después de la confrontación final, Julia se había planteado la posibilidad de abandonar a su marido, coger a los niños y marcharse... donde fuera. Su creciente sentido del deber la hizo quedarse. Deber, y también una difusa gratitud. Lemaster era un extraño, pero, al fin y al cabo, la había salvado, y nunca la había traicionado ni herido. Además, había descubierto que el hermetismo y las fuertes convicciones que constreñían la vida de su marido no la afectaban a ella. Él vivía a su modo y ella al suyo. Era algo que podían hacer bajo un mismo techo. Podían avanzar juntos por la vida. Lo habían hecho durante veintiún años, incluso a pesar de los sentimientos que siempre le inspiró Kellen. Podían seguir, y no solo porque Lemaster y sus Empíreos tiraran de las riendas con una voluntad tan opresiva como temeraria. Kellen la había liberado. Cualquiera que fuera su motivo —justicia o celos—, su búsqueda del asesino de Gina y su demente plan para arrastrar con él a Julia habían conseguido liberarla de la cárcel de las expectativas ajenas.

Disfrutaba con su nuevo empleo, y no solo porque se desarrollaba lejos del

campus de Lemaster. Estaba ayudando a gente joven, que tan a menudo eran utilizados tanto por políticos como activistas para favorecer sus intereses. Todos se mostraban compasivos ante su difícil situación, pero limitaban el contacto al estrictamente necesario... siempre que no hubiera más remedio. Julia Carlyle, criada en New Hampshire, se plantaba en la diminuta aula del colegio de Miss Terry, situado en pleno centro del barrio más peligroso de Elm Harbor, compartía sus conocimientos por un salario simbólico y disfrutaba de todos y cada uno de los minutos que pasaba allí. Incluso había asistido alguna vez a los servicios religiosos de la Casa de la Fe, de los que había salido, si no henchida de espiritualidad, sí al menos con la sensación de ser más consciente de cuáles eran las necesidades más acuciantes de la nación oscura, y con la convicción de que ningún partido político, dejado a su libre albedrío, dedicaría algo más que palabras al imperativo moral de satisfacerlas. Estaba claro que en la encarnizada campaña electoral que se desarrollaba esos días nadie abordaba con seriedad temas como la raza y la pobreza: no cuando había temas más importantes de los que ocuparse. Siempre los había. La raza y la pobreza podían esperar. Tal vez por eso Jesús dijo que siempre habría pobres: sabía qué lugar ocuparían en la lista de prioridades políticas incluso dos milenios más tarde. Conforme pasaban las semanas de campaña, lo que Mona había dicho hacía tiempo, citando a algún escritor, resonaba con fuerza en la mente de Julia: los blancos estaban más interesados en conseguir la igualdad para sus esposas e hijas que en lograr la de sus siervos.

Esa era la otra razón por la que no había abandonado a Lemaster.

Se había quedado con él porque pensó que tal vez tuviera razón.

### III

Más tarde en la playa, viendo retozar a Jeans, la niña bonita del Clan, Julia se sentó en una toalla, luciendo sombrero de paja y gafas de sol, y terminó la carta para la abuela Mo.

Querida Mona:

A menudo me he preguntado por qué, de entre todos los sitios posibles, decidiste criarnos en New Hampshire. Disfruté de cada momento que pasé en Hanover, pero tú nunca fuiste feliz de verdad. No estábamos cerca de nada: al menos, de nada del mundo que te había formado como persona, a ti y a toda tu generación, ese mundo con el que querías que tus hijos mantuvieran el contacto a pesar de la distancia. Los veranos eran hermosos, pero los inviernos rozaban el absurdo. La ciudad era maravillosa, pero, como toda Nueva Inglaterra, blanca.

Ahora por fin creo que lo entiendo. Ser una gran persona significa también ser una persona mayor, y ser una persona mayor significa ser una persona con pasado. En el pasado se mezclan grandes triunfos con grandes tragedias. La sabiduría consiste en distinguir unos de otros... y en saber guardarlos secretos. Creo que hiciste que nos mudáramos a Hanover por los inviernos. El tiempo, como la nieve, cubre la verdad. Lo mejor de la vida en Nueva Inglaterra es que la nieve tarda mucho tiempo en fundirse.

Con todo mi amor,

*Julia*

Envió la carta con el correo de la mañana.



## NOTA DEL AUTOR

Los lectores de *El emperador de Ocean Park*, la novela donde aparecieron por primera vez Lemaster y Julia Carlyle, tal vez recuerden a la familia viviendo en un barrio llamado Canner's Point, no Tyler's Landing. Cambié su lugar de residencia por varias razones relacionadas con la trama. Como expliqué en la nota del autor de la anterior novela, Elm Harbor no es un New Haven disfrazado, aunque repito, tal y como dije entonces, que ambas ciudades comparten muchos de sus mismos fantasmas. Idéntica reflexión debe aplicarse a cualquier comparación entre el Cuadrángulo Kepler y la facultad de teología de Yale. Y por supuesto debería ser innecesario añadir, aunque probablemente no lo sea, que a pesar de que algún acontecimiento pueda haber inspirado la historia, esta no es más que eso: una historia, y no pretender ser nada más.

Ni las Perlas Negras ni los Empíreos son organizaciones reales, ni se están basados en ninguna. Ni sus miembros se basan en cualquier otro club masculino o femenino que yo conozca. Siento una profunda admiración por la capacidad que tienen los clubes tradicionales de la nación oscura de mantener sus tradiciones en una época en que la tradición no se valora. La historia de la Dama Negra se sigue contando en Arkadelphia, Arkansas, hoy día, aunque con más detalles de los que aparecen en la descarnada versión que ofrece Vanessa Carlyle en la novela. El Servidor de Anagramas puede hallarse en [www.wordsmith.org](http://www.wordsmith.org), pero, os advierto, puede provocar adicción. La página gainful nonsenses no existe.

La Universidad de Dartmouth no ofrece ninguna licenciatura en económicas, así que Kellen Zant nunca hubiera podido desarrollar sus estudios allí. Podría haber situado su romance con Julia en cualquier otra universidad de Nueva Inglaterra, pero la imagen de Julia abriéndose paso en aquel campus lleno de nieve me resultó irresistible. En 2004 las primarias de Iowa se celebraron a mediados de enero, pero era una fecha demasiado temprana para que cuadrara con mi historia, de manera que me tomé la libertad de postergarlas un poco. También he modificado, espero que no de forma significativa, ciertos aspectos de las campañas electorales modernas.

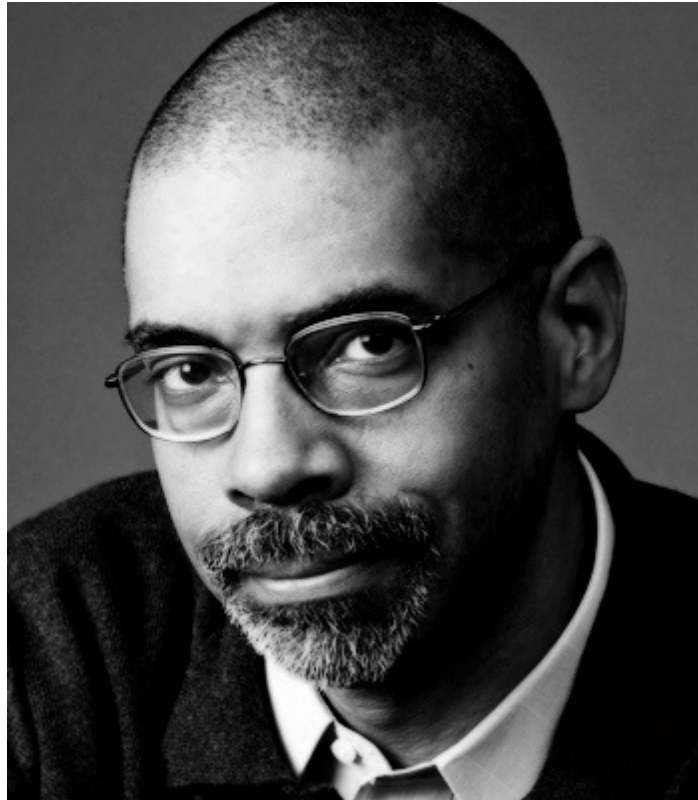
El argumento de Lemaster Carlyle sobre cómo el hombre desea crear a un Dios que necesite del consejo humano está parcialmente inspirado en la disquisición sobre Dostoievski del exquisito y sorprendente libro de David Bentley Hart, publicado en 2005: *The Doors of the Sea: Where Was God in the Tsunami?*, aunque por supuesto Hart no es responsable de las lagunas que presente el discurso de Lemaster.

Nunca agradeceré lo bastante la alarmante paciencia de mi agente literaria, Lynn Nesbit. Me ha resultado muy beneficiosa la ayuda y el aliento de mis editores, Robin Desser y Phyllis Grann, que soportaron estoicamente la frustración causada por el

ritmo que les iba llegando el manuscrito, y protegieron la historia de muchas elecciones poco afortunadas. También me gustaría darle las gracias a los fans de mi primera novela, que entregué con muchas vacilaciones, ya que ha sido su persistente demanda la que me puso a trabajar en esta. He disfrutado también del consejo provechoso de un pequeño círculo de amigos íntimos que han ido leyendo parte del manuscrito a lo largo de su escritura, sobre todo mis queridos amigos George Jones y Loretta Pleasant-Jones.

Por último, no hay palabras para expresar mi gratitud hacia mi esposa, Enola, mi lectora más atenta y crítica, y hacia nuestros maravillosos hijos, Leah y Andrew. Los tres son auténticos regalos de Dios para mí.

*Junio de 2006*



STEPHEN L. CARTER (Washington D. C., 26 de octubre de 1954). Se licenció en Historia en 1976 en la Universidad de Stanford, y en 1979 en Derecho en la Universidad de Yale. Ha ejercido como abogado durante varios años, y es profesor en la Facultad de Derecho de la Universidad de Yale. Columnista habitual en diversos periódicos, es Doctor Honoris Causa por varias universidades americanas. Publicó su primera novela *The Emperor of Ocean Park* en el 2002.

# NOTAS

[1] Juego de palabras intraducible. Efectivamente, «gaviota» en inglés es *seagull* o *gull*, y *bird*, «ave», «pájaro». (N. del T.) <<